AL ENCUENTRO DE LA VERDAD

GENERAL ODLANIER MENA SALINAS



EDITORIAL MAYE LTDA.



Odlanier Rafael Mena Salinas nació en Lastarria el 2 de abril de 1926. Se educó en el Liceo de Hombres de Temuco. Egresó de la Escuela Militar como alférez de Infantería en 1944.

Se graduó como Oficial de Estado Mayor en la Academia de Guerra del Ejército en 1960.

Se especializó en Inteligencia, realizando cursos en el país y en el extranjero.

Sus cargos de mayor connotación pública fueron:

• Comandante del Regimiento "Rancagua" de Arica, destinado a proposición del general Prats y la consiguiente aprobación del presidente Allende.

Su destinación se produjo a raíz de la inminente invasión peruana a nuestro territorio, propósito declarado por el entonces presidente del Perú, Juan Velasco Alvarado, para "recuperar la provincia de Tarapacá antes del centenario de la Guerra del Pacífico".

Esa terrible coyuntura se veía considerablemente complicada por el prolongado abandono de nuestras Fuerzas Armadas, la situación interna de nuestro país, que desembocó en el "11 de Septiembre de 1973" y el inmediato inicio de la reconstrucción nacional.

AL ENCUENTRO DE LA VERDAD



ODLANIER MENA SALINAS
General del Ejército de Chile (r)
(C. C. P. CORDILLERA)

EDITORIAL MAYE LTDA.
2013

AL ENCUENTRO DE LA VERDAD

Odlanier Mena Salinas
1ª edición ©
Julio de 2013
Fotografías de portada:
Ambiente de celebración a la salida del Tedéum en Arica, el 18 de septiembre de 1973.

Inscripción N° 230.717
ISBN 978-956-8433-40-6
EDITORIAL MAYE LTDA.
Email: almarquez@mi.cl

Impresión:
Salesianos Impresores S. A.
Solo actúa como impresor.

Dedico estas páginas a mis nietos,
instándolos a unir la audacia que exige la
conquista del porvenir con el respeto a la
tradición nacional.
También a los soldados de Chile,
genuinos guardianes de su honor,
prosperidad y grandeza.
En forma especial a mis
compañeros, los "Soldados del 73";
ellos y yo, en mayor o menor medida,
hemos sido víctimas del
"lecho de Procusto"

INTRODUCCIÓN

El general (r) Odlanier Mena Salinas nos entrega un relato de lo que ha sido su vida en este importante período de la vida nacional.

Debemos recordar que el próximo 11 de septiembre de 2013 se cumplirán cuarenta años del pronunciamiento militar de 1973, el que significó un profundo cambio en la vida política, social y económica de nuestra república.

El país se precipitaba a su destrucción, fruto de la aplicación de formulas de violento corte socialista, lo que tenía a Chile al borde de la paralización, con un grave deterioro de la calidad de vida de los chilenos.

La inmensa mayoría de la civilidad le solicitó a las Fuerzas Armadas y de Orden que intervinieran para salvar a nuestra patria de esa caótica situación.

Estas, acogiendo el requerimiento de los chilenos, intervinieron e iniciaron una larga tarea de reconstrucción nacional. No se podían seguir aplicando las políticas socialistas que tanto daño habían causado a Chile.

Se estableció un sistema de libre iniciativa, económica y social, que despertó de inmediato a las fuerzas dormidas de la inmensa mayoría de los chilenos .

El sistema ideado y aplicado por el Gobierno de las Fuerzas Armadas y de Orden convirtió a nuestro país en uno de los líderes del mundo emergente moderno.

Los gobiernos de la Concertación, durante los 20 años que gobernaron, no cambiaron sustancialmente el sistema que rige hasta nuestros días.

Odlanier Mena es un actor y testigo clave de este período y su relato de sus vivencias personales son un gran aporte para entender esta importante etapa de nuestra historia.

La gran mayoría de los chilenos, por su edad, no tuvo la posibilidad de vivir esa etapa histórica, pero este libro les ayudará a conocerla.

Nuestra editorial está empeñada en dar a conocer lo que realmente ocurrió en Chile, especialmente cuando hoy se intenta tergiversar la historia con un relato falso de los hechos.

En noviembre del año pasado publicamos Allende y Pinochet. Las verdades olvidadas, cuyos autores son tres jóvenes historiadores: Mauricio Schiappacasse, Ernesto Medalla y Francisco Sanchez.

Es un profundo estudio sobre el Presidente Allende y el Presidente Pinochet que debiera ser leído especialmente por nuestra juventud.

Editorial Maye Limitada
Julio de 2013

PRESENTACIÓN

El lector tiene en sus manos un libro importante, necesario y oportuno. Como suele ocurrir cuando una obra testimonial merece tales calificativos, incomodará a las esferas del poder. Pocos objetos son más peligrosos que un volumen encuadernado, inofensivo en su silencio y explosivo cuando su lectura se medita y comenta. Sobre todo cuando en sus páginas –como ocurre en este caso– desfilan con naturalidad y a plena luz del día tantos hechos que muchos conocen y callan por timidez, miedo o interés.

Importante, porque habría que ser muy torpe para no advertir señales de agotamiento en nuestra convivencia cívica. La cohesión social está siendo desmigada por una enfermedad que está consumiendo las reservas morales de la nación chilena. Sus síntomas son haber extraviado el sentido de autoridad y las exigencias propias del honor, del deber y de la decencia, oscurecidas en aras del interés partidista y en perjuicio del bien común. Así, solapadamente, se está gestando una crisis de representatividad y credibilidad en el sistema democrático que, si no es controlada y reconducida, echará por la borda lo avanzado en los últimos 40 años. Hasta cierto punto, estas tensiones son inevitables, se dirá; y es cierto. Pero esta vez la amenaza es más peligrosa porque es más sutil. Sus agentes no obedecen disciplinadamente, como antaño, a una potencia exterior. Los náufragos del proyecto totalitario que se fue a pique aquel 11 de septiembre se sumergieron y, apenas pudieron, nadaron hasta la playa. Pero no se detuvieron ahí y ahora dan brazadas duna arriba y sin descanso, cambiando de estrategia cuando les conviene, pero sin variar su objetivo. Mientras tanto, en el escenario de cambalache que pugna por ocupar un lugar en la historia, los partidos políticos democráticos se mueven como sonámbulos en medio de la indiferencia ciudadana; un par de ellos está descolocado y otro fue satelizado por el adversario, todos vencidos antes de presentar

combate. Resultado: el 60% de los ciudadanos ni siquiera se molesta en votar.

Necesario, porque esclarece la circunstancia en que nos debatimos sin hacer concesiones a las interpretaciones políticamente correctas, igualmente verdades a medias o mentiras a medias. Con ese propósito, se desarrolla aquí una completa apreciación de la situación, con sus antecedentes y probables consecuencias. Esta manera militar de abordar la contingencia responde a la formación y experiencia del autor: oficial de Estado Mayor especialista en Inteligencia, al mando de la unidad de vanguardia en los 70, cuando la invasión peruana parecía inminente, y a cargo de la Inteligencia Militar cuando la guerra con Argentina se daba por descontada por los agresores. Más tarde, una vez alcanzada la paz externa, encabezó la Central Nacional de Informaciones (CNI), mientras la Internacional Comunista se empleaba a fondo para impedir, mediante la subversión armada, el cumplimiento del itinerario constitucional que desembocaría, inexorable y pacíficamente, en la restauración de la democracia en Chile. El jefe del aparato militar comunista, camarada Tellier (*nom de guerre* Sebastián Larraín) lo ha informado hace poco a quienes con tanto esfuerzo no habían querido enterarse.

Oportuno, porque nuestra nación todavía está a tiempo de reaccionar. Primero tiene que salir de la anestesia, claro está. Y en la inaplazable tarea de sacudir la modorra, enfrentarse a la argumentación clara, precisa y contundente que siempre ha caracterizado a los mejores hombres de armas, será una experiencia tonificante, vivo contraste con las visiones de azucarado pastelillo que hoy circulan por doquier. Alejándose de las explicaciones habituales, casi siempre superficiales, y muchas veces destinadas a enmascarar la realidad a fin de no exponer reputaciones dudosas o fabricadas para eludir responsabilidades incómodas, este libro contribuirá a romper la costra de complacencia que hoy envuelve al espacio público. La intención de su autor fue, justamente, motivar en sus lectores un examen de con-

ciencia. Y la consecuencia de un ejercicio de esa naturaleza, al menos entre personas cabales, no puede ser otra que recoger el guante y pasar a la acción.

Es probable que los juicios y opiniones del autor irriten a más de alguien. Si así ocurriera, él no se sentirá halagado ni mortificado. Cerca ya de la meta donde culmina todo itinerario humano, está convencido de que las instituciones republicanas -políticas, militares y judiciales- están atrapadas en una red de cinismos y oscuros compromisos que en las últimas décadas las ha infectado. Especialmente cuando el tamaño de las ambiciones ha sobrepasado holgadamente al de las capacidades. No es otro el síntoma inequívoco de la enfermedad que nos afecta. Nada nuevo bajo el sol, dicho sea de paso: *corruptio optimi pessima* (la corrupción de lo mejor, es lo peor), aforismo romano que describe perfectamente el mal que hoy aqueja a Chile. Así las cosas, al señor general Odlanier Mena no cabe sino agradecerle su valentía, sensatez y patriotismo.

AGRADECIMIENTOS

Expreso mi gratitud a Nana, mi querida esposa, y a mis hijos Hernán, Patricio y María Soledad. A mis nueras y yerno, a mis nietas y nietos. Quiero que sepan cuán orgulloso estoy de ellos y cuánto les agradezco su amor, abnegación y apoyo constante.

Junto a mi familia he recibido en los últimos años el aliento solidario de muchas personas, algunas amigas y amigos de siempre, otras desconocidas hasta que me vieron en desgracia. Con todos estaré siempre en deuda.

Ese mismo sentimiento me embarga al recordar a mis oficiales, suboficiales y soldados conscriptos, cuyos destinos, unidos al mío propio, dependieron a lo largo de mi carrera de mis aciertos y errores, de mis modestas capacidades y de mis muchos defectos. Gracias por haber confiado en quien procuró guiarlos hacia el cumplimiento del deber.

En la elaboración de este trabajo contribuyó con especial disposición e inteligencia mi hijo Patricio, quien buscó muchos datos e informaciones que estaban fuera de mi alcance, dada mi condición de *interno*, piadoso eufemismo para decir cautivo en este caso. Él me aconsejó poner énfasis en determinados temas y me recordó episodios que había olvidado. Con infinita paciencia leyó y releyó mis desordenados apuntes, impulsándome a seguir adelante sin desmayo. También elaboró la relación bibliográfica y con mi nieto Nicolás, su hijo, han sido las vértebras de este trabajo. Mi hija Marisol y mi yerno Juan Pablo buscaron el material gráfico que ilustra al relato.

Finalmente, vaya mi agradecimiento a Francisco Balart, confidente discreto y jardinero eficaz que me ayudó a ordenar el huerto, eliminando malezas y podando ramas innecesarias.

Ahora sí,

Pido a los santos del cielo
Que ayuden mi pensamiento;
Les pido en este momento
Que voy a cantar mi historia
Me refresquen la memoria
Y aclaren mi entendimiento.

Martín Fierro

PALABRAS DEL AUTOR

Confieso que el primer sorprendido por este libro fui yo. Como la finalidad del oficio militar es el ejercicio del mando, destinado a conducir hombres en combate, en tiempos normales los oficiales solo escriben para enseñar, recogiendo experiencias que servirán de ayuda de instrucción o para difundir conocimientos que complementarán la formación técnico-profesional del personal. Esos trabajos rara vez trascienden la esfera institucional. Pero mi generación militar no se desenvolvió en una época de normalidad; por el contrario, tuvo el privilegio de batirse en tiempos de incertidumbre y pasión, contribuyendo luego, decisivamente, a la restauración de los valores y conductas que, en todo tiempo y lugar, han forjado la prosperidad y grandeza de las naciones. Durante esos años decisivos me correspondió analizar cotidianamente la información proveniente del otro lado del muro a fin de prevenir sorpresas. Mis conclusiones, en general derivadas de ese punto de vista, constituyen el único aporte original que puedo hacer a las generaciones que me sucederán en similar función.

Iniciaré esta marcha recordando el instante en que culminó, desde una perspectiva política, la segunda mitad del siglo pasado en Chile. A la hora señalada –como en la película que al inicio de los años cincuenta reunió a Gary Cooper y Grace Kelly–, fue coronado, con precisión militar, el itinerario constitucional que los chilenos habíamos aprobado en 1980. En efecto, tal cual estaba previsto, ni un minuto antes ni uno después, el presidente Augusto Pinochet traspasó las insignias del mando a su sucesor, Patricio Aylwin, el 11 de marzo de 1990, instalando con dicho gesto a las autoridades del sistema democrático representativo, elegidas en conformidad con las normas jurídicas de entonces y hoy vigentes. El entorno material de ocasión tan solemne fue el edificio levantado en Valparaíso por el Gobierno Militar para sede del Congreso Nacional. Mole de dudoso

gusto, si se quiere, pero edificado a manera de simbólico faro del proceso de regionalización iniciado por dicho gobierno. Se pensaba entonces en grande y a largo plazo... Y en ese momento de alegría y esperanza, mientras en los retenes, buques, bases y cuarteles desgranados a lo largo del territorio nacional resonaba la consigna de victoria: ¡Misión cumplida!, yo creí que, efectivamente, estábamos dejando atrás una etapa particularmente conflictiva, cerrando con espíritu de concordia el ciclo revolucionario iniciado a mitad de la década prodigiosa, los sesenta.

Mientras seguía la ceremonia, volví a sentir el calorcito del orgullo vocacional, la alegría de haber servido a mi patria como oficial de su invicto Ejército. El mismo Ejército de Chile cuyo comandante en jefe, capitán general Augusto Pinochet Ugarte, había constituido en columna vertebral del proceso de restauración nacional. Ese patriótico empeño que había movilizado a lo mejor de Chile, mujeres y varones, civiles y uniformados, viejos y jóvenes, por igual. El mismo Ejército de Chile, a fin de cuentas, que parecía estar dispuesto a sostener sin la menor claudicación la obra fundacional realizada por el Gobierno Militar. A las instituciones castrenses les competía, por tanto, y en exclusiva, el honor y la responsabilidad de garantizar el desenvolvimiento de la nación en el marco constitucional. Pensé en ese momento, lo recuerdo bien, en la tarea que abnegadamente había desarrollado la Junta Militar; una instancia digna de admiración, porque lo que distingue a los hombres de Estado de quienes posan de tales es su legado: instituciones que trascienden, al servicio del bien común. La moneda falsa, en cambio, a lo más podrá entretenerse en el largo de las bastillas o en el ancho de las solapas del traje legal, siguiendo la moda en boga o insistiendo en la moda retro, que suele ser la suya.

Muchos acontecimientos acudieron a mi mente ese día. Yo había desarrollado mi carrera durante los años que tuvieron por horizonte la Guerra Fría, confrontación que por

entonces concluía con la desintegración de la Unión Soviética. Gracias a la decisión alcanzada en aquel inolvidable 11 de septiembre, nos encontrábamos en el bando vencedor. De otra manera nos habríamos contado entre los socialismos reales, paraísos donde nadie quería entrar y del que todos querían fugarse. Sí, antiguas soberanías rebajadas a punta de bajezas hasta convertirlas en obedientes reinos de chatarra moral, ideológica y material. Afortunadamente, digo, nos libramos. Nos obstante, cabe advertirlo, una versión más o menos *naïf* del comunismo permaneció enquistada en los márgenes de nuestra sociedad. Ahora aglutina al 1,6% de los ciudadanos, por lo que su grado de representatividad es ínfimo; pero, gracias a su estricta organización y constitutiva inmoralidad –intrínsecamente perverso, así lo denominó el Papa en una famosa encíclica–, ha mostrado ser capaz de corromper voluntades ajenas hasta ayer íntegras y de movilizar una carne de cañón que intimida a los grupos dirigentes, acostumbrados al educado intercambio de opiniones. Curiosamente, dada su menguada fuerza electoral, la presencia de comunistas en el Parlamento solo fue posible cuando su enemigo de antaño –hoy parece increíble, pero hace medio siglo las convicciones fijaban la ruta de la Falange–, les facilitó los votos necesarios. No era la primera vez que ello ocurría; en 1970, la Democracia Cristiana había entronizado a Salvador Allende en La Moneda, "para evitar un baño de sangre". La suya, claro. Oportunista, sin duda, pero también una demostración de fuerza –probablemente chantaje– como la exhibida últimamente por los comunistas chilenos, en un planeta en el que donde hay un mínimo de libertad se les ha dejado caer al tarro de la basura. Aquí, en cambio, el Estado se encarga de financiarlos generosamente, como si se tratara de una especie protegida de su ecosistema político. Socialmente, no se les considera; intelectualmente, no se les respeta. Pero se les teme. Incluyo en esta última categoría a los mandos militares, cuya debilidad moral ha permitido que la carrera del

cuerpo de oficiales haya quedando en manos de sus inquisidores. Todo lo anterior configura un panorama conocido por todos, una situación que desconcierta e indigna, pero a nadie preocupa seriamente. Esa actitud bovina frente al comunismo constituye un error; un error muy cómodo, ciertamente. Desde las más altas instancias religiosas, políticas y económicas se nos pide calma, corrección política, pañitos tibios. ¡Hasta hemos escuchado que se trata de un fenómeno natural, análogo a la luz de estrellas apagadas hace millones de años que vemos cada noche! ¡Lindo consuelo! Lamento turbar a tan cándidas almas, pero debo señalar que nunca se venció huyendo del campo de batalla. Lo digo bajo la impresión que me ha provocado el 60% de abstención en los últimos comicios municipales.

Al observar el cuadro surrealista en que ha devenido el orden institucional –ahora lo garantizan todos; es decir, nadie– me pregunto: ¿ganamos, efectivamente, nuestra batalla en la Guerra Fría? Adelantaré mi opinión: ganamos la guerra y perdimos la paz. ¿Por qué? Porque, como he apuntado, supusimos de buena fe que la pesadilla totalitaria había terminado y que habíamos participado en la victoria. En cambio, nuestro enemigo –el enemigo de Chile– aceptó que había perdido una batalla y prosiguió su guerra en un nuevo escenario, aplicando ahora una nueva estrategia: del marxismo-leninismo pasó al marxismo gramsciano. Pero el objetivo siguió siendo el mismo: transformar la sociedad de acuerdo con su concepción materialista del hombre. "Vamos a dejar España que no la va a conocer ni la madre que la parió", gritó eufórico Alfonso Guerra al asumir la vicepresidencia del gobierno de España en 1982. Los socialistas chilenos carecen de su franqueza y desparpajo, pero aspiran a lo mismo. Y en plan de zapa han avanzado en esa dirección... sin encontrar mayor resistencia, hay que decirlo.

El espectáculo de una sociedad anestesiada es muy triste. Con mis nietos –son ya jóvenes adultos– hemos conversado durante años acerca del peligro que representa sacarle

el cuerpo a los grandes compromisos que la vida nos obliga a enfrentar. Escuchándolos, me he mantenido al corriente del sentir de un sector nada despreciable de la juventud universitaria. No me he cansado de instarlos a participar y, sobre todo, a cumplir puntualmente con el deber mínimo de todo demócrata: votar. No es mucho pedir a cambio de vivir en una sociedad de hombres libres, porque cuando las personas de mayor valer se restan, el terreno acaba fatalmente en manos de los mediocres. Todos conocemos la frase de Edmund Burke: "Para que triunfe el mal solo es necesario que los buenos no hagan nada".

Una sociedad de hombres libres, acabo de decir, como si la libertad fuera una condición espontánea. No es así. Muchos de los que habitaron el planeta durante el siglo XX, demasiados, sufrieron persecuciones, hambre y esclavitud. Los chilenos nos ganamos el derecho a vivir como seres libres. Sin duda, tuvimos razón al cambiar enérgicamente el rumbo de nuestro país en 1973. Y en homenaje a la verdad, hemos de reconocer que fue el almirante José Toribio Merino quien levantó a la cúpula militar de la silla de ruedas en que la estaba paseando siniestramente la Unidad Popular. Aplicando los principios contenidos en "El Ladrillo" –un programa económico con trascendencia social libertaria–, redactado por instrucciones suyas y luego adoptado como causa propia por los otros miembros de la Junta Militar, fue como la nación se encaminó hacia su actual nivel de desarrollo, aplicando al efecto la otra fórmula, porque no existe una tercera vía frente a cualquier laya de socialismo.

Así, el país, que oscilaba al borde de la guerra civil, llegando al 700% de inflación y con harina para cuatro días –la herencia que nos dejó Allende–, se transformó en menos de veinte años en una sociedad de libertades y oportunidades, entregándose el gobierno cuando ya estaban echadas las bases para el progreso general. Hacerlo antes habría sido una irresponsabilidad. Una minoría sustanciosa, el 44% de los ciudadanos, opinó en el plebiscito de 1988 que la situa-

ción todavía no estaba suficientemente madura para entregar el timón a la clase política; pero si hubiera que esperar a que todo estuviera a punto, los buques no zarparían. Así de simple. Los hombres de armas acatamos el resultado del plebiscito sin recelos porque representaba la voluntad popular, igual que en 1973. Pero quienes emponzoñan las flechas untándolas en su propia herida no podían aceptar cuánta grandeza habían mostrado los chilenos, civiles y militares, en esa importante jornada. Nació entonces una leyenda destinada a rebajar el temple moral de los jefes que debían conducir la transición a la plena democracia, proceso que, tal cual estaba previsto, comenzó al día siguiente y terminó con el cambio de mando que he recordado. Sí, tenía buenos motivos para estar contento cuando vi al ex-presidente Pinochet abandonar el Congreso Nacional con ejemplar serenidad.

Lo que vino después me entristeció, pero no me desanimó. Fue una lástima que en vez del esperado recambio generacional tuviéramos que soportar a muchos responsables de la debacle. Algunos lucían más o menos renovados –esto es, ahora demócratas–; pero a poco andar se hizo evidente hasta qué punto seguían igualmente resentidos, igualmente sectarios, igualmente torpes… aunque al menos habían perdido la lanceta y ya no podrían volver a imponernos la dialéctica del odio y la violencia. Me reconfortó, en cambio, comprobar que la institucionalidad, tan pacientemente establecida, resistía incólume la gran prueba: ser administrada por sus adversarios. En los últimos años la convivencia nacional se ha deteriorado, sin duda; pero el sistema todavía es fuerte y no será sobrepasado mientras la competencia política se encauce exclusivamente por las vías institucionales. No es otra la camisa de fuerza que impide a los enemigos de la democracia imponer su estilo. Por eso están obligados a maniobrar por fuera, en paralelo a la institucionalidad. Es lo que ahora denominan pudorosamente "movimientos sociales" y antes, cuando su empeño estaba en mayor sintonía con el espíritu

del tiempo, llamaban derechamente "poder popular". Dignos de verse son los esfuerzos que hace el trío de diputados comunistas para convencernos de que son como cualquier otro. Lo malo es que su comedia hace agua cuando no rebaten a un desquiciado que proclama a voz en cuello que en las manos de sus secuaces está la llave de la gobernabilidad, es decir, del orden público, cualquiera sea el signo del próximo gobierno. ¡Vaya, caradura! Pero es un intocable y las autoridades no se molestaron en reprocharle tan cavernícola amenaza. ¿Se trata para ellos de un pobrecito enajenado?, ¿temen las consecuencias de aplicarle la ley? o ¿comparten esa profecía? Y apenas surge un incidente internacional nimio –tres "peladitos" bolivianos ingresan con un fusil (para los tres) a territorio nacional en medio del desierto–, el parlamentario comunista designado al efecto sirve de amplificador al impresentable Evo y los arropa generosamente... dejando en ridículo al conductor exclusivo de las relaciones exteriores, que se siente pasado a llevar. Ya sé que los comunistas tienen un sentido patrio bastante diluido; pero, igual… Y, mientras tanto, el grueso de la población, desencantada de los mediocres administradores de principios que no son los suyos –y en esto incluyo, salvo prueba en contrario, a la partitocracia que ha feudalizado en su beneficio las cargas públicas–, pareciera haber optado por la más olímpica indiferencia. ¡Allá ellos, con sus millones, sus enredos y sus mentiras!, parece decir Juan Pueblo al desentenderse de los asuntos de interés público. Bueno, el caso es que a mí sí me interesa el porvenir de Chile. Me apasiona su destino y, por supuesto, mucho más que mi futuro personal, porque a los 87 ya estoy cercano al borde delantero del tablón.

Queridos amigos: Pude haberles evitado la molestia de hojear estas páginas, pero la intención de legarles un testimonio a mis descendientes y la prevaricación de dos jueces lo impidieron. Me explicaré.

He dedicado estas páginas a mis nietos porque a medida que iban creciendo fui notando la corrosiva eficacia de la

"operación olvido". Para evitar malos entendidos, advierto desde ya que no me cuento entre los devotos del "todo tiempo pasado fue mejor"; ni menos entre quienes suponen que todo, y siempre, debe hacerse público. Además de la reserva propia de la intimidad personal, una esfera para mí inviolable, las naciones también tienen secretos legítimos. Además, si bien es cierto que las cohesiona el recuerdo de sus glorias y duelos compartidos, hay odiosidades y flaquezas que no vale la pena mantener conectadas al respirador artificial, porque en nada contribuyen a la sana convivencia; por el contrario, envilecen. Es el caso de la expresión "ni perdón ni olvido", por ejemplo, que al paso que vamos cualquier día reemplazará a la tradicional divisa "por la razón o la fuerza" en nuestro escudo de armas. Sorprende que, por ignorancia o algún otro motivo, se haya soslayado que perdonar y olvidar constituyen acciones que para alcanzar su recto significado deben conjugarse en collera. No existe el perdón sin el olvido, y en eso el catecismo de la Iglesia Católica es explícito, por lo que me parece lícito exigir a quienes profesan dicha religión –y con mayor razón a los que la sirven profesionalmente– su reclamo por el abusivo sentido con que se los ha interpretado, convirtiendo la más noble de las conductas en una venenosa consigna ideológica. Y sin embargo… ¡cuánta claudicación!, ¡cuánto escándalo!, en el sentido bíblico de la expresión. Para ser claro, confieso que separar perdón y olvido me parece análogo a jurar decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad… mientras se está pensando en tres cosas diferentes.

Es, pues, necesario recordar. En cierto modo, los seres humanos somos lo que recordamos. De ahí la crueldad de esa enfermedad cuyo nombre se me escapa. Tenemos que esforzarnos por recordar todo aquello que edifica al espíritu nacional, con inocencia angelical pero sin morbo y con sinceridad. Fue, como digo, hablando con mis nietos que me alarmó comprobar hasta qué punto les habían escamoteado el conocimiento de la historia. Parecía que hubiéramos vi-

vido en mundos paralelos. Hoy, la amnesia colectiva es una realidad entre las últimas generaciones. Se les ha desenganchado de la experiencia de sus mayores. ¿Cuál podrá ser el propósito de esta manipulación? Aventuraré una hipótesis: convertirlos en arcilla moldeable. Fue Cicerón quien afirmó: "si ignoras lo que ocurrió antes de que nacieras, siempre serás un niño". Es la vieja tentación del adanismo, la tabula rasa medieval, la pretensión de partir de cero de todos los revolucionarios, como si el pasado no condicionara al futuro. ¡Pero si el porvenir no es otra cosa que el conjunto de posibilidades que brinda el pasado a través del presente! Me decidí, entonces, a ordenar los recuerdos para transmitirles algo de mi experiencia de vida. Por supuesto, los desafíos que a ellos les corresponderá enfrentar serán diferentes a los míos. Nos separa una generación completa y, mientras tanto, Chile cambió. Los soldados de entonces "algo" tuvimos que ver en eso, ¿verdad? También cambió el mundo, cerrando el siglo XX con la discreta implosión del totalitarismo soviético. Sin embargo, con independencia de sus deseos y circunstancias, quienes hoy todavía disfrutan de una despreocupada juventud, más temprano que tarde habrán de cortar o desatar los mismos nudos conflictivos que han acompañado a los hombres desde que la especie apareció sobre la Tierra.

También he dedicado este libro a los soldados chilenos, concepto en el que englobo a quienes han servido y sirven a la Patria desde cualquiera de las instituciones armadas. Naturalmente, los soldados no tienen el monopolio del coraje ni del patriotismo; pero a nadie más le es exigible servir hasta la muerte si fuera necesario. "El que tuviere orden de conservar su puesto a toda costa, lo hará", rezaba la antigua ordenanza. Y ese explícito a toda costa no admite matices. Al militar le va en ello el honor. Y solo el culto al honor justifica el uso de uniforme y las condecoraciones que se lucen. La contrapartida a su abnegación es el reconocimiento sincero, profundo y silencioso por parte de la ciudadanía.

Las encuestas de confiabilidad confirman este aserto, y sitúan en el fondo del pozo a los políticos y sus partidos, junto a los jueces; son increíbles... es decir, no se les cree. Otra cosa es la momentánea conveniencia de quienes prefieren la bullanguera mentalidad de facción a la lealtad sencilla para con la causa nacional. Pero, repito, el instinto del pueblo es infalible respecto a las personas de quienes depende su supervivencia.

Con dolor, esa es la palabra exacta, debo añadir que los militares chilenos, entre los que me cuento y moriré siéndolo, no hemos estado a la altura de nuestras obligaciones cívicas durante los últimos años. Lo digo en concreto respecto del Ejército, cuyos pliegues y repliegues conozco íntimamente, y cuya responsabilidad en lo excelente y lo detestable que ofrezca el mundo militar, por la propia fuerza de las cosas, siempre será mayor.

En efecto, apenas el presidente Pinochet se alejó del mando, comenzó a escribirse una nueva historia en la que, deliberadamente, se han puesto entre paréntesis muchos años de desafíos, de esfuerzos y de fatigas. Los medios de comunicación –¿será necesario decirlo?– han contribuido con entusiasmo a esta tarea de demolición. Así, por ejemplo, se cubren puntualmente los trabajos de desminado en nuestras fronteras y los costos que pagan los contribuyentes por ello, todo lo cual resulta inobjetable. Pero nadie recuerda, ni siquiera dentro de nuestras propias instituciones, el motivo por el que cada artefacto fue colocado por soldados de tierra o mar, en precarias condiciones, bajo amenaza de guerra y con el desgaste emocional de quienes cumplen una labor donde la palabra equivocación no tiene plural. ¿Desapareció, acaso, el motivo que obligó a instalarlas?

Sin embargo, a pesar de los pesares, todo aquello es espuma, conveniencia del día a día, demostración de pocas luces o simple miedo en la cúpula militar. Sí, digo bien, miedo. Miedo a ser nombrado en algún proceso y perder la carrera

si no cuentan con padrinos; miedo al qué dirán; miedo a enfrentar la verdad... Para mí, libre como estoy de compromisos paralizantes, lo medular es situar las cosas en perspectiva y agradecer que las Fuerzas Armadas y de Orden, concebidas para hacerse cargo de uno de los cuatro campos de acción nacional -interior, exterior, económico y bélico-, hayan sido capaces de asumirlos todos y simultáneamente en un momento de gravísima crisis. Por eso es tan indigno que se ningunee su contribución a las tareas de seguridad y desarrollo gestionadas con un éxito más reconocido afuera que en casa. Y aquí viene la pregunta embarazosa: ¿Cuál ha sido la reacción del Ejército frente a la manipulación de la historia? Olímpica indiferencia. Y en algunos casos, frívola participación en la "operación olvido". Parecerá increíble, pero circula una elegante publicación militar donde el período en cuestión es despachado en un párrafo, mientras la trayectoria de un hombre, un regimiento o un simple caballo merecen más atención. En otro, que narra la historia del RIM "Rancagua", la aguerrida unidad que tuve el honor de comandar, se recuerda piadosamente que "pocos regimientos hay en el mundo que puedan contemplar el escenario de sus mejores glorias desde su propio cuartel". Muy bien dicho, pero lo esencial en ese período no fue contemplar el Morro, sino improvisar la defensa y galvanizar las voluntades que hicieron posible el renacimiento del extremo norte del territorio nacional -después abandonado a su suerte-, viviendo durante una década arma al brazo. Los desvelos y fatigas que esta obra demandó en los años setenta son inimaginables, y el librito de marras deja al lector en penumbras... todo fue rutina, alegre coser y cantar.

La moral del Ejército corre peligro. Comprendo que muchos oficiales en servicio activo y en retiro prefieran guardarse su opinión y oculten sus sentimientos. Los entiendo, pero no los justifico. Yo estoy dispuesto a ventilar una situación que debiera interesar a todos los chilenos, porque la razón de ser de las Fuerzas Armadas es, precisamente, servirles en

tiempo de paz y de guerra. Ellas no existen para servir a un gobierno o a sus propios mandos, sino a la nación chilena. Y al respecto hay mucho que decir. Por el momento, graficaré la situación recordando un hecho de sobra conocido. El año 321 a. C., Roma estaba en guerra con los samnitas y resolvió invadir su territorio para forzar una decisión. Pero las legiones expedicionarias fueron sorprendidas en un desfiladero, cercadas y forzadas a desfilar desnudas entre sus enemigos, siendo sometidas a escarnio. El episodio se conoce como "las horcas caudinas". *Vae victis!* Sostengo que, salvadas las proporciones, las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile, después de haber sacado a Chile del abismo, han recibido un trato similar, ignominioso. Los millones de dólares gastados en su equipamiento –un mérito de la política militar de la Concertación que sería torpe desconocer–, no obstan a que desde estas páginas testimoniales yo reclame por las humillaciones de que han sido objeto. Y, lo que es más grave, un trato injusto y discriminatorio consentido al más alto nivel de la institucionalidad: el Consejo de Seguridad Nacional, antes de ser emasculado por la reforma del año 2005, estaba facultado para representar este tipo de situaciones a las autoridades en cuyas manos estaba la potestad de poner término a los abusos; sin embargo, durante 25 años jamás dijo esta boca es mía y así fue como su rol de árbitro de los conflictos extremos, que pudieran amenazar la integridad de nuestro orden de vida, quedó en el papel... La miopía de los mandos de la época transformó la oportunidad de contribuir decisivamente a la pacificación de los espíritus en una ocasión perdida. En cambio, desechando la vía constitucional, aceptaron sentarse a la llamada Mesa del Diálogo, instancia completamente al margen de los canales regulares. Un cazabobos, para decirlo en una palabra. Me pregunto: ¿en qué minuto extraviaron los sabios sus apuntes sobre los principios de la guerra?

El terremoto ocurrido el 27 de febrero de 2010 no hizo más que desnudar una situación larvada durante dos déca-

das, cuyo origen está en lo señalado en el párrafo anterior. La Concertación, con la aquiescencia de su muy deslavada oposición, se empeñó en separar quirúrgicamente al pueblo de las instituciones armadas. Cortó sus raíces nutrientes, haciéndoles creer que se trataba de un proceso de modernización o más bien de profesionalización, e incluso de transformación... todo lo que los mandos quisieran escuchar a fin de tranquilizar sus conciencias. Pero, en los hechos, encapsuló a los uniformados. Así, cuando llegó la hora de la prueba, "el mejor Ejército que hemos tenido" permaneció impávido mientras sus hermanos chapoteaban en el barro. En medio del desorden ocasionado por la ausencia de conducción política que caracterizó esos días nefastos, alguien recordó de pronto que existían, y esos miles de millones de dólares se pusieron parcial y tardíamente en movimiento. ¿Alguien imagina que Juan Pueblo no advirtió la diferencia entre estos militares y los que él había conocido en otras catástrofes; quizá más pobres, pero más entusiastas, más posesionados de su rol cívico, más seguros de sí mismos? Antes decíamos "distintos, pero no distantes", concepto que se ha revertido.

El otro motivo que me obligó a convertir mi cuaderno de apuntes en un libro fue la arbitrariedad judicial. Es sabido que, al igual que muchos oficiales y suboficiales de las Fuerzas Armadas y de Carabineros de Chile, desde hace años me encuentro sometido a un régimen de privación de libertad, consecuencia de una sentencia judicial grotesca. Quiero ser cuidadoso con las palabras que utilizo y, con cierta pedantería de la que estoy consciente, puntualizaré que una vida de mando y obediencia me permite ver cuán difícil es ser justo. En el reino de la naturaleza, al que pertenecemos biológicamente, la propia idea de justicia carece de sentido. A quien dude lo invito a repasar la cadena alimenticia... Cuando hablamos de justicia, estamos, pues, remitiéndonos a un rasgo superior de la especie humana, una aspiración en permanente tensión con la fuerza de gravedad que la arrastra de vuelta a sus oscuros orígenes, a lo

instintivo. Lo tuvo en claro el hombre cuyo intelecto modeló a Occidente, Aristóteles, cuando afirmaba que "nadie puede considerar feliz a un hombre que carezca de prudencia, justicia, fortaleza y templanza"[1], virtudes que los romanos y luego los cristianos consideraron cardinales, es decir, esenciales para el bien, sin alterar siquiera su orden de importancia relativa. Así las cosas, no debiera sorprendernos que cualquiera, por atolondramiento, parcialidad, temor o degradación, pueda cometer injusticias.

Precisamente por las dificultades que acabo de indicar, la creación cultural destinada a señalar lo justo, el derecho, es considerada en todas las civilizaciones como una cumbre, el único instrumento capaz de regular tanto los intereses que compiten al interior de la comunidad nacional como los que ponen en pugna a los diferentes Estados. Una sola es la condición que exige el derecho para ser eficaz: la condición de normalidad. Así, cuando en una sociedad impera la condición de normalidad, esto es, cuando la aplicación de la fuerza legítima del Estado es suficiente para hacer que prime incontestablemente la razón, solo al derecho, aplicado por los jueces, le corresponde determinar lo justo. En la situación de excepción, en cambio, cuando la normalidad es todavía un bien por alcanzar, callan las leyes y habla la espada. No es así por una vana pretensión de controlar militarmente la actividad política y la judicial, sino porque está en la propia naturaleza de las cosas que, en todo momento, "la vida del foro y de la inteligencia está bajo la custodia de las armas"[2].

¿Será preciso añadir una palabra para hacer comprensible cuál es el auténtico sentido de la función militar? En esto debo ser categórico: la dignidad de las instituciones que sirven la función militar del Estado y la consideración debida a quienes las integran, obedecen en último término a este motivo: alcanzar y conservar la condición de norma-

1 Aristóteles, *Política*, Libro IV, capítulo I.
2 Marco Tulio Cicerón, *Pro Murena*, 10,22.

lidad en la sociedad a la que sirven. Por algo los juristas enseñan que "el fin del Ejército es la defensa armada de la integridad constitucional del Estado frente a las amenazas internas y externas"[3] . ¿Para qué? Para que la Nación pueda disponer siempre, libremente, de sí misma, es decir, no esté sujeta a coacción ilegítima.

Tampoco se necesita decir mucho para poner de manifiesto la importancia de los jueces en un Estado que desarrolla normalmente sus tareas. La vida de los ciudadanos puede convertirse en un asunto incierto –para decirlo educadamente–, cuando los débiles de espíritu están al frente. "Palos porque bogas, palos porque no bogas", dice un refrán que remite a las galeras. Remes o no remes, igual recibirás latigazos. Es la evaporación de la seguridad jurídica, un bien que en mejores días gozaba de aceptación en grado de consustancial a la virtud llamada justicia. En mi caso, sin tener arte ni parte, fui acusado de haber participado en un crimen. Un crimen oscuro, inútil, estúpido. Ni siquiera el juez instructor, Juan Guzmán Tapia, imaginó que yo tuviera alguna responsabilidad en todo aquello. Él sabía, y no me lo ocultó, que si alguien se había empeñado en terminar con los abusos en materia de derechos humanos había sido yo, desde el momento mismo en que asumí el mando de la Central Nacional de Informaciones, reemplazando en esa función al general Manuel Contreras. Hablamos mucho durante el largo proceso. Un día me dijo, contrito, que, sintiéndolo muchísimo, tendría que condenarme como encubridor; pero no debía preocuparme: cualquier abogado demostraría mi inocencia sin dificultad. Claro, pensé, todo este proceso se reduce a una frágil armazón de presunciones. Pero me rebeló la injusticia. O, para ser exacto, la frescura de mi juzgador. Supuse la índole de las presiones que estaba recibiendo y sentí lástima por él. ¡Pobre hombre! Acabó de candidato a senador por la Quinta Región Costa, apoyado por el Partido Comunista, y

3 Álvaro D'Ors, *Una introducción al estudio del derecho*, Ediciones Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 1976, p. 122.

obtuvo el 3,93% de los votos… Pero la tensión entre el sentido común y la obsesión por condenar se hizo más dramática cuando el ministro Víctor Montiglio revisó el proceso. Cuentan que procesó a 1.328 militares y civiles por delitos de lesa humanidad, lo que constituye un récord que a mí no me impresiona. Solo respondo por lo que vi, y a don Víctor lo noté incómodo por la faena que cumplía:

–"Esta es la justicia humana" –me dijo en tono de disculpa cuando me notificó la sentencia–.

Ya está muerto y ojalá su juez haya tenido piedad de su alma. Después de todo, saltarse la justicia con tal pachorra es, de seguro, un pecado muy gordo para quien se dedicó a juez en este mundo.

Así fue como, en brazos de los tribunales de mi propio país –convertidos en instrumento para continuar la guerra revolucionaria por otros medios–, conocí la condición de prisionero, víctima de un combate por la libertad en el que las Fuerzas Armadas y Carabineros lucharon y vencieron a la antipatria. Y conste que luchamos en su terreno, porque el agresor, además de tener el factor sorpresa de su parte, escoge el tipo de combate que librará. A nosotros nos tocó una guerra antisubversiva porque ellos se sumergieron entre los bienpensantes, las sotanas, los tontos útiles y un etcétera de lo más pintoresco.

No reniego de lo que soy y he sido. "Vuestros nombres, valientes soldados, que habéis sido de Chile el sostén, nuestros pechos los llevan grabados, lo sabrán nuestros hijos también", reza la tercera estrofa del Himno Nacional, ominosamente silenciada apenas dejaron de oírse los últimos ecos del ¡Misión cumplida! Yo sostengo que el espíritu guerrero es una característica determinante de la chilenidad, algo así como su huella digital. Siempre estará vigente, aunque a veces de manera potencial o, quizá, demasiado tímida. Y prevalecerá aunque la calidad de valientes soldados haya sido desmentida vergonzosamente. El Señor de los Ejércitos juzgará a quienes claudicaron. Pero ahora, abandonado detrás

de las líneas enemigas, ya en retiro y privado de libertad, soy al fin dueño de mi tiempo y de mis recuerdos.

En retiro y privado de libertad, acabo de decir. Esto merece una explicación. ¿Existe ese ejemplar de la especie humana denominada oficial de ejército en retiro? Sí y no. En el plano existencial, a diferencia de lo que ocurre en las profesiones liberales, el *ethos* militar se plasma en una forma de ser, no en una manera de estar. El espíritu militar es consustancial a un cierto arquetipo espiritual, con independencia de haber seguido o no la carrera de las armas. De hecho, la mística y el temple que la caracteriza animan la personalidad de hombres y mujeres empeñados en las más diversas actividades. ¿Acaso no ocupan el centro de la historia guerrera de Chile el peón y el pije que, llamados circunstancialmente a servir bajo bandera, resultaron ser soldados extraordinarios? En este sentido, y con mayor razón si cabe, el militar de carrera lo es para siempre. El desconocimiento de esta clave ha cegado a muchas personas inteligentes, incapacitándolas para conocer la naturaleza de la energía que dinamiza la conducta de los hombres de armas. Honor, valor, disciplina y, envolviéndolo todo, abnegación. Por supuesto, estas virtudes no son patrimonio exclusivo suyo, pero sin ellas el militar no es más que un empleado público de uniforme, quizá mejor plantado, más obediente y peor remunerado. En cambio, en el plano de la administración estatal y del escalafón institucional, la situación es otra. Demostrando claridad conceptual, en algunos ordenamientos jurídicos se habla de oficiales "en condición de retiro" –"condición: estado o situación en que encuentra una persona", dice el diccionario–, entendiendo que por el juramento de fidelidad siguen ligados al destino nacional hasta el fin de sus días. En síntesis, sobre el oficial recae un grado de responsabilidad cívica mayor que el de sus compatriotas; y, por supuesto, en grado sumo cuando integra el alto mando. Incluso, en condición de retiro no tiene derecho a desentenderse del curso de los acontecimientos;

menos aun cuando tiene buenas razones para temer por el desenlace de un proceso de ostensible desilusión colectiva hacia el estrato dirigente del Estado, como es el caso. Me parece que esta reflexión final es suficiente para justificar la publicación de este libro.

Algunos amigos me han preguntado si al pasar revista a mi itinerario vital siento nostalgia. ¿Nostalgia? No, exactamente. Lo que ocurre es que las reminiscencias son el cuartel de invierno del soldado. Y no puede ser de otra manera: la experiencia es cosecha muy tardía.

Penal Cordillera, mayo de 2013.

VIAJANDO POR LOS RECUERDOS

Érase un hombre a una gran nariz pegado... ese fue Cyrano. Yo, con igual fatalidad, estoy unido a un nombre que con el tiempo se ha convertido en un apéndice casi físico, inseparable y determinante: Odlanier. Para evitar confusiones, Pedro, Juan o Diego deben indicar su apellido, y a veces los dos; yo estoy muy orgulloso de los que heredé –Mena Peña por mi padre y Salinas Loyola por el lado materno–, pero no los he necesitado para individualizarme. De hecho, a contrapelo de lo que podría suponerse, un nombre tan raro nunca me trajo problemas; ni siquiera en el colegio me molestaron los otros niños, ¡y harto les costaba pronunciarlo! Sin embargo, esta singularidad me ha hecho padecer momentos de incertidumbre.

Así, una vez, recién pololeando con Nana –Eliana Taboada Küllmer–, mientras paseábamos con sus padres por la periferia de Valdivia, vimos de pronto una casita modesta, de paredes descoloridas y algún vidrio faltante, cuyo distintivo más notorio era un enorme letrero con vidrios pavonados y una ampolleta dentro, que señalaba gallardamente: "Frutería Odlanier". Mi futuro suegro, tras un significativo "¡vaya!, ¡vaya!", detuvo el auto y se bajó con ánimo inquisidor. Solté inmediatamente la mano que trató de detenerme y bajé tras él. La sensación de estar entrando en terreno pantanoso me habría ahogado si hubiera permanecido sentado. ¡Tenía que enfrentar de pie una sorpresa que podía alterar mis "ilusiones"!, simbolizadas a esa altura de nuestras vidas por los delgadísimos anillos que ya lucíamos aquella tarde de domingo. Detrás de un mostrador, improvisado con un par de cajones y un tablón, nos esperaba una niñita. Le preguntó muy serio:

–¿Por qué esta frutería se llama Odlanier?

Mi inquietud aumentó en ese momento al notar la presencia de Nana, que por curiosidad –digámoslo así– se había integrado a la "comisión investigadora". Grande fue mi

alivio cuando ella contestó, con una linda y un poco azorada sonrisa, que un teniente en el regimiento de su papá se llamaba así. Quien todavía no se hacía a la idea de llegar a ser el abuelo chocho de nuestros hijos, señalándome, le dijo:

–Este joven es el dueño de tan exclusivo nombre.

Entonces ella me miró y sonrió tímidamente. También lo hizo Nana, apretando mi mano.

¿Necesitaré añadir que siempre me he llevado muy bien con mi singular nombre? Creo que compatibilizamos. Cuando se legisló para facilitar la opción de cambiar de nombre, no faltó quien me lo propusiera. Nunca se me hubiera ocurrido hacerlo, al punto que dudo si con otro hubiera sido la misma persona. En efecto, tal como la sombra sigue al cuerpo, Odlanier y yo somos, después de todo, un mismo individuo. Y esto a pesar de que, cuando lo escuchan por primera vez, todos mascullan un ¿perdón?, ¿cómo dijo?, o preguntan naturalmente qué significa. ¡Me tienen curco con el temita!, podría haber dicho un supremo. Resignado, doy por hecho que puntualmente, en cualquier sala de espera, cuando la persona encargada de llamar a la siguiente baja la vista, intenta leer y se enreda, me corresponde avanzar de inmediato y presentarme. Parece chiste, pero supe que una empleada doméstica le comentó a una colega cuán respetuosa era la señora Nana con su marido:

–Siempre le dice don Daniel.

También ha suscitado curiosidades de más sutil evaluación, como cuando siendo teniente recién ascendido pedí un préstamo a la Caja de Previsión de la Defensa Nacional y como no recibiera respuesta me apersoné en la sección correspondiente. Ahí, una niña más cordial de lo indispensable me informó que el dichoso préstamo había sido aprobado hacía algún tiempo, pero no había querido dar la noticia por correo para conocer al teniente de tan extravagante nombre… Y estando en Panamá, un anciano embajador japonés me dijo:

–Entiendo que usted, señor embajador, tiene un nombre raro. Por favor, no me diga ahora qué significa, mi *hobby* es determinar el origen de los nombres, solo escríbamelo en este papel.

Después de un tiempo nos encontramos en otra recepción y, sacando un libro de tapas de cuero bastante ajado, me comunicó sentenciosamente que mi nombre era escandinavo, vikingo, para ser más preciso, aunque con una letra de diferencia, no recuerdo cuál. Con cierto embarazo, cuidando no herir la dignidad de tan amable diplomático, le confesé que no había misterio alguno en el origen de Odlanier: es el nombre de mi padre, escrito al revés...

He conocido gente con nombres muy exclusivos y también ha influido en ellos el hecho de portarlos. Es el caso, por ejemplo, de Hermógenes Pérez de Arce, con cuya manera de ver las cosas suelo coincidir y a quien admiro por su entereza, virtud poco común en nuestra sociedad. Siempre en defensa de los principios que orientaron al Gobierno Militar y en el reconocimiento de la obra gigantesca que realizó, su gallardete jamás ha dejado de flamear airoso en el campo de batalla de las ideas y la verdad histórica. El asombroso arsenal de información que posee está al servicio de una dialéctica incisiva e implacable, pero limpia; nunca se permite ambigüedades ni denigra al contrincante, aunque este suela quedar en ridículo cuando lo merece. Por eso, quienes imaginan que la discusión intelectual consiste en repetir cerrilmente la última consigna, lo detestan. No es de extrañar, pues, que reconociendo la imposibilidad de negar los hechos o rebatir sus argumentos con otros de mayor peso, sus adversarios hayan optado por ignorarlo. Y no solo sus adversarios. Es muy triste que hayamos contribuido a silenciarlo quienes lo admiramos, pero carecemos de influencia y somos comodones. ¡Cuánta falta hace hoy esa espada de excelente fragua, temible y temida por los tartufos de toda laya, que son legión!

En este afán de rozarme con los famosos de inusual nombre –arribismo puro y duro, dirán los que carecen de humor–,

señalaré con agrado a una inteligente y valiente muchacha que saltó a la prensa mundial encaramada solo en la férrea voluntad de sostener sus opiniones contra viento y marea, una característica que parece ser común entre los dueños de nombres extravagantes. Se trata, en palabras suyas, de una de "los nacidos en Cuba en la década de los setenta y ochenta, marcados por las escuelas en el campo, las muñequitas rusas, las salidas ilegales y la frustración. Pues en aquellas décadas tan controladas, al menos una parcela quedó sin controlar, sin supervisión: el acto de dar un nombre a los hijos". Nos referimos, por cierto, a Yoani Sánchez, la bloguera cubana. Y, como no hay primera sin segunda en esto de las coincidencias, su marido se llama Reinaldo, mi nombre mirado en un espejo.

A propósito de Yoani, en 1992, Nana y yo viajamos a Cuba, permaneciendo una semana en La Habana y otra en Varadero. Todo lo que esa mujer excepcional relata en sus crónicas lo vimos y lo sufrimos durante ese viaje. La isla más hermosa de la tierra es un país en ruinas. Hace medio siglo cayó en un coma profundo y, en elocuente contraste, a cada paso asoman vestigios de lo que fue mientras gozó de vitalidad. Las décadas de colonización soviética dejaron su impronta en la guía de teléfonos; no porque haya muchos aparatos, sino por el número de nombres eslavos en esa tierra tropical. Una tarde húmeda y gris, sentados en el deteriorado malecón, vimos avanzar hacia nosotros a una jovencita flacuchenta y desgarbada. Le pedí que se detuviera un momento para conversar. Venía de la universidad, estudiaba medicina. Demoraba tres horas caminando hasta su casa, no había locomoción. Toda su comida durante el día había consistido en una taza de té y un pan. Cuando leí a Yoani Sánchez no pude dejar de pensar en ella. Dos generaciones han padecido a un mismo gobierno insensato, ominosamente insensible a la realidad del mundo y, lo que es más importante, a la realidad del ser humano. La imposición forzosa de una ideología feroz y oscurantista por más de medio siglo puede explicar esa tragedia.

Dado que soy más que un nombre de pila, y adelantándome a quienes piensen que me he detenido demasiado en Odlanier, avanzaré un paso biográfico. Nací el 2 de abril de 1926 en Lastarria, un simpático rincón de la zona centro-sur del país, que en esos años consistía en una sola calle. Sin embargo, según mi cédula de identidad, nací en Gorbea. La discrepancia obedece a que por entonces la oficina del Registro Civil más cercana a Lastarria estaba en Gorbea. Siempre escuché que el funcionario a cargo habría dicho:

–Si se inscribe aquí es porque nació aquí, y se acabó la discusión.

La administración pública determinó por sí y ante sí mi lugar de nacimiento. Una temible cuesta marcaba en la carretera, precisamente en su cumbre, la proximidad del pueblo que seguramente en sus inicios fue un mísero campamento. Atravesar la cuesta fue una aventura hasta comienzo de los sesenta, cuando fue pavimentada. Pero como el progreso siempre camina hacia adelante, al rediseñarse la carretera se eludió la cuesta y también, por supuesto, mi pueblo. Durante el invierno, el barrial podía impedir la circulación. Los malpensados decían que los mapuches se encargaban de hacerla mas intransitable y que escondían sus yuntas de bueyes detrás de los matorrales, apareciendo justo cuando la paciencia del chofer de un vehículo enterrado hasta los ejes se había agotado... puede haber sido el primer peaje que apareció en la ruta.

Mi padre, Reinaldo Mena Peña, trabajaba en la Tesorería General de la República. Mi madre, Celia (Chela) Salinas Loyola, era profesora normalista. Estos dos abnegados funcionarios públicos trabajaron arduamente para sacar adelante a su numerosa prole. Fui el segundo de seis hermanos: Lionel, el mayor, fue oficial de marina, ingeniero naval y después empresario; Aroldo, también oficial de marina, falleció siendo instructor en la Escuela Naval; Gladio, médico broncopulmonar, murió hace poco; antes había fallecido Noel; Rodrigo, el menor, trabajó siempre en la empresa privada.

Desde la más temprana edad estuve cerca de la naturaleza. Disfruto del aire libre, del silencio de los bosques del sur, mi patria chica, de los sorprendentes cantos de los chucaos, cuyas pequeñas y movedizas figuras me gusta ver entre la maraña de lianas y coligües. Me siento en casa al escuchar el martilleo constante de los hermosísimos pájaros carpinteros negros, de moño rojo, buscando gusanos entre los troncos de coihués centenarios, una especie, desgraciadamente, en extinción; me sobrecoge el canto lastimero de las gualas al atardecer, la hora de la pesca en los lagos del sur. Recuerdo caminatas con alguno de mis hijos, bajo gigantescas hojas de nalca, en las riberas del lago Elizalde, acompañados por el graznido de las bandurrias; las increíbles acrobacias de los patos cortacorrientes, buscando larvas entre las piedras de los torrentes o las repentinas zambullidas del pequeño martín pescador, para capturar los escurridizos bocados con que se alimenta.

También con mis hijos he recorrido el altiplano chileno, observando desde cierta distancia las tropillas de vicuñas y las bandadas de flamencos rosados, para no espantarlos. Nos hemos asombrado por la agilidad de las vizcachas y las rencillas de las taguas gigantes en el lago Chungará, disputándose algas para construir sus nidos flotantes a unos cuatro mil metros de altura. En Mehuín, nos han hecho pensar las vocingleras colonias de patos liles y cormoranes, tratando de posarse en las mismas rocas donde ya hay cientos de sus compañeros, los que estiran sus pescuezos para rechazarlos a picotazos.

Cultivé bonsáis durante mucho tiempo y aprendí a injertar rosas. Uno de mis hijos injertó un manzano que produce frutos de tres variedades. Últimamente, me he dedicado a cultivar cactus y suculentas plantas poco conocidas aunque tienen flores espectaculares. En estos tiempos, donde contar con agua es un privilegio, bien valdría la pena difundir la belleza de estas plantas hasta para jardineras de departamentos. Aquí en el penal, con un buen amigo gendarme, hemos formado un pequeño jardín con numerosas varie-

dades. Como este recinto está en un sector precordillerano, llegan pájaros de muchas variedades: tencas, loicas, mirlos, diucas, zorzales, gorriones, jilgueros, tórtolas y varias otras. Casi todas estas especies son canoras. Misteriosa y lamentablemente, aquí parecen haberlo olvidado. Solo en primavera, durante la época de apareamiento, algunas tencas se salen de la confabulación de silencio que nos envuelve. Supongo que las inhiben las rejas.

Desde el 9 de enero del año 2009 estoy preso, cumpliendo una condena de seis años por un delito que nunca supe siquiera que personal a mi mando hubiera cometido. Capaz que cumpla la condena completa, a pesar de que en los últimos veintidós años tres veces me ha visitado el mítico Joe Black (el de las películas, sentiría terror de caer en manos de su tocayo mercurial) por igual número de infartos cardíacos y las tres veces me han rescatado, oportunamente, mi médico tratante, el Dr. Pablo Casanegra, y su equipo de excelencia de la Universidad Católica. En la primera, el resultado fueron tres *by pass*, pero –a mí me tenía que tocar– se me abrieron dos a horas de haber sido operado. Me solté a tiempo de la mano de Joe, que me agarraba con firmeza, evitando así entrar a un más allá que, definitivamente para mí, era más bien el más acá.

Lo primero que vi al despertar de la anestesia, fue la cara de un querido sacerdote, el padre Hogdson (Q. E. P. D.), que había sido capellán del Regimiento "Rancagua", en Arica, cuando yo era capitán. Por circunstancias de la vida, él había renunciado a su condición de sacerdote y se había casado; en la clínica lo vi inclinado sobre mí, de nuevo con sotana. Cuenta mi esposa que le pregunté, confuso:

–Y ahora, ¿dónde estoy? ¿En el cielo o me fui al infierno?

Extraña pregunta para quien racionalmente es ateo, pero así son las cosas. Con el tiempo he tenido necesidad de otros varios aportes quirúrgicos similares y he salido airoso. Tengo más parches en el corazón que el neumático de bicicleta

de un niño pobre, pero con el apoyo de mis médicos y mi decisión y voluntad de demostrar mi inocencia, espero que siga latiendo el tiempo suficiente (a esta altura de la vida ya no puedo cambiar el neumático).

Tremenda fue mi sorpresa al saber de mi condena, recibida con una mezcla de estupor, indignación y amargura, puesto que nada tuve que ver con ese delito, hasta hoy inexplicable para mí, porque hay demasiadas aristas oscuras y contradictorias; a fin de cuentas, la trama de la explicación judicial es una construcción de presunciones sobre presunciones. Así, culminando ese adefesio jurídico –como le llamó un profesor de derecho–, por el mismo delito y en la misma calidad de autores, dimos con nuestros huesos y nuestros sueños en la cárcel dos humildes cabos segundos y yo. Con esto no quiero decir que los presuma culpables, ni mucho menos; solo lo digo para poner ante los ojos del lector la extrañísima "lógica" de nuestro juzgador. Es como si durante la noche mataran a un vagabundo en el edificio del tribunal y se acusara como presuntos autores, hechores del crimen, a dos actuarios que, por supuesto, habrían actuado a escondidas de sus superiores ¡y los condenaran junto con el juez de ese tribunal, todos en calidad de autores del homicidio! No me siento deshonrado por esta condena, ni podría arrepentirme del mal causado porque es absolutamente contraria a derecho. Esta situación, que repugna al sentido común y a la propia noción de justicia, solo pudo ocurrir porque a los militares se nos aplica en Chile un criterio jurídico especial, cuyo resultado sea acaso similar al que padecieron los ejércitos vencidos en otras latitudes. Y no estoy pensando en Núremberg, sino en los horcas caudinas, a las que me he referido y lo haré más adelante.

La cuestión de fondo es, naturalmente, la violación a los derechos humanos durante el Gobierno de las Fuerzas Armadas y de Orden. Sinceramente, en lo personal, estoy seguro de haber hecho más por el respeto a los derechos humanos que muchas personas que todos estos años han marchado hacia sus propios objetivos llevándolos como estandarte de

combate. En esa "cruzada" han obtenido renombre y popularidad e incluso, prosaicamente, algún dinerillo. Yo desafié una tormenta que no había provocado, haciendo diques. Logré construir remansos de cordura y de paz mientras ejercí el mando militar y abrigo la certeza de haber cumplido honestamente con el deber de un soldado. Más tarde, desde la dirección de la CNI (1978), pedí pública y privadamente el apoyo de la Iglesia y de otros sectores influyentes de la comunidad nacional para alcanzar para Chile una oportuna y auténtica pacificación de los espíritus, base de una reconciliación justa y definitiva. Lamentablemente, por decisión del cardenal de la época, apoyado en esto explícitamente por unos pocos obispos y con el ominoso silencio de los más, el poder de la Iglesia se empleó en otras direcciones. Contaré más adelante mi experiencia en este sentido, señalando desde ya que organicé un conjunto de reuniones que culminaron con la decisión de monseñor Silva Henríquez en orden a impedir el patrocinio de la Iglesia en ese emprendimiento y con ello la reconciliación se hizo imposible. A él lo hago responsable directo de haber preferido mantener abiertas las heridas provocadas por la represión del terrorismo y la subversión, cediendo a la presión interna y externa de personas y fuerzas políticas ajenas al rebaño que debía custodiar.

Yo sé por qué lo aplauden algunos. En otros me sorprende, aunque entiendo la ironía que encierra haber puesto su rostro en la moneda de $ 500; pero si fuera creyente, temería por el destino de su alma. Como fuere, al conocerlo en ese plano tuve la impresión de estar frente al ejemplo vivo de lo que un hombre de buena voluntad no debiera ser jamás. Y en un individuo consagrado, en tanto profesional de la fe católica que encabezaba su jerarquía en nuestro país, su actuación me pareció simplemente escandalosa. Sin embargo, a pesar de lo que he visto en una vida ya muy larga, no tengo nada de comecuras. Por el contrario, tengo un altísimo concepto del rol de los distintos credos religiosos como soporte espiritual en todas las comunidades humanas. De hecho, un sacerdote fue

testigo de mis afanes y se convirtió en un generoso e ilustrado apoyo espiritual, por lo que mi familia y yo le guardamos una eterna gratitud. Su nombre está impreso en nuestros corazones, reverendo padre y querido hermano Raúl Hasbún Zaror.

Vuelvo a mi carrera militar. Siendo teniente, ya casado y con un hijo, sirviendo en el regimiento "Caupolicán", de guarnición en Valdivia, debí ir a hacer el curso correspondiente al grado, por un año, en la Escuela de Infantería de San Bernardo. Con mi escuálido sueldo no encontramos una casa apropiada que arrendar, de modo que mi señora tuvo que regresar a Valdivia con nuestro hijo y yo quedé "interno" (otra vez) en la escuela. Viajaba periódicamente en tren a verlos, ya que era el único medio disponible.

Años más tarde. En un curso de Estado Mayor que hice en la Escuela de las Américas, de Panamá -la misma que tantas suspicacias despierta en sectores de izquierda-, donde estudiamos los problemas atingentes al mando operativo de las grandes unidades, nada de guerra antisubversiva, se repitió esta experiencia. Allí tampoco encontré una casa adecuada en la ciudad de Colón, lugar de ubicación de la mencionada escuela, de modo que arrendamos un departamento en Ciudad de Panamá y yo, que ya tenía experiencia, quedé nuevamente "interno" al otro lado del istmo. Supongo que me he ido acostumbrando, contra mi voluntad, desde luego, a permanecer en esta inveterada condición.

En la Escuela de las Américas conviví con oficiales de casi todos los países americanos. Si el propósito de nuestros anfitriones era, además de actualizarnos en materias propias de nuestra profesión, crear una cierta afinidad entre ellos y nosotros, definitivamente esto no se lograba. El director (coronel *West Point*, lo que en el Ejército norteamericano tiene bastante connotación) proyectaba una imagen imponente, de alguna manera parecida a MacArthur. Pero la semejanza se detenía ahí. Displicente y engreído, se desempeñaba como un administrador de colonias. Arreciaban los comentarios

descalificadores en contra suya y, por extensión, en contra de toda la escuela. En el rodaje cotidiano, en su organización y funcionamiento, era notoria una ofensiva segregación racial de las distintas minorías. En un primer peldaño social estaban los oficiales *West Point*; luego, con algunos pequeños matices, los norteamericanos que habían estudiado en otras escuelas militares. Más abajo, los negros americanos. Leyendo al presidente Barack Obama en *Los sueños de mi padre, una historia de raza y herencia*, es posible darse cuenta de los dolores, las luchas, las vallas que los negros deben superar para sentirse también formando parte de la gran patria americana. Luego, en escala descendente de jerarquía social, estábamos nosotros, los latinos. Más abajo, mucho más abajo, fuera de cualquier consideración social, estaban los samblás, nativos panameños de la raza cuna, de baja estatura y muy delgados. Sus mujeres visten coloridos ropajes, angostas faldas y blusas, llamadas molas, verdaderas obras de arte. Ellas se vendan las piernas desde los tobillos a las rodillas, con delgadas fajas de tejidos de colores, en forma tan apretada que terminan por deformárselas. Usan grandes aros de oro en las orejas y en la nariz. Los *samblases* tienen un régimen especial de administración, más o menos independiente del Gobierno de Panamá. San Blas está constituido por decenas de pequeñas islas paradisíacas llenas de cocoteros. Muchos de sus habitantes trabajaban para la escuela, siempre en los servicios menores, retirando del comedor los platos sucios, pero no sirviendo la comida, haciendo aseos de baños y otros menesteres. Pese a que cada uno tiene un nombre en su idioma o en castellano, los americanos despectivamente los llaman:

–¡Eh… samblás! No, tú no, el otro que está a tu lado…

Resultaba un trato verdaderamente degradante.

Conviviendo un año con oficiales de todo nuestro continente, era fácil darse cuenta de nuestra natural afinidad con argentinos, peruanos, uruguayos y brasileños. Un poco más distante, solo por menor contacto, con los colombianos. No

había ecuatorianos. Con los salvadoreños quedaba aún el grato recuerdo de las misiones que envió nuestro Ejército para instruir a sus pares y, en todos los países centroamericanos, la influencia de profesores normalistas, pese a la lejanía en el tiempo, aún perdura su recuerdo con gratitud y vigor. Nuestra posición en la escuela era notoria, porque los dos que fuimos al curso no aceptamos el uniforme americano, a diferencia de las demás delegaciones. Todos los demás lo usaban sin más. Todos éramos oficiales graduados de Estado Mayor en nuestros países. En general, puedo decir que a nuestro país se le admiraba y respetaba; de eso a diario teníamos muchas pequeñas demostraciones, pero los demás, advertían en nosotros ciertos rasgos de soberbia y, al mismo tiempo, un ostensible orgullo nacional. Los venezolanos, sin tapujos, se siguen sintiendo protectores de Bolivia. Su causa y nuestros históricos y repetidos éxitos militares hacen difícil generar elementos que produzcan simpatías sinceras y nos tildan de imperialistas.

Cabe hacer una reflexión. La mayor parte de nosotros, sino todos de esta especial comunidad que significa ser oficiales de Ejército, durante todos los años anteriores al Gobierno Militar, hemos sido personas normales, con matrimonios bien constituidos, hemos criado a nuestros hijos inculcándoles valores morales, principios y los hemos impulsado a seguir, con libertad, sus propios caminos de personas de bien. Vino el Gobierno Militar por las circunstancias de todos conocidas y otras que mencionaré más adelante, nos vimos involucrados en un torbellino de acciones y reacciones violentas, de polarizaciones extremas, donde se cometieron toda clase de delitos, algunos verdaderamente deleznables.

Pasó el tiempo. Como balance del Gobierno Militar, quedó un país estructurado, pujante, absolutamente distinto al que se arrastraba sin destino durante la Unidad Popular (al contrario de lo ocurrido en casi todos los otros países americanos), pero también con una carga de hechos dolorosos, injustificables. No debe olvidarse que por la propia deci-

sión de Pinochet se entregó el Gobierno, resultado de una consulta democrática diferente a la de otros gobiernos similares. Y ahí empezó una vindicta inmisericorde que, por más de treinta años, ha exaltado solo los abusos militares, a la vez que ha ocultado, cuidadosamente, las causas que los generaron, es decir, sus propias responsabilidades.

Durante este prolongado lapso, se ha cambiado a todos los integrantes de la Corte Suprema, se ha modificado también a los organismos asesores del Poder Judicial que actúan sometidos al Ejecutivo y, es posible, a orientaciones que reciben de otros lados. Desde el comienzo se rechaza el principio de inocencia. Durante la Concertación el Gobierno manipuló constantemente a los medios de comunicación, de modo de obtener mayor severidad en los castigos, desconociéndose que una justicia que no es oportuna, no es justicia. Me atrevería a asegurar que, salvo escasas excepciones, entre los residentes en estos dos penales que reúnen a los procesados por derechos humanos, a esta altura de la vida, ya nadie representa peligro alguno para la sociedad. Justicia, perdón y misericordia son expresiones que se han aplicado en forma unidireccional.

Ahora bien, si tuviera la capacidad de vivir de nuevo las experiencias que me tocaron, haría lo mismo, solo que con más fuerza, porque lamento no haber tenido la capacidad de convicción para torcer el destino que ya entonces vislumbraba y denunciaba en mi ámbito institucional y también fuera de él.

Escuchando experiencias personales y conociendo muy de cerca cada uno de los casos, estoy sí convencido de que la responsabilidad en una organización militar cerrada, piramidal, como la DINA, que marchaba sin ceñirse a cánones que aseguraran control y transparencia, sino al revés, regida por un autoritarismo exacerbado, donde no había en la práctica elementos de consulta y reflexión, era, necesariamente, el mando el responsable, toda vez que no se consideraban opiniones, "porque eran pérdida de tiempo".

Aquí he sabido que las misiones más graves se asignaban "a dedo", sin siquiera pensar en términos de costo-beneficio. Las unidades operativas dependían directamente del jefe y exigían estricto compartimentaje, por lo que las responsabilidades máximas corresponden, sin duda y casi exclusivamente, al propio exdirector.

No podía haber persona más opuesta para dirigir un organismo de inteligencia: soberbio, manipulador e irreflexivo, actuaba en un clima saturado de resentimientos y de grandes antagonismos y abusos. Ellos crearon el caldo de cultivo para que se engendrara una personalidad mesiánica, independiente, sin que escalones superiores del Gobierno intervinieran para forzar tempranamente su alejamiento del cargo. Salvo connotadas excepciones institucionales, como los generales Óscar Bonilla B., Washington Carrasco, Sergio Covarrubias y René Escauriaza. Por el lado civil, las más inteligentes, constantes y vigorosas voces para sacarlo de su cargo, fueron, a no dudar, mis amigos Jaime Guzmán y Hernán Cubillos.

Presumo que en un primer momento, para la mayor parte de los otros integrantes del Gobierno, la complejidad de las funciones que asumían, completamente desconocidas hasta entonces, les hacía imposible, además, fijar su atención en materias completamente distintas a las suyas y a las cuales debían dedicar su atención preferente. Hubo, por consiguiente, un período inicial de marcha blanca, pero que, por los efectos producidos en algunos casos, se tornó más bien en negra, sin pasar siquiera el gris, en materia de derechos humanos. No obstante, en áreas específicas del Poder Ejecutivo y del Poder Judicial, estimo que sí debieron asumir las responsabilidades de supervisión y control que les correspondía, cualquiera que hubiera sido el efecto corporativo o para sus integrantes individualmente. Por su posición cimera y sus responsabilidades legales, tenían una visión general del país y estaban en capacidad y obligación de advertir excesos (desde luego, recibían los recursos de

protección), conocían de la repetición de procedimientos irregulares, recibían eventualmente respuestas institucionales que podrían interpretarse eventualmente como evasivas. Ahora, treinta años después, no parece suficiente que solo se den explicaciones que pretenden evitar responsabilidades directas. En ese tiempo, entiendo, no había Tribunal Constitucional o tenía otras potestades, ni desde luego existía el Parlamento; luego, la responsabilidad de mantener el orden legal y respetar la Constitución en lo que era dable hacer, recaía básicamente en la Corte Suprema de Justicia. Si cada órgano del Estado hubiera cumplido sus obligaciones no se habría llegado a los extremos a que se llegó. Ahora, solo miembros de las Fuerzas Armadas, prioritaria y casi exclusivamente del Ejército, aparecemos como únicos responsables genéricos de lo que fue una explosión de ira de la inmensa mayoría del país, tanto civil como militar, que se oponía a los designios de la UP.

Por otra parte, aquí en Cordillera, considero que fue un error concentrar en un mismo lugar a un exjefe de las características que he mencionado con los que fueron algunos de sus subalternos más inmediatos y que aún pueden seguir sintiendo una cierta dependencia de mando, como la que tuvieron hace tres décadas, o bien están atados a él quizás por qué elementos secretos de presión, cuyos hilos sigue él manejando, dejándolos en situación inconfortable. Él fue el superior inmediato de ese grupo y debió responder por las órdenes que impartió directamente. Todo esto ha condicionado también la situación de otros, que por discrepar los hacen aparecer responsables de hechos en los que eventualmente estuvieron ajenos.

Mis hermanos, cuñadas y amistades venían tanto como les era posible, ya que no están libres de achaques. Con Lionel, con quien estuve interno en el Liceo de Hombres de Temuco desde la enseñanza preparatoria, hemos seguido en contacto. Antes de caer enfermo de cuidado me visitaba constantemente, era un poderoso acicate de optimismo y

me proveía constantemente de material para mantener mi vicio de la lectura y no caer en crisis de abstinencia. Invariablemente, recibía la visita de algunos amigos, civiles y militares, y el apoyo constante de dos personas que con su siempre generosa compañía constituyen parte muy apreciada de mi querida familia. Cómo disfruto del beneficio de salir los fines de semana. Recibir a la UNOFAR, con el almirante (r) Jorge Llorente a la cabeza, que con loable esfuerzo y sacrificio viajan desde Viña del Mar, nos reconforta y nos mantiene unidos con nuestros lazos militares. Nuestra eterna gratitud para ellos. Otros organismos, quizás por el fracaso de sus empeños para entregarnos alguna esperanza, dejaron de venir. Nuestra institución periódicamente se hacía presente a través del comandante en jefe de la Guarnición General de Santiago, general Marcos López, visitas que terminaron cuando salió a retiro, del coronel Bruno Godoy y de la visitadora social, que atienden nuestras necesidades de apoyo institucional. La gran mayoría de los que estamos en esta condición son católicos, pero desde hace mucho tiempo se quejan de que no viene un capellán militar a decir misa. Durante un corto período vino el sacerdote Juan Sayapo, de Gendarmería, quien dejó un grato recuerdo. El padre Tedy viene cada vez que su tiempo se lo permite y su visita siempre es un agrado muy estimulante. Se dice que la institución prohibió honras fúnebres para los que estamos en esta condición y especialmente el uso de la Iglesia Castrense. Al parecer, no hay un documento que se refiera a esta delicada materia espiritual. Es posible que esto no sea efectivo, pero aquí se vive en un ambiente muy especial, donde circulan toda clase de rumores y especulaciones. No sé tampoco si quienes hayan podido tomar esta grave responsabilidad, en el interior de sus conciencias tengan la absoluta convicción de estar, a su vez, absolutamente libres de los graves pecados de que se nos acusa. En caso contrario, deberían arrepentirse sinceramente del mal causado, personalmente. En la instancia final, yo respetaré

cualquier decisión de mi esposa y mi familia al respecto, como lo hice al casarme con ella que, de motu proprio eligió la Iglesia Católica en lugar de la Protestante, que era a su religión, a la vez que la de su mamá (la omi).

Con mis amigos a menudo nos sentamos a conversar bajo un árbol y pasamos horas hilvanando recuerdos, comentando libros y tejiendo ilusiones. En los días de visitas familiares, Gendarmería también acepta con amplio criterio, que merece toda nuestra gratitud, a amigos íntimos, imprescindibles, de esos forjados a toda prueba en el yunque del tiempo; de esos a quienes se recurre en primera instancia, para transmitirles nuestros apremios, nuestras dudas o recabarles favores, en la seguridad de que siempre reaccionarán instantáneamente, guiados por su nobleza y la generosidad de sus corazones.

Lamentablemente, los costos de nuestra permanencia en Cordillera la pagan especialmente nuestras queridas familias. Ellas, con su irreemplazable presencia, marcan el calendario de nuestras vidas. Miércoles, sábados y domingos, visitas. Los días previos, aseos especiales de nuestras cabañas, abundante riego (cuando corresponde) y arreglos de jardines. Señoras, hijos y nietos que pueden, vienen y nos ponen al día con los acontecimientos familiares. Estando yo acá se casó otro de mis nietos y también me hicieron tres veces bisabuelo. Falleció mi hermano médico Gladio, que vino a verme muchas veces al penal, dificultosamente, cargando toda clase de dolores y limitaciones. De mis nietos, siete ya son profesionales universitarios: Sebastián, Cristóbal, Nicolás, María Cristina, José Antonio, Pablo y Matías, que está por titularse de piloto. Los menores: Patricia Carolina, Tomás, Trinidad y José Andrés harán lo mismo más tarde.

Hernán, desde su cargo de cónsul general de Chile en Bariloche, ha sido ascendido y fue designado como embajador en Nicaragua. Gracias a su gestión se aprobó un Tratado de Libre Comercio con ese país y el nuestro; Patricio, como in-

vestigador en la Universidad de Stony Brook (EE. UU.) ha sido promovido y es autor de varios artículos en su especialidad. Marisol con Juan Pablo y otros miembros de mi familia, por propia iniciativa e infatigable devoción, han desarrollado múltiples gestiones para obtener mi libertad.

Acá, naturalmente, vienen muchos nietos y nietas pequeños de otros compañeros, que conocen el penal como la única casa del abuelo. Un alto magistrado, al ser preguntado por esto, ha dicho:

–Bueno, ¿y las familias de los torturados, de los desaparecidos, no tenían los mismos derechos? Claro que los tenían, cómo no. Muchos pasan más tribulaciones porque sus familiares están muertos o desaparecidos.

Esta afirmación, que es legítima, exige una respuesta más meditada y extensa, que ya abordaremos. Sería de toda racionalidad que para los que están en esa calidad se aprobara una ley de "muerte presunta", porque no es concebible que a esta fecha aún estén vivos, o "privados de movimiento", como creo dice eufemísticamente un fallo judicial reciente. Claro que esto traería necesariamente la aplicación efectiva de la Ley de Amnistía (y esa es "la madre del cordero") que Aylwin, el recién condecorado por el Ejército, interpretó a su manera. También por nuestro lado hubo muchas bajas que no obtienen reparaciones económicas. Para ello tendremos que adentrarnos más adelante a estudiar cómo se gestaron estos hechos, en un análisis lo más objetivo posible, desnudo de ropajes partidistas, de miradas parciales o sesgadas.

ALGO SOBRE EL EJÉRCITO DE ENTONCES

En el libro *El Ejército de los chilenos* (su título solo me parece muy bien para el libro, pero nada más, no debiera extenderse para otro propósito, para evitar equívocos en sus posibles derivaciones: Ejército de los chilenos, del pueblo, popular...), cuya editora es la distinguida historiadora señora Patricia Arancibia Clavel y que contó con la participación de varios destacados autores. En él se describe con profundidad, erudición y amenidad la historia de nuestro Ejército, desde 1540 hasta 1920. Se lee su temprano proceso de gestación y su largo y accidentado desarrollo, derivado de la necesidad de ir asegurando, progresivamente, los límites naturales que configurarían el territorio de nuestra Patria.

Desde sus inicios se estableció la unión indisoluble entre desarrollo y seguridad, que debe ser equilibrado y proporcional en cada una de las etapas de nuestra vida institucional. Muchas veces esta ecuación falla por falta de equilibrio y los errores se pagan caros. El balance entre "mantequilla y cañones" –de Paul Samuelson– debe ser una constante preocupación de los gobiernos y no considerar que la seguridad es un gasto, sino una inversión indispensable.

Por determinismo geográfico, el eje de crecimiento siempre fue longilíneo, como la mayoría de los adolescentes. A medida que se expandía el territorio hacia el sur, se fueron estableciendo guarniciones como las cuentas de un rosario. Su crecimiento fue, preferentemente, de Santiago hacia el sur, por la tenaz resistencia mapuche, perfilando una contextura desgarbada y flacuchenta, casi anoréxica, pero a pesar de ello sana y vigorosa. Desde los fuertes, que se instalaban para asegurar los territorios conquistados, se fue derivando a guarniciones permanentes, ubicadas, preferentemente, en la columna vertebral de nuestra absurda geografía, tanto hacia el sur como, algunas, hacia el norte.

En las ciudades con más población se constituían las futuras bases de movilización y en ellas se instalaron regi-

mientos de distintas armas, creando después, con su agrupación administrativa, mandos divisionarios responsables de zonas más extensas de nuestro territorio. Todas las guarniciones de unidades independientes quedaron, así, en pleno valle central, más próximas al mar que a la cordillera, lo que no dejaba de ser disfuncional con sus responsabilidades operativas futuras, que por cierto estaban necesariamente pegadas a las fronteras. Por ejemplo, la Unidad de Artillería Montada, para llegar desde Traiguén a la cordillera, su zona de empleo, debía hacer un sacrificado viaje de no menos de tres o cuatro días. Por suerte, de la otra vertiente de las montañas las cosas no eran muy diferentes. Peor aún, las distancias son mucho mayores y nuestro escudo protector del baluarte andino eran, a la vez, tiempo y fortaleza.

No obstante, considerando que la paz es la forma normal de vida de los países y las guerras son excepcionales, algún costo debía pagarse. Considerando, además, que somos un país de catástrofes, lo que permitía a las instituciones armadas apoyar eficiente y oportunamente, con sus medios y preparación, a nuestra sufrida población.

Los presupuestos para los gastos institucionales siempre fueron espartanos para cubrir todas las necesidades y su distribución no siempre era equitativa, había diferencias de tamaño, condiciones de aislamiento, de calidad de las instalaciones, razones climáticas, todo lo cual influía en las preferencias de destinaciones. El Ejército propiciaba que, a lo largo de la carrera, los oficiales se familiarizaran con las distintas características geográficas del país, de modo que en caso de conflicto tuvieran mayor capacidad de adaptación; pero, por otro lado, razones familiares, de educación de los niños y otras, impulsaban a los oficiales a señalar preferencias, que la institución normalmente trataba de compatibilizar con sus intereses. De este modo, había buenas y malas destinaciones en la medida que ellas correspondieran o no a los intereses de cada cual. Normalmente se consideraban como no buenas Calama, Coihaique y Traiguén, las dos

primeras por la dureza del clima y aislamiento y la tercera por su disminuido tamaño y también, en esa época, por su aislamiento, distante de la carretera Panamericana y que obligaba a desplazarse a centros poblados mayores solo por caminos de tierra.

Los invito ahora a viajar conmigo en el tiempo, para que vean cómo fue algo de la vida que me tocó como soldado. Todos ingresamos a la Escuela Militar como respuesta a un instinto vocacional. En mi caso, por circunstancias del destino ya mencionadas, estuve interno la primera vez, en el Liceo de Temuco; tenía apenas seis años de edad, mi hermano mayor Lionel había ingresado dos años antes. Pasé en esas condiciones todas mis preparatorias hasta, el 5º año de humanidades. En las vacaciones de verano mi mamá nos hacía estudiar música, cosa que odiábamos por falta absoluta de condiciones. Lionel, violín; y yo, piano, en casa de la abuela. No duraron mucho las mentadas clases. Al segundo año, Lionel, enojado por morisquetas que le hacía, literalmente me dejó como sombrero su valioso instrumento. Para matar la soledad de las horas muertas del día en el liceo, compañera permanente de la condición tan particular en que nos encontrábamos a tan temprana edad, nos convertimos en lectores obsesivos.

Lo que me indujo a ingresar al Ejército fue la lectura de historia militar, guerras y campañas, particularmente conocer las vicisitudes y odiseas como el Descubrimiento y la Conquista de Chile y, luego, las propias guerras libradas por el país, siempre en condiciones tan desfavorables, en lugares tan lejanos y con resultados tan gloriosos como importantes para la formación de nuestra Patria. Su historia, y la participación del Ejército en ella, me llenaba de orgullo y admiración. Nunca antes en mi vida vi un desfile militar. Pensé algún día ser oficial de Ejército; intenté entrar a los catorce años, pero tuve anemia y logré entrar al año siguiente. Hice en la escuela el 6º año de humanidades y el curso militar, egresando con el grado de alférez.

EN EL REGIMIENTO "SANGRA"
(Diciembre de 1944 a diciembre de 1949)

Las generaciones sucesivas de oficiales quedan marcadas por el año de egreso de la Escuela Militar. Yo egresé el 23 de diciembre de 1944; en consecuencia, digo: "soy del curso del 44". De esta fecha de egreso y del puesto obtenido en el escalafón dependen la antigüedad, los cursos de requisitos, los ascensos y, según los méritos, los viajes de estudio o agregadurías al extranjero. Algunos días anteriores al egreso, había que solicitar la destinación que cada uno deseaba, según las vacantes que hubiera. Yo me inscribí para el Regimiento "Sangra", de Puerto Montt, para conocer el sur. Mis padres ya vivían en Santiago, mi papá tenía entonces el grado de inspector, de modo que se dificultaba nuevamente mi vinculación con ellos y con mis hermanos menores.

Puerto Montt en esos años era poco más que una aldea. Inmensamente lejano y desconocido por el resto del país, ya en ese tiempo se veía que estaba destinado a un futuro promisorio, como puerto de conexión con las vastas extensiones patagónicas. Se llegaba casi únicamente por FF. CC. del Estado (entonces sí funcionaba), por eso allá se decía que había dos estaciones: la del ferrocarril y la del invierno interminable. Aventurarse por la carretera Panamericana sin pavimentar era siempre una odisea, con destino incierto, que había que preparar con mucho tiempo de antelación. Había pocas calles pavimentadas en la ciudad, siempre ventosa, lluviosa y fría; estas condiciones se agravaban porque no teníamos vestuario ni equipo adecuados. Nuestro casino de oficiales era un vetusto edificio de madera de tres pisos y las goteras alcanzaban hasta el primero, donde había algunos dormitorios, entre ellos el mío, estando la mayor parte en el segundo.

Los espacios aptos para hacer instrucción quedaban muy lejos del cuartel, en un lugar que se llamaba Cardonal,

próximos a un eucalipto solitario gigantesco; era un árbol colosal que por su tamaño servía de faro a los chilotes. Para llegar a él, teníamos que atravesar la ciudad hacia el sur. Ya en el acto de recibir cuenta para iniciar el servicio cotidiano en el patio, estábamos calados hasta los huesos y así debíamos permanecer durante todo el día, todos los días. Entonces, naturalmente, no había parkas, ni plástico, ni ninguna de las modernidades que ahora existen. En mi inmadurez y en la necesidad de contrarrestar el frío y la lluvia, me mandé a hacer un chaleco de cuero, para ponerme bajo la blusa; debo advertir que tampoco había cierre *eclair*, ni menos *velcro*, solo botones. Al principio, solo para el frío, el invento me funcionó, pero el segundo día llovió y, poco a poco, de chaleco se transformó en corsé que empezó a encogerse y a apretarme, proceso que se aceleró con la intempestiva salida del sol. Cuando no soportaba más, quise desabotonarlo, pero ya era tarde, de modo que recurrí a un yatagán para liberarme antes de terminar sofocado.

La mayor parte de nuestro contingente eran chilotes y el regimiento recibía, obligatoriamente, un alto porcentaje de analfabetos, a quienes, entre otras cosas, debíamos enseñar a leer y escribir. Los resultados se calificaban con anotaciones en las hojas de vida. Fuera de la instrucción militar, también teníamos que hacer educación cívica. Muchos eran de familias pobres de solemnidad, calzaban ojotas con tiras de cuero (las de neumáticos son de época muy posteriores, más modernas) y teníamos que enseñarles, por lo tanto, el uso de zapatos y bototos, lo que no era fácil (por razones anatómicas), e incluso a comer con cubiertos.

En los cursos de estudiantes voluntarios de tres meses, la situación era diferente. Por la composición social de las familias, llegaban muchos descendientes de familias alemanas. En el primer curso que me tocó mandar siendo alférez tuve una sección con dos "pelaos" que sobresalían por su estatura y condiciones: Rodolfo Stange y otro de su talla, me parece recordar de apellido Brahm; el primero se converti-

ría en un gran general director de Carabineros e integrante de la Junta de Gobierno y el otro, me parece recordar, fue un destacado diputado. Teníamos casi la misma edad con los soldados conscriptos.

En 1945, mi primer año como oficial de Ejército, la Guerra Mundial estaba aún en desarrollo; tanto en el regimiento, donde se hacían academias de estudio, como en el Club Alemán, se conversaba preferentemente sobre ella; se seguían las batallas en mapas cubiertos con alfileres y banderitas. En las casas de las familias alemanas se escuchaban radios de onda corta, que costaba sintonizar, donde transmitían comunicados en directo, se celebraban las victorias y se lamentaban los fracasos. Nadie sabía todavía el lado oscuro de Hitler.

La fácil relación con las familias alemanas se daba porque había afinidades latentes entre nuestros países que se remontan a la epopeya de la colonización alemana, al apoyo de ese gran país en nuestros conflictos y a las misiones que ayudaron a formar a nuestro Ejército. Nuestro uniforme y tradiciones castrenses suscitan evocaciones que provocan gran acercamiento. La dilatada presencia en nuestro país del oficial alemán don Emilio Körner, que llegó al grado de general, incluso a ser inspector general del Ejército, la más alta investidura institucional, fue extremadamente valiosa para la formación moral y profesional del Ejército. Quizás el hecho de que fuera contratado por el presidente Balmaceda y que después combatiera en la Revolución de 1891, a favor del Congreso, ha impedido que el país y nuestra institución reconocieran sus invaluables méritos; en cambio, distinto destino tuvo el general Velásquez (que se le recuerda con una obra vial de enorme importancia), cuyo desempeño marcó la extrema politización y la división del Ejército, generando anticuerpos que recuerdan de algún modo, como veremos más adelante, nada menos que el paso del general Carlos Prats González en la comandancia en jefe institucional.

En Puerto Montt, particularmente, había una muy fácil incorporación social al seno de distinguidas familias alemanas, lo que compensaba en mucho el considerable aislamiento en que vivíamos. La influencia de estas laboriosas comunidades ha dejado su impronta en el paisaje, en las costumbres, en la cultura y en el desarrollo de todo nuestro sur.

Cada cierto tiempo organizábamos excursiones. Las más expectantes siempre consistían en llegar a Puerto Varas y adentrarnos hacia Petrohué y Ensenada, principalmente atraídos por sus singulares bellezas, pescando en el lago, en los esteros y ríos que desembocaban en él. Entonces había tanta abundancia, que en algunos de poco caudal era posible pescar a mano limpia, pasándola desde la cola hasta las agallas. Esos recorridos nos dejaban imágenes inolvidables, a pesar del largo tiempo transcurrido. Con los años hemos regresado muchas veces con mis hijos e incluso nietos.

Al poco tiempo de haber llegado, estaba almorzando en la caleta de Angelmó cuando un vecino de mesa me invitó a compartir con él para degustar juntos nuestros sabrosos platos de mariscos. En el transcurso de nuestra larga sobremesa, me contó que era el presidente del Club de Amigos de Chiloé y me invitó a participar en el próximo almuerzo. Era un día sábado y la casa no estaba muy lejos de la caleta. Llegué a la hora que se me había señalado y la dueña de casa, después de recibirme, me dijo que "los socios" se reunían en la cabaña de atrás. La construcción era muy sencilla, una amplia pieza con un baño. Los socios ya habían llegado, no eran muchos, quizás unos diez hombres. No había otro mobiliario que sillas adosadas a la pared y largas estanterías llenas de vasos, copas, botellas de vino y "damajuanas". Fui presentado por el dueño de casa como oficial del regimiento recién destinado y todos me saludaron muy cordialmente. Después de la segunda copa yo veía con cierta preocupación que de comida, ¡nada!

–Bueno, pasemos, teniente –me dijo el dueño de casa, como si hubiese leído mis pensamientos–.

Dimos vuelta a la casa y ahí, al centro de un bonito patio lleno de enredaderas, se estaba cocinando desde temprano un enorme curanto en hoyo. Nos sentamos en bancas y veíamos cómo dos niñas quitaban cuidadosamente las hojas de nalca y aparecían azafates conteniendo costillares de cerdo, pollos, longanizas, milcaos, chapaleles y, más abajo, choros zapatos, picorocos, cholgas, machas; en fin, toda clase de exquisiteces. Desde ese mismo almuerzo me incorporaron como socio del club y así tuve ocasión de rendir devotos, inolvidables y periódicos homenajes a Epicuro. No recuerdo haber perdido ningún almuerzo en los años que estuve, salvo por razones de fuerza mayor. A veces, "para hacer apetito", porque los almuerzos duraban toda la tarde, jugábamos rayuela con tejos profesionales, que eran unos cilindros (no discos) de bronce sumamente pesados y me informaba sobre las entretenidas y cautivantes costumbres, mitos y tradiciones chilotas.

Paralelamente, tuve la suerte inmensa de frecuentar a muchas familias entroncadas con antepasados descendientes de colonizadores, que me acogieron muy generosamente en sus casas. Guardo un cariñoso reconocimiento por su bondad, participé mucho en sus alegres celebraciones, disfruté de su cultura y de sus valores. Ellos, con su calidez, hacían olvidar la dureza del clima.

Los horarios de trabajo eran extenuantes. La Escuela Militar nos había dado las herramientas teóricas para nuestro desempeño, pero "otra cosa es con guitarra". La escasez de medios obligaba a ingeniárselas para cumplir adecuadamente los cometidos. Pocos oficiales se aventuraban a pedir traslado a Puerto Montt en los planes de destinación anuales. Al segundo año de estar allá, siendo subteniente recién ascendido, me tocó el mando de una compañía (100 hombres) que en condiciones normales corresponde a un capitán.

A mediodía se leía la orden del día, con la compañía formada. Los subalternos que deseaban hablar personalmente, en privado, con el comandante de compañía, daban un

paso al frente y decían: permiso para presentarme *a parola*, mi teniente. Nunca supe el origen de esa expresión tan singular. En la primera lectura de la orden, un sargento segundo, que frisaría los cuarenta años (yo tenía recién 18), dio un paso adelante y cumplió el ritual establecido. Terminada la ceremonia, lo recibí en mi oficina; muy formalmente, lo hice sentar y, sin preámbulo alguno, me dijo:

–Ayer me fui temprano a mi casa, donde encontré a mi esposa acostada con un cabo. ¿Qué debo hacer, mi teniente? Por un instante, me quedé mudo.

Luego, mientras aclaraba mis pensamientos, le pregunté:

–¿Qué hizo usted al momento de encontrarlos?

–Me quedé sorprendido, mi teniente.

Después escuché que don Andrés Bello, frente a una circunstancia similar, habría dicho: Los sorprendidos eran ellos, usted quedó estupefacto.

–Bien –seguí preguntando–, ¿no hizo nada más?

Me preparaba para escuchar lo peor, cuando me contestó:

–Sí, mi teniente, di un portazo y me fui de la casa (flemático el hombre, no cabía duda). Deseo que usted me aconseje.

Recuerdo haberle comentado:

–Me alegro de que no haya procedido de hecho contra ellos.

Para darme tiempo, le dije:

–A esta misma hora, venga mañana a conversar conmigo.

No era un tema que pudiera conversar con los dos subtenientes menos antiguos bajo mi mando, tan inexpertos como yo, de modo que hablé con un oficial casado, el capitán Enrique Paris Maldonado, que mandaba el batallón, y le pregunté qué debía recomendarle al sargento. Al día siguiente, muy seriamente, le di "mi opinión". Me escuchó con calma y me agradeció el consejo. Así, poco a poco, nos

fuimos formando en el camino de la vida. Conocimos algo de las misteriosas interrelaciones entre las personas, las circunstancias que trazan sus destinos, el rol del azar y aquello que a menudo llamamos coincidencias, que a veces son más aparentes que reales.

Parte de nuestra labor como oficiales consiste en exaltar los hitos más sobresalientes de nuestra historia, por lo que debíamos dar charlas para el contingente y para los colegios, donde siempre éramos recibidos con cariño. Con ocasión de un 21 de Mayo, en reemplazo a última hora de un compañero que se sintió enfermo, me correspondió hablar ante los colegios primarios de Puerto Montt, en una ceremonia presidida por el director provincial de Educación y el intendente provincial, señor Manuel Droguett. La reunión fue en un gigantesco y desvencijado galpón, en un día de lluvia torrencial y mucho viento. Mientras escuchaba las palabras de introducción, con mucho temor me fijé en que la única luz que alumbraba el escenario era una pequeña ampolleta que pendía de un alambre de más de cuatro metros de largo. Por efecto del viento, que se colaba por los numerosos huecos de las tablas que faltaban, la bendita ampolleta oscilaba de un extremo al otro, como un péndulo, dejando en sombra el lugar en que debía pararme.

Me armé de valor y subí al escenario. Después de saludar a las autoridades presentes, saqué las hojitas que me habían pasado para comenzar a leer y, alternativamente, quedaba en la sombra más absoluta, mientras la ampolleta seguía su periplo, independiente de mis tribulaciones. Acuciado por los nervios, puesto que era mi primera conferencia en público, irreflexivamente levanté la mano para tomarla, pero, al hacerlo, me dio la corriente porque no alcancé la altura adecuada. Las hojas se me soltaron y salieron volando para cualquier lado. Terminé *a capella,* como pude, junto con los restos de entereza que me quedaban. Mientras el propio director provincial y algunos profesores se apresuraban a buscar las malditas hojas, estuve tentado de acompañarlos, pero

pensé que eso acabaría con la poca dignidad que aún tenía y, haciendo acopio de un remanente de valor, improvisé el resto de la alocución, porque solo había alcanzado a leer la manida frase de los "humos al norte". Para mi sorpresa, terminé ovacionado por las niñas y niños que repletaban el local, seguramente más por mis desplantes que por la calidad oratoria que había demostrado. Al abandonar el local, mientras trataba de mostrar serenidad en la despedida, escuché cómo coreaban al unísono: "alhelí, alhelí, alhelí, acuérdate de mí, acuérdate de mí". ¡Cómo lo hubiera podido olvidar!

A Puerto Montt llegaban numerosos vendedores viajeros, con muestras de géneros, zapatos y algunas marcas farmacéuticas, de productos como los pilules orientales (para desarrollar el busto de las féminas). En la calle también se vendían, en canastos, mariscos y pescados. La pareja de centollas costaba alrededor de treinta pesos, hembra y macho; las primeras tenían la posibilidad de tener ovas. Nuestros primeros sueldos eran de $900 mensuales.

Una tarde encontré en la plaza, sentado, descansando, a un vendedor de pescados, joven, desarrapado; llevaba dos canastos llenos con grandes merluzas. Me senté a su lado. Esta variedad de peces entonces se vendían a muy bajo precio, porque solo se les extraía el hígado y la carne no era muy apreciada. El hígado era la base para ese maloliente "aceite de hígado de bacalao", un líquido espeso y amarillo que nos obligaban a tomar siendo niños, por las mañanas, junto con el desayuno, pero que necesariamente "recordábamos" todo el día. Ni en el internado del liceo nos escapábamos del brebaje; le compré los dos canastos, pero le pedí que los llevara al regimiento. Dejé un par de merluzas en el casino y el resto lo mandé al rancho de tropa. Como fuera muy aceptado por todos, cada cierto tiempo nos pasaba a dejar pescados. Conversando mientras subíamos la cuesta que había antes de llegar al cuartel, me contó de sus tempranas y sufridas experiencias en la mar. Ese hombre muy humilde y trabajador, y bueno para conversar, alegre

y ocurrente, fue después "don" -en realidad lo había sido siempre- Constantino Kochifas, a quien rindo un homenaje de sincera admiración por su esfuerzo pionero en levantar una enorme empresa de turismo, la primera en recorrer los más hermosos parajes del país, como la laguna de San Rafael y los fiordos del sur. Navegar por ellos, leyendo un buen libro, escuchando el *Peer Gynt* de Grieg y disfrutando una copa, nos transporta a una imagen que debe ser cercana al Paraíso. Fiel a las mejores tradiciones de sus ancestros, muchos de los cargos principales de la gran empresa que creara son ocupados por sus familiares y descendientes.

Pero, algo andaba mal en nuestra sociedad, no todo eran anécdotas pueblerinas que coloreaban nuestro tranquilo paso del tiempo. Cada tanto surgían problemas que agitaban a distintos sectores de nuestra comunidad y devenían en huelgas, desórdenes y alteraciones del orden público. Si estos subían de tono, nos designaban en puestos que significaba reforzar la acción de Carabineros. A menudo, sindicatos dirigidos por personas imbuidas de ideas extranjerizantes -concretamente, marxistas- paralizaban el transporte ferroviario, que era vital, ya que el vial prácticamente no existía y con frecuencia exasperante nos designaban en distintas misiones de control del orden público, como por ejemplo ser "comandantes" de estaciones o de trenes de carga o pasajeros. Los últimos tenían un lugar para ir a comer. Ser designado comandante de trenes de carga era una pesadilla, porque los viajes a Santiago a veces duraban más de una semana, dependiendo del tren que se nos entregara en custodia. Cada cierto número de estaciones, había que pasar a buscar o a dejar algunos carros, debiendo estar muy atentos, porque fácilmente estas operaciones podían ser saboteadas, ya sea sacando deliberadamente la máquina en una tornamesa, antes de que terminara su giro, o hacer desvíos incorrectos que podían provocar choques catastróficos; en fin, cualquier cosa. Además, dentro de la propia máquina no había espacio entre el conductor y el carbonero; luego, había que viajar en un carro de carga o, peor, de

animales si iba vacío, debiendo soportar horas o días la fetidez del ambiente. No era fácil ni grato improvisar muchos otros oficios que requerían largos años de experiencia y un cierto acostumbramiento. Estos episodios de confrontación social, que obligaban a distraerse en otras actividades se repetían constantemente en el tiempo y tenían distintas características, en muchas de estas manifestaciones, involucraban daños y frecuentemente grados mayores o menores de dura violencia. Muchas veces, ciertamente, eran generados por necesidades no satisfechas, promesas no cumplidas o simplemente como medios de presión. La mayor parte de las veces causaban, como ahora, perjuicios a personas inocentes que nada tenían que ver con el conflicto.

Decidí irme de Puerto Montt, no para escapar de estas obligaciones tangenciales a mi carrera, que en cualquier parte se iban a repetir, sino más bien para cambiar de aires, ver otros parajes y conocer otras guarniciones de mi institución. Recurrí para ello a todos los expedientes posibles. A fines del segundo año, di examen para ingresar a la recién creada Escuela de Blindados y fui aprobado. Pero en la campaña de fin de año, en Puangue, algunos oficiales comentaron la pésima situación económica en que se encontraban, de lo que el director, coronel Enrique Bödecker, dio cuenta y el gobierno entró en pánico y cerró la escuela.

Al año siguiente postulé, simultáneamente, a la Escuela de Paracaidistas y a la Base Antártica. Fui aceptado en ambas. La escuela no aceptó alumnos ese año y después me enfermé de úlceras al estómago, lo que me impidió ir a la Antártica. De este modo, pasé mis primeros cuatro años en el sur, junto con "la lluvia, el viento y el frío", como dijo Carlos Menem cuando quiso trasladar la capital de su país a Viedma, en la Patagonia. Pero como no hay mal que por bien no venga, me hice cliente frecuente de la única librería que por entonces había en Puerto Montt y me suscribí al Círculo Literario, empresa que enviaba libros por correo, mediante reembolso. Para ello enviaban una lista con los títulos publicados.

Recuerdo que entre los primeros libros que compré por este medio estaban *Los nueve libros de la historia*, de Herodoto, y *El diccionario filosófico*, de Voltaire. Ambos tuvieron una profunda influencia a lo largo de mi vida. Quería adentrarme en la historia y el conocimiento porque en ese momento pasaba por un período de dudas existenciales y deseaba orientar mi futuro espiritual. Me pregunté si debía creer o no en Dios. Indagué sobre las religiones monoteístas y politeístas; en fin, exploré como pude, y cuidadosamente, este tema tan importante y llegué a la conclusión de que, por razones que desconozco, no fui iluminado por la fe y no puedo asumirla solo por un esfuerzo de voluntad. He quedado tranquilo con mi conciencia. Respeto profundamente todos los credos religiosos. Después me informé que Voltaire, cercano a la muerte, se reconcilió con la Iglesia Católica y dejó a un lado su inveterado ateísmo. Presumo que este no será mi caso, porque ya he sido varias veces rondado por la Parca y no he tenido la inclinación a cambiar de posición. Además de que al hacerlo así, me parecería más a un acto de oportunismo inmoral. En mayor confusión me dejaron más tarde Spinoza y otros autores, de modo que, como dicen mis nietos, "dejé de hacerme rollos". He leído por ahí que entre católicos y musulmanes hay una figura común, la Virgen María. Trataré, sí, de profundizar estos temas por su interés cultural.

En algunos fines de semana sin panorama –luego, eternos–, con lluvia y frío, leía todo lo que estuviera a mi alcance. Un par de veces leí *El Quijote*, un hermoso libro que me había regalado Nana con ilustraciones de Doré, y cada vez encontré aspectos y puntos de vista que me parecieron nuevos, enfoques diferentes, siempre con una fuerte dosis de sabiduría y muchas veces de comicidad. Practiqué deportes, especialmente esgrima en las tres armas y pentatlón militar. Me fue bien, competía en campeonatos divisionarios y en otros concursos, lo que me permitía viajar y, así, escaparme, temporalmente, de ese prolongado aislamiento. Nuestro medio de transporte fuera de la ciudad, normalmente, era el caballo. Había que esforzarse para tener una

tenida de montar de civil que no desentonara. Al término del servicio, muchas veces los caballos nos esperaban ya ensillados, para salir de prisa a atender algunos de nuestros esporádicos compromisos.

No todo eran asperezas en la vida; tuve, como ya he dicho, oportunidad de establecer una excelente relación de amistad con muchas familias alemanas, donde, por lo demás, casualmente había bellas descendientes de doradas cabelleras. Esta convivencia matizaba muy agradablemente los rigores del servicio. A veces éramos invitados a fiestas en el campo o en localidades distantes, como Maullín, Los Muermos, Fresia, Loncotoro.

Cada vez que pude, exploré la casi desconocida y misteriosa isla Grande de Chiloé y muchas islas adyacentes. Quedé simplemente fascinado por sus paisajes, sus poblados pintorescos, presididos por hermosas iglesias, su variada mitología y sus costumbres ancestrales, cuyos habitantes mantenían con gran fidelidad y respeto. Su espíritu comunitario es admirable, él los hace asociarse, para realizar en conjunto labores que exigen mucha mano de obra, como las "mingas" tradicionales, donde los traslados de casas con yuntas de bueyes son las más espectaculares, pero también se practican para las cosechas, la fabricación de chicha de manzana, la esquila de corderos y otras actividades.

Era obligación en el Ejército de entonces, para todos los oficiales subalternos, informarnos, en la medida que fuera posible, sobre los familiares de los conscriptos a nuestro cargo y conocer sus necesidades. Gran parte de nuestro contingente provenía de la isla. Muchos vivían en rucas con techos de totora, piso de tierra y un fogón, siempre dispuesto con brasas en el centro; de un trípode de palos, permanentemente colgaba una olla de fierro de tres patas, con agua para cebar los mates, hacer cazuelas o, simplemente, lavar ropa. En los mismos fogones se cocían tortillas en las cenizas calientes, papas (con cáscara) y se tostaba trigo o maíz. En varias

de ellas observé que cerca de la puerta había unas anillas de cuero, colgadas en paralelo, a más o menos un metro de altura. Pregunté qué uso les daban. Me dijeron que las usaban con parturientas que, llegado el momento, se asían de ellas, semisentadas en el aire, y así tenían a sus guaguas. Estaban cerca de la puerta porque era más fácil asearlas.

En las fiestas rurales de familias alemanas había entonces un riguroso protocolo de acercamiento y socialización. Los hombres, padres, tíos, hermanos y amigos, se encontraban generalmente en una sala contigua, adaptada como bar, conversando, fumando y bebiendo cerveza en garzas o *schops*. Al quinto trago se ponía dentro de la copa un vasito con *kümell* (comino) que se dejaba caer lentamente; decían con herejía que beber cerveza era como rezar el rosario, tantos padrenuestros y luego un avemaría.

Las "mutis", "omis" y "tantes", en el salón principal, estaban sentadas en sillas adosadas a la pared; las alfombras y todos los otros muebles se habían sacado del salón, lo que daba la impresión de un escenario de antiguos rituales; a sus lados, sus hijas y sobrinas (¡en edad de merecer!; curiosa expresión). Guardo muchos nombres y apellidos (que mirando guías de teléfono veo se conservan en la zona) como feliz recuerdo de mi juventud. Nosotros, los jóvenes, al escuchar la música, generalmente interpretada por acordeones, violines o victrolas, entrábamos a ese salón como "haciéndonos los lesos", que era la expresión que su usaba para demostrar que no había mucho interés, mientras mirábamos discretamente a las doncellas (la "mercadería", era lo que se decía rústicamente). Cuando hacíamos contacto visual con alguien en particular, cruzábamos caminando despacio, tratando de aparentar tranquilidad. Al llegar a nuestro destino, nos dirigíamos a la mamá o a la señora de más edad y más próxima a la niña que habíamos elegido, quien a todo esto nos miraba discretamente, pero en forma muy escrutadora. Hacíamos una ligera inclinación de cabeza. Y si ella, la mamá o la tía, según el caso, aún no se daban por entendidas, debíamos decir, en voz audible, la frase ritual:

–Señora, ¿me permite bailar con su hija?

Ahí mismo quedábamos entregados a nuestro destino. A veces la señora (ante la duda que aparecía en su cara, ya en nuestro ínterin la habíamos transformado en "la vieja"), simplemente, decía ¡no!, sin hacer un gesto ni menos, por supuesto, fundamentar su decisión, aunque tal vez para reafirmar su negativa a veces apretaba los labios. Solo una vez enfrenté esta bochornosa situación, pero sentí pronto una rencorosa sensación de alivio, al ver que los ojos de la bella *walkiria* que había elegido se humedecían muy femeninamente. Aparentando una fingida indiferencia, que no sentía por supuesto, retorné a mi asiento. Era muy mal visto haber sido rechazado por una mamá y dirigirse de inmediato a otra. Este tipo de percances no terminaba ahí. Con el exabrupto de la mamá, la niñita estaba condenada a bailar, el resto de la noche, solo con sus familiares más cercanos, porque nadie se iba a atrever a pasar por tan incómoda circunstancia, que había sido naturalmente observada por todos. Pero como ante toda norma aparecen resquicios, a veces, antes de dar tiempo a la mamá para que resolviera, la niña se levantaba prestamente y ponía los brazos en posición de iniciar el baile. Ante el hecho consumado, la omi o tante quedaba condenada a pasar un largo rato sola, porque antes de que la pieza terminara había que darse maña para quedar al lado opuesto del salón y así no devolverla de inmediato a su asiento.

Los maridos o acompañantes seguían arreglando el mundo entre cantos, brindis y cervezas. Las *Wintertrubel* anuales eran fiestas que se preparaban con gran meticulosidad y se recordaban después durante mucho tiempo. Actuaban excelentes orquestas, formadas por miembros de la colonia. Casi todos, hombres y mujeres, usaban hermosos trajes de cuero bávaros que habían pertenecido por décadas a las familias. Entre varios amigos de la "colonia", a mí me regalaron una de esas hermosas tenidas completas. Generalmente esas alegres fiestas duraban hasta el amanecer y muchas

veces había "recova" al día siguiente, para terminar con los restos de los condumios.

Entre estas periódicas y simpáticas reuniones, también se tocaban temas serios de la contingencia, tanto de política interna como relacionados, especialmente, con los avances y, a esta altura, retrocesos de la guerra. Las batallas de tanques, las operaciones aerotransportadas, las campañas en territorio africano y los avances de los aliados en Europa eran objeto de apreciaciones y conjeturas. Como incipientes profesionales de la guerra, nos consultaban con frecuencia, de modo que había que prepararse constantemente con los escasos medios entonces disponibles. Las charlas que periódicamente disponía el comandante del regimiento nos eran de gran utilidad para afrontar estos simpáticos desafíos.

Conversando con ustedes, nietos y nietas, viéndolos preparar sus carretes y excursiones, tengo la ligera impresión de que las costumbres han cambiado... ¡un poco! ¡Quizás algunos 180º! Me siento superviviente de la prehistoria. He transitado desde la radio galena a este artificio que tengo al frente.

Volviendo al tema, Alemania cometió los mismos errores que Napoleón con la *Grande Armeé* en su invasión de 1812 a Rusia: no tomó en cuenta el patriotismo del pueblo y del campesinado de las grandes estepas y el vigor en la defensa de su fe ortodoxa y la integridad del modo de vida nacional y de sus territorios. El frío, el hambre y, sobre todo, el empecinado ataque de los valerosos cosacos del Don, Malo Jaroslavetz, Krasnoe, además del cruce del Dnieper y del Beresina, acabaron con sus esperanzas de dominio y se vio obligada a replegarse, sufriendo penurias inenarrables. La historia se repitió con su destino ineluctable. Muy pocos deben saber el rol que le cupo a Rudolf Abel, un desconocido agregado militar alemán en Tokio, en esta violenta reacción de la URSS.

El derrumbe de Alemania afectó a muchas personas que tenían familiares en su país de origen. Había rumores de excesos, pero nadie sabía a ciencia cierta si eran o no ver-

dad. Los viajes al Viejo Continente eran por mar y duraban demasiado tiempo. Como eran familias afincadas por generaciones y de gran prestigio en toda la zona, muchos amigos, incluso judíos, buscaban forma de ayudarlos a mantenerse en pie para eludir los controles establecidos por los norteamericanos a través de las ominosas listas negras.

Gracias a esta destinación inicial, tuve la oportunidad de encontrarme varias veces con mi hermano Lionel, que pasaba embarcado ya no recuerdo en qué buques de la Armada. En cada ocasión hacíamos fiestas memorables y compartíamos entre militares y marinos, y yo me ponía al día con informaciones sobre mi familia. Como éramos de la misma promoción y yo había sido seleccionado para ir a desfilar a Valparaíso el 21 de mayo de 1943, tenía muchos amigos marinos, con quienes muchas veces después me encontré en la carrera y con los que a veces anduve embarcado.

Dejemos por el momento el ambiente provinciano y lo meramente coloquial. Aventurémonos un poco en las aguas turbulentas del panorama internacional, tratando de entender cómo era el mundo en que vivíamos y cuáles eran las fuerzas que desde lejos impulsaban nuestros destinos. De no haber sido por la enorme capacidad industrial de Estados Unidos, la apertura de frentes y el masivo refuerzo en toda clase de pertrechos facilitados a la Unión Soviética, tanto la duración de la guerra como su resultado final pudieron ser diferentes.

Pero, en definitiva, fue el comunismo el que derrotó al fascismo y mientras este terminó por desaparecer, los marxistas siguen su camino imperturbablemente, cambiando de estrategias y de tácticas, pero siempre fieles a sus consignas y objetivos. Así, se infiltran, negocian por exclusión o sorprenden a sus audiencias atemorizándolas con peligros de ingobernabilidad que ellos mismos crean, azuzando a las masas con el cobarde empleo del anonimato de las redes sociales que manejan a su arbitrio, como el derecho a saqueo de arcaicas formaciones militares.

La conocida revista *Qué pasa*, del 30 de febrero de 2012, trae en su tapa una gran fotografía de Escalona y en un resumen del artículo, páginas 32-33, se lee: "Bachelet es la persona que da garantías de enfrentar las reformas que hoy hacen falta, pero sin generar inestabilidad (...)". A buen entendedor... Más adelante leerán parte del legado que ella nos dejó. Eso es lo real, lo otro es engañoso, sirve para distraer, es parte de la ferretería que se usaba para pescar (rapalas, orenos, terribles o caimanes, por suerte ahora reemplazados por las moscas en la pesca deportiva. En eso hemos aprendido; en política, nada y "seguimos comulgando con ruedas de carreta"). Para terminar este aparte, este mismo inteligente político de izquierda dice: "La derecha fracasó en darle legitimidad a la estabilidad del país". Finalmente, el periodista dice: "Su tesis fue muy celebrada en su exposición en el CEP...". Respuesta: "Había varios empresarios, pero mayoritariamente eran estudiantes...". *Tomen nota, nietas y nietos, así se está barajando el naipe para las elecciones presidenciales.*

Antes nos habíamos aventurado a conocer, muy someramente, por cierto, otros cambios socioculturales en los equilibrios del poder. Ahora que había terminado la Segunda Guerra Mundial se hacía indispensable observar hacia dónde había desembocado el mundo y saber algo sobre la denominada Guerra Fría.

GUERRA FRÍA - AL OTRO LADO DEL MURO



Sé que es un tema ingrato que todos quisiéramos dejar atrás, y ojalá lo hiciéramos, pero no podemos, porque es aquí donde está el meollo de lo que nos sucedió y ha seguido pasando. Los marxistas son los más empeñosos en que este tema no se toque, porque en la medida que se menciona y profundiza, más definidas aparecen sus responsabilidades y más claramente se explican ahora sus conductas de ayer y de hoy; porque, en el fondo, no han cambiado radicalmente. Hablarán de caza de brujas y tenderán a desacreditar el tema, pero como dijo un importante ministro "actual" al sacarse una fotografía oficial con el trasfondo de un personaje cuidadosamente elegido: "es parte de la historia" (comentaremos más adelante este tema). Precisamente, este trabajo pretende recordar aspectos "de la otra parte" para intentar conocer por qué pasó, lo que pasó.

Es posible que muchas personas, si no todas, puedan distinguir claramente, a partir de qué año empezó y terminó su vida profesional. A mí, me cuesta; sí puedo asegurar que empezó el 23 de diciembre de 1944, fecha en que egresé de la Escuela Militar. Pero no podría decir si terminó el 25 de septiembre de 1975, cuando, como general y director

de Inteligencia del Ejército, abandoné voluntariamente mi carrera por razones derivadas de mis principios morales o bien, de algún modo, sigue hasta ahora, considerando que acepté ser director de la Central Nacional de Informaciones, ya en situación de retiro voluntario, entre enero de 1978 y julio de 1980. Después, siempre seguí vinculado a los avatares propios de la vida de mi institución. Con porfiado voluntarismo, siempre me he sentido formando parte del Ejército y, en la medida de mis modestas capacidades, lo seguiré haciendo hasta el término de mis días. Aunque por decisión abusiva del exministro Vidal no tenga derecho a recibir homenaje mortuorio oficial. Este aspecto, dejo claro, tampoco me había interesado antes.

Retomemos el camino, porque de eso se trata. Queridos muchachos, recordando mi vida profesional, me parece hacerlo como quien mira el camino por el espejo retrovisor; veo que persisten como imagen constante las dos líneas divisorias y, a medida que avanzo, no sé si me persiguen o me van empujando; si me detengo, divagando o pergeñando reflexiones, y vuelvo a emprender la marcha, porfiadamente ahí están siempre, como una sombra que jamás me ha abandonado. Junto a ella alcanzaré la etapa final de mi viaje, porque ninguno de los dos podremos ir más allá que lo que fije la temporalidad de mi destino.

Ya a partir de mis primeras destinaciones, todos los oficiales de nuestra generación fuimos marcados por un fenómeno que impregnó todos y cada uno de nuestros pasos. Consciente o inconscientemente fuimos afectados por este fenómeno envolvente y totalizador, que no solo se limitaba a posesionarse de nomenclaturas militares, sino condicionaba, sin contrapesos, los destinos del mundo. Nada escapaba a su contaminación generalizada.

Durante el largo desarrollo de esta etapa de la historia de la humanidad, hubo varias y cruentas guerras entre países de distintos continentes, pero, a pesar de la enorme cantidad de muertes y pérdidas económicas, sus efectos fueron más bien localizados y, concretamente en nuestro país, al

principio no era fácil advertirlos, ya que estábamos muy lejos de los lugares donde se desarrollaban.

En nuestro continente, en ciertas áreas, su acción era imperceptible; en otras, en cambio, se expresaba con inusitada virulencia. Sangrientas acciones terroristas, robos disfrazados de expropiaciones, incendios intencionales, secuestros, violaciones masivas, niños convertidos en guerrilleros, asesinatos, emboscadas y muchas otras manifestaciones de esa índole, todas impregnadas del odio que implicaba la lucha de clases.

El *Manifiesto comunista*, del alemán Karl Marx, exalta al proletariado mundial a la condición de pueblo elegido y a la formación de una sola patria, supranacional, bajo la dirigencia soviética, que se ejerce a través de una nomenclatura autogenerada, rígida, autocrática y despiadada. Es la expresión de una doctrina mesiánica, totalizadora y que envuelve una trampa mortal porque hace creer que, al final, será el pueblo el que gobierne cuando se alcancen las etapas superiores de desarrollo, a las que jamás podría llegarse.

Cuba, la hija predilecta del totalitarismo soviético, desde un comienzo fue el semillero que esparció la maleza de la guerrilla por todo el continente. Numerosos focos infectaron Centroamérica y el Caribe y continuaron propagándose, con mayor o menor vigor, por todos nuestros países. Si bien la intensidad de la afección fue distinta, según el vigor del organismo contagiado y sus defensas naturales, el efecto que se perseguía era el mismo: producir una mutación total del organismo invadido, en este caso el país, para transformarlo en un obediente satélite del bloque soviético. Todo esto nos obligaba a los soldados a empeñarnos en defensa de la Constitución y de las leyes, reforzando la acción de policías y otros servicios, para que el Estado cumpliera su misión de asegurar el orden interior, con responsabilidad y eficiencia, y a mantener nuestros valores morales y nuestro sistema de gobierno al amparo de nuestra Constitución y las leyes democráticamente aprobadas.

Esta forma de lucha se conoce como LA GUERRA FRÍA y se la llamó así porque no había ejércitos de millones de personas tratando recíprocamente de matarse y conquistar por la fuerza zonas de influencia, para agrandar, aún más, el territorio de las potencias rectoras. La invasión de Berlín y las bombas atómicas en contra de poblaciones civiles japonesas había terminado la Guerra Mundial, pero no era el fin de la historia. Además, dentro de esta guerra también, como hemos dicho, hubo numerosos conflictos sangrientos, pero más localizados entre distintos países.

Escarmenemos un poco más, en procura de la verdad, tratando de escudriñar en qué consistió esta forma de guerra y busquemos –sin anteojeras ideológicas– respuesta a la pregunta fundamental: ¿Terminó la Guerra Fría? Cronológicamente, y en términos generales, duró desde el término de la Segunda Guerra Mundial en 1945, pero se manifestó efectivamente desde 1947. Antes hubo escaramuzas que la fueron encauzando, hasta la caída del Muro de Berlín en 1989. En consecuencia, duró poco menos de medio siglo. La causa determinante de su construcción fue el bloqueo de Berlín y la necesidad de implementar un transporte masivo de abastecimientos por vía aérea.

El MURO DE BERLÍN, una concepción estratégica de Erich Hoenecker construida por Moscú, fue el símbolo siniestro más destacado de este período histórico. Separó a Alemania Occidental de la República "Democrática" Alemana. Paradoja, los que lo construyen, los responsables de la Guerra Fría, son los primeros que tratan de olvidarla, resienten la monstruosidad de la que fueron inflexibles defensores. Pero aquí quedan defensores que nunca vieron nada, como la señora Jeria y su hija Michelle Bachelet, que echándose al bolsillo elementales normas protocolares, muestran sus impúdicas nostalgias ante los medios de prensa.

Veamos, someramente, algunos efectos poco conocidos de este fenómeno militar, político y social. Se extendió por cientos de kilómetros y separó, físicamente, casas, ciudades,

campos y bosques. Su propósito, cínicamente declarado por el Este, fue impedir la penetración fascista, pero en realidad fue para evitar la despoblación de la parte bajo el control marxista-leninista. Fue el equivalente del mar caribeño que separa a Cuba de EE. UU., con la trágica historia de miles de balseros que huyen de la dictadura castrista muriendo por insolación, ahogados y devorados por los tiburones decenas de ellos; los otros, los que huían de Alemania Oriental, murieron electrocutados, desintegrados al pisar minas o fusilados en una despiadada y atroz cacería y no como impúdicamente decía nuestro embajador Clodomiro Almeyda, "que eran estudiantes de vacaciones haciendo payasadas y que no había tales muertos". Se calcula que cinco mil personas lograron cruzarlo por los medios más diversos; la misma cantidad fue hecha prisionera y sometida a crueles castigos y varios cientos fueron cobardemente asesinados al intentarlo.

Un reciente documental sobre el efecto ecológico de esta artificial y tan prolongada separación física mostró hechos curiosos. Al no ser objeto de cultivo la franja contenida entre muros y alambradas, muchas especies de hierbas y arbustos se han mantenido inmutables en el tiempo, habiendo ya desaparecido completamente en otras partes de ambos países, donde sí se ha fumigado o arado. Estas plantas silvestres, por su escasez, ahora se las estudia y cultiva precisamente por su rareza. Sin embargo, lo más impresionante, es que el Muro, que en realidad era una franja y no una línea, separó artificialmente también manadas de animales, especialmente ciervos, que antes, en ciertas épocas determinadas del año, coincidentes con la brama, concurrían siempre a sitios comunes de migración, se miraban a través de las vallas y luego, en la imposibilidad de juntarse, regresaban a sus lugares habituales de pastoreo. Hace más de 20 años que físicamente desaparecieron las alambradas, pero ellos las guardan en su memoria y este conocimiento, misteriosamente, se ha traspasado a sus descendientes. Las manadas, en los mismos períodos, siguen concurriendo, por ambos lados, a los mismos lugares de antes, se miran

desde la distancia, por atavismo no cruzan "las alambradas" ahora inexistentes, para regresar de nuevo, cada vez, a sus lugares de origen. Es decir, en animales inferiores se han fijado recuerdos imborrables, ajenos al más elemental discernimiento, como los reflejos condicionados.

La permanencia en el tiempo de ciertos hechos los fija en la mente en forma indeleble, como las manchas de óxido que también tiñen de rojo, igual que el marxismo. Más adelante volveremos a esto, porque estas fijaciones psicológicas conforman parte importante de la personalidad de todos y se hacen más evidentes en los conductores: Velasco Alvarado (el exgeneral peruano y presidente), cuando niño –ahora se diría en condición de riesgo social– miraba en Talara, a través de una reja, las instalaciones americanas con enormes surtidores automáticos derrochando agua que mantenía verdes jardines y prados, mientras a su lado de la reja solo una llave, en el medio de un barrial, servía para extraer agua para el baño y la comida de toda su población, obligando a las mujeres a bañarse vestidas. El insigne escritor Vargas Llosa y sus tortuosos recuerdos de la Leoncio Prado: Autoridades nacionales golpeadas por duras experiencias sufridas por familiares en el pasado, encandilados por afanes igualitaristas; en fin, los casos son muchos y han marcado muchas de sus visiones de la vida.

La Guerra Fría parece haber conformado un fenómeno pretérito y haber tenido importancia alguna vez, en alguna parte. En todo caso, lejos de nuestro país. Pero aquí sus repercusiones fueron inmediatas a su aparición como fenómeno mundial, porque teníamos preparado el caldo de cultivo para su desarrollo: una infiltración marxista fuertemente ideologizada. Las remesas de dinero eran pródigas y frecuentes para sentar bases permanentes. De esto se aprovechó el jefe de la *Stasi*, servicio secreto de Alemania Oriental, Eric Wolf, el "Hombre sin rostro", para sacar a Altamirano y a otros extremistas el 11 de septiembre, a quienes les prodigó un trato preferente; pero, claro, según su jerarquía

política e incondicionalidad doctrinaria. El sistema no era democrático, había claras diferencias de estatus, no se vaya a creer que todos eran iguales. El haber tratado de infiltrar a la Armada merecía un premio especial, pero no por eso menos vigilancia.

En nuestra embajada en la URSS, como un hecho consumado, primero se dio asilo político a la familia Hoenecker, repudiada internacionalmente incluso por naciones ubicadas tras la fracasada ex Cortina de hierro, y luego se les trajo a Chile –sin autorización del Gobierno de turno, que quedó por consiguiente descolocado–. Este desatinado abuso diplomático fue hecho como expresión de gratitud por haber recibido a los exiliados que, voluntariamente, siguiendo su línea doctrinaria, eligieron ese destino, protegiéndose detrás del Muro y empapándose en sus convicciones doctrinarias. Bachelet, en visita oficial a Alemania, evocó con nostalgia y evidente falta de tacto sus años vividos en ese país, para estupor de sus anfitriones.

Esa tenebrosa obra arquitectónica y los tratamientos que les prodigaron, naturalmente, nunca han merecido críticas de los que se cobijaron bajo su siniestra sombra. Tampoco han filtrado lo que aprendieron en ese paraninfo de formación doctrinaria alienante como era Alemania Oriental, que logró superar la rigidez del "hermano mayor", que al fin tuvo que aplicarle pública presión para que diera mayores espacios de libertad.

Es curioso e inexplicable que un gran número de exiliados no eligiera países "verdaderamente democráticos", sino, precisamente, a los que conculcaban los derechos humanos, reconociendo en los hechos que la valorización de ellos es sesgada. En su fuero interno debieron representar su ideal de país, puesto que los eligieron y permanecieron en ellos durante largo tiempo, empapándose de sus ideologías, seguramente rumiando sus rencores en espera de futuros regresos. Fue un error, naturalmente, sacarlos del país mediante el exilio y "becarlos para que continuaran afuera sus estudios ideológicos superiores".

Teóricamente debió ser un régimen que provocara el rechazo de las personas porque conculcaba el natural espíritu libertario. No es posible creer que no hayan advertido que se encontraban en una dictadura extrema, ignominiosa. Jamás se ha escuchado crítica alguna a ese régimen por parte de las que aceptaron, pero también sufrieron, sus rigores. Entre ellos se forjaron, como se ha advertido, sólidos sentimientos de solidaridad, interdependencia y, desde luego, ayuda recíproca, lo que casi semeja un pacto secreto; basta ver al binomio Bachelet-Juan Carvajal, que puede explicarse porque compartieron grandes padecimientos.

La caída del Muro, que se inició sorpresivamente por un error de comunicaciones, después de un instante de incredulidad, generó una explosión de alegría a nivel mundial; no obstante, a pesar de la conmoción, los caracteres ideológicos siguen estando presentes y pareciera que más firmes que nunca, al menos en nuestro país.

Pero volvamos a esta modalidad de guerra que polarizó al mundo, dividiéndolo entre Oriente y Occidente. EE. UU. y la URSS se enfrentan disputándose entre ellos a dentelladas zonas de influencia en cielos, mares y en todos los continentes. Las potencias rectoras dibujaron fronteras a su arbitrio en busca de recursos para aumentar cada una su poder. Véanse mapas donde muchas fronteras están trazadas con regla. Esta premura que separó arbitrariamente comunidades étnicas ancestrales ha sido fuente inagotable de litigios que no han podido superarse. De esos tiempos datan también instrumentos diplomáticos y económicos que han modificado substancial y, al parecer, definitivamente la correlación entre naciones: El Plan Marshall, gigantesco apoyo económico de EE. UU. a los países europeos que hemos mencionado en el prólogo; el Pacto del Atlántico Norte, la OTAN; La Declaración Schuman, que dio origen visionariamente a la Comunidad Económica Europea; el TIAR o Tratado de Río, suscrito por veinte países americanos para protegerse de la agresión comunista y varios otros. En esta competencia, y a efecto de ella, la ciencia y la tecnología recibieron un impulso tan ex-

traordinario que ahora no se concebiría la vida sin los aportes logrados por su influencia. Dondequiera hubiera fuentes de riqueza o posiciones geográficas importantes nacían ambiciones y subterránea o descaradamente se complotaba, se corrompía y se penetraba ideológicamente.

Muchas crónicas y publicaciones de la época detallan aspectos de esta pugna de titanes, cientos de obras ilustran las características de este conflicto, que ha devenido en masacres por causas étnicas y religiosas, provocando miles de muertos, como ha sucedido no hace demasiados años entre India y Pakistán, Cachemira y Bangladesh, Timor Oriental, Kosovo y muchas más.

En ocasiones, los conflictos se han desarrollado sumergidos e ignorados, como el movimiento imperceptible de las placas tectónicas que solo es detectado por aparatos electrónicos. En otras, como grandes terremotos, tsunamis o erupciones volcánicas, mostraban impúdica y descaradamente sus efectos, a través de invasiones o derrocamientos de jefes de Estado u otras formas de conquista. Esos documentos dan cuenta de los excesos, los dolores, las tragedias y los tremendos sufrimientos de la gente común.

Pero muchos vivieron, se multiplicaron y murieron sin darse cuenta de que sus destinos estaban o estuvieron amarrados a circunstancias que les fueron ajenas, que nunca conocieron y ni siquiera vislumbraron. Cubanos muriendo y matando angoleños por más de 15 años; rusos invadiendo Afganistán, regresando vencidos y avergonzados; americanos desembarcando en Granada o sacando al presidente Jacobo Arbenz en Guatemala; misiles que viajan escondidos y que regresan presionados a sus lejanas procedencias o el *Che* Guevara que, después de su rotundo fracaso en el manejo de la economía de su país adoptivo y alejado del poder por el Barbudo, desembarca en Bolivia para... ¡conquistar el Cono Sur desde la selva boliviana! "Cosas veredes, Sancho"....

Desde Fidel Castro, el *Che* Guevara, Hoenecker, Velasco Alvarado, Galtieri, Banzer, Schneider, Allende, Prats, Pinochet

y hasta todos los presidentes "concertados", especialmente Bachelet, marcada a fierro por sus cerradas y anquilosadas concepciones ideológicas, todos son producto directo de este fenómeno social y los últimos se encargan de mantener, a ultranza, rasgos esenciales de ese fenómeno social y naturalmente; también los exiliados durante el Gobierno Militar, donde hay algunas connotadas personalidades que influyeron directamente en el acontecer nacional, todos ellos son íntegramente producto de la Guerra Fría. Nosotros, los militares que actuamos en el Gobierno, los que evitamos que el país cayera en la órbita de los países marxistas, pagamos con la cárcel la derrota que les infligimos a ellos, a los aventureros que intentaron incorporarnos a la órbita marxista.

Regresemos a mi irrelevante viaje imaginario por los derroteros del camino que me tocó seguir; paralelamente al desarrollo de tan graves y múltiples asuntos de tanto relieve en el escenario mundial, en lo menguado de mi pequeña existencia iba tejiendo, casi sin saber, el entramado de mi vida. La influencia de las circunstancias marca nuestra vida en forma inevitable. No podemos evadirnos totalmente de ellas, algunos vamos en el vertiginoso cauce de un torrente, esperando sortear las rocas que amenazan triturarnos. A otros les toca navegar por aguas calmas y sus vidas transcurren sin sobresaltos. No fue mi caso, por lo menos, en algunas etapas de mi extenso recorrido.







12 de agosto de 1961 *Berlín* *9 de noviembre de 1989*

REGIMIENTO "CAUPOLICÁN" (1949 a 1952)

La práctica de los deportes que ya he mencionado me permitió viajar a menudo fuera de Puerto Montt y conocer algo de las provincias vecinas. Pronto me encontré compitiendo en diferentes concursos y olimpíadas, una de ellas en Valdivia. Por allá por el año 1946, conocí a una chica de 14 años que sencillamente me encandiló. Ella conversaba con varias amigas y ofrecían entradas para una quermés de su colegio. Compré una entrada y ofrecí asistir, pero no pude, porque competía al día siguiente. Conversamos un rato bajo los añosos tilos que aún se mantienen vigorosos en la Plaza de Armas (paseando en el lado correcto de ese entonces, frente a la Catedral). Al día siguiente nos encontramos, como "por casualidad", y yo pude dar explicaciones.

El 15 de diciembre de 2011 cumplimos 60 años de matrimonio. Ese día yo estaba preso, naturalmente, y Nana sufrió una fuerte caída en la calle al ir a encontrarse con nuestra incomparable amiga Chelita y debió ser conducida al Hospital Militar.

Tenemos tres hijos: Hernán, Patricio y María Soledad; dos "nu–eras" encantadoras (que "sí–eran" y lo son… y tanto, que son como dos hijas más): Patricia y María Cristina; un yerno: Juan Pablo; y 11 queridos nietos(as): Sebastián, casado con María Pilar S., Cristóbal, Matías y Patricia, de mi hijo mayor. Nicolás, María Cristina y José Andrés, del segundo; y José Antonio, casado con Claudia, con tres hijitas, Pablo, Tomás y María Trinidad, de mi hija. Mi suegra, doña Carolina Küllmer B. –la querida omi Calin–, dejó una huella entrañable en nuestra familia y tuvimos la suerte de disfrutarla por largos y felices años.

En Valdivia, concretamente en el Regimiento "Caupolicán", estuve varios años, tanto en el regimiento, dos veces,

como en el Cuartel General de la IV División de Ejército, y fuera de casarme, lo más importante, por cierto, también ahí me sucedieron muchas cosas que contribuyeron a formarme como soldado. Desde luego, tuve comandantes excepcionales, como el general (Q. E. P. D.) Alfonso Cañas Ruiz-Tagle, y mi gran amigo el general (r) Raúl Contreras F., de quien fui segundo comandante.

Muchos viejos suboficiales de ese querido regimiento se radicaron en Valdivia y conforman ahora el Regimiento (S) de Infantería Nº 11 "Caupolicán", de Valdivia, destinado a recordar, con nostalgia, los años en que estuvo de guarnición en la más hermosa ciudad del país. Trabajé con muchos de ellos y, sin duda, cada uno aportó en mí sus experiencias y me enseñaron, con su ejemplo, que aprendiendo a obedecer es como se aprende verdaderamente a mandar. Siempre me han expresado su solidaridad por los momentos que atravieso. Los recuerdo con inmenso cariño y gratitud.

La presencia de los suboficiales retirados en las distintas guarniciones tiene un significado adicional. Son la memoria viva de la institución en cada zona jurisdiccional. Ellos pueden recrear desempeños pretéritos y, poco a poco, al rehacer el pasado, pueden rescatar experiencias positivas que ayuden a resolver problemas presentes y futuros, lo que de alguna forma supliría la incomprensible ausencia de una fidedignamente escrita historia de las unidades y reparticiones de la institución. Lo que es peor, en los primeros años después del Gobierno Militar, seguramente por presiones indebidas del estamento político, se operó quirúrgicamente todo lo relacionado con este, produciéndose irresponsablemente un vacío histórico. En algunas partes, todo lo que existe al respecto son "Galerías de Comandantes" y alguna referencia a los años en que ejercieron el mando. Lo sucedido en el Regimiento "Rancagua" de Arica tuvo características singulares; lo repito porque su lectura me hizo doler el alma. En un bien ilustrado libro, entre otras cosas, se mencionó la "reinauguración del Museo Militar", pero no su inaugura-

ción, que, probablemente, debió revestir quizás más interés, dado el contexto histórico en que se hizo entrega de él. Ni nada se dice de las brutales vivencias y desafíos que se debió enfrentar. Su autor, necesariamente, debe haberlo hecho a regañadientes, porque era un verdadero soldado, lo que demostró en todas las instancias de su carrera, especialmente para el terremoto y tsunamis del 27-F, cuando pudo asumir el mando de las tropas para afrontar las consecuencias de la tragedia una vez superada la vergonzosa pasividad de las autoridades civiles y cuando sus superiores daban muestras de evidente pusilanimidad, convirtiendo seguramente un vigoroso (PLAN) Torrente en una acequia inútil.

En estos caprichos de la vida, a los pocos días de estar aquí en el penal Cordillera, me atendió una paramédica, quien, al igual que todo el resto del personal de esta sección, es sobresaliente (el doctor Luis Reyes Fuentes, que la dirigía, es un profesional excelente, de gran calidad humana, estudioso y preocupado permanentemente de nuestras muchas dolencias, lo mismo que hace actualmente el Dr. Carlos Beller). Se trata de la señora doña Cecilia Silva. Ella me dijo:

–Yo he crecido oyendo en mi casa hablar de usted, Sr. Mena. Mi padre hizo el servicio militar en Valdivia, en una unidad que usted mandaba, y siempre tuvo los mejores recuerdos suyos.

Al día siguiente me trajo la libreta del Servicio Militar Obligatorio perteneciente al ciudadano Gabriel Silva Briones, contingente del año 1955, firmada por mí como capitán comandante de compañía.

Los oficiales más bien somos aves de paso en las distintas guarniciones. Los suboficiales echan raíces y se aquerencian a donde llegan. Ahí forman sus familias, establecen sus relaciones y mantienen vivos los valores en que se impregnaron en sus duros años de servicio a la Patria, así, con mayúscula. Ellos también y, muy especialmente, la encarnan y la representan con dignidad y honor, no importando cuán pretéritos hayan sido sus pasos por las filas institucionales.

Tras el terremoto del año 1960 y la posterior inundación provocada por el río Calle-Calle, muchos de ellos trabajaron ayudando a los que más sufrieron. En todas las guarniciones han quedado suboficiales que son como el eco en el tiempo del espíritu de las unidades a que pertenecieron, sigan estas ahí o se hayan mudado a otro lugar, como ocurrió con ese querido y añorado regimiento. Ellos representan también su continuidad histórica y en el seno de sus organizaciones se cobijan los más puros sentimientos del alma nacional. Los numerosos organismos que los reúnen son entidades respetables que pueden contribuir positivamente en trabajos de organización comunitaria. A todos ellos les rindo simbólicamente, de pie, un homenaje de reconocimiento dondequiera que se encuentren, porque desde hace muchos años he estado vinculado a algunos de ellos.

Entre los actos de celebración del Bicentenario se me ocurre que debe hacerse editarse una publicación que se refiera a la historia de esos nobles organismos y la participación de sus componentes en diversos hitos en beneficio de la región donde están inmersos. Sería un mínimo homenaje a quienes, en muchos casos, como el mío, contribuyeron a formarnos como profesionales cuando recién abandonamos el cascarón de nuestra querida escuela. Desde otro punto de vista, sería una forma de vertebrar el Ejército activo con quienes, estoy cierto, siguen sintiendo acelerar los latidos de sus corazones con solo escuchar marchas militares y, seguramente, mantienen en sus casas muchas fotografías que ilustran momentos importantes de sus esforzadas vidas y diplomas enmarcados de sus ascensos y destinaciones.

Cuando el señor coronel Luis Alfonso Rivas Otárola, comandante del Regimiento "Rancagua" (1984-87), tuvo la gentileza de invitarme a Arica, pedí especialmente reencontrarme con quienes habían sido suboficiales durante mi período de mando. Sentí una inmensa emoción de volver a ver de nuevo tantas caras amigas, con quienes compartí diariamente, de diana a retreta. Sin ellos y su total entrega

al servicio, nada hubiera sido posible hacer ante la enorme complejidad de los problemas por resolver.

Volviendo al "Caupolicán", muchas de nuestras campañas se realizaron a dos o tres jornadas de marcha (25 kilómetros cada una) y eran casi siempre verdaderas odiseas. Así, fuimos a Riñihue invitados por un agricultor amigo, el Sr. Luis Orozco. Al llegar, instalamos el campamento en una extensa explanada a la propia orilla del lago. El paisaje es paradisíaco. Encontramos muchos campos aptos para nuestros ejercicios y nos preparamos para aprovecharlos al máximo. Al tercer día comenzó un diluvio que se prolongó por más de tres semanas. Dos veces cambiamos el campamento, buscando la protección de árboles y hondonadas. Nuestra preocupación principal era la salud, el abrigo y la actividad del contingente. Por suerte, una enorme bodega de forraje nos ayudaba para turnarnos y hacer instrucción teórica. Al final, el comandante resolvió hacernos volver a Valdivia. La lluvia nos acompañó inclemente.

También fuimos a La Unión, donde llegamos después de un par de jornadas de largo caminar. Recibimos, al igual que en otros lugares, muchas demostraciones de cariño y afecto. Cuando correspondía hacer alto a la marcha, nos tendíamos a la vera del camino, apoyados en nuestras mochilas, con los pies en la berma para normalizar la circulación sanguínea. Siempre había humildes pobladores que con baldes o jarras nos ofrecían agua.

Como todas las unidades en estas circunstancias, ofrecimos atención médica en la medida que nuestros reducidos medios lo permitían y también, como era habitual, organizamos un circo de campaña de despedida. Para eso, cada compañía rivalizaba presentando los mejores espectáculos, con payasos, malabaristas, charros mexicanos y los más diversos e improvisados números. Alguien consiguió unas ropas femeninas y maquillaron a un soldado para representar una comedia. El muchacho se prestó para la broma y

aceptó que lo maquillaran en una peluquería. El Señor Corales de turno, con su consabido pito, anunció la comedia que se presentaría. La "niña" provocó entusiastas aplausos y piropos apenas entró a la arena, especialmente de parte de los espectadores masculinos. Con andar ondulante, sonrojos y púdicos parpadeos con sus pestañas postizas, se ganó al público, que "la" aplaudió a rabiar. Después del circo se daban unas horas de permiso para visitar la ciudad. El peladito disfrazado no se cambió ropa y salió con sus atuendos teatrales y con un par de sus compañeros. Muchos varones se le acercaron a "invitarla" y conseguir una cita, a las que "ella" se negaba, porque "su padre que era suboficial del regimiento y tenía muy mal genio".

En la Escuela Militar, pese a mi entusiasmo por participar en actividades circenses, jamás me dieron ningún rol estelar, ni siquiera secundario, en los elencos. Para no quedarme de simple espectador, me vestía de "botones", entraba y sacaba sillas, trampolines, columpios y demás accesorios que los artistas necesitaban. Peor me fue en el canto. La verdad es que siempre me ha gustado la música en general y el canto en forma muy especial. Un día probaban nuestras voces en el patio de honor (de la Escuela Militar antigua, por supuesto). Seríamos cien o doscientos cadetes, no recuerdo por los nervios que tenía. El profesor Fábrega, con unos mechones rebeldes, nos hacía cantar desde un entarimado. De pronto golpea fuerte la batuta y baja, enrojecido de rabia. Camina entre las filas –tuve el terrible presentimiento de que era a mí a quien buscaba– y, efectivamente, llegó hasta donde yo me había puesto para confundirme en el montón y con un grito me dijo:

–¡Fuera, inmediatamente! ¡Nunca más lo intentes!

Recuerdo que en esa campaña a La Unión un grupo de oficiales fuimos invitados a comer por una familia dueña de una farmacia ubicada, en una esquina, frente a la plaza. Inolvidable ágape, tanto por la gentileza y simpatía de nuestros anfitriones como por la variada y enorme abundancia de deliciosos manjares. El error fue haber comido

todo el primer plato, cuando le sucedieron después, cerca de… diez y todos se veían exquisitos.

En las brumas del tiempo recuerdo, también, que un año recibimos una directiva que disponía la participación del regimiento en unas maniobras que iban a realizarse varios meses después en la zona central del país, hacia donde debíamos trasladarnos en ferrocarril. Preparamos minuciosamente nuestro traslado, personal, ganado, material de guerra, sanidad, alimentación, forraje; en fin, todo lo que significa llevar a un regimiento al combate. Nuestro destino era la ciudad de Talca y ahí el comandante del regimiento iba a recibir un sobre secreto con la misión.

Cuando ya estaba listo el tren para partir, advirtieron que dentro de los alimentos debíamos embarcar dos bueyes, vivos, por supuesto. En los tres últimos carros iba uno con caballos y dos con mulas. Los bueyes simplemente no cabían en ninguna parte. El veterinario ordenó hacer un espacio en uno de los carros con mulas. Con algunas tablas se improvisó un pequeño corral y se subieron los bueyes. No bien se escuchó el pitazo de partida del maquinista, por razones desconocidas, las mulas, que iban sueltas para que se acomodaran, reaccionaron al revés y se incomodaron con los huéspedes de última hora y, casi simultáneamente, se pusieron a patear. Paró el tren, ante el estrépito provocado por la zarabanda de patadas. El vagón quedó casi completamente destruido, con tablas rotas y muchos cascos aprisionados en las hendijas. Los pobres bueyes no lograron sobrevivir a la recepción que les tributaron a bordo.

Pero la odisea de esas maniobras no terminó ahí, al menos para mí. Al desembarcar en Talca, según lo dispuesto, el comandante del regimiento se presentó a la Dirección de Maniobras y recibió su anunciado sobre. En reunión de oficiales, realizada en una bodega de la estación, lo abrió con parsimonia. Había un documento y una carta geográfica. La orden establecía que, a partir desde ahí, debía marchar

hasta… Rancagua, para… Yo estaba feliz, porque, pese a que era solo teniente casi recién ascendido, me correspondía, por antigüedad, hacerlo a caballo. Organizamos la columna y, en hilera por ambos lados del camino, entonces por supuesto de ripio, emprendimos la marcha hacia el norte. En alguna parte, todavía muy cerca del Piduco, pasó un enorme camión que justo encendió las luces cuando pasaba a mi lado. El caballo se encabritó y torció la cabeza hacia la sombra del costado, pero, claro, la grupa quedó hacia el camino. Ambos rodamos por el suelo. Como era su jinete, tuve que sacrificarlo con mi arma de servicio, con el dolor de mi corazón, porque, además, juntos habíamos participado en varios concursos con bastante buen éxito y, por si fuera poco, el accidente me transformó en el oficial de infantería propiamente tal que había sido siempre. Así, caminé literalmente entre Talca y Rancagua.

Participamos en varios ejercicios con otros regimientos. Durante un período de descanso, el comandante me ordenó venir a Santiago con conscriptos analfabetos que no conocieran la capital. Partimos temprano en un pesado camión GMC. Yo me subí atrás para informar a "los peladitos" como guía turístico. Por la Alameda rumbeamos hacia el oriente. Les mostré el Ministerio de Defensa Nacional, la Plaza Baquedano, Providencia y algo del barrio alto. Jamás imaginaban la extensión de la ciudad y la altura de los edificios que veían. Seguramente en sus casas ese viaje habrá sido tema de conversación por mucho tiempo. De regreso, también por la Alameda, nos detuvimos brevemente frente al Palacio de La Moneda. Por la ventanilla, le dije al chofer que en la próxima cuadra regresara hacia arriba. Lo hizo, pero, por la misma pista… Reconozco sí que, previamente, tuvo el buen cuidado de cargarse bien a la derecha, para alcanzar el giro correspondiente. Aún escucho las frenadas y bocinazos y otros gestos con que premiaron la maniobra. Por suerte, no hubo choques y todo quedó ahí. El conductor tampoco conocía Santiago, me dijo que había estado una vez antes, pero había venido enfermo.

A comienzos de año se daba a conocer el programa de los cuatro o cinco reconocimientos geográficos a la zona cordillerana que le correspondían al regimiento. Generalmente yo solicitaba ejecutarlos todos o el máximo de ellos. En la montaña me sentía plenamente feliz, disfrutando de la maravillosa belleza de sus paisajes, ingeniando soluciones para cruzar sus profundas quebradas y furiosos torrentes, y de sus bosques umbríos, muchas veces cubiertos de zarzamoras y quilantares impenetrables. Normalmente las patrullas se componían de un oficial, un sargento segundo y dos o tres cabos, todos a caballo. Para transportar los bastimentos se disponía de un par de mulas.

Un año, en una de estas misiones, nos transportaron en camiones hasta la orilla oeste del lago Maihue; ahí nos esperaba un bote a remo del cual nosotros debíamos ser la tripulación. Bogamos por turnos hasta la desembocadura del río Piñanleufu, donde nos esperaban los caballos y las mulas con nuestros equipos. Quien conozca estos parajes tendrá que coincidir conmigo en que su belleza es indescriptible; altísimos cerros cubiertos de bosques centenarios rodean a este pequeño lago, que cuando sus aguas están quietas los reflejan como espejos que quisieran fijarlos para que no desaparezcan como una ilusión. Basta una suave brisa para que los contornos se difuminen, hasta perderse como quien despierta de un sueño que hubiera deseado continuar.

Nada me habría llevado a imaginar que esta aventura, que se iniciaba con tan hermosos auspicios, iba a tener con el tiempo, en un escenario completamente distinto –en el otro extremo del país–, un epílogo de misteriosas connotaciones, como ustedes lo verán –si se esfuerzan en acompañarme–.

Descansamos a la orilla de ese río torrentoso y muy temprano en la mañana iniciamos el ascenso a la cordillera. Nuestra misión era determinar si había pasos cordilleranos entre Hua-Hum y Lilpela (este último paso fue utilizado por Neruda en la travesía para escapar de la persecución política durante el otoño de 1949, donde estuvo a punto de ahogarse mientras cruzaba el río Curringue montado a caballo).

Inicialmente seguimos el curso el río hacia el norte y, por dificultades insalvables en las orillas, debimos cruzarlo en ambas direcciones en repetidas ocasiones. Al tercer día, en uno de estos empeños, tratando de evitar gigantescas rocas llenas de musgo en sus partes sumergidas que interrumpían el cauce, las riendas de una mula se soltaron de las manos del conductor y se la llevó la corriente hacia abajo. No rescatamos nada, ni al animal ni menos a su también preciosa carga, donde llevábamos toda la alimentación para nuestro viaje. Ya íbamos por los faldeos cubiertos de nieve del volcán Choshuenco, por el cauce del río Curringue, y seguimos pegados al límite fronterizo o por donde pensamos que podía estar, porque no había demarcaciones. Intentamos cazar unos baguales que escuchábamos bramar en el fondo de algunas quebradas, pero las quilas y las zarzas nos impidieron siquiera verlos. Como todo alimento, matamos, con fusil... un par de pájaros carpinteros y no encontramos nada más.

Dando vuelta a un cerro sumamente empinado, nos encontramos bruscamente con un extenso derrumbe que había dejado una fea y gigantesca cicatriz en la ladera de no menos de quince metros de ancho, que nacía mucho más arriba y que se perdía en el fondo de la quebrada, unos cien metros más abajo. Marchábamos en hilera, encabezándola yo, naturalmente. Era tal la pendiente, que no había posibilidad alguna de regresar, de modo que unimos dos lazos y me amarré una punta a la cintura y la otra a la montura del sargento que cabalgaba detrás y que debía esperar hasta que yo cruzara. Lentamente impulsé mi caballo, para iniciar el cruce. A medida que avanzábamos, la superficie del rodado, compuesta de piedras y tierra suelta, se deslizaba lenta pero sensiblemente cuesta abajo, llevándonos consigo. El caballo, con las narices, los belfos y los ojos dilatados por el susto, bufaba tanteando suavemente el terreno antes de mover cada una de sus manos. Afortunadamente, logré cruzar llegando al otro lado varios metros más abajo del nivel en que había

salido. Devolví el lazo y con este procedimiento cruzó toda la patrulla sin mayores inconvenientes. Continuamos así en hilera, hasta que llegamos a un lugar imposible de continuar por la excesiva pendiente, de modo que resolví comenzar el descenso. Daba vértigo de solo mirar hacia abajo, más aún desde arriba del caballo. Este, suavemente impulsado por las espuelas, con la cola pegada al suelo, con los cascos y las ranillas como patines, se deslizó con las dos manos rígidas, sin poder detenernos hasta quince o veinte metros más abajo, hasta que dimos con el fondo de la quebrada. Los otros jinetes hicieron, a su turno, lo mismo. A las mulas las amarramos con cuerdas y las fuimos bajando de a una, por etapas. Una de ellas nos dio mucho trabajo, porque con los dientes se aferró a unas matas de quila y se negaba porfiadamente a soltarse, hasta que un cabo tuvo que hacerle palanca con un palo en el hocico para que lo abriera. Terminamos de bajarla prácticamente en vilo, atada, y bien atada.

Llegamos muy cerca de la cumbre del volcán Choshuenco por el lado este y, en medio de la nieve y de la nada, dimos con un pequeño ranchito del que salía una delgada columna de humo. Ahí vivía, aislado, durante el invierno, un solitario cuidador de ganado. El ladrido de los perros advirtió de nuestra presencia y salió a recibirnos. ¡Qué maravilla!, la pieza estaba atestada hasta el techo por rumas de quesos, frescos o ya maduros, y dos baldes de leche nos esperaban aún humeantes. Explosiva combinación, cuatro días de constante ejercicio y sin nada que comer, ni cigarrillos que nos ayudaran como una forma de paliar el hambre. Don Gumercindo pasaba todo el invierno solo y de pronto se encuentra con una ansiosa e inesperada compañía que, entre mates y trozos de quesos, lo ayudó a compartir recuerdos y chascarros.

Era tan chica la pieza y desolado al paisaje circundante, sin árboles, que decidí seguir el viaje para buscar un lugar que nos diera más refugio para pasar la noche y así,

con mucha gratitud y con la barriga llena, nos despedimos ignorando que lo íbamos a recordar forzosamente muy pronto y, por desgracia, muy frecuentemente. El exagerado consumo de un condumio tan específico e ingerido tan apresuradamente nos obligaba a montar y desmontar con muchísima frecuencia durante casi tres días y nos manteníamos en un estado de creciente debilidad.

Así las cosas, en la mañana de un día nos encontramos mirando, desde una altura de vértigo, la hermosa y estrecha cinta del lago Pirihueico, que se extendía a nuestros pies tanto hacia el Este como al Oeste. Con muchas dificultades iniciamos el regreso y nos dirigimos a Puerto Fuy. Fuera de un embarcadero rudimentario, no había nada más. Descansamos y al día siguiente emprendimos viaje temprano hacia la última etapa de nuestro destino: Choshuenco.

Durante la mañana del día siguiente acomodamos el equipo, atendimos a los animales y a mediodía iniciamos el regreso. El tiempo se había vuelto amenazante y una helada neblina nos empezaba a mojar. Enfrentamos la última curva para llegar al lago cuando vimos a lo lejos un espectáculo extraño. En la absoluta soledad de la playa, sentado sobre una maleta y con aire abatido, había un caballero elegantemente vestido, con terno y corbata.

Desmonté y le pregunté qué hacía ahí a esa hora y en esa facha.

–Me va a creer, teniente –me dijo–, que fui a Francia para seguir un curso de administración hotelera. De regreso me designaron administrador del hotel de Choshuenco que debía inaugurarse ayer. Pues bien, se quemó antes. Y aquí estoy, esperando que alguna lancha me lleve de vuelta.

–Que yo sepa – le informé–, no hay lanchas de itinerario. Vamos a buscar dónde dormir y mañana se irá conmigo en la embarcación que vendrá a buscarnos.

Antes de llegar a la orilla del lago yo había visto unas rucas de mapuches y hacia allá nos dirigimos. Toqué en la

primera y nos abrió un anciano. Le pedí que nos diera cobijo por una noche. Ya había empezado a lloviznar.

–Por supuesto –me dijo–, ustedes dos se quedan conmigo y voy a llevar a la gente a una bodega de forraje para que pase la noche.

Nos presentó a su esposa, viejita como él, y con una increíble bondad me ofreció el jergón en que dormían. Le dije que de ninguna manera, ya nos acomodaríamos de alguna forma, yo al menos estaba acostumbrado a ello. Como fuera imposible convencerlo, le dije a mi acompañante que él lo ocupara y yo me tendí en el suelo apoyando la cabeza en la montura. Conversamos casi toda la noche. Me contó que siempre había trabajado en el rubro hotelero, sus viajes y los países en que había estado. Mucho lamento que mi tema debió reducirse a las experiencias que habíamos tenido en ese viaje y que ya llegaba a su fin.

Temprano a la mañana siguiente, después de un mate colectivo y unos pedazos de tortillas, nos despedimos de nuestros amables anfitriones. Unas horas más tarde llegó la barcaza, nos embarcamos y cruzamos el lago Panguipulli. Todavía no existía el camino que corre por su ribera norte. Luego llevé a ese caballero en camión hasta Lanco, donde él esperaría otro vehículo para llevarlo a su destino. ¿Cómo podía imaginar que este encuentro fortuito tendría un dramático epílogo en el curso de los años y en otro escenario totalmente distinto?

Por fin, después de doce días, llegamos a Valdivia. Todos seguíamos enfermos; los cuatro o cinco días sin comer y el desmesurado atracón de quesos nos habían pasado la cuenta. Nos vio el médico del regimiento y nos recetó algunas pócimas. Pero cuando al día siguiente fui a ver a mi novia, la querida omi Calín (su mamá) me preguntó:

–¿Pero qué te pasó, hijito, por qué estás tan flaco?

Me hizo guardar cama y me mantuvo a base de una dieta de su especialidad. Había bajado cerca de diez kilos durante nuestra excursión por la montaña.

Estando en Valdivia construimos una casita de veraneo en Mehuín, aguerrida y hermosa caleta de pescadores artesanales, que de tanto en tanto hace noticia por la incorruptible defensa de su patrimonio marino sobre los desechos tóxicos de una planta de celulosa. Los pescadores son muy pocos, año a año el mar, que les da sustento, también arrebata a alguno de los suyos. Es duro y peligroso el oficio de la pesca, ahí especialmente, para pasar la barra del río Lingue y entrar al mar para la extracción de pescados y mariscos cerca de la isla de Manquillahue. Hacerlo es toda una proeza. El terremoto de 1960 cambió radicalmente su geografía. El río muestra, como esqueletos, los troncos del antiguo bosque que enmarcaba su lecho. Antes era posible llegar desde Mehuín hasta Queule caminando siempre por las rocas y sobre las quilas a la orilla del mar. Ahora hay un camino, entre las primeras vueltas, muy arriba a la derecha; aún florecen, año a año, hermosas y nostálgicas rosas rojas que seguramente eran del jardín del apreciado doctor Hucke.

En esos tiempos las unidades recibían órdenes de ayudar a construir escuelas. A mí me correspondió la escuelita de Cayumapu, situada en un hermoso paraje próximo al río del mismo nombre. Cada vez que hemos pasado en nuestros viajes al sur y de regreso, que han sido muchos, no puedo dejar de mirarla con nostalgia. Y de eso también vivimos los viejos, de recuerdos, de nostalgias y, por qué no, también "de oír sus risas locas".

Con un grupo de amigos civiles, jóvenes, profesionales, comerciantes, empresarios, creamos el "Club de Pesca y Caza Caupolicán", donde hacíamos instrucción militar, de inteligencia, manejo de armas y ejercicios de supervivencia. Era encomiable el espíritu que los impregnaba. Hicimos largas excursiones a la cordillera, como culminación de nuestro curso. Lo mencionaré más adelante.

COÑARIPE
(1 de marzo de 1964)

Siendo capitán ayudante del "Caupolicán" en Valdivia, en un almuerzo de guarnición presidido por el general Briceño, tuve conocimiento de una tragedia en Coñaripe y solicité permiso para ir al rescate de la población; era un pequeño poblado ubicado al este del lago Calafquén, al que, en la madrugada de ese día, una avalancha producida por una erupción del volcán Villarrica había destruido por completo. Nieve, agua, árboles y rocas arrancaron de cuajo la casi la totalidad de las casas existentes.



Volcán Villarrica

El día 1 de marzo, fuertes ruidos subterráneos despertaron a los habitantes del poblado de Coñaripe, ubicado a cuarenta kilómetros de Villarrica, a las orillas del lago Calafquén. Luego, resplandores y violentos movimientos sísmicos los hicieron huir a los cerros vecinos, en medio de una lluvia torrencial. Había transcurrido media hora cuando se produjo la tragedia. Está registrado que un estrépito comparable al estallido de poderosas bombas precedió a una avalancha de piedras, árboles y maderas arrastradas por torrentes de lava que bajaban des-

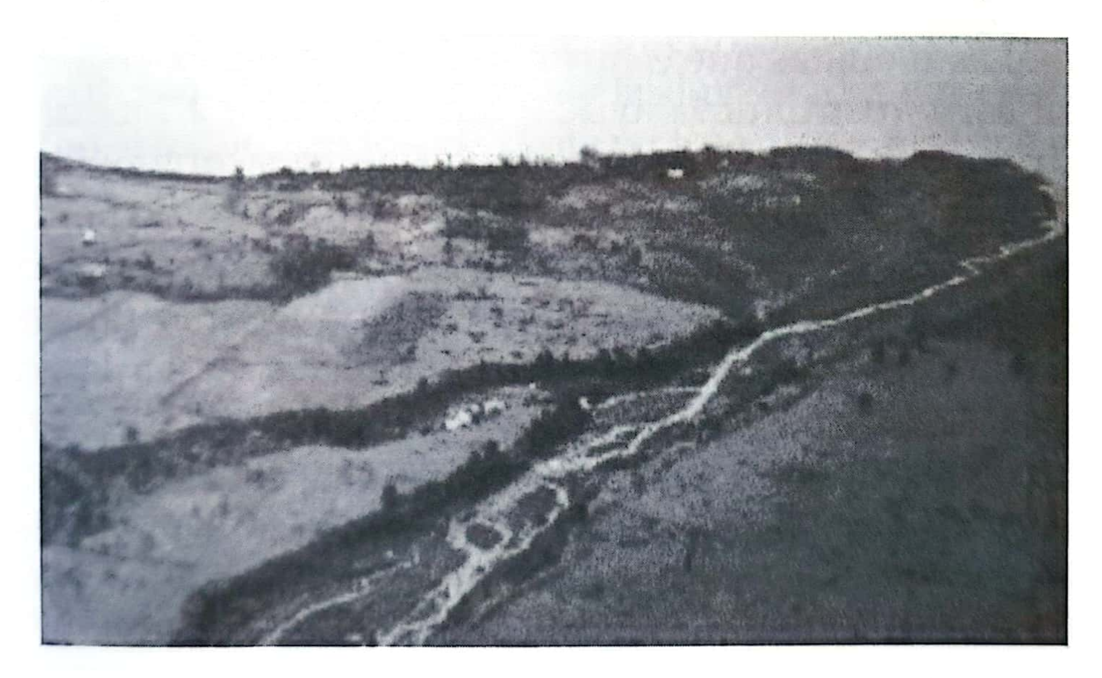
de el volcán. Doce millones de toneladas, avanzando a veinte kilómetros por hora, recorrieron diecisiete kilómetros, con un ancho medio de cuatrocientos metros y una altura de alrededor de cinco metros, y arrasaron con el poblado de Coñaripe.

Tan pronto recibimos la noticia de la catástrofe, nos fuimos en camión por el lado sur del lago. En una pequeña vivienda que por milagro había quedado en pie, funcionaba un modesto restaurante y pensión con el simbólico nombre de "La Esperanza". Con un trozo de carbón le puse debajo una pomposa inscripción, "Cuartel General", y ahí nos instalamos con un compañero de curso, Walter Luther M., que había pedido me acompañara. La pensión tenía dos pisos y solo una pieza en cada uno de ellos, fuera de la cocina ubicada en el primero. Nos instalamos con mi amigo en el segundo.

Dice la crónica que desaparecieron veintisiete casas, la escuela, el embarcadero, tres hoteles, dos tiendas tipo pulperías que abastecían la zona, las pocas oficinas públicas que existían, más o menos veinte camiones y otros vehículos, maquinarias agrícolas, gran cantidad de madera, el nuevo puente carretero sobre el río Correntoso a punto de ser inaugurado, los postes y tendidos de cables telefónicos y telegráficos, animales y cosechas. Hubo veintidós víctimas, de las cuales se encontraron solo cinco cadáveres. Familias completas, dentro de sus casas, fueron arrastradas por el aluvión, que las depositó en el lago Calafquén.

Al día siguiente, muy temprano, vimos la enorme desolación que había quedado. No había nada en pie, porque el caserío se había construido precisamente en el fondo de la quebrada. La avalancha se produjo durante la noche y un leñador que bajaba del cerro escuchó el enorme ruido producto de las piedras y árboles que arrastraba el agua. A gritos alertó a la población. Muchos moradores lo escucharon y salieron despavoridos de sus casas arrancando hacia las alturas. A algunas madres el torrente les arrebató a sus hijos que llevaban cogidos de sus manos. Recuperamos solo

cinco cadáveres desnudos que flotaban entre los millones de toneladas de escombros, ocupando hasta un par de kilómetros desde la orilla. No era fácil meterse entre la palizada. Mesas, camas, ropas y bártulos entre ramas y troncos de árboles flotaban a la deriva, en un constante ir y venir, acercándolos y alejándolos de la orilla con las mareas. En un bote a remo muy pequeño, que se había salvado por milagro, recorríamos la palizada buscando personas o sus restos. Un día encontramos un cadáver de una muchacha de no más de veinte años. Por el pequeño tamaño de la embarcación, no pudimos subirla a bordo, de modo que, con dificultad, nos dimos a la dolorosa tarea de llevarla por el agua hasta la orilla. Antes de llegar, bajé y les pedí a numerosos fotógrafos de periódicos que ahí se encontraban que, por respeto, no grabaran la escena. Se comprometieron a hacerlo. Dos días más tarde, a todo color, salió la fotografía en la portada de uno de ellos. Si revisan los diarios capitalinos de mayor circulación, encontrarán la foto de la vergüenza.



Flujo de barro que destruyó el pueblo de Coñaripe en 1964

Estábamos en esas faenas cuando vimos aparecer un grupo de seis monjitas del convento de Pocura, con la madre superiora a la cabeza. Una viejita delgada y bajita, pero con

enorme energía, de carácter muy alegre y ejecutiva. Como no había otro techo disponible, las hice instalar en el primer piso, con camas improvisadas en el suelo. Ellas habían llegado a pie y con muchas dificultades, porque el camino estaba en muy malas condiciones. Les pedí que en primer término encuestaran a las personas para saber cuántos eran, sus necesidades y determinar quiénes habían desaparecido. Mientras, nosotros, con algunos pobladores, despejamos el camino de acceso. Pedí ayuda por radio a la División. La batería del camión, por su enorme peso, la habíamos llevado con mucha dificultad recorriendo la gran distancia que había desde donde lo estacionamos, al otro lado del río que desagua el lago Pellaifa, que cruzamos en un bote todo desvencijado. En cuatro o cinco días llegó un camión del Regimiento "Caupolicán" con algunos soldados, carpas, colchones, frazadas, algo de ropa de vestir y alimentos.

Las autoridades regionales y del país también empezaron a mandar ayuda. Incluso, desde Estados Unidos mandaron grandes cajas de cartón cuyo contenido era un misterio. Las monjitas que estaban a cargo de recibir, registrar, clasificar y distribuir la ayuda, me mandaron a buscar un día, porque habían llegado dichas cajas. Dos contenían miles de ganchos de alambre ¡para colgar ropa! Como para no creerlo, si todo el mundo andaba con lo puesto; pero nos sirvieron: los cortamos y ocupamos para afirmar nuestras ramadas de techos provisorios. Otras cajas contenían docenas de velas para terraza, en elegantes copas de vidrio, que nos sirvieron de iluminación para los cobertizos que construimos con los pobladores. En otras sí venía mucha ropa nueva y usada, limpia y en muy buen estado. En su mayoría eran prendas de vestir de mujer, que las monjitas, picarescamente, entre risas y haciéndose guiños, asignaban por tamaños y volúmenes, apreciados a ojo. También recibimos raciones de campaña del ejército norteamericano. Organizamos ollas comunes y dispusimos horarios.

Con los hombres limpiamos senderos, los señalizamos y cavamos letrinas de campaña. Un día me avisaron que había

llegado un parlamentario. Fui a recibirlo prestamente, era don Julio Durán Neumann, del Partido Radical. Me saludó muy cordialmente y me dijo, tomándome del brazo, sonriente:

–Por favor, capitán, reúname a algunos pobladores y sugiérame un lugar interesante para que me tomen una fotos…

–Lo siento, señor –le contesté–, ese no es mi papel, haga usted lo que quiera. ¡Creí que me iba a ofrecer ayuda! Y seguí en mis asuntos.

Así comencé a perder mi inocencia con respecto a estas personas con tan importantes responsabilidades republicanas.

A los dirigentes políticos todo el mundo los conoce. Sus actividades los obligan a ser mediáticos, ya que así propagan sus ideas y reclutan a sus clientelas. Pero esta continua exhibición debiera obligarlos a erigirse en ejemplos permanentes de virtudes, tanto personales como ciudadanas. Lamentablemente, muchos muestran más carencias que saldos positivos y son precisamente esas ausencias, defectos, irrefrenables protagonismos e indefiniciones incoherentes las que dañan y desincentivan a las juventudes para participar en el noble ejercicio de proteger los valores que una gran mayoría del país ha ido formando lentamente con los años.

Queridos nietos, que estos defectos, tan propios de nuestra feble condición humana, no los disuadan de ser protagonistas de sus propios destinos y de participar también y, muy especialmente, en la responsabilidad de ayudar a seguir construyendo el país en que todos querríamos vivir, no permitiendo que otros, con distintas concepciones de vida, destruyan lo que se ha alcanzado con tanto esfuerzo. Participen como quieran, cada día hay más embelecos técnicos (perdónenme la expresión coloquial que uso, pero ya me pierdo en la multitud siempre creciente de artificios que ayudan a comunicarse, que no sabría cuál emplear), pero háganlo, no se resten mirando con indiferencia lo que hacen o no hacen los demás. Ni tampoco critiquen desde afuera, eso no tiene valor. La forma más eficaz es votando por la persona que, siendo fiel a sus principios, ustedes consideran que coincide, en sus líneas matrices, con los de ustedes mismos.

Este fue uno de mis primeros encuentros personales con un político "profesional" que, con el correr del tiempo, pudo ser presidente de la República. Vaya qué sensibilidad social demostró ante un terrible espectáculo de destrucción, dolor e impotencia, donde familiares semidesnudos, porque se encontraban durmiendo cuando se vino la avalancha, vagaban por la playa desesperados, de un lugar a otro, buscando a sus parientes desaparecidos entre las montañas de árboles y rocas semienterradas en el lodo y esparcidas en una enorme superficie. Él, en cambio, buscaba un lugar donde tomarse una fotografía, supongo que para mostrarse realizando una acción humanitaria. Las opiniones muchas veces derivan solo de imágenes que se han grabado en la memoria y ahí quedan casi inmutables; cuídense ustedes mismos de que las que proyecten siempre sean positivas, porque serán las fotografías, sin retoques, que los vincularán con alguien a futuro.

El paisaje era impresionante. Un sol esplendoroso mostraba las distintas tonalidades de verdes de las montañas circundantes y, al fondo, el magnífico volcán aún humeante parecía una postal; pero, en nuestro entorno más próximo, la furia de la naturaleza mostraba miles de árboles arrancados de raíz, gigantescos peñascos, revoltijos de palos, planchas de cinc, pedazos de muebles, cadáveres de animales domésticos que habían sido todo el patrimonio de los desolados habitantes. Hacia el lago, casi en la propia orilla, había, me parece recordar, ocho gigantescos y añosos álamos, de los que aún existen algunos, que se erguían majestuosos, imperturbables, ajenos al rol que les cupo de obrar como la piedra de moler de un molino infernal. Los desgarros de sus cortezas marcan la altura siniestra que alcanzó la ola al encontrarse de bruces contra el lago, con su carga mortal de despojos humanos y el amasijo de restos de las que fueron sus casas y sus cosas. Permanecimos, no recuerdo con precisión, casi dos meses ayudando; primero construyendo cobijos de ramas o maderas que rescatábamos del lago para que se guarecieran

en las noches y luego en el auxilio directo de los damnificados ayudándolos a reorganizar sus vidas. Más tarde, cuando empezamos a recibir algunos materiales de construcción, nos dedicamos a ubicar y a diseñar el actual pueblecito en un lugar próximo, más alto y protegido, que es el mismo donde ahora se encuentra.

Tiempo después pasé al convento a agradecer a las monjitas la valiosa ayuda que me habían prestado. La madre superiora, pese a su avanzada edad, estaba encaramada en la cumbrera del techo del convento, clavando ella misma unas latas que el viento había soltado. Esa noche tuve el honor de comer en el convento con las monjitas y, por la hora, tuvieron la gentileza de darme alojamiento, compartiendo con ellas en la mesa y, con el recuerdo y gratitud de su valiosa colaboración en mis afanes de ayuda a la comunidad, disfruté de participar el ambiente de sana alegría y serenidad con que llevaban sus vidas. Nunca olvidaré los azarosos momentos pasados en su compañía. La comunidad de Coñaripe debe a ellas una tremenda gratitud.

A partir de esas vivificantes y singulares experiencias y asombrado de la increíble belleza de esos paisajes, entonces casi remotos, me hice el propósito de volver a visitarlos tantas veces como pudiera. No era fácil llegar. Lican–Ray aún no figuraba en los mapas camineros. La cuesta de Añiques era en extremo peligrosa, especialmente en invierno, cubierta de nieve. Hasta los vehículos pequeños en curvas muy cerradas y con una gran pendiente tenían que retroceder, sin ver dónde terminaba el camino, para volver a continuar ascendiendo. No era difícil encontrar chingues y pudúes. Naturalmente, muchas veces recalamos con mi familia en nuestras aventuras de pesca en la hostería Liquiñe, por entonces propiedad de nuestro buen amigo Julián García (Q. E. P. D.). Su hijo Víctor, adolescente, nos servía de guía.

Nada de lo hecho en Coñaripe tiene mérito alguno y son solo recuerdos, porque así ha sido la conducta habitual de los

milicos en relación con nuestros compatriotas; sobre todo con los más desvalidos, los que sufren, los más pobres, los que ayudamos a rescatar en inundaciones y otras desventuras que son propias de nuestro querido y aporreado territorio.

Todos hacemos válidos los evangelios, aunque no tengamos fe. Recién leyendo a Orhan Pamuk, encontré una frase que hago mía: "En esto de Dios, no es cuestión de lógica ni de fe, es cómo se vive". La gran valorización de las FF. AA. es porque están en el corazón de nuestros compatriotas de entonces, de ahora y de siempre. Así como dicen que la Iglesia somos todos, el Ejército es el pueblo en armas; nada más, pero tampoco nada menos.

Haciendo estos recuerdos y viendo las dramáticas escenas del terremoto de 27 de febrero de 2010, primero sentí una dolorosa sensación de impotencia porque estando ahí mismo, seguramente a pocas cuadras de distancia, no salían inmediatamente las tropas a la calle, para prestar ayuda e imponer el orden. Después supe que se habían derogado las disposiciones que obligaban a hacerlo y que la presidenta deliberadamente, aconsejada por los del segundo piso, tenía reparos en sacar las tropas a la calle, justo cuando estaba por irse. Notable abandono de sus obligaciones y seguramente fue evidente responsabilidad suya la comisión de numerosos delitos que derivaron en la sectaria actitud con que rubricó su mandato. Sus benéficas políticas de protección social tenían una limitante atávica: evitar a cualquier precio el "lucimiento" de los uniformados. Solo fríos cálculos de mecánica social la llevaron a que sus esfuerzos terminaran con una rúbrica funesta: cuantiosas pérdidas de vidas y la facilitación de desbordes sociales que proyectaron una imagen lamentable del país en el exterior. Las secuelas de la Guerra Fría aún impregnan el alma nacional. Dos palabras que los comunistas odian, porque los estigmatiza, pero quedaron marcados por ellas para siempre.

Con las experiencias de tantas catástrofes que por los años vividos he presenciado, y en muchas ocasiones concu-

rrido a mitigar, me atrevería a sugerir la utilidad de disponer de unos módulos, siguiendo la idea de palafitos, que se ensamblen como los andamios, con techos y pisos a cierta altura del suelo, y paredes exteriores, para cuatro o seis familias, transportables en camiones, imitando a las viviendas comunitarias de algunas tribus amazónicas. Porque la mayor parte de estas emergencias son en invierno y se evitaría así que las familias afectadas deban permanecer a la intemperie, sumidos en el barro por un lapso siempre indeterminado, alojando precariamente en pequeñas carpas de verano, para después recubrirlas con plásticos y mojarse de todas maneras y dando un espectáculo humillante de abandono y sufrimiento que podría evitarse.

Los álamos de Coñaripe también nos deben dejar una enseñanza, así como en ese caso constituyeron una trampa mortal para el pueblo y permanecieron enhiestos como mudos testigos de la catástrofe que, por su ubicación, ayudaron a provocar por enfrentarse –cómo una muralla– a la gigantesca avalancha; en otras condiciones y en mayor número, pueden proteger eventuales perímetros de peligros similares; tanto ellos como los eucaliptos y otras variedades crecen con gran rapidez y sus raíces se afincan profundamente en la tierra.

Mientras estaba escribiendo estos recuerdos sobre Coñaripe me llamaron de la guardia del penal para decirme que tenía un llamado por teléfono. Era mi hijo Hernán, cónsul general en Bariloche, que me decía que lo habían ascendido a embajador y lo habían destinado a Nicaragua. Me sentí naturalmente orgulloso y lo felicité. Un pequeño pero acogedor país, con gentes amables y paisajes inolvidables. Ahí nació la guerrilla centroamericana como consecuencia de los increíbles abusos de la dictadura somocista, fuertemente apoyada por los norteamericanos.

No dudo de los resultados de este cometido, él y Paty dejarán bien puesto el nombre de Chile. Harán nuevos amigos

e irán amontonando vivencias para el baúl de los recuerdos. Tendrá ocasión seguramente de practicar la pesca, una de sus grandes aficiones, con especies diferentes y algunas seguramente de gran tamaño. Me sentí enormemente orgulloso, tenía un hijo en el más alto rango de su carrera, lo que es un mérito personal enorme, porque durante estos últimos veinte años todas las representaciones diplomáticas han estado a cargo exclusivamente de embajadores de la Concertación, personas muy valiosas algunas, a las cuales conocí personalmente.

Antes de terminar la conversación, me dijo:

–Te llamo desde… ¡Coñaripe! (justo cuando relataba las ricas experiencias que yo ahí había vivido), donde voy a alojar y se me ocurrió venirme por Carrirriñe, mañana continúo el viaje…

Un par de veces hemos pasado por Coñaripe juntos y con Patricio, para continuar hacia Liquiñe, donde nos hemos hospedado, pero no sabía que el paso ya estuviera habilitado. Será un gran avance para el turismo.

CHILE ASOMBRA AL MUNDO

No puedo dejar de mencionar aquí, en este relato de catástrofes antiguas y recientes, que por la naturaleza de nuestro país nos seguirán afectando como enfermedades hereditarias, un hecho que nos ha conmovido profundamente a todos los chilenos: "Estamos Bien en el Refugio los 33". Desde el fondo de la tierra emergió un grito viril que nos llenó de alegría y de orgullo de ser chilenos y que, a pesar de ser mudo por estar escrito solo en un pequeño trozo de papel, sus rasgos definidos trasuntaban la reciedumbre del verdadero espíritu de nuestra raza. Tuvo el poder de galvanizarnos y llenarnos de orgullo del país en que nacimos. Siendo silencioso, brotó desde las profundidades de las rocas con la sonoridad de un trueno y, en la superficie, provocó un efecto instantáneo e inaudito. Barrió en un instante diferencias mezquinas que amenazaban con empezar a dividirnos de nuevo y todos volvimos, al menos por un momento, a estar juntos; éramos, de nuevo, todos, uno solo. Este simple hecho tuvo otro efecto que debe prevalecer en el tiempo: lejos quedaron todas las vergonzosas muestras de ineficacia de gobiernos pasados que se dieron cita para enfrentar las catástrofes de febrero y así vimos cómo autoridades, empresarios, hombres, mujeres y niños se concentraron todos en un punto para producir un nuevo "milagro de la montaña" y nuestro pequeño y lejano país del fin del mundo produjo gestos y reacciones, tanto arriba de la tierra como en las profundidades de sus entrañas, que conmovieron desde el Papa hasta los más esclarecidos dignatarios mundiales y agencias científicas internacionales de tan extraordinario prestigio, como la NASA.

Los mineros, seguramente sin saberlo, en su conciso mensaje dieron respuestas precisas a tres de las interrogantes claves del hexámetro quintiliano: "quien, qué, cuándo, cómo, dónde y para qué". Las mismas que debieran responder todos los jueces en todos sus fallos, basándose en fundamen-

tos derivados directamente de los hechos o de presunciones jurídicas que fluyan naturalmente de ellos y que en mi caso, seguramente en muchos más, están ausentes. Las mismas que los soldados usamos como "coordenadas de la acción", fundamentales para el continuo y permanente proceso de apreciación de situaciones, siempre cambiantes.

La historia ahora deberá registrar a otros "33". Antes, en abril de 1825, el general Lavalleja hizo famosos a los "33 Orientales" y recuperó con ellos la independencia de su país, Uruguay, ocupado por fuerzas brasileñas. No fue tal vez una simple coincidencia que descendientes de ellos, los nobles y agradecidos uruguayos que se salvaron desde las heladas cimas de los Andes, trajeran su bandera, que bien representaba a sus paisanos, y la clavaran junto a las 33 nuestras; así se hermanaban aún más, en un número lleno de simbolismos, los extremos del Este y Oeste de nuestro continente, dos países separados por la distancia y unidos siempre en una larga y fructífera amistad.

Como hombre viejo, tantas veces abuelo y ya bisabuelo, no puedo dejar de hacer un par de reflexiones sobre otro significado de este moderno "Viaje al fondo de la Tierra". En los contenidos de las comunicaciones, tanto de ida como de regreso, de subida y de bajada, hubo explosiones de energía fuertemente contenida en el más antiguo envase de la humanidad, las familias, un recipiente que la industria no fabricó y que es producto refinado de nuestra naturaleza humana, o debiera ser (aunque en ocasiones pareciera que en algunos animales existiera una expresión instintiva más pura y más auténtica). Muchas veces la pobreza, los vicios y la incultura degradan al ser humano a tal extremo que terminan bestializados; ellas, las familias, guardaban la fuerza que impulsaba a los de abajo y, simultáneamente, a los de arriba, para reencontrarse en un abrazo que los uniera nuevamente.

Ellas, a no dudar, ocupaban los pensamientos de todos, grandes y chicos, hombres y mujeres, y les insuflaba espe-

ranzas y, seguramente, calladas dosis de arrepentimientos por no haber hecho esto o aquello, prometiéndose recíprocamente en el silencio de sus almas que al volver a reencontrarse habría palabras y gestos que compensarían lo que entonces no se hizo debiendo hacerse o se hizo equivocadamente. Nadie quedó indiferente a este hecho, que revistió características de epopeya. Su fuerza nos puso de pie y el país entero aplaudió y acompañó a sus autoridades en sus denodados esfuerzos por recuperarlos.

Se acabaron las miradas evasivas, las frases a medias, las actitudes timoratas y los consejos de miopes "orejeros" que todo lo amarraban a pérfidos cálculos ideológicos. Ahora y en más, el país está primero. Una vez que los mineros sean rescatados y vuelvan al seno de su familia, deberían establecerse las duras responsabilidades que les corresponden a cada uno por su desidia criminal, que unió una mala calidad del cerro y una administración de la mina ineficiente con autoridades incompetentes que se constituyeron en vergonzosos estigmas para el país. No hacerlo, como en el terremoto y los tsunamis, es no hacerle justicia a muchos que en esas catástrofes murieron, pudiendo haberse salvado, ni tampoco al país, que exhibió lacras y pústulas sociales que se fueron incubando con el tiempo.

Pese a los duros embates que esta institución ha debido afrontar a lo largo de estos últimos veinte años, ella, la familia, está ahí, más fuerte que esa maldita roca de más de setecientos metros que por mucho tiempo les impidió juntarse. Por su proyección futura, más adelante regresaremos al tema. Será para mí difícil recordar ese episodio sin relacionarlo con dos incansables personajes cálidos, eficientes, optimistas y extraordinariamente profesionales, Sougarret y Golborne, y el rol que jugaron el presidente Piñera y todo el Gobierno desde el mismo instante en que se conoció la alarma. Una vez más, el grito que nos estremece, que nos sacude el alma, que nos hace levantar los ojos hacia arriba y olvidar transitoriamente nuestros pesares, se escuchó como una so-

nora reafirmación de nuestra identidad: ¡CHI-CHI-CHI!... ¡LE-LE-LE!... ¡VIVA CHILE!

Pero ahora nos acompañaron muchos millones de personas en el mundo entero. Este milagro ojalá sea un presagio del legado que nos deje este Gobierno, que por fin desterró a la Concertación, con hombres nuevos en la ruta que nos trazó visionariamente Jaime Guzmán Errázuriz. De él son parte de los méritos de este camino señero, de algunos líderes de partidos de una Alianza que lamentablemente ha demostrado muchas fisuras y de muchos otros que bogan con la fuerza de sus principios y sin ambiciones por constituirse en estrellas.

Ahora vuelvo directamente a ustedes: La mayor parte de las enfermedades conocidas ataca con especial virulencia a los dos extremos etarios y de inmediato surgen vacunas para defendernos. Pero por ahí supe que había aparecido una enfermedad nueva, diferente. Ataca preferentemente a jóvenes, hombres y mujeres por igual, entre veinticinco y treinta años; creo que se llama "madurez emergente". Parece que en sus síntomas se presenta como un reacomodamiento social diferente en relación con las familias. Me preocupa que pueda incidir a mediano o largo plazo en sus propias metas de felicidad. Pienso que ustedes encontrarán los remedios adecuados, quizás por azar, como habrá sido la medicina ancestral o en la forma como creo que pasó con la talidomida, que provocó muchos dolores para muchas personas porque se empleaba para otros propósitos y resultó milagrosa en otros muchos casos, en particular en uno que a mí me afecta muy directamente, en alguien que me es muy sensible.

Espero que el azar, queridos nietos y nietas, también los convoque bajo otros "tilos de una plaza" y los lleve, cuando sea oportuno, a iniciar una aventura como la mía, que se inició hace más de sesenta años en Valdivia, con la omi Nana, acompañados siempre de un grupo numeroso de familiares muy queridos, que de tanto en tanto se reúnen en aniversarios y celebraciones compartiendo recuerdos y gozando de ver convertirse en realidad el mandato

bíblico de "creced y multiplicaos", aunque muchos han quedado, desgraciadamente, en el camino. Sin saberlo, pensando en ustedes y atando recuerdos, he podido exorcizar mis demonios, congelar este injusto tiempo de aislamiento y nutrirme de mis reservas, como los animales cuando hibernan en espera de la primavera. Ojalá que ustedes, como a mí me ocurrió en Valdivia, en sus propias trayectorias a través del tiempo y el espacio, tengan la suerte de ingresar a constelaciones familiares que los reciban entre sus brazos, con el cariño generoso y espontáneo que cimienta muchos recuerdos comunes, que al evocarlos fortifican el espíritu y mitigan tribulaciones. Familias que sumen y no resten, que vigoricen los lazos a través de ocasiones compartidas y que se prolonguen en el tiempo, consolidando elementos de pertenencia que les ayuden a enfrentar las inevitables contingencias que se presentarán en el futuro. Quizás estos deseos no sean otra cosa que la expresión extemporánea de instintos primitivos de clanes ancestrales. Pero este relato es para decirles, precisamente, que "recuerdo que he vivido". De paso, decirles una vez más que los quiero mucho y es por eso que me permito decirles todas estas ñoñerías de abuelo.

ACADEMIA DE GUERRA DEL EJÉRCITO (1958 a 1960)

Sigamos en nuestro viaje hacia el pasado a lo largo de mi carrera. Siendo capitán, ingresé a la Academia de Guerra del Ejército a hacer el Curso de Oficiales de Estado Mayor en el período 1958–60. Me tocó un director que aún es recordado por su reconocida capacidad profesional y por el alto nivel de exigencias y el rigor que imponía en todas las decisiones, el general Héctor Martínez Amaro, padre de quien fuera comandante en jefe de la Armada, almirante Jorge Martínez Busch (se decía en broma que este había entrado a la Escuela Naval para no encontrarse con él también en la carrera). Estoy seguro de que sus extraordinarias exigencias influyeron muy positivamente en mi carrera.

Tuve varios destacados profesores, entre ellos a dos que ocuparon un lugar muy importante en nuestra historia contemporánea. Me refiero a los generales René Schneider Chereau, profesor de Táctica, y a Carlos Prats González, profesor de Estrategia; ambos, dueños de una cultura general y profesional que superaba largamente los límites normales de preparación de oficiales de Estado Mayor. Dedicados al estudio y a su desarrollo personal, también incursionaron en las artes y compartían muchos rasgos que los proyectaban como referentes. Sus opiniones eran requeridas y escuchadas con mucho interés. Ambos fueron comandantes en jefe, desde luego.

Schneider era un hombre de elegante espíritu, retraído pero en absoluto tímido, a veces jovial y siempre afable y reflexivo, sin ambiciones ni afanes de protagonismo, prestigiado por su corrección al ejercer el mando y una intachable honradez profesional. Lo que se ha llamado su doctrina política, ha sido siempre propia de la institución, pero que él representó como nadie con tanto señorío como brillo y

entereza. Frecuentemente decía que "como garantes de la vida constitucional del país, podemos tener opiniones personales, pero jamás expresarlas con propósitos de intervención política, ya que debíamos garantizar la estabilidad interna; luego, como institución, no podemos tener opinión". Sin embargo, de inmediato añadía una salvedad de enorme significado: "a menos que el gobierno se ponga fuera de la Constitución". A su juicio, la prescindencia política no era un cheque en blanco.

Schneider representó en su momento, tanto por la hondura de sus convicciones, fortaleza de carácter y notables dotes de mando, un escollo imposible de vencer para cualquier aventura militar destinada a impedir el ascenso de Allende al poder por la vía democrática. Se ha probado en documentos desclasificados del Departamento de Estado de los EE. UU. que Kissinger con la CIA urdieron sacarlo momentáneamente de circulación mediante la vía de secuestrarlo y para ello se comprometió a algunos militares y civiles. Entre los confabulados es posible que hubiere algún infiltrado con la misión de asesinarlo. Desde luego, hay serias presunciones de la participación del terrorista Luciano Cruz y sus secuaces (ver libro *Pinochet, las incómodas verdades*, de Mario Spataro). Nos referiremos más adelante, bajo otra arista, a examinar este caso. A lo largo del mundo, este binomio norteamericano (Nixon y Kissinger), dominante en el mundo bipolar, participó en muchos empeños similares, con distintos grados de éxito, pero siempre destinado a aumentar el poderío del imperio.

Lamento tener que traer al presente ciertos hechos que van a resultar incómodos para algunos camaradas de armas y, lo que es ciertamente injusto, inevitablemente causarán dolor a los familiares del señor general Prats (Q. E. P. D.). Dolor que ellos han debido revivir en estos días, al conocerse recién el fallo después de un larguísimo proceso por el incomprensible atentado que puso término a su vida y, peor aún, a la de su distinguida esposa. No obstante, como

el propósito de estas páginas es arrojar luz sobre un período especialmente crítico de la vida de nuestro país, no puedo guardar silencio sin traicionarme. En efecto, me tocó ser testigo involuntario y muy próximo a su dramático desarrollo, y me subleva comprobar el daño que ha causado la insistencia en entregar, fría y calculadamente, una visión sesgada de lo que entonces ocurrió. Queramos o no, a veces las circunstancias nos ponen en el momento y lugar inadecuados, pero no podemos evitarlo; y considerando que estos hechos configuran el meollo de nuestro pasado reciente, no tengo derecho a mantener un silencio cómodo... o cómplice.

En comparación con el general Schneider, Prats demostró ser todo lo contrario. De hecho, si bien su trato también era caballeroso y afable, sentía necesidad de reconocimiento; aceptaba estar rodeado por un grupo de incondicionales que lo halagaban en forma ostensible y lo aislaban del contacto natural institucional; era profundamente desconfiado. Tenía mucho de temperamental y hacía siempre notar su reconocida inteligencia y notable inquietud intelectual. Por ejemplo, a menudo usaba recursos algo teatrales para proyectar su personalidad, demorándose deliberadamente en dar respuesta a lo que se le requería para así mantener en vilo a su audiencia. A diferencia de lo que es común entre los oficiales de las Fuerzas Armadas chilenas, solía emplear expresiones grandilocuentes para concitar admiración y frases rotundas para enfatizar sus pensamientos. "Cualquier cosa que se intente contra el Gobierno de la Unidad Popular va a desencadenar la reacción incontenible y repentina del resentimiento secular", decía a menudo cuando lo integró como ministro del Interior. Sin duda, lo hacía como una forma de provocar una eventual disuasión, ya que se advertían en él evidentes complicidades con un gobierno marcadamente ideologizado que, representando una minoría política, pretendía imponer valores divergentes de los establecidos en nuestro texto constitucional y en nuestros usos y costumbres republicanas. Esta actitud complacien-

te le granjeó la animadversión general dentro de la institución, que se expresó en airadas y públicas demostraciones de desafección. Así ocurrió, por ejemplo, cuando presidió en el salón de conferencias del Estado Mayor General del Ejército una exposición del ministro de Educación sobre la Escuela Nacional Unificada, la que fue interrumpida por toses, carrasperas y taconeos que bordeaban la franca indisciplina. Al término, los oficiales asistentes formularon alcances a la iniciativa, expresados con duros calificativos, lo que obligó a finalizarla en forma abrupta.

Para qué decir nada sobre los airados reclamos de numerosas esposas de generales y oficiales de rango superior que protestaron frente a su domicilio, lo que obligó a su esposa a salir y dar explicaciones, porque el general se encontraba enfermo. En esas horas, innecesario es señalarlo, la sensación de normalidad había desaparecido, pues el ambiente al interior de la institución estaba cargado de tensiones inéditas. Las relaciones interpersonales eran ríspidas, desconfiadas incluso. Los permanentes corrillos en los pasillos graficaban la desazón que cundía en el Ejército.

Hay antecedentes responsables de que él siempre estuvo informado del inmenso malestar en la filas del Ejército, particularmente centralizado en los directores de Escuelas y comandantes de las unidades de Santiago, quienes, ante la gravedad de la situación que percibían diariamente, se reunían autoconvocándose, es decir, al margen del alto mando. Pero no hizo nada. Ni se involucró disponiendo profundizar las informaciones para adoptar medidas de contención, ni dictó enérgicas disposiciones para restaurar la jerarquía, ni informó al Gobierno. Nada. Entró en una suerte de parálisis, tal vez porque en su fuero interno libraba una pugna entre sus obligaciones de soldado, su íntima proximidad al régimen político que servía y sus notorias ambiciones personales.

En el plano de la acción, su comportamiento también fue deplorable. Se suponía, fundadamente, que él sabía de la

crisis que culminó con el alzamiento del Regimiento Blindado un tiempo antes de que este saliera a la calle, apareciendo entonces con extraña espectacularidad, impropia de su alto cargo y con evidente sincronización, frente a La Moneda, con su ayudante y con una pistola en la mano... para detener los tanques. Lo más grave de lo ocurrido en esa jornada de máxima tensión para el país se ha ocultado piadosamente. En efecto, el general Prats ordenó que una batería del Regimiento Tacna tomara posición frente al cuartel del Regimiento Blindado, apuntando sus cañones hacia cada una de sus entradas, exigiendo su rendición. Como el movimiento de esa unidad había estado a cargo básicamente de capitanes, la coordinación de una respuesta a su exigencia tardó quizás más de lo usual, ante lo cual ordenó hacer fuego. Como oficial de artillería que era, no podía ignorar el efecto del tiro rasante y a corta distancia que estaba ordenando... Por suerte, solo una pieza (cañón) obedeció su orden, matando a once soldados. Los oficiales veinteañeros a cargo de las otras tres piezas de la batería mostraron mayor serenidad y tino que el comandante en jefe del Ejército, desobedeciendo una orden insensata. Este trágico desenlace fue el resultado del estado general de inquietud que predominaba en esa época en el país y en el Ejército y de la exaltación emocional del general Prats, quien no ponderó adecuadamente las consecuencias de su atolondrada decisión. Por cierto, nadie ha hecho responsable a Prats de tan cobarde asesinato ni se han presentado querellas buscando una reparación moral y material a las familias de las víctimas.

En esa época se comentó mucho al interior de las filas que se habría pensado en preparar un autogolpe, en conocimiento del comandante en jefe del Ejército. El general Mario Sepúlveda y quizás alguno más eran sindicados como sus instigadores. La fuerte polarización ideológica concebida, auspiciada y dirigida por el Gobierno de Allende había dañado estructuras que por muchos años se habían mante-

nido ajenas a la herrumbre de la contaminación política. La idea pareció consistir en cambiar al comandante del Regimiento Blindado por un oficial (cuyo nombre me reservo), trasladar además a otros dos comandantes de regimientos en provincias para que, en caso necesario, Allende se refugiara en alguno de ellos, transitoriamente, mientras se resolvía el problema a nivel nacional con guerrilleros del MIR y elementos de los cordones industriales, junto con subversivos que trabajaban en el agro.

Tanto fue así, que cuando ya quedaba casi solo en La Moneda, en la culminación del drama, el diario *La Tercera* del 4 de junio de 2011 registra la declaración de Fernando del Pino: "Los Archivos Confidenciales de la muerte de Allende: antes que el Presidente ordenara que saliéramos, reflexionaba en voz alta y decía: ¿y la gente?, ¿dónde está toda la gente? Lo repetía continuamente. Poupin y Paredes le respondieron que no había nada que hacer; los cordones industriales habían sido neutralizados". Muchas conclusiones pueden derivarse de estas frases desesperadas; por de pronto, siempre tuvo in mente recurrir a la acción armada, para aferrarse al poder. Como telón de fondo de esta apreciación se traslucía la posibilidad de una GUERRA CIVIL. Esto sí es parte de la verdadera historia, no la que se ha tratado de introducir a la fuerza.

Vemos así instalarse, aparentemente con las herramientas de la democracia, a un gobierno que persigue como primera meta introducir la dictadura del proletariado para llegar finalmente, a la quimera de un Estado socialista. Amparado por el Gobierno socialista de Allende, se despoja, se arremete contra el derecho de propiedad desvergonzadamente. Mientras se habla de "empanadas y vino tinto", se traen ametralladoras en sacos de azúcar o en cajones etiquetados como elementos de ornamentación; se le tuerce la mano a la justicia, se fomenta el odio de clases, se indulta a terroristas y nuestro país sirve de base de entrenamiento y de tránsito para grupos de extremistas que operan en los

países vecinos. Miles de guerrilleros ingresan para preparar la resistencia armada. Sobre el país se cierne la fatídica sombra de una catástrofe prohijada por el gobierno y, sin duda, con el conocimiento y aquiescencia del propio comandante en jefe del Ejército y dos o tres generales de su absoluta confianza. Algunos suboficiales de la Armada ya habían sido denunciados por complotar contra sus mandos.

Allende fue el primero que fracturó el alma nacional y sigue aún provocando divisiones que persisten. Sus seguidores posteriores han achacado las causas al Gobierno Militar, para encubrir sus propias responsabilidades históricas. Es un hecho que había incomprensibles vasos comunicantes entre el general Prats y grupos exaltados de izquierda. Durante el "tanquetazo" Miguel Enríquez (uno de los "jóvenes idealistas" de Allende) lo habría llamado por teléfono (¿?), para decirle "que un tanque se ubicaba en cierta dirección". ¿Qué vinculación podía haber entre ambos?

En beneficio de la verdad histórica, tan violentada últimamente, tengo el deber de dejar constancia de un hecho que resulta perturbador por sus graves e insoslayables implicancias morales e institucionales. Hace unos pocos años tuve ocasión de leer un acta de un Consejo de Generales presidido por el general Schneider. Después de tratar lo que estaba en tabla, un general pidió la palabra y le dijo que tenía información, de una fuente que le merecía confianza, de que había un plan para matarlo. Acto seguido, otro general reafirmó lo que el anterior había dicho. El comandante en jefe expresó que "sabía de ese plan, pero que él, de todas maneras, tenía que cumplir con sus obligaciones y esta amenaza no lo iba a amedrentar".

El documento se distribuyó a todos los generales, en copias numeradas. Prats era el jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, es decir la segunda antigüedad, y si no le cupo asistir a ella no pudo ignorar su desarrollo. Naturalmente, el director de Inteligencia del Ejército, general Mario

Sepúlveda Squella, sí asistió. No tengo explicación alguna de por qué esta información no se nos dio a conocer en la DINE y al Servicio de Inteligencia del propio Estado Mayor de la Defensa Nacional, para haber adoptado, como era natural, las medidas adecuadas para aumentar la protección al Comandante en Jefe del Ejército.

A Schneider lo mataron sin que llevara escoltas. La escolta de Carabineros, según declara su hijo, había sido retirada la noche anterior. Debido a eso, él tuvo duras palabras contra el general Huerta, director del Cuerpo de Carabineros de Chile. ¿Habrá sido esta una iniciativa del director del Cuerpo de Carabineros o vendría del escalón superior? ¿A quién servía la conmoción que pudo provocar este atentado? Mucho me temo que nunca sabremos la respuesta.

La CIA y grupos de derecha estaban claramente implicados en el hecho y habían comprometido a dos generales, Camilo Valenzuela y Roberto Viaux. Si no económicamente, sí en la entrega de armas adecuadas (¿pero para qué, si solo se trataba de un secuestro?). Pero no menos importante es que el día anterior al del asesinato, había sido retirada la guardia de Carabineros que custodiaba la casa del general, trascendiendo que había sido por orden directa del general Huerta, general director. En un suplemento del diario *Las Últimas Noticias*, aparece dicho general acompañando al ministro del Interior, Patricio Rojas, entrando al Hospital Militar para visitar al comandante en jefe del Ejército. Cabe preguntarse si el ministro Rojas conoció la orden de retirar al PPI (protección de persona importante). No quedó nunca claro cuándo el plan de secuestro se transformó en un deleznable asesinato. En el libro que escribió el hijo no aparecen detalles significativos de este verdadero magnicidio.

Es una verdadera lástima que el destacado abogado don Pablo Rodríguez G., actualmente decano de Derecho en una distinguida universidad, no quiera publicar sus memorias porque debe haber en ellas extraordinarios y desconocidos aspectos de nuestra historia contemporánea. Su

participación al frente del grupo Patria y Libertad fue muy importante para enfrentarse a los grupos de choque marxistas. Él, quizás como nadie, conoció desde su nacimiento y evolución la preparación para desencadenar la guerra civil. Sus antiguas experiencias y su ahora larga y exitosa carrera como abogado penalista pudieran servir para contrarrestar con eficacia los tendenciosos argumentos de algunos abogados querellantes que imperturbablemente consolidan la derrota jurídica de los partidarios del Gobierno Militar.

Prats terminó su carrera militar de la manera más triste. Nunca debió aceptar un ministerio político en un gobierno extremadamente ideologizado, que conducía al país, inexorablemente, a una dictadura comunista, y, al mismo tiempo, mantener su cargo de comandante en jefe del Ejército, pues con ello involucraba a toda la institución en un campo vedado, como es la política contingente. Delicadamente lo dio a entender el ex comandante en jefe del Ejército al sentirse compelido a rendirle un homenaje institucional. Sus actuaciones fueron duramente criticadas en la institución y ya se le había perdido todo el respeto, al extremo de que en reuniones multitudinarias de oficiales no se le dejaba hablar, con toses, carraspeos o taconeos. Su participación en un incidente callejero con una señora, fue patética.

He hecho públicos estos trapos sucios, como dije, por dos razones, a saber: La Concertación, desde el Gobierno, ha manipulado desvergonzadamente la figura del ex comandante en jefe, incondicional del Gobierno de la Unidad Popular, utilizándolo como espolón de proa para atacar al Gobierno Militar al precio de ocultar del escrutinio público ciertos hechos de importancia histórica. También porque a raíz de su trágico asesinato, con el injustificable agravante del de su esposa, se han publicado opiniones que en absoluto se condicen con lo que yo conocí, ni con el desarrollo de los hechos, ni menos con su gestación, y, peor aún, por la connivencia de minorías ansiosas de imponer sus criterios y que se habrían beneficiado con tamañas iniquidades.

Recientemente han salido duras expresiones condenatorias. Suscribo algunas, pero la reflexión sosegada de los claustros universitarios debiera fortalecer la serenidad de las opiniones, condición indispensable para coadyuvar a la formación de jóvenes sanos de espíritus, capaces de proyectar valores positivos a las generaciones siguientes. El destino de nuestra Patria estuvo en evidente peligro de seguir derroteros ajenos a los valores de nuestra civilización y a eso contribuyeron, precisamente, personalidades importantes que equivocaron su camino, debiendo ser diques de contención y racionalidad.

Prats fue protagonista de episodios contrarios al interés institucional y al del país. Al incorporarse al gobierno como comandante en jefe del Ejército, en el cargo de ministro del Interior, es decir, como jefe político del Gabinete de un régimen claramente marxista-leninista, fue un instrumento obsecuente de un sistema que no se avenía con el sentir de la mayoría nacional. Menos aún considerando el hecho de que esta debilidad interna impulsaba al Perú a adoptar una actitud progresivamente beligerante en contra nuestra, en la medida que nos acercábamos al centenario de la guerra.

Prats y el Gabinete de Seguridad Nacional, que se constituyó con los otros comandantes en jefe, dieron el oxígeno necesario a un gobierno moribundo para que se mantuviera un tiempo más, debiendo haber representado, como condición previa, el respeto a los poderes del Estado, cambios substanciales en la organización del Gobierno, el imperio de la legalidad vigente sin el uso de resquicios, el control de los grupos subversivos y todo lo necesario para recuperar la legalidad de origen. Insisto, tajantemente, nada de eso justifica, ni tampoco explica, su trágica muerte, que solo pudo ser incubada en la mente desorbitada del director de la DINA, comprometiendo a un grupo de oficiales en su ejecución, seguramente exagerándoles el rol que hubiese podido jugar Prats en el futuro.

Veamos un par párrafos –extrañamente acertados– del libro de Vladimiro Montesinos, jefe de Inteligencia peruano, que nos permiten deducir la tuición que ejercía Castro sobre el Gobierno de Chile y el alto grado de información que tenía sobre nuestro país. Dice: *En resumen, podemos referir que los estimados de defensa chilenos indicaban la posibilidad de una guerra civil.* Era *vox populi*. Ya expondremos más antecedentes al respecto. Más adelante, dice: *Prats mandaba, pero en la práctica no comandaba absolutamente a nadie en el Ejército*. Del mismo libro: *Dos días después* (de una larga visita de Raúl Castro a Lima en 1974) *partió la delegación peruana invitada con destino a La Habana* –de la cual formaba parte él–, *bajo el comando del general Enrique Gallegos Venero, que ocupaba el alto cargo de Comandante General de la División Blindada* (de Guarnición en Arequipa, la principal amenaza que yo debía enfrentar). Sigue en el tema de su visita a Cuba y conversaciones con Fidel Castro: *Para Fidel Castro, el general Prats fue un gran soldado, consideró un error político de Allende el haberlo designado Ministro del Interior y luego de Defensa, pero Allende no le hizo caso a su recomendación.* Y más adelante, a renglón seguido, agrega: *Le sugirió a Allende que tomara sus medidas de seguridad. Pese a ello, y a la abundante información que le hacía llegar* (lo subrayado es mío) –parece obvio que la obtenía del PC y de sus miles de combatientes infiltrados en nuestro país–, *este (Allende) cometió otro error de consecuencias imprevisibles*: *contra toda advertencia* –fíjense bien en esta expresión–, *designó el 23 de Agosto de 1973 como Comandante en Jefe del Ejército al general Pinochet, cuando el general Prats solicitó su pase a retiro.* Pero no se queda ahí y sigue monitoreando a Allende, ahora ya de regreso a La Habana, después de su viaje de "inspección", porque por su dilatada extensión y actividades realizadas no merece otro calificativo el desempeño de Allende: *Cuenta Fidel Castro que en la noche del 10 de septiembre de 1973 estaba preparando su discurso para intervenir en la Cumbre de los Países No Alineados* (¿) *en Argelia, cuando en eso Manuel Piñeiro le informa que la Escuadra Chilena, regresaba intempestivamente. Que*

ante dicha información de alta credibilidad llamó inusualmente por teléfono a Salvador Allende, quien se encontraba pernoctando en su residencia particular de Calle Tomás Moro (Castro sabía hasta ese detalle) y *le sugirió que se desplazara al Palacio de La Moneda, sede del ejecutivo, pues "desde ahí debía afrontar la situación invocando a una movilización popular".*

¿Éramos de verdad un país independiente y soberano o por la fuerza de las circunstancias nos habíamos convertido en una caricatura, en un satélite de un satélite manipulado desde afuera? No se puede eternizar como verdad lo que hasta ahora ha sido nada más que solo una farsa mentirosa.

Recordemos una vez más, por ser una piedra fundacional de nuestro proceso histórico, el acuerdo de la Cámara de Diputados del 22 de agosto de 1973, que en el artículo decimocuarto dice: *Declara que si así se hiciere* (encauzar la acción gubernamental por las vías del derecho), *la presencia de dichos Ministros en el Gobierno importaría un valioso servicio a la República. En caso contrario, comprometería gravemente el carácter nacional y profesional de las Fuerzas Armadas y del Cuerpo de Carabineros, con abierta infracción a lo dispuesto en el artículo 22 de la Constitución Política y grave deterioro al prestigio institucional.*

El acuerdo en referencia tiene 15 artículos. José Piñera E., en el ensayo que publicó en la revista UNOFAR Nº 21, dice: *Contiene un preámbulo que anuncia las condiciones esenciales para que exista un estado de derecho. Contiene además una advertencia cargada de significado. Un gobierno que se arrogue derechos que el pueblo no le ha otorgado, incurre en sedición.* Más adelante, detalla: *veinte acusaciones de violaciones a la Constitución y a las leyes, con violaciones concretas a determinados derechos humanos. Siete violaciones a la separación de los Poderes del Estado. Una precisión sobre el rol de los ministros militares que el Presidente Allende había incluido en carteras claves de su gabinete. Un llamado a poner término de inmediato a los graves abusos a la Constitución.* Su sola enumeración permite inferir la anarquía en que nos encontrábamos.

El acuerdo del Parlamento del 22 de agosto de 1973 fue la verdadera fecha del Pronunciamiento Militar. Los jefes militares designados por el Gobierno para apuntalarlo no captaron la esencia del signo de los tiempos y lo avalaron sabiéndolo inescrupuloso, repudiado mayoritariamente por la población, incapaz de reencauzar el proceso y empeñado en seguir profundizándolo para perseguir una absurda y aberrante quimera.

Algo más sobre Allende y Prats. El primero, mítica figura convertida artificialmente en paradigma de los valores auténticamente democráticos y ejemplo señero para las futuras generaciones de chilenos, especialmente del pueblo (como él mismo decía), hinchando las mejillas para aumentar su sonoridad (frase de autor desconocido), y el segundo, por su cargo, cultura e inteligencia y su preeminencia en el núcleo central del Gobierno. Ambos se relacionaban con oscuros personajes propios de ambientes mafiosos, mostrando así una dualidad de intereses y conductas que se intuían, pero que solo el tiempo ha ido desenmascarando. Pese a ello, laboriosamente se les ha ido forjando a ambos, artificialmente, imágenes de figuras señeras, impolutas, merecedoras de homenajes y reconocimientos, maquillando las características de sus singulares personalidades que ocultaban turbios propósitos. Me asiste la convicción de que estos antecedentes han sido plenamente conocidos por todos los instigadores interesados en alterar los hechos, pero, lamentablemente, tienen que haber sido, a su vez, completamente ignorados por quienes solo han ocupado el rol de ser instrumentos para facilitar sus propósitos aviesos de rehacer la historia.

Luego, a la luz de estos antecedentes, respetando la verdad histórica, debiera revisarse lo obrado por haber sido producto de un engaño sistemático, evitando que se perpetúen a través del tiempo ficciones inventadas con intenciones espurias. Quizás a futuro, el paso del tiempo establecerá la verdad a todo el país y con ello, de paso, se

alcanzará la unidad nacional. Quizás también nos liberaremos de imágenes estatuarias que no se compadecen con nuestros sentimientos de dignidad nacional. Hay monumentos que ofenden la verdad histórica, que claramente ha sido tergiversada. Lo que es ahora la verdad revelada, en la necesidad de la Concertación de unirse para recuperar el liderazgo perdido, enarbolando las banderas comunes y recordando agravios, se exacerban los resentimientos y se intenta seguir manteniendo un rol protagónico en cautelar los derechos humanos, como si fueran una parcela de la izquierda y estos hubiesen sido violados solamente por sus antagonistas políticos.

Nunca han dicho nada sobre sus propias responsabilidades, que fueron anteriores, contemporáneas y han seguido manifestándose en el tiempo. Basta ver la rebeldía mapuche y sus lazos, como por ejemplo el caso de un funcionario encajado en las proximidades de la presidenta Bachelet, que al parecer estaba en enlace privilegiado con las FARC en Colombia y que de pronto, al ser descubierto, desapareció misteriosamente, sin dejar huellas.

En un documento, de fecha 27 de diciembre de 1971, firmado "Hasta la Victoria Siempre", se dice: *Al Cro. (Compañero) Salvador Allende, Presidente de la República de Chile. Del Cro. José Rivero, Asesor Seguridad del Presidente. AST. Situación actual de armamento en poder de los factores que integrará su seguridad personal.* En la larga lista se mencionan cañones 57 mm, ametralladoras, subametralladoras, armas cortas, etc., y dice: *Miguel Enríquez un M15– Sub ametralladoras UZI dos a la escolta del Comandante en Jefe del Ejército, que por error se incluyeron en envío suyo (a otros pueblos)* (sic), *operación de la cual me enteré posteriormente yo, que me encontraba acompañando a nuestro querido Comandante en Jefe (nótese el tratamiento) en su recorrido por el interior del país.* Esto ratifica que el comandante en jefe del Ejército, general Prats, tuvo por escolta al personal del GAP y no de su institución o del Cuerpo de Carabineros y que además ingresaba armas ilegalmente al

país. Este mismo documento aparece entre los que se descubrieron en la caja de seguridad del presidente; volveremos a mencionarlo al final de este trabajo.

La Contraloría General de la República objetó la internación ilegal de una enorme cantidad de armamento que se almacenó en la casa del director de Investigaciones, Eduardo "Coco" Paredes. Pero aún hay más, en el diario *La Nación,* de la semana del 3 al 9 de enero de 2010, en una entrevista del periodista Marcelo Castillo al Sr. Carlos Altamirano O., dice: *Yo pensaba que el General Prats, junto con cuatro o cinco generales, entre ellos Bachelet, debería ir preparando un proyecto de defensa armada del Gobierno, incluso en un plan de traslado a un Regimiento leal al Gobierno* (lo subrayado es mío, de haberse ejecutado ese plan, la fecha del Pronunciamiento Militar pudo ser la del inicio de una eventual Guerra Civil). Los cuatro o cinco generales a que alude estaban identificados, uno fue mi jefe, el general Mario Sepúlveda Squella (que deliberadamente ocultó la verdadera identidad del *Comandante Pepe,* a quien pretendió hacerlo pasar por un inocente cazador) y que fuera nombrado posteriormente por Prats como comandante de la Guarnición de Santiago, el cargo más potente de mando de tropas, para así asegurarse unidades que le fueran personalmente leales.

La evidente complicidad del comandante en jefe del Ejército, general Prats, con el Gobierno marxista, le impedía ser un elemento gravitante para que se hiciera un punto de inflexión y se cambiara el curso que nos llevaría, irremediablemente, al Pronunciamiento Militar. Al mismo tiempo, la acumulación de armas de guerra en poder de elementos subversivos civiles podía ir configurando, en el tiempo, la eventual posibilidad ya citada de una verdadera guerra civil, tanto más cuanto que había una fuerte campaña de infiltración de las Fuerzas Armadas. No solo a la Marina, también a unidades del Ejército y por ello un profundo desasosiego que traspasaba los límites de la disciplina. Max Marambio, comandante de tropas especiales, chileno,

adiestrado en Cuba, fue un destacado elemento del esfuerzo castrista para imponer su régimen en Chile por la fuerza.

Muchas de estas y otras actuaciones fueron conocidas por un grupo limitado de personas y con bastante posterioridad al desarrollo de los hechos, razón por la cual, dichas ahora, pueden aparecer exageradas o irreales, sobre todo porque se ha tendido sobre ellas un cuidadoso manto de secreto y encubrimiento, para acomodarlas a sus esfuerzos de blanquear sus responsabilidades en los dolorosos hechos del pasado.

Debe recordarse que con motivo del "Tacnazo" se produjo el ascenso de ambos, Schneider y Prats, a la sazón generales de brigada, e implicó el retiro inmediato de la totalidad de los generales de División Sergio Castillo, Ramón Valdés, René Sagredo, Emilio Cheyre, Alfredo Carvajal y Alfredo Mahn, y del general de brigada Jorge Rodríguez. El alto mando hizo público que ¡todos los planteamientos de Viaux ya los conocía! No podía ser de otro modo, puesto que había sido el fruto de un exhaustivo informe de la DINE, donde me correspondió buscar y procesar la información en toda la institución y redactar el informe final al EMGE.

Históricamente, en nuestro país ha habido políticos poco escrupulosos que han manipulado a las Fuerzas Armadas para que sirvan propósitos espurios, ya sea socavando la majestad del ejercicio del mando, debilitando su prestigio ante sus subalternos, restándoles arbitrariamente responsabilidades que les son propias, relegándolas a funciones secundarias, menospreciando torpemente sus altos niveles de profesionalismo o usándolas mediáticamente para fines publicitarios, es decir, trayéndolas y llevándolas; en el fondo, irrespetándolas y procurando menguar su sólido prestigio y su profundo arraigo en el corazón de nuestros compatriotas. En el caso del presidente Allende, y posteriormente en menor lugar Bachelet, la utilización política pasó todos los límites racionales.

La Guerra Fría era una modalidad soterrada, pero real, en nuestro país. La violencia fue muy anterior al Gobierno de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile, contrariamente a lo que han querido establecer en forma machacona los gobiernos de la Concertación. No pretendo, de ninguna manera, justificar excesos; al revés, como se verá más adelante, siempre traté de evitarlos y los combatí con todos los medios a mi alcance desde dentro, incluso renunciando anticipadamente a mi carrera (1975) cuando comprobé que mis esfuerzos no daban resultados.

De todos los comandantes en jefe que conocí, que fueron muchos, recuerdo con especial afecto y admiración a los generales Bernardino Parada Moreno y René Schneider Chereau, por su ascendiente, acendrado profesionalismo, sabiduría y calidez humana. Ellos, ni ninguno de sus antecesores, permitieron la intromisión política en las filas de la institución. Schneider recorrió la mayor parte de los Cuarteles Generales Divisionarios dando a conocer su posición sobre no injerencia militar en los procesos políticos.

Me gradué de Oficial de Estado Mayor en 1960, una de las especialidades primarias que es necesario obtener para llegar al alto mando; la otra es Ingeniero Politécnico Militar y en el ejercicio de esta especialidad, y con el desempeño posterior de las diferentes funciones cuya capacitación entrega la Academia de Guerra del Ejército, era posible ponderar con objetividad el grado de deterioro institucional que provocaba la contingencia política y sus constantes esfuerzos de descarada manipulación, lo que había logrado introducir una cuña que violentaba la verticalidad del mando y dañaba seriamente la disciplina. El malestar era latente, ya he señalado que algunos oficiales tuvieron la idea de generar nuevos actos de descontento gestándose reuniones clandestinas promovidas por líderes incipientes. Volveremos sobre el tema porque no podemos eludirlo. Mientras, regresemos al cauce de nuestra historia.

REGIMIENTO "RANCAGUA" (1960 a 1963)

Pedí destinación al Regimiento "Rancagua", de guarnición en Arica, donde fui comandante de compañía, uno de los cargos más hermosos de la carrera militar. Después fui ayudante del comandante del regimiento, sirviendo con dos distinguidos coroneles que alcanzaron el generalato. Ahí, mientras yo me sentía realizado profesionalmente, mi valdiviana esposa rezaba en secreto para no volver nunca más al Norte. Yo también soñaba, pero con llegar a mandar un día esa unidad cargada de pasadas glorias y, por la fuerza de las cosas, predestinada a combatir siempre desde el primer momento y en la primera línea.

Conocí en detalle la inmensa zona jurisdiccional del regimiento de entonces, que coincidía con los límites del Departamento de Arica. Este regimiento era el más grande del Ejército y sus medios estaban distribuidos en dos cuarteles, separados por el cauce seco del río San José, unidos a través del puente del ferrocarril de Arica a Tacna, de escaso movimiento. La Compañía de Plana Mayor y Servicios, que yo mandaba, tenía sus instalaciones en el Cuartel Nº 2.

Nuestra casa, dentro de la población militar, era modesta. Estaba pareada, lo que era una ventaja, porque como había en Arica una gran falta de agua, los vecinos nos turnábamos para su uso. Una tarde, conversando con un matrimonio amigo –el capitán Hernán Aguilera Díaz (Q. E. P. D.) y su esposa Kika (Monserrat) Ribera– en el living de la casa, con la puerta de calle entreabierta para refrescar el ambiente, vimos llegar una pareja, el hombre se adelantó y dijo:

–Por favor, ayúdenos, porque la señora está teniendo la guagua.

Salí y, efectivamente, la pobrecita se aferraba con ambas manos en la pequeña reja del antejardín y se estaba inician-

do el parto, de pie, prácticamente sola, sin una compañía femenina que la ayudara. Mi amigo tenía una *station wagon* grande, pusimos con cuidado a la pareja atrás y les pasé una toalla de baño.

Rápidamente partimos para el hospital, tocando la bocina y con las luces intermitentes funcionando. Al poco rato de salir, pero aún nos faltaba mucho para llegar a nuestro destino, ella dice con un grito lastimero:

–Por favor, sáqueme los calzones. –y lo repite angustiada: –¡Sáquemelos!

Me di vuelta y, perentoriamente, le dije:

–¡Sáqueselos de una vez, pues, hombre, qué espera!

–Es que… no soy su marido, señor, ni la conozco, yo solo pasaba frente a su casa.

–¡No importa, hombre, sáqueselos ahora mismo!

Llegamos al hospital, yo tomé en brazos a la señora; mi amigo, pasando por encima del asiento, lo que resultaba muy difícil porque era muy corpulento, tomó a la guagüita y subimos muy juntos, porque aún estaban unidos por el cordón umbilical. Arriba nos recibieron prestamente y se hicieron cargo del problema. Después quisimos saber de la mamá y del crío que habíamos ayudado a traer al mundo –porque Nana les iba a llevar un ajuar–, pero en el hospital nos dijeron que la mamá había dado instrucciones de no entregar informaciones.

El motor del desarrollo del polo norte del país era por entonces la Junta de Adelanto de Arica (J. A. A.), cuyo estatuto le permitía invertir lo recaudado por impuestos en la zona. Este organismo, creado visionariamente por el presidente Carlos Ibáñez del Campo, compensaba de esa manera un abandono incomprensible para quien tenga mínimas nociones de geopolítica. Junto con lo anterior, al declararla puerto libre, se incentivó la actividad y la ciudad despertó

con sorprendente energía. Comerciantes israelitas e hindúes llegaron atraídos por las nuevas condiciones y abastecieron al comercio nacional de productos hasta entonces prohibitivos para la clase media. Se le llamó la ciudad del *nylon*, por la importación de prendas elaboradas con esa novedosa fibra. Pero su prosperidad fue efímera, como la de las plantas del desierto. No se crearon fuentes de trabajo permanentes. Siempre se ha privilegiado a Iquique en desmedro de Arica. Pinochet, aconsejado por el equipo económico, lo hizo más evidente. Además, debe competir con Tacna, que sí es apoyada por las autoridades del Rímac.

Tan miope destino era, hasta la llegada de este Gobierno, común a los dos extremos del territorio nacional. Basta ver el pujante desarrollo de Ushuaia y las dificultades que deben afrontar Aisén, Magallanes y Puerto Williams. Por configuración geográfica y las veleidosas relaciones vecinales, el país debe hacer un esfuerzo sustancial por potenciar sus zonas extremas. Ambas, con las singulares características de sus escenarios tan contrastantes y la condición de ser puntos de convergencia de vías marítimas y terrestres de comunicación de gran importancia, deben privilegiarse. Sus habitantes, más que los de ninguna otra parte, deben sentir que cuentan siempre con el apoyo del Gobierno para atender sus necesidades, debiendo premiarse su esfuerzo de hacer patria en condiciones tan difíciles. Veo con mucha alegría que ahora, con este Gobierno, eso está cambiando, se asientan industrias, empresas de semillas y otras. Y, lo más importante, se implementan ambiciosos planes de desarrollo de toda la zona. La defensa más efectiva de una zona extrema consiste en la radicación de una numerosa y pujante población. Las fuerzas militares serán siempre complementarias.

Desde Ushuaia salen cruceros que van a la Antártica y entiendo que es una hermosa y pujante ciudad que marca soberanía. Tiene, desde luego, una prestigiosa orquesta filarmónica, que entre otras cosas, simbólicamente, incluye

en sus programas la *Sinfonía del Nuevo Mundo*, de Antón Dvorak, mensaje que necesariamente se llevan los turistas junto con sus fotografías y filmaciones. Tiene, además, toda clases de servicios y buenos lugares de esparcimiento.

Gracias a la férrea voluntad de Pinochet y a su visión de estadista, se construyó, con el Cuerpo Militar del Trabajo, la Carretera Austral, destinada a unir por vía terrestre esas alejadas zonas, incorporándolas con más posibilidades al desarrollo armónico del país.

Con un jurado inadecuado –entiendo que los jueces eran expertos en derechos humanos–, elegido en forma precipitada y en una negociación incompetente, perdimos el "pedacito" de la Laguna del Desierto (para triste recuerdo del gobernante autor de la frase) y nada se ha hecho durante mucho tiempo para evitar convertir en otro "pedacito" a Campo de Hielo Sur, tercera reserva mundial de agua dulce después de la Antártida y Groenlandia. Afortunadamente, el largo ciclo de la Concertación llegó a su fin. Se respiran aires nuevos y tal vez los intereses nacionales vuelvan a prevalecer sobre los intereses de la izquierda mundial. Pueda ser que los políticos de la Alianza asuman la responsabilidad histórica que les corresponde.

El no haberse nombrado las relaciones exteriores en el Mensaje Presidencial da señales de sabiduría (si se cumple lo que se ha señalado, claro está) y, con todo y no obstante, ha sido el mejor del que yo tenga memoria: novedoso, ecléctico, auspicioso y realizable, a juzgar por los logros, particularmente en el campo económico, habitacional y educacional. El panorama internacional merece una profunda mirada y se debe ponderar adecuadamente lo realizado por los gobiernos de la Concertación, ya que los yerros a veces no se pueden corregir. Las patrióticas inquietudes manifestadas por José Miguel Barros, Ernesto Videla y Hernán Felipe Errázuriz, entre otros, siguen siendo válidas y merecen atención y respuesta del actual Gobierno. Pero jamás se

podrá bajar la guardia ante nuestros vecinos. En todos ellos asoman rasgos de veleidad, cuando no de abiertas intrigas, amenazas apenas veladas o gestos hostiles, sin importarles incumplir la palabra empeñada, poniendo por delante solo sus intereses de coyuntura, como en el caso de la venta del gas argentino. Públicamente, desde Perú viaja a Bolivia un experto en litigios de frontera para aconsejarles cómo enfrentar sus demandas contra Chile. Evo fija en la mente de sus compatriotas su visceral espíritu revanchista tratándonos de "malos vecinos". En suma, estamos condenados a vivir arma al brazo.

Volvamos al Norte, en este desordenado viaje por los recuerdos, aliñados con algunas reflexiones. La posición geopolítica de Arica, en la cintura del continente, la acerca a su centro geográfico y al enorme potencial exportador de Brasil, a Paraguay y al norte Argentino. Con gran alegría veo que el Corredor Bioceánico está pronto a ser una realidad entre Arica y Santos; con él debe terminarse definitivamente la idea de ceder un corredor en el norte de la ciudad para Bolivia. Tuvo un importante significado transformarla en región; lo fundamental es su apoyo administrativo, económico y la solución a la ausencia de recursos hídricos. Tanto la explotación minera como turística, como lo han pensado algunas autoridades, pueden ser el resorte del futuro y necesario resurgimiento de esta bendita zona que corona el norte de nuestra tierra. De ser necesario, debe conciliarse con las comunidades indígenas la explotación minera. La imagen de esta zona, de seguir siendo pobre de solemnidad mientras está sentada en una bolsa de oro, debiera parecernos una estupidez anacrónica.

El propio servicio militar obligatorio, que por decenas de años ha llevado a ciudadanos del interior a radicarse después en Arica, desgraciadamente ha contribuido a despoblar sus lejanos y hermosos caseríos, cuya identidad debe mantenerse a costa del esfuerzo que sea necesario y cuya densidad poblacional hay que mantener y aumentar.

Tan poca diligencia ha habido en sus autoridades anteriores y tanto abandono han soportado, que se acopiaron minerales tóxicos muy cerca del perímetro urbano y después, sobre estos, se construyó una población fiscal. ¿No constituye tanta lenidad un siniestro crimen ambiental? (nunca se supo de proceso judicial alguno).

Fue visionaria la política del presidente Evo Morales al contratar a campesinos bolivianos de esa zona para llevarlos a las extensas regiones limítrofes con Brasil. Lamentablemente, ello también va en detrimento de la difícil explotación agrícola en Arica.

De vez en cuando se publican Cartas al Director de parlamentarios u otras personas sobre la angustia de los pobladores por el eterno e irresponsable abandono en que se encuentran. Un activo e incansable senador, que ha tenido un éxito notable en el combate al narcotráfico y con denodado esfuerzo ha levantado hogares de acogida para quienes tanto los necesitan, se hizo eco, quizás sin saberlo, de un insidioso comentario al repetir una afirmación que se publicó con propósitos aviesos: "*El gobierno militar optó por militarizarla y potenciar económicamente a la región de Tarapacá*". Es lamentable que se ignoren episodios trascendentes de nuestra historia contemporánea. Se militarizó, como dice, porque estuvimos a punto de perder toda la provincia, en una masiva invasión peruana largamente preparada, entre los años 1973 y 1976. Si por casualidad lee esas páginas, encontrará algunos antecedentes que corroborarán mis afirmaciones y sobre las cuales hay mucha literatura. Además, Arica pertenecía a la Provincia de Tarapacá, de modo que, al potenciarla, también se la estaba ayudando. Pero sí, tiene la razón. Si por necesidades de política económica no podía mantenerse el sistema, debió cambiarse paulatinamente por otro equivalente. Además, hay otras razones: Las unidades militares, en un despliegue defensivo que por tener este carácter no pueden resultar amenazantes para nadie, que no estén al norte de las quebradas, dado el momento –como el

que estuvimos a punto de afrontar–, difícilmente llegarán a sus zonas de empleo por la dificultad de cruzar inmensas quebradas que necesariamente las obligarán a concentrarse peligrosamente al atravesarlas.

No obstante, desde esta atalaya veo aires nuevos y me siento orgulloso y más tranquilo. He visto mandos militares con capacidad de irradiar confianza por su profesionalismo y capacidad. Y he visto progresos que me parecían imposibles. Volveré sobre el al tema.

Pero antes, un comentario más sobre esa "Carta al Director". La UDI, que yo recuerde, desde su origen ha desarrollado planes volcados a los sectores sociales menos favorecidos, con un decidido interés por el desarrollo económico armónico del país. Eso habría exigido, por supuesto, reflexiones más profundas que las que motivan una acción tan menguada y efímera, como es una carta.

Reafirmando algunos de mis comentarios con antecedentes ya conocidos y, en otros casos, seguramente producto de una personalidad bipolar, el ex jefe de inteligencia peruano (así, con minúscula), porque sería un despropósito usar las letras grandes para referirse a él, endilgó recién la siguiente retahíla de afirmaciones, muchas de ellas absolutamente antojadizas. Copio del libro *Espionaje Chileno– Operaciones Especiales de Inteligencia contra el Estado Peruano*, de Vladimiro Montesinos T., ex jefe del Servicio de Inteligencia del Perú: *Cabe señalar que durante los años 1973 y 1974 las Fuerzas Armadas del Perú, por decisión política del general Velasco Alvarado, habían rebasado el equilibrio estratégico con Chile, rompiendo por primera vez el balance del potencial militar frente al de Chile, que ante la superioridad bélica peruana en armamento ofensivo* (lo subrayado es mío) *y debido a su elevada capacidad logística, adoptó en su disposición de defensa un esquema estratégico defensivo, tanto en la línea de frontera como en el teatro de operaciones del norte de su territorio*. Hasta aquí es cierto, pero sigamos (favor poner atención en el párrafo que sigue

a continuación, porque incide en otro aspecto importante de mis críticas al fallo que determinó mi condena sobre la situación especial que se vivía en Arica):

En la ejecución de esa estrategia, el General Pinochet, en su calidad de Comandante en Jefe del Ejército, viajó a la ciudad de Arica apenas se instaló la Junta de Gobierno el 11 de Septiembre de 1973 (efectivamente, estuvo entre el 17 y el 20 de octubre de 1973 y el "Caso Arica" ocurrió en la madrugada de ese día) *y posteriormente repitió la visita durante seis veces* (lo subrayado es mío), *en tanto ordenaba un proceso de rearme a sus fuerzas armadas y la mayor movilización militar en la historia de Chile*. A confesión de parte, relevo de pruebas, o bien, "por sus propios dichos", empleando un lenguaje que desgraciadamente se me ha hecho familiar.

Felicito con inmensa alegría y orgullo de latinoamericano al ilustre escritor –recién y muy merecidamente galardonado con el Premio Nobel de Literatura– don Mario Vargas Llosa, a quien he admirado desde siempre, tanto por sus libros (que comentamos en familia), sus ensayos y sus ilustrados artículos de prensa. Recuerdo uno especialmente, de hace muchos años, creo que con motivo de una invitación a Israel; fue toda una lección de independencia intelectual y de análisis político certero, pero ahora, con mucho respeto, me permito disentir con respecto a la entrevista que concedió al diario *La Tercera* (19 de diciembre de 2010), donde dice: *El nacionalismo es una plaga muy asentada en América Latina, una plaga que permite que se gaste mucho dinero en armamento. También hay demagogos que lo utilizan, que saben que eso apela siempre a las bajas pasiones de la gente*. Agregó: *creo que eso ocurre tanto en Chile como en el Perú* (lo subrayado es mío). No ha sido así, Chile quiere vivir en paz dentro de sus fronteras establecidas históricamente. No tiene afanes expansionistas.

Nosotros somos, nos guste o no, un referente permanente en el Perú. Basta dar un vistazo a la prensa. Aquí no pasa eso. Hay que reconocer que allá perduran algunos recuer-

dos derivados de resentimientos atávicos en algunos sectores de su sociedad. Basta recordar lo que dijo, no hace mucho tiempo, un ex comandante en jefe del Ejército cuyo apellido evoca, pero con sentido completamente inverso, un gesto de exquisita gracia femenina, destacado en una de las hermosas obras de la inmensa Chabuca Granda.

El expresidente García, al iniciar su mandato, hizo un innecesario y público desafío a Chile y, es más, no hace mucho tiempo, en una desafortunada ocasión escaló absurdamente un hecho menor, interrumpiendo una reunión internacional y... calificándonos de "republiqueta" y viajando apresuradamente de regreso a su país en un gesto claramente mediático. En este trabajo, más adelante, relato otros ejemplos. En todo caso, García sí cumplió con su país en cuanto a apretar el botón del desarrollo económico.

Por muchas razones quiero a ese país y lo siento también muy mío. De hecho, en noviembre de 1974, durante la ceremonia del "Abrazo de la Concordia", fui honrado con la Condecoración al Mérito Militar del Ejército del Perú, en el grado de Comendador.

Con respecto a lo expuesto tan claramente por el ex jefe de Inteligencia peruano, debo decirle que siempre Chile ha tenido una actitud defensiva. Leyendo el libro de dicho "especialista de inteligencia" (quizás hizo algún curso por correo) no podré dejar de volver nuevamente a él, porque, entre otras cosas, me alude personalmente casi una treintena de veces con torpes equivocaciones y monumentales faltas a la verdad.

Estoy por pensar –leyendo historias sobre este personaje–, como "El Pentagonito" y otras, que entre algunos de los integrantes de las comunidades de inteligencia a veces se desarrollan graves patologías que pueden presentarse con dramática exposición pública, como la enfermedad de "las vacas locas" u otras, todas muy dañinas y perturbadoras. Paralelamente, debo reconocer que ese ambiente pa-

rece también facilitar la aparición de rufianes, aventureros y grandes embaucadores, quienes escalan posiciones a la sombra de personajes que seducen con sus audaces manipulaciones cuando no hay filtros que regulen eficazmente sus actividades. De otra parte, el gran desconocimiento de este valioso recurso de seguridad nacional por parte de las cúpulas civiles y militares también contribuye a su desaprovechamiento profesional y contribuye a que se genere su descomposición moral.

REGRESO AL ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO

Después, de vuelta a Santiago, cumplí funciones en el Estado Mayor General del Ejército e hice cursos de especialidad. Estuve en la Dirección del Personal y con el grado de capitán fui designado ayudante del general Jorge Navarrete Z., que gozaba de gran prestigio tanto por la brillante carrera de su padre, el general Mariano Navarrete, escritor militar de notable desempeño durante el primer Gobierno de Ibáñez, como por la suya propia. Esta destinación me permitió conocer tempranamente a toda la institución en su más valioso potencial: el personal que la integra. Creo no equivocarme al sostener que las políticas de administración de personal de las FF. AA. han sido pioneras en el país por sus necesidades de gran tecnicismo y la alta complejidad que demandan. Estuve también en la Dirección General de Movilización y Estadística de las FF. AA., donde me desempeñé como ayudante del coronel subdirector Miguel Fuentealba Zúñiga, un profesional sencillo, modesto, digno, con una gran capacidad de trabajo, que hacía suyo el lema de Estado Mayor: "Ser más que parecer", padre del actual comandante en jefe del Ejército (este cambió su primer apellido). Esta institución, dependiente del Estado Mayor de la Defensa Nacional, está destinada a elaborar los Planes de Movilización, es decir, a llamar a quienes integran la reserva institucional y también a prolongar o acortar los períodos de acuartelamiento militar. Antes, naturalmente, todos estos trabajos eran manuales, lo que demandaba mucho personal y tiempo de elaboración.

El coronel Carlos Prats González era director de Operaciones del Estado Mayor del Ejército, después de una prestigiosa carrera, y pidió mi destinación. Me nombró jefe del Departamento I "Planes" de su dirección, que era el de mayor jerarquía en esta repartición. Era un gran privilegio institucional ser destinado a trabajar bajo el alero de tan destacado jefe.

Siento mucho dolor y, sinceramente, una profunda desazón al tener que referirme, como ya dije, a la persona del señor general Prats, porque no puede defenderse; lo hago porque tengo el deber principal de dejar constancia de la verdad, en lo que a mí me consta, de un período especial de la historia de nuestra institución y de nuestro país, porque ambos, siempre, están íntimamente relacionados. Lo hago, además, porque por azar el destino me hizo ser testigo presencial de muchos hechos y en algunos otros ser incluso protagonista; y lo hago, finalmente, porque la explotación que se ha hecho de la figura del ex comandante en jefe solo puede ser calificada de repugnante, pues ha traspasado los límites de la moral, la decencia y el buen gusto. Esta utilización poco ética de su persona obliga a dar a conocer informaciones reales que permitan formarse una idea cabal para que no distorsione la historia reciente de nuestra Patria por intereses ideológicos o de otro orden.

La publicación del fallo sobre el crimen del ex comandante en jefe después de treinta y seis años de sucedidos los hechos es extrañamente coincidente con el surgimiento de la idea de conceder indulto a implicados en hechos que afectan a los derechos humanos y, comprensiblemente, ha suscitado una intensa campaña de prensa exigiendo su rechazo. Surge así, imprevistamente para mí, una grave dicotomía entre la necesidad de dar a conocer antecedentes reales de una gran personalidad asesinada en condiciones inexcusables o tender un manto de encubrimiento humanitario para evitar que su recuerdo sea mancillado por la publicación post mortem de antecedentes desdorosos. Como he decidido ser fiel a la verdad histórica y quizás en algunos aspectos he sido el único testigo, aun a riesgo de una crítica acerba, relataré vivencias del pasado que pueden dibujar con más precisión rasgos esenciales de la personalidad del general Prats, para que cada uno saque sus propias conclusiones.

Prats era un trabajador infatigable, muy meticuloso y reflexivo, de un trato exigente pero atento y deferente, aunque

no siempre lograba controlar su carácter, como lo he señalado. Le costaba aceptar críticas, ya que siempre se sintió en un nivel muy superior de preparación intelectual, llegando a creerse poseedor de una cierta infalibilidad pontificia.

Durante mucho tiempo lo vi trabajar a solas en su escritorio, haciendo un largo documento manuscrito. Prohibía que se le interrumpiera. Mientras tanto, yo revisaba y actualizaba la planificación estratégica y operativa institucional vigente, tarea que debía informarle periódicamente. Una vez finalizado su trabajo, me lo entregó: era la Doctrina de Guerra del Ejército. Ese documento no existía en la institución y venía a llenar una necesidad vital. Lo convertí en una directiva, para elevarlo a consideración del comandante en jefe del Ejército, y, con su aprobación, para difundirlo en la institución, trabajo que también me tocó realizar.

Tiempo después se sumergió en otro largo período de aislamiento, trabajando a solas, como la vez anterior. Consultaba mapas de los teatros de operaciones y escribía. Nuevamente, al terminar su trabajo, me llamó para mostrarme el fruto de sus reflexiones. *Plan de Guerra del Ejército "Cincel"*, lo llamó. Teóricamente, era un plan destinado a resolver todos los enormes problemas estratégicos del país, derivados de su absurda geografía, distancias, desconexión territorial, falta de vías de comunicación terrestres, zonas especialmente vulnerables, como Coihaique, donde las costas del Pacífico están al alcance de la mano de los apetitos transandinos; falta de profundidad territorial; en fin, de tantas peculiaridades que producen insomnio a los responsables de las FF. AA. Este plan representaba, por tanto y en teoría, una panacea.

Lo recibí con enorme respeto y secreta admiración. Lo estudié meticulosamente durante algún tiempo y desgraciadamente no me calzaba con la situación. Yo recién había terminado de revisar toda la planificación de guerra vigente y me parecía evidente que no era aplicable en todo el

país, ni siquiera con remiendos, agregados y supresiones. En fin, le entregué por escrito mis observaciones y me guardé mis mucho más numerosas aprensiones, porque no se me habría ocurrido enmendar la plana a mi maestro.

Días después me llamó y con mucha deferencia, pero con firmeza, me dijo que no estaba de acuerdo en absoluto con las observaciones que yo le había presentado. Me ordenó distribuirlo a los comandantes de Divisiones y pedirles su opinión. Lo hice, firmé por orden del jefe y lo envié. Pasó un buen tiempo antes de tener las respuestas sobre mi escritorio. En general, todas coincidían en lo fundamental con lo que yo le había dicho. Me fui a hablar con él y durante largo rato comentamos el tema.

–Mire –me dijo–, lo voy a mandar a usted en comisión de servicio a todas las Divisiones para que explique en persona lo que hemos conversado.

–Pero, mi general –le contesté–, mejor envíe a otro oficial, porque yo no podría dejar de exponer mis propias ideas, que, como ve, en lo fundamental, coinciden con lo que ellos dicen.

Insistió y visité entonces todos los Cuarteles Generales Divisionarios, sin que ni ellos ni yo encontráramos suficientes elementos para modificar nuestros juicios.

Al informarle de este resultado, se ofuscó y me dijo:

–Veo que no han entendido nada.

Me retiré prudentemente, no con el mejor ánimo, por cierto, y en lugar de ir a colación me fui a caminar por San Diego. A poco andar, en la vitrina de una librería vi un volumen en francés cuyo título traducido al español sería *Introducción a la estrategia*. Su autor: el general André Beaufre. La sobrecubierta daba a entender que se refería desde un punto de vista novedoso a la "maniobra de aproximación indirecta" difundida por Lidel Hart y estudiada por los oficiales de estado mayor de todo el mundo. Por supuesto, lo

compré y lo llevé de inmediato a la intérprete del Estado Mayor General del Ejército.

Al recibir la traducción vi, con sorpresa, que había párrafos enteros literalmente copiados en el documento manuscrito que me había entregado Prats. Lo puse en una carpeta y entré a su oficina.

–¿Me podría usted decir, mi coronel, cómo fue su proceso de reflexión para haber llegado a esta solución estratégica? –le pregunté–.

Miró al cielo raso, se concentró y, con la actitud que adoptaba cada vez que se sumergía en prolongados monólogos autorreferentes, me dijo:

–Mire, Odlanier, yo...

Después de dos o tres frases que era evidente iba hilvanando penosamente ante tan extraña pregunta, lo interrumpí y le dije:

–Lo siento, mi coronel, la respuesta está aquí –le entregué el libro y copia de la traducción–.

Acto seguido se produjo una escena muy dolorosa que me ha sido imposible olvidar. Su reacción fue tan sorprendente como el hecho que la había provocado. Me miró hacia arriba, porque yo seguía de pie frente a su escritorio, como pillado en falta, a la vez que enrojecía profundamente, adquiriendo un tono violáceo que me preocupó mucho, porque pensé que podía darle un ataque cardíaco. Después bajó la cara, se la cubrió con ambas manos, como quien no quiere ver algo que le horroriza y, de repente, se echó a llorar desconsoladamente; copiosas lágrimas corrían por sus mejillas y sus manos y así permaneció largo rato. Lloró de vergüenza y humillación. Lamenté haber procedido con tanta rudeza, pero no había otra forma de encarar un hecho tan terriblemente desdoroso. Con gran aflicción me dijo:

–Odlanier, usted será el fin de mi carrera.

–No, mi coronel, yo no, fue usted mismo el responsable –le repliqué–.

Y agregué:

–A partir de este momento, por razones de ética profesional, no trabajaré un minuto más con usted. Me comprometo a no decir a nadie esta amarga experiencia mientras usted esté en servicio.

Cumplí. Ahora lo hago público porque ya es historia y debe conocerse despojada de maquillajes interesados, oportunistas y acomodaticios.

Por otra parte, había otra razón, de mayor peso, en mi determinación: el empleo estratégico y operativo de la principal institución de la Defensa Nacional, basado en una planificación evidentemente errónea, pudo arrastrarnos en un momento determinado a una catástrofe de magnitudes inaceptables para la Defensa Nacional. Es posible, quizás, que los defectos que yo denunciaba se hubieran puesto de manifiesto al trasladar la planificación a directivas de ejecución; de cualquier forma, se habría perdido un valioso tiempo para la preparación de la institución en un conflicto que se veía venir de todos lados.

Regresé a mi oficina –prácticamente estaba al lado de la suya–, me senté un momento, tomé mis cosas y me despedí de la secretaria sin saber inicialmente qué hacer. Solo al salir reaccioné y me di cuenta hacia dónde debía dirigir mis pasos. Crucé el pasillo del Estado Mayor y le pedí al director de Inteligencia que me acogiera entre los suyos. El general Kurt von Hagen me preguntó: Y Prats, ¿lo autorizará? Ya me autorizó, le respondí. Como llevo mucho tiempo en Operaciones, quisiera conocer otras funciones del Estado Mayor, añadí. En el Boletín Oficial siguiente apareció mi destinación.

El 21 de diciembre de 1967, el entonces coronel Carlos Prats González anotó lo siguiente en mi hoja de vida: "Con motivo de su entrega del Departamento cabe dejar cons-

tancia de la colaboración que me brindó el Mayor Mena, durante nueve meses, en las delicadas y exhaustivas tareas de planificación estratégica y alistamiento operativo institucional", agregando una frase que puede resultar extraña en un calificador: "Guardo para él una enorme gratitud". Debo reconocer que en este caso hizo cumplido honor a su palabra y, para bien o para mal, determinó mi destino: Tuve el honroso mando del "Rancagua" y, como consecuencia directa también, estoy aquí encerrado como reo rematado. Como para no creerlo. Paradojas que nos depara la vida. En la fecha que encabeza este párrafo nadie podía vislumbrar que estaba próxima a caer sobre el país la más grave tormenta de su historia constitucional, desatada por el gobierno de Salvador Allende. Menos habría podido adivinar el rol que en ella iba a jugar el comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats G.

En los diarios de esta fecha, 2 de abril de 2012, leo que el presidente de Alemania perderá su cargo por la falta de probidad que implica haber copiado su tesis de doctorado. Mucho más grave fue lo obrado tempranamente por Prats cuando estuvo a cargo de la más importante función primaria del mando: Operaciones (después están Inteligencia, Personal y Logística). Una orientación estratégica defectuosa puede incidir substancialmente en la victoria o en la derrota en una guerra; en la mantención o la pérdida de nuestro sagrado territorio; en la horca o un monumento para sus responsables; y queda inscrita para siempre en la bitácora del país. Si a esto se suma su desempeño durante el Gobierno de la Unidad Popular, habría que concluir que nunca, jamás, debió merecer homenaje alguno ni artículos que hagan referencia a su presunta integridad moral.

Conversando años atrás con el historiador, diplomático y periodista José Rodríguez Elizondo, advertí que conocía en detalle esa estrategia, pero no hizo comentario alguno sobre Prats; seguramente ya tenía alguna información sobre este lamentable episodio. Sin embargo, a pesar de los

pesares, el hecho que he contado no se contradice en absoluto con mi apreciación general sobre Prats, en cuanto a que era un hombre de gran cultura, fino y muy inteligente. Es cierto que gozaba con el ejercicio del poder y la admiración que suscitaba entre los oficiales, incluso de rango superior, pero una cuota de vanidad y secretas ambiciones son defectos muy humanos. En él, a veces, resultaban evidentes

Trabajé bastante tiempo en la Dirección de Inteligencia, ahora bajo el mando del general Mario Sepúlveda Squella, conocido como el *Buby* en el Ejército, sucesor del general Kurt von Hagen, que exhibía públicas simpatías por el Gobierno de la Unidad Popular. Desde un comienzo nos situamos en lugares opuestos. Yo insistía en que nuestros informes debían ser veraces y objetivos; él minimizaba arbitrariamente lo que podía afectar a la imagen del Gobierno. Esta situación hizo crisis con la aparición en Neltume del *Comandante Pepe,* que estaba creando en esa zona una "Escuela de Guerrillas" (el mismo que hoy tiene en ese lugar una estatua que en su brazo extendido luce una paloma de la paz...). En un día cualquiera, nos dijo que él, personalmente, iría a investigar. Dudando seriamente de su objetividad, pedí por mi cuenta un colaborador voluntario del "Club de Pesca y Caza" que había formado en Valdivia muchos años atrás. A su regreso, el general Sepúlveda nos reunió a los jefes de departamento y nos mostró unas fotografías en que él estaba vestido de huaso, conversando a través de un portón con algunos campesinos armados.

–Este es el famoso *Comandante Pepe* –nos dijo–, el que está conmigo, y estos dos hombres tienen escopetas porque son cazadores de conejos.

–Lamento contradecirlo, mi general –dije–, las armas son fusiles –y le mostré una fotografía ampliada– y conversan en "las trancas" porque a Ud. no lo dejaron entrar.

Se produjo un silencio mortal, tiempo en que pensé aceleradamente qué iba a hacer con mi vida a partir de ese

momento. Nuevamente, yo mismo, por mi forma particular de cumplir mis funciones en el sentido que le debo lealtad a mi institución por sobre las personas, me había puesto en una situación inconfortable.

Durante un mes no pasó nada, pero luego llegó la revancha. En la Zona de Emergencia de Curicó y Talca se produjo un delicado problema derivado del "Paro de los Camioneros". Sepúlveda propuso mi nombre al comandante en jefe para "comandante en jefe de la Zona de Emergencia", debiendo reemplazar apresuradamente a un oficial destacado, el comandante del Regimiento de Ingenieros de Curicó, que a la sazón mandaba toda la zona y al que yo le tenía gran aprecio.

Cumplí afortunadamente bien, contradiciendo quizás el secreto deseo de mi superior, pero apenas reasumí mis funciones ordinarias me llegó una extraordinaria comisión extrainstitucional. A proposición de Sepúlveda, por supuesto, se me nombraba a cargo de la "Oficina de Censura de Prensa" establecida por Allende. Crucé la plaza Bulnes y me presenté en La Moneda. Conversé con el jefe del Gabinete Presidencial, brevemente, sobre las instrucciones que tenía y me hizo asignar una pequeña oficina cerca de la Sala de Prensa. El trabajo era demoníaco, tenía que leer aceleradamente "todo lo que se publicaría al día siguiente" y soportar a periodistas que entraban y salían exigiendo que se les atendiera en primera prioridad, humo de muchos cigarrillos encendidos a la vez, gritos de un lado al otro; en fin, un verdadero caos, siempre en la noche o a altas horas de la madrugada.

Al día siguiente de mi llegada, el presidente Allende me hizo llamar. Entré a su oficina mientras él se paseaba de un lado al otro leyendo *El Mercurio*.

–¿Leyó, coronel, lo que dice este diario de mí?

–Sí, señor presidente.

–Y así y todo usted ha censurado un artículo del propio ministro del Interior, compañero Del Canto.

–Así fue, señor presidente. El artículo del diario está redactado dentro de los márgenes permitidos, no así lo que escribió el señor ministro. Yo tenía la obligación de censurarlo –expresé redondeando mi respuesta–.

Allende estaba molesto, pero su trato, hay que decirlo, en todo momento fue muy deferente.

–Bien –me dijo–, *siga con su trabajo.*

Más noches de miedo, con los nervios alterados porque el ambiente difería considerablemente del que estaba acostumbrado y la tarea era en extremo ingrata. Dos o tres días después, nuevamente me mandó a llamar Allende. Ya en su oficina, me dijo:

–¿Dónde están publicadas las declaraciones que yo hice ayer?

–No están, señor presidente, las censuré.

Marcando el tono de voz, me espetó:

–¡Cómo se permite censurar al propio presidente de la República!

–Señor presidente –le respondí con la mayor frialdad de que fui capaz–, *yo recibí instrucciones de mi propia institución para mi cometido y esas declaraciones suyas contravenían claramente mis instrucciones. Si estima que no estoy cumpliendo bien mis obligaciones, le ruego que pida mi reemplazo a mi institución.*

Otra vez estaba en el filo de la navaja. Finalmente, la presión política hizo que se cerrara esa bendita oficina y pude volver a la mía. Pasé a despedirme, con cierta preocupación, del presidente, temiendo encontrarlo de mal humor, pero me equivoqué: fue muy deferente conmigo.

No pasó mucho tiempo y a comienzos de octubre de 1972 fui nombrado para otra misión de resultados imprevisibles y aleatorios. Estaba seguro de que el general Sepúlveda no me toleraba cerca de él, pero ahora se las había ingenia-

do para poner distancia física entre ambos. Con un decreto presidencial en la bocamanga viajé a Arica con el pomposo título de "Presidente de la Comisión Tripartita de la Industria Electrónica". Antes de salir, me citó S. E. y me dijo:

–Nos encontramos nuevamente, coronel. Usted va a ir a conseguir que los obreros de las industrias electrónicas depongan su actitud de mantener "tomadas" las empresas para que vuelvan al trabajo.

Yo reemplazaba en esa misión imposible al propio ministro del Trabajo, compañero Figueroa. Partí al Norte acompañado solamente de un ayudante que me puso mi amigo el coronel Sergio Covarrubias, comandante del Regimiento "Rancagua". Con su amable y distinguida esposa, María Angélica, tuvieron la gentileza de recibirme en su casa, no permitiendo que me fuera a un hotel y compartiendo así, en el poco tiempo que me dejaban mis quehaceres, con toda su adorable familia. Con su ayuda programé reuniones separadas con los empresarios, a quienes dije que me iba a informar detalladamente de los problemas que cada uno tenía y que resolvería absolutamente en conciencia. Visité, acto seguido, cada una de las industrias tomadas, agrupadas en una zona al norte de la ciudad.

Al comienzo hablábamos por entre las rejas. Yo les decía quién era y qué quería conversar con ellos, sentados en alguna parte, como gente civilizada. Reticencia. Con alguna desconfianza, me hicieron pasar al ver que no llevaba escoltas. Pudimos dialogar entonces y yo escuché sus reclamos, que no eran pocos y la mayor parte de las veces muy justificados. Citaré un caso: una obrera muy joven, casi una niña, me contó que arrendaba una modesta pieza en una casa habitada, según su expresión, por gente muy desordenada y de mal vivir. Ella estaba de novia y pensaban casarse pronto, pero no quería que su pretendiente viera el mal ambiente en que ella estaba. Pidió un préstamo para cambiarse, una modestísima cantidad de dinero para dar como garantía, y la empresa, se lo negó. Pedí conocer los documentos perti-

Nota publicada por el diario "La Estrella" de Arica y su transcripción.



ARICA, SABADO 15 DE SEPTIEMBRE DE 1973 — AÑO XIII — NUMERO

Visita a Mellafe y Salas, Coelsa y a Dinac del Coronel Odlanier Mena.

Cordial diálogo del Jefe Militar de Arica con trabajadores industriales

«La "Estrella de Arica"

Arica, Sábado 15 de Septiembre de 1973, Año XIII, Nº 4310

Visita a Mellafe y Salas, Coelsa y DINAC del Coronel Odlanier Mena.

Cordial diálogo del Jefe Militar de Arica con trabajadores industriales

Una visita a las industrias electrónicas del Departamento cumplió ayer en la tarde el Jefe Militar de Arica Coronel Odlanier Mena, con el objeto de imponerse personalmente del estado en que estas se encuentran y los problemas existentes.

A MELLAFE Y SALAS

El Coronel Mena salió ayer a las 15 horas de la Guarnición Militar con destino a la industria Mellafe y Salas, acompañado de su Ayudante Capitán Ricardo Gaete y de periodistas locales.

El Jefe Militar conversó en la empresa con el Gerente Oscar Espuey, iniciando al mismo tiempo su recorrido por esa industria armadora de televisores y artefactos electrónicos.

El ejecutivo de la empresa dio cuenta de los problemas de abastecimientos que existen para producir la verdadera capacidad instalada, dijo que de diez líneas de producción que existen, solo se encuentran funcionando tres.

Sin embargo, Oscar Espuey se mostró optimista.

A DINAC

Posteriormente el Coronel Odlanier Mena se dirigió a la Distribuidora Nacional, DINAC, donde permaneció vrios momentos viendo cómo se distribuían a las juntas de vecinos diversos artículos, entre otros azúcar, fideos, fósforos, atún, salmón, etc.

La distribución de estos productos en la DINAC, se encuentra a cargo del Sargento Fernando Calderón.

EN COELSA

Posteriormente el Jefe Militar se dirigió a la Industria de Componentes Electrónicos COELSA donde dialogó con varios funcionarios que se encontraban ahí en la planta.

nentes y pude constatar que, al mismo tiempo que a ella le negaban el préstamo de tan ínfima cantidad, a uno de los ejecutivos le habían facilitado el dinero suficiente para que se comprara una casa en un balneario cercano… Como se puede apreciar, el trato había sido abiertamente discriminatorio. Estos abusos son los que le dan sustento a los reclamos por desigualdades sociales; los empresarios tienen la obligación moral de evitarlos. Resolví uno a uno los problemas que había provocado la ocupación ilegal del complejo industrial. Empresarios y trabajadores me expresaron su gratitud y de regreso en Santiago me presenté ante S. E., quien esta vez tuvo palabras elogiosas sobre mi desempeño.

Llegó así el período de destinaciones y pedí el mando del Regimiento "Rancagua", que quedaba vacante. Además, habiéndome tocado mandar una unidad independiente el año anterior, no pude hacerlo porque fui nombrado a cargo de la seguridad durante las reuniones de la UNCTAD III, que se efectuó en Santiago, en el edificio que se construyó para ese efecto, llamado inicialmente Gabriela Mistral, posteriormente Diego Portales y ahora nuevamente Gabriela Mistral. Afortunadamente, también salí sin magulladuras de esa misión, compleja y de enorme responsabilidad tanto por la gran cantidad de países representados, con sus idiomas, razas y estilos, como por el antagonismo de los bloques en el marco de la Guerra Fría.

Al pronunciarse sobre mi solicitud de destinación, el jefe del Estado Mayor General del Ejército me dijo:

–Mena, ha trabajado usted aquí en funciones de Operaciones e Inteligencia y conoce, por consiguiente, en detalle la grave situación de peligro de guerra con el Perú. Usted ha estado ya anteriormente destinado en esa guarnición como capitán y viene llegando de una comisión de servicio precisamente en Arica. Por otra parte, debo decirle que ha sido especialmente propuesto por el general Prats para ese cargo.

De este modo, pese a nuestra abrupta desconexión profesional, por decirlo de alguna manera, Prats me expresó así sus dotes de caballerosidad.

–El presidente Allende firmó ya su nombramiento –me dijo finalmente– y el general Pinochet también lo había aprobado.

La gravedad de la situación en Arica queda de manifiesto con el siguiente hecho:

En una entrevista de televisión, el señor Ricardo Rivadeneira (Q. E. P. D.), dijo en agosto de 2009 que se encontraba en París negociando el término del embargo del cobre, nacionalizado por la Unidad Popular, y asistió a un cóctel en la embajada en honor del general Prats que venía desde Rusia. Prats lo había llamado aparte y le habría expresado que "andaba comprando armamento, especialmente tanques, porque era inminente una invasión peruana y que ese país contaba con no menos de 600 tanques modernos". Tan desesperada era la situación del general, que él se ofreció para acompañarlo en el resto de su gira por Europa. Entiendo que este viaje Prats lo realizó con una comitiva de 16 personas (incluyendo a varios familiares). Hay testimonios también de que en ese viaje el general dio conferencias en grandes industrias de armamento de la URSS, diciéndoles que el "Ejército del Pueblo de Chile" estaba al lado de sus "camaradas" soviéticos.

Evocar las circunstancias que rodearon mi nombramiento me llena de orgullo, ya que fui seleccionado para mandar una gran unidad independiente en la vanguardia de la Patria y, en situación desesperada, tanto en lo interno como, fundamentalmente, ante una guerra imposible de ganar por la aplastante superioridad peruana, en un espacio físico exiguo y sin accidentes geográficos que dificultaran una invasión masiva.

Todo esto me llevó tempranamente a concluir que mi empeño prioritario era tratar de evitar la guerra, y solo ante

la imposibilidad de lograrlo, impedir o dificultar por todos los medios el avance peruano hacia el sur, ya que su propósito públicamente pregonado era "recuperar la Provincia de Tarapacá" antes del centenario de la Guerra del Pacífico.

Fueron pasando así los años y yo observaba cómo se sucedían los gobiernos de distintos signos y características. Todos buscando, sin duda, a su manera, supuestamente, el progreso de Chile. Estilos, personajes y filosofías se sucedían en las noticias de los diarios, con los apoyos políticos de los partidos que los habían elegido o haciendo alianzas para cumplir con sus programas trazados.

La posición antimarxista de las FF. AA. y Carabineros de Chile fue, en mi opinión, un proceso progresivo al tomar conciencia de que el Partido Comunista siempre ha tenido una expresión pública, con dirigentes que dan la cara, hacen declaraciones y se relacionan en otras colectividades, pero, al mismo tiempo, tienen una estructura secreta, compartimentada, que los relaciona con grupos subversivos, terroristas, de agitación y propaganda.

Su incondicional alineación con la URSS perjudicó seriamente la caja fiscal, al tratar de paralizar simultáneamente el carbón, las salitreras y el cobre, durante el Gobierno de González Videla. Nunca les importó el país, siempre primaban y siguen primando sus intereses ideológicos. Ellos desarrollan vínculos con organizaciones extranjeras, que ayudan a su financiamiento y sirven de cajas de resonancia para sus campañas disociadoras. Ellos también movilizan a grupos afines en el exterior, con extranjeros y chilenos que fueron exiliados o arrancaron del país y a los que ahora pretenden inscribir en los registros electorales para sumar votos sin que se sientan comprometidos con su Patria. Ellos financian los viajes de presuntos testigos que van a prestar declaraciones ante tribunales de otros países –como ahora en Roma– y persiguen al Buque Escuela Esmeralda por

todos los puertos donde recala, para avergonzarlo, como si el honroso buque tuviera alguna culpa. Estos serían los chilenos que votarían en su mayor parte y de ahí su empeño para sacar una ley que los favorezca. Los otros, los que piensan distinto a ellos, ni siquiera votan, convirtiendo en realidad las hipótesis de Gramsci.

Abro paréntesis: *Inscríbanse, queridos nietos(as), y voten en todas las elecciones, todas son importantes, para que nunca más lleguen minorías aventureras al poder que pretendan modificar por la fuerza el tránsito seguro de nuestro país hacia los destinos superiores que le corresponden. Para cumplir con este sencillo mandato, más que legal, de sus propias conciencias, deben estar informados adecuadamente*. Cierro paréntesis.

Lo peor es que, desde sus inicios, ellos propugnan una posición internacionalista, haciendo prevalecer intereses supranacionales sobre los legítimos propios del país. Con ese mismo desparpajo, conculcaron agresivamente, mediante las "tomas", el derecho a la propiedad y hasta ofrecen parte de nuestra heredad geográfica para solucionar presuntas necesidades de vecinos, llegando incluso a intrigar internacionalmente para facilitar la casi inminente invasión peruana en la década del 70. Debe tomarse nota que recién Tellier se mostró dolido porque el actual Gobierno rechazó públicamente concederle a Bolivia una salida soberana al mar, al igual que se ha mostrado contrario a las críticas formuladas a Cuba y a Venezuela. Claro que no puede olvidarse que -del lado nuestro- conspicuos personajes de constantes apariciones públicas también han recomendado ceder territorio ante las constantes presiones bolivianas.

Usted, que lee estás líneas, ha visto recientemente cómo el "inefable" Evo cambió de dirección en 180º sin explicación alguna (se me ocurre que fue como el caso de las Filipinas, es posible que Castro o Chávez hayan jugado el rol de Carter para impedir la llegada de Pinochet a las islas). Aunque

estemos en el año del Bicentenario, su proposición, señor, es una señal de "debilidad" del sistema democrático más grave que eventuales indultos, como usted dijo, porque afecta un bien mayor como es la integridad territorial de nuestro país. Afortunadamente, tenemos un ministro de Relaciones Exteriores que ha logrado parar con maestría las estocadas que se promueven desde adentro o fuera del país y desbarata antes de su inicio los planes con que pretenden enredarnos.

La izquierda y otros sectores asintóticos aún no parecen entender la imposibilidad de aceptar jamás una cesión territorial a Bolivia, a mi juicio por varias razones. La más mínima concesión crearía un hecho jurídico que serviría de base para otras exigencias futuras siempre mayores.

Ningún gobierno del altiplano puede garantizar que el que le suceda respete la palabra empeñada, ni siquiera que su propia opinión sea mantenida a futuro, cuando dependen normalmente de la evolución de problemas internos. Más que una necesidad, la salida soberana al mar para Bolivia es una fuerza centrípeta cíclica a la que se recurre cuando hay necesidad de unir, como aquí es la bandera de los derechos humanos para la Concertación. Lo acabamos de ver nuevamente: el intríngulis jurídico constitucional interétnico que vive el país vecino va a generar, seguramente, problemas de competencia más enredados que el nudo gordiano y se necesitaría a otro Alejandro Magno para resolverlo.

Sin soberanía o con ella: nada, solo debe seguir cumpliéndose a cabalidad, como hasta ahora, el Tratado de 1929. Es claramente irresponsable –por parte de personeros en cargos de tan alta representación– sugerir ideas públicamente en áreas tan extremadamente sensibles como las de relaciones exteriores, que, además... competen al Gobierno. Con muchas dificultades es posible ahora controlar parte del tráfico de drogas desde Bolivia, existiendo, oficialmente, un número limitado de pasos habilitados legalmente; cabe pensar: ¿cómo aumentaría este si dispusieran de un encla-

ve y un camino que los uniera sin nuestro control?, sería absolutamente imposible, crearíamos gratuitamente insensatas "fronteras interiores", absolutamente permeables incluso a la inmigración extranjera incontrolable, con todas sus funestas secuelas.

Recordemos que esas y otras voces se levantaron justamente cuando estaba Bachelet en el gobierno y el clima les era propicio; es posible, incluso, pensar que ella las pudiera haber sugerido como una forma de apoyar una resolución suya, preparando el clima adecuado sobre su misterioso punto Nº 13 de la agenda a guisa de globos sonda, y hay personas que por llevarse algunos puntos apoyan cualquier cosa, incluso a costa de su propio país. Volvió y recomenzará su trabajo de continuar dividiéndonos. No debe permitirse que vuelva a seguir dividiéndonos y negociar en forma opaca el patrimonio nacional. No olvidemos que eso está dentro de su ideología y de la actitud de los oportunistas que nunca faltan.

Sobre Seguridad Nacional y las Fuerzas Armadas he tenido ocasión de leer numerosos trabajos de la FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) y de algunos prestigiosos centros de estudios, principalmente de apoyo a partidos de la Concertación. No he tenido la suerte de leer trabajos de otra orientación política y me atrevo a pensar que este es un tema mayor y debería ser sujeto de estudios por entidades tan prestigiosas. Ahora, con el nuevo cambio de estructuras del mando de las Fuerzas Armadas, se habla naturalmente de una nueva planificación y se señala que habrá "muchos cambios que se anuncian como definitivos" (¡). ¿Será eso posible? Solo la muerte es definitiva.

Durante estos últimos años han habido continuas apreciaciones donde han pesado consideraciones políticas claramente incidentales, a las cuales no podemos hipotecarnos, de ellas se ha derivado orientaciones que descartan hipótesis que parecen, lamentablemente, avaladas por muchos años de historia en común. Cada cierto tiempo apare-

cen elementos que adquieren una gravitación poco tiempo antes desconocida.

De los trabajos leídos que recuerdo, algunos se basan en fuentes espurias, como por ejemplo los Cuadernos del CED - 22, del año 1993. Sobre las Fuerzas Armadas durante los Gobiernos de Eduardo Frei y de Salvador Allende, la mayor parte de las citas se refieren al libro *Memorias. Testimonio de un soldado*, que las hijas Angélica, Cecilia y Sofía Prats dieron a conocer en 1985. Este libro –todo el mundo lo sabe– fue elaborado por los comunistas Labarca y Corvalán por orden de Volodia Teitelboim. En consecuencia, no era auténtico y mal puede servir de base para estudios serios sobre esta materia.

En fin, puedo asegurar que este recelo por la actuación de los marxistas se debe a causas más profundas y permanentes en el tiempo, no a hechos puntuales, ni siquiera a la sucesión o repetición de ellos, como han sustentado algunos analistas.

Ellos no buscan convencer en un ambiente plenamente democrático; ellos buscan tratar de imponer sus ideas empleando métodos lícitos e ilícitos, como el uso del "poder popular", aunque públicamente pregonen lo contrario. Recurren a la amenaza y, cuando no, a las funas, que son otra forma de agredir. Si no están dadas las condiciones para continuar ejerciendo el terror físico o psicológico, como ahora, se emplea la destrucción de la imagen o el amedrentamiento.

Es cuestión de ver a nuestras siempre furibundas Damas de Negro con fotografías al pecho, como en una coreografía, siempre exigiendo, siempre imponiendo sus puntos de vista; y cuando se las graba, adoptan agresivas posiciones enarcando cejas y endureciendo gestos. Pese a que con el correr de los años parece que lamentablemente toda la verdad jamás podrá alcanzarse, ellas seguirán imperturbablemente exigiendo más y más, sin reconocer jamás que en el drama que afrontan hubo responsabilidades, ciertamente, compartidas. Diferente a lo que ocurre en Cuba.

Es curioso el contraste con la eterna dictadura cubana. Allá las esposas de los detenidos efectivamente por delitos de conciencia, de pensar en forma distinta, son las Damas de Blanco. Y sus demandas las formulan serenamente, con gran dignidad, sin imposiciones. Sin la expresión rencorosa de odios que siempre existieron entre sus equivalentes locales.

En los largos años de gobiernos concertacionistas, particularmente en el último de la señora Bachelet, permitieron que la única voz autorizada para referirse al pasado fuera la de ellos y de otros representantes de organismos similares. Esto ha configurado en el tiempo una visión marcadamente unilateral de los graves hechos ocurridos. Aquí parece cultivarse el odio con esmero y perseverancia, como la cizaña, y esta envenena el alma de la patria. Debe ser muy triste vivir, eternamente, rumiando venganzas atadas a recuerdos que necesariamente se empañan con circunstancias de otras épocas, en las que ellos mismos fueron los responsables iniciales. Esta porfiada conservación de sentimientos negativos se transforma de tanto en tanto en la permanente repetición de demostraciones vandálicas y de odios como los organizados para celebrar los del "Día del combatiente", que se repiten como una tragedia inevitable, como las inundaciones en invierno, año tras año. Claro que puede inferirse que ellas son el medio que transporta a los dirigentes para encumbrarse social, económica y políticamente a otros niveles de vida, donde adquieren respetabilidad y holgura, para seguir luchando en contra de las "desigualdades", que es un tema inagotable, sin fronteras ni límites y una bandera más decente que esos tenebrosos trapos rojos con hoz y martillo o esos, peores aun, rojinegros con fusil del FPMR, expresión armada del Partido Comunista.

Pero hay más sobre los marxistas. En una entrevista del diario *La Tercera*, del 13 de mayo de 2009, me impuse del lanzamiento del libro del señor Carlos Huneeus que atribuye a la "Ley maldita" la explicación de por qué fue tan violento el Gobierno Militar. El señor Huneeus afirma que

la mayoría de los generales y coroneles que participaron en el golpe de Estado de 1973 intervinieron en las tareas represivas contra el PC en el Gobierno de González Videla. Puedo asegurar que no ha habido nada de eso. Es posible que algunas personas recuerden esa ley, pero no tuvo ninguna influencia ni en la duración, ni en la dureza de la reacción de las FF. AA. y Carabineros de Chile.

Esta teoría pretende afirmar –indirectamente– que la violencia fue siempre institucionalizada en el sentido de que se impartieron órdenes para reprimir mediante el uso de medios legítimos e ilegítimos. Personalmente, nunca supe que ello fuera así y estuve en el meollo de muchos de estos problemas.

La Ley de Defensa de la Democracia, o "Ley maldita", de González Videla, fue promulgada el 3 de septiembre de 1948 (los comunistas volvieron a las urnas en 1960); no obstante, fue un episodio menor (Pisagua, en el hecho, no fue un verdadero campo de concentración: no tenía rejas ni celdas). Los marxistas habían actuado desde mucho antes, durante el Gobierno de Ibáñez; el Frente Popular en 1935, heredado de España, era una amalgama entre socialistas demócratas y la Confederación de Trabajadores de Chile; la Rebelión de la Marina y otros episodios fueron mucho más trascendentes, pero también fueron hechos puntuales que no influyeron en la conducta instintiva, visceral, si se quiere, de cada uno de los miembros de las Fuerzas Armadas. Nadie nunca instruyó a subalternos en contra del comunismo ni supe que se hiciera proselitismo político, lo que está desde siempre prohibido en los cuarteles.

Los marxistas operaban normalmente desde afuera de los partidos, obstaculizando su accionar o haciendo lo que mejor hacen, infiltrándolos. Hablando siempre de democracia, buscaban imponer la dictadura del proletariado en ese entonces; o bien infiltrando el sistema y destruyéndolo, adecuando su ideología a las condiciones que se presentaban respetando o pareciendo respetar los principios de la verda-

dera democracia, ya que se derrumbaron los principios hegemónicos de su concepción tradicional. Agitaban las masas, provocaban huelgas, paros y desórdenes. Los que nunca construyen nada ni aportan nada al desarrollo del país, solo sugieren odiosidades, revanchas y confrontaciones sociales, reales o aparentes, que magnifican sin pudor y que distorsionan para adecuarlas a sus intereses. Solo destruyen para dar satisfacción a sus resentimientos exaltados.

En veinte años de gobiernos sucesivos fueron poniendo parches para tapar los problemas que se acumulaban, pero no bien llegaron gobernantes de otro signo, los atacaron con extrema dureza, como una forma de cohesionarse. Solo cambian las consignas: Camila, la sin par, con la expresión desafiante de quien se ha convertido en guía y profetisa de las huestes comunistas, y sus valerosos adherentes cuidadosamente encapuchados, prolijamente demolieron escuelas, mobiliarios urbanos, modernas fachadas de costosos edificios, pero también, con la misma vesania, pequeños quioscos de golosinas y modestos locales comerciales. Sin pudor, y al parecer tampoco sin conciencia, exclama arrebolada: "todas las reflexiones que haga Fidel constituyen luz y esperanza para Chile". Es difícil concebir un mayor despropósito. Lamentablemente, el Gobierno tardó demasiado en poner término a esta locura colectiva digitada con fríos cálculos político–ideológicos y quedó seriamente herido en las encuestas. La DC, cada vez más esmirriada, llega forzada a nuevos acuerdos con el siempre más influyente PC.

Julia Navarro, escritora y periodista española, en su libro *Dime quién soy*, dice: "Stalin y todos los que lo seguíamos creíamos ciegamente que no podía haber una revolución sin sangre. Nuestra revolución partía de una premisa y es que la vida humana no es algo extraordinario y santificado. Eso es cosa de las religiones y aquí hemos decretado la muerte de Dios".

¿Cómo se llama ese partido?, ¿de dónde viene su nombre?

Hay que considerar que nuestros marxistas siempre fueron los más ortodoxos en nuestro continente, fieles y obsecuentes a los postulados que emanaban de Moscú y La Habana. Ellos aplaudieron sin pudor la invasión a Hungría y la "Primavera de Praga", mientras tanto nuestro vate cantaba loas al tirano comunista, con veinte millones de personas asesinadas en su propio país. El diario *El Siglo* ni siquiera mencionó la denuncia de Nikita Jrushchov contra el tirano Stalin. Ellos, poniendo diestramente espadas en Flandes, se apoderaron del Partido Radical a través del diputado Carlos Morales Abarzúa y los verdaderos radicales tuvieron que formar tienda aparte –la Democracia Radical, que es un remedo del original–; y para sobrevivir –cómo no– apoya al PC en lo de las asambleas constituyentes. De ese modo se fueron difuminando progresivamente en la historia.

Se produjo después el acceso al poder de la Democracia Cristiana, con Eduardo Frei Montalva, partido que luego fue objeto de sus particulares atenciones al promocionar sus divisiones. Recuerdo que en cierto momento de su Gobierno, el presidente don Eduardo Frei Montalva ordenó, por oficio, a la Dirección de Inteligencia del Ejército (que era la organización con más experiencia en la materia) que le informara sobre la situación de los distintos partidos políticos (al parecer no confiaba mucho en la Policía Política, que era llamada "Los Guatones de la PP"), particularmente de la Democracia Cristiana (guardé una copia, porque a mí me tocó elaborarlo, la buscaré si alguna vez salgo de aquí).

Elaboramos un grueso y pormenorizado informe. De su puño y letra, él dijo que felicitaba al organismo por el trabajo acucioso y bien documentado que se le había hecho llegar, pero que difería, absolutamente, de sus conclusiones respecto a la Democracia Cristiana. En ellas se establecía que, por el asedio constante de los comunistas, su partido se iba a fragmentar, indicándosele los nombres de los responsables de las escisiones. Al poco tiempo, como es sabido, contradiciendo al mandatario, aparecieron el MAPU

y la Izquierda Cristiana. Para tranquilidad de los camaradas, la investigación se hizo consultando fuentes abiertas, porque era público y notorio que eso iba a suceder. Todos los antecedentes aparecían en la prensa y los personajes no ocultaban sus opiniones.

Abro paréntesis: Esta escisión no fue un incidente menor en la vida del país. El diario *El Mercurio* del 22 de abril de 2001, en un artículo de dos páginas, con el título "Un manual para la Revolución. El Grito de Guerra del Mapu", escrito por la destacada periodista Pilar Molina A., dice: "Un nuevo documento inédito de la izquierda previo al 73, desclasificarán esta semana el CEP y Víctor Farías, en que parte de los mismos que después encabezaron la renovación del socialismo, editaron un manual para la lucha de masas". Ahí se cita que "El primer Secretario General del partido era Rodrigo Ambrosio y su primer Subsecretario Enrique Correa, pero esta organización a su vez se dividió". La parte más revolucionaria adoptó el apellido de Óscar Guillermo Garretón. Lo cierto es que «muchos de sus miembros lideraron después el camino de «la renovación» y hoy cuesta conciliar sus nombres con la aventura revolucionaria de entonces. Para dar un ejemplo, entre ellos estaban: José Antonio Viera-Gallo (de larga carrera política, que como subsecretario de Justicia de Allende detuvo personalmente a un mismísimo juez en funciones y, años más tarde, como ministro secretario general de la Presidencia tuvo la misión específica de «resolver el problema mapuche», Juan de Dios Fuentes, su ex amigo mapucista, asaltado 46 veces en Ercilla, denuncia que la Concertación entregó enormes cantidades de tierra y recursos a los mapuches e incluso repartieron jubilaciones a destajo con la calificación, cómo no, de exonerados políticos. Estos antecedentes no fueron obstáculo para que Bachelet lo dejara instalado como miembro del Tribunal Constitucional), José Joaquín Brunner, Fernando Flores y José Miguel Insulza". ¡Vaya, vaya… qué abanico de prominentes personalidades! Esas seguramente son algunas de las metas a las que aspira

Camilita. No cabe duda de que los marxistas tienen genes de sobrevivencia como los cocodrilos, son oportunistas y devoran todo lo que pueden.

Pero no es todo en este proceso de metamorfosis. En el seno de esta organización, dice el profesor Farías, se gestó un escrito que "constituye un verdadero manual de praxis política para el uso de la militancia revolucionaria". Son 82 páginas mimeografiadas por ambos lados: "La Defensa del Gobierno" y la segunda "Técnicas de acción de masas". En ellas se encuentran algunas joyas del terrorismo subversivo: "Frente a una situación de guerra (situación que por cierto en los procesos judiciales se descarta de plano), las masas no enfrentarán a las fuerzas regulares enemigas (las FF. AA.), sino que cumplirán funciones de hostigamiento y divisionismo de estas. Enfrentarán grupos civiles enemigos y consolidarán las zonas a retaguardia de las fuerzas leales, a través de marchas, mítines, concentraciones, barricadas y diversas formas de sabotaje y boicot". Más adelante, añade: "Entre los elementos de combate a distancia y cuerpo a cuerpo trata extensamente de la piedra –el arma clásica de la lucha callejera–, la honda, el escudo horcaja, que es ofensivo y defensivo a la vez, el lanzamiento de piedras, el laque, el más efectivo de los elementos para el combate cuerpo a cuerpo, permite liquidar la guardia del enemigo, quebrándole los antebrazos de un fuerte golpe"… (no hay sutilezas en el lenguaje, solo una cruda brutalidad). Sigue: "…la cadena: produce heridas cortantes y visibles, con el consiguiente efecto psicológico para el enemigo".

Más adelante, el documento se refiere a las tres almas de Allende: La tolerante masónica, la comunista ordenada y la mirista-militar. Y junto con las fotografías de los entonces jóvenes próceres nombrados, la "figura Nº 4: muestra puntos débiles del cuerpo humano atacables con laque, bastón corto y largo".

La generosa herencia de estos conspicuos personajes de nuestra historia contemporánea, que día a día hacen noti-

cia, ha sido heredada y enriquecida con los aportes del pimpollo castrocomunista y de los grupos mapuches que tratan denodadamente de aislar parte de nuestro territorio y que han agregado modernas armas de fuego con mira láser y técnicas farquianas a sus empeños libertarios. Estas son sus políticas disolventes. *Para evitar este desastre: VOTEN. Volver a Bachelet es volver a este pasado oprobioso de políticas permisivas y reincentivar el odio.*

Ojalá que ellos mismos –los ex Mapu–, ahora lejos de sus antiguas trincheras políticas y desde sus altas tribunas de poder, pudieran escribir un manual de convivencia civilizada y que llamen a una efectiva reconciliación nacional, superando de una vez por todas las corrosivas e inmorales ideas de venganza. Cierro paréntesis.

El presidente Frei (1964-70) no dimensionó que la termita comunista había horadado profundamente la que parecía una sólida construcción política e impulsaba planes de reforma agraria que continuaban y profundizaban los iniciados en el tiempo del presidente Alessandri (1958–64), con lo cual se afectaba seriamente el derecho a la propiedad y con ello las garantías constitucionales fundamentales (ver "Nunca Más", ensayo sobre el quiebre de la Democracia en Chile, de José Piñera Echenique). Todo eso fue terreno abonado para que Allende pretendiera arrasar con todo el resto de la estructura constitucional y las libertades políticas, económicas y sociales que disfrutábamos. Dice José Piñera, más adelante: "A estas alturas es conveniente precisar que, aunque la creciente crisis económica, inflación anualizada de un 300%, racionamientos, crisis de la balanza de pagos, desempleo en aumento, desconfianza, producía miseria, angustias generalizadas y se creaba una caja de resonancia a estos conflictos institucionales, ese no era un argumento válido para remover al gobierno. Como el país había llegado a ser un campo armado, le preocupaba sobremanera a las Fuerzas Armadas, ya que había caído en un estado de guerra civil. A estas consideraciones debe agregarse que,

dada la peligrosa debilidad que mostraba nuestro país, debatiéndose en la pobreza y las profundas divisiones políticas y sociales, estaba también siendo amenazado por serios conflictos con nuestros limítrofes, Perú, Bolivia y Argentina" (lo subrayado es mío).

Es tradicional en Chile que muchos partidos quieren usar a los comunistas y terminan finalmente siendo usados por ellos. "Hacen suyas sus banderas progresistas, los aceptan en sus filas para ser finalmente fagocitados por ellos". Como lo dice Gonzalo Rojas, "ellos se levantan comunistas, trabajan como comunistas y mueren como comunistas, son impenetrables, pacientes, calculadores" y en una oportunidad más reciente, "Gane quien gane en el PC", la DC no tiene relato alguno que oponerle.

Algunos, como doña Gladys Marín (Q. E. P. D.) tienen el honor póstumo de que sus nombres estén en una avenida de Santiago. Gracias, también, a un alcalde UDI que fundamentó su decisión: por su "coherencia" (la anterior, de avenida "Pajaritos", por alguna razón personal puede haberle resultado incómoda). Supongo que el término coherencia querrá decir: por su invariable afán de imponer por la fuerza sus razonamientos, con la amenaza, en caso contrario, de ser arrasados por la cola del cometa comunista, compuesta por los vándalos que siempre arrastra la iracundia marxista. Saqueos, incendios, destrozos de mobiliario urbano y robo de la propiedad particular, asaltos y otros excesos. Muchas familias desintegradas son el trasfondo de esos eventuales futuros jóvenes combatientes a veces mezclados con lumpen, porque es difícil separarlos; ambos se potencian y obtienen ventajas, recíprocamente. Seguramente esas familias, si existen, son monoparentales y los muchachos viven generalmente en situación de abandono, la forma de familia que la pobreza y el relativismo de las costumbres impulsado por corrientes progresistas han ido promoviendo en el país.

Es fuerza reconocer, no obstante, que son admirables en la búsqueda permanente y obsesiva de sus propios propósi-

tos y siempre obtienen lo que se proponen y siguen corriendo los cercos. Ahora no solo es execrable todo el Gobierno Militar, sino que, además, por pudor y para no granjearse antipatías, un altísimo representante de la Alianza ignora simplemente al Gobierno de Allende y, en un artículo de opinión, dice: "Hace 21 años la Concertación y la Alianza fueron capaces de superar décadas de profundas divisiones". Mantenernos arbitrariamente presos también ha sido otro recurso para fijar votos que pueden ser elusivos. Somos un puñado de rehenes que nadie se atreve a tocar para no abrir nuevos frentes a la hostilización política permanente y porque el tema ya, definitivamente, tiene solo una sola interpretación: los derechos humanos solo los pueden vulnerar funcionarios del Gobierno (si no existen terroristas, ¿para qué aplicar la ley? Además, "todos los culpables son pequeños grupos muy minoritarios", dice un senador que por veinte años representa a esa circunscripción. No importa que una alta autoridad de Carabineros diga que este fenómeno está presente en la zona hace más de tres años (curioso, coincide con el Gobierno de Bachelet) y que los vándalos son cada vez más numerosos y actúan concertados. Siento infinita admiración por el sufrido Cuerpo de Carabineros de Chile. Acompañarlos a sepultar a sus muertos o ir a verlos gravemente heridos en el hospital institucional no es un paliativo en el respeto al estado de derecho ni una reparación adecuada para tantas familias involucradas.

Volvamos al cauce de esta historia. En el bien fundamentado libro del académico e historiador Sr. Farías, *La muerte del camaleón*, se describen las características de la Democracia Cristiana, que en Chile son diametralmente opuestas a las de sus congéneres europeos. En su nacimiento coqueteó con fascistas y después desarrolló una clara afinidad izquierdizante, perdiendo el rumbo de su acta de nacimiento.

Los desórdenes, muchas veces incentivados políticamente, obligaban (desde siempre) a los gobiernos a recurrir a las Fuerzas Armadas para impedir daños a las personas y a los

bienes, y así fuimos: Comandantes de trenes, jefes de estación, custodios de servicios de utilidad pública, basureros, mediadores e interventores y, en un orden de crecientes responsabilidades, jefes de Zona en Estado de Emergencia y hasta de Sitio. Incluso hubo un Decreto Supremo, el 119, que recuerdo obligaba a las FF. AA. a concurrir a desempeñarse en misiones de orden público, siempre que las fuerzas de Carabineros fueran sobrepasadas. Nuestra sola presencia aquietaba las aguas del tejido social. Rara vez hubo necesidad de actuar coercitivamente. Pero este constante accionar que nos distraía de las labores propiamente institucionales, siempre dejaba una carga de natural animosidad contra los causantes de estas exigencias adicionales. Tardíamente, pero con mucha decisión, los líderes democristianos fueron impulsores fundamentales para la elaboración del acuerdo del Parlamento que puso fin a los mil días de Allende.

ALLENDE Y LA OLAS

Fue creada en agosto de 1967, en La Habana, para coordinar la acción de todos los grupos terroristas. Salvador Allende es nombrado presidente de esta organización por Fidel Castro, colocándolo bajo la dependencia de su jefe de Inteligencia (ver libro *Volver a matar*, de Juan B. Yofré).

En forma natural, se entiende que la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) no fue un seminario, ni una conferencia, ni un simposio, fue, como su nombre lo indica, un ente orgánico, integrado por una directiva piramidal a cuya cabeza se puso a Allende (una de las vicepresidencias recayó en Haydée Santamaría Cuadrado). De él debieron depender, de alguna forma, unidades operacionales con responsabilidades territoriales. En este caso se llamaban movimientos, fuerzas, partidos, frentes o cualquier otro nombre que definiera un grupo orgánico, apropiándose muchas veces en forma ilegítima de nombres de héroes reales de los países en que actuaban, como Manuel Rodríguez, por ejemplo.

Es posible que Allende no ejerciera sobre ellos responsabilidades directas de carácter táctico, dada la complejidad de mandos tan dispersos, actuando en escenarios de selvas y montañas, en muy grandes espacios y con serias limitaciones de comunicación y otras dificultades, pero no puede desestimarse que sí debió realizar actividades con connotación de alta dirección o de conducción estratégica. De otro modo no se explica su designación. Era confiable, dada su ideología y por sus personales vinculaciones con el régimen castrista: su hija Beatriz estaba casada con Luis Fernández de Oña, jefe de la Inteligencia cubana (la postulante a la alcaldía de Ñuñoa en 2012 es hija de este matrimonio). La misión era extender el marxismo hacia el sur del continente. Allende y la cúpula del gobierno castrista, asumían esta responsabilidad, justamente cuando la tiranía era más dura.

Está comprobado que él, personalmente, facilitó el transporte y ocultación de repudiables asesinos extremistas, operando como un brazo protector fuera de nuestras fronteras; luego, había una fluida comunicación entre esos grupos con Allende, como jefe máximo de OLAS. No era, en consecuencia, un ente figurativo, simbólico; en los hechos, sus responsabilidades debieron ser equivalentes a un comandante supremo.

El motor inicial de propagación de la simiente comunista fue, sin duda, la Conferencia Tricontinental de La Habana, u Organización de Solidaridad para los Pueblos de Asia, África y América Latina, en 1966. Esto llevó a Allende a conectarse con lo más granado del izquierdismo mundial. Por eso no es extraño que en el libro *El sari rojo*, de Javier Moro, se relata la enorme preocupación de la señora Indira Gandhi cuando se produjo el Pronunciamiento Militar en Chile, porque coincidió en su país con un período de hambruna, grandes desórdenes sociales, la invasión a Bangladesh y el envío de un portaviones norteamericano a la zona. Allende ganaba así una imagen mundial de un político progresista democrático, lo que después contribuyó al rechazo internacional hacia el régimen de Pinochet. Antes de él, Frei Montalva, que al parecer recibía suculentos subsidios norteamericanos a través de la CIA, ya promovía el desempeño de Chile entre los llamados "No Alineados", pero que sí lo eran.

La India entonces lideraba la organización de Países No Alineados y estaba supeditada ideológicamente la URSS, a la que nosotros, naturalmente, nos habíamos incorporado. Sanjay, hijo menor de la señora Gandhi, desarrollaba políticas de arrasar con la estructura democrática de su inmenso país e imponía programas forzosos de esterilización masiva (tema conocido de Allende). Gandhi fue depuesta democráticamente en forma aplastante solo unos años más tarde, en 1977.

Para interiorizarse un poco más de la personalidad del doctor Allende y su condicionamiento ideológico, es inte-

resante conocer la siguiente parte de una de sus vibrantes piezas de su vigorosa oratoria: "Vine, por primera vez, en enero de 1959 y prácticamente todos los años, hasta 1968, concurrí a Cuba para estar junto a su pueblo y ver cómo se afianzaba su conciencia revolucionaria, cómo los conductores de la revolución y cómo Fidel Castro daban el ejemplo de una voluntad creadora para derrotar al imperialismo y hablar el lenguaje de solidaridad al mundo. Creo que tengo derecho, y me honro al hacerlo, a decir que fui amigo del Comandante Ernesto Che Guevara y guardo un ejemplar de su libro *Guerra de Guerrillas*, que me dedicara fraternalmente. Y con su espíritu amplio me decía allí, con su letra dibujada por la fraternidad. «A Salvador Allende, que por otros medios busca lo mismo. Afectuosamente, Che»".



Enero de 1959, a pocos días del triunfo de la Revolución Cubana

Leamos atentamente otro trozo de su emocionado discurso y tratemos de imaginarnos la sonoridad de sus palabras y la solemnidad del acto. "Aquí en Cuba apareció el hombre, síntesis del pueblo, Fidel Castro. Cuba enseña a

América Latina y al mundo su clara concepción del internacionalismo proletario. Y porque hay una nueva moral, porque hay una nueva conciencia, porque está aquí latiendo la voluntad revolucionaria de un pueblo". Salvador Allende, discurso en la Plaza de la Revolución en La Habana, el 13 de diciembre de 1972, publicado en el Boletín del Comité Central del Partido Socialista, Nº 30, enero de 1973. Fuente: Revista UNOFAR, año 16, Nº 21.

En 1967 se realizó una nueva e importante reunión internacional en La Habana, también bajo la dirección superior de Manuel Piñeiro (*Barbarroja*) y de Fernández de Oña (casado, ya lo dijimos, con Beatriz, su hija más política), este era el jefe del Departamento América del Partido Comunista Cubano. Como tal, concluyó con crear la "Organización Latinoamericana de Solidaridad", cuyo primer presidente (supeditado por consiguiente al funcionario de inteligencia comunista, su suegro), fue el senador chileno Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús Allende Gossens (vaya que colección de nombres tan piadosos para una persona un tanto alejada de altares y beaterías). En el libro *Volver a matar,* de Juan B. Yofré, se señala: "Allende era marxista-leninista, de otro modo no le habrían elegido para ese cargo y su propósito fue siempre transformar al gobierno democrático de Chile en una nueva dictadura del proletariado, trasladando así a nuestro país a la órbita de Moscú. Su rol en este alto cargo no dejaba de tener relieve". No hay duda de que el camarada presidente debió haber tenido bastante trabajo. Algo de esta importante información -al menos sus decretos del nombramiento (si los hubo) deberían figurar en el museo de la expresidenta. No veo razón alguna para que no se difundan tan altos logros revolucionarios y sean desconocidos para la mayor parte de nuestra población. Salvo que este aspecto de su manejo político lo alejaría de su imagen de líder democrático, de acuerdo con los cánones de Occidente, y él jamás quiso proyectar esa impresión.

Brian Crozier, fundador del *London Institute for the Study of Conflict*, dice: "Durante tres años en el poder, Allende se transformó de hecho en un satélite cubano y por lo tanto una adición incipiente al Imperialismo Soviético. Para entonces Chile podía ser francamente descrito como un estado marxista en términos ideológicos y económicos, desde una perspectiva estratégica, se había transformado en una importante base para operaciones subversivas soviéticas y cubanas, para toda América Latina. La KGB soviética estaba reclutando miembros para cursos de entrenamiento en terrorismo, especialistas de Corea del Norte estaban enseñando a miembros jóvenes del Partido Socialista de Allende" (en *The Rise and Fall of de Soviet Empire*, 1999).

Es extremadamente ilustrativo leer con atención lo siguiente. En el XXIII Congreso del Partido Socialista, en La Serena, en 1971, se redacta lo siguiente: "Al establecer su política nacional, el PS debe partir de una realidad objetiva, hoy más vigente que nunca; la revolución chilena entronca indisolublemente con el proceso continental y mundial de la lucha de clases. En su desesperada tarea de hacer frente a la revolución, unifica a las burguesías nacionales y les da un comando centralizado; la respuesta lógica de los revolucionarios debe ser la unidad internacional. En la América Latina debemos oponerle OLAS; al Pentágono y al Departamento de Estado, oponerle una dirección revolucionaria continental". Más adelante subraya: "Para el PS, OLAS es más que una mera institución de solidaridad. Debe convertirse en una dirección de la Revolución Latinoamericana y paso indispensable en el proceso de unidad de los pueblos, meta a la cual nuestro partido tiene la obligación de contribuir" (lo subrayado es mío).

Estos antecedentes es posible que hayan sido conocidos alguna vez en sus afanes de formación política y ellos darían mérito, además, para que la diputada RN –es decir, de la Alianza (¡), como siempre hay explicaciones para todo, se dirá "que una organización partidaria no es un regimiento"

y que las diversas "corrientes de pensamiento" enriquecen el diálogo (no sé por qué no me doy cuenta de eso), aunque parezca que sí existe un cierto hermafroditismo o hibridismo político– Karla Rubilar, ex presidenta de la Comisión de Derechos Humanos de la Cámara de Diputados y declaradamente hostil a los militares, propone un nuevo homenaje a Allende, por su desempeño destacado al mando de tan loable organismo ("de desintegración americana").

Queridos muchachos: al depositar sus votos exijan al menos coherencia a sus candidatos; de otro modo, no beneficiarán al país y seguirán aumentando los vicios que desacreditan la noble acción de la política. ¡Cuidado!, la original iniciativa fue apoyada por ocho diputados de su mismo partido… ¡de derecha!

Regresemos a nuestro tema y veamos el amplísimo escenario donde le habría cabido el más alto rol de coordinación hemisférica al doctor Allende, en OLAS, de no ser por el bochornoso y casi ridículo fracaso del *Che* Guevara en Ñancahuazú, a manos de las tropas bolivianas. En todo caso, sus "medios" probablemente financiaron, dirigieron e instruyeron numerosos movimientos subversivos que operaron a lo largo y ancho del continente, sembrando en todas partes el terror. Cabe citar a algunos de estos grupos de extremistas, arropados en ideologías castrocomunistas:

En Guatemala:

Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre.

Fuerzas Armadas Rebeldes.

En Venezuela:

Fuerzas Armadas de Liberación Nacional.

Ejército de Liberación Nacional, con el sacerdote Camilo Torres.

En Colombia:

Fuerzas Armadas de Liberación Nacional.

Ejército de Liberación Nacional.

Movimiento 19 de Abril.

En Nicaragua:

Frente Sandinista de Liberación Nacional. Inicialmente nació como un movimiento independiente en respuesta a la intolerable dictadura somocista multigeneracional de más de cuarenta años. Paulatinamente fue apoyada por el general Torrijos de Panamá y después contaminada por Cuba, extendiendo su influencia a organizaciones subversivas salvadoreñas.

Los resultados no menores de la corta pero violenta guerra civil de 1979 fueron alrededor de 35.000 muertos, 100.000 heridos y mutilados y más de 1.000.000 de personas desplazadas en ese pequeño país. Vale la pena recordar estas cifras y extrapolarlas a lo que pudo ocurrir en Chile.

En El Salvador:

Frente Farabundo Martí.

En el Perú:

Movimiento Revolucionario Tupac Amaru.

Sendero Luminoso.

En el Brasil:

Movimiento Marighella.

En la República Oriental del Uruguay:

Tupamaros, que era un movimiento subversivo diferente, independiente del control cubano, formado básicamente por profesionales y estudiantes que después derivaron a la acción política ocupando altos cargos, incluso la presidencia de la República, como ahora mismo. Actuaron siempre, y lo han seguido haciendo, fieles a sus principios y no buscando el enriquecimiento, por lo que muchos son muy apreciados por sus compatriotas.

Practicaron con gran eficiencia y depuradas técnicas el secuestro extorsivo de personas.

En Argentina:

Montoneros.

El Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT).

Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

<u>Organismos subversivos que operaron en nuestro país</u>:

Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Fue fundado en 1995 por sectores del trotskismo a partir de dos pequeñas organizaciones revolucionarias: la Vanguardia Revolucionaria Marxista y el Partido Socialista Popular, teniendo como objetivos: La nacionalización de las empresas y bancos; desconocimiento de la deuda externa; revolución agraria; construcción de un sistema socialista. Entre los años 1969 y 1970 realizó la mayor parte de sus hechos criminales. Hernán Aguiló integró la poderosa comisión política, es decir, estaba en el cerebro de este organismo criminal (actualmente creo que esta organización criminal está definida como Empresa....) (¡). José Goñi, ex ministro de Defensa Nacional fue, según entiendo, asesòr económico de dicho organismo.

En el suplemento de *La Tercera* del 29 de octubre de 2011, con el título de "Andrés Pascal Allende: Gaddafi envió armas al MIR", se lee: "Brindó su apoyo entre 1977 y 1980". Sigue Pascal: "Habíamos organizado un encuentro de la izquierda chilena en Bengasi, al que asistió la Tencha Allende; José Miguel Insulsa, Luis Maira, Benjamín Teplizki (¡), en fin todos los dirigentes de Chile-Democrático; nosotros no hablamos solo de armas y dinero, yo le pedí montar la Operación Retorno".

¿Recuerdan ustedes la revitalización subversiva que hubo a partir de esos años? Ahí está la explicación. Pero esto, que forma parte del contexto en que se vivía, naturalmente, no

figura en los procesos. Sigue el entrevistado: "Libia fue un apoyo importante, pero el respaldo fundamental siempre fue el de Cuba". El periodista pregunta: ¿Hubo otros cargamentos de armas?, Según el Embajador (¡) Marcelo Calfuquir, Gaddafi envió cuatro aviones cargados con armas a los grupos guerrilleros latinoamericanos. "Desconozco esa información, pero el grueso de armamento venía de Cuba. Nosotros formamos fundamentalmente gente en Cuba. También tuvimos un curso de estrategia político-militar en Vietnam". ¿Cuánta gente alcanzó a formar militarmente en Cuba, Libia, Vietnam y Corea del Norte? Respuesta: Aproximadamente a mil personas". ¡Caramba, caramba, y a ellos se les perseguía solo por sus ideas!... En el diario *La Tercera* del 7 de diciembre de 2012, un destacado comentarista político escribe: "Pactando con el PC". Dice: "El PC ha demostrado que cree en las reglas del juego democrático y las respeta". ¿A qué país puede referirse?

Comentarios: Ya están el Museo de la Memoria y decenas de memoriales, estatuas, que recuerdan a los héroes de la resistencia al Gobierno Militar. Ya se han dictado cantidad de leyes de reparaciones económicas y se han implementado formas -truchas- de pagos para la clientela política. Ya se han escrito miles de libros, obras de teatro, telenovelas, opúsculos de propaganda, diarios y pasquines, denostando a los milicos y exaltando el recuerdo del panteón marxista. Ya se logró borrar la historia verdadera de lo ocurrido -con la vergonzosa complicidad de los muchos que, por debilidad u oportunismo, se prestaron para ello-. Ya está en pleno funcionamiento un sistema judicial que facilita llevar estas causas de características especiales.

Pero hay más. Sigue: "También mandamos un pequeño grupo de compañeros a Corea del Norte, para que aprendieran tácticas de guerra en condiciones extremas, bajo nieve y frío. Nuestro plan de lucha y resistencia en Chile contemplaba disponer de zonas de repliegue para constituir una fuerza de combate permanente en las zonas cordilleranas de Nel-

tume y Nahuelbuta, donde en el invierno hace mucho frío" (¿tienen estos nombres algún significado para alguien?). En esa operación, Fidel Castro fue muy importante para que los coreanos nos recibieran…". Si se leen detenidamente sus descaradas declaraciones, se verá cómo el itinerario de sus viajes en busca de dinero, armas, adiestramiento de "sus cuadros" (recuerdo que Camila ha mencionado esta palabra y, por cierto, se refería a unidades), se superponen cronológica y territorialmente con los procesos por derechos humanos en pleno desarrollo (acción y reacción en perpetuo enlazamiento), dando así probados fundamentos para la tesis de don Gonzalo Vial Correa (Q. E. P. D.) en el sentido de que "siempre el abuso de los derechos humanos se origina por la presencia inicial de la subversión y el terrorismo"; luego, ambos deben ser castigados de la misma manera. ¿Es esta la justicia que aplican nuestros tribunales, la que promueve el Gobierno y que nuestras altas autoridades militares aceptan impasibles en que se ejerza con todas las distorsiones que se han podido imaginar, marginándonos como si fuéramos apestados?, ayudando a escribir así la leyenda negra del Gobierno Militar.

¿Sucedió eso en Chile? Que nadie se equivoque, a "Los Soldados del 73" nos tocó enfrentar una verdadera guerra contra enemigos adoctrinados ideológica y militarmente. Y, al mismo tiempo, recuperar al país de la condición desmedrada en que este se encontraba como producto del Gobierno marxista-leninista de Allende. Por si esto fuera poco, también nos preparamos para enfrentar, contemporáneamente, dos conflictos internacionales que eran casi inevitables. Creo que más que castigos unilaterales prolongados ad infinítum, muchos de los cuales atentan contra el sentido común, más bien merecemos algo de reconocimiento. Al menos de parte de los que también formaban filas con nosotros y participaron de nuestros afanes aunque quizás en otras jerarquías, pero no exentas de responsabilidades, y que ahora rasgan vestiduras y parecen sorprendidos de tantas iniquidades. Entiendo los límites de sus funciones,

pero nada debería haber aconsejado, nunca, hacer declaraciones disonantes o dirigir maniobras turbias, intrigantes, maquiavélicas, ajenas al talante de nuestras instituciones.

Ellos, los otros, ya han logrado zafarse del estigma que puede significar que se les llame terroristas, para convertirse en héroes románicos de salvadores de la Patria y muchos de ellos han logrado insertarse en el circuito dorado de altos funcionarios de organismos internacionales, ocupan cargos en el Poder Legislativo para socavarlo desde adentro o siguen enquistados en la administración pública para frenar los planes del actual Gobierno. Ahora, porque están impunes y siempre lo estuvieron, sacan a la publicidad sus fechorías. Estos eran los perseguidos "solo por sus ideas". En comparación con ellos, Kafka fue un enano carente de imaginación. *Viajen, si pueden, a Cuba y deténganse en La Habana antes de ir a sus playas maravillosas. Es un museo viviente de la miopía marxista, paraíso a donde ellos nos querían llevar.*

Como "para verdades, el tiempo", en una o dos generaciones más, el actual "primor comunista" contará a sus descendientes, con orgullo, cómo ella, su tata Guillermo y su tío Lautaro, pusieron casi de rodillas al Gobierno de Chile, llevando a la saga a un grupo imponente de rectores que no podían advertir los riesgos de su participación, con el simple método de dar facilidades a los vándalos para asolar a sus más hermosas ciudades y faltar gravemente el respeto a uno de los pilares de la República exigiendo condiciones imposibles.

Preocúpense desde ahora, muchachos, porque ese será el futuro de ustedes y de sus hijos. Camila, por su parte, "Insta a evitar políticas de consenso entre el Gobierno y la oposición", dicho esto en la Catedral Republicana. Calibren su dogmatismo ideológico. El tata Tellier, en La Tercera *del 9 de noviembre de 2011, al parecer tuvo que moderarla para no poner tan en evidencia el singular punto de vista partidista. Mientras, el señor rector se ríe, quizás anticipadamente, del resultado económico de las marchas, que él calificó de "puras ventajas".*

Fin de los comentarios, sigue la enumeración:

Frente Patriótico Manuel Rodríguez, creado por el comunista Luis Corvalán L., héroe de la Unión Soviética recientemente fallecido, a quien en estos días se le rinde un sinnúmero de homenajes.

Estructuras militares del PS y del PC, Brigadas Elmo Catalán y Ramona Parra, respectivamente.

Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP).

Grupo Granma.

Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Ejército de Liberación Nacional.

Partido Comunista Revolucionario.

Partido Comunista Bandera Roja.

Frente Anarquista Insurreccional.

Vanguardia Armada Insurreccional.

Septiembre Rojo.

Nota: En 2003, Libertad y Desarrollo y la Universidad *Finis Terrae* publicaron el libro *DEL DISCURSO A LA ACCIÓN*, en que se constata que entre el 4 de noviembre de 1958 y el 10 de noviembre de 1973 se produjeron 1.175 hechos de violencia en Chile, entre: tomas, agresiones, enfrentamientos, allanamientos, asaltos asesinatos y secuestros.

Las últimas organizaciones nombradas tuvieron una existencia efímera; sus integrantes, después de una o más operaciones, se incorporaron a grupos más grandes. Sin duda, el MIR era la organización más importante; se estima que agrupaba a más de 3.000 combatientes. Aglutinó a la Federación Juvenil Socialista, comandada por Miguel Enríquez, y fracciones de las Juventudes Socialistas a cargo de Luciano Cruz.

Una fracción campesina del MIR era la que comandó José Gregorio Liendo Vera (el *Comandante Pepe*) que aso-

ló las haciendas Paimún, Carranco y otras localidades en la zona cordillerana de Valdivia, cuando Allende sostenía que en Chile no habían milicias populares. Recordemos nuevamente que el general Mario Sepúlveda S., director de Inteligencia del Ejército, en un reconocimiento personal a la zona –con poncho y sombrero de huaso, pero con botas militares– aseguró que "solo se trataba de un cazador de conejos", encubriendo vergonzosa y criminalmente al jefe de un peligroso movimiento subversivo que ya operaba en una extensa zona cordillerana, la que pudo ser la Sierra Maestra de nuestro país.

Se había dado el caso, totalmente irregular, de que entre ciertos escalones superiores (civiles y militares) había clara colusión y, por lo mismo, no eran confiables para la gran mayoría de los subalternos, porque conducían al país a un camino sin retorno. Intereses políticos, impregnados por la ideología marxista-leninista, inhibían la acción de los que tenían por misión, precisamente, velar por el fiel cumplimiento de la Constitución y las leyes de la República. Esta situación era inédita en nuestro continente y quizás en el mundo entero. Y el país parecía, así, encaminarse a una guerra civil.

En forma general, en todas partes, a lo largo y ancho de nuestro continente, estas organizaciones eran formaciones de guerrillas urbanas o rurales o bien grupos terroristas que a menudo actuaban en ciudades, selvas o montañas, según sea el caso, asaltando retenes, quemando poblados y sembradíos, matando a hombres, mujeres y niños para sembrar el terror, destruir fuentes de producción económica, interrumpir las comunicaciones, provocar accidentes, en algunos casos raptar niños para incorporarlos a sus fuerzas, obligándolos a compartir sufrimientos y privaciones, si no obsérvese lo que ocurre con las FARC, organización que durante el Gobierno de la señora Bachelet empezó a afincarse en nuestro suelo, contaminando peligrosamente la causa mapuche.

Su forma de actuar era siempre por sorpresa, amparados por las sombras de la noche por medio de sangrientas

emboscadas; adecuándose a la geografía del lugar donde operaban, con un alto grado de brutalidad y cobardía, llegando incluso a matar a sus compañeros heridos para evitar delaciones. Tuvieron éxitos rotundos en muchos casos y en algunas partes llegaron a establecer territorios liberados; según la doctrina marxista, basta un 30% de acción armada y un 70% de propaganda.

Todas estas agrupaciones eran jerarquizadas, tenían comandantes que estaban dotados de poderes omnímodos, ayudantes, compañeros(as), que cumplían una amplia gama de obligaciones, además de ser combatientes, ayudistas, parejas, economistas para administrar las finanzas y blanquear los dineros productos de asaltos o expropiaciones, personas para servicios menores, como choferes, escoltas, cuidadores de casas de seguridad, de almacenes de material de guerra y otros. Todos estaban organizados en células, con un alto nivel de compartimentaje y sigilo. Naturalmente, todos tenían prácticas en el manejo de armas y muchos, además, en explosivos.

Generalmente conscientes de que sus actividades eran ilícitas y en extremo peligrosas, tenían que vivir a salto de mata, con mucha promiscuidad, con nombres de "chapas" y seguramente con algún grado de neurosis y paranoia. Si las mujeres tenían hijos, viviendo en la clandestinidad sus problemas eran mayores. Su situación económica era muy irregular, por lo que a veces pasaban serias penurias. Muchas veces tenían que abandonar a sus hijos a su suerte, dejándolos con parientes o personas amigas y contentarse con verlos a hurtadillas. Ellas siempre priorizaban sus compromisos ideológicos por sobre sus obligaciones familiares, las que normalmente quedaban abandonadas a su suerte. Nadie los excluía de la sociedad, eran ellos los que se marginaban imbuidos por la ideología que habían escogido voluntariamente.

El doctor Allende siempre tuvo algún grado de vinculación y afinidad con estos grupos, más allá del solo conoci-

miento de su existencia. De ahí la enorme resistencia que significaba su ascenso al poder. Ya en él, hizo todos los esfuerzos por ocultarlos, apoyarlos y organizarlos en grupos armados para la protección de su régimen.

Cabe preguntarse, entonces: ¿A quién podía salvar don Salvador? Desde luego, no a las personas, no al derecho de propiedad, no a la democracia ni a sus instituciones, no al desarrollo ni al progreso, ni siquiera a los más necesitados. Ellos carecían de todo, estaban sumidos en el desvalimiento y el abandono. ¿A quién, entonces? A nadie, con el "hombre nuevo" había que construir la patria nueva de acuerdo con los cánones marxistas. Mientras tanto, con una inflación nunca vista en Chile (de 300%), con escasez de elementos esenciales, con falta de atención médica mínima, con campos yermos agotándose por falta de cultivos, con existencias de cereales suficientes para unos pocos días más, el país languidecía, postrado como moribundo. Mientras tanto, en círculos allegados al poder circulaban, sin restricciones, exquisiteces sibaríticas. Muchos de sus integrantes ahora han blanqueados sus papeles y son respetables hombres y mujeres, varios de ellos muy exitosos, pese a que el pasado de algunos está teñido con acciones violentistas. Pero, por qué escandalizarse tanto, al fin y al cabo eran crímenes políticos; luego, justificables. A algunos se les recuerda como verdaderos héroes populares, porque se opusieron a la dictadura militar, ocultándose que su propósito era para imponer la dictadura popular; pero, mientras la primera fue un duro proceso de restauración, de recuperación de un paciente politraumatizado, ese cuadro reflejaba el estado de dolorosa agonía de nuestro país. Las dictaduras marxistas son más virulentas y tienden a ser crónicas e irreversibles. Basta ver lo que ocurre en Cuba o Corea del Norte, lo que pasó en Camboya con el *Khmer Rouge*, donde los esqueletos se amontonaban por miles, por nombrar algunos. Se sabe que "jóvenes idealistas" nuestros estuvieron en Camboya conociendo los éxitos de Pol-Pot y sus millones de muertos, que, seguramente, no vieron.

Con el paso de los años, y en un ambiente favorable, algunos han tenido la impudicia de reconocer sus responsabilidades criminales jactándose de ellas; como los que mataron a los escoltas de Pinochet, a quienes se les han hecho reconocimientos públicos como a verdaderos héroes en el propio Parlamento de la República. Distinguidos personajes conversos han tenido la valentía de dar a conocer las realidades que vivieron y han ayudado a desentrañar la oscura trama que afrontaron en una etapa de sus vidas. Son pocos, habrá mucho más, pero temen a las represalias de los que siguen anclados al pasado. Cuando leo las declaraciones de los presos cubanos, liberados gracias a los esfuerzos de la Cancillería española, recuerdo la imagen de la expresidenta apurándose para ir a una entrevista con el barbudo tirano, sin tocar para nada, naturalmente, el tema de los derechos humanos y, sinceramente, me da vergüenza. Ella tiene una fijación psicológica, los derechos humanos son violentados solo por gobiernos "fascistas".

En tiempos recientes se han producidos muchos ataques con bombas y sistemáticamente se les atribuye a anarquistas en Chile, algunos de ellos en Argentina. Se les clasifica como exlautaristas, porque es una técnica en los movimientos subversivos recurrir a la metamorfosis para dificultar sus identificaciones, aunque a veces desaparecen para incorporarse generalmente a otros grupos más exitosos. Al parecer, los movimientos estrictamente anarquistas han tenido en el mundo un notable desarrollo. También se inspiran en Gramsci y son hermanos de los comunistas, cargados más hacia la punta.

Como decía antes, es un hecho histórico que el señor Allende, ya como presidente del Senado de la República, normalmente con terno y corbata y siempre con modales refinados, dio la protección de su alta investidura republicana a los más despiadados terroristas argentinos que, a sangre y fuego, escaparon de la cárcel de Rawson, en Argentina, entre los cuales estaban: Mario Roberto "Robi" Santu-

cho, Domingo Menna, Quito, Osatinstki, Gorriarán Merlo, Vaca Narvaja y otros. Porque, al mismo tiempo, oficiaba de agente de viajes de los subversivos. Todos, naturalmente, a través de Chile viajaron a Cuba, en la línea aérea Cubana de Aviación. Todos se habían entrenado como subversivos en instrucción militar, adoctrinamiento político, inteligencia y contrainteligencia en Punto Cero, Guanabo o Pinar del Río, y todos, sin excepción, fueron crueles y cobardes asesinos.

La senadora Isabel Allende (del mismo partido de su padre) dijo, recién: "ningún hecho de sangre, ni civil ni militar, puede recibir un beneficio". Y agregó: "todos aquellos que cometieron actos de lesa humanidad no pueden ser indultados, tenga la edad que tenga y pase lo que pase" (diario *La Nación*, 14 de julio de 2010). Es la misma señora senadora que se beneficia exaltando el recuerdo de su padre con generosas aportaciones del Estado en fundaciones, monumentos (¡frente a La Moneda!) y toda suerte de homenajes a su ilustre progenitor.

Cuando usted, señora senadora, declaró en la prensa (diario *La Tercera*, 23 de abril de 2011) que "El Juez debe fijar el contexto de la confabulación en torno a la muerte de mi padre", quedé sorprendido, no podía creer lo que en el título se decía, pero al leer el texto me di cuenta que era real. Más abajo, usted dice: "el juez debe establecer una verdad oficial sobre el golpe militar" y "todo el contexto del quiebre de 11 de septiembre de 1973". Y es aún más precisa cuando reitera: "mi padre no tomó una decisión porque ese día amaneció deprimido". (...) "¡Por favor! Había un contexto de violencia extrema, una confabulación previa, asociación de gente para llegar al golpe de estado rompiendo el juramento constitucional, todo eso debe quedar establecido, pues es el contexto que rodeó su muerte". Si es eso lo que usted realmente quiere, habría que citar muchas de las referencias que hago en este modesto trabajo. Pero mucho me temo que cuando empiecen a aparecer los antecedentes reales de la verdadera personalidad de su señor padre, es

posible que usted esté arrepentida de haberlo pedido. Pareciera, señora senadora, con todo respeto, que usted ignora que "esa asociación de gente para llegar al golpe de estado" era nada menos que la inmensa mayoría del país, que hizo de ese acto una celebración histórica y como demostración pública se izó la sagrada Bandera Nacional en la mayor parte de los hogares de Chile y de un extremo al otro se cantó *Libre*, de Nino Bravo (...yo soy libre como el sol cuando amanece). ¿Sabe usted, señora senadora, cómo su autor concibió esa hermosa canción? Se lo digo: añorando a un íntimo amigo suyo que murió asesinado por la espalda por tratar de cruzar el fatídico Muro, que la dolida viuda del tirano que lo creó todavía añora junto con la *Stasi*, expresión fatídica de una moderna inquisición laica). Además, se cantaba el Himno Nacional completo, orgullosamente.

"Vuestros nombres, valientes soldados,
que habéis sido de Chile el sostén,
nuestros pechos los llevan grabados,
los sabrán nuestros hijos también"

Debe haber sido terrible cuando él, en los aciagos momentos finales de su vida –su padre–, preguntaba:

–¿Y la gente?, ¿dónde está la gente?

Poupin y Paredes le contestaron que ya no había nada que hacer. Que los cordones industriales estaban neutralizados (diario *La Tercera*, 4 de junio de 2011), es decir, ya había que desechar su patriótica esperanza de que hubiera una Guerra Civil... Pero, ¿y el pueblo?... A quién le podía importar en esas condiciones qué pasaría con el pueblo. Desde luego, no a su padre, a él solo le preocupaba mantenerse en el cargo, a cualquier costo.

Siendo extraño judicializar la historia, parece que en el aspecto puntual de la muerte del expresidente han aparecido, sin duda, contradicciones. El Dr. Guijón dice "que lo vio y

tenía una herida de bala, de sien a sien". Para que ello ocurriera, el arma debió dispararse en posición horizontal, ¡y era un fusil AKA! Tampoco hay coincidencia de dónde estaba el arma, si entre las piernas, horizontal en las rodillas, en una mesa; en fin, ya la investigación determinará eso y, muy especialmente, espero, las causas que provocaron la defenestración violenta de su progenitor, porque se había convertido en algo indispensable para la supervivencia de la Patria.

Pero no es todo, usted ha visto cómo los comunistas, sus compañeros de ruta, en su permanente empeño de "llevar agua a su molino", pasando por sobre la verdad establecida e inconmovibles ante el dolor que sus actos provocan, hacen una maniobra para festinar su empeño de llegar al fondo de la verdad, con todo lo que ello implicaría.

A tanto ha llegado esta campaña de desinformación masiva planificada, con la inagotable fuente de recursos fiscales y generosos aportes de organizaciones progresistas internacionales, que casi no hay lugar en el mundo en que no se rinda tributo a los méritos democráticos al señor Allende, en circunstancias que dista mucho de haber tenido siquiera alguno. Si imaginariamente se pudiera proyectar la obra de sus años de gobierno hasta el término del período que le correspondía, es posible pensar en la oscura e irreversiblemente desmedrada y envilecida situación en que ahora habríamos podido estar. Tenemos un ejemplo vivo: Cuba, el paraíso de Camila y el infierno de sus millones de sus habitantes.

La frase "pase lo que pase", unida a la mención de que "tenga la edad que tenga" (naturalmente, dirigidas a mí), proyectan la impresión de una dureza, yo diría, un poco excesiva, deshumanizada y casi impropia. Por el contrario, las frases "el amor es más fuerte", pronunciada por un santo prestado en la Tierra, aquí, en nuestro propio país, o "el odio nada engendra, solo el amor es fecundo", dicha por otra ilustre personalidad, tienen un significado y una sonoridad a todas luces diferentes. Debería comprenderlo, señora senadora, a lo mejor exagero –casi digo Isabel, per-

dóneme ese atrevimiento, tal vez surgió espontáneamente de tanto verla durante la maravillosa operación del rescate de los mineros, que hasta llegué a pensar que la conocía personalmente-. Ahí estaba siempre, impávida, sin siquiera pestañear. No era seguramente su lucimiento personal lo que usted buscaba. A lo mejor, señora senadora, usted experimentaba verdaderos sentimientos de amor y esperanza; me impresionó porque se mantenía hierática, como atenta observadora en esos tan largos momentos de angustiosa espera. Me extrañó, sí, porque no habían emociones que se reflejaran en gestos; estaba inescrutable dentro de su estoicismo. En fin, confío, en todo caso, que sus deseos más íntimos con respecto a mi modesta persona no sean satisfechos en esta oportunidad. Personalmente, me empeñaré por evitarlo, ya que en ello me irá la vida.

Mi solicitud de indulto se presentó muchos meses antes de que se mencionara el tema públicamente. Fue de iniciativa y fruto de la acción perseverante de algunos valiosos amigos que con gran imaginación discurrieron estrategias, acumularon documentos y establecieron altísimos contactos, con los cuales dieron forma a un extenso expediente con informes de esclarecidas personalidades. El impulso inicial y la orientación señera para este humanitario emprendimiento provino personalmente de monseñor Valech (Q. E. P. D.), a quien nunca tuve oportunidad de conocer personalmente, pero al ser consultado por una de las personas que he citado anteriormente y que es público que mantenía con él una estrecha relación, le dijo que de todas maneras me apoyaría porque él sí sabía quién era yo. Lo extremadamente valioso de este apoyo es por la destacadísima personalidad de monseñor y el alto cargo que desempeñaba nada menos que a cargo de una comisión de Gobierno que se identificó con su propio apellido y que se presentó a la presidenta Bachelet el 10 de junio de 1999. Mucho más tarde se hizo pública la petición de la Iglesia. Un año más o menos estuvo en discusión el tema del indulto humanita-

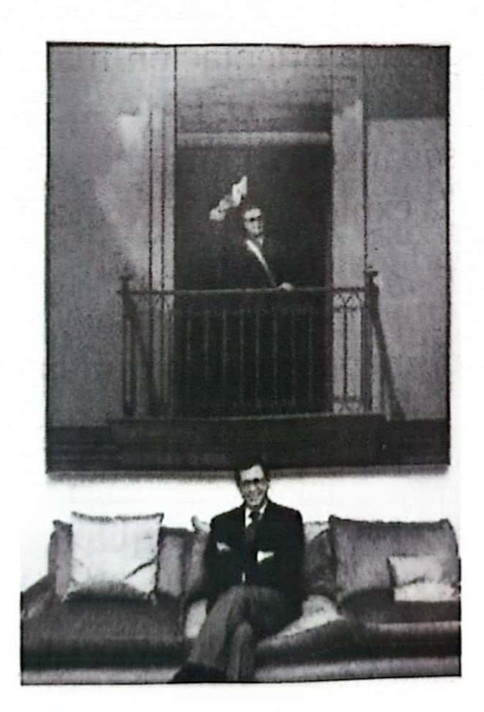
rio, con motivo del Bicentenario. En un almuerzo de Bachelet en La Moneda con el señor cardenal y los obispos, se estableció la conveniencia de no tratar todavía el tema, "para no contaminar las elecciones". Prudentemente, la Iglesia lo retiró; nada aconsejaba defender en ese momento a unos cuantos militares con el vigor con que se defendió, alguna vez, a los terroristas de izquierda. La solicitud personal mía corría por cuerdas separadas, con todas las formalidades necesarias. Además, en él se insistía en los argumentos que probaban mi inocencia en los delitos que se me habían imputado. Tal como se ha publicado en la prensa, se me aseguró que, estando tan cercanas las festividades patrias, se cursaría antes de las fiestas de fin de año de 2009.

Entre la primera y segunda vuelta, el tema del indulto general (desgraciadamente, pero era obvio, el mío se incorporó como un afluente secundario al gran río principal) servía para clavarle banderillas a Piñera, tratando de forzarlo a una definición, para dejarle flancos descubiertos. El diario *La Nación*, de declarada orientación marxista, y el ariete de las afables damas de la A. F. D. D. (Asociación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos) impidieron cualquier solución humanitaria. Era la explotación del éxito de una campaña de desprestigio iniciada hacía veinte años y cultivada a través de los años con admirable persistencia y sin que nunca antes se oyeran voces discrepantes. Pasaron las festividades de la Pascua y el Año Nuevo de 2009. No había resolución en el caso mío, porque era una gota de agua del caudal principal.

En una oportunidad, por iniciativa del candidato Piñera, se juntaron en el Círculo Español una inmensa cantidad de oficiales en retiro y familiares. Motu proprio, él expresó que solucionaría este problema (es decir, habría indultos). En mi caso, ya saben, en un documento elaborado el mismo día en que asumió el nuevo Gobierno y que fue firmado por el ministro Bulnes, sin tiempo para informarse, ni siquiera hojear el voluminoso expediente, solo lo negó.

El epílogo del caso general también ya se conoce. El presidente Piñera, en una declaración pública, sacó el tema de la discusión, en un golpe enérgico de autoridad, seguramente propio de su condición de empresario, que en algunos casos se refleja como posición de poder inobjetable. "No habrá indultos para casos de DDHH". Ya no convenía a intereses políticos. Hinzpeter aclaró la decisión diciendo que el indulto no corresponde para ningún caso de derechos humanos, sean o no de lesa humanidad.

Buscando una explicación a esta determinación del ministro del Interior, que en forma tan categórica servía la intención del presidente, me encontré con la siguiente fotografía, que muestra a dos importantes personajes (uno arriba y otro abajo) y que fue ampliamente publicitada y, por lo mismo, se ha repetido con otras personas en el tiempo. Al serle comentada la primera vez, al de abajo, por supuesto, dio como respuesta una enigmática frase: "Es la historia…".



Una desafiante sonrisa ilumina su cara.

Escarbando un poco, para mi sorpresa, encontré que se reunían en ella dos hechos, igualmente históricos, pero absolutamente contrapuestos y que relacionan a los dos personajes que ilustran este singular documento gráfico:

El primero, en tiempos de la juventud del personaje de arriba, en sus *Memorias* de 1933, para ser más exacto, "el doctor promovía un gravísimo antisemitismo". Su título era: *Higiene Mental y Delincuencia* (ambos, a no dudar, estaban obsesionados por la delincuencia, pero de modo diferente). Veamos: El mismo, el de arriba en este caso, con la misión que le había dado Fidel Castro, de hacerse cargo de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, OLAS, la mayor organización subversiva del continente, debiendo seguramente equiparla, coordinarla y dirigirla a nivel internacional. Como presidente del Senado de la República, llegó hasta a involucrarse, encargándose de recibir personalmente y proteger a delincuentes subversivos extranjeros, escamoteándolos de la justicia ante el peligro de ser arrestados, como ocurrió concretamente con los fugados de la aventura del *Che* Guevara en Ñancahuazú (Bolivia) y de los asesinos extremistas de la cárcel de Rawson (Argentina).

Además, al hacerse cargo del Gobierno, ya como presidente de la República, fuera de indultar a todos los extremistas en nuestro país y tratar de "jóvenes idealistas" a experimentados criminales subversivos, facilitó su accionar tanto en las ciudades como en los campos, lo que les permitió provocar toda clase de tropelías. Esto llevó a los otros poderes del Estado a la histórica e increíble decisión de establecer que su Gobierno había caído en la ilegitimidad de hecho y forzó así a las Fuerzas Armadas a asumir el gobierno del país; de ahí el 11 de Septiembre de 1973. Pero hay más, Allende dijo entonces, en la memoria que cito y que da vergüenza repetir, que "los judíos presentaban una tendencia a la delincuencia, en particular: la estafa, la falsedad, la calumnia y, la usura" (Gonzalo Rojas, miércoles 2 de febrero de 2011, revista UNOFAR). No cabe duda de que

esta frase exhuma una concepción fascista y pretende caricaturizar a una raza ejemplar en forma inaceptable, como el propio ministro lo hizo notar, por cierto, con justificado malestar, cuando un destacado imitador lo usó para caricaturizarlo en una de sus rutinas.

El segundo, el de abajo, por cierto su devoto admirador, a pesar de las convicciones racistas del de arriba, como ya se verá, no bien llegó al gobierno declaró enfáticamente la guerra total a toda clase de delincuencia y aseguraba, sin una pizca de modestia, la victoria total. Pero al poco tiempo, uno de los grupos más recalcitrantes que actúan fuera de la ley y que reciben instrucción especializada, armas y equipos y viajan por el mundo proclamando sus exigencias en contra del Estado chileno, minorías mapuches, empezaron a ser tratados con guante blanco, se les adecuó las leyes existentes, "porque no se podía presumir, a priori, que fueran terroristas". Esa actitud condescendiente les permite ahora comportarse en forma cada vez más agresiva y aumentar sus exigencias. Cabe preguntarse: Si existe el estado de derecho en "toda" la república, ¿cuál es el costo que esto significa en lo económico y para la imagen del país?

Los índices de la otra delincuencia, la común, la que ocupa todos los días la mayor parte de los noticieros de la TV, no disminuyen, lamentablemente, sino que aumentan, y no solo eso. Para qué decir lo que pasa en el estudiantado en manos de dirigentes marxistas; las exigencias que no representaron en veinte años de gobiernos concertacionistas ahora movilizan turbas que actúan sincronizadas bajo estrictas directivas, sorprendiendo a las fuerzas policiales, que cada vez están más inhibidas de responder y más sobrepasadas en su accionar.

En veinte años de gobiernos de la Concertación no solo lograron que se perdiera todo el respeto a la autoridad, sino que, además, debilitaron medidas de contención que permitían la defensa jurídica del Estado. Cada día aumenta la

vandalización y la violencia y da la impresión de que el país se vuelve ingobernable. Los parlamentarios de esos grupos y grupúsculos apoyan la sistemática destrucción del país para demostrar que, aunque agónica, la Concertación existe. Y los marxistas siguen manipulando desde el interior de todos los organismos del poder, situándose a la cabeza de sus decisiones, pese a que son minoría.

Volviendo al tema de la fotografía, entiendo que algunos familiares directos del ministro, con gran influencia en su niñez y adolescencia, participaron en cargos de responsabilidad durante el Gobierno de Allende, por lo que posteriormente estuvieron detenidos en difíciles condiciones y en diferentes instalaciones creadas para este efecto en el Gobierno Militar. Después, algunos de ellos fueron exiliados, todo lo cual debe haberle fijado necesariamente dolorosos recuerdos e imágenes psicológicas que, seguramente, le influyen para que no pueda proceder con un equilibrado sentido de justicia, responsabilidad inherente a cualquier autoridad, especialmente a él, dado su alto cargo. ¿Serán estas relaciones familiares las que marcan las ideas centrales de la nueva derecha? Además de los necesarios equilibrios políticos que impiden cometer errores.

Pero si ya es difícil comprender este inextricable acertijo de ideologías, razas, autoridades temporales, olvidados ya al parecer los ideales de unidad nacional, superados por la constante, incontrarrestable y mimética presión de marxistas renovados, que siempre son minoría, pero que a pesar de ello nadie se atreve a nombrar por su capacidad de empleo inmediato del garrote del "poder popular". Citemos un dato más, casi anecdótico, que vincula estos hechos actuales con circunstancias propias de la Guerra Fría, que hemos incluido como fundamento de este trabajo –agrego a la inspirada frase del iluminado gobernante al decir "NO HAY PASADO SIN AYER Y JAMÁS SIN ANTEAYER"–. Me refiero, por supuesto, al omnipresente artífice del Transantiago, de la revitalización ferrocarrilera, de puentes que duraron hasta la

ceremonia de inauguración y de tantos otros proyectos que daban la impresión de que avanzábamos, pero en realidad no, más bien en muchos aspectos retrocedíamos, imitando a los curiosos movimientos de Michael Jackson.

Durante el Gobierno de Allende se pidió la extradición a Chile de uno de los más brutales asesinos nazis, Walter Rauff, responsable de la muerte de miles de judíos, quien estaba radicado en Punta Arenas, donde trabajaba en una pesquera. Este se negó a concederla a petición expresa, según entiendo, del general Prats, porque tenía un hijo en la Escuela Militar y él habría sido su apoderado. ¿Sabrá esto el señor ministro Hinzpeter?

Su excolega Felipe Bulnes, de Justicia, para no quedarse atrás, dijo en el diario *La Segunda* del 27 de julio de 2010: "Ni aunque esté moribunda una persona condenada por crímenes contra los derechos humanos podrá ser indultada". Decididamente, el ministro (empleando yo ahora una expresión aprendida muchos años atrás, como integrante del Club de "Los Hijos de Chiloé) "le mató el punto" a la señora senadora, con lo cual ella quedó segunda en el concurso de frases humanitarias para el bronce. Tomo nota y me doy por informado oficialmente.

Si esta actitud suya se puede derivar de que atribuye alguna responsabilidad al Gobierno Militar en el injusto vejamen que recibió en el Perú la altísima figura de su abuelo, don Francisco Bulnes Sanfuentes, a quien tuve el honor de conocer, si es así, estaría equivocado. Influyeron principalmente otros factores, incluso derivados de la propia personalidad del Sr. Bulnes, que no se avenía con las de los componentes del alto mando del Ejército del Perú de entonces, algunos muy influidos aún por Velasco Alvarado. Más adelante me referiré a este caso. Pienso sin más, que no podría llamarse Felipe el "Misericordioso", porque sus palabras han sido, inadecuadas, inusualmente duras y, en mi caso, injustas, proviniendo de un ministro de Justicia.

No obstante, dejo constancia una vez más de mi reclamo. Jamás cometí crimen alguno. Sí evité, en cambio, que se cometieran muchos otros. Cabe hacer algunas reflexiones sobre este desenlace: El resultado era previsible. Los políticos siempre están haciendo análisis de costo-beneficio. Qué importa sacrificar a unos pocos milicos, ya viejos, si se logra detener a la insidiosa columna blindada de aguerridas damas de negro y a una opinión pública permanentemente acondicionada para sensibilizarse de una manera determinada por la incesante campaña progresista. Debemos reconocer que las instituciones armadas se han vuelto irrelevantes en el quehacer nacional.

La señora Clara Szczaranski merece una mención especial por sus conocimientos, experiencias y lucidez con que ha expresado sus opiniones. La mayoría de los políticos de la Alianza –salvo escasísimas excepciones cuyos nombres nos debían merecer mucha gratitud y respeto– han optado durante todos estos años en hacer declaraciones ambiguas, en marginarse y mirar para el lado o, peor aún, resaltando solo la inconveniencia de no aprobar la proposición de la Iglesia, para no aparecer como un "debilitamiento". Solo se ha visto siempre una cara de la moneda. Lamentablemente, no fuimos los únicos perdedores. Proporcionalmente, estimo que más perdieron la Iglesia Católica y todos los credos religiosos. En forma tajante, el ministro Hinzpeter le desconoció derechos que le son inalienables e históricos. Ojalá haya habido motivaciones solo políticas y no religiosas. El presidente resolvió… bueno, ya se sabe… Es lamentable lo sucedido con la Iglesia, porque este rechazo se suma a tantos y tan graves problemas por los que atraviesa. Al debilitarse la Iglesia pierde el país. Desde alguna parte, Antonio Gramsci debe sonreírse con ironía y complacencia. Sus herederos ideológicos han ido alcanzando y superando las metas que él trazara.

Volvamos al camino después de estos comentarios de indultos fallidos, nonatos, en el libro *La muerte del camaleón,*

del profesor Víctor Farías, ya citado. En notas al pie de página se lee: "La Ministra de Salud autorizó en el año 2000 la esterilización involuntaria a todos los hospitales del país, por decisión de terceros, no identificados, en la disposición ministerial, de los enfermos mentales". Y sigue el libro de Víctor Farías: "La Memoria de Allende fue: «Antisemitismo y Eutanasia»". Así en Chile se sigue esterilizando enfermos mentales, no se conocen aún cifras exactas. Me cuesta explicarme que con este tema pueda servir de fondo para fotografías oficiales. La verdad es que hay muchas cosas que ahora cuesta entender.

En el diario *La Nación* del 27 de enero de 2010, bajo el título "Bachelet, rechaza la amnistía y Punto Final en casos de DDHH", se da cuenta de una ceremonia en la Escuela de Salud de la Universidad de Chile, que ahora pasó a llamarse "Salvador Allende", lo que resulta al menos paradojal para una Escuela de Salud Pública adoptar su nombre, considerando el título de su tesis de grado.

Algo más sobre la multifacética personalidad del doctor Allende. En el libro *Terapia para cerebros lavados*, de Hermógenes Pérez de Arce, cita un libro de Román Alegría: *Entre dos generales:* "Llegó Salvador Allende en medio de su ventolera de GAPS y Fiat-125 y le dijo a Sainte Marie: «conmigo no vas a hacer lo que has hecho con Ibáñez y con Frei: te hago matar, culpo al imperialismo, te declaro héroe nacional, te rindo honores de general en el cementerio y hablo en tus funerales, ya lo sabes»". Asombroso, todo un programa que sugiere una clarísima advertencia y sintetizado magistralmente. Por su contenido, parece más la frase de un personaje de Mario Puzo -autor de *El padrino*- que la de un primer mandatario.

En el libro *Volver a matar*, de Yofré, ya mencionado, se lee: "El Gobierno de Allende fue la segunda revolución más importante en América Latina, después de la cubana". Cómo no, si era la hija predilecta de tan ilustre progenitora.

Y Perón, en entrevista al diario *Il Giornali d´Italia, expresó:* "Los responsables de los acontecimientos en Chile fueron los guerrilleros y no los militares".

Patricio Aylwin, presidente de la Democracia Cristiana, entonces dijo: "Nosotros tenemos el convencimiento de que la llamada vía chilena de construcción del socialismo, que empujó y enarboló como bandera la Unidad Popular, y que exhibió mucho en el extranjero, estaba rotundamente fracasada y eso lo sabían los militantes de la Unidad Popular y lo sabía Allende. Y por eso ellos se aprestaban, a través de la organización de milicias armadas, muy fuertemente equipadas que constituían un verdadero ejército paralelo, para dar un autogolpe y asumir, por la violencia, la totalidad del poder. En esas circunstancias, pensamos que la acción de las Fuerzas Armadas simplemente se anticipó a ese riesgo, para salvar al país de una guerra civil o de una tiranía comunista". Ni en el *Cirque du Soleil* es posible apreciar volteretas similares. Para qué decir nada de la famosa carta de Frei a Mariano Rumor. Es otra potente prueba del apoyo democristiano al Pronunciamiento Militar y que ahora, por oportunismo político, se desconoce.

Durante el Gobierno de Aylwin fueron indultados 228 condenados por delitos terroristas. No debemos extrañarnos mucho, hay registros históricos de otras expresiones que grafican las ambigüedades democratacristianas. En el libro *El día que ardió La Moneda,* de Emilio de la Cruz Hermosilla, se lee: "En su edición del 10 de octubre de 1973, del diario madrileño ABC publicaba una entrevista sostenida por su enviado especial a Chile, don Luis Calvo, con el ex Presidente de dicho país don Eduardo Frei Montalva, hoy desaparecido. El Sr. Frei manifestaba textualmente: "¿Porqué se ha mentido al mundo? ¿Por qué en Europa, donde Salvador Allende no era conocido y donde no están al corriente de nuestros dramas, que son numerosos, han idealizado a un hombre tan frívolo, y más frívolo políticamente que moralmente, como era Allende?" (hay que concordar

con él en el acierto de su descripción: era fútil, ligero, pueril, superficial y anodino). Más adelante, el que fue líder de la Democracia Cristiana, añadía: "Los europeos están enceguecidos por la gran mentira de la experiencia de la democracia hacia el comunismo, lo cual no es posible. Es una contradicción en los términos mismos. Es una antinomia".

Para que ustedes puedan apreciar los misterios insondables que se anidan en la mente de algunos de ellos y por eso son tan imprevisibles, a excepción, claro, de los comunistas. La votación en el Senado que oficializó la elección de Allende fue de 153 votos a favor de él, 35 a favor del señor Alessandri y 7 en blanco. Gracias a un pacto secreto entre Tomic–DC y Allende, todos los votos del primero se sumaron al segundo. Pero esto no es todo.

El más brillante ministro del presidente Eduardo Frei Montalva fue, sin duda, el del Interior, don Edmundo Pérez Z., esforzado hombre de negocios que desde un humilde origen, gracias a sus esfuerzos, se había formado una sólida posición económica y crió una familia ejemplar, entre otros su hijo Edmundo Pérez Yoma. Miembros de un grupo extremista, la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP), dependiente del Partido Comunista y por consiguiente pilar fundamental del Gobierno marxista, le tendió una emboscada y lo asesinó fríamente, en la calle Carlos Antúnez. Pues bien, el hijo de tan enaltecida figura, a pesar de las vinculaciones de los asesinos con el Gobierno de Allende y de que su padre, dramáticamente, muriera en el regazo de su hermana, aceptó ser ministro del Interior de la presidenta Bachelet (otro gobierno de clara inspiración marxista, ideológicamente continuador del ya nombrado y, por consiguiente, tolerante de esos grupos, los que ella misma integró). Supongo que le habrá correspondido presenciar, con gran estoicismo, todos los homenajes que ella le ha rendido, en Chile y en el extranjero, a quien amparó la campaña que culminó con el magnicidio, el asesinato de su padre.

Es una curiosidad de geografía urbana que las dos principales personalidades destacadas por la asunción de Allende al poder fueron asesinadas en un lapso de no más de siete meses de diferencia: el general Schneider, ultimado por un grupo de derecha (seguramente con infiltrados de izquierda) y financiado por la CIA, y don Edmundo Pérez Zujovic, asesinado por la VOP, y ambos tienen merecidos testimonios de recordación histórica a pocas cuadras de distancia. Pero la interrelación no termina aquí. Curiosamente, el hijo ministro bajó el nivel y desacreditó los actos realizados por subversivos. Él mismo prohijó, con gran empeño, iniciativas como la Mesa de Diálogo, que fue integrada, en forma amañada y desbalanceada, por miembros institucionales que no tenían la información necesaria para su desempeño. Los resultados reflejaron la desprolijidad de estos empeños orientados realmente a seguir enjuiciando a militares. Él, ahora, se ha constituido en el artífice de la defensa de la causa Bachelet. Se hace difícil entender la transmutación de valores que genera la política.

El domingo 29 de mayo de 2011, el diario *El Mercurio*, con un título a toda la página, dice: "Relato íntimo de los Pérez Yoma a 40 años de asesinato de su padre". Su hija, la periodista María Angélica Pérez Yoma, recuerda: "ese día 8 de Junio de 1971 (pleno gobierno de Allende), Ronald Rivera, un militante de la Vanguardia Organizada del Pueblo, grupo escindido del MIR, asesinó a su padre, Edmundo Pérez Z., ex Ministro del Interior de Eduardo Frei Montalva, frente a su mirada en calle Hernando de Aguirre". Nada más. Nada que Allende había indultado hacía poco tiempo a este asesino, junto con muchos otros de "sus compañeros". Nada que Allende decretó Zona en Estado de Emergencia para dificultar las investigaciones. Nada que la policía de Investigaciones realizó de inmediato averiguaciones, desde Arica a Santiago (porque estaban dateados), y que todos los participantes en la "operación" fueron "acribillados a balazos", se dijo entonces, para silenciarlos. Nada que el

único sobreviviente, conocedor de la participación del Servicio de Investigaciones en los hechos, fue al cuartel general de este organismo, mató a balazos a varios funcionarios y se suicidó haciendo explotar una carga de explosivos que llevaba en un cinturón. En suma, todos los detalles de este macabro asesinato se han mantenido deliberadamente ajenos al conocimiento público. No ha habido comisiones investigadoras de derechos humanos que se hayan formado para esclarecerlos. Extraño. Lo mismo pasó con el asesinato del comandante Araya, edecán naval del presidente.

Nuestro país era, durante el mandato de Allende, un lugar de tránsito desde y hacia Cuba, tanto de armas como de subversivos. Todo esto era manejado por miembros del Partido Comunista y del Socialista. En la superficie, igual que ahora, al menos el primero de ellos proyecta una beatífica imagen casi democrática. Ahora, no hay despliegue de banderas, ni consignas, ni muchos puños en alto. Pero están ahí, impulsando todas las revueltas, detrás de todas las manifestaciones del "poder popular", que es su reserva estratégica; aparecen Carmona, Aguiló, Tellier o Gutiérrez y, ahora, un juvenil rostro femenino repitiendo frases rotundas pero huecas, sin sustancia, y habla del tirano comunista como con términos románticos; en realidad, usted debió emplear antónimos y se habría quedado corta, Camila. ¿No encuentra que las teorías que usted difunde, con sus retoques gramscianos, ya están fuera de lugar en todo el mundo?

No obstante, Camila y Bachelet, pese a que a veces aparecen en posiciones desencontradas, beben sus tónicos milagrosos de conciencia revolucionaria en las mismas fuentes. ¿Es eso lo que queremos de nuevo para nuestro país? ¿El país necesita de nuevo a Bachelet? Los izquierdistas impregnados de la ideología marxista no evolucionan políticamente, se calcifican, siguen teniendo como referentes a Lenin, Stalin, a los líderes de Corea del Norte y pese a las atrocidades de los gobernantes de Siria contra sus propios ciudadanos: Las marchas ya tienen institucionalizada la violencia; mu-

chos colegios municipales están quebrados o han desaparecido; los mapuches ya usan armamento sofisticado y a los carabineros ya les han quitado todas las posibilidades de imponer el orden y hasta para defenderse: ¡balines de goma contra armas de fuego! Y no se aplica la Ley Antiterrorista. Las fundaciones izquierdistas se han convertido en pingües negocios y el país está saturado de memoriales alusivos a los derechos humanos; muchos prohombres concertacionistas han alcanzado lugares destacados tanto en el país como en el extranjero y ganan sustanciosos sueldos y regalías; ya se ha asegurado que los detenidos-desaparecidos sobrevivirán legalmente por mucho tiempo a sus captores; el Transantiago que usted tuvo "el pálpito de que no debía echarse a andar", pero lo hizo y ya es una dolorosa realidad como hoyo negro para el presupuesto fiscal y el bolsillo de gran parte de la población capitalina y, ¡oh... sorpresa!, el hijo de su creador pone condiciones para financiarlo; y, por último, usted misma ya está en la cima de las mujeres del mundo. ¿Para qué sacrificarse, entonces?

Gramsci no fue misógino, pero no descubrió el enorme potencial político que se puede obtener del género femenino. Unido a juventud, ambición, decisión y liderazgo, se transforma en un arma mortal. El PC misteriosamente consiguió un *exocet* como arma secreta.

La dura campaña desarrollada por ellos y sus compañeros de ruta, para que este Gobierno no vincule a Bachelet con asignaciones monetarias inspiradas ideológicamente, contratos y una enorme operación de potenciamiento de sus fuerzas ideológicas antes de entregar el cargo, lo dejará inerme para cuando ellos vean propicia la oportunidad de atacarlo con todas sus fuerzas y desde distintas direcciones, y lo harán. Que no quepa duda de eso. Siempre preparan y se aprovechan de los movimientos de sus enemigos, como ciertas artes marciales orientales. Alguna justificación encontrarán más adelante, incluso en aspiraciones no satisfechas en sus propios gobiernos, pero que se las cargarán a este como una forma de desacreditarlo.

Durante veinte años, mientras duró la Concertación, sus banderas de lucha fueron el castigo a los "fascistas". Ya lo consiguieron. Ahora volvieron a planteamientos más radicales, imposibles: ¡Educación fiscal gratuita para todos! Los comunistas están ahí, todo el mundo los ve encabezando estas marchas que terminan, siempre, en aterradores actos de vandalismo; pero nadie los culpa, ni los relaciona responsablemente, son innombrables. Nadie los responsabiliza del enorme deterioro para la imagen de nuestro país en el exterior. Como son tradicionales compañeros de ruta con los concertacionistas, ellos cargarán, les guste o no, con la resistencia que generan y más difícil les será volver a agruparse para constituirse en una oposición eficaz. Sin recordar la historia, se autoinocularon, nuevamente, su virus mortal. Y hay tres diputados que gozan de inmunidad, poder y se convertirán en la llave maestra de la Concertación; ellos la liderarán, con su habitual política del "tejo pasado".

Eran otros tiempos, entonces, cuando desde el más alto nivel político, las Fuerzas Armadas y Chile entero veían la intromisión forzada de una cultura con valores opuestos a los propios de nuestra civilización, ajena al alma nacional, de espíritu democrático y republicano, con principios cristianos que valoran la familia como núcleo básico y fundamental.

Con Allende, la institucionalidad del país –a todos nos consta– se caía a pedazos. Hambre, miseria, colas indignantes donde la gente sufría horas de espera, sin siquiera saber lo que ahí se vendía, persecuciones. Medidas abusivas que restringían todo tipo de libertades. Ambiente social tenso, antagonismos que desembocaban en expresiones de odios desatados, hasta involucrar a segmentos que jamás habían participado en acciones callejeras. Por el hartazgo que producía el rechazo al Gobierno de Allende, claramente se había transformado, por sus propias acciones, en ilegítimo. Así lo declararon todos los otros poderes del Estado.

La "Marcha de las cacerolas" fue una expresión de rechazo generalizada, de las clases baja, media y alta, que marcó

un hito y, con el ejemplo de nuestras mujeres, se convirtió en una forma de protesta en otras partes del mundo. Para vergüenza nuestra, hubo hombres, si merecen este nombre, que las atacaron con brutalidad, incluso hiriéndolas al lanzarles a la cara papas con pedazos de hojas de afeitar incrustados. Como para no creer tanta cobardía. No crean que solo iban damas "encopetadas", también engrosaban las columnas mujeres humildes, cansadas de buscar los alimentos más indispensables. Desmintiendo a la senadora Carrera, que dijo que eran solo "viejas ociosas".

Al ver a Chile ahora, gracias a las transformaciones impulsadas por el Gobierno Militar, con sus tremendos adelantos de todo orden, modernas edificaciones, redes viales urbanas y rurales, avances tecnológicos gigantescos, enormes supermercados atiborrados de mercaderías de todas partes del mundo, decenas de modelos de automóviles, más de sesenta universidades privadas con alumnos de distintos continentes, con más de quince millones de teléfonos celulares y tantos otros indicadores del progreso creciente, parece mentira que hace apenas cuarenta años en este mismo país, bajo un régimen marxista-leninista, con una economía planificada, habían colas durante largas horas en las que en lo posible participaban todos los miembros disponibles de la familia: hombres, mujeres, niños, embarazadas y hasta enfermos para comprar cualquier cosa, lo que hubiera, con tal de cubrir las necesidades más urgentes. Ni qué decir lo que era clasificado como suntuario; solo los integrantes de la burocracia tenía acceso a ellos, "los compañeros", según su jerarquía.

El general de la FACh Sr. Bachelet, padre de la exmandataria, fue el creador y operador de estas arbitrarias Juntas de Abastecimiento y Precios (JAP), de inspiración cubana, cómo no, encargadas de recibir y distribuir todo, desde automóviles hasta papel confort, empezando por los correligionarios, naturalmente, que siempre podían adquirir las muy escasas vituallas que había en el mercado. Si hubieran dispuesto de

tiempo y de medios, habrían establecido recintos amurallados para las élites, como en Wandlitz, en la entonces Alemania Oriental, o los que tienen los dignatarios cubanos.

La falta o escasez de medios de subsistencia llegaba al extremo de que parte de la población simplemente pasaba hambre y la mortalidad infantil era enorme, ya que no había alimentos especiales para ellos. Ahora se ven docenas de variedades de harinas para hacer pan; antes, solo una, la harina oscura, integral. Ahora hay negocios del ramo donde se exhiben rozagantes y apetitosas piernas de jamón hasta de pata negra. Antes, todo lo que podía ayudar a quitarle el sabor a afrecho del pan que se vendía era el insípido y desagradable chancho chino enlatado.

Es como para no creer que así era Chile hace no más de cuarenta años. Padres o abuelos lo recordarán: fuera de las grandes ciudades, y no es exageración, había que recurrir al bicarbonato de sodio para usarlo en la higiene bucal o, aunque parezca mentira, a una modesta hierba que crece cerca de las acequias, la limpiaplata. Personalmente, me tocó ver personas en el aeropuerto de Arica embarcarse para regresar a Santiago con la última compra que habían hecho: pan y papel *Confort* en grandes bolsas, que portaban, sin vergüenza, como equipaje de mano. Lo que eran esos tiempos para Chile se refleja ahora como una aberrante reencarnación en lo que se está convirtiendo Venezuela, gobernada hasta hace poco por el más fiel de los mandatarios latinoamericanos a la pesada herencia de su admirado modelo, Allende.

Los jerarcas del régimen, como ahora en Cuba, no tenían esas limitaciones, tenían cuotas especiales, desde la posibilidad de comprar automóviles, lanchas, casas de veraneo y toda clase de artículos suntuarios. Lean a Yoani Sánchez, la valiente bloguera cubana, mundialmente conocida y que Bachelet –la mandataria cercana al pueblo y a sus necesidades, la que teóricamente busca superar las desigualdades, la que si renuncia a su dorada sinecura deberá afrontar

sus responsabilidades por sus enormes falencias como gobernante, sintetizadas en sus incomprensibles confusiones y titubeos del 27-F, cuando más el país necesitaba de un conductor responsable–, para vergüenza nuestra, no quiso contactar en su viaje a la isla, ni tampoco a los moribundos en huelga de hambre por superiores motivos de conciencia, mientras aquí rasgan vestiduras por las mismas causas invocando razones mentirosas. Distinto al trato que recibieron decenas de personajes de la farándula, sobre todo los cultores izquierdistas, los más, desgraciadamente, tanto en Chile como en el exterior. Es obvio que no hay coherencia.

En la época de su admirado antecesor era tan grande la distorsión económica, que se podían adquirir excelentes propiedades por solo US$ 10.000. Durante ese tiempo, numerosos vocablos, dichos y expresiones se hicieron comunes: tarjetas de racionamiento, interventores, tomas, termocéfalos, mayonesos, cordones industriales, expropiaciones (asaltos a bancos), Comités de Unidad Popular (CUP), compañeros(as), "los momios al paredón; las momias al colchón"; poder popular, ¡ni un paso atrás!, decían los que eran llamados "upelientos", y toda clase de exaltación del odio de clases.

Detrás de todo este ambiente creado por incapacidad de gestión o artificialmente para dominar y producir las transformaciones políticas de estos ideólogos del desastre, estaba el doctor Allende, con sus ternos a medida, gustos de sibarita y veleidades mundanas, que pretendía conducir, inexorablemente, al país al oscuro destino de las dictaduras comunistas. La URSS no se prodigó en ayudarlo, precisamente por sus debilidades pequeñoburguesas y porque advirtió, a tiempo, que nunca concitaría un apoyo mayoritario en la población. Esto sí que no debe ocurrir "Nunca más"; el otro fue consecuencia de este, no nació espontáneamente, porque el desenlace a estas demasías condujo inexorablemente el pronunciamiento militar, como lo dijeron Aylwin y todos los poderes del Estado, pero para ello hay que estar atento: las ideas marxistas evolucionan, pero no desaparecen.

El exasesor de Bachelet, abogado y cientista político Sr. Francisco Javier Díaz, en una entrevista en la revista *Qué pasa*, tratando de definir a la izquierda actual, dice: "Porque hay que decirlo claramente, más allá de declaraciones rimbombantes, como el famoso Congreso de Chillán en 1967, y de grupos menores, como el MIR, la izquierda actuó correctamente en el marco de la democracia" (sic). ¡Qué escándalo! "Allende en su momento criticó la invasión de Checoslovaquia, a la vez que en una ocasión escuché decir a Volodia que siempre miró con ojeriza a Stalin. Más allá del ambiente de guerra fría que polarizaba posiciones y más allá de la inflamable pero inconsecuente retórica guevarista, no era infrecuente encontrar en la izquierda esbozos de crítica hacia los socialismos reales, de lo que se deriva el peculiar llamado a construir un rojo amanecer en libertad, con empanadas y vino tinto". Ese texto es una obra maestra de malabarismo literario, dedicado a crear una imagen casi lúdica, de hechos criminales que, en conjunto, conducían al país a la guerra civil, la que, por supuesto, se adelantaban a rechazar para adormecer la capacidad de resistencia. Veamos a qué se refiere: Era hacia los "socialismos reales" donde nos dirigíamos. Ese y no otro, fue el propósito allendista.

Del "rimbombante" Congreso Socialista nacen primero las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), como producto de la desconfianza con el recién elegido secretario general y único auténtico demócrata del PS, don Aniceto Rodríguez. Luego condujo a la formación de la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP) y esta, con el viejo caudillo violentista Ronald Rivera Calderón, entre otros, ya lo vimos, al asesinato del señor ministro Pérez Zujovic. Ni los diarios de gobierno, ni ninguna de sus autoridades, criticaron la cobarde invasión a Checoslovaquia, conocida como la Primavera de Praga, maravillosa ciudad que un ahora muestra en sus viejos, hermosos e imponentes edificios, las cicatrices dejadas por los tanques rusos. Por suerte no dañaron su hermoso e histórico reloj. Sus inermes habitantes

se defendían como podían, hasta con los pequeños y hermosos adoquines de basalto blancos y negros de sus viejas calles que lanzaban a los tanques y que después han tenido que vender a precio vil por toneladas a países occidentales para financiar su desarrollo.

En noviembre de 1967, durante el XXII Congreso Ordinario del Partido Socialista, realizado en Chillán, esta colectividad proclamó la lucha armada para alcanzar el gobierno, menospreciando el camino electoral. Según ellos, era necesario eliminar el aparato burocrático del Estado. No hay nada de, simplemente, "rimbombante"; este planteamiento fue una clara amenaza al estado de derecho.

"Los grupos menores", como el MIR, no eran de ninguna manera "menores"; al revés, ese era el mayor. Estaba compuesto de más de tres mil combatientes, fuertemente armados y entrenados para desarrollar profesionalmente acciones terroristas; y, de hecho, realizaron una enorme cantidad de ellas. Tenía importantes contactos internacionales en todos los continentes que lo proveían de financiamiento y abundante abastecimiento de armas.

Don Volodia Teitelboim fue por muchos años la voz oficial en Moscú, para América Latina, del PC de la URSS, hombre de toda confianza de Stalin, quien hizo matar a más de veinte millones de sus compatriotas; se dice fundadamente que fue agente encubierto de la KGB, agencia de espionaje soviética. Además, por si fuera poco, él ordenó a Corvalán y a Labarca, según confesión posterior de este último, escribir la "autobiografía" de Prats. Es difícil concebir una maniobra más maquiavélica y repugnante que esa. No recuerdo que nadie haya denunciado su suplantación. Luego, al usar estos sibilinos expedientes, propios de su especial ideología, no parece así que haya mirado "con ojeriza" a Stalin, si era su favorecido.

Pero por si quedara alguna duda, veamos el homenaje que Teitelboim rindió a la muerte de Stalin: "Hoy duerme su gloria eterna en la cámara ardiente de la Sala de las Colum-

nas de Moscú, el camarada José Stalin. Hace apenas un día y algunas horas que murió el amado conductor de los trabajadores del mundo, el más grande profundo y noble amigo la humanidad (sic). Ha muerto el padre y jefe de toda la humanidad progresista. Ha muerto como Mayakosky, decía de Lenin, "el más humano de los hombres, dio abundancia y existencia dichosa a su pueblo…" (¡Dios me libre!).

"Bajo la bandera de luto, pero siempre desplegada, de Stalin, los pueblos marchan por el camino hacia la segura victoria, hacia el mundo de la felicidad humana", *El Siglo*, marzo de 1953 (siempre sus discursos tienen evocaciones de avances, marchas y traslados, pero no dicen que sus destinos desembocan en el abismo). No se equivoquen, en consecuencia, sus caminos y alamedas, a las cuales hacen muchas referencias, solo conducen a un precipicio. Sinceramente, tengo dificultad para encontrar algo de "ojeriza" en estas expresiones, más bien me suenan a una exagerada y repugnante alabanza a uno de los carniceros más grandes de la humanidad.

Queridos nietos: ¿A dónde van estos argumentos falaces que pretenden unificar a las huestes izquierdistas presentándolas con toques de singular simpatía? Naturalmente, a reagruparlas para las elecciones. No se equivoquen, nadie quiere retroceder el calendario de la historia a una época dolorosa para el país. Hay que derrotarlos en las urnas. Ellos lo hacen, no miren con indiferencia el acto republicano más importante. Allende ganó por poco más de 36.000 votos. ¿Cuántos son ustedes?, miles de miles. Pero solo si llegan a sumarse; luego, no se resten. Con su voto ayuden a devolver al país lo que de él han recibido para seguir construyendo uno cada vez mejor.

Resulta incomprensible que la expresidenta pretenda dar lecciones en Colombia, en plena campaña electoral, sobre cómo conseguir la unidad nacional. Mucho más elocuente habría sido verla acompañando al cubano Guillermo Fariñas, que agonizaba en La Habana, o interviniendo con energía por la liberación de todos los presos de conciencia que hay en la isla.

Veamos otra faceta de su Gobierno, promovida por su adscripción incondicional a la fuerza de su inconmovible ideología, que aparece como factor tutelar en todos sus actos (tomado de *El Mercurio* del 23 de junio de 2010).

Platas recibidas en el Período Bachelet: Entre el 1 de enero 2006 al 10 de marzo 2010 (tómese nota de la sensibilidad social de la exmandataria y hacia dónde se orientaban los intereses presidenciales en los días postreros de su Gobierno).

	Total mill. 2010	Último aporte Mill. $	Pendiente Mill. $
Políticas:			
Fund. Edo. Frei	297.0	60,0	60.0
Fund. S. Allende	1.463.0	72,6	72.6
Fund. Just. y Democracia	198.0		
Inst. Igualdad (PS)	133.0		
Culturales:			
Fund. Teatro a Mil	3.316.0	253.7	
Corp. Matucana Cien	2.169.0	387.0	
Fund. Violeta Parra	1.302.0	933.8	233.4
Fund. Trienal de Chile	1.617.8	301.8	
Centro Cult. G. Marín	40.0		
Centro Cult. Balmaceda	1215	2.463.0	383.7
Víctor Jara	27.0		
Derechos Humanos:			
ILAS	213.0		
Arch. Vic. Solidaridad	255.0		
Codepu	90.0		
AFDD	88.0		
Museo de la Memoria	2.035.0	712.0	712.0
Corp. Villa Grimaldi	300.5	71.5	71.5
Museos:			
Palacio de La Moneda	8.378.0	1.118.0	279.4
Fund. Mim	8.040.0		

El artículo dice que los desembolsos aumentaron sensiblemente entre la primera y la segunda vuelta, cuando Bachelet abandonó La Moneda. La mayor parte de estas platas fueron discrecionales de la mandataria. Otras incluidas en la Ley del Presupuesto; luego, incomprensiblemente, con aprobación del Parlamento. El artículo dice que la Fundación Teatro a Mil no solo obtuvo mil millones de Bachelet, sino además, por diferentes mecanismos, sumó otros 3.160 millones.

La administradora del Museo de la Memoria, doña Romy Schmidt, me imagino funcionaria a sueldo de la institución, airadamente reclamó la reducción de $280 millones de los fondos asignados, diciendo que este proyecto era uno de los más emblemáticos de Michelle Bachelet (entiendo que había una partida para comprarle el automóvil nuevo y seguramente además consideraba gastos de representación), agregando: "Este es el lugar preferente en Chile donde se resaltan las violaciones a los derechos humanos ocurridas durante la dictadura". Pero no se engañen, estamos en Chile; pese a lo escandaloso de estas cifras, nada le pasará, aunque estas cifras y sus destinos repugnen a la conciencia. Total, no hay que atacar a Bachelet, que ya se convirtió en un ícono. El inmoral uso de estas enormes cantidades de dinero, con el exclusivo fin de financiar organismos ideológicos que en su mayoría fomentan el odio, es atentar contra los derechos humanos, precisamente, de los más pobres, en cuyo beneficio debieron emplearse; entre pan y circo, privilegió al último. El gobierno que la sucedió, fuertemente amedrentado, nada hizo por denunciar estos excesos.

Estas son las mismas personas que reclamaron a voz en cuello porque el presidente Piñera no había vendido Chilevisión, empresa que finalmente ha sido de su propiedad y no del Estado. Cabría preguntarse: ¿Quién financia *24 Horas*?, y ¿por qué quedaron tanto tiempo en el diario *La Nación* los mismos periodistas que han estado ahí durante toda la permanencia de la Concertación en el Gobierno? ¿Y por qué los mismos abogados comunistas siguen en el Ministerio del In-

terior su labor de encarnizamiento contra los "Soldados del 73"? ¿Alguien puede entender que ocurra esto, cuando simultáneamente los mismos comunistas monitorean los movimientos sociales de presión provocando periódicamente inmensos daños materiales, a la imagen del país,y han hecho retroceder peligrosamente el estado de derecho en la Araucanía, donde ya parece no haber capacidad de reacción y, se dan el lujo ahora de pautear el programa político de Bachelet? Es difícil, a menos que se reconozca que la infiltración marxista iniciada en el período concertacionista y continuada con mucho éxito en el actual ha logrado pleno éxito. Somos rehenes de los marxistas. Esto le ha permitido a Tellier publicar impunemente sus crímenes como hazaña, sin que nadie diga nada. "Tras la paletada, nadie dijo nada...".

En cambio, esos mismos periodistas que mencionábamos, el 23 de febrero publicaron: "Familiares de ejecutados políticos se declaran en alerta", pregunta. "¿Creen que habrá indultos para los condenados en estos casos?". Respuesta: "Todo va orientado en ese sentido. Por ejemplo, Odlanier Mena, el primer jefe de la CNI, estaba pidiendo el indulto a la Presidenta Bachelet y extrañamente lo retiró. Esto nos hace pensar que lo hará en esta nueva administración, donde lo más probable es que esté comprometido este beneficio". Pregunta: "¿Qué harán al respecto?". Respuesta: "Lo único que podemos hacer es avisarle que estaremos muy alertas todas las organizaciones sociales y la comunidad internacional también; sería muy terrible que esto sucediera como imagen del país y repudiamos desde ya esa idea...".

Así operan los marxistas. Y yo los defendí y según mis convicciones, fatalmente, lo haría de nuevo. Primero: Mienten, no retiré mi solicitud. Segundo: Amenazan con movilizar a las organizaciones sociales y a la comunidad internacional. Tercero: El gobierno saliente encontró una solución más sibilina e inmoral (seguramente esbozando una sonrisa llena de picardía). Elaboró el decreto exento que deniega mi solicitud de indulto (N° 217) con fecha 11 de marzo pasado,

es decir, la misma fecha en que asumió la actual administración. Es difícil concebir mejor ejemplo de maquiavelismo político (el ministro entrante, al parecer, lo firmó sin más; difícilmente habrá podido leer una carpeta con alrededor de cien documentos).

Por su parte, la Asociación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos (A. F. D. D.) también manifestó molestia por los dichos del ministro Rodrigo Hinzpeter, diciendo, entre otras cosas: "Si para el gobierno avanzar en nuestras demandas se traduce en callar, no disentir, en no expresar nuestras aprensiones (la reiterativa expresión la subrayé yo), están equivocados". ¡Cómo no! Hace veintitrés años están en eso, avanzando, disintiendo y, precisamente, no callando, excepto en cuanto a las generosas reparaciones económicas que han recibido. Ellos no son formadores de la opinión pública, ellos son la opinión pública.

Como puede apreciarse a simple vista, estas enormes cantidades de dineros fiscales, y quizás cuántas más, en veinte años de sucesivos gobiernos concertacionistas, han servido para exaltar, artificialmente, valores, propósitos y figuras de su espectro político, exacerbando sin contrapeso una agobiante campaña de desprestigio del Gobierno Militar, a la vez que les ha permitido ocultar sus graves responsabilidades en los hechos que condujeron al Pronunciamiento Militar. No es posible cuantificar de qué modo esta labor persistente, destinada a influir en la opinión pública, ha repercutido también en la acción de la justicia.

Más repudiables resultan aún estas enormes cantidades de dinero cuando se contrastan con todas las carencias que ellas hubiesen podido mitigar. Es cuestión de recordar la tragedia en los períodos de emergencia sanitaria en los hospitales, con enfermos en camilla atendidos en los pasillos o teniendo a sus guagüitas en los baños, y la sempiterna falta de insumos, pabellones de cirugía carcomidos por los hongos, además de instrumentales anticuados o en mal estado. Los vergonzosos hacinamientos carcelarios que rebajan la

condición humana, los campamentos no erradicados por falta de fondos o a los damnificados por el terremoto del norte del país (Tocopilla), aún durmiendo sobre las piedras o ladrillos de sus casas derrumbadas. Este incalificable derroche resulta verdaderamente impúdico, pero, pese a eso, nadie lo denuncia ni rasga vestiduras; al revés, siempre hay alguien que llama a no atacar a la exmandataria. El temor a ser blanco de sus ataques socava principios y debilita conciencias. Esta ambigüedad y complicidad es la que aleja a la juventud sana de la política.

En la revista *Qué pasa* del 9 de julio de 2010 se publica un artículo cuyo título es: "La Nueva UDI o la última batalla de los coroneles", los autores señalan, entre otras cosas, la forma en que la UDI ha desarrollado su vida partidaria. Disciplina y audacia están en el eje y son estas las que le permitieron jugarse en hitos claves, como el apoyo a Gabriel Valdés para presidir el Senado en 1990, las negociaciones con la UCC para incorporar a sus miembros, el apoyo a Joaquín Lavín en su giro en los temas de DDHH en 1999, o el que le dieron a Pablo Longueira para el salvataje del gobierno de Lagos en 2003 (lo subrayado es mío). La primera fue una idea brillante de una persona visionaria, Jaime Guzmán Errázuriz (Q. E. P. D.), a quien consulté en numerosas ocasiones mientras me desempeñé como director de la CNI, por lo que guardo para él una enorme gratitud. Con respecto a la segunda, siempre hay intereses oportunistas. En cuanto al giro de Lavín en temas de derechos humanos, cabe hacer un comentario. Muchos de sus miembros integraron el Gobierno Militar y fueron los verdaderos creadores de muchas de sus grandes obras y los que incorporaron las modernas políticas de gestión en las más diversas disciplinas; luego, estaban ligados a él por un concepto de lealtad. No de incondicionalidad, y doy fe de que así actuaron siempre. En los Consejos de Gabinete aún me parece escuchar las intervenciones de ellos y de otros: francas, enérgicas, valiosas, de Fernández, De Castro, Cu-

billos, Kast, José Piñera, Baraona, Kelly y tantos otros. Ciertamente, hubo muchos más, pero yo ya no estaba en el Gobierno. Ellos y yo sabíamos que se habían cometido excesos y los criticamos. Yo lo hice públicamente desde dentro, no bien me había recibido del cargo y muchas veces después. Y me empeñé en erradicar rápidamente estos procedimientos abusivos. Ellos siempre me apoyaron en mi decisión de hacer inmediatamente un punto de inflexión para reorientar la acción de los denominados organismos de seguridad. Precisamente, para hacer eso, acepté el cargo. De inmediato rectifiqué el rumbo, basta ver las estadísticas. No obstante, pienso que ellos también debieron defender la gigantesca obra del Gobierno Militar, que en el fondo fue la suya propia y que por sus méritos logró traspasar casi intacta a todos los gobiernos concertacionistas, sirviéndole de brújula y bastón para encaminar sus pasos por la historia.

El destacado historiador de izquierda Gabriel Salazar dijo recientemente, en una entrevista: "la Concertación administró exitosamente el régimen de Pinochet, sin cambiarlo. Ni siquiera Bachelet fue más radical".

Con ocasión de la inauguración del Museo de la Memoria, se publicaron muchas opiniones en distintos medios. La revista de UNOFAR Nº 21 publica la mayoría de ellas. Copio a Luis Larraín, Reportajes de *El Mercurio*, 10 de enero de 2010: "La mentira le hace un flaco favor a los derechos humanos. Desgraciadamente la base jurídica de la mayor parte de las condenas en esta materia, por hechos ocurridos con posterioridad al 11 de septiembre de 1973, que la justicia ha dictado, reside en una mentira. La figura de secuestro permanente, que hace posible eludir la aplicación de la ley de amnistía vigente, presume que las personas que fueron detenidas y luego desaparecieron (con toda seguridad fueron asesinadas por agentes del Estado) siguen secuestradas. Esto permite construir la ficción jurídica de que el delito continúa siendo cometido hasta el día de hoy y queda por lo tanto fuera del período por la ley de amnistía. Es

tal el absurdo creado por esta mentira, que se supone que personas que hoy están detenidas cumpliendo su condena por estos hechos, mantienen secuestradas a sus víctimas. La figura del secuestro permanente no es más que la aplicación de una máxima, que "el fin justifica los medios"; la negación misma del estado de derecho. Es el tipo de lógica que durante el gobierno militar permitió a sus autores justificar los delitos de secuestro y desaparición de personas basados en su supuesta condición de enemigos de la patria".

El punto en esto está en que, habiendo muchos legisladores en la UDI, nunca se promovió legislar sobre esto y muchas otras materias de la forma como se aplica la justicia, dejando a la Concertación el campo libre para intervenir, con todos los medios posibles, para execrar todo lo relacionado con el Gobierno Militar, en circunstancias de que es obvio que el único aspecto donde este tiene un gran saldo en contra es solo en ese, los derechos humanos. En alguna medida, dada la evolución de la forma y alcances de la aplicación de la justicia, no parece haberse advertido que la máquina del terror que evoca a la Revolución Francesa, ya puesta en marcha, puede también terminar por arrastrar a quienes nunca han sido tocados porque han estado permanentemente escabullendo el bulto, como si no hubieran sido sobresalientes integrantes del Gobierno Militar.

Esta evolución les hizo dar un nuevo paso: salvar a Lagos. Quien por afanes políticos hace el quite a un principio, es capaz de saltárselos todos según la ocasión. Era evidente que se había cometido una enorme irregularidad y no fue denunciada. Se prefirió la manida política de la componenda -hoy por ti, mañana por mí-, pero el autor de la elegante expresión "No hay mañana sin ayer" pudo seguir así su carrera, incólume, triunfante, cosechando éxitos. Cuando más un comentario de palacio, refiriéndose al elegido para tirar el salvavidas: "él es un político moderno, con el que se puede hablar". Si Lagos hubiera tenido que responder moral y judicialmente por los "sobresueldos" y otros casos como

las "aulas italianas", quizás el gobierno siguiente hubiera sido dirigido por otra persona, que no habría mantenido tanto odio y espíritu de venganza, ni tampoco ella habría tenido que llamar por teléfono al presidente de la comisión investigadora de Cámara de Diputados pidiéndole "que no la responsabilizara por sus deliberados desaciertos para afrontar las peores catástrofes sufridas por el país en su historia". Y tuvo éxito, la comisión investigadora llegó hasta un subsecretario.

Pero los efectos de este apoyo en nuestro ámbito fueron más potentes que los imaginados por el meteorólogo que habló sobre el "efecto mariposa". Se concentraron los ataques de todos lados contra los militares. Desde la UDI hasta la Concertación. Se demonizó, *urbi et orbi*, al Gobierno Militar, en su conjunto.

No obstante que, como se puede apreciar a simple vista, por cualquier observador medianamente informado y atento, el bullente y avanzado desarrollo y alto grado de modernidad alcanzado por Chile, fue impulsado por nuestro Gobierno, donde esos mismos jóvenes y brillantes civiles participaron desde sus inicios en toda clase se tareas de planificación y poblacionales y ahora, con más años, algunos con calvicies pronunciadas, pero a la vez con más sabiduría y, si cabe, con más afán de servicio, circulan por La Moneda entregando, seguramente al costo de grandes sacrificios, su patriótica cooperación al desarrollo del país.

Nunca como ahora hubo una entrega voluntaria tan masiva de capacidades profesionales, de trayectorias personales llenas de buenos éxitos que se sumarán para llevar al país a las altas metas de desarrollo que el destino le ha reservado. Ha sido un esfuerzo solidario masivo y altruista, más allá de la Teletón, que sin duda es una enorme empresa solidaria, porque esta entrega capacidad de gestión, sacrificios, principios, vocación de servicio, tiempo dedicado al descanso y a la familia, todo para contribuir al progreso

de Chile. Nuestro Gobierno con ellos y por ellos, se yergue triunfante. A nosotros y a ustedes nos tocó poner la piedra fundamental, consolidar sus cimientos a un costo demasiado alto, pero el Gobierno Militar ha sido verdaderamente el triunfador en este largo período de la historia.

El "perdonazo" de los sobres, unido a la personalidad mesiánica del maquinista, llevó a implementar modernas ciudades de *Potemkin*, conduciendo personalmente un tren que solo anduvo esa vez; estructuró planes revolucionarios de transporte público, reemplazando de un día para otro a las viejas pero serviciales micros amarillas, y fuera de crear un déficit gigantesco al erario nacional, peor aún, fomentó a todo nivel social la cultura inmoral de la evasión del pago de pasajes. La consigna era demostrar la construcción de obras a como diera lugar. Y al amparo de tan destacada personalidad mediática, el cáncer de la corrupción alcanzaba niveles inauditos. Desde miles de cartas particulares con importe pagado por el fisco, a olvidos de nombres de familiares tan directos, como el de la propia cónyuge; un desmalezamiento más caro que la plantación de parronales en Copiapó; casas y edificios de departamentos que no aguantaron las primeras lluvias y recibieron el nombre propio de COPEVAS; en fin, no quedó área que no fuera literalmente explotada por personas inescrupulosas. Fueron incontables las veces en que Sergio Melnick tuvo que actualizar sus "listas de lavandería" para registrar los casos de corrupción que se multiplicaban en constante aumento.

Pero, sin duda, uno de los mayores efectos negativos fue el hecho de que catapultaran al poder a la señora Bachelet, que descubrió métodos originales para tratar de pasar a la historia. Sus políticas de "unidad nacional", levantando miles de testimonios destinados al odio y dejar abiertas las puertas de la justicia para seguir buscando culpables (solo de un lado, por supuesto) por los derechos humanos. Con la aplicación de presunciones, que a veces solo son indicios, se puede llegar a alturas insospechadas.

En un artículo de la revista *Qué pasa* se habla de la nueva estrategia de la UDI. Como se menciona a "coroneles", entramos al ámbito militar; podemos decir que la repetición de errores tácticos puede, precisamente, devenir en desastres estratégicos. Como el ejercicio de la política se hace en los partidos, que son equipos de personas voluntarias que se unen para conformarlos, las desavenencias deberían ser discutidas puertas adentro. Es un error buscar protagonismos a base del desprestigio de toda la entidad que voluntariamente se ha escogido. Para refutar este sencillo y elemental argumento, se alegará que los partidos políticos no son regimientos. Claro que no lo son, pero un mínimo de sentido común debería llevarlos a respetar las bases doctrinarias que aceptaron al incorporarse a ellos y no socavar el prestigio de sus autoridades democráticamente elegidas, mirando para el lado y buscando negociaciones con grupos antagónicos. Esto es más evidente en aquellas personas que han disputado estar en la cabecera y que por falta de apoyos han quedado relegados; entonces se rebelan y pueden provocar, primero, la pérdida de poder de su propio partido y, después, su división, lo que ha terminado muchas veces por atomizarlos. Es un fenómeno que se ha dado en casi todos los partidos nacionales, menos, naturalmente, en los comunistas, que en eso son admirables, en la ciega persecución de sus objetivos, a cualquier precio. Son como esas enormes colonias de hormigas en las selvas, que obstinadamente atraviesan todos los obstáculos y siguen imperturbablemente a sus destinos.

Como efecto Bachelet, la acción judicial por los derechos humanos podría prolongarse por generaciones y alcanzar alturas insospechadas por interpretaciones sobre asociaciones ilícitas, y siempre orientados en la dirección ideológica que trazó su Gobierno. Las posibilidades de aprobar indulto general por ley estaban fracasadas desde sus inicios. Veinte años de prédica unilateral y ninguna voz disidente. Durante los últimos cuatro años de Gobierno concertacio-

nista, se concentraron todos los esfuerzos para potenciar al máximo y rubricar la demonización del Gobierno Militar y la exculpación sistemática de los integrantes de la Unidad Popular. No vaya a ser cosa que por ahí se esté incubando un nuevo Pinochet.

Paralelamente, se advierte presencia en partidos de la Alianza de elementos que, desconociendo totalmente la historia política contemporánea y los efectos en el país del Gobierno de Allende, han llegado hasta que una diputada de RN demostrase incomprensible ingenuidad alabando "¡el enorme poder de convocatoria que tuvo Allende!", recibiendo inmediato apoyo del diputado, su caudillo y mentor, sin considerar que ¡nunca tuvo mayorías electorales! Otros seis o siete "compañeros" adhirieron de inmediato, sin haber entendido lo que ocurrió y, peor, de lo que pudo ocurrir si no hubiera sido afortunadamente depuesto.

Allende, nada más recibirse del cargo, indultó a una gran cantidad de elementos subversivos criminales, algunos detenidos y otros sin haber sido siquiera habidos, por lo que habían sido condenados en ausencia. Además han inhibido a que se haga uso de ese legítimo derecho, no obstante ellos, sin más, abusaron exageradamente de este privilegio, siendo más objetables en el caso Aylwin, que se comprometió públicamente con Onofre Jarpa de no utilizarlo en casos de "hechos de sangre", pero que, sin embargo, días antes de dejar el cargo, indultó a los que asesinaron a los escoltas de Pinochet teniendo la intención de cometer un magnicidio. Así cumplen su palabra los decé, a quienes legítimamente representa, puesto que lo llaman el "Patriarca".

El 20 de enero de 1990, de la Cárcel Pública de Santiago hubo un escape masivo de delincuentes de alta peligrosidad, donde participaron mujeres terroristas del IRA, empleando un helicóptero adaptado al efecto. Para facilitar la huida, previamente, Gendarmería, por orden superior, había desarmado al personal de custodia. Al término del año,

Aylwin premió al director del servicio encomendándole un cargo diplomático en España. El caso está cerrado.

Nadie ha puesto siquiera en duda que pudo haber errores, fallos judiciales –voluntaria o involuntariamente– o que hayan sido prejuiciados. Ni siquiera ha llamado la atención que, para conocer anticipadamente las características de un fallo, surja de inmediato la pregunta infalible: ¿Qué sala te tocó? En materia jurídica, tres por dos no es lo mismo que dos por tres. Según las orientaciones de los integrantes de la sala. En estos últimos veinte años, toda la composición del Poder Judicial se modificó desde los cimientos.

Volvamos al camino. A pocos meses de habérsele puesto término al gobierno pasado, con un 85% de apoyo para la presidenta, se descubre que todo fue un engaño. Ni los pobres disminuyeron, ni fueron menos pobres; tampoco la torta se había distribuido con más equidad. Y el manejo de las relaciones internacionales no se había hecho con la prolijidad necesaria. No bien había asumido el nuevo gobierno, tuvo que poner fin a la política de ambigüedades que hacía cifrar falsas expectativas y alentaba ambiciones de vecinos.

Las manidas políticas sociales en tiempos de Bachelet no siempre fueron el centro de sus verdaderas preocupaciones. Había otras prioridades que atender, además de sus íntimos anhelos de trascendencia. Seguir infligiendo constantes humillaciones a las FF. AA. y Carabineros de Chile, a los que están en actividad, relegándolos a funciones menores o subordinándolos a asesores, imponiéndoles improcedentes homenajes, estigmatizando instalaciones repletas de tradiciones o usando símbolos folclóricos en reemplazo de los que tradicionalmente han caracterizado a nuestra Patria.

Insensiblemente, la acción constante sobre los mandos institucionales, donde se ha llegado al extremo alguna vez de increpar públicamente a comandantes en jefe institucionales –por reunirse a almorzar–. Esto tiene un efecto desmoralizador en los subalternos, haciéndolos sentirse

también vejados al quitárseles a los superiores su natural ascendiente y relajando el temperamento en el mando. De esta forma, insensiblemente, se propende a la lenidad que puede facilitar la corrupción y transformar a los soldados en simples funcionarios. Nada de esto es simplemente "hojarasca" y las pérdidas tienen costos que pueden ser mucho mayores que lo que pueda valer un "jarrón". ¿Cómo se restituye la mística militar una vez que se ha perdido?

Reconstruir la moral en las instituciones armadas, la disciplina, la valorización constante e internalizada de las virtudes militares, requiere de un esfuerzo permanente que todos los gobiernos debieran cuidar, porque si se menoscaban o se pierden se va a necesitar mucho esfuerzo para recuperarlas, si ello es posible. De continuar la obra marcadamente demoledora del Gobierno Bachelet, sometiendo a las Fuerzas Armadas y Carabineros a un agravio permanente, es posible prever que las "virtudes militares" pasen a constituir meros recursos para ejercicios de oratoria que valores reales imprescindibles en las instituciones armadas.

En el diario *El Mercurio* del 27 de junio de 2010, se publica otro artículo sobre el tema: "Bachelet más que duplicó las subvenciones presidenciales que entregó Lagos". En el texto se leen, entre muchos más antecedentes: en 2009, Bachelet dispuso de $1.608 millones, sin rendición de cuenta alguna en detalle.

Pero volvamos antes a Allende –que es de donde partimos–. Parece increíble que con todos los antecedentes que son de público conocimiento y que hemos recordado en párrafos que anteceden, con apoyo o desinterés de parlamentarios entonces de oposición, se le ha ido transformando en una figura mitológica admirada y reverenciada, hasta el extremo de tenerlo como auténticamente demócrata y republicano. Basta recordar las menciones que se han hecho de este trabajo para darse cuenta de que sus características fueron diametralmente opuestas a esos valores. Todo lo demás es una falsificación descarada de la historia.

No entiendo qué mecanismos psicológicos han operado en algunos países europeos, especialmente en Francia, que le tributaron múltiples homenajes y distinciones. Su propia historia tiene páginas oscuras, como ocurrió con los "colaboracionistas" al comenzar la Guerra Mundial. Violenta ver coronar con su nombre luminosos parques donde juegan cientos de niños, cuando él representó aquí en su Patria mil días de oscuridad, destrucción y violencia.

La contaminación marxista era tan grande, que incluso dentro de nuestra propio Ejército ya era posible señalar a algunos generales, coroneles y personal de otros grados, proclives a ideas políticas de la izquierda marxista. Así, poco a poco, peligrosa y sigilosamente se fueron allegando elementos para ir preparando una guerra fratricida, posibilidad que aceleradamente iba adquiriendo mayor viabilidad.

En el libro *La infiltración en la Armada -1973- Historia de un motín abortado*, de Germán Bravo Valdivieso, se demuestra en forma palmaria que gran número de buques tenían a bordo células marxistas, prioritariamente del MIR, que provocaron muchos sabotajes, incendios, destrucción de parte de máquinas y hasta choques intencionales entre grandes buques, todo lo cual iba a culminar con una insurrección en Iquique el 21 de mayo de 1973. Ese día, por coincidencia, Allende fue a inaugurar un gimnasio construido en dicho puerto para establecer a un grupo de preparadores deportivos y entrenadores cubanos. El comandante de la Escuadra, almirante Pablo Weber, lo invitó a una recepción en el crucero Prat. Llegó a bordo cuando todos los invitados especiales estaban reunidos. Después de recibir los honores correspondientes, quiso saludar a cada una de las personalidades presentes, quienes, sin ponerse de acuerdo, le iban dando la espalda a medida que se acercaba a ellos. El almirante optó por llevarlo a su cámara, donde permanecieron solo acompañados por otros jefes militares presentes. Ese era el ambiente que primaba en el país.

Durante el período de Allende hubo en Chile 92 actos terroristas graves, según el libro *La verdad olvidada del terrorismo en Chile*, siendo los asesinatos del general Schneider, del señor Edmundo Pérez Z., y del comandante Araya, edecán naval de Allende, los más dolorosos e impactantes. Retomaremos el tema más adelante.

El 4 de enero de 1971, por Decreto Presidencial Nº 2071, fueron indultados 43 extremistas de izquierda que se encontraban prófugos o condenados. Así, dejaron la clandestinidad: Luciano Cruz, Miguel y Edgardo Enríquez, Juan Bautista von Schouwen, Sergio Zorrilla, Humberto Sotomayor, Max Joel Marambio, Nelson Gutiérrez, Manuel Rodríguez, Adrián Vásquez, Patricio Corvalán y muchos otros (del libro ya citado). Además, fue durante su Gobierno que Chile comenzó a quedar aislado: cuando se embargaron cargamentos de cobre en puertos europeos por no pagar las expropiaciones, lo que tuvo que hacer el Gobierno Militar.

En el horizonte vecinal –lo hemos dicho– se advertían claras amenazas de conflictos internacionales debido a la creciente inestabilidad interna y al clima de extrema polarización que se vivía. Es importante señalar que, a diferencia de todos los demás países del continente, la subversión aquí no provenía de sectores marginales, periféricos, de la sociedad. Era impulsada desde el propio Gobierno, a quien se le veía interviniendo directamente para impulsar, amparar y proteger a quienes querían llevar al país, a como diera lugar, a la órbita marxista-leninista.

Todos los presidentes de la República en Chile habían ejercido sus funciones con la dignidad, independencia y en la forma soberana que corresponde a un primer mandatario. En el caso de Allende se veían operar, sobre él y en su entorno más inmediato, fuerzas de origen extranjero. Nos declarábamos hermano menor de la URSS y toleramos la visita interminable, costosa e intervencionista del tirano caribeño, que se permitió la desfachatez, incluso, de darnos lecciones de gobierno.

Allende, trágicamente, fue además rehén de sus propios partidos, que lo obligaban a pisar a fondo el acelerador de sus nefastas políticas de transformaciones y desmembramiento de nuestras instituciones. ¿Puede considerársele un líder si aparecía solo como ejecutor de políticas provenientes de otras latitudes y sobre él actuaban además, sin reparo, las directivas partidarias que integraban la UP? Respuesta: Claramente, no lo era en el sentido político de estadista que aquí se ha querido destacar; pero sí lo era, en alguna medida, en el campo militar subversivo, ya que él personalmente pedía cotizaciones de armas y explosivos en el extranjero, como se deduce de los documentos encontrados en su caja de fondos, relacionados con sus comunicaciones a Letelier.

Él era personalmente informado del cargo de armamento que ilegalmente utilizaba su guardia personal; él recibió en Tomás Moro treinta grandes cajones de armamento enviado desde Cuba, como para equipar al menos a un batallón de infantería; él protegió a terroristas que operaron en otros países; él dijo públicamente que el pueblo "oportunamente tendría armas si las necesitara". Bajo su amparo se organizaron los cordones industriales, se emplearon redes de comunicaciones del SAG y otras instalaciones fiscales y se protegió a los subversivos perseguidos e indultó a los condenados.

La Araucana, narración de la epopeya que escribió Alonso de Ercilla, fue a la vez nuestro certificado de bautismo, en aquello que dice: "Que no ha sido por rey jamás regida ni a extranjero dominio sometida", pero de pronto carecía de valor y significado. Paulatinamente perdíamos nuestra vocación de nación independiente, libre y soberana, para transformarnos en un satélite más de la órbita marxista. Y cuando Cuba se quiso "independizar" de sus amos soviéticos, durante la crisis de los misiles, simplemente nos llevó consigo, como si le perteneciéramos.

El diario *La Tercera* del 1° de marzo de 2010 tiene un artículo de media página con una simbólica fotografía: Allende

sonriente, pero disminuido, al lado de la imponente figura de Castro, vestido de verde oliva, adelanta un brazo como para imponerse y como mirando con satisfacción un futuro que imagina lleno de esperanzas, mientras muchas manos, casi en señal de adoración, se estiran para alcanzarlo, a él. Bajo el título de "Castro propuso en Chile en 1971, realizar acciones de sabotaje en Río y São Paulo". Fidel habría preguntado por qué las organizaciones armadas brasileñas no habían atacado el sector económico a través de sabotajes, que podrían haber realizado sin riesgo para los combatientes; más adelante, dicen los documentos (archivos desclasificados), aseguró que sabotajes a gran escala en la faja industrial de São Paulo y Río de Janeiro socavarían las bases económicas que sostenían al régimen militar. No menor fue la estrategia subversiva del barbudo involucrada en la pregunta que hacía al funcionario que él había designado para estos efectos, nuestro propio presidente de la República. Nunca se conoció la respuesta a ese desatino. Si la hubo.

Estos antecedentes, sin duda, han fundamentado el obsequio, por parte de Bachelet, de una fotografía de gran tamaño de Allende al gobierno argentino, con motivo del Bicentenario, porque, cómo no, representa un genuino espíritu de "integración americanista". Sinceramente, por ninguna parte se advierte razón alguna para que el expresidente se proyecte visual y mediáticamente en tantos homenajes que, forzando la historia, pueblan con monumentos, museos, placas y estelas recordatorios a calles, avenidas, plazas. Seminarios y concursos de personajes más importantes de la historia, rivalizando con legítimos héroes de la Patria toda y no de una corriente ideológica, ya que ni siquiera él se sentía presidente de todos los chilenos. Este es el logro del trabajo infatigable de quienes reescriben la historia.

No deja de resultar curioso que fuimos nosotros mismos –las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile– las que por nuestros errores ayudamos a proyectar su figura a la categoría de mito. La ninguna preparación para realizar el Pro-

nunciamiento del 11 de Septiembre nos impidió discernir siquiera el cronograma anticipado de los hechos. De haberlo elaborado, debíamos concluir que a Allende, con una mínima fracción militar, se le debió detener en su casa de Tomás Moro o en la de la *Payita*, donde pernoctaba con más frecuencia (dada su personal interpretación de relaciones conyugales) o en una o dos más, sin permitírsele que llegara a La Moneda. Ello habría evitado que se atrincherara en el Palacio de Gobierno, en una acción que culminó con su insensato bombardeo. Son actos que perdurarán en la historia de los tiempos y que contribuyeron, lamentablemente, a proyectar a su figura a las alturas, para incorporarlo inmerecidamente en el martirologio de la democracia, cuando él solo aspiraba a ser una copia desbarbada y hedonista de su modelo septentrional y cumplir con sus propósitos de llevar, a su modo, al país a la órbita comunista.

Para conseguir estas aviesas intenciones había que empezar por desacreditar la Doctrina de Seguridad Nacional, para dejar inerme al país a la penetración marxista, caricaturizándola como una expresión extravagante de un nacionalismo chovinista y exacerbado. Nada de eso, esta campaña tenía el efecto del veneno de serpientes y otras alimañas, de ayudar a digerir la presa antes de comerla. El concepto de Seguridad Nacional es fuertemente rechazado por los marxistas, que, del mismo modo como se desarrollan los virus, prosperan mejor en organismos con las defensas bajas o sin ellas, por estar afectados por otras enfermedades o carencias.

En relación con este tema es necesario tener presente que esta expresión, Seguridad Nacional, es y seguirá siendo válida y legítima, pero, por la influencia de ciertos sectores de la Iglesia, también infiltrados por el marxismo, como "Cristianos para el Socialismo", "La Iglesia del Tercer Mundo" o los "Curas Obreros", hicieron que fuera pertinazmente denigrada como una forma de desarmar psicológicamente a las Fuerzas Armadas en el Concilio Vaticano Segundo realizado en Puebla.

Mientras escribo esto, ha trascendido que la guerrilla que opera en el Chaco paraguayo habría, en el pasado, recibido apoyo de sectores izquierdistas de la iglesia paraguaya en sus inicios. Es decir, ya empiezan a aparecer estos frutos malsanos de la prédica ideológica izquierdista en diferentes lugares de nuestro continente, contaminando las muchas veces justas reivindicaciones sociales.

En una reciente entrevista, monseñor Bernardino Piñera, la cara opuesta del exsacerdote paraguayo (de un padre rector, perseverante director y redactor de la revista *Mensaje* y formidable opositor al Gobierno Militar y, de otros personajes menores), dice a la destacada periodista señora Raquel Correa: "Cinco tsunamis cayeron sobre la Iglesia, primero el liberalismo que viene de Europa, después el marxismo y todas las corrientes socialistas. Luego muchos católicos, especialmente entre la gente humilde, se fueron para buscar en las iglesias evangélicas una religión más a gusto de ellos".

Desde el comienzo de la Guerra Fría, la acción desestabilizadora del PC y de los grupos subversivos que maneja, han perturbado siempre el accionar de los gobiernos democráticos, empleando el Poder Popular como un ariete para debilitar las estructuras republicanas que el país se ha ido dando a través del tiempo. Mientras ellos se organizaban, armaban y entrenaban para realizar operaciones militares, nosotros solo organizábamos modestos y casi ingenuos Planes de Emergencia, los "Comandos de Acción Seguridad Interior" (CAJSI), documentos destinados a proteger instalaciones de empresas de utilidad pública, en circunstancias que era evidente que las alteraciones de orden interior, en permanente incremento, podían llegar a su expresión máxima, la Guerra Civil. Jamás pudo haber estudios sistemáticos para enfrentar esa trágica posibilidad. No era posible si había ya un alto grado de infiltración política en el Ejército.

Cada comandante de unidad independiente hacía lo que creía oportuno a su real saber y entender. De esta forma, la

acción del PC y de sus grupos de combate se ponía subrepticiamente en pugna con la propia misión de las Fuerzas Armadas, "defender la integridad territorial y la soberanía de la República", y con la expresión formal de nuestro compromiso para con la Patria, el Juramento a la Bandera, generándose elementos de crispación social que contaminaban severamente todo el quehacer nacional y, en particular, nuestras conciencias de soldado, ya que habíamos jurado defenderla, no una sino dos veces, como cadetes y después como oficiales, "aun a costa de nuestras vidas".

Las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile están inmersas en la sociedad, son parte de ella. Nada que afecte al conjunto de la Nación puede serles indiferente; desde el interior de los cuarteles se advertía el progresivo deterioro del tejido social del país, provocado por agentes agresivos que obedecían consignas de origen extraño al alma de la Patria, imponiendo por la fuerza sus criterios disolventes.

Es aquí donde hay que buscar el origen del 11 de septiembre de 1973, que se inició antes con la declaración de la Cámara de Diputados. La dureza de la reacción, los excesos absolutamente injustificables, son de algún modo explicables, en la medida que se pondere el efecto corrosivo de los elementos que dañaban las estructuras profundas del ser nacional. "Ellos o nosotros" empieza a dibujarse como dilema existencial.

Los constantes desbordes del cauce normal de nuestras costumbres y tradiciones, de nuestra cultura y valores, sobrepasaron a veces las compuertas de la racionalidad y se transformaron en la furia desatada que perturbó el raciocinio de algunos, que solo veían en el desquite la solución a los problemas. Este era parte del escenario que se vivía entonces y que ahora se trata de ocultar a como dé lugar. Esta afirmación es más válida en el primer período siguiente al cambio de gobierno. Los hechos posteriores a 1980 no debieron haber ocurrido si todos nos hubiéramos empeñado en desarrollar una verdadera política de reconciliación. Cada

uno de los actores del quehacer nacional, de uno y otro lado, debe preguntarse si hizo lo necesario para superar esta dolorosa etapa de confrontación. En la medida que no se le ponga freno a la insaciable sed de venganza de los herederos de la UP y no se les representen sus propias responsabilidades, jamás alcanzaremos una verdadera reconciliación.

El insensato crimen del más destacado senador de la República, Jaime Guzmán Errázuriz, debe pesar en la conciencia de quienes pudieron hacer algo por la reconciliación y en cambio prefirieron solo usar esta palabra como estribillo de discursos políticos. Su lamentable ausencia, en tan largo tiempo, ha hecho perder parte del vigor, la coherencia y la orientación al partido político que dejó como fruto de su incansable trabajo por el bien del país. Sin duda que a los cuatro "coroneles" les falta el general que fuera cobardemente asesinado.

No obstante, para bien del partido, que es la base de la coalición, emerge una sólida figura que necesariamente me hace recordar el origen lejano de un gremialismo que conocí en sus inicios y que ha marcado la solidez de un bien estructurado dique de contención. Él sí tuvo principios, dignidad y estilo, para vivir y también para morir.

En el diario *El Mercurio*, del 14 de marzo de 2010, el insigne escritor mexicano Carlos Fuentes dice: "Chile es un país paradójico. Han coexistido allí la democracia joven y vigorosa y la oligarquía vieja y orgullosa. Ambas coexisten, a su vez, con un ejército que respetó la política cívica, hasta que la política de guerra fría lo condujo a la dictadura".

La precipitación atolondrada de enfrentar de improviso una situación que en sus rasgos esenciales pudo preverse con una adecuada apreciación de inteligencia, produjo confusión y graves descoordinaciones, marcadas por un mal entendido secretismo y, sobre todo, por la intromisión de un militar, ambicioso personaje en el poder, que emergió desde las sombras, al margen de la escala de mando, diri-

giendo un organismo con una soberbia ostensible que exacerbó el carácter violento de la represión.

Durante el Gobierno Militar tuve cargos directamente vinculados con materias de orden interior, como comandante de regimiento, director de Inteligencia Militar y director de la Central Nacional de Informaciones. ¡Jamás recibí o supe de una orden, ni siquiera una velada insinuación, para cometer ilegalidades, maltratar, ni menos hacer desaparecer personas o para proceder de tal o cual manera! En la inmensa mayoría de los casos se actuó espontáneamente, porque, entre otras cosas, jamás se superó la improvisación que caracterizó muchos aspectos del ejercicio del mando, que no pudieron regular procedimientos.

Nunca he sabido que haya habido un pacto de silencio entre los uniformados de esa época. No descarto, sin embargo, que en algún sector de la DINA se hayan gestado compromisos de mutua protección, pero afectando, supongo, a tan solo un pequeño número de quienes la integraron. Jamás se dispuso algo semejante a nivel institucional y no dudo que si hubiese ocurrido se explicaría por la coerción y dominio abusivo del que fue su jefe. Después de más de dos años conviviendo forzadamente en esta comunidad, me asiste la seguridad de que casi todos, quizás con alguna excepción, resienten su proximidad y lo culpan de la lamentable situación en que se encuentran. Si él fue capaz de tener tanta influencia en los niveles superiores del mando institucional e incluso de Gobierno, a sus subalternos debe haberles sido imposible escapar de la influencia malsana de un mando despótico, atrabiliario e inescrupuloso.

Cada jefe de Zona en Estado de Emergencia resolvía sus problemas sin que hubiera directrices superiores, en parte porque la dependencia militar no es aplicable en materias jurisdiccionales, donde cada uno tenía una autoridad equivalente a la de sus superiores y colegas, incluso similar, en lo jurisdiccional, a la que ejercía la propia Junta de Gobierno.

Las descoordinaciones en nuestra institución, el Ejército, también pudieron deberse a que fue la última en plegarse a la decisión del pronunciamiento militar. La fecha fue impuesta por instancias extrainstitucionales, concretamente por el almirante José Toribio Merino, que forzó perentoriamente a Pinochet y a Leigh el 9 de septiembre de 1973 a decidirse, quizás por haber advertido alguna filtración en los conciliábulos, lo que habría precipitado la distribución de armas y un manejo masivo del poder popular. Allende, como presidente de la República, señalaba que "como militante del Partido Socialista y de la lucha social, debía combatir implacablemente al fascismo, penetrar en sus madrigueras, aplastar su insolencia y así defenderemos a Chile, ¡compañeros!".

"Será la unidad combativa del pueblo, con la decisión de las Fuerzas Armadas y de Orden, que tienen que acatar por mandato histórico de la Constitución y de la ley, que levantaremos una barrera infranqueable a las turbias maniobras de los fascistas, que los apoyan", señaló Salvador Allende en un discurso ante el pueblo de Santiago el 22 de junio de 1973, publicado en el diario *El Siglo* al día siguiente. Con total desparpajo, agrega: "Nunca hubo un acto nuestro en que destruyéramos un vidrio, abolláramos un automóvil, nos lanzáramos contra un edificio (basta ver el enorme inventario de abusos cometidos por los partidarios de la UP para darse cuenta del cinismo de estas expresiones). Pero que lo sepan. Que lo entiendan de una vez por todas: si desatan la violencia contrarrevolucionaria, utilizaremos las fuerzas que tiene el Estado y las fuerzas de refuerzo del pueblo. Utilizaremos la fuerza revolucionaria". De su lectura puede desprenderse que era, claramente, una verdadera declaración de guerra.

Como jamás se planificó un pronunciamiento militar que habría implicado evidentemente, actuar fuera de la ley, pudo sí intentarse planificar, con la rigurosidad que corresponde a esta clase de estudios, la posibilidad de enfrentar desórdenes generalizados que pudieran derivar en una

guerra civil. El inconveniente es que ya, a esas alturas de las circunstancias, como se ha dicho, la institución estaba infiltrada en sus puestos claves, como el propio comandante en jefe del Ejército y dos o tres generales, entre otros el director de Inteligencia, y eso hacía inviable planificar nada centralizadamente, precipitándose los acontecimiento en la forma que es conocida.

Volvamos de nuevo al camino principal y evitemos, por ahora, entrar en nuevas caleteras que nos apartan de nuestro objetivo de reconstruir mis pasos por mi querida institución, eje principal de esta historia.

MANDO DEL "RANCAGUA"
(9 de enero de 1973 al 16 de diciembre de 1974)

En mi concepto, el eje de la carrera militar es un proceso de capacitación permanente, orientado por los imperativos de la acción y destinado a la formación de mandos competentes para el ejercicio de responsabilidades cada vez más amplias en el ámbito de la seguridad y la defensa nacional. Dadas las características del territorio chileno y los desafíos estratégicos que plantea, los comandantes de regimiento cumplen una función esencial en la cadena de mandos que articula y hace operativo al Ejército en la paz y en la guerra. Fácil es comprender, entonces, por qué sentí cumplido mi mayor anhelo profesional al ser destinado a comandar el regimiento más importante del país.

Las circunstancias reinantes cuando fui distinguido con el mando del "Rancagua", heredero de la gloria alcanzada por el 4° de Línea en el asalto y toma del Morro de Arica en 1880, añadían un *plus* a mi cometido. En efecto, el valor agregado imprevisible de estar en situación de inminente peligro de guerra con Perú.

Tenía 47 años de edad –29 de ellos bajo bandera– y había cumplido todos los requisitos de mando y los cursos reglamentarios. En la Academia de Guerra había tenido excelentes profesores, cuyo prestigio docente gravitó sobre una generación de oficiales de Estado Mayor. Tuve la suerte de tener nota de distinción en el ramo al que el director de la época asignaba la posición más importante, "Juegos de Guerra". Pero ahora, en condiciones muy difíciles, iba a tener la oportunidad de poner en práctica mis conocimientos. Para bien o para mal –porque la victoria tiene muchos padres, pero la derrota es huérfana–. Afortunadamente, gozaría de un alto grado de independencia en mi gestión. En efecto, mi superior directo estaba a 330 kilómetros, las co-

municaciones eran dificultosas y, eventualmente, se podían cortar en momentos de crisis.

En situación de paz tenía a mi cargo una zona jurisdiccional que coincidía con los límites del Departamento de Arica y, en caso de guerra -posibilidad siempre latente en el extremo norte del país-, tendría que habérmelas con dos adversarios. Respecto al Perú, mis dificultades radicaban en dos factores inmensamente negativos: la insuperable desproporción de medios era tal, que cualquier comparación de potenciales sonaba ridícula: el Regimiento "Rancagua" contra la élite de las Fuerzas Armadas Peruanas, fuertemente potenciadas durante el Gobierno del general Velasco Alvarado. Por si fuera poco, dado que la intención del adversario era actuar ofensivamente, el factor sorpresa estaba de su parte. Con Bolivia, en cambio -país que no se puede dar el lujo de estar junto al vencido en este conflicto vecinal, so pena de olvidarse de su básica reivindicación histórica-, la coexistencia sería inestable, pero no claramente neutral, mientras la agresión peruana no mostrara resultados concluyentes, lo que para ellos constituiría una invitación imposible de desechar.

Estaba plenamente consciente de mis enormes responsabilidades, pero no habría cambiado esta oportunidad por nada del mundo. Precisamente, no fui destinado como agregado militar para tener la ocasión de mandar y me tocó en suerte este querido y prestigioso regimiento. Pero el destino no quiso marcar con fuego, sino con agua, con mucha agua, el momento para mí honroso y solemne en que asumí el mando. Ese día había firmado temprano las actas de recepción por las que mi amigo de siempre, el entonces coronel Sergio Covarrubias S., me entregaba formalmente el mando del regimiento. Después, la ceremonia fue imponente. En el patio de honor, nunca había visto formada tanta gente, con excepción de las Paradas Militares, naturalmente. Casi 60 oficiales, alrededor de 600 suboficiales y más de 2.000 soldados conscriptos constituían la fuerza de esa Unidad. Al anochecer se

inició la comida de estilo, muy protocolar, vistiendo los oficiales blusa blanca y cinturón tricolor, mientras las señoras lucían muy elegantes. El aperitivo fue distendido, a pesar de conocer todos la delicada situación vecinal que atravesábamos y la pesada herencia de odiosidades y frustraciones que el Gobierno Militar peruano había heredado de al menos una década de demagogia revolucionaria.

Apenas sentados a la mesa, el capitán ayudante se acercó y me dijo al oído: "mi coronel, se salió el San José". Bruscamente retrocedí en el tiempo a la fecha en que yo, a mi vez, había sido capitán ayudante. El maldito cauce seco del río que separa ambos cuarteles se había convertido, en minutos, como otras tantas veces de triste recuerdo, en un violento torrente que arrastraba lo que encontraba a su paso.

Me levanté y le repetí al comandante en jefe de la División que presidía, general Carlos Forestier H., lo que se me había informado. Luego, tomé el micrófono, que esa noche debía usarse para los discursos oficiales, y dije: "Señores oficiales, lamento comunicarles que el San José se salió. Cada uno a sus puestos". Y eso sería todo. Desde ahí, tal como estábamos vestidos, nos fuimos a socorrer a los porfiados y sufridos compatriotas que se instalan obstinadamente en su cauce tan pronto desaparecía el peligro. Después de dos o tres días pudimos regresar a nuestras casas, cambiarnos ropa y tomar algún descanso. Por suerte, las previsiones para afrontar este periódico evento estaban escritas en órdenes permanentes.

Así comenzó este intenso pero gratificante período de mi larga carrera en las filas del Ejército, el que ahora, 38 años más tarde, convertido en interno del módulo Nº 4, como dice a la letra el formato de las solicitudes al alcaide del penal, evoco tras las rejas de mi ventana y del pequeño jardín que mediante otra reja nos separa del módulo Nº 3. Aquí voy tejiendo mis solitarias divagaciones y, pacientemente, también voy guiando una buganvilla roja y un jazmín plantados por Pedro Espinoza.

Pasada la emergencia que resultó un premonitorio aviso de la actividad febril a que me debía enfrentar de inmediato, vino el exhaustivo análisis para atender los siguientes desafíos, todos de ejecución inmediata y simultáneos: Disuadir, preparar la fuerza, el terreno y los medios y reforzar la cohesión nacional. Todo, destinado a un único fin: defender el territorio nacional. Según la taxativa orden recibida: "por un plazo no menor de siete días". Lo que no dejaba de ser una quimérica aspiración.

Múltiples responsabilidades del mando ocupaban mis días y muchísimas horas de mis noches. Estar a la cabeza de una unidad independiente tan grande genera múltiples y complejas responsabilidades, tanto de instrucción como logísticas y de personal. Todas las "armas" del Ejército estaban representadas ahí. Es así como había dos escuadrones de vehículos blindados de transporte de personal; el Grupo de Artillería era más potente y con material más moderno que el de la Escuela del Arma. Ingenieros, Telecomunicaciones y, desde luego, los batallones de Infantería propiamente tales. En lo operativo era como estar en campaña o maniobra permanentemente, sin descuidar jamás la vigilancia y en actitud permanente de alerta y reacción. Capítulo también muy demandante eran las obligaciones derivadas de la Comandancia Militar de la Guarnición, considerando su condición de limítrofe y de la presencia de unidades de las otras instituciones, radicadas permanentemente en Arica, y la de unidades que hacían ejercicios en el área de mi jurisdicción. Ellas incluían numerosos aspectos protocolares porque, además de cónsules de los países vecinos que eran funcionarios de carrera, había también consulados honorarios de varios países europeos. Especial importancia tenía, como es obvio, la vecindad con las unidades de las Fuerzas Armadas peruanas de Tacna y Arequipa, tanto de Ejército como de las otras instituciones, con todas las cuales debía relacionarme social y protocolarmente en tiempo de paz y con algunos matices diferentes si las cosas se salían del cauce y terminábamos agarrados del moño.

Con el gobernador de Arica, el militante del PS Sergio Roubillard, teníamos los contactos sociales propios de personas educadas y con él jamás hubo interferencias de ningún orden. Distinto era el caso con la alcaldesa (militante del PC), señora Elena Díaz (*Helen Day* en la intimidad), su carácter alegre, extrovertido, simpática, permitía una fluida relación de mutuo beneficio. Estábamos en contacto permanente y ella fue la primera persona a quien le conté de mi propósito de convertir en museo el basural y mingitorio que había en la cima del Morro. De inmediato me ofreció toda la colaboración del municipio, lo que facilitó enormemente mi tarea. Tanto fue así, que pude inaugurarlo poco más de tres meses después de que habíamos iniciado las obras. Mientras tanto, seguía paralelamente nuestra acelerada preparación para la defensa militar de Arica, tanto con respecto al Perú como también a Bolivia.

En una fecha que no recuerdo, recibí la orden de atender a una delegación del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. Designé como enlace al capitán Luis Meriq Seoane. La comisión estaba compuesta por los ministros consejeros Demetrio Infante y Gastón Illanes, ambos brillantes funcionarios de RR. EE. que tuvieron una destacada carrera, y un asesor económico para estudiar en el terreno la eventual cesión a Bolivia de un corredor paralelo al oleoducto de Sica-Sica. Esta gestión inicial culminó después el 8 de febrero de 1975 con el "Abrazo de Charaña", desactivándose momentáneamente el peligro de la frontera E del departamento y ofreciéndose la más reflexiva y factible solución a la eterna demanda boliviana para resolver su mediterraneidad. Perú, aprovechándose de la oportunidad para sacar ventajas imposibles de aceptar, hizo uso de sus derechos y no facilitó "la llave del candado".

El mismo oficial ya mencionado tuvo a su cargo la responsabilidad de proponer y dirigir la planificación de todas las obras de defensa desde la quebrada de Escritos próxima al límite internacional hacia el sur; para su ejecución solicité la

colaboración de la Junta de Adelanto de Arica (J. A. A.). Su presidente, don Luis Bereta P., y el gerente técnico, don Jorge Díez Ureta, fueron en extremo generosos en su ayuda; solicité al vicepresidente de la CORFO en Santiago ayuda en maquinarias y combustible, llegando a contar en un momento con más de catorce retroexcavadoras, que me fueron enviadas desde zonas tan lejanas como Talca. Los moldes para construir los "tetrápodos" se encontraban en Talcahuano. Logramos hacerlos llevar a Arica en el "Petrolero Montt" y las obras fueron dirigidas por el ingeniero Raúl Pey , incluyendo la colocación en el terreno de estos pesados artefactos como obstáculos para los formidables tanques peruanos T-62, de origen ruso. Los hermanos Fernando y Patricio Rivera, propietarios de la Empresa Constructora Econorte, nos colaboraron generosamente en estas y numerosas otras obras que no detallo. Con el primero, piloto civil, sobrevolamos muchas veces todo el despliegue defensivo. Muchas personas generosas contribuyeron a facilitar nuestros emprendimientos, aparte de los ya nombrados: Hugo Mossó W. y Emilio Gutiérrez Bonellli fueron incansables colaboradores, junto con Peter Black, Sergio Giaconi M., Duillo Tonini L., los hermanos Lombardi, Alfredo Gardilcic, Santiago Arata, Carlos Valcarce, N. Hréck y Norma, doña Inés Gómez G., Pierre Chapard –gerente de Citroën–, Milan Platowski, de Mellafe y Salas, Anjel Kukulis, Enzo Bolocco y Héctor Ávila, que prácticamente vivía entre los camellones, las minas y las fortificaciones, y muchos otros cuyos nombres se me escapan entre las brumas del tiempo. Las horas saltaban de una preocupación a otra, cada vez aparecían desafíos diferentes, imperiosos, impostergables, que se superponían unos a otros, sin orden ni concierto. Había, en efecto, "otras muchas actividades que atender", frase fatídica que sirvió de cohete impulsor al incomprensible fallo jurídico que me condenó.

En este ambiente compulsivo, tiránico y en extremo absorbente, se produjo también el desenlace de un caso

inexplicable e inaccesible a la razón que se cruzó inesperadamente en mi vida. Iniciado a más de mil kilómetros de distancia y muchos años atrás, un día lluvioso, en un escenario típico del exuberante bosque valdiviano, de hermosos lagos y de ríos torrentosos. El capitán ayudante Jaime Izarnótegui Azócar me informó que la mamá de un joven teniente esperaba hablar conmigo.



Despacho Regimiento IMR N° 4 "Rancagua", de Arica, 1973.

Nada hacía presagiar que este sencillo anuncio iba a terminar por involucrarme en un misterio insondable e iba a ser el preludio de acontecimientos que, por su trascendencia, marcan irremediablemente la vida o muerte de las personas. La hice pasar de inmediato, me dijo que era la mamá del teniente Patricio del Campo, que venía llegando desde Puerto Montt, donde su esposo era el administrador del Hotel Vicente Pérez Rosales.

–Dígame, señora, ¿en qué puedo serle útil?

Me contestó que había hecho un largo viaje (era 1973), tomando primero un vuelo a Concepción, luego otro a San-

tiago y desde ahí otro a Arica, porque no había vuelos más directos. Que dos noches atrás había tenido una escalofriante pesadilla:

–Vi a mi hijo morir trágicamente y vine, coronel, porque sé que mi hijo se va a morir.

–Señora –le contesté–, diariamente recibo información de todo el personal y sé que él ni siquiera ha estado enfermo. Lo haré buscar de inmediato para que lo vea usted misma y lo compruebe, le daré unos días de permiso para que la acompañe y le muestre la ciudad.

Di las órdenes correspondientes y, mientras esperábamos, conversamos de cualquier cosa: de su familia, de su vida en Puerto Montt y del deseo de su hijo de pedir destinación al otro lado del país. Le dije que hacía muchos años mi primera destinación había sido Puerto Montt, de manera que conocía a muchas familias de la zona. Después le conté mi experiencia en Choshuenco, que cuando finalizaba un largo viaje de reconocimiento topográfico en la Provincia de Valdivia conocí a un señor Del Campo en muy curiosas circunstancias.

–Ese señor que usted, coronel, menciona, precisamente, es mi esposo, padre de mi hijo que vi morir. Él me ha contado muchas veces las peripecias que vivió para ir a hacerse cargo del hotel de Choshuenco, que al llegar este se había quemado y de la noche que ustedes pasaron en una ruca. Que siempre trabajó en el rubro y desde hacía algunos años administraba el hotel Vicente Pérez Rosales en Puerto Montt.

Entró el ayudante y me dijo que el teniente Del Campo integraba la Agrupación de Montaña de Putre desde hacia dos meses, cosa que yo mismo había dispuesto por razones de mejor servicio, y por propia petición suya. Ahora hacía uso de dos días de permiso en Arica y estaba siendo buscado. Al poco rato llegó y madre e hijo se fundieron en un largo abrazo. Los dejé un momento y le dije al ayudante que le tramitara un préstamo al oficial y que mientras su mamá estuviera en la ciudad, se le otorgaba permiso espe-

cial. Nada le dije de las aprensiones de su mamá, los dejé para que ellos conversaran con la necesaria intimidad. Después supe que habían paseado, él la había invitado a comer y que la mamá le había pedido que la llevara de vuelta a su hotel porque estaba muy cansada. Se hospedaba en el Hotel "El Paso", ubicado frente al regimiento.

Alrededor de las 22:00 horas, el oficial de guardia me llamó por teléfono porque tenía una comunicación urgente de una patrulla destacada en la frontera con Bolivia. Di órdenes de alistamiento a la Agrupación de Montaña de Putre y me fui de inmediato al cuartel (la casa del comandante está a pocos metros de la guardia), establecí comunicación por radio y el comandante de patrulla me dijo (en código) que estaba a cargo del sector entre el salar de Surire y el paso Japu y que había comprobado el ingreso a Chile de una patrulla boliviana fuertemente armada, compuesta por un *jeep* y dos camiones con tropa. Le dije que se mantuviera en su lugar (cerca de la mina de Choquelimpie) y que ordenaría la salida de la Unidad de Reacción Inmediata. Esto estaba en la planificación permanente, de modo que en no más de quince minutos el convoy se puso en marcha. Así funciona el Ejército, ningún comandante empieza de cero ni puede atribuirse después ser el gran modernizador. Mientras tanto, yo había entrado a mi oficina.

Luego de un tiempo me fui a dormir. Un par de horas más tarde, nuevamente me llamaron desde la guardia, ahora el oficial de ronda (capitán) diciéndome que se había producido un grave accidente que había afectado a uno de los tres camiones que componían la Unidad de Reacción Inmediata (URI). Hice llamar a un conductor y salí de inmediato a ver lo que había pasado, para tomar las providencias del caso. (¿Antuco...?).

Antes de llegar a Poconchile, había un soldado en el camino. Me detuve y me dijo que él viajaba en el camión accidentado, que el conductor se había detenido en la berma

y le había pedido al oficial a cargo que entrara a la cabina porque antes de salir lo había sentido estornudar y que por el frío de la noche arriba iba a terminar con neumonía.

–¿Quién estaba a cargo?

–Mi teniente Del Campo, mi coronel.

–¡No puede ser!... Yo le di permiso hace unas horas.

–Pero era él, mi coronel.

Después de que el oficial entró, el conductor siguió ascendiendo el cerro, pero posiblemente por la neblina confundió la línea central por la del costado y el vehículo cayó verticalmente muchos metros al precipicio. En la noche era imposible ver algo hacia abajo ni con las linternas que llevábamos. Quise bajar a pie y la quebrada era tan pronunciada que caí varios metros. Por radio pedí auxilio al regimiento. Regresé a mi oficina y de paso le pedí a mi esposa que me acompañara donde la mamá del teniente. Mientras tanto, me habían confirmado la muerte del teniente, además del conductor y ocho soldados. De madrugada toqué la puerta de la habitación de la señora, que apenas me abrió me dijo:

–Mi hijo murió, ¿no es cierto, coronel?

–Sí, señora, lo lamento profundamente, murió. Como soldado y su superior jerárquico me siento profundamente honrado de haberlo tenido bajo mis órdenes. Murió como un héroe en acto del servicio, su nombre quedará grabado en un lugar de honor de este cuartel.

Efectivamente, años después, uno de mis sucesores en el mando hizo inscribir en una estela de piedra el nombre de todos los que dejaron sus vidas por servir a esta prestigiosa unidad. Pedí que la visitadora social del regimiento la acompañara durante la noche.

Misteriosas implicancias se dieron cita para provocar la tragedia:

• No le correspondía integrar esa unidad especial, él pertenecía a la Agrupación de Putre y estaba doblemente con permiso; después de cinco días en la montaña, el personal debe bajar rotativamente y puede estar dos días en Arica. Por eso él había bajado. Luego llegó su mamá y yo lo autoricé para acompañarla por el tiempo que ella estuviera en la ciudad.

• Él tiene que haber tomado conocimiento por casualidad de esa misión, porque, supuestamente, estaba descansando y seguramente, conociendo su espíritu militar, se ofreció a reemplazar a un oficial enfermo.

• Por propia decisión, él subió en la parte de atrás del último camión, que fue el accidentado.

• El conductor se detuvo en medio de la cuesta, en la berma, en una noche de mucha neblina, y le pidió que entrara en la cabina, para evitarle un eventual agravamiento a su salud, cosa que hizo. Dos soldados que iban en la tolva se salvaron.

• Efectivamente, por error, el conductor tomó como línea central la que marcaba la berma, justo donde casi no la había y se iniciaba el precipicio.

La horrible premonición de la mamá se cumplió con un determinismo ineluctable, provocándonos a todos una gran angustia. Sin poder imaginar toda esta larga sumatoria de circunstancias imprevisibles, él tomó la decisión de embarcarse en un largo y azaroso viaje. Ella, su mamá, "sabía" que su hijo "iba a morir trágicamente". Y… murió. El destino parece ser el amo definitivo de nuestras vidas y no podemos prever sus inescrutables designios.

De nuevo en el cuartel, pedí más antecedentes y la relación de los soldados fallecidos. Solo un conscripto era de Arica, todo el resto era de distintos lugares del sur. Hice enviar telegramas expresando el pésame e indicando que el regimiento se haría cargo de todo. Pedí a mi esposa que me acompañara

también a la casa del soldado conscripto. Vivía en el extremo de una paupérrima población en una muy precaria vivienda de cartones y plástico. Allá nos fuimos. Ante el ladrido de numerosos perros, asomó a lo que hacía de puerta una anciana. Le pregunté si era la mamá del soldado tal.

–Sí –me dijo–, yo soy.

Le dije que su hijo había muerto en un acto de servicio, que lo sentíamos infinitamente y que el regimiento estaba de luto y nos haríamos cargo de todo. Nos agradeció emocionada que hubiésemos ido con mi esposa a esa hora.

Al día siguiente, muy temprano, de nuevo en la oficina, el ayudante me dijo que la mamá del soldado que había fallecido y a cuya casa habíamos ido a dar el pésame en la madrugada, estaba con un hijo pequeño y quería hablar conmigo.

–Entre usted también, Jaime, con ella, para ver qué es lo que puede requerir.

–Por favor, señora, ¿en qué puedo serle útil?

–Mire, coronel, mi hijo menor y yo nos sentimos muy orgullosos de su hermano mayor porque había cumplido el sueño de su vida y era soldado del "Rancagua"; como él murió, este quiere representar a la familia y quiero que usted lo reciba, dicho lo cual lo tomó de la mano y me lo entregó.

Un gesto increíble de parte de una madre que solo horas antes había perdido un hijo.

–Señora, le dije, su hijo es muy pequeño y no tengo facultades para ingresarlo al regimiento.

Solo en ese momento rompió en lágrimas desconsoladamente.

–Déjemelo, señora, va a ser soldado.

Lo ingresamos, le mandé a hacer un uniforme y lo puse a cargo de un sargento de la compañía a la que había perte-

necido su hermano, como tutor. Costeamos sus estudios y cuando era posible se le proporcionaba instrucción militar elemental. Fue soldado del "Rancagua". La semilla del heroísmo está en la sangre de nuestro pueblo.

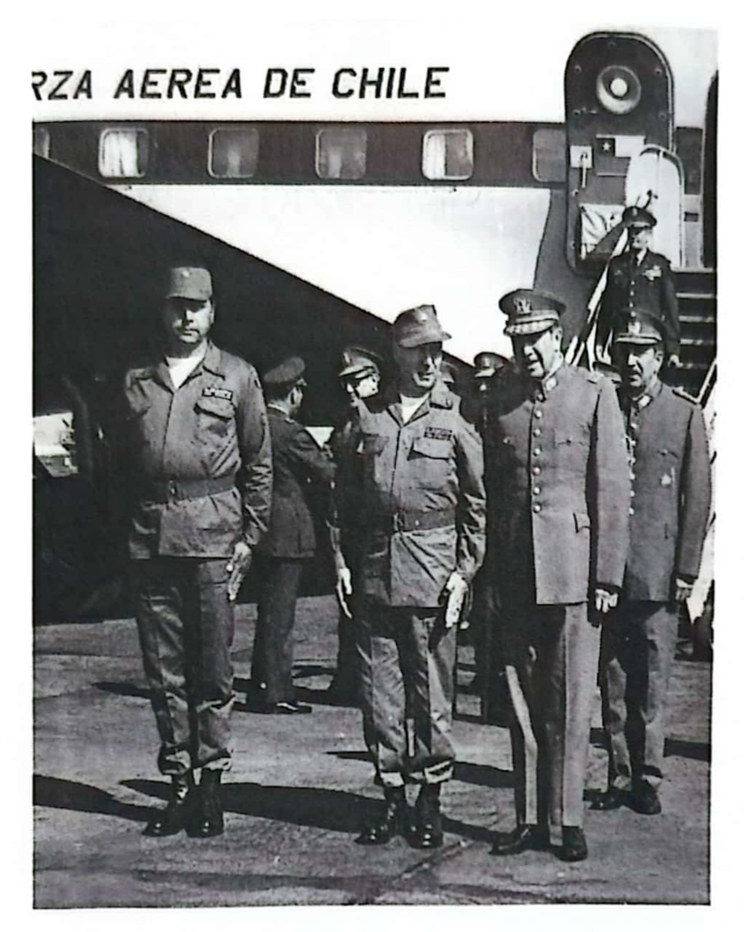
Durante la mañana fui a ver el lugar del accidente y el trabajo de las patrullas de rescate. El camión había caído verticalmente y estaba al fondo de una quebrada de más de sesenta metros con las ruedas hacia arriba. El golpe fue tan recio, que se rompió hasta la culata. Para rescatar los restos hubo que arreglar una huella a lo largo de la quebrada.

Años después escribí este trágico episodio en una publicación del Ejército. Un oficial amigo mío que lo leyó me llamó por teléfono contándome que conocía toda la zona cordillerana que habíamos recorrido tantos años atrás para llegar a Choshuenco y que además era amigo del matrimonio Del Campo, que ahora residía en Santiago. Le pedí que me facilitara una entrevista con ellos y los fuimos a visitar. Dos fotografías del oficial decoraban el living, bruscamente resurgieron imágenes y recuerdos nítidamente impresos en alguna parte de mi mente.

EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973

Como comandante del Regimiento "Rancagua" en Arica, supe de este importantísimo hito histórico de nuestro país el mismo día, a las 8:15 horas de la mañana, por un llamado telefónico de mi superior directo, el general Carlos Forestier H., comandante en jefe de la VI División en Iquique, y a esa misma hora el regimiento pasaba al mando del segundo comandante frente a mi oficina, para hacer prácticas de desfile, preparándose para las celebraciones patrias tradicionales, que se realizarían pocos días más adelante. Así era mi ignorancia de lo que ocurría en Santiago y en el resto del país. Nunca tuve ni siquiera una velada advertencia de lo que se preparaba, si es que cabe usar esta expresión, puesto que todo ocurrió como una suma de improvisaciones. Ni siquiera en Santiago las unidades sabían lo que iba a pasar, tal vez con excepción de algunos comandantes. Sé que ese día se hizo formar a la Escuela Militar en tenida de combate, muy temprano en la mañana, supuestamente para ir a cumplir misiones de la Ley de Control de Armas, y fueron sorprendidos cuando el coronel director hizo conectar los altoparlantes y salió al aire el comunicado de la Junta de Gobierno.

Dada la inminencia de una agresión peruana y la manifiesta vulnerabilidad que implicaba la eventual coincidencia con graves circunstancias de orden interior, tenía desde hacía algún tiempo desplegado en la frontera un discreto pero fuerte patrullaje armado y, al mismo tiempo, debía seguir proyectando imagen de normalidad, de manera de no mostrar signos de debilidad que alentaran intentos oportunistas. Este mismo hecho me impulsó a llamar, como primera medida al conocer la noticia, al comandante de la Guarnición Militar de Tacna, general Artemio García Vargas, para advertirle del Pronunciamiento Militar en Santiago y que, a raíz de lo ocurrido, yo iba a cerrar la frontera y hacer movimientos de tropas, pero que ellos nada tenían



Pinochet visita Arica – 17 de octubre de 1973

que ver con nuestra situación vecinal, ya que, obviamente, si ellos advertían algo irregular, podían usarlo de pretexto para iniciar sus propósitos ofensivos y culparnos a nosotros del inicio de hostilidades.

Consideré tan grave el que se me haya mantenido absolutamente ignorante de lo que había ocurrido, que cuando llegó Pinochet a Arica a pasar revista de la planificación defensiva y el avance de la construcción de las fortificaciones, refugios y otras instalaciones, con el Estado Mayor de la Defensa Nacional, entre el 17 y el 20 de octubre de 1973, le dije que necesitaba conversar a solas con él. Le planteé que, dadas mis responsabilidades de mando, necesitaba que él me explicara por qué no se me había incluido entre los que estuvieron en conocimiento de los hechos. Me dijo que fue por razones de seguridad, para evitar que la noticia se filtrara. Le contesté que había sido un error porque, al ignorarlo se podía dar margen para que pudiese haber cometi-

do imprudencias cuyos efectos pudieron ser imprevisibles, dada la magnitud de los desafíos que debía adoptar (solo mucho tiempo después supe que él siempre estuvo indeciso de cómo proceder. Sus responsabilidades iban a ser inmensas y tenía que ponderar todas las aristas posibles).

Le conté que una tarde del mes de agosto, mi gran amigo Hugo Mossó W. me llamó por teléfono diciéndome que a su casa en Azapa había llegado en grupo de santiaguinos y querían urgentemente reunirse conmigo, si yo aceptaba. Por supuesto, le contesté, salgo ahora mismo. Al llegar me encuentro con siete u ocho señores muy formalmente vestidos, de unos treinta y cinco a cuarenta años. Después de los saludos, el que hacía cabeza me preguntó si yo los necesitaba identificar o no. Le contesté que si les era más cómodo no hacerlo, que yo no tenía inconveniente. El portavoz me dijo:

–Mire, coronel, la situación en el país es intolerable, vamos de lleno a una guerra civil, con todas las consecuencias que ello puede traer. Nosotros pensamos que habría una forma que permitiría eludir estos terribles presagios.

Mientras tanto, yo los observaba, todos parecían profesionales, seguramente algunos empresarios y se veía en ellos una especie de grave solemnidad, aumentada por el color gris oscuro de sus trajes a medida.

–El caso es, coronel, que pensamos que habría una forma incruenta para evitar esta tragedia para el país. Tanto usted en el extremo norte, como el general Manuel Torres de la Cruz en Punta Arenas, son profesionales de gran prestigio institucional. Si ustedes tomaran detenidas a las autoridades civiles locales al mismo tiempo, el Gobierno en Santiago necesariamente debería caer. Es difícil, si no imposible, pensar que las Fuerzas Armadas monten operaciones desde Iquique y Puerto Montt para liberarlas.

Y ahí se produjo un largo silencio, como esperando mi respuesta.

–Bueno –les dije–, gracias por el elogio que significa esta propuesta. Pero, después… ¿qué? Supongamos que cayera el Gobierno, ¿qué viene a continuación?

–Bueno –dijo el portavoz–, nosotros veríamos cómo pasar a la otra etapa para reemplazar a Allende.

–¿Cómo? –les pregunté–, ¿no tienen ninguna idea?

–No, ya veríamos qué hacer, mi coronel.

–Lo siento mucho, les contesté, todo plan debe tener tres etapas que describan el comienzo, el desarrollo y el término. El "para qué" debe estar muy claro desde el comienzo, habiéndose ponderado todas las eventualidades y aquí eso no está. Pero hay algo más importante que ustedes no han considerado. Nuestras Fuerzas Armadas tienen una estructura claramente vertical, disciplinada, no hay espacios para caudillos y, naturalmente, yo no lo soy. La culminación natural a sus ideas fatalmente sería la anarquía y de ahí a una guerra civil habría un paso. De modo que qué les parece si cambiamos de tema y disfrutamos este excelente trago que nos ofrece nuestro común amigo Hugo.

Pasaron los años y nunca supe quienes habían sido esas personas, hasta que en una oportunidad fui citado a participar en una ceremonia de cambio de gabinete y, para mi sorpresa, ahí juró como ministro uno de los "confabulados".

Volviendo a la conversación que teníamos con Pinochet.

–¿Y qué habría pasado, mi general, si yo hubiese optado por aceptar ese curioso ofrecimiento?

–Quién sabe, Odlanier... Cómo íbamos a suponer ese desvarío. Así estaban las cosas en Chile. Cualquier idea parecía plausible con tal de sacar a Allende. La situación no podía durar más tiempo, la institucionalidad se caía a pedazos. No había alternativa alguna, como ahora algunos han señalado con vehemencia y claros propósitos politiqueros.

Lo grave es que no se evaluó, por quienes precipitadamente resolvieron el 11 de septiembre de 1973, que también

estábamos en peligro de guerra externa. Obsesionados con los acontecimientos en Santiago, olvidaron que sobre nosotros se cernía una amenaza, tanto o más grave como la que motivó su decisión de poner término al gobierno marxista. Supe varios años más tarde que algunos buques de la Armada Nacional, que estaban haciendo ejercicios con buques norteamericanos a la cuadra de Arica, debieron retornar precipitadamente a Valparaíso. En lugar de eso, a mi juicio, al dar por finalizada esa operación conjunta debían haberse quedado en la zona, como elemento de disuasión. Errores de ese tipo pudieron habernos costado la pérdida de la Provincia de Tarapacá, publicitado objetivo de la planificada invasión peruana.

De las graves infiltraciones en la Armada, que solo hemos conocido en detalle casi cuarenta años después, al publicarse el libro de Germán Bravo Valdivieso, sabíamos muy poco en 1973. Cada institución armada era una suerte de compartimento estanco.

El regimiento a mi mando, a pesar de su poderío, no habría podido resistir más de 48 horas a una ofensiva peruana antes de ser aniquilado, pese a lo cual Pinochet, como se verá, me exigía sostener la posición durante al menos siete días, para dar tiempo a la llegada de refuerzos. Esto no pasaba de ser un buen deseo. Hay un viejo dicho de cuartel que quizás explica muchos hechos del pasado: "Los deseos de un superior son órdenes para los subalternos". Al menos, entonces, así interpretábamos el deseo del mando, que conjugábamos con el "papel de la unidad en el conjunto" y era indispensable proveer de tiempo "a cualquier costo" para la llegada del resto de las fuerzas.

Después de la comunicación inicial del cambio de Gobierno, los hechos tomaron una dinámica propia y cada comandante de unidad y jefe de Zona en Estado de Sitio fue yendo de improvisación en improvisación en la puesta en marcha de la nueva administración. Sin embargo, casi to-

dos, por una enorme unidad de doctrina, sin recibir órdenes o instrucciones de cómo proceder, adoptamos medidas más o menos similares, pidiendo la colaboración de ciudadanos patriotas en la puesta en marcha de los servicios y en la reorganización que debíamos encabezar para superar la carga ideológica que imperaba en las instituciones regionales.

Todo esto, que involucraba responsabilidades comunes a lo largo y ancho de nuestro país, se acrecentaba en Arica hasta niveles difíciles de imaginar, como las que tenía yo como comandante de tropas en situación de resistir dicha inevitable invasión peruana. Huelga decir que la única manera de disminuir en algo el tiempo que debía dedicar a cada materia era delegando el mando en aquellas secundarias, especialmente administrativas. El juez sentenciador del "Caso Arica" también desconoció este hecho elemental de buen servicio. Aun más, cuando las competencias involucradas correspondían legal y reglamentariamente a otras jerarquías, ni siquiera cabía hacer delegación de mando en algunas de estas materias. Quizás adelanto conclusiones. La verdad, es así, porque se da la casualidad que conozco la historia (no estaba sentado sin moverme de mi escritorio).

Retrotraigamos un poco el relato para visualizar mejor los hechos. En octubre de 1968, la inteligencia cubana facilitó al izquierdista general peruano Juan (el Chino) Velasco Alvarado que derrocara al presidente constitucional Fernando Belaúnde Terry (según el libro *Volver a matar*, ya citado) e inmediatamente buscó potenciar a sus Fuerzas Armadas. Su misión era "recuperar por la fuerza la Provincia de Tarapacá antes del centenario de la Guerra del Pacífico". Para lograr sus propósitos, compró en la URSS una gigantesca cantidad de armamentos; entre otros, más de cuatrocientos cincuenta tanques de última generación. Cientos de oficiales y personal del cuadro permanente peruano fueron a especializarse en su manejo a las propias fábricas soviéticas. La Habana invitó al general Francisco Morales Bermúdez para "ofrecerle apoyo, si ese país avanzaba sobre Chile" (en ese tiem-

po había un fluido intercambio de visitas entre Cuba y Perú, de acuerdo con el libro de Montesinos, ya citado).

Muchos personajes extranjeros, de proyección mundial, se han referido a este empeño belicista peruano, entre otros el insigne escritor Vargas Llosa. Antes fue Fujimori, quien dijo: "Durante algunos años se pensaba que deberíamos hacerle la Guerra a Chile". Y en una bajada de título en su declaración agregó: "No hay un Ejército con tantos tanques, aviones y misiles como el del Perú y este armamento se compró para usarlo contra Chile". El general Vernon Walters, subdirector de la CIA, señaló: "Nosotros sabíamos que los más de cuatrocientos tanques estaban al sur de Arequipa, ordené el desvío de un satélite para que los ubicara concretamente" (nosotros, en Chile, por supuesto, no lo supimos). Aunque parezca increíble, se ha sostenido con fundamentos, al parecer por propia declaración de uno de sus miembros, que el PC chileno habría instigado ante autoridades del Gobierno cubano para promover que el Perú invadiera Chile, como una forma de hacer caer al Gobierno Militar. Como resultado de esta gestión se habría originado la invitación a La Habana del general Morales Bermúdez. Cuesta creer una monstruosidad tan grande. Pero es la historia.

Pero volvamos a la Guerra Fría. El desarrollo avanzaba a saltos descomunales en esta competencia entre Oriente y Occidente. La ciencia y la tecnología cambiaban el mundo entero. Se exploraba el espacio hasta confines insospechados y, al mismo tiempo, aquí en la tierra, en la medida que nos globalizábamos, se desestabilizaban gobiernos y se promovían conflictos armados para hacer ganar zonas de influencia a los países rectores.

Entre esos movimientos, el del año 1968, "Exijamos lo imposible en París", contra De Gaulle, y el "Cordobazo" argentino del 69, el mundo se remece en un frenesí de violentas reivindicaciones. En Argentina, al amparo de la demagogia peronista, la actividad terrorista y su paralela capacitación

militar florecen y se expanden, afectando también a Chile. Estados Unidos hace caer gobiernos y desestabiliza a otros para reforzar su tutela. Particularmente en Centroamérica (Nicaragua), crea la organización de "Los Contra", a la que de inmediato se incorporan efectivos regulares argentinos comandados por oficiales de inteligencia; ellos son "la mano del gato" que necesita para sacar sus castañas. EE. UU. le da el mando a un general de ese país para hacerse cargo de todos los grupos "Contra". Los argentinos ven facilitada su actuación en las tierras nicaragüenses porque hay una extraña similitud de pronunciación al acentuar las últimas sílabas. Hubo serios intentos para también tratar de convencer a Chile para que enviara también tropas, pero fracasó. El alto mando consideró -y con razón- que no podía enviar como mercenarios a tropas institucionales. Paralelamente, varios guerrilleros cubanos, chilenos y de otras nacionalidades aplican sus conocimientos en nuestro país, ya sea integrando el GAP o directamente realizando acciones violentistas.

El gesto argentino -de abierta colaboración- le deja un saldo a favor en la estima norteamericana, que después la reconoce como "Aliada extra OTAN". Pero antes, EE. UU. había ya aplicado la Enmienda Kennedy, especialmente dura contra Chile, quizás por la falta de cooperación. Se trata del mismo Kennedy que fue condecorado por la expresidenta Bachelet por sus "meritorios servicios a nuestro país". Así, las preseas nacionales se usan para pagar muy discutibles favores político-ideológicos que repugnan a la dignidad del país. Como antecedente ilustrativo, ahora en esto de la transparencia, debería publicarse a quienes durante estos veinte años de gobiernos concertacionistas se les ha entregado condecoraciones chilenas, de qué rangos y por qué méritos.

El Cuerpo de Generales de Ejército y otras instituciones de las FF. AA. y Carabineros editaron en 2007 un libro llamado *La verdad olvidada del terrorismo en Chile*, refiriéndose justamente al período 1978-1996, una realidad desconocida dada la sistemática y costosa campaña de desinformación

promovida desde el Gobierno. Hábilmente se ha ocultado la terrible secuela de muertes que ocasionó en nuestro país la violencia como instrumento de acción política. Durante veinte años se ha manipulado a la opinión pública, ocultando el hecho de que la Unidad Popular, para construir su Gobierno e imponer su Dictadura del Proletariado, se empeñó en destruir primero desde sus cimientos al Estado y luego a la sociedad burguesa.

En estos días hay en Roma homenajes a Gramsci. El senador Núñez dice haberlo leído durante su exilio en Alemania Democrática y agrega: "pese a que era difícil encontrarlo", ¡cómo no iba a serlo si era la antítesis del que se practicaba en ese país! Será interesante conocer el libro que ha escrito sobre este importante ideólogo marxista el señor Antonio Leal; al parecer se publicó soterradamente, para que su teoría no se la relacione con el Gobierno Bachelet. Ojalá se describan en el la aplicación real de su praxis en Chile y las metas que ha debido alcanzar.

Combatir al terrorismo es enfrentar a un enemigo solapado, que ataca por sorpresa, que acciona inteligentemente a su voluntad todos los factores que le son propicios; lanza sus ataques encubriéndose entre la población civil; blanco, ella misma, generalmente, de sus acciones demenciales. Enfrentarlos exige dosis muy altas de tensión y desgaste, que van socavando progresivamente los límites psicológicos morigeradores del equilibrado raciocinio e impulsan a una desmedida reacción, probablemente causa de muchos excesos. Nada justifica, sin embargo, algunas acciones planificadas de castigo, especialmente aquellas muy posteriores al pronunciamiento militar, que se convirtieron en hechos de venganza, pero su explicación está clara con la ejecución del Plan Retorno de que se jacta Andrés Pascal Allende, desde la alta tribuna de la Universidad Arcis, donde se han reunido las principales figuras de la izquierda dura.

Es cierto que toda acción genera una reacción, pero los organismos del Estado tienen que actuar responsablemente

de acuerdo con los límites de la ley. Ahora se olvida que toda la sociedad exigía a los militares que asumieran sus obligaciones de garantes de la institucionalidad. Es injusto olvidar ahora por qué llegamos a esos extremos de polarización y no pensar en qué hubiere ocurrido si las FF. AA. y Carabineros de Chile se hubieran dividido. La respuesta es, sin duda, la Guerra Civil. Dondequiera que haya acciones terroristas que perduren en el tiempo, surgen necesariamente reacciones excesivas. Además de los casos reales que pudieron ocurrir, los elementos subversivos siempre tienen instrucción de denunciar torturas y abusos cuando son detenidos. Lo hacen por doctrina, aunque nunca les hubiera ocurrido. En todo caso, es parte de su preparación militar asumir siempre, en caso de caer detenido, el haber sido torturado. Habiendo pasado tantos años desde que ocurrieron los hechos, debe resultar muy difícil juzgarlos en su verdadero mérito.

Antes de continuar viajando a lo largo de los años, entre destinaciones y experiencias, hagamos un paréntesis para ir completando el cuadro de los hechos desconocidos que marcaron una etapa de nuestra vida institucional.

En 1968, año de muchas connotaciones político-sociales en Chile y en el mundo, en la Dirección de Inteligencia del Ejército, donde era jefe de Departamento, elaboramos un informe pormenorizado del peligroso estado de abandono en que se encontraba la institución. Este documento, en el cual trabajé personalmente, fue de iniciativa del director de Inteligencia, general Ernesto Baeza M. Pese a la gravedad de su contenido, fue irresponsablemente guardado en el cajón del escritorio del comandante en jefe.

Poco después, como un elemento de presión, porque la situación de menoscabo de las instituciones armadas era insoportable, todos los oficiales entregaron sus renuncias a sus respectivos comandantes. Espontáneamente, dos generales fueron a mi oficina, me entregaron las renuncias correspondientes de los oficiales de la Guarnición de San-

tiago, en un acto que dado mi grado de mayor constituyó una gran demostración de confianza. Solo ellos supieron su destino. El comandante en jefe pidió a los generales que retiraran las renuncias, porque él iba a representar, según dijo, con mucha firmeza, al día siguiente, esta grave situación al Gobierno; pero, tampoco hizo nada.

En 1969, como consecuencia de su inacción y mientras el cuadro vecinal se complicaba progresivamente, se produce una seria crisis institucional en el Ejército por las mismas razones que habían impulsado la presentación de las renuncias, entre otras: remuneraciones miserables (en todo caso, este aspecto no debe confundirse con los reclamos de sindicatos, porque nuestras necesidades eran tanto profesionales, fundamentalmente, como personales; luego, mucho más profundas) y carencia de medios adecuados para enfrentar los desafíos internos e internacionales que se veían en el horizonte; no había vehículos de transportes, ni municiones para prácticas de tiro, se hacían réplicas en madera de ciertas municiones; había serias deficiencias en vestuario, equipos de sanidad y repuestos de todo orden; no había combustible para hacer ejercicios indispensables. Este episodio se conoce como el "Tacnazo", donde se reunió una enorme cantidad de oficiales de Santiago e incluso llegaron oficiales de provincias. Se le propuso un plan al comandante en jefe del Ejército, general Sergio Castillo Aránguiz, para evitar que el general Viaux, que dirigía el movimiento, viajara a Santiago. Viaux estaba al mando de la División de Antofagasta y el plan simplemente consistía en que yo fuera a esa guarnición para intentar disuadirlo, llevándole pruebas reunidas por Contrainteligencia, porque sus intenciones eran ampliamente conocidas (incluso por Investigaciones) y se le iba a arrestar en el aeropuerto. Nuevamente, no tomó ninguna resolución; llegó el general Roberto Viaux y se acuarteló en el Regimiento Tacna, como estaba previsto.

El comandante en jefe, general Castillo, me ordenó que fuera a una reunión de emergencia en La Moneda y entre-

gara un documento. Crucé a pie (ya que el Ministerio de Defensa quedaba al frente) y en la entrada me encontré con un señor que estaba de espalda a mí y gritaba, a voz en cuello: ¡hay que bombardear a estos milicos de mierda! Yo estaba de uniforme; por supuesto, lo tomé de un brazo con rudeza y lo increpé duramente por la irracionalidad de lo que estaba diciendo. Al darse vuelta, me di cuenta de que era el senador Juan Hamilton Depassier (democratacristiano, el mismo del desmalezamiento). Se sintió muy sorprendido y luego tuvimos una corta pero esclarecedora conversación.

Después de entregar el documento a quien correspondía, regresé a informar al comandante en jefe, quien estaba reunido con los generales y comandantes de la Guarnición de Santiago. El ayudante me hizo entrar –me sentí como pollo en corral ajeno, ya que todos los demás eran generales o coroneles antiguos y destacados, porque mandaban importantes unidades de la Guarnición de Santiago y San Bernardo–. No bien me había sentado cuando escuché a un coronel al mando de una Escuela de Instrucción de Santiago, cuyo nombre me reservo por ahora, que dijo exactamente lo mismo que yo había escuchado momentos antes en La Moneda:

–¡Hay que bombardearlos!

En ese momento, y golpeando la mesa, el entonces coronel Carlos Forestier H., director de la Escuela de Infantería de San Bernardo, exclamó airado: "¡Eso es una estupidez, están todos los oficiales de la Guarnición adentro, sería una masacre! ¿Cómo responderemos ante la historia?". Esta fuerte expresión, dicha en tono muy enérgico, fue, a mi juicio, la que determinó el curso de los acontecimientos. Y lo que ahora se recuerda solo como un incidente más en la vida del Ejército, casi como el episodio del "ruido de sables" o el "complot de las patitas de chancho", habría constituido un hito dramático y vergonzoso en la vida del Ejército y del país.

Los verdaderamente responsables del "Tacnazo" habría que buscarlos entre los dirigentes democratacristianos que habían abandonado irresponsablemente a las Fuerzas Armadas a un nivel de creciente pauperización. Por razones para mí inexplicables, nunca ha habido relaciones transparentes y de confianza recíprocas entre las Fuerzas Armadas y los gobiernos democratacristianos.

Recuerdo al respecto una anécdota. Almorzaba yo solo, de civil, en un restaurante cercano a Valdivia; puede haber sido en La Unión o Panguipulli, no sé. De pronto entra un grupo de señores, entre los cuales estaba el entonces senador Patricio Aylwin. Se sentaron en una mesa vecina. Era una fecha próxima a las elecciones presidenciales y escuché nítidamente al señor Aylwin decir, porque hablaban en un tono muy alto: "En Defensa vamos a poner al mejor de nuestros hombres para controlar a los milicos, a Juan de Dios Carmona –a quien yo entonces no conocía–, él sabrá entenderse con ellos". Fue realmente un excelente ministro de Defensa. La Ley de Control de Armas y Explosivos –de su autoría– fue una herramienta extremadamente eficaz para controlar al terrorismo. Como era una persona de criterio muy amplio, terminó junto con William Thayer por alejarse del partido. Esa ley permitió incautar muchas armas y disuadió la entrega oportuna a quienes estaban destinadas: los cordones industriales y grupos subversivos que actuaban en el agro. El señor Carmona fue una excepción; carecía, como ya dijimos, del sectarismo de muchos de sus colegas. Años más tarde lo conocí, ya era exdemocratacristiano; conversamos muchas veces y a él recurrí para que me ayudara, cuando fui director de la CNI, para tender lazos de entendimiento con los familiares de los detenidos-desaparecidos, los que desgraciadamente no prosperaron por intransigencia del cardenal Silva Henríquez, presionado por la Democracia Cristiana en su afán obcecado de hostilizar a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile para que les regresaran el poder (también en ese empeño se menciona al

señor Enrique Iglesias, a la sazón a cargo de BID), y exigía establecer responsabilidades judiciales para los uniformados, no para que los que provocaron el Pronunciamiento Militar con la acción subversiva.

Recientemente, ante una opinión presidencial que homologaba a ambos sectores en pugna, los diputados comunistas, recalcitrantes en sus esquemas fosilizados que representaban posiciones ajenas, intrusas al sentir mayoritario del país, a pesar de que esta comparación los favorecía, porque nos igualaba, se retiraron indignados. En cambio, esa enorme mayoría, ahora anestesiada, "calla y otorga", nadie dice nada y así ellos siguen avanzado, siempre corriendo las cercas. Ya se acepta que los unos éramos iguales a los otros; pero, naturalmente, nosotros éramos los malos, que no dejamos que don Salvador nos salvara. Pareciera que nuestro país llevara consigo el mal de los *lemmings*, que cada cierto tiempo los impulsa a suicidarse. Ellos saltan al vacío, mientras nosotros optamos por elegir gobiernos de izquierda, que es casi lo mismo. Castro, Allende, Chávez, etc., son otras expresiones de desastre, de pérdida de la cordura, aunque Camila se resista a creerlo.

Bachelet se encargó de almacenar abundantes resentimientos en museos, memoriales y monumentos, para que sus huestes los agiten cada tanto y así mantener vivos los agentes patógenos que nos dividen. Me han asegurado –no me consta– que del Museo Militar, en la que fue "mi" Escuela Militar, han desaparecido todos los vestigios del Gobierno del que alguna vez, con mucha honra, me tocó ser parte. Sería lamentable y vergonzoso si ello fuera cierto.

Ahora, a más de treinta años de ese Gobierno, sigue la permanente prédica en contra de la dictadura; los delitos así aparecen fuera de contexto, porque fueron contemporáneos de acciones violentas generadas por la izquierda, pero, a pocos días de entregar el poder Bachelet, se exaltan las mismas figuras que condujeron al caos institucional,

presentándolas como ejemplo de virtudes democráticas y republicanas. Para la izquierda que gobernara antes, especialmente durante ella, todavía aparece Cuba como exitoso paradigma de virtudes nacionalistas democráticas en nuestro continente y ella no hace un solo gesto para los disidentes que sufren sus excesos.

Las palabras presidenciales, reiteradamente pronunciadas ahora en el imponente marco de la Portada de Antofagasta para conmemorar el 11 de septiembre de 1973, reflejaron la distorsión que el tiempo y la aplanadora campaña de la Concertación, versión *light* de la UP, han ocasionado: igualar las responsabilidades de los hechos ocurridos durante el período de Allende, señalando incluso, inapropiadamente, que "ambos bandos habían resuelto destruirse recíprocamente". Mientras los primeros constituyeron siempre una fracción minoritaria, extraña al espíritu de la Patria, ideologizada en extremo, que quería imponer por la fuerza el sistema político inspirado en las dictaduras comunistas de Moscú y La Habana, sí eran solo un bando, cuando no una banda; el resto éramos todos, la inmensa mayoría del país que logramos oponernos a sus designios, gracias a lo cual ahora disfrutamos de un país próspero y tenemos, cada vez más cerca, la posibilidad de alcanzar los niveles de desarrollo que nos merecemos. Los gobiernos de turno deben transmitir la historia verdadera, no la amañada.

El campo de la cultura, como se la ha entendido en los gobiernos concertacionistas, es una fuente formidable de exaltación gramsciana que tiende a imponer relativismo en los valores morales. Así se han introducido distintos tipos de familia, afirmándose que no reconocerlas es taparse la vista para no querer ver. El resultado de este deterioro moral es que, en aras de la libertad, han ido desapareciendo formas de estructuras familiares connaturales a nuestra condición humana y los estímulos para consolidar el tejido social fundamental para el desarrollo del país.

Detengámonos otra vez en don Antonio Gramsci, que es un personaje ignorado en nuestros afanes cotidianos, pero que sin embargo influye secreta y poderosamente en el diario peregrinar de nuestro país y de sus instituciones y de todos nosotros, sus habitantes. Para ello citaré una publicación de don Jaime Antúnez Aldunate, donde conversa con dos connotados expertos sobre la materia, Augusto del Noce y Fabio Capucci, acerca del pensamiento de este gravitante auténtico fundador y teórico político del Partido Comunista, contrario a la ortodoxia marxista.

Sigue el profesor Antúnez Aldunate a través de Capucci: "pues, en efecto, en el campo mismo de los católicos, podían observar la existencia de diversos movimientos contestatarios al magisterio de la Iglesia, movimientos de cristianismo popular bastante extendidos, con colaboradores no solo marxistas, sino que en los mismos partidos burgueses en campañas como las del divorcio y el aborto". Cualquier semejanza con la realidad es simple coincidencia.

Sigamos: *el problema que Gramsci plantea es cómo implantar el comunismo en un país desarrollado, donde la clase media es muy amplia, donde no hay una posición frontal de proletarios y capitalistas. Hay que modificar la mentalidad, cambiando la cultura de la gente.* Y sigue: *Gramsci quería presentar la posición revolucionaria pura. Ello, para él, implicaba que el Partido Comunista no era un partido sino una concepción de la vida. El marxismo gramsciano es un cambio auténticamente filosófico, fundándose precisamente en la conciencia de constituir una nueva cultura «total-totalitaria», como él repite constantemente.*

El señor Antúnez Aldunate agrega: *Los políticos occidentales no se han dado cuenta de la verdadera naturaleza del comunismo que tenían por delante.* Y después agrega: *Se han dedicado a la economía, dejando a los marxistas campo libre en todos los lugares de elaboración de la cultura, desde la escuela hasta la universidad, donde se forman los cuadros intelectuales, y gradualmente todos los medios, plasmadores de la cultura popular.*

Los marxistas, por tanto, no solo han tenido a su disposición los medios necesarios para la propia penetración cultural, sino que se han encontrado que podían actuar en un terreno que el adversario había dejado vacío, al retirarse a las cómodas playas del progreso material (lo subrayado es mío). Podría jurar que conozco este paisaje, es más, lo veo a diario en todos los diarios y en todos los medios de comunicación.

En el contexto de la politización de la cultura es donde la emoción ocupa el lugar de la razón; cualquiera que defienda los valores tradicionales pierde, por eso mismo, el derecho a la palabra. Será un enemigo que hay que suprimir, al que hay que callar, con el que no se discute.

El recuerdo frecuente de mis queridos nietos me lleva a dirigirme constantemente hacia ellos; pero, por extensión, lo hago también preferentemente a todos los jóvenes de mi país y a mis compañeros de armas a cuya familia pertenezco desde el fondo de mi corazón y me imagino que de algún modo escribo mis propios Quaderni del Carcere, *como Gramsci.*

Los valores tradicionales de la familia no son una verdad revelada, ni tampoco anulan la razón. Constituyen un valor probado a través de miles de años de evolución. Si el carrete no da tiempo para tratar de estudiar estas cosas tan abstrusas, háganlo corto: Voten por los valores, tradiciones y personas individuales que los representen. Observen, por favor, el rol de los independientes; ellos inclinan la balanza, a menudo no están sujetos a la decisión de otros que muchas veces son expresión de pequeñas minorías que se irrogan representaciones que no tienen o que, integrando algún partido político, sugieren cosas extravagantes para hacerse notar, asumiendo posturas díscolas. Si los valores han servido en el pasado para constituir familias estables y felices, como las de ustedes, ¿por qué desecharlas?

No obstante, es necesario reconocer la importancia irreemplazable de los partidos políticos bien estructurados,

respetuosos de sus principios, con tradiciones éticas y morales. Con líderes que sean respetados, son indispensables para el buen funcionamiento de todo régimen democrático, única forma de que el país pueda contar con la estabilidad necesaria para continuar avanzando, sin sobresaltos, en pos de sus destinos. Protagonismos personales, conductas erráticas, formación de grupos de apoyo al interior de ellos haciendo declaraciones públicas extemporáneas, ajenas a las líneas generales del partido para demostrar independencia de criterio y personalidad, corroen lealtades y deben ser repudiadas enérgicamente, aun exponiéndose a que les digan que son parte de una organización partidaria y no de un "regimiento"; eso no es solo afectar a la transparencia sino al buen criterio.

Han avanzado la ciencia y todos los campos del conocimiento humano. Antes se decía que los esclavos no tenían alma y había familias que –como ofrendas piadosas– entregaban a sus jóvenes hijas a conventos de clausura, junto con sirvientas que debían acompañarlas: de por vida. Hay cambios que llegaron para quedarse, pero los valores primigenios de la familia siguen inmutables.

Queridos nietos y nietas: Con la omi hemos tenido la dicha inmensa de compartir nuestra vida con ustedes. Ustedes son quienes le han dado un verdadero sentido a nuestras alegrías. Es posible que en nuestros afanes les hayamos fallado alguna vez; su generosidad les permitirá comprendernos y disculparnos. Confío en que cuando ustedes lleguen a alcanzar –como yo– la última colina, lo hagan con el corazón tan lleno de alegría ("pero sin cicatrices") y puedan cantar a voz en cuello: "Gracias a la vida, que me ha dado tanto…".

Volviendo al cauce principal, cabe aquí citar parte el prólogo Nº 2 del libro citado anteriormente, escrito por don Gonzalo Vial Correa (Q. E. P. D.): "a) El terrorismo no justifica ni explica los abusos contra los derechos humanos, ni estos justifican ni explican el terrorismo. Es cruel, bizantino

e inútil juzgar en la materia qué fue primero, el huevo o la gallina. Terrorismo y represión abusiva son abominables. La segunda siempre ha sido originada por la aparición inicial del primero. b) Sin perjuicio de lo anterior, es un hecho inevitable en la historia, repetido una y mil veces que el terrorismo engendra la violación de los derechos humanos y no al revés".

Como sostiene don Gonzalo Vial C., deben aplicarse las mismas normas contra el terrorismo que contra los violadores a les derechos humanos. Pero vean lo que pasa en la práctica: nadie parece poner en duda la forma como se ha hecho la aplicación de la justicia en conceptos como secuestros permanentes, violación a derechos humanos o delitos de lesa humanidad (en Perú, el presidente García decretó que este delito debía considerarse como tal a partir del 9 de noviembre de 2003, fecha en que la Cancillería confirmó la adhesión peruana a la Convención de Imprescriptibilidad de los Delitos de Lesa Humanidad). Hay leyes y principios vigentes que simplemente no se aplican, como la amnistía, la prescripción, el principio de pro reo.

La inserción aparecida en el diario *El Mercurio* el 17 de diciembre de 2010, "Los Soldados del 73 y El Bicentenario de la Nación Chilena", contiene rotundas afirmaciones que no han sido desmentidas. Al revés, han sido revitalizadas por opiniones de destacadísimos juristas nacionales. Esta expresión se refiere a un colectivo, a una entidad diversa de personas que trabajaron básicamente en todas las tareas de reconstrucción del país: en la preparación institucional para afrontar eventualmente conflictos bélicos con países vecinos; en modernizar la administración pública perfeccionando los procedimientos de gestión de grandes empresas, como CODELCO, o poniendo atención en los estímulos a las PYMES y tratando de disminuir la desigualdad social; en terminar con los abusos de la administración de la UP y, además, en reprimir sus excesos.

Al validarse la figura establecida en el Código Penal, de que "el secuestro es un delito permanente", y mantenerse así, inalterable, por casi cuarenta años, desafiando la razón y transformándola en una "ficción jurídica", como lo señaló un destacado expresidente del más alto tribunal de justicia, tiene necesariamente que haber ocupado muchas horas de trabajo y desvelos de todas las autoridades que investigan estos delitos para aproximar sus decisiones a sus enormes responsabilidades de administrar justicia, es decir: "dar a cada uno lo suyo".

Difícil debe ser compatibilizar formulaciones categóricas, derivadas de textos cuidadosamente redactados y con fuerza legal, con apreciaciones subjetivas no previstas, como de hecho se han producido, en que las desapariciones, seguramente todas forzadas, se han prolongado interminablemente en el tiempo, en algunos casos seguramente casi al límite de la "esperanza de vida". De esta forma, pienso, a pesar de la erudición cierta de señores magistrados y de la intención de hacer efectivamente justicia, que se debe entrar a hacer aproximaciones personales que, supongo, se resolverán en votaciones, particularmente en el análisis para establecer fechas que permitan validar la "prescripción", y presumo -expresando una opinión aventurada- que habrá casos en que para distanciarse de extremos se tenderá simplemente a aplicar la "media prescripción". Si bien es un gran beneficio para quienes reciben este tipo de condenas, lo sería más si por ley se hubiese determinado que en virtud del paso del tiempo el secuestro de personas... deberá entenderse... También, por último, que esta doctrina se hubiera aplicado desde los primeros procesos de esta naturaleza. Es más legítimo aún cuando la Ley de Amnistía no se ha derogado y, en consecuencia, está vigente, como también la prescripción, dado que Chile aprobó la Convención de Imprescriptibilidad a partir de 2009. Como dato ilustrativo, en 1978 cuando, se dictó, se aplicó a 9.605 terroristas, según el libro *La verdad olvidada del terrorismo en Chile*, de 2007. Desde luego, la Ley de Amnistía sí se aplicó a todos los terroristas.

Es obvio que los magistrados no hacen las leyes sino que las aplican y es ahí donde debería estar el Parlamento para corregir estas anomalías. Pero, por supuesto, siempre hay cosas más importantes de qué preocuparse, que hacerlo ahora en beneficio de los que, empleando la jerga popular, "no pinchan ni cortan". Además, habría que ser demente o suicida para enfrentar a las furibundas "damas de negro" y sus agresivas e inmediatas movilizaciones, internas y externas, como dicen, con indisimulado orgullo y convicción de poder, lo que les permite alzarse siempre iracundas, aplastando, antes de nacer, cualquier asomo de justicia para quienes nos hemos convertido, por azar del destino, en esas figuritas de los juegos de entretención pueblerinos que están expuestas a que cualquiera les dispare, alegrándose cuando dan en el blanco y las hacen caer y además gratificándose con suculentas reparaciones de efectos permanentes, si no hereditarios. Como no, si sus familiares, todos, fueron asesinados solo por sus ideas. Bachelet, antes de cerrar la puerta de su Gobierno que terminaba, reabre las Comisiones Rettig y Valech y adelanta el funcionamiento de la Fundación de Derechos Humanos.

El proyecto del Gobierno sobre delitos terroristas mapuches es para suprimir la aplicación del artículo primero de la ley, sobre "presunción", pero si se aplica el delito de lesa humanidad, con efecto retroactivo, al fin y al cabo, se hace efectivo solo contra los militares. Pero, naturalmente, es importante que no se prejuzgue. Además, entiendo que en el nuevo sistema de justicia también está suprimida la "presunción" como medio de prueba y muchos de los procesos en que los militares hemos resultado condenados dicen relación, precisamente, con que lo hemos sido solo por "presunciones"; y en mi caso, y quizás en cuántos más, por mucho menos que eso: solo por "indicios" y ninguna presunción que cumpla con las exigencias de la legalidad.

Vean además cómo conspicuos parlamentarios comunistas, paladines de la defensa de los derechos humanos, ámbito en el que actúan repletos de odios y afanes de ven-

ganza, y quizás con qué otros propósitos menos idealistas, aparecen forcejeando con modestos servidores públicos de Gendarmería, violentando la ley y sus propias calidades de representantes de un Poder del Estado y, peor aún, para hacerlo tuvieron que vencer la resistencia de los propios familiares de los involucrados, porque hasta ellos los sabían oportunistas y no querían politizar sus reclamaciones. Estos mismos parlamentarios se negaron a pedir la extradición de Apablaza –el cruel asesino del más brillante intelectual y forjador de un movimiento moralizador y de un partido político de gran apoyo popular–, del mismo que un colega suyo, formado a su sombra, no ha levantado su voz para exigir justicia, pero sí lo hace en defensa de malas causas o cuando se siente postergado en su siempre preexistente ambición de obtener roles protagónicos.

En veinte años de Concertación ha habido logros, cómo no, el AUGE, la Reforma Procesal Penal y la Reforma Previsional, pero los saldos en contra han sido más. El problema mapuche ha alcanzado un punto de efectos imprevisibles. Progresivamente, hemos llegado a crear, peligrosa y artificialmente, otra nacionalidad dentro de la nuestra, con argumentos falaces de deudas históricas. La gran mayoría de ellos se ha mezclado naturalmente y no se siente discriminada y luce, con merecido orgullo, públicamente sus sonoros e inconfundibles apellidos.

La valiente y enérgica acción de los fiscales ha producido el milagro de contener en algo los excesos mapuches, encarcelando a sus líderes, procesándolos y dejando en evidencia que, al margen de sus –a veces justificados– reclamos, han sido incentivados por profesionales subversivos extranjeros que actúan con fines ideológicos.

Por mis variadas funciones durante mi carrera, como muchas otras generaciones de soldados, permanecí en muchas ocasiones en territorios poblados por varias de estas etnias y a veces trabajando en estrecha interrelación. Ellos

siempre convivieron pacíficamente con nosotros, "los huincas", hasta que vinieron elementos extraños a sus culturas y les predicaron sentimientos revanchistas, perturbando la cordial convivencia.

Pero volvamos a nuestro tema inicial, sobre terroristas y defensores de la ley en momentos cruciales para la defensa de los valores fundamentales de nuestra democracia, que ahora se nos quiere escarnecer a todos tildándonos como violadores de los derechos humanos. Y esto es lo se quiere recalcar con el Museo de la Memoria: Ocultar cuidadosamente las circunstancias que produjeron los excesos. Esto es como querer curar una enfermedad sin investigar las causas que la produjeron y, en este caso, mantener vivos, empecinadamente, solo los efectos indeseados que provocó este conflicto en que todos nos vimos involucrados. Siempre las causas preceden a los efectos; estos no se originan desde la nada. Acción y reacción conforman una cadena natural. Resulta injusto y sesgado exhibir reiterada y profusamente solo una parte de la historia. Si hay que esforzarse por buscar la verdad, debe buscarse toda la verdad. Lo otro es poner una muralla voluntariosamente entre dos fechas, elegidas con el propósito de descalificar eternamente a un sector; eso es arbitrario, sesgado, ilegítimo y mal intencionado. En tal caso, más propiamente debería llamarse el "Muro de la Memoria", dado que trata también de evitar porfiadamente que se mire al otro lado, pero debemos hacerlo si queremos comprender qué es realmente lo que sucedió en Chile en esos años.

¿Qué ocurría aquí antes de la llegada de Allende al poder? ¿Qué factores de nuestra evolución social han ido marcando los cambios que hemos tenido? ¿Cómo accedió él al Poder? ¿Cómo fue su Gobierno? ¿Por qué el Parlamento, la Corte Suprema de Justicia y la propia Contraloría General de la República lo rechazaron rudamente divulgando, simultáneamente, categóricos documentos oficiales de

condena, que son parte de nuestra historia y que ustedes seguramente nunca conocieron? ¿Por qué se bombardeó La Moneda?, ¿Por qué el presidente en ejercicio resolvió suicidarse? ¿Había posibilidades efectivas, realistas, eficaces, de evitar estos hechos extraños a los usos y costumbres de nuestro país? ¿Es que entre los militares bruscamente surgieron líderes ambiciosos que derrocaron al poder civil, para erigirse en caudillos, como era común en otras latitudes? ¿Qué habría sucedido si los militares no hubieran reaccionado presionados por la inmensa mayoría de la población? ¿Cómo fue la respuesta del país, en su totalidad, el 11 de septiembre de 1973? ¿A qué se debe el enorme progreso actual, que es modelo en el mundo y que ustedes disfrutan con fruición y, cuidado, a veces con alguna dosis de hedonismo? Pero quiero entender con el compromiso no escrito de proyectarlo al futuro, para ofrecer a sus propios descendientes aún mejores condiciones de vida. Sin olvidar jamás su equivalente desarrollo espiritual, ese lado no tangible, pero no por eso menos importante de nuestra condición humana. Contestar esas y otras preguntas es parte del propósito de este modesto trabajo.

El presidente Piñera dijo recientemente, en el diario *La Nación* del 16 de septiembre de 2010: "Si lo miramos con objetividad y sin pasión, creo que debemos concluir que este quiebre no fue algo súbito. Fue evitable, pero obedeció a una democracia que venía enferma de mucho antes. Enferma de exceso de ideologismo y violencia". Sigue el diario: "Pero esta leve referencia, sin embargo, disgustó a personeros de la Concertación". (…) "Creo que fue innecesario, inadecuado que deslizara unas palabras como que daban a entender una especie de justificación del golpe de estado, dijo la Presidenta del PPD". (…) "Muchos de los atropellos y violaciones graves a los derechos humanos se hicieron o justificaron con esta excusa"… Señora exvocera: el presidente fue extremadamente diplomático; la enfermedad de Chile era terminal, no era evitable.

Si no se hubiera procedido así, habría que haber recurrido a la amputación; la gangrena habría terminado con la vida del ilustre paciente. Pudo ocurrir aquí lo que tristemente pasa con el modelo que nos esforzábamos por imitar: Dos generaciones de cubanos perdidas y afrontando a muy corto plazo la triste realidad de un incierto futuro, al abrirse pequeños espacios de libertad económica. Supongo que usted habrá visto la patética fotografía del interior de un "taller de zapatería estatal" -lo que no era más que un mísero taller, de hace cincuenta o más años, de un zapatero remendón- (*La Tercera*, 14 de septiembre de 2010), con cinco operarios de la tercera edad, herramientas seguramente heredadas, por su obsolescencia y mal estado, y una esperanza de jubilación de "un mes por cada diez años de trabajo" y, quizás lo peor, con cero posibilidad de privatizarse, sin ninguna experiencia que los oriente a encaminar sus primeros pasos de libertad. Vale la pena hacer un pequeño esfuerzo de imaginación sobre lo que va a ocurrir en la isla a partir del 2015. Una catástrofe social, sin lugar a dudas, con su secuela de delitos, aumento de la prostitución, hambrunas y otras lacras, y todo por la miopía y torvo empecinamiento de sus gobernantes. Venezuela debería ir poniéndose en remojo.

La expresidenta, al contrario de lo que dijo, nunca estuvo en la línea de las obligaciones morales que asumió hacia una aproximación a esas circunstancias, si no que lo digan Yoani Sánchez y los millones de mujeres cubanas. Ahora tendrá un extenso campo para irradiar el ideario marxista gramsciano que orienta todos sus esfuerzos. ¿Se preocupará de la condición de esas mujeres que serán las más afectadas, como siempre, con la debida objetividad y sin anteojeras ideológicas? ¿Por qué en la isla nunca quiso conocer a sus congéneres, las distinguidas y sufrientes Damas de Blanco? Los organismos internacionales son un feudo de esta corriente de opinión y una agencia privilegiada de empleos para los que tienen los contactos para ingresar a la

burocracia internacional y que emigran de Chile después de la siembra de sus posturas ideológicas.

La Guerra Fría, mirada con profundidad y amplitud, no fue un episodio solo de nuestro pasado; es, por desgracia, una realidad actualmente vigente; si no, vean cómo proliferan algunas pérfidas iniciativas entre los que se formaron a la sombra del "Muro": quitar los grados de los militares involucrados en delitos de derechos humanos, impedirles ser honrados con ceremonias fúnebres (el autor de esta inicua iniciativa fue premiado con el grado de teniente de reserva y designado profesor militar en varias instalaciones y, por si fuera poco, se le contrató como asesor militar en el Ministerio de Defensa Nacional, a la vez que se desempeñaba en un importantísimo cargo de la estructura política partidaria. ¿No es eso corrupción y deliberada intromisión de la política en la institución?

En una fecha reciente a Aylwin y a él se les condecoró como reservistas en el patio de honor del glorioso Regimiento Buin, lo que constituyó -por los antecedentes de ambos en relación con los intereses del país, particularmente con las FF. AA. y en especial con el Ejército de Chile, en nuestra historia contemporánea, reflejados en parte en este trabajo- un acto ignominioso, como quedó reflejado en los cientos de e-mails que se cursaron en la ocasión. Las otras personas fueron del todo ajenas a esta calificación. ¿Qué puede llevar a cometer estos actos tan desdorosos y agraviantes, especialmente para la propia institución? Este episodio fue equivalente a la inopinada entrega a Tellier del discurso en el Parlamento por el asesinato de Prats. ¿A título de qué se hizo? Para ser sinceros, cuesta entender estos actos que no se condicen ni con la dignidad, ni con la majestad de los altos cargos que han aceptado voluntariamente.

No existen antecedentes públicos que justifiquen estos actos u otros de similar connotación, impulsados, pareciera, por el pago de favores personales o compromisos de quizás qué índole.

"Fama, honor y vida son
caudal de pobres soldados;
que en buena o mala fortuna
la milicia no es más que una
religión de hombres honrados"

Soldado de Infantería Española
Pedro Calderón de la Barca

Jamás había pensado mencionar públicamente tan dolorosos hechos referidos a mi querida institución. Pero, precisamente por su gravedad, no los puedo silenciar. Dejo, sí, constancia de que antes de hacerlo he mandado infructuosas comunicaciones dirigidas al comandante en jefe que no han merecido siquiera un acuse de recibo.

Durante el Gobierno de Bachelet, muchas de sus capacidades se orientaron a desarrollar iniciativas que se inspiraron prioritariamente en ideas rencorosas, torvas, de venganza, aunque algunas en menor escala positivas para fomentar el desarrollo, el mejoramiento general, pero ninguna que contribuyera a la unidad. Ella venía bien preparada; fue precisamente en Alemania "Democrática" (comunista) donde se generaron y alcanzaron las cotas más altas de control policial de la población y de brutalidad. No olvidemos que en el país donde se exilió, por su libre elección, con tantos otros marxistas como ella (entonces leninistas y ahora renovados), se vendió a cientos de enfermos a compañías farmacéuticas occidentales para que probaran sus remedios. En el diario *La Tercera* del lunes 10 de diciembre de 2012, se lee: "El régimen de Hoenecker alentó a su elite médica para que traficara con seres humanos que eran ofrecidos como conejillos de indias humanos a empresas farmacéuticas de la RFA y de Suiza. Desde 1938 varios cientos de enfermos crónicos fueron utilizados por las empresas Sandoz y Hoechst".

Contribuyamos a erradicar la lacra ideológica entre nosotros y luchemos sin descanso por buscar, al fin, la "Unidad Nacional". Mandela ha dado un ejemplo de talla superior que, en beneficio de su patria, se sobrepuso a sus muchos agravios personales y raciales y solo buscó aquello que redundara en ese propósito. En Sudáfrica sí había antagonismos y discriminaciones inhumanas, pero la sabiduría de un gran gobernante, no cegado por una ideología, permitió una civilizada coexistencia y una transición pacífica. Mandela y el obispo Desmond Tutu conformaron un binomio poderoso que unió a un país imposible con odios ancestrales. No hubo revanchas ni persecuciones. La Iglesia allá no tomó partido, trató de ser "la madre" para todos, buscó con ahínco la verdadera unidad nacional, sin dar motivo a revanchismos ni a persecuciones. La comisión que viajó a ese país para promover una "transición a la chilena" tuvo que volverse con la cola entre las piernas. Allá no había el prurito de ahondar diferencias sino alcanzar pronto metas de sana convivencia.

Un ejemplo geográficamente más próximo, y que por desgracia nos es casi desconocido, ocurrió en Nicaragua el 25 de febrero de 1990: el Frente Sandinista de Liberación Nacional perdió las elecciones contando con más del 40% de los electores y entregó democráticamente el poder. Fue electa presidenta de la República la señora Violeta Chamorro, cuyo esposo, prominente empresario y propietario del principal diario del país, había sido asesinando por la dictadura somocista. "Violeta resultó ser una figura maternal que acunó y consoló, con palabras sencillas, al pequeño país roto y dividido. Amonestando a unos y otros con sabiduría más compleja y perceptiva de la que muchos le reconocieron, dio a Nicaragua, a costa incluso de sus aliados, el calor de un hogar para todos sin exclusión. Así sucedió que antiguos enemigos volvieron a encontrarse, a sentarse a la misma mesa, a conmoverse por los dolores mutuos. Fue extraño, pero también esperanzador, ver a un pueblo así de aguerrido ser capaz de tan inmensa cortesía", se señala en el libro *El país bajo mi piel*, de la galardonada escritora nicaragüense y exguerrillera

sandinista Gioconda Belli (Nota: Cualquier semejanza con... No, no la busque; sencillamente, no existe ninguna).

El espíritu de intolerancia y persecución permanente, sin tregua ni respiro, en buena medida se constituyó en una prolongación de políticas originadas en la República Democrática Alemana, tantas veces mencionada, de la mano del director de la Secretaría de Comunicaciones del Ministerio Secretaría General de Gobierno, Juan Carvajal, facilitado a la campaña del señor Eduardo Frei. Él fue autor de un plan para seguir difundiendo los méritos del Gobierno saliente; naturalmente, con dineros fiscales –¡qué desparpajo!–, como se descubrió a última hora.

Él tiene una historia de la que no le gusta hablar. Aquella de la muerte a balazos, por agentes de la policía de Investigaciones, de Antonioletti (¿alguien ha conocido alguna investigación judicial al respecto?), quien se ocultó en su casa (de Carvajal) al ser descubierto como integrante de una célula terrorista y que anteriormente había sido rescatado, cuando era trasladado por personal de Gendarmería, por un grupo integrado por la "Mujer metralleta", que quedó tetrapléjica y ahora está en tratamiento en una clínica europea. La inclinación política del hijo tampoco fue por azar: su padre, en 1972, durante la Unidad Popular, fue nombrado interventor de la empresa Sindelen y deliberadamente la hizo quebrar. Al hacerse cargo del puesto, dijo, más o menos: "no me vengan con que esta es una empresa exitosa y que produce tanto, lo concreto es que aquí hay 1.500 obreros y esto la convierte en un centro de poder político".

Lo que es de una inaudita gravedad, y que tampoco la prensa menciona, fue el hecho de que uno de sus más destacados periodistas –dependientes de Carvajal– había sido, oficialmente, representante en México de las FARC. Al ser descubierto por casualidad aquí en Chile, en el propio corazón de la Presidencia de la República, silenciosamente renunció a su puesto y desapareció. Se le atribuye haber servido de contacto con los terroristas mapuches. Reciente-

mente se ha descubierto que al menos doce mapuches están en proceso supuestamente por actos terroristas después de haber sido entrenados en las selvas colombianas. Quizás este es un caso en que se ha producido una asociación ilícita de muy graves repercusiones nacionales. Ahora hay treinta y cuatro mapuches en huelga de hambre azuzados por diputados comunistas, poniendo en jaque a la institucionalidad. El representante de la Iglesia Católica se esfuerza por hacer que el Gobierno ceda a la presión indebida de los mapuches. Quizás aquí tenga más suerte que en su empeño a favor de nosotros, los militares.

No olvidemos el caso de Olate, fotografiado con ropa de camuflaje junto con el jefe de la FARC, Reyes, pocos días antes de que lo mataran en las selvas de Ecuador, el era representante de relaciones exteriores nada menos que del FPMR creado por Tellier y su misión era profesionalizar la subversión mapuche.

Queridos nietos y nietas: no es indiferente quien gane las elecciones, vayan a todas, si quieren un futuro para sus hijos.

Parece obvio que la contaminación ideológica se acrecentó con la presencia del "Segundo Piso" en tiempos de Bachelet y las características de sus componentes. Su acción trascendió lo netamente conceptual y se proyectó en orientaciones políticas y campañas marcadamente progresistas o simplemente marxistas, que llevaban a todo el país a una confrontación ideológica extemporánea, paralizante y retardataria. Ahora, después de dejar la Presidencia de la República, con las altas cumbres alcanzadas al situarse en la cúspide de las políticas de género, su capacidad de irradiación se ha amplificado para llegar a los últimos confines de la tierra. Casi sin darnos cuenta, entre un "Capitán Planeta" y ella hemos logrado situarnos en sendas comisiones a la cabeza del mundo. Se acabó la imagen del chileno apocado y gris. Tenemos figuras de primer nivel en el progresismo mundial. No hay duda de que muchas de sus condiciones personales las acreditan para desempeñar puestos de gran relieve internacional, pero ellos (particularmente ella) son portadores de una

carga ideológica que allí potenciarán, investidos de nuevos pergaminos, siempre patrocinando políticas que pugnen con la reconciliación y pretenderán difundir desde sus altos sitiales sus concepciones gramscianas disolventes.

Los reiterados agravios a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile han sido una constante acción de venganza contra todos los que participamos de alguna forma con el Gobierno Militar. En lo personal, me siento orgulloso de haber participado en él y de la obra gigantesca que este realizó en bien del país. Reconozco sinceramente que ante tanto hostigamiento hay ocasiones en que dudo si hice lo adecuado, empeñarme más allá de lo prudente y necesario en la misión que me autoimpuse; pero cuando vuelve la tranquilidad a mi espíritu, me siento reconfortado, porque lo hice en consonancia con mis principios.

Mi posición en relación con los derechos humanos no fue consecuencia de lo ocurrido durante el Gobierno Militar, quizás ahí se decantaron principios y valores. Pero nada más, siempre he sido crítico de la injusticia social y si me fue bien en la Comisión de la Industria Electrónica en Arica fue porque me limité a aplicar mi instintiva apreciación de respeto por todas las personas, lo que ha sido una constante de toda mi vida.

Como soldados profesionales que somos, nuestro elemento de trabajo ha sido siempre interactuar con personas, junto con mis camaradas (lástima que esta hermosa palabra se tiñera de connotaciones ideológicas). Desde nuestra posición subalterna, necesariamente siempre, por ley natural, como todos los que hemos estado en esa condición, hacíamos un juicio involuntario, instintivo, sobre cómo proceder con ecuanimidad y justicia. Nuestros superiores, con su mayor experiencia, nos guiaban con sabiduría. Siempre lográbamos establecer una buena comunicación con quienes debíamos vincularnos. No recuerdo haber visto actos de prepotencia. Normalmente se daba simultáneamente una actitud de respeto, porque nos sabían cumpliendo una misión, y de com-

prensión por las medidas de autoridad que debíamos imponer; personalmente, nunca, a lo largo de mi amplia carrera, me vi obligado a imponer la fuerza más allá que como elemento disuasivo.

Paralelamente he debido, a la vez, ejercer el mando, que es una facultad inherente a las Fuerzas Armadas. Ese ha sido el oficio, la responsabilidad y el deber sobre mis subalternos. Gavet dice que "obrar por intimidación es enseñar a los soldados a tener miedo. Es preciso apelar constantemente a los sentimientos del deber, del valor, de la altivez, de la energía y de la dignidad personal". El soldado debe obedecer porque confía absolutamente en su superior, no por miedo al castigo, sino porque se siente parte de un conjunto donde todos son uno. Esta convicción lleva naturalmente al respeto por la dignidad humana, que debe ser igual en un soldado analfabeto y en un general cargado de distinciones académicas, que pueden dar lustre, pero no inciden en las condiciones de mando si faltan otras cualidades de carácter que implica su ejercicio. Como los que mandamos (todos, de distintos grados y jerarquías) debemos tener la mente fría y empeñarnos en mantener siempre serenos los caballos a veces desbocados de nuestros sentimientos. Por cierto, no es legítimo el abuso sobre los derechos humanos. Pero su juzgamiento debe ser de acuerdo con los principios de legalidad y las normas generales del Estado de Derecho, ya que el no hacerlo así es claramente discriminatorio.

El 28 de enero de 2011, la Fiscalía Nacional ordenó abrir 726 procesos, enmarcados entre el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de marzo de 1990. Lo que pasó antes queda cubierto por un muro de concreto en el museo de la señora Bachelet y su impenetrable competencia jurídica sirve de argamasa para darle solidez a la construcción. Todo eso se borró previa y pródigamente con indultos, amnistía, prescripciones y sabiamente se hizo desaparecer de la historia. De nuestro lado, nadie dijo nada; por el contrario, se la exalta con home-

najes indebidos porque resultan ofensivos para los que estamos pagando la cuenta de sus porfiados actos de venganza.

Volviendo a mi caso, ya que estos testimonios de alguna manera son parte de mi propia biografía, es natural que el ciudadano medio no conozca lo hecho en materia de derechos humanos, pero está fuera de toda duda que sí lo saben los organismos que funcionan en torno a ellos, los abogados comunistas y todas las personas que se mueven en esa órbita.

El desprecio de ellos por la verdad y su inexorable decisión de destruir o perjudicar a quienes se les oponen queda clara en el diario *La Nación*, que el 13 de diciembre de 2009, bajo el título de ¿Indultos para Generales?, dice: "La sorpresiva solicitud del beneficio (indulto), realizada por los generales(R) Odlanier Mena y Arturo Álvarez Sgolia. Ambos tienen relación con el crimen de Eduardo Frei Montalva, aunque no están procesados aún". A la fecha del fallecimiento del exmandatario me desempeñaba como embajador de Chile en Paraguay. Este mismo diario *La Nación*, su caballo de batalla mediático en este último tiempo, me ha nombrado nuevamente el 23 de febrero del 2010, como una forma de descalificar mi solicitud de indulto, pero no solo durante ese Gobierno que terminaba, sino con maldad, quitándole las bases para que pueda ser acogido por el futuro. Como afectivamente ocurrió.

Sigamos con este viaje imaginario para conocer algo más del contexto político de la realidad que nos ha tocado vivir y que ahora pareciera que interesa solo a quienes velamos por la recuperación de nuestros valores republicanos y democráticos. Parlamentarios de la Alianza, con capacidad y obligación de ser colegisladores, y otros medios forjadores de opinión, no se interesan en la forma cómo desde hace veinte años se ejerce la acción de la justicia. Pero sí se apresuran a legislar sobre el blanqueo de sobres o rectificar inscripciones extemporáneas; en diluir responsabilidades morales del gobierno anterior en el otorgamiento de

sumas millonarias a instituciones orientadas solo con fines ideológicos; en buscar componendas para minimizar implicancias legales y judiciales en la forma cómo ese gobierno actuó, incumpliendo sus obligaciones relacionadas con el orden público y el abastecimiento de la población con ocasión de los mayores cataclismos que han afectado a nuestro país o aduciendo en forma tímida que esta inacción resulta incomprensible, cuando, claramente, voceros oficiales de renombre, como el senador Bitar, explicaron que era por "razones ideológicas", reconociendo así, públicamente, que han marchado por la vida inspirados en una visión maniquea aberrante que ni siquiera una catástrofe de las proporciones que destruyó a gran parte del país logró conmover.

Por favor, leamos juntos (sigo infatuado pensando en que tengo compañía) una nota periodística cuidadosamente y comparemos contenidos cercanamente vinculantes con el tema central, que, naturalmente, debe haber pasado inadvertido, porque nadie hizo comentario alguno.

En el diario *El Mercurio*, del 27 de noviembre del 2009, aparece una fotografía del señor Guillermo Tellier, el "Príncipe" (con la sonrisa que ilumina su rostro parece un complaciente abuelo bonachón y no un importante intermediario de armas de guerra, que fue nexo del PC con el FPMR). Más abajo se lee: "En 1985 Guillermo Tellier se reunió en La Habana con el General Alejandro Ronda, Jefe de la División de Tropas Especiales del Ministerio del Interior cubano. Entre mojitos Sebastián Larraín (nótese: no Mena, González, ni Pérez, sino Larraín –su chapa–. ¿Será también la de su pasaporte?, con la que era conocido Tellier en la clandestinidad) selló el apoyo del régimen de Fidel Castro a la luego fallida internación de armas por Carrizal Bajo. Las armas desembarcadas eran: 3.118 fusiles M-16, 114 lanzacohetes antiblindaje soviéticos, 102 fusiles de asalto belgas, 6 ametralladoras belgas, 5 fusiles lanzagranadas, 1.858 bombas para lanzacohetes rusos, 17 granadas para fusil, 2.204 kilogramos de TNT en cubos y 796 kilogramos de explosivos

plásticos". Hubo diez detenidos, entiendo; varios fueron rescatados en helicóptero desde la Cárcel de Alta Seguridad. Pero, atención, previamente se había retirado, por orden superior, el armamento del personal de Gendarmería que estaba apostado en las torres de vigilancia y al fin de año el Gobierno de Aylwin, que no pudo no saber, premió al director del Servicio con un cargo diplomático. Esta oscura trama implicó a altos funcionarios de su Gobierno, particularmente a Schilling, a cargo de un irregular servicio de inteligencia denominado "La Oficina".

Del pasado violento del señor Tellier nadie dice nada, "solo había gestionado el envío de un gran cargamento de armas de guerra". Con razón el expresidente nombrado dijo: "yo no le hago asco a que estemos con el PC". Desde la Alianza no salió ningún comentario, todo el mundo siguió indiferente. Cuando más en la hora del café alguien habrá dicho displicentemente: ¿este Guillermo en las cosas en que anda? Pero sí es noticia y de titulares si en algún puesto público trabaja alguien que haya estado en la CNI, aunque no hubiese tenido nada que ver con operaciones ni tenga procesos pendientes. No es verdad que los chilenos seamos iguales ante la ley. Hay algunos más iguales que otros.

Pero qué puede extrañarnos, si el propio palacio de La Moneda, a nuestra vista y paciencia, está convertido en "LA ANIMITA" más grande del mundo, con retratos, y leyendas incluidas por supuesto, en homenaje a Allende. Es posible que por su tamaño y majestuosidad, y la calidad de las personas que le rinden culto, se haga acreedora a un *Record Guinness*. Sin darnos cuenta, a este lado de los Andes está surgiendo un poderoso rival para "la Difunta Correa"; pero, pensándolo bien, puede que esa confrontación no ocurra dado el hecho que, entiendo, "las ánimas" estarían de paso en el Purgatorio, haciendo méritos en espera de una decisión posterior que les permita alcanzar estamentos superiores. Mucho me temo que en la residencia donde está nuestro "prócer" se mantendrá por un tiempo indefinido.

Para ser ecuánimes, se necesitaría hacer una ampliación en el Museo de la Memoria (así lo escuché balbucir al presidente Piñera cuando era candidato), incorporando elementos de las causas que originaron el 11 de septiembre de 1973 y no debe olvidarse que la Corte Suprema, al denunciar que se había gobernado sin sujeción a la Constitución y a las leyes, habría actuado en forma sediciosa. En consecuencia, durante los tres años de la UP estuvimos técnicamente viviendo bajo una tiranía que progresivamente se iba imponiendo cada vez en forma más dura y radical. Quizás falte también un ala anexa destinada a los arsenales de guerra incautados a terroristas, con los que cooperó tan abundantemente Tellier. Parece obvio, al menos, que no se estaba cumpliendo con la Ley de Control de Armas y Explosivos. No se ha conocido algún fallo en un proceso al respecto. Finalmente, con respecto a este tema, para potenciar el efecto psicológico del Museo de la Memoria, corrió la noticia de que se ha estudiado instalar, como vecino, un Museo del Holocausto, de modo que, por simple asociación de ideas, se hermanen, perversamente, ambas representaciones. No obstante no haber ninguna similitud real, ni en las circunstancias en que ellos ocurrieron ni remotamente en los efectos.

Como soldado, tengo una profunda admiración por Israel. Su historia es dramática, dolorosa, una epopeya constante en muchos sentidos; pero, como toda obra humana, tampoco ha estado exenta de críticas, aunque siempre deben considerarse sus necesidades de supervivencia, ya que está rodeada de enemigos irreconciliables y poderosos. La historia remota y contemporánea de las guerras que ha debido enfrentar son un filón importante del arte militar y una fuente de sabiduría incomparable. Sus brillantes operaciones de inteligencia en todas sus variantes, como la "guerra psicológica", asombran por la tenacidad y perfección con que obtienen los objetivos que el país le demanda para la consecución de sus metas.

Durante mi mando en el Regimiento "Rancagua", dada la urgencia de desarrollar ideas para reforzar nuestras de-

fensas, propicié la lectura de libros –por ejemplo: *¡Oh, Jerusalén!*, de Dominique Lapierre y Larry Collins– que mencionan algunos de los artilugios que ha empleado Israel en defensa de su escaso y difícil territorio, como una forma, además, de compensar nuestra debilitada capacidad material.

La historia de sus operaciones de inteligencia es tan antigua como la *Biblia* y sus proezas son una fuente infinita de enseñanzas magistrales. En gran medida, el Estado de Israel debe su existencia a sus muy profesionales agencias de inteligencia. Mucho se discutió la eventual presencia de un Museo del Holocausto, como ya se dijo, próximo al que está ya funcionando dedicado exclusivamente al período del Gobierno Militar. Al parecer, eso ya se ha olvidado. No obstante, me hizo recordar, quizás por qué asociación de ideas, antiguas lecturas tendenciosas antisemitas que estaban destinadas a formar estereotipos para desacreditarlos, que ahora no me es posible precisar por no tenerlas a mano. Posiblemente hayan sido del libro *Los protocolos de los sabios de Sión*, escrito alrededor de 1905, o quizás pudo serlo el de Henry Ford, furibundo antijudío, que escribió, creo, pocos años después, *El judío internacional*. Ambos orientados, según me parece recordar, a denunciar una posible política de expansión mundial de la raza hebrea y los artilugios que emplearía para ese propósito. Pero es posible que el tiempo haya perturbado mis recuerdos y no tengo cómo verificarlos.

La vecindad de ambas instalaciones no habría tenido un propósito casual ni simple coincidencia; sería consecuencia de la estrategia de un exsenador, conocido por episodios de amnesia que lo habrían hecho olvidar hasta su estado civil y el nombre de su cónyuge al ser sorprendido en actos de vergonzoso nepotismo. Dicha estrategia tendría necesariamente el propósito de hacer coincidir en la memoria popular dos circunstancias históricas absolutamente diferentes, potenciándolas psicológicamente y en forma abusiva con los excesos del Gobierno Militar, iniciativa naturalmente aplaudida por el Gobierno Bachelet (muy probablemente

con intercambios de maliciosas sonrisas plenas de complicidades). Solo el emponzoñado interés de carácter ideológico y el abuso de emplear fondos fiscales para materializar sus fríos cálculos, basados no precisamente en ideas de reconciliación, busca hermanar ambos episodios.

En el panorama interno, el marxismo está presente, siempre hermético, disciplinado, indiferente a los cambios sociales que solo lo obliga cada tanto a readaptarse para evitar una notoriedad lesiva a sus intereses, aparentando ceder para continuar avanzando inexorablemente, cualquiera sea el costo que el país o las instituciones deban pagar.

Seguirá, entonces, actuando en los sindicatos y organismos de base que maneja como expresión de fuerza del "poder popular", que es donde se encuentra como el pez en el agua, es decir, como lo hace siempre, porque en eso son previsibles. Saldrá a la calle con sus cohortes de adherentes seguidos más atrás por los vándalos antisistémicos, motivados por sus grupos de agitación y propaganda, para tratar de imponer por la fuerza lo que no consiga con su acceso al parlamento de la mano de la DC, a pesar del binominal que se usa como bandera de lucha, sistema gracias al cual la Concertación, al no llevar candidatos propios, les permitió llegar al Parlamento. Su propósito quizás esté escrito en sus bases programáticas y pondrá todo su esfuerzo en hacer fracasar al nuevo gobierno, sin importarle los intereses del país, solo su propia conveniencia. Cualquier circunstancia precipitará desbordes y violentas reacciones populares, fríamente organizadas y dirigidas. Será su forma de operar ante su falta de argumentos.

El ambiente para su accionar impunemente no puede ser más propicio: no hay servicios de inteligencia que los detecten, que dimensionen su grado de peligrosidad en relación con la Seguridad Interior del Estado –los dependientes de las Fuerzas Armadas entiendo que tienen prohibido actuar en este ámbito y dudo que en el aspecto de contrainteligencia institucional tengan alguna efectividad si esto

ocurre como sucedía con Allende, en que la intromisión político-ideológica venía desde el propio Gobierno–. Aquí se ha aceptado en sensibles organismos institucionales la presencia de gestores políticos empapados de la ideología que llevó a la necesidad del Pronunciamiento Militar. Algo parece oler mal en lugares no tan lejanos como Dinamarca.

La ANI (Agencia Nacional de Inteligencia) se ha demostrado absolutamente ineficiente; la literatura rusa es una fuente universal de cultura, pero no reemplaza a la preparación tecnificada de los organismos de inteligencia profesionales. No parece propio, por decir lo menos, que su jefe públicamente haga críticas a los servicios de inteligencia de países vecinos. El propio sentido común dice que si existen esos antecedentes, deben manejarse con la discreción que corresponde a servicios de esta naturaleza.

Otro factor que favorece la constante permeabilidad de todas las esferas sociales del país por esta perversa ideología es la apatía generalizada de la prensa y de los organismos formadores de opinión, particularmente de los parlamentarios de la Alianza, habiendo algunos que incluso se han constituido claramente en conversos, regresando en algunos casos a su primitivo origen ideológico.

Respecto de la función de seguridad agregada a Interior, pareciera a veces que su propósito fuera el inverso al que se suponía en forma natural y ha facilitado evitar que se identifique a los comunistas como instigadores y propiciadores de todos los violentos movimientos sociales que robustecen invariablemente a los cuadros manipulados ideológicamente y que últimamente han adquirido especial eficacia, como en Freirina, hacia donde se trasladaron experimentados violentistas que incluso han atentado contra la Constitución Política del Estado, puesto que cortaron estratégicamente los accesos a la planta cuestionada y ellos se permitieron conceder salvoconductos con el símbolo de la histórica Ramona Parra y, además, por si fuera poco, amenazaron con actos terroristas.

¿Cómo va a ser de otra manera, si en el propio Ministerio diseñado por Hinzpeter cohabitan, en estrecha relación: los abogados que nos persiguen encarnizadamente después de cuarenta años, los que no se empeñan ni siquiera en identificar, menos detener y procesar a los que generan las hordas vandálicas citadinas y en poner término de una vez por todas a los reiterados esfuerzos de atentar contra el estado de derecho en la zona mapuche y, finalmente, con los que entraban constante y peligrosamente el accionar de Carabineros e Investigaciones, los del Instituto de Derechos Humanos. Entiendo que esta fue la postrera actividad política de Bachelet y que este Gobierno echó a andar. Hay, pareciera, una rara colusión en este Gobierno con la izquierda dura o un manifiesto temor a ella, lo que ha permitido su continuo y peligroso potenciamiento. Pienso que fue principalmente el ex ministro del Interior el que dejó a este Gobierno con una pátina marcada hacia la izquierda, quizás, siguiendo orientaciones presidenciales. El actual, debe recordarse que su origen arranca de ese lado, de modo que su "arrepentimiento" debe entenderse solo como su regreso al pasado y nada más. Lo malo es que en este cuadro, la izquierda dura ha logrado posicionarse y suprimir o vaciar a importantes instituciones republicanas, habiendo clara dicotomía entre un potente desarrollo y una vacilante seguridad.

A días de terminar veinte años de gobiernos de izquierda y fiel a sus propósitos de vindicta revanchista, se reabren las Comisiones Rettig y Valech, para agregar muchos casos más de reparaciones que quedaron sin atender... Se crea la Fundación de Derechos Humanos, se le asignan fondos, se le otorgan derechos de presentar querellas y por ley, lo que es excepcional, se nombra a todos sus directores. Todo esto traerá nuevas causas y seguirá manteniéndose una visión unilateral de los problemas vividos por el país hace más de treinta años, sobre los cuales muchos se permiten opinar, conociendo solo una verdad sesgada y repiten majaderamente. Para colmo, "se usaron armas y la estructura del Estado", en circunstancias que lo hicieron muchas veces con legitimidad,

porque eran agentes del Estado defendiendo al Estado, en algunos casos equivocadamente, pero en general actuando muchas veces solo por presencia, ya que era el propio Estado el objetivo que perseguían los elementos subversivos. Ellos, cumpliendo la misión de ese mismo Estado, ponían en riesgo sus vidas, la tranquilidad de sus familias y eran objetivos preferentes de asesinos subversivos, protegidos por autoridades del propio Gobierno de la Unidad Popular y con la complicidad sin duda de autoridades institucionales que traicionaban así los valores fundamentales de su alta jerarquía.

A través de estas páginas, he querido trasuntar lo que fue un período doloroso de nuestra historia contemporánea, desconocido por una inmensa cantidad de nuestros conciudadanos e incluso para muchos integrantes de nuestra propia institución, porque corresponden a esa especie de secretos de familia que se mantienen cubiertos de un manto de silencio porque avergüenzan o causan dolor, y se estima entonces que nada positivo se saca con divulgarlos. Pero hasta ahí llega la comparación. El haberlos silenciado durante tanto tiempo, por consideraciones a veces éticas, ha servido para que los que estaban en el secreto los utilicen indebidamente, humillando y forzando a la otra parte a aceptar exigencias indebidas, o haciéndolos públicos oblicuamente, destacándolos como valores democráticos, lo que no era otra cosa que complicidad en sus empeños de destruir nuestra democracia, dando por consiguiente una imagen mentirosa de sus propósitos reales.

Una expresión para desacreditar mis argumentos será sin duda decir que provienen de un nostálgico de la Guerra Fría, de alguien que se quedó anclado en el pasado, que pretende recordar los excesos paranoicos del "macarthismo". Nada de eso, este pasado es a ellos a quienes ha marcado y los ha fijado en concepciones políticas anacrónicas y oscurantistas, salvo connotadas excepciones, por supuesto. La mayor parte de la población del país quisiera vivir en un ambiente de verdadera unidad, sin resentimientos, pero

también sin ciudadanos privilegiados, como los terroristas, todos los cuales fueron indultados, al contrario de los ciudadanos de segunda, como somos los militares, a quienes se nos ha perseguido implacablemente. Al respecto, lo que dijo el destacado jurista (exembajador en la República Argentina), don Miguel Otero L., es totalmente cierto. Lamento los efectos que le produjo, prueba del poder de los que no quieren olvidar y que han acomodado la historia a su amaño. Mientras se mantenga artificialmente esta polaridad en la aceptación de nuestro pasado, habrá antagonismos y posiciones intransigentes que dificultarán aunar esfuerzos para construir, para nuestros nietos, un país unido que marche solidario en la consecución de sus objetivos nacionales. Solo eso nos hará grandes y dignos de pertenecer al mundo de los países desarrollados. Luchemos por borrar las desigualdades, que constituyen una lacra y profundizan las frustraciones sociales.

Los valientes y bien orientados esfuerzos de la exsenadora Matthei, ahora ministra del Trabajo, son una prueba contundente de que vamos en la dirección correcta. Su vasta cultura, su temple, su independencia de juicio y de criterio son una garantía de seriedad en sus funciones y en cualquiera otra que quiera aceptar a futuro para el servicio a la Patria. En ella se repiten los atributos de su padre, que aceptó comandar la Fuerza Aérea en un momento de gran complejidad institucional, agravado por la peligrosa crisis con Argentina, ejerciendo, además, con mucho acierto, la coordinación interinstitucional, aspecto desconocido de nuestra historia reciente.

Volvamos atrás en el tiempo para seguir el curso natural de los acontecimientos. La Democracia Cristiana, fatalmente, cumplió con su destino en las recientes elecciones: servir de cinta transportadora a los comunistas y, más aún, ahora en que se sospecha que el asesinato del padre del senador Frei fue provocado por personeros del Gobierno Militar, lo que sinceramente me niego absolutamente a creer, por lo irrazonable e injustificable. El expresidente Eduardo Frei

Montalva debió entregar el gobierno a un marxista, produciéndose la catástrofe de la Unidad Popular. Su hijo, el expresidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle, contribuyó a dejar instalados en el Parlamento a tres destacados militantes comunistas. Entre ellos, nada menos que al expresidente o secretario general de su partido, el señor Tellier el "Príncipe" (nadie dijo nada de su rol en la internación de armas por Carrizal Bajo, ni en el intento de magnicidio y el cruel asesinato de cinco escoltas inocentes. ¿Se habrá seguido depositando coronas en el lugar donde fueron masacrados?).

El abogado querellante Sr. Gutiérrez, con una enorme cantidad de procesos de derechos humanos, que en mi caso tuvo un sonado éxito, limitándose a repetir solo argumentaciones y lugares comunes, iguales a todos los procesos en que ha participado e imputándome inicuas responsabilidades, ya que me hace aparecer como autor, con dos modestos cabos segundos (entre ellos y yo había no menos de siete peldaños de diferencia en la escala de la jerarquía militar), y así obtuvo que se me impusiera una dura pena aflictiva. Gutiérrez no ignora que en el proceso hay declaraciones a mi favor de políticos de su misma ideología. Entre ellos nada menos que las autoridades principales, como el gobernador departamental, socialista, y la señora alcaldesa. Sus declaraciones fueron publicadas en el diario *La Estrella* de Arica al cumplirse treinta años del Gobierno Militar. Incluso en el mismo proceso hay declaraciones favorables a mí de algunas personas que estaban en la cárcel, como una forma de protegerlos.

En los dos recientes debates presidenciales tuve el privilegio de ser nombrado. En el primero de ellos el periodista Gómez Pablos le preguntó al entonces candidato Piñera: "¿Usted le daría el indulto a Odlanier Mena Salinas?". No supe con qué intención hizo la pregunta ni escuché claramente la respuesta, desgraciadamente. Tampoco sé que grado de conocimiento tiene sobre mí para citarme en forma tan específica y categórica. En el segundo y último debate, la

prestigiada periodista de tevé señora Constanza Santa María le preguntó a ambos candidatos: "¿Qué hicieron ustedes en el período duro de la dictadura, entre 1973 y 1978?". Ambos dijeron las actividades en que se encontraban.

Puedo dar algunos antecedentes de porqué se determinó específicamente el lapso que media entre esos años; no es arbitrario, conforma un período de nuestra historia contemporánea. En alguna medida, yo tuve que ver indirectamente con la fecha inicial y directamente con la de término y eso me confiere el extraño honor de haber sido citado implícita o explícitamente en ambos debates presidenciales

Si no pude evitar el nacimiento de la DINA, le puse término al aceptar el cargo de director de la CNI.

Desde enero de 1973 y hasta diciembre de 1974, tuve el honroso cargo de comandar el Regimiento "Rancagua" en Arica, cuando estábamos al borde de la guerra con el Perú. En lo interno, se vivió, simultáneamente, el cambio de Gobierno. Contribuí en alguna medida a evitar la guerra, a la vez que nos preparábamos para afrontarla de la mejor manera posible y esta fue mi preocupación prioritaria; y en lo interno, obtuve la normalización total de todas las actividades en el Departamento de Arica, a mi cargo, en un mínimo de tiempo y en un proceso de total racionalidad. En el resto de país se dieron circunstancias muy diferentes.

En 1975, siendo coronel, me recibí interinamente de la Dirección de Inteligencia del Ejército (DINE). Pero antes de recibirme en propiedad, puse como condición: No tener relación alguna con la DINA al mando de Contreras. Esta exigencia, claramente formulada, no se cumplió, por lo que renuncié a mi carrera e hice abandono de mi cargo en el mes de septiembre de ese año, solo siete meses después de ser ascendido al grado de general. Volvamos a la ruta principal, puesto que estábamos en el mando del prestigioso Regimiento "Rancagua" de Arica y ahí me encontré con una personalidad que gravitó poderosamente no solo en mi mando sino también en el propio destino histórico de nuestro país.

GENERAL ARTEMIO GARCÍA VARGAS

El general Vargas era comandante de la Sexta División Ligera y de la Guarnición Militar de Tacna. Lo de *ligera* –término empleado para calificar la naturaleza y características del material de una agrupación militar- era engañoso respecto a la Sexta División del Ejército del Perú, con guarnición en Tacna. Sugiere, en efecto, una veloz unidad de ataque, una manada de lobos, pero no era solamente eso: además de sus potentes medios propios, esa División estaba unida de manera orgánica inmediata al grueso de un ejército desplegado a corta distancia, del cual constituía claramente la vanguardia. Al sur de Arequipa.

Su misión consistía en romper las defensas que pudiéramos oponerle y abrir el paso al ataque blindado masivo que materializaría la invasión al extremo norte del territorio chileno, con el propósito de ocupar Tarapacá antes de que el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas impusiera el cese de las hostilidades.

Su comandante, el general Artemio García Vargas, era un líder carismático, enérgico y cálido a la vez; un profesional de fuste y sustancia; un hombre de estudio y terreno. En suma, un verdadero soldado y conductor, heredero de la caballerosa estirpe de Bolognesi y Grau. Para mí fue un privilegio conocerlo y cultivar nuestro trato en el plano de la amistad, en lugar de tener que enfrentarlo donde solo hay vencedores o vencidos. Por cierto, detrás de las fuerzas a mi mando no había tropas escalonadas en profundidad; solo desierto, quebradas y más desierto hasta Iquique.

Amigo ARTEMIO: dondequiera que estés ahora –porque falleciste hace tantos años en un honroso acto de servicio, en un trágico accidente en helicóptero mientras te desempeñabas como ministro de Transportes–, te rindo un sincero homenaje de gratitud, admiración y cariño, toda vez que gracias a tus buenos oficios y al irrestricto apoyo que reci-

biste de tu superior y amigo, el general y expresidente del Perú don Francisco Morales Bermúdez, contribuiste evitar una guerra fratricida, que el desvarío del general Velasco Alvarado había preparado minuciosamente en contra de nuestro país. En una desproporción inverosímil, absurda, alejada de todos los parámetros conocidos. En un terreno, reducido al máximo, plano y angosto, nosotros habríamos sido necesariamente aventados como el insecto que recibe un papirote. Tú, como militar, los sabías, pero antes que pasar a la historia como un general victorioso, que lo habrías sido por múltiple razones, preferiste asumir un rol casi anónimo y ayudaste a mantener la paz entre nosotros. Yo creo que Chile debe estarte agradecido y en el Museo del Morro deberías estar representado con honor, como Héroe de la Paz, señor general don Artemio García Vargas (Q. E. P. D.), porque juntos evitamos una conflagración que pudo afectar a todo el cono sur de nuestro continente.

Todo eso está inscrito en nuestra historia. No era cuestión de hacer frases ingeniosas, como cuando le dijeron a Aníbal en Cannas: "Los adversarios son tan numerosos que taparán el sol con sus flechas. ¡Mejor, pelearemos a la sombra!", habría sido su respuesta. El milagro estaba en aguzar el ingenio para sacar fuerzas de flaquezas. Potenciando al máximo el terreno, crear situaciones imprevistas y proyectando decididamente una imagen de fe inquebrantable de todos, de militares y civiles. A esas tareas nos empeñamos con especial ahínco y en forma absorbente. Nunca, para nadie, hubo una concepción timorata y entreguista –como fue aquel lánguido consuelo del *qué más da, un pedacito más o un pedacito menos.* ¡Seguramente este fue uno de los méritos del patriarca por los cuales fue condecorado!

Siguiendo nuestro relato sobre algunas contingencias que debimos afrontar en mi misión de comandante de las tropas de las FF. AA. y Carabineros de Chile emplazadas en Arica, yo trataba de promover por todos los medios una cada vez más fluida relación con mi contraparte, ya lo he

dicho, el general Artemio García. Afortunadamente encontré en él un campo predispuesto, fértil y generoso para mi empeño y, sin mayor esfuerzo, logramos seguir avanzando rápidamente en la creación de nuestras confianzas recíprocas. Con este propósito, y para promover una demostración pública de buenas intenciones, le sugerí una vez que realizáramos una ceremonia militar, en la propia frontera, que rubricara lo que conversábamos en nuestras oficinas o en reuniones sociales. Lo aceptó con entusiasmo no bien se lo había planteado. No obstante, me dijo que debía solicitar autorización a sus superiores. Tiempo más tarde me dijo que en principio mi idea había sido aceptada.

Al cabo de un mes, más o menos, me avisó que le iba a pasar revista de inspección la máxima autoridad de las FF. AA. peruanas, el general Francisco Morales Bermúdez, y aprovecharía la ocasión para plantearle el tema en detalle. Le agradecí su información y, como había sido el autor de la iniciativa, añadí que los invitaba a almorzar a mi casa en Arica. Morales Bermúdez llegó en la fecha acordada con un séquito de tres generales y dos coroneles, aparte de mi amigo Artemio. Después de comer nos reunimos en la bi-



blioteca, donde en una larga mesa se sentaron a un lado las visitas y en el otro el anfitrión, acompañado del segundo comandante del "Rancagua", un mayor, y mi ayudante. El desequilibrio en cuanto a jerarquías y representación era apabullante, al punto que hasta el diplomático más bisoño habría puesto el grito en el cielo por lo que podía salir de aquella conversación. Sin embargo, curiosamente, los oficiales de diferentes naciones se entienden con facilidad y sencillez cuando la sinceridad es transparente.

–Odlanier –me dijo entonces el general Morales Bermúdez–, apoyo con entusiasmo lo que has propuesto. ¿Qué te parece si hacemos una ceremonia en la Línea de la Concordia, con las bandas, estandartes de combate, una unidad de unos treinta tanques por lado y un batallón de combate? Durante un momento de la ceremonia podrían sobrevolar aviones de ambos países.

–Estimado Pancho –le respondí (me había invitado a darle ese trato familiar)–, yo había pensado solamente en un gesto simbólico, no en una "demostración de fuerzas". Conforme con las bandas y estandartes, ¿pero para qué los tanques y tantos soldados? Un pelotón de unos 40 hombres al mando de un capitán es suficiente...

Él no podía ignorar que en todo Chile solo había unos 30 tanques, de los que la mitad estaba en reparación. Los tanques operacionales estaban en Punta Arenas, excepto uno para entrenamiento en Iquique, el cual pedí prestado por un cierto tiempo para probar las defensas que estábamos construyendo a toda prisa en Arica. Ellos, en cambio, tenían desplegados en el terreno al menos 450 tanques de fabricación soviética, ya lo dije, entre Arequipa y Tacna, como quien dice, casi al otro lado de la calle.

Sin comentario alguno aceptó mis sugerencias y no me presionó para que "mostrara mis cartas." A todo esto, previendo que esta iniciativa podía fracasar, yo me había cuidado de no informarla a mis superiores. La verdad es que







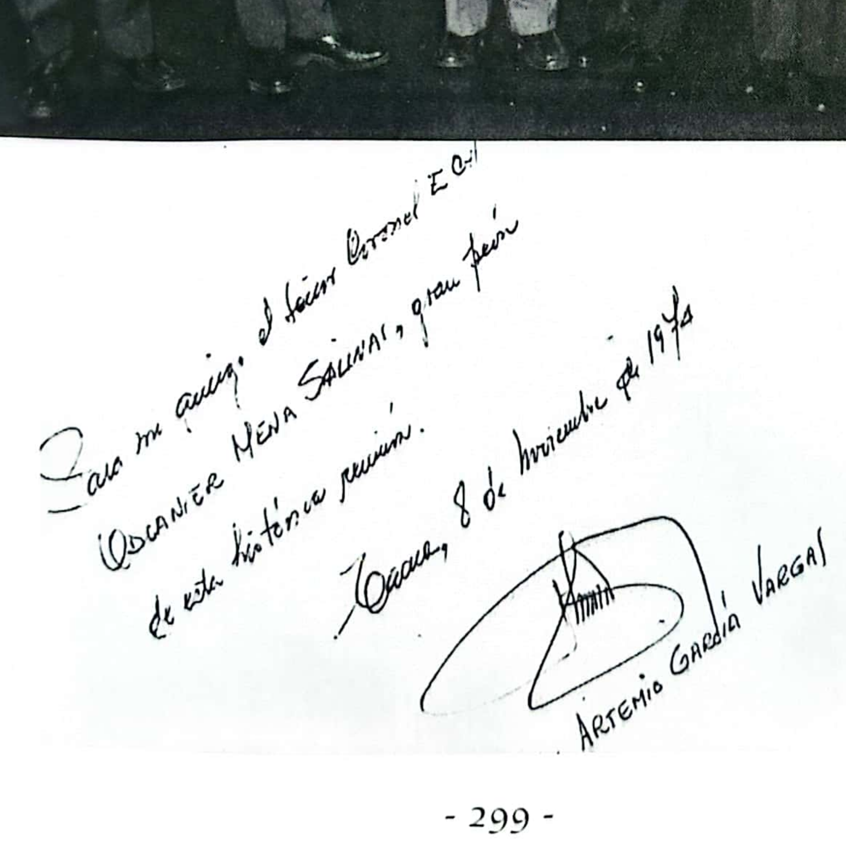
no se la podía plantear a mi superior inmediato, el general Carlos Forestier, porque era conocido su carácter y aversión visceral hacia los vecinos y la rechazaría de plano o habría tratado de conducir las negociaciones, con lo que fatalmente las haría fracasar. Hice, pues, un viaje a Santiago y me sinceré con el jefe del Estado Mayor General del Ejército, general Héctor Bravo Muñoz, a quien le pedí expresamente marginar a mi superior, porque su participación, en lugar de limar asperezas, podía provocar hechos imprevisibles. El general Bravo conversó con el general Pinochet, quien autorizó la ceremonia.



Recibida la autorización, nos dedicamos a planificar los detalles en reuniones tanto en Tacna como en Arica. Solo al final del proceso nos pusimos de acuerdo con Artemio para invitar a la última reunión de coordina-

ción a nuestras autoridades institucionales. Por el Perú, participaron el general Francisco Morales Bermúdez, comandante general del Ejército; el general Juan Sánchez González, director de Inteligencia del Ejército; y el general Artemio García Vargas, comandante de la Guarnición de Tacna. Por parte de Chile lo hicieron el general Héctor Bravo Muñoz, jefe del Estado Mayor General del Ejército;





el general Sergio Polloni Pérez, director de Inteligencia del Ejército; y yo. Después de la reunión oficial, almorzamos en mi casa. Al día siguiente fuimos invitados a Tacna, a un almuerzo similar, y Artemio me hizo entrega de una foto de todos los asistentes con una dedicatoria: "Para mi amigo el Señor Coronel E. Ch. Odlanier Mena Salinas, gran peón de esta histórica reunión. Tacna 8 de Noviembre de 1974; -firmado-... Gral. Brig. Artemio García Vargas".

La ceremonia del "Abrazo de la Concordia", presidida por el general Artemio García y por mí, con asistencia de las autoridades locales de ambos países, se realizó el día 15 de noviembre de 1974, a mediodía, justo donde están los hitos fronterizos, dice la prensa. Hubo, por ambos lados, transporte gratuito, lo que permitió reunir a más de cuatro mil personas. Ambos hicimos uso de la palabra, entregándole yo al general García una medalla conmemorativa. Luego él, sorprendiéndome, me impuso la condecoración del Ejército de su país "Cruz Peruana al Mérito Militar", en el grado de Comendador. A continuación, los dos comandantes nos trasladamos juntos y saludamos primero al estandarte chileno y a continuación al peruano. Se interpretaron los himnos nacionales de ambos países.

Luego, dos soldados peruanos de la VI División Ligera y dos del Regimiento Rancagua plantaron un olivo como



"símbolo de hermandad" (casualmente, los dos conscriptos del regimiento eran robustos mocetones) y se descubrió una estela de piedra para marcar esa fecha histórica, la misma que aparece con ocasión de diversos reportajes.

El decano del Cuerpo Consular de Arica, Sr. Enrique Hansen Aracena, declaró a *El Mercurio* (Santiago, 16 de noviembre de 1974) que este había sido el Segundo Abrazo de la Concordia, celebrado entre Chile y Perú, y que él había estado presente en aquella ocasión. El primero fue con motivo de la firma del Tratado de Paz y Amistad, entre las dos naciones, en 1929, entre los presidentes Carlos Ibáñez del Campo y Juan Bautista Leguía. La primera vez tuvo lugar "cerca del mar, junto al hito Nº 1".

En una recopilación de la prensa publicada en esa época, se lee: "Repercusiones internacionales a nivel mundial alcanzó la trascendental e histórica Ceremonia efectuada el sábado a medio día y que ha sido denominada «El Abrazo de la Concordia»". La prestigiosa emisora mundial *Voz de América*, que transmite desde Washington, para todos los continentes de la tierra, dedicó un espacio preferente, en las noticias importantes del día, en su noticiario del sábado en la noche. Repercusiones internacionales a nivel mundial alcanzó la trascendental e histórica ceremonia efectuada el sábado a medio día en la frontera que ha sido denominada "El Abrazo de la Frontera": "El deseo evidente de los Ejércitos de Chile y Perú de concretar en forma visible sus anhelos de paz, unidad, armonía y confraternidad naturalmente que acapararon la atención mundial, máxime estos días donde las inquietudes e incertidumbres bélicas de muchos lugares del planeta afectan la paz y conforman una constante amenaza para la Humanidad", transmitió *La Voz de América* para todos los continentes de la tierra en sus noticiarios ese día sábado en la noche.

El diario *La Concordia*, de Arica, informa: "Las autoridades militares de Chile y Perú buscan la Paz en la Línea de la Concordia". La prensa de Lima publicó la noticia en todos



los diarios en sus primeras páginas, explicando el significado de este encuentro de paz y armonía en la frontera de Chile y Perú. El diario *La Defensa,* de Arica, señala: "El «Abrazo de la Concordia» se cumplió a las 12.00 horas de Chile en la misma línea fronteriza que separa a Chile y Perú, con la presencia de miles de personas que siguieron con emoción el desarrollo de esta ceremonia, en la que los máximos jefes militares de Arica y Tacna se estrecharon en un firme abrazo de camaradería y paz". "El «Abrazo de la Concordia» produjo un impacto noticioso internacional", dijo el diario. Ese mismo diario, bajo el título "Emoción de una dama peruana: Pueblo de Arica y Tacna exteriorizó regocijo y vibró en el solemne acto de Unidad" (Arica, 18 de noviembre de 1974), dice: "Una dama tacneña, presente en la ceremonia, al término del acto, mezclada entre la multitud se acercó al coronel Odlanier Mena Salinas y le dijo con voz muy emocionada: «permítame darle un abrazo, señor, por favor». El Coronel reaccionó ligeramente sorprendido por la emoción que trasuntaban estas palabras e inclinándose abrazó a la señora que así lo pedía a la vez que exclamaba «muchas gracias, señora, muchas gracias». El reportero que observó esto y en medio de la multitud logró ubicar a la dama para consultarle el porqué de su gesto tan emocionado y espontáneo. Respondiendo a sus preguntas, la señora dijo: «Soy

peruana, me llamo Cristina Beyzaga, vivo en Tacna, he querido abrazar al oficial chileno porque esta ceremonia ha sido maravillosa y porque veo en el señor Coronel que es una persona muy honorable que demuestra que ama a la unidad y la paz, algo que mucho necesitamos todos»".

Otro tanto se registró en la prensa del Perú, cuyos diarios en sus primeras páginas destacaron el significado de este encuentro de paz y armonía en la frontera de Chile y Perú. Otras agencias internacionales de noticias, en especial *United Press* y *Associated Press*, hicieron despachos a diferentes países del orbe.

Aun a riesgo de contradecir nuevamente al señor ministro sentenciador, debo afirmar: "sí, tenía otras funciones que atender", como se demuestra precedentemente y que fue adjuntado al proceso junto con numerosos otros documentos más.

Pero no todo era "miel sobre buñuelos", dos veces durante mi mando recibí comunicaciones criptográficas que decían "mañana 00:00 horas «DÍA D»", es decir, era la iniciación de la guerra. Pedí en ambas oportunidades confirmación, de acuerdo con lo establecido, y recibí, cada vez, respuestas afirmativas. Mis medios de búsqueda de informaciones, en el campo táctico, nada me habían advertido, de modo que asumí que eran antecedentes obtenidos por el escalón superior (Es una característica del obrar de los servicios de inteligencia: los que trabajan para unidades superiores se superponen sobre los de las unidades inferiores y no se comunican entre sí. No se conocen.) Esto implicaba poner inmediatamente en ejecución la planificación prevista (no podíamos titubear, para eso nos habían preparado intelectual y psicológicamente): el despliegue de la unidad en el terreno y ocupación inmediata de las posiciones defensivas. Los objetivos para la artillería ya estaban reglados; la distribución de combustible y munición, el traslado de las familias que vivían en el perímetro de los cuarteles

estaba preparado, alistamiento de las disposiciones de oscurecimiento; adecuación del hospital para recibir heridos; activación de las medidas tomadas para un eventual "combate en localidades", en la propia ciudad de Arica; en fin, hacer todo lo necesario para cumplir nuestra misión y, lo que era más difícil, evitar al máximo posible que todo esto trascendiera a los peruanos, porque los preparativos, al ser detectados, podían desencadenar el conflicto, si es que no ocurría lo advertido por el escalón superior.

De más está decir que estos fueron instantes de gran tribulación, en que se siente en forma física la enorme soledad del mando. Cada instante era jugarse el "todo o nada". Yo era el responsable de todo lo que mi unidad hiciera o dejara de hacer en el campo de combate. Sobre mí no solo descansaba el presente con sus infinitas vicisitudes, sino también el peso glorioso de la historia. Puede esta frase aparecer melodramática, pero es la que mejor representa las verdaderas responsabilidades de mi cargo.

Estaba claro que, llegado el conflicto, no podía cederse ni un centímetro de tierra: si lo hacíamos, jamás lo íbamos a recuperar. Marcada a fuego ha estado siempre en mi mente, y especialmente entonces, la frase que no acepta interpretación ni duda, de la Ordenanza General del Ejército, y está siempre vigente en el corazón de los viejos soldados: "Quien recibiere órdenes de conservar su puesto a toda costa, lo hará".

A todo esto, se había prohibido que, en situaciones como las que he relatado, familiares de personal de las FF. AA. y Carabineros abandonaran por tierra el Departamento de Arica, porque esto podía generar un éxodo general que dificultaría la llegada de refuerzos. Solo unas pocas familias de otra institución incumplieron lo dispuesto.

En este clima de tantas sospechas, que creaba un ambiente lindante con la paranoia, me correspondió recibir el saludo del general García, con motivo de las Fiestas Patrias (1974). Dada la alerta recibida desde la División, nuestra duda era

si vendrían en los buses solos las Bandas Instrumental y de Guerra, Estandarte de Combate y un Destacamento de Formación o si el destacamento que entraba al país portaba armas y era la iniciación de una invasión generalizada. Por razones obvias, no los podía someter a una revisión en la frontera, de modo que nos preparamos para el peor evento. Improvisamos una unidad de formación con el personal de talleres, del rancho, en general, de los servicios y desplegamos a las unidades de combate en alerta de combate.

El saludo, según la tradición, consistía en una formación frente al cuartel de las tropas de ambas naciones; interpretación sucesiva de ambas canciones nacionales, un abrazo de los respectivos comandantes y luego un desayuno en honor de la delegación visitante, iniciado, naturalmente con sendos discursos.

El diario *La Concordia*, de Arica, registró así estos hechos: "Saludos protocolares con Banda Instrumental y de Guerra peruana. Delegación de autoridades peruanas participó en los actos oficiales en Arica (20 de septiembre de 1974). Una delegación de altos oficiales del Ejército peruano, encabezada por el General de división Artemio García Vargas, se hizo presente a las 8 de la mañana del día 18, frente al Regimiento Rancagua, para saludar al Jefe Militar y Gobernador de la Provincia de Arica Coronel Odlanier Mena Salinas y autoridades de la ciudad, con motivo del 164 aniversario de la Independencia Nacional. También integraron esa delegación el Prefecto del Departamento de Tacna, Carlos Chiarella y el Alcalde de la vecina ciudad, Humberto Cúneo Bacigalupo. En los saludos protocolares se encontraban presentes el Alcalde de Arica, Coronel (R) Manuel Castillo Ibaceta, el Prefecto de Carabineros Coronel Carlos Redersen, el Gobernador Marítimo Capitán de Fragata Ricardo Abbott, el Decano del Cuerpo Consular Enrique Hansen Aracena, el Cónsul General del Perú en Arica Miguel Barandarian, todos los jefes de Servicios Públicos y Vice Rectores de las Universidades y periodistas".

Durante el desarrollo del desayuno que se servía a continuación y con la idea de que mientras el general permaneciera en nuestro país no podía haber conflicto alguno, le ofrecí a Artemio que me acompañara a Putre, porque yo debía presidir ahí los festejos de celebración de las Fiestas Patrias, con las autoridades locales. Me preguntó asombrado si tenía atribuciones para invitarlo. Le contesté que yo era el dueño de casa y no había problemas. La jurisdicción de la zona de operaciones para todos los efectos estaba bajo mi mando. De paso, le dije brevemente al ayudante que preparara los vehículos necesarios y avisara a Putre la calidad de la delegación que me acompañaba.

Durante el viaje, me decía que "no podía creer lo que estaba pasando", ya que en todas sus apreciaciones de combate habían concluido que nosotros, desde Putre, íbamos "a iniciar una maniobra de envolvimiento hacia la costa". Le contesté: Entonces van a tener que cambiar su planificación, porque en realidad debían convencerse que nuestro propósito era solo defensivo. En tono festivo le agregué que me ofrecía para prestarles asesoría en la elaboración de su planificación… Con el pretexto de "admirar el paisaje", me pidió nos detuviéramos en varios lugares, haciendo observaciones sobre el terreno. Era natural, yo habría hecho lo mismo. Al llegar a la plaza, nos recibió una "improvisada sección" (30 hombres) deliberadamente mal vestida y peor equipada. Todo hasta ahí había caminado bien; pero el oficial a cargo de la alocución patriótica, con otras preocupaciones sin duda más imperiosas, no tuvo tiempo para arreglar su discurso, para adecuarlo a la presencia del general peruano, y al llegar a ciertos párrafos, donde seguramente hacía alusiones poco amistosas, debía saltárselos, terminando por leer un extraño *patchwork* literario. Me recordaron, de algún modo, los problemas que yo había tenido al comenzar mi carrera muchos años atrás en Puerto Montt.

En otra oportunidad, el general García me llamó por teléfono y me dijo que imprevistamente, por el aumento de rumores y trascendidos deliberadamente amenazantes de

la prensa tacneña que anunciaban una pronta invasión chilena, grupos de empresarios y profesionales de alto nivel estaban haciendo preparativos para irse definitivamente a Lima y estaban agotando los pasajes. Agregó que si esto se materializaba, seguramente a él lo iban a transferir a otra guarnición y que probablemente lo reemplazaría un general adicto a la línea belicista de Velasco Alvarado, por lo que me pedía enfáticamente que lo ayudara cuanto antes a salir del paso. Le contesté que esto era resultado de la campaña que ellos mismos habían iniciado para justificar su propia carrera armamentista. Le solicité que me diera unos minutos y luego yo lo llamaría de vuelta.

Así lo hice:

–¿Qué te parece que yo llegue de paisano a Tacna, sin chofer, me estaciono en la plaza y nos encontramos "por casualidad" como a las once de la mañana? Hoy es sábado, de modo que no debería llamar la atención. Nos saludamos y tú me acompañas a ver algunas librerías "de viejo" y de las otras. Después almorzamos en un buen restaurante. Previamente, tú adviertes reservadamente a un buen periodista que reportee algo por ahí y nos encuentre conversando.

Un canal de TV grabó imágenes y nos entrevistó. En el noticiario de la tarde de ese día apareció la entrevista que al día siguiente se publicó en toda la prensa tacneña, con mutuas declaraciones de paz y hermandad. Se devolvieron los pasajes, se deshicieron las maletas y otra vez volvió a reinar la calma. Como resultado de estas complicidades llegamos a tener una amistad verdadera, prolongada a nuestras familias, y fue así como en dos oportunidades el general Francisco Morales Bermúdez y esposa, Rosita, fueron huéspedes en nuestra casa en Arica. Algunos de mis hijos participaban de estos eventos que Nana, apresuradamente, debía enfrentar como dueña de casa, muchas veces en forma imprevista y con escasas disponibilidades para hacer debido honor a nuestros conspicuos huéspedes. Al año siguiente me invitó a conocer el Palacio Pizarro.

Como es natural, paralelamente a estos afanes de crear confianzas recíprocas, trabajábamos para estimular el espíritu patrio, si bien esa tarea no requería esfuerzos especiales porque en Arica se vibra de orgullo nacional. Toda la población, más allá de las diferencias sociales y políticas, sabe que los civiles y los militares tendrán que enfrentar juntos los enormes sacrificios que demandará una eventual invasión peruana.

Es así que creamos las primeras Brigadas Escolares con uniformes de la Guerra del Pacífico, a las que se les impartía clases de primeros auxilios. Estas unidades también recibían instrucción militar básica para desfilar y representantes de ellas asistían a la emotiva ceremonia de izamiento de la bandera en la plaza, los días domingos, a la que asistíamos todas las autoridades.

Quizás lo más destacable, por el esfuerzo realizado, fue que en solo tres meses hicimos el "Museo Histórico y de Armas", que entregamos a la ciudad de Arica el 6 de junio de 1973. Inicialmente tuve el propósito de llamarlo "Museo de la Infantería", puesto que había méritos de sobra para hacerlo, pero, dado a que bajo mi mando había unidades de todas las armas –por ejemplo, en artillería tenía más material y más moderno que la propia Escuela del Arma en Linares–, opté por el nombre ya mencionado. En un pedestal hice colocar la "Rosa de los vientos", para que los escolares que lo visiten recuerden los lugares de emplazamiento de los fuertes peruanos y fijarles la idea de que se encuentran en el lugar más septentrional de nuestro país, incorporado a la Patria gracias al valor de sus soldados.

Entre tantos afanes, fue pasando rápidamente el tiempo y yo veía con temor que se acercaba la fecha de entregar el mando, ya que reglamentariamente son dos años. Le pedí al general Pinochet que me dejara otro año, pero me dijo:

–No, usted va a ascender y quiero llevarlo a Santiago.

Dada mi especialidad, no era difícil imaginarme a qué cargo.

–Si asciendo –le dije–, eleve esta unidad al rango de brigada, para homologarlo con los vecinos, y déjeme aquí.

–No, –repitió–, usted irá a otro puesto.

Y eso sería todo. A un grupo de mis amigos más íntimos les dije que esto sería el fin de mi carrera. Sabía que ineludiblemente iba a colisionar con Contreras, que mandaba la DINA, porque aunque soy más antiguo, "el hilo se corta por lo más delgado". Él llevaba varios años tejiendo redes de poder a base de intrigas, considerando una amenaza a quienes podían entorpecer sus ambiciones, y contaba además con la irrestricta confianza de Pinochet. Conociéndome, no se requería ser profeta para advertir el choque entre dos organismos que, aunque con diferente objetivo, trabajaban en el área de inteligencia. Quizás lo más curioso sea que a mí no me interesaba para nada competir con Contreras ni con nadie por la confianza del jefe del Estado. Siempre me he considerado un militar de carrera, y punto.

Contradiciendo lo que acabo de señalar, reconozco que más de alguna vez pasé por encima de normas convencionales fundamentales, pero ante todo tenía que hacer los mayores esfuerzos posibles para no fracasar en el cumplimiento de mi misión superior y en eso me empeñaba, responsablemente, cualquiera fuera el costo por pagar. Esto se facilitó, sin duda, porque en materia de atribuciones de jefe de Zona de Emergencia, tenía total independencia. En otras circunstancias, la conducción en estas materias pudo ser diferente.

Durante mi gestión de mando y en los años inmediatamente posteriores, nunca supe que personal dependiente de mí hubiera cometido un crimen. En efecto, hasta muchos años después, por fortuna, nada supe de esta terrible situación, ya que habría agregado una seria complejidad y preocupaciones adicionales a las funciones que de hecho de-

bía cumplir. Y así pude dedicarme por entero a mis graves e indelegables responsabilidades como comandante de tropas en situación de peligro de guerra. Lamentablemente, al investigar los delitos cometidos, los señores magistrados no se asomaron al pasado en que ellos ocurrieron, porque habrían visto con claridad que "sí estaba ocupado en otras cosas". Todas ellas están pormenorizadamente detalladas en documentos en múltiples informes, declaraciones y demás pruebas del proceso y, por otro lado, hay muchísimos testimonios materiales en el terreno que pueden probar mis afirmaciones. Por suerte, totalmente ajeno a este problema judicial que entonces no existía, que nadie había denunciado, que estaba solo en la memoria de los autores y del Sr. Sankan, que ni siquiera conocieron sus familiares más próximos, ni el capellán del regimiento, ni tampoco el juez auditor de guerra, ni al parecer nadie más en Arica, seguí tranquilo mis actividades como comandante de regimiento y comandante de la Guarnición Militar, iniciando un detenido estudio de toda la extensa zona jurisdiccional de mi responsabilidad.

Lamentablemente, el sistema judicial está de tal manera estructurado, que cualquier empeño seguramente será en vano. Un conocido ministro de la Corte Suprema, de imponente figura, de bigote y perita, dijo una vez, olímpicamente: "los recursos de revisión no pueden prosperar. Los fallos los hacemos nosotros y los que debemos revisarlos también somos nosotros. En ese sentido somos dioses...". Un "no ha lugar" saca de toda posibilidad de discusión verdades indiscutibles; pero, al menos, dejaré testimonios de que, a pesar de todo, la verdad debe imponerse. Ahí están las pruebas.

Fue en extremo doloroso verme enfrentado a un proceso donde uno de los testigos, mi segundo mando, nada menos, dejara una sombra de duda en mi contra, para eludir responsabilidades propias, no obstante que fuera una persona que gozaba de toda mi confianza y amistad y que terminó, lamentablemente, suicidándose, presumo que, entre otras

causas, agobiado además por este gesto tan desdoroso. No me cabe duda de que todo el resto de los oficiales y suboficiales apoyaron mi gestión. He recibido muchas pruebas de esta afirmación.

Un hecho intrascendente provocó que se rompiera nuestra larga amistad y, finalmente, que me inculpara indirectamente de un crimen que él pudo y debió conocer y evitar. Sin más, aseguró en el proceso que jamás ni siquiera tuvo tiempo para leer el periódico, debido a sus múltiples actividades, pese a que el hacerlo era, precisamente, una de ellas, ya que de él dependía la sección de relaciones públicas del regimiento. Resultan insólitas las declaraciones de mi supuesto distanciamiento con él "por su tibieza en el mando". Sus hojas de vida desmienten sus asertos y menos aún para yo llegara al extremo de pedir su traslado del regimiento, siendo destinado nada menos que como ayudante del ministro de Defensa Nacional (lo que, naturalmente, fue resuelto



Despedida del 2º comandante del regimiento, Sr. Oyarzún, y familia. (No parece existir un ambiente tenso en este acto)

por esa autoridad), cuando en todo caso ese cargo involucraba un notorio privilegio y no dependía de mí hacerlo. Por el contrario, mucho lamenté que dicho traslado se cursara, porque él llevaba varios años sirviendo en el regimiento con mucha eficiencia y en la apremiante situación que vivíamos era claramente un error administrativo hacerlo.

Por el contrario, fue tan estrecha nuestra relación mientras permaneció bajo mi mando, que con motivo de mi retiro voluntario del Ejército, en septiembre de 1975, él creó en Santiago la que llamó "Cofradía del IV de Línea", en la cual participaban muchos de los oficiales y familiares que habían servido conmigo, para recordar los duros pero gratificantes avatares vividos en Arica en los años 1973-74, tanto en lo profesional como en el plano de la amistad personal y familiar. Su estructura y organización dependían de él, porque la había creado.

Por más de veinte años nos reunimos periódicamente en un plano de gran amistad, con nuestras esposas y muchas veces con nuestros niños. Siempre me sentí incómodo de presidir durante tanto tiempo a este querido grupo de amigos, porque me parecía fomentar en mi propio beneficio el culto a la personalidad. Reiteradamente le pedí que se eligiera a otra persona para hacerlo y que ampliara su invitación a todos los que habíamos estado juntos. Sin razón alguna, empecinadamente excluyó a varios matrimonios. Siete de mis exsubalternos habían ascendido y eran ya generales. El 2° comandante, creador de esta entidad, se opuso a cualquier cambio porque decía que iba a quedar en una posición desmedrada, ya que había llegado solo al grado de coronel. No obstante su oposición, en una reunión propuse en asamblea nombrar al general Jaime Izarnótegui A., que había sido mi ayudante del regimiento y a la sazón era director del Personal del Ejército, para que se hiciera cargo de dirigir la cofradía. Este aceptó, generosamente. Después, por razones que desconozco –y que no me compete averiguar–, el grupo quedó en estado de hibernación.

Pero debemos seguir avanzando en otros temas propios de la responsabilidad del mando de tropas en una jurisdicción determinada. No atendemos solo a correligionarios ni exclusivas clientelas políticas; ni tampoco nos escudamos en frases que por repetidas carecen de valor real, como es la del "servicio público", detrás de la cual muchas veces se ocultan solo ambiciones de poder, cuando no la cómoda existencia de abundante dinero fácil y otras prebendas. Nos interesan las personas y los escenarios donde llevan sus vidas, porque muchos están atados a ellos. No parece posible separar a estas de aquellos. Los espacios que habitan involucran ventajas o dificultades; facilidades de conexión o aislamiento; recibir adecuadamente los beneficios del desarrollo equilibrado del país o ser marginados de ellos como ciudadanos de segunda clase. Nuestra especial configuración geográfica debe conducir a profundizar la visión pionera del Gobierno Militar en cuanto a marcar el énfasis gubernamental en la regionalización y a considerar el flujo expedito en el sentido longitudinal del país, como un imperativo vital para su seguridad y desarrollo. Todas las autoridades militares y civiles deben tener conciencia de que una interrupción de estas vitales vías de comunicación puede provocar infartos de graves consecuencias para todo el país y deberá constituir un deber primordial el evitarlos proactivamente.

Los parlamentarios, en sus períodos distritales, podrían constituir valiosos elementos de estudio de estas materias para coadyuvar en las responsabilidades del Poder Ejecutivo. El problema del aislamiento de Aisén tuvo un larguísimo período de gestación larvario, lo mismo que la planta de lodos, a escasa distancia de Pelequén. Los problemas sociales, salvo derivados de catástrofes, no se generan de un momento a otro, tienen un proceso de desarrollo que genera inquietud que va en aumento y que son fáciles de detectar. No se entiende cómo los parlamentarios comprometidos en esos distritos no los advierten y proponen soluciones. Menos aún que en momentos delicados piensen prioritariamente en estratagemas para aumentar sus emolumentos.

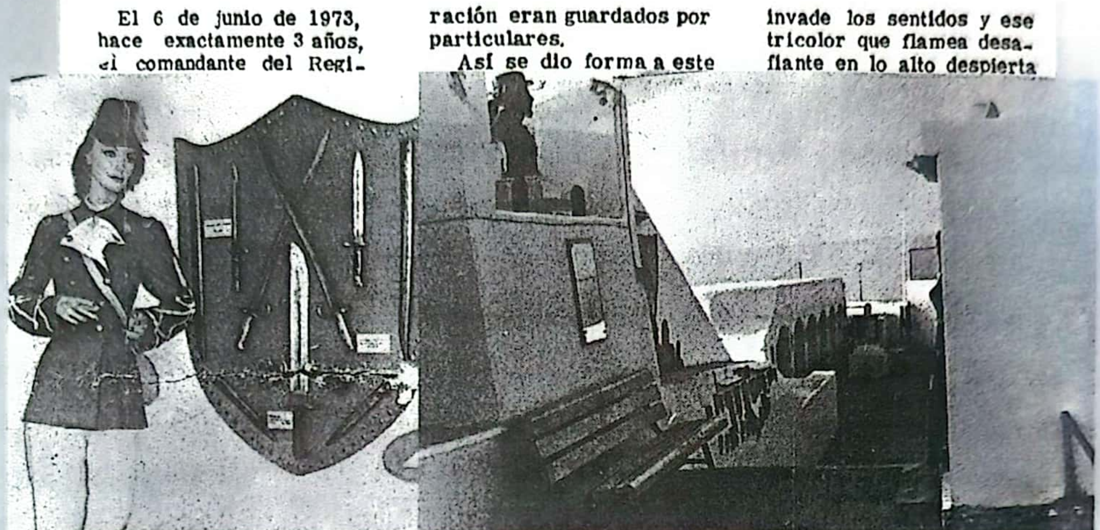
Museo Histórico y de Armas: una página de patriotismo

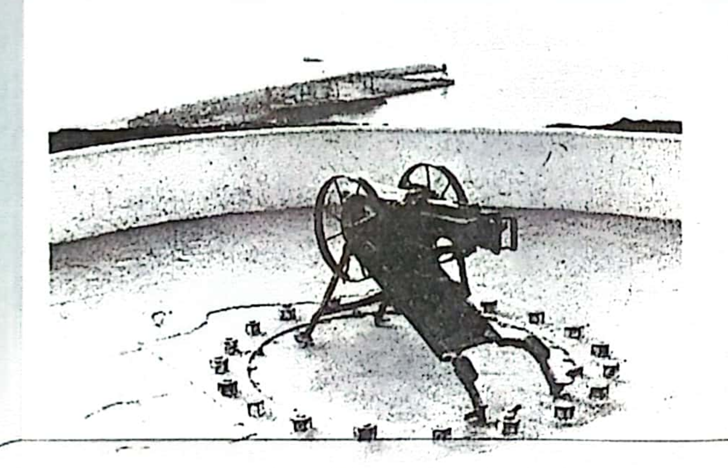
El 6 de junio de 1973, hace exactamente 3 años, el comandante del Regi-

ración eran guardados por particulares.

Así se dio forma a este

invade los sentidos y ese tricolor que flamea desafiante en lo alto despierta





azul ya descolorida por la implacable acción del tiempo y un quepís adornado por un "coqueto" penacho. Como inseparable implemento su cantimplora o "cantina" con la que socorrían a los hombres en las interminables marchas de la infantería.

También está el viejo estandarte del Cuarto de Línea, querida reliquia junto a la cual ofrendaron su vida el Comandante José San Martín y 62 de sus hombres. Su raída tela, sus deslavados colores hablan por sí solo de su vida agitada junto a la hueste de infantes que atrave-

«El 6 de junio de 1973, hace exactamente 3 años, el comandante del Regimiento Rancagua, coronel Odlanier Mena Salinas, entregó a la ciudad de Arica el Museo Histórico y de Armas del Morro. Para formarlo, se recurrió a material atesorado por la propia unidad, guardiana de la tradición de su viejo y glorioso antecesor: El Cuarto de Línea. Junto a yataganes, fusiles, balas, estandartes y uniformes que permanecieron hasta ese momento tras las puertas del Cuartel del Regimiento Rancagua se colocaron aquellos objetos que con verdadera veneración eran guardados por particulares» (Extracto del reportaje sobre el Museo Histórico y de Armas del Morro, publicado por *La Estrella* de Arica en junio de 1976).

Volviendo a la realidad social de las pequeñas comunidades altiplánicas, resultaba casi incomprensible comprobar el total abandono de las pequeñas y laboriosas poblaciones del interior (nunca tuvieron valor electoral alguno), desparramadas en una enorme extensión del altiplano, de inhóspito clima y con gran desamparo, que sobreviven gracias a su milenaria adaptación a condiciones tan adversas. De origen aimara, estas poblaciones conservan intactas sus tradiciones, en parte debido precisamente a su gran aislamiento, al extremo de que ni en la Gobernación Departamental había estadísticas poblacionales confiables. El único contacto ocasional eran unas estaciones de radio instaladas en algunos poblados por la Junta de Adelanto de Arica. Otra razón que se suma a su desconocimiento es que en el hecho son poblaciones trashumantes. En sus singulares pero pintorescos caseríos de piedra con techos de "paja brava", los hombres y mujeres jóvenes pasan muy poco tiempo. La mayor parte del año se trasladan a lugares lejanos, donde siembran orégano, papas u otras hortalizas, y pastorean sus ganados de llamas y alpacas.

En los caseríos, los ancianos cuidan a los niños pequeños. Muchos hombres de edad se entretienen tejiendo, en lana de alpaca, sus gruesas mantas y rebozos, en telares colocados horizontalmente en el suelo. Son profundamente respetuosos de la tierra, a pesar de que les es tan hostil. Invocan a la "Pachamama" con gran reverencia, regalando a ella, con profundo respeto, la primera parte de sus brebajes y hojas de coca o enterrando fetos de llama en los pilares de las construcciones que inician, para que traigan buena suerte a sus habitantes.

Cada vez que mis obligaciones me permitían, subía al altiplano cordillerano para fundamentar mis planes con el reconocimiento personal de su geografía y porque disfruto intensamente el contacto con la naturaleza en su estado más primitivo, sin la intervención humana, que resulta a veces perjudicial. Siempre me sentía muy impresionado por la sabiduría de sus antiguos y escasos pobladores, que

se han adaptado maravillosamente a las duras condiciones de vida de su entorno. Las madres que amamantan llevan a sus criaturas arrebozadas en mantas multicolores que se tercian a la espalda. Si ya caminan, de tres o cuatro años, tienen que dejarlos, en lo posible guarecidos detrás de apachetas piedras, para salir corriendo a buscar a los animales que se alejan, ya que las extensiones son inmensas y pueden exponerse a perderlos definitivamente y ellos constituyen su única posesión material. La tragedia de la pastorcita que dejó temporalmente abandonada a su hijita entre unas piedras, para salir en busca de su ganado de llamos y alpacas, y esta murió congelada en el páramo andino, la sufrí íntimamente porque conocí la precariedad de sus vidas y porque fue sometida a proceso y condenada por cumplir con los ritos y costumbres de su cultura ancestral. Esos son los dilemas a que ellos deben enfrentarse en sus difíciles condiciones de vida de soledad y abandono.

A esas enormes altitudes, el clima presenta las cuatro estaciones en un mismo día. Mucho calor de día y temperaturas de 10 o 15 grados bajo cero por la noche, lo que hace que a las aves que descansan en sus orillas se les congelen las patas y queden aprisionadas por el hielo. Esto les ocurre especialmente a patos, flamencos o taguas gigantes, donde son presas fáciles de los zorros que merodean por los alrededores, ya que no se pueden desprender del hielo que las retienen. Los temporales, que se presentan de improviso con lluvias torrenciales, vientos poderosos que rugen en forma constante y truenos que hacen temblar la tierra, son frecuentes durante el "invierno boliviano". Los rayos caen como ráfagas especialmente en las lagunas, que los atraen como imán, y por eso hay que alejarse de ellas.

Los pobladores son muy hospitalarios a pesar de su pobreza y a veces tienen dificultad para expresarse en castellano. Profundamente religiosos, mezclan los ritos católicos con sus creencias ancestrales. Es notable la celebración de la "Cruz de Mayo". La mayor parte de los caseríos se ubican en hondo-



nadas o grandes depresiones para protegerse del viento. Con ocasión de esas fiestas, con gran esfuerzo bajan todos los años las tres o cuatro cruces de madera que han estado instaladas en la parte más alta de los cerros, como símbolos protectores. Al llegar con ellas al caserío, las apoyan en las paredes de sus pequeñas y hermosas iglesias. Muchas datan de la época colonial (con personal especializado del Regimiento hice encuadernar muchos antiquísimos y valiosos misales).

En una ocasión, con mucha parsimonia, el jefe de una comunidad me invitó a presenciar una de estas hermosas celebraciones; tenía una edad indefinible, pero parecía muy anciano. Coincidentemente, me visitaban el comandante de la División, general Carlos Forestier, y el jefe del Estado Mayor General del Ejército, general Orlando Urbina, y los invité a que me acompañaran. Muy temprano en la mañana, los pobladores estaban reunidos con sus mejores galas; polleras sobre polleras de vistosos colores. Desde los más altos cerros que circundaban su aldea, habían bajado a sus gigantescas cruces tutelares y las tenían apoyadas en el techo de la iglesia. Ubicados frente a ellas, con mucho respeto, procedieron a quitarles las flores y guirnaldas de papel con que las habían adornado el año anterior; al mismo tiempo, cantaban y oraban en voz alta, al son de un violines, que-

nas, pifilcas y charangos, que, a decir verdad, todos ellos no formaban un "conjunto" sino que, estando juntos, cada uno emitía un sonido tan discordante de los otros como fuera posible, sin una cadencia que los armonizara o que marcara un ritmo; vale decir, conformaban una estridente cacofonía.

Después, todos los asistentes formaron un ruedo, bailaron en torno a las cruces, alternadamente hombres y mujeres, tomándose de las manos; luego de detenerse un momento, salieron primero las mujeres y se pusieron a bailar en un círculo interior; todas, en ese momento, portaban largas correas en sus manos. El jefe que me había invitado me explicaba al oído el significado de cada acto. Después de bailar y cantar un rato las mujeres solas, salieron los hombres, se agregaron alternadamente, dando la mano a sus esposas y todos de la mano, hombres y mujeres, dieron varias vueltas en un acompasado trotecito, acercándose y alejándose del centro, a la vez que subían y bajaban las manos, mientras seguía la música tocando, diría, sin ánimo de ofender, despiadadamente. De pronto se soltaron y siguieron bailando y cantando en círculo los hombres detrás de sus esposas. En la segunda vuelta, las mujeres, con huascas que portaban con ese propósito, empezaron a azotar rítmicamente a los maridos hacia atrás, pegándoles muy fuerte en las piernas desnudas. Esto, me dijo mi anfitrión, "por lo que ellos –eventualmente– les hubieran hecho a ellas el año anterior y que ellas no lo hubieren advertido oportunamente".

Al llegar a esta parte del programa, mi amigo me dijo:

–Vamos para atrás, tatita –nombre cariñoso que me habían puesto después de muchas visitas y entretenidas conversaciones–, porque ahora las mujeres les vienen a pegar a todas las autoridades, por lo que no habían hecho el año anterior, debiendo haberlo realizado.

Sabias enseñanzas. Nos retiramos los dos discretamente, sin yo alertar a mis superiores de lo que iba a suceder; por ello recibieron varios latigazos por el cuerpo sin saber lo que

ocurría. Desgraciadamente, mi maniobra no les pasó inadvertida, pero por suerte la tomaron con sentido del humor.

Los aldeanos, en su asombrosa adaptación a las duras condiciones de su geografía, descubrieron en forma empírica la deshidratación de papas y otros alimentos. Todas las noches extienden su producción sobre sus techos de paja brava y la dejan ahí hasta antes del amanecer, cuando aún esta congelada. De esta manera –con el exceso de frío y sequedad de las noches– se contraen hasta que pierden toda humedad, lo que les permite conservarla varios meses.

Regresemos a las obligaciones derivadas de mi nombramiento y mi desempeño como comandante. Junto con "reforzar el terreno", desarrollamos toda clase de ardides para encubrir nuestra verdadera deplorable capacidad defensiva, ya que no podíamos aparecer inermes. Paralelamente, nuestros principales esfuerzos estuvieron orientados a "evitar la guerra", mediante un transparente, sincero y constante ejercicio de persuasión sobre nuestra ninguna ambición territorial, porque nuestra disposición era eminentemente defensiva, pero, a la vez, nuestra inequívoca decisión era defender, a cualquier precio, nuestro patrimonio nacional.

Esta política de acercamiento la puse en práctica desde el primer momento cuando me recibí del mando del regimiento, ya que, de acuerdo con el protocolo tradicional en nuestras relaciones bilaterales, el comandante general de la Guarnición de Tacna, general Artemio García Vargas, me anunció su visita para unos días más tarde.

Saliéndome de todos los cánones establecidos, después de los saludos y presentaciones de rigor, los invité a almorzar, junto con un grupo numeroso de oficiales de mi unidad. El general García aceptó de inmediato mi ofrecimiento. Mientras en casa Nana se preparaba, los invité a conocer algunos lugares de interés turístico de la ciudad. Durante el almuerzo, Artemio, como prueba de amistad, me ofreció simbólicamente cambiar de ayudante por el resto del tiem-

po de permanencia de ellos en Arica, lo que convirtió al entonces capitán Jaime Izarnótegui en simbólico ayudante del general peruano y a un capitán peruano, de apellido Moreno, en ayudante mío. Compartimos relajadamente una muy agradable reunión, que fue la base donde se consolidó una excelente y sincera amistad que contribuyó de inmediato a crear un clima de gran confianza recíproca. Y así se fueron tejiendo lazos de una fraterna amistad personal y profesional, hasta el punto de que, a poco andar en el tiempo, él me dio a entender que claramente el general Velasco Alvarado y un grupo menor de sus incondicionales en las Fuerzas Armadas eran los partidarios de la guerra; que si bien el grupo era pequeño, todos sus integrantes eran muy calificados y ocupaban puestos importantes, pero eran más los que se oponían a ella. Muchas veces intercambiamos visitas con nuestras respectivas esposas o con delegaciones de oficiales en determinadas ocasiones.

ENTREGA DE MANDO DEL "RANCAGUA"

Se acercaba el término de mi mando del regimiento y debía inexorablemente cumplir mi traslado a la Dirección de Inteligencia del Ejército. Lamentaba interrumpir todas las obras dedicadas a potenciar la defensa de Arica, muchas de las cuales aún estaban en etapa de iniciación, pero no tuve éxito en mi solicitud de prolongar mi estada.

Tan pronto trascendió la noticia de mi traslado, recibimos con mi esposa muchísimas demostraciones de afecto de todas las organizaciones públicas y privadas de Arica, que culminaron en una multitudinaria concentración en un acto cívico en la Plaza de Armas, a los pies del Morro, donde sorpresivamente tuve el honor de ser declarado "Hijo Ilustre de Arica". La ceremonia fue una impresionante demostración de aprecio que como familia recordaremos eternamente.

Terminaba así el mando con la íntima satisfacción de haberme desempeñado en la mejor forma posible, fortaleciendo aceleradamente nuestras defensas de reforzamiento del terreno y manteniendo, a la vez, estrechas relaciones de confianza con las autoridades civiles y militares de Tacna, en circunstancias especialmente difíciles, derivadas de la precaria dotación de medios y la falta de una adecuada inteligencia en el campo de combate que me permitiera fundamentar mis apreciaciones sobre bases más realistas y seguras. En la intimidad de mi conciencia, con la satisfacción moral de haber cumplido cabalmente con los principios aprendidos en mi familia y practicados a lo largo de toda mi carrera.

En el campo de acción interno, habíamos logrado una total y reconfortante sintonía con la población civil, que colaboraba en todos nuestros emprendimientos afanosamente, con iniciativa y un enorme sentido de amor a la Patria, que conociendo o adivinando nuestras preocupaciones jamás se amilanaron ni cayeron presa del desánimo; por el contrario,

concurrían con contagioso entusiasmo y espontáneamente al cuartel para ofrecer gratuitamente sus propios medios de transporte, instalaciones para guardar equipos, combustible o lo que fuera que contribuyera a reforzar nuestras defensas.



Visita del general Pinochet a Arica, con delegación del Estado Mayor de la Defensa Nacional, entre el 17 y el 22 de octubre de 1973.

Durante los dos años de mando, jamás hubo ningún acto o hecho que tuviera algún matiz político contrario al Gobierno. Tampoco recibí queja alguna o denuncias de abusos en materia de derechos humanos. Solo con la publicación del Informe de la Comisión Rettig me impuse de un hecho puntual que apuntaba a la responsabilidad del jefe del Departamento II de Inteligencia, dependiente directamente del segundo comandante del regimiento.

Pinochet dijo por ahí que yo "había logrado militarizar a Arica". En realidad, no era esa mi intención. Solo pretendí sumar voluntades y esfuerzos, toda vez que las amenazas peruanas afectaban por igual a militares y civiles y ponían en riesgo el patrimonio histórico que habíamos recibido de aguerridas generaciones que nos precedieron, inspiradas en sus visiones

de grandeza y a costa de su propia "sangre, sudor y lágrimas" (W. Churchill) y soportando penurias indecibles.

Se hicieron varias obras para exaltar nuestros legítimos valores patrimoniales, que perdurarán en el recuerdo de futuras generaciones, porque son parte honrosa de nuestra historia. Simultáneamente, contribuimos a desarrollar, intensamente, la labor primaria de las Fuerzas Armadas, "la disuasión", lo que seguramente ayudó a mantener la paz.

Nuestra despedida en el aeropuerto también fue un inolvidable acontecimiento para todos nosotros. Llegaron espontáneamente cientos de ciudadanos, hombres y mujeres de todos los estratos sociales; hubo discursos y la participación de muchos grupos que interpretaron música folclórica. Todo esto hizo retrasarse el despegue del avión por casi media hora.

Al subir al avión, una pareja de americanos de edad madura me dijo:

–No podemos creer que toda esta algarabía, y que se haya atrasado el avión, haya sido para despedirlo a usted, señor, un representante de un Gobierno Militar que entrega su puesto. ¿No hubo aquí un golpe militar que depuso a un gobierno democrático?

–Esto le puede decir algo sobre el gobierno que teníamos –fue mi respuesta–.

"CASO ARICA"
(Madrugada del 20 de octubre de 1973)

Estos son los verdaderos antecedentes que me introdujeron violentamente en el "callejón de los tornados" que constituyen los procesos por derechos humanos: ¡SOY INOCENTE!, juzguen ustedes mismos.

Para los efectos de este viaje al pasado sobre algunos recuerdos más salientes de mi vida, no tengo duda alguna de que el proceso que determinó mi encarcelamiento, con el cumplimiento de una pena de seis años de cárcel (a partir del 9 de enero de 2009), de los cuales llevo cumplidos más de cuatro (es decir, cerca del 70% de la pena; luego, con derecho a la libertad condicional), es el más traumático y singular de todo lo que me haya podido suceder en mi ya larga y nada rutinaria existencia.

Me afecta profundamente, ya que sus repercusiones más dolorosas también las han tenido que sufrir, especialmente, mi querida esposa –Nana–, mi familia y, naturalmente, nuestros perseverantes, generosos e incondicionales grandes amigos. Guardo para todos ellos una profunda y eterna gratitud. Esto último se me aparece muy nítido ahora que me acerco a cruzar el umbral en que terminan los sueños como simples aspiraciones o deseos y me alisto para entrar en el otro lado, que será definitivo.

Todos ustedes, familiares y amigos, han contribuido a fortalecer mi espíritu y a ayudarme a entender las paradojas de la vida, que con características iniciales de comedia se transformó increíblemente en una tragedia y en un drama e intempestivamente he dado con mis huesos en la cárcel. Es difícil comprender cómo una cuarta víctima (el señor Sankan, padre del ex alcalde de Arica) y el excabo Bravo, ahora suboficial mayor (r), René Bravo Ramos, presunto culpable (y a quien en mi opinión también se le condenó injustamente), han seguido sosteniendo, hasta ahora,

mi total inocencia y, en cambio, mi asesor más directo y en quien depositaba toda mi confianza, el segundo comandante, teniente coronel Eduardo Oyarzún S. (Q. E. P. D.), para eludir sus propias e innegables responsabilidades, como superior directo de los responsables de la comisión de estos delitos, haya deslizado repudiables sospechas y afirmaciones carentes de toda lógica y veracidad, a las que se le diera mérito solo para fundamentar mi condena.

(Raúl Contreras, amigo, ¡RESISTIRÉ!, como tú, que afrontas una mayor adversidad: "Cuando se cierren todas las salidas y la noche no me deje en paz. Cuando se siente miedo del silencio. Cuando cueste mantenerse en pie. Resistiré erguido frente a todo, me volveré de hierro para endurecer la piel. Resistiré para seguir viviendo y soportaré los golpes. ¡Jamás me rendiré! y aunque los sueños se me rompan en pedazos, resistiré, resistiré" (parte de la letra de una canción cuyo autor desconozco, que él mismo, mi amigo, me envió).

Confiaba que mi nombre tan singular se relacionara solo con hechos ubicados en la orilla opuesta de la que ahora me encuentro y, sinceramente, no entiendo totalmente las circunstancias que me condujeron a ser víctima de este gigantesco error judicial. Estoy seguro –y así está acreditado– de haber navegado siempre dentro del cauce de la legalidad, muchas veces yendo contra la corriente, aunque era aparentemente más fácil seguir los vientos predominantes y la clara dirección de las aguas en los tiempos turbulentos de ese entonces.

Era más fácil proceder de un modo que por la fuerza de las circunstancias. Casi se imponía como un fatalismo, pero yo me empecinaba, siempre, en hacer lo contrario, procurando un camino propio, tratando de ver la luz, al menos, desde otras perspectivas. Quizás mi nombre ha sido el acicate que me ha impelido a tratar de ver siempre el derecho y el revés de todas las cosas. No obstante, pese a todo lo que me ha sucedido, tengo confianza en que alguna vez se reconocerá mi inocencia. Soy inocente del absurdo crimen por el que se me condenó y, ya lo he dicho, creo haber hecho

mucho más por los derechos humanos que, desde luego, todos mis acusadores y me siento orgulloso de tener la satisfacción del deber cumplido con dignidad y honor.

Para mayor ilustración y basado rigurosamente en hechos y no en apreciaciones subjetivas, entrego al conocimiento de quien quiera informarse los siguientes comentarios referentes al extracto del fallo en primera instancia y que, en definitiva, se transformó en la condena que deberé cumplir, de seis años de cárcel, en calidad de autor, junto con los cabos segundos Luis Guillermo Carrera Bravo y René Iván Bravo Llanos (me asisten serias dudas de que este último haya participado, porque lo que yo recuerdo es que estaba asignado al mayor Óscar Acevedo para funciones administrativas del Departamento de Arica, otra razón más para pensar que el proceso no fue llevado con acuciosidad), por el homicidio calificado de tres personas.

Esta es la historia: En la madrugada del día 20 de octubre de 1973, dos cabos segundos de Inteligencia, dependientes del segundo comandante, sacaron a cuatro detenidos políticos –encapuchados y esposados–. Conducidos hacia el sur, fueron asesinados tres de ellos, los señores: Óscar Ripoll, Julio Valenzuela y Manuel Donoso (Q. E. P. D.). El cuarto, señor Waldo Sankan Navarrete, quedó vivo en circunstancias que nunca fueron debidamente precisadas.

De los antecedentes del proceso se desprende que a la fecha de los hechos el señor Sankan era dueño de una carnicería, uno de cuyos clientes era el cabo Luis Guillermo Carrera Bravo. La esposa de Sankan tenía amistad y arreglaba ropa a la señora de Carrera, lo que revela desde luego un estrecho vínculo entre ambos.

El señor Sankan, sorprendentemente, a lo largo del proceso dio cuatro versiones completamente "diferentes y contradictorias" de lo ocurrido, sin que ello llamara la atención de los investigadores ni de la autoridad judicial. Dice en el preámbulo el resumen del juez sentenciador: "Al llegar

a cierta parte del camino, se detuvieron los agentes, prendieron fuego al vehículo y con ellos a bordo, lo arrojaron a una quebrada existente en el lugar. Él se salvó por cuanto una de las puertas se abrió, providencialmente, en uno de los tumbos y fue expulsado del móvil, cayendo al suelo; desde donde escuchó disparos (esta frase fue consignada en varias de sus declaraciones) y que, pasado un lapso de tiempo (sic) se entregó (dice el proceso) a las autoridades, acompañado del capellán militar don Mario Ruiz Rivas". La verdad es que, tanto a este como a su hermana, Sankan nunca les habría contado la verdad de la dramática experiencia. Raro, muy raro. Nunca se investigaron tampoco las razones de esta anomalía (en otra de sus declaraciones dice –obsérvese la diferencia– que "los habrían fusilado de pie, al borde de la quebrada"). Es un misterio que él haya quedado vivo, siendo que los ejecutores eran dos y los presuntamente ejecutados solo cuatro (alumbrados obviamente por los focos del vehículo y asesinados a corta distancia) y que, por último, que al ponerlos de nuevo a todos en el vehículo, lo que naturalmente no habrá sido hecho con mucha delicadeza, no se hayan dado cuenta de que uno no estaba muerto. ¿Cómo pudo permanecer tan rígido? ¿Cómo se sacó las esposas para regresar a casa? ¿Qué hizo con ellas?

A ambos, a su hermana y al capellán, les dijo solamente que había sufrido un accidente caminero y que temía por su vida. ¿Por qué lo hizo? Siendo esto así, la expresión registrada en el proceso, "se entregó a las autoridades", debió ser "acudió a las autoridades solicitando protección". Pero esto habría puesto de manifiesto, de inmediato, dos cosas: ¿Por qué no les contó del asesinato de sus compañeros y del intento del suyo propio y la forma como él se había salvado "milagrosamente"? (expresión que emplea varias veces). ¿Y cómo se explica que, voluntariamente, regresara al mismo lugar (el regimiento) desde donde lo habrían sacado para matarlo? Cuesta creerlo, a menos, por supuesto, que hubiera estado coludido con el o los agentes. Huelga decir que

Investigaciones, comandados por el subprefecto Cristián Villalobos, tampoco investigó estas evidentes contradicciones ni nada referido a la ejecución de los asesinatos múltiples. Tanto su hermana como el sacerdote argumentaron, para convencerlo de que se refugiara en el regimiento, que el coronel Mena "daba garantías de un trato humanitario"; es obvio que para todos, no solo para él.

En el proceso se deja constancia que su hijo –exalcalde de Arica– declaró al diario *La Estrella*, de Arica, hace pocos años, al ser elegido concejal, que "él nunca supo lo que le había pasado a su padre". Muy extraño, puesto que vivían en la misma casa y la experiencia que había vivido tendría que haber sido verdaderamente dramática. Puede ser verosímil que no le hayan contado la verdad cuando era muy pequeño, pero obviamente el niño fue creciendo y siendo un adolescente lo habría entendido. Luego, no se explica que no lo haya sabido. Pero hay más. En Arica, previa autorización de la Corte Suprema, fue designado, a petición mía, como jefe de la Zona en Estado de Sitio, auditor de guerra el señor juez de letras más antiguo, don Humberto Retamal, a cargo de los procesos derivados de las facultades como juez militar. El Sr. Retamal era miembro del directorio de la Federación de Boxeo de Arica y, curiosamente, Sankan también pertenecía a ella; luego, evidentemente, se conocían y tenían contactos periódicos, pero nunca le contó tampoco de sus terribles experiencias... Nuevamente, ¿por qué no lo hizo, siendo que él debía saber que el juez instruía todos los procesos referidos a situaciones de derechos humanos? El juez era una persona intachable, proba, de gran prestigio, de modo que no se ve la razón de que no se lo haya dicho, si además tenía una vinculación personal con él. Más adelante se registrarán otras peculiaridades que caracterizan a este caso.

El fallo del doce de abril de 2006, dice en la página 1: "En la querella se expresa en síntesis que se detuvo a Oscar Ripoll, Julio Valenzuela y Manuel Donoso (llama poderosamente la atención por qué a Sankan no se lo nombra.

¿Estaría en el cuartel preparando la "operación", como se ha afirmado por varios testigos?). En diferentes lugares de Arica el, día 9 de septiembre de 1973, "dentro del marco de fuerte represión y persecución hacia todos los que apoyaron al Presidente Allende", se dice textualmente. Ya demostraremos que esto fue claramente falso y tendencioso. Basta, por lo demás, ver las fotografías que adjunto.

El querellante emplea esta expresión como "muletilla", aunque no corresponda en absoluto a las circunstancias vividas en Arica. Quizás lo hace por atender preferentemente procesos de esta naturaleza, porque él no podía desconocer que la realidad de Arica fue absolutamente diferente a lo ocurrido en todo el resto del país, lo que está profusa, seria y formalmente documentado desde su comienzo en las distintas etapas de este proceso. Basta señalar, en síntesis, lo siguiente: Ni en ese día, ni en los siguientes, hubo incidentes que alteraran la total normalidad que se vivía en Arica (hay numerosas fotografías que acreditan claramente el apoyo masivo y espontáneo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile). El "toque de queda", por lo mismo, ¡solo duró dos días! Los servicios públicos reanudaron sus actividades un par de días después. Lo mismo ocurrió con las clases de todos los establecimientos educacionales, con excepción de las universidades, que lo hicieron apenas diez días más tarde, el 20 de septiembre de 1973. ¿Hubo algún otro lugar en Chile donde ocurriera algo semejante?

Las Fiestas Patrias (en 1973 y 1974) se celebraron normalmente, de acuerdo a lo programado, tanto en Arica como en Putre, con: desfiles, tedéum y ramadas, con una asistencia de personas nunca vista que colmaba las calles y avenidas y que participaba con alegría desbordante; tanto así, que señoras y niñas tiraban pétalos de flores a las tropas y aplaudían sin descanso. En el tedéum, dentro de la Catedral, espontáneamente se cantó la Canción Nacional y toda la ciudad, hasta en las poblaciones más humildes, estaba embanderada.



Multitud esperando la salida del tedéum.



Y algo más singular aún. A partir de esa fecha, en distintos barrios de la ciudad se organizaron espontáneamente grupos de damas y niñas, de todas las clases sociales, que durante las noches llevaban termos con café y sándwiches a las patrullas destacadas como protección de los servicios públicos.



Estas claras demostraciones de afecto y gratitud se realizaban incluso los días domingos y festivos, prolongándose hasta las fiestas de fin de año, es decir, varios meses, y hubo necesidad de dictar un bando, para poner fin a tan esforzados como sorprendentes gestos de apoyo ciudadano a sus Fuerzas Armadas.

Gran parte de la población, cualquiera fuera su color político, ante el temor de una inminente invasión peruana que habría puesto en grave peligro la soberanía nacional, apoyaba a las Fuerzas Armadas en todos los aspectos de la vida cotidiana con admirable patriotismo, sacrificio y abnegación, disminuyendo estadísticamente hasta los delitos comunes, prestando además su desinteresada colaboración voluntaria tanto en la construcción de obstáculos dirigidos por personal militar en el terreno, para retardar la amenazante invasión que se preveía masiva y sorpresiva, como también colaborando con trabajos voluntarios en la ejecución de obras que exaltaban el espíritu de amor a la Patria.

El camino de acceso al Morro no existía y tanto este como el Museo fueron construidos con este apoyo ciudadano ge-



Salida del tedéum, Catedral de Arica, 18 de septiembre de 1973 (entre ambas señoras está el magistrado Sr. Humberto Retamal. El uniforme que uso corresponde a una tenida de salida, naturalmente, no de combate. El ambiente era de fiesta: las señoras llevan flores).

neroso y esforzado. Fueron antiguos habitante de Arica los que donaron espontáneamente la mayor parte de las piezas que ahí se exhiben, las que quedaron inventariadas en un libro de honor que se abrió para este efecto. Este importante documento también lleva la firma de la señora alcaldesa (PC), doña Elena Díaz. Estas obras patrimoniales perdurarán en el tiempo como testimonio del acendrado patriotismo de la aguerrida comunidad cuyo lema es "Arica, siempre Arica" y son testigos y consecuencia de un momento crucial de la vida nacional.

Recuerdo también que esa contundente expresión de la inquebrantable voluntad de ser que significa el lema de "Arica, siempre Arica", la convertimos en símbolo en un enorme petroglifo en las laderas del heroico Morro, para saludar la llegada de los afuerinos y rendirles un tributo permanente a los soldados que con sus vidas lo incorporaron a la Patria y, muy especialmente también, a las generaciones de ariqueños que con tesón y, muchas veces con profundo y justificado desaliento de sentirse abandonados por los poderes centrales, hacen Patria y marcan soberanía en los confines septentrionales de nuestro largo territorio.

Nunca me sentí más honrado de ser soldado. Todos los sacrificios, temores y dudas desaparecieron al sentirme formando parte de un esfuerzo gigantesco solidario por preservar el patrimonio heredado de nuestros próceres. Nada podrá arrebatarme el íntimo orgullo de haber estado ahí, en el momento oportuno y con la suma de las responsabilidades que puede asumir un soldado, de alguien que habiendo sido un niño muy modesto, por pura vocación, entró al servicio de su Patria. El lucro no siempre es el motor que guía a las personas como una meta para conducir sus vidas. Hay otros alicientes y expectativas.

Mi designación como comandante de regimiento fue por decisión del presidente Allende y del comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats G., y debía cumplir por sobre todas las cosas la misión constitucional que le corresponde a las Fuerzas Armadas de la República: "Proteger la integridad territorial y la soberanía de la República". Eso me lo reiteraron los dos, al despedirme. Pero en el proceso solo se menciona este cargo para relacionarlo con un muy grave delito, por cierto, pero que es un aspecto puntual y menor en un escenario de tan relevantes, como variadas y complejas, situaciones de repercusiones históricas imprevisibles.

Esta frase inicial marca la característica que interesa: asimilar este caso a las contingencias comunes de lo ocurrido en todo el resto del país, donde las circunstancias internas y externas eran completamente distintas. En la página 2 del fallo, se dice: "A fjs. 1466 el abogado Hugo Gutiérrez Gálvez, por la parte querellante, adhiere a la acusación de oficio, con las salvedades y precisiones que concurren a las circunstancias agravantes de carácter de alevosía, ensañamiento, abuso en la superioridad de armas, prevalerse el funcionario de carácter de agente público, la ignominia a los efectos propios del delito y aprovecharse el culpable de sedición o calamidad y de que los crímenes investigados tienen el carácter de ilícitos internacionales en su calidad

de crímenes de guerra y contra la humanidad por lo que no admiten amnistía ni prescripción".

Nada de esto ni remotamente puede aplicarse, ni a mi carácter, ni a lo que ha sido la trayectoria de toda mi vida, como queda demostrado en mis hojas de vida a lo largo de mi carrera y que se han acompañado al proceso. Solo el propósito, inexplicable en mi caso, de venganza política de un abogado comunista, haciendo pesar más la rigidez doctrinaria que la verdad y la decencia usando a la justicia, puede explicar esta demasía. Esta prematura cita anterior parece un fatídico anticipo de un fallo previsible, por la infamante categoría del delito cuya autoría se me atribuye.

Ya están puestas las bases para homogeneizar el proceso con otra centena de casos similares, usando un mismo cartabón, utilizando las mismas circunstancias que se vivieron seguramente en el resto del país, pero que en Arica fueron completamente distintas. Posteriormente propone la sanción penal.

Toda la investigación del proceso fue de responsabilidad del Sr. ministro Juan Guzmán Tapia (que antojadizamente, a pesar de ser firmemente refutado por mí con argumentos categóricos, lo incluyó en el Caso Caravana porque naturalmente así le daba mayor notoriedad). Él, en presencia de la actuaria Sra. Malvina, en mi propia casa, dijo:

–"No he logrado determinar responsabilidades judiciales para usted, coronel, pero, debido a que mis superiores van a revisarme todo lo obrado, voy a tener que mencionarlo –como encubridor–" (toda vez que yo era el comandante de todas las tropas en Arica).

Al representársele que no había pruebas ni presunciones judiciales que me inculparan y que, por tanto, a todas luces sería una resolución arbitraria, dijo:

–Un buen abogado puede fácilmente resolver el caso. No fue así y fui condenado y sigo preso después de estar más de cuatro años en la cárcel, de haber solicitado en seis

ocasiones mi indulto por fundadas razones humanitarias y habérseme denegado, incomprensiblemente, la libertad condicional en la reunión de la Corte de Apelaciones de Santiago del mes de octubre de 2011 (y en las realizadas durante 2012) a la que, sin duda, tengo derecho.

Ni mis reiteradas solicitudes de indulto por razones humanitarias al ministro de Justicia, con la obligación legal de dar respuesta afirmativa o negativa en un tiempo determinado, ni el Consejo para la Transparencia han contestado siquiera mis peticiones formuladas de acuerdo con las normas establecidas para este efecto. Por la fuerza de las circunstancias, los salvadores de ayer nos hemos convertido en verdaderos parias de la sociedad y de la justicia.

El señor ministro don Víctor Montiglio nunca me interrogó antes de redactar el fallo, solo se atuvo a lo considerado en el proceso. Estoy seguro de que de haberlo hecho el resultado había sido completamente diferente. En el momento de decretar mi encarcelación, le dijo a mi familia: "este es el fallo de la Justicia terrenal", sugiriendo que había otra forma de justicia en alguna otra parte.

La señora Clara Szczaranski, prestigiosa abogada, decana de la Facultad de Derecho de la Universidad Mayor, a quien ya he citado en alguno de sus numerosos y profundos artículos de opinión del diario *El Mercurio*, con el título de ¿Para qué sirve el Proceso?, pedagógicamente y con el valor y la autoridad que le dan su prestigio y sus profundos conocimientos profesionales, dice: "Para estibar el centro de la contienda al juez; para lograr de este, en lo humanamente posible, imparcialidad, ecuanimidad; para impedir que sea cegado por sus empatías o antipatías". Más adelante, dice: "Todo apunta a lograr neutralidad objetiva, casi siempre inalcanzable" (sic). Sigue: "Un juez que empatiza con una de las partes ¿es imparcial? ¿No ha prejuzgado?" Esclarecedor es el comentario que hace después: "Las mayorías circunstanciales en los tribunales superiores también

pueden empatizar o, lo que es peor, pueden temer a la opinión pública mayoritaria que exige, a su modo, justicia" (lo subrayado es mío).

Pero está visto que no solo los tribunales pueden temer. Está visto que el Poder Ejecutivo y el Parlamento también temen a la manipulación de la vindicta pública e izan la bandera de los derechos humanos con fines netamente políticos, porque solo se emplea la Justicia contra los militares. A cuarenta años de sucedidos los hechos que los originaron, se abren más de mil nuevos procesos y se llega al extremo de solicitar la exhumación, por tercera vez, del cadáver de su padre por parte de la senadora Isabel Allende, "para que quede constancia judicial" de lo que nunca se ha puesto en duda, el suicidio de su padre. No se ha escatimado ningún recurso, ni los más inverosímiles e inmorales, para seguir manteniéndonos de rehenes del más importante y agresivo poder, al extremo de que nadie se atreve a mencionarlo para no ser blanco de sus enfurecidas demostraciones de odios cavernarios, el poder fáctico por excelencia, el "poder popular". El mismo que Cristián Cuevas, el dirigente del cobre, ha reconocido como factor determinante del engrosamiento de las filas comunistas, gracias a las coreográficas y vandálicas marchas estudiantiles que se aprovechaban de la inacción del Gobierno para multiplicar sus desmanes y que seguramente ve en sus sueños neronianos prender fuego a barrios cuicos para terminar, de una vez por todas, con las diferencias de clases.

Resulta una paradoja que quien acuñara la expresión de estos poderes (fácticos) utilice sin disimulo y reiteradamente a uno de ellos, "la Defensa Nacional", como tarima para encumbrarse y tratar de alcanzar el sillón presidencial. Parece comprobarse una vez más que el empleo adecuado de las Fuerzas Armadas es un factor importante de definiciones políticas.

Todo el país sabe que en Chile la "opinión pública" no es la de la mayoría del país, ni mucho menos; es la de una escasa

minoría, audaz, vociferante, persistente, avasallante e inescrupulosa que arbitrariamente asume una representación que no tiene, ante la pasividad, indiferencia o incapacidad de quienes pueden y deben imponer sus propios puntos de vista. Justamente en estos días - agosto de 2011- vemos cómo una pequeña cúpula de dirigentes de la izquierda dura, comandados hábilmente por comunistas (sin banderas, ni consignas ideológicas que desenmascaren sus ideológicos orígenes), ponen al país de cabeza, se generan atolondradas iniciativas parlamentarias para resolver, tardíamente, graves factores de crisis sociales que pudieron preverse, proponiendo incomprensiblemente "plebiscitos", desconociendo el hecho de que a la verdad no se llega con votos de mayoría, sino con argumentos debidamente discutidos.

Cuesta entender hacia dónde nos lleva el futuro ante tantas marchas, contramarchas y golpes de timón que hacen temer zozobras cuando hasta hace poco tiempo la mar estaba en calma. Los pronósticos de personas informadas son alarmantes: simples gestos mal interpretados, obcecación por conseguirlo todo sin ceder en nada, acciones descontroladas de elementos subalternos, empleo precipitado de autoridades que deben actuar de fusibles, elevan anticipadamente las responsabilidades a niveles que deben preservarse para decisiones finales.

La ortodoxia marxista aparece arrinconando al Gobierno, pretendiendo llegar a etapas sin retorno. A veces da la impresión de que nuestra raza tiene un gen que destruye la memoria colectiva y repetimos errores de un pasado reciente. Con razón se ha sostenido que Confucio sería el autor de la frase: "experiencia no es lo que le pasa a los hombres, es lo que ellos hacen con lo que les pasa".

Regresando al cauce principal del proceso por el "Caso Arica", me asiste la certeza absoluta de que los señores abogados hicieron una defensa exhaustiva, documentada y enfocada a los hechos concretos, sin divagaciones teóricas ni

genéricas, agregando una enorme cantidad de declaraciones y testimonios de personas que debieron ser consideradas, pero que fueron en definitiva descartadas a priori.

No deja, sí, de resultar paradojal que al retirarse del Poder Judicial el juez Guzmán, este haya tenido públicas palabras de encomio y reconocimiento inusuales para quien fuera cabeza de mi defensa. ¿Por qué lo hizo? ¿Habrá primado el concepto de "no pelearse con los jueces" porque hay que pensar en otros casos que pueden surgir? ¿Dónde está el objetivo principal de sus empeños? ¿En simpatizar con el juez o defender a su cliente? Ahora, desde la distancia, parece que debió pedirse mucho más diligencias y careos, que entiendo tampoco se solicitaron en este caso para ninguno de los otros condenados o bien estos se solicitaron y no fueron aceptados. Por ambos lados ha habido urgencias, pero mientras los empeños por juzgar y condenar siempre han sido poderosos, nutridos desde distintas direcciones, los empleados en nuestras defensas han sido irrisoriamente débiles. En los tribunales hemos visto repetidas decenas o centenares de veces la visión de David contra Goliat.

La parte del proceso que se inicia con "considerandos" es un registro selectivo donde se mencionan solo algunos hechos que el investigador desea destacar, suprimiendo muchos que, siendo similares, se puedan prestar para separarse del hilo conductor que desde un comienzo parece haberse adoptado, pese a tener, como los de ellos, las mismas características y la misma connotación.

Por ejemplo, en el N° 6 se citan "declaraciones extrajudiciales de Mónica Moya Hess (cónyuge de una de las personas fallecidas) de fjs. 30, prestadas en Frankfurt (Alemania). Pero no se menciona ni ahí, ni más adelante, la declaración de Norma Vidal Pinto (cónyuge también, igual que la anterior, de otra persona asesinada en el mismo acto), esta última radicada en Calgary (Canadá). Ambas declaraciones fueron tomadas por el propio comisario Villalobos, de la

Policía de Investigaciones, en un mismo viaje, acompañado de otro funcionario, y ambas, en lo medular, no solo son iguales sino idénticas, literalmente copiadas, y ninguna de las dos tiene validez jurídica, por lo que el viaje de ambos funcionarios fue evidentemente de turismo a costa del Estado. Al hacerlo deliberadamente así, citando solo una y no las dos declaraciones, queda un testimonio sesgado, irrelevante jurídicamente, pero testimonio al fin, que induce a formar opinión. En esta parte del fallo se citan diligencias y declaraciones de numerosas personas.

Vale la pena comentar aquí algunas de estas, que "casualmente" no influyeron en la investigación: Nº 16: "Lisbeth de Lourdes Jiménez"; Nº 85: "Pedro Salgado Rivera Durán"; Nº 86: "Jaime Peña Caiconte" (suboficial de Inteligencia de vasta experiencia y calificación). En todas ellas se menciona a Sankan como integrante del grupo ejecutor. Tanto es así, que, en esta última se dice: "Que estima que Sankan Navarrete debió ponerse de acuerdo con funcionarios de Inteligencia para ajusticiar a Donoso, Valenzuela y Ripoll, que en la noche del 19 de Octubre de 1973, al salir de su oficina (dice Peña Caiconte) de la Segunda Comandancia del Regimiento, se encontró con el grupo operativo donde estaba Sankan que hacían comentarios que iban a un operativo para ajusticiar a unos detenidos, preguntándose si estaban listas las armas...". Lo dice así, con esa seguridad, sin ningún atisbo de duda.

Pues bien, pese a la gravedad de estas imputaciones -donde por supuesto Sankan debería aparecer como victimario y no como víctima-, debieron constituir a lo menos presunciones judiciales, pero simplemente se las desechó. A decir verdad, la ejecución del crimen propiamente tal no se investigó jamás, ni tampoco el rol verdadero que eventualmente le cupo a este personaje.

Tampoco en esta parte del fallo se mencionan las complejas y variadas circunstancias que se vivían en Arica, y

que ya han sido comentadas, porque ellas habrían podido hacer claridad sobre las inmensas responsabilidades que debí asumir como comandante del regimiento el día 11 de septiembre de 1973. Por ejemplo: La Gobernación de Arica no es una más en el país y, ya lo dijimos, demanda por sí sola tiempo completo y sus funciones no son delegables; sus características son complejas, la vastedad de su jurisdicción, su carácter de región fronteriza, sus problemas derivados de la distancia con los lugares de abastecimiento de la población y muchos otros, como por ejemplo la enorme población, flotante o permanente de países vecinos, exigen a sus autoridades responsabilidades adicionales. Baste señalar un ejemplo.

Intencionadamente alguien hizo correr el rumor de que yo iba a construir un campo de concentración para ciudadanos bolivianos al norte de Arica, como un escudo protector, razón por la cual cientos se preparaban para huir en masa. El cónsul de ese país en Arica, con un alto grado de preocupación, me hizo saber formalmente de ello. Pese a rechazar tajantemente ese intencionado rumor, él insistió, presionado por sus compatriotas. Ofrecí organizar un tren y despedirlos formalmente con una ceremonia oficial en la estación de ferrocarriles. Así lo hice (está en los diarios de la época) con el conjunto de autoridades de Arica, incluido el señor cónsul y con la banda instrumental del regimiento interpretando un repertorio escogido al efecto. Viajaron alrededor de quinientas personas y se les deseó un buen viaje y pronto regreso, indicándoles además que me hicieran saber la fecha en que estarían dispuestos a retornar, para mandarles otro tren a buscarlos. Estas vivencias naturalmente son propias de Arica y no pueden repetirse en ningún otro lugar del país.

En esta parte del fallo también se citan numerosas diligencias procesales, entre ellas certificados médicos de defunción y pericias antropológicas de las personas asesinadas. En todos ellos se deduce que les dispararon directa-

mente, es decir, los fusilaron, lo que contradice la versión que Sankan ha entregado repetidamente en público, en el sentido de que "les dispararon cuando el vehículo era arrojado al vacío después de intentar quemarlo", lo que vio desde el suelo. Si para dispararles los alumbraron con los focos del vehículo, resulta extraño que no lo hayan visto a él, precisamente, siendo ellos solamente cuatro personas. Tampoco se mencionan las contradictorias declaraciones del segundo comandante del regimiento, ni lo declarado por él en los dos careos solicitados por mí, donde se controvierten aspectos fundamentales del proceso y que, necesariamente, debieron modificar sustancialmente el fallo en primera instancia y, por supuesto, los dos de las instancias superiores.

Varios de estos argumentos están ampliamente corroborados en el Reglamento Orgánico de los Cuarteles Generales y Unidades de Tropa que se adjuntó oportunamente, particularmente donde se establecen dependencias y subordinaciones. Simplemente, no se consideraron. Pues bien, esas declaraciones y documentos, a mi juicio, debieron constituir elementos de prueba que permitieran acreditar las verdaderas responsabilidades que se derivaban del estudio imparcial de todos los hechos.

En el Nº 4 del fallo, se dice: "Que, con los medios de prueba singularizados en el considerando precedente, constituyen un conjunto de presunciones judiciales, las que, por reunir todos los requisitos exigidos en el artículo 488 del Código de Procedimiento Penal, permiten tener por acreditados en el proceso los siguientes hechos". Se cita a continuación una extensa relación de hechos, de los cuales se mencionarán solamente los fundamentales. –Nº 11: "Que, de las declaraciones indagatorias del procesado Mena se desprende en primer lugar, que este reconoce que en la época de los hechos era la máxima autoridad Militar y Administrativa del Departamento de Arica y que de él dependían las Fuerzas Armadas, Carabineros y la Policía Civil". Está en el Decreto de designación de la Zona en Estado de Sitio. Luego, dice:

"En segundo lugar, el encausado Mena sostiene haber delegado parte de sus funciones en personal subalterno… las pruebas rendidas al efecto, son insuficientes para tener por acreditado que el Coronel Mena, en la época de los hechos no tuviera a su mando al personal militar del Departamento II, de Inteligencia del Regimiento, por tener otras responsabilidades que atender" (lo subrayado es mío).

El "Reglamento Orgánico de los Cuarteles Generales y Unidades de Tropa" que se agregó al proceso, establece que "el Segundo Comandante es el cooperador inmediato del Comandante y, a la vez, su reemplazante en caso de ausencia". Dice, además, "que, este es, a la vez, Jefe de la Plana Mayor" incluida en ella "la Sección Inteligencia". Luego, es el superior directo de ella y no yo como comandante del regimiento. Es más, físicamente la Plana Mayor ocupa, por lo mismo, dependencias contiguas a su oficina en el cuartel, lo que al parecer no fue advertido por el Sr. ministro, ni por el comisario Villalobos.

En las declaraciones judiciales y careos sostenidos en el proceso, este, el segundo comandante, dice: "que el día 11 de Septiembre de 1973, en reunión de Jefes y Oficiales del Regimiento, el Comandante (yo, por supuesto) le había ordenado además, expresamente, "hacerse cargo de la seguridad del Cuartel y de sus Instalaciones. De la seguridad de la ciudad, servicios públicos y del control del Toque de Queda". Esto involucra, claramente, una delegación de funciones, toda vez que no están comprendidas en sus responsabilidades normales y le fueron impartidas principalmente por mis enormes responsabilidades como comandante operativo de las tropas, frente a una invasión peruana casi inevitable, y a la necesidad de normalizar los servicios públicos, educacionales, económicos y de todo orden del Departamento de Arica, e incluso las derivadas de solicitudes de numerosos cónsules extranjeros acreditados en Arica.

Es cierto que el comandante ejercía el mando de todas las fuerzas que le estaban subordinadas permanente o tem-

poralmente, pero, obvio, no directamente. No podía ser de otro modo. De la Sección de Inteligencia lo separaban, reglamentaria, y legalmente, un escalón de mando (la Segunda Comandancia del Regimiento) y del personal dependiente de ella, a lo menos, dos. También el comandante de tropas mandaba al personal de la Armada y Fuerza Aérea, Carabineros e Investigaciones, y a todos los servicios públicos, pero, se entiende, a través de sus respectivos mandos; de ahí la diferencia entre subalternos y subordinados y de superiores en razón de grado y en razón de mando. El propósito de hacer constar esto, modificando los hechos reales, parece evidente, es dejar a firme el argumento de que en forma personal el comandante mandaba directamente la patrulla ejecutora del asesinato. Es así que se dice: "En segundo lugar, Mena sostiene haber delegado parte de sus funciones en personal subalterno y que por ello no habría tenido conocimiento de lo obrado". Ya contestaremos fundadamente a esta imputación.

Luego de tachar sin ninguna razón las declaraciones de numerosos testigos válidos, dice: "Son insuficientes -dichas declaraciones- para tener por acreditado que el coronel Mena, en la época de los hechos, no tuviera a su mando el personal del Departamento II Inteligencia por tener otras responsabilidades que atender". Detrás de esta sencilla y aparentemente inofensiva frase, y aunque resulte reiterativo, porque se detallan a lo largo de todo el proceso, se minimizan y desdeñan las más graves responsabilidades que puede recibir un comandante que está al mando de las tropas en situación de inminente peligro de guerra externa, en condiciones reales de una enorme inferioridad numérica y enfrentando, además, por si fuera poco, simultáneamente, todas las inmensas responsabilidades inherentes al cambio de gobierno y en la posibilidad más probable de que ocurriesen desórdenes en el país que pudieran desembocar en una eventual guerra civil, que era la apreciación de las Fuerzas Armadas para todo el país, puesto que jamás se previó un Golpe de Estado.



Pinochet visita Arica (17 al 20 de octubre de 1973). Obsérvese el afecto espontáneo demostrado por toda la población, que le lanza pétalos de flores a su paso.

Además, está un hecho –de suma importancia–, señalado en el proceso, que extrañamente no se menciona en las citas del sentenciador, que, consciente de la gravedad de tener que afrontar la posibilidad una guerra con el Perú, y a muy pocos días de haberse recibido del gobierno (11 de septiembre de 1973), el general Pinochet, acompañado del alto mando de las Fuerzas Armadas, alrededor de doce personas, se constituyó en Arica a revistar la planificación de guerra y él personalmente examinó parte de las numerosas obras de fortificación (que pese a los años transcurridos aún están visibles en el terreno) y que en ese entonces estaban en plena construcción. Estuvo allá entre el 17 y el 20 de octubre de 1973 y, justamente, el crimen se cometió en la madrugada de ese día (20 de octubre de 1973).

¿Podía darse una coincidencia más absurda si la orden, como se pretende establecer, procedía de mí? Evidentemente, no. En efecto, puedo asegurar enfáticamente: Sí, me era imposible saber del caso, por tener "otras responsabilidades que atender". Resulta incomprensible desconocer, deliberadamente, la agobiante suma y diversidad de actividades que debía atender, todas simultáneamente. Esta argumen-

tación, en consecuencia, parece sesgada y no concilia con el sentido superior de la justicia.

El funcionario de Investigaciones Cristián Villalobos Palacios, en todas las diligencias en que participa, insiste en decir que, en cuanto a las ejecuciones, "el Comandante del Regimiento las planificó y fueron practicadas por personal del Departamento II, cuyo mando directo eran del Comandante del Regimiento". Nunca se dio el trabajo de informarse, seria y profesionalmente, ni siquiera de la organización del regimiento, ni basó sus aseveraciones en pruebas responsables. Es tan grande la obsesión de este funcionario de Investigaciones por hacer primar su antojadiza opinión acerca de mi responsabilidad directa y excluyente, que más parece un testigo de la parte querellante que un representante de un organismo que asesora a la justicia. Su desempeño, deliberadamente torcido, contribuyó sin duda al incomprensible desenlace de este proceso, con el que se ha tratado de afectar mi honor y que me tiene recluido injustamente desde hace más de cuatro años.

Luego se registran otros hechos sistemáticamente orientados en la dirección deseada. Por ejemplo: "Las órdenes de traslados de... fueron expedidas por el Comandante Mena a miembros del Departamento II..." (eso, naturalmente, no pudo ocurrir). "Que, por instrucciones de la máxima autoridad, el Comandante Mena, se alteró parte policial que da cuenta de...". No hay constancia, es una suposición que involucra una falsa imputación. "Que, resulta más verosímil consignar que la máxima autoridad militar dio la orden a sus subordinados para la realización de actos de tal naturaleza (el asesinato) puesto que dicha autoridad, en concordancia con los planteamientos de la Junta de Gobierno, debía propender, urgentemente, al afianzamiento del nuevo régimen (lo subrayado es mío)". Ya nos referiremos de nuevo más adelante a esta increíblemente inconsecuente afirmación.

Si se hubieran ponderado todos los numerosos antecedentes agregados al proceso, era imposible llegar a esta conclusión, toda vez que en Arica el nuevo régimen estuvo afianzado desde el primer momento (está suficientemente comprobado y basta con ver las fotografías), como ya se ha señalado responsablemente, y además no se ve cómo tres asesinatos pudieran contribuir a "afianzar más rápidamente al nuevo gobierno". Aunque tenga apariencia de realidad, una ficción no puede resultar más verosímil que la demostrada por la naturaleza de los hechos. Sigue el sentenciador: "El actuar de dichos subordinados fue en cumplimiento de una orden militar expedida por quien a la época de los hechos era la máxima autoridad militar, la que nunca dejó de tener el control de la operación". Esta afirmación es solo una opinión aventurada del sentenciador; al tenor de lo expuesto precedentemente, en cuanto a las responsabilidades del comandante, resulta extraña, por decir lo menos. Desde luego, es una especulación.

Teniendo el mando operativo de todas las tropas en inminente peligro de guerra –con la presencia en mi zona jurisdiccional del comandante en jefe del Ejército y presidente de la Junta de Gobierno, y numerosas autoridades de la defensa nacional que revistaban la planificación de guerra y las obras en construcción–, yo, además, "nunca dejé el control de la operación", es decir, del asesinato de tres personas, que por su anonimato e irrelevancia nada significaban en el tablero de las decisiones que debían adoptarse en un momento crucial de la historia de nuestro país. Ciertamente, no parece verosímil.

Termina esta sorprendente enumeración con una conclusión previsible: "Que, en mérito de los hechos, el tribunal arriba a la convicción que al inculpado Odlanier Rafael Mena Salinas le ha correspondido participación y responsabilidad de coautor (con dos humildes cabos segundos, uno de los cuales, Bravo, me parece del todo improbable) en los delitos de homicidio calificado de que se trata en los términos del artículo 15, Nº 1 del Código Penal, ya que los

antecedentes probatorios, debidamente ponderados, reseñados con antelación, demuestran de manera fehaciente que el Coronel Mena, prevaliéndose de su calidad de máxima autoridad militar del Departamento de Arica, dispuso que subordinados a su mando, pertenecientes al Departamento II de Inteligencia, realizaran acciones que tuvieron como resultado la muerte de las víctimas, hecho criminal que pretendió simular como consecuencia de un accidente de tránsito ocurrido en la Cuesta de Acha de dicho Departamento". Parece imposible llegar a "una convicción" tan grave sobre la base de la ponderación de indicios sesgados y circunstanciales. Toda la ciudadanía de Arica esperaba que se produjera el Pronunciamiento Militar ante el peligro de una guerra con el Perú; eso hizo que demostrara su instantánea y generalizada colaboración al mando militar.

Siguiendo con el proceso, a continuación y nuevamente sin expresión de causa, se rechazan numerosas y potentes declaraciones en beneficio del querellado. Si bien se deja constancia de las características positivas del ejercicio del mando en Arica entregadas por variadas y respetables fuentes, no se las relaciona para nada con la inexplicable decisión del delito cometido, siguiendo el predicamento de señalarse aspectos que ayuden a fundamentar un fallo aparentemente adoptado con antelación.

Es así como más adelante, dice: "En ponderación con todos los antecedentes que obran en la causa, el sentenciador ha tenido una especial consideración que la intervención atribuida a los procesados se ha producido en un ámbito eminentemente castrense, en el cual tienen gran gravitación los principios de mando militar, obediencia del subordinado y el deber de discreción, conceptos que sin embargo, dada la naturaleza criminal de la orden que desencadenó los hechos, en los hechos se ha traducido en una seria dificultad para lograr la verdad material, por lo que «los indicios» reunidos a lo largo de la investigación, han adquirido una mayor relevancia, como se ha expresado".

Claramente, el sentenciador cita solo aspectos del mando militar que le conviene destacar. El Código de Justicia Militar establece que si un subalterno recibe una orden que eventualmente puede llevar a la comisión de un delito, debe representarlo y solo la acatará después de cumplirse ciertas formalidades. El sentenciador, al decir "por los indicios de cargo reunidos", con esta expresión hace constar que eso es todo lo que tiene -indicios-. Ellos están lejos de constituir presunciones legales que lleven a determinar convicción o certeza judicial. Menos aún en un crimen tan alevoso, como cobarde e innecesario. Al mencionar "el ámbito eminentemente castrense", el sentenciador debió citar con más propiedad y atingencia otros elementos mucho más relevantes de este particular universo.

Por la proximidad de la guerra, que se preveía desde hacía bastante tiempo, cuando Velasco Alvarado defenestró al presidente Belaúnde Terry, la dotación del regimiento se había incrementado a la fecha y era de 56 oficiales, desde los grados de teniente coronel a subteniente; alrededor de 560 suboficiales, desde los grados de suboficial mayor a cabo segundo, y más de 2.000 soldados conscriptos. La fuerza del regimiento era equivalente a una División en otras latitudes del país. Pero, además del comandante del regimiento, dada la situación tan especial que se vivía, dependían también, como se ha dicho, las FF. AA. presentes en la zona jurisdiccional, la Prefectura de Carabineros de Arica, Investigaciones y todos los servicios públicos (Zona en Estado de Sitio).

Es evidente que se desconoce el fondo y la forma de ejecución de la acción de mando militar. ¿Qué pudo llevar al comandante de tropas, en situación de evidente peligro de guerra, a ordenar directamente a ¡dos modestos cabos segundos!, situados, en consecuencia, en el otro extremo de la escala de mando y que eran subalternos pero no subordinados directamente de él, a la comisión de un delito tan deleznable? ¿Por qué no participaron otros mandos intermedios? De hecho, El segundo comandante y jefe de la Plana Mayor,

además de sus funciones, estaba a cargo de "la Seguridad del Cuartel y sus instalaciones. De la Seguridad de la ciudad, los servicios públicos y Control del Toque de Queda". ¿Qué rol jugaron otros eslabones del mando? ¿El ayudante del regimiento, que acompaña siempre al comandante cuando este sale de su oficina? ¿Porqué se eligió ese día, en circunstancias de que aún estaban en Arica el presidente de la República y los altos mandos de las Fuerzas Armadas? ¿Qué peligro para la seguridad nacional significaba la existencia de las tres personas desconocidas, mínimas dentro del orden social y profesional, como para que pudieran interferir en la instalación del nuevo gobierno, alevosamente asesinadas?

El general Arellano llegó a Arica el día 22 de octubre de 1973; luego, no hubo ninguna vinculación entre ambos hechos. ¿Por qué no se esperó solo dos días más, una vez que el presidente de la República hubiese abandonado la guarnición, lo que habría dado, además, la posibilidad de que se le hubiera atribuido a ella dichos delitos?

Mi desempeño posterior en la Dirección de Inteligencia del Ejército (DINE) durante siete meses y en la dirección de la Central Nacional de Informaciones (CNI) durante dos años y ocho meses, demuestran enfática y decididamente



Cabe señalar que con motivo de la visita del general Arellano no se produjo ninguna anormalidad, porque incluso me negué a facilitarle la más mínima información sobre detenidos.

mi posición con relación al respeto a los derechos humanos. Sacrifiqué mi carrera en el primer caso. Mi tranquilidad, la de mi familia y mi seguridad, en el segundo. Y esta no es una afirmación vacía. Hay declaraciones firmadas en otros procesos y en la prensa que señalan que Contreras atentó contra mi vida, obligando a agentes a envenenarme con algunos de los elementos que preparaba el químico Sr. Berríos, misión que cumplieron, afortunadamente, sin resultados positivos. En mi conciencia no tengo nada de qué arrepentirme; al revés, estoy orgulloso de haber procedido como lo hice siempre.

De mi forzoso paso por los tribunales y conversando con mis nietos, cinco de los cuales son ingenieros, he llegado a la conclusión de que el trabajo de un ministro investigador se asemeja en los hechos al del ingeniero estructural de una "obra en construcción". Aquí la obra la constituye "el proceso" en materia legal; en él, su rol también es fundamental y marcará la solidez y calidad de la obra. Entre querellantes y querellados nunca habrá concordancia y jamás se contará con la exactitud de los cálculos matemáticos, pero en ambos casos la solidez de la obra y su estructura quedarán predeterminadas por quien estableció las bases iniciales al comenzarse la construcción.

El abultado recargo de trabajo de los tribunales de justicia, la necesidad de alcanzar pronto resultados, la imagen ya instalada en la memoria, durante más de veinte años, de la excesiva dureza militar contra inermes civiles que "solo defendían su ideología", la presión mediática y, sobre todo, la eficiente, perseverante, implacable y casi ominosa acción de los abogados querellantes y organizaciones de derechos humanos, fuerza a cerrar causas cuanto antes, sin la tranquilidad y acuciosidad propia de las exigencias judiciales.

Pero hay más. La repetición de esquemas muy similares a lo largo del país tiende a asimilar como una práctica constante hechos muy diferentes, por la diversidad de circuns-

tancias que en cada caso se dieron, pero que sí tienen en común que se han dado en el ámbito militar y en un período de tiempo determinado. Es cierto que el comandante es responsable de "todo lo que la Unidad hace o deja de hacer", como se sabe, y lo repitió interesadamente en este proceso un testigo importante (el segundo comandante, por supuesto, y que, sin más, hizo suya el ministro). Pero las responsabilidades judiciales son personales y "deben denunciarse tan pronto se tenga conocimiento de ello", que es lo que hice, que no es lo mismo que la actitud, en extremo cobarde, que me imputa el sentenciador y que me hace sentir moralmente agredido, de "hacer recaer en sus subalternos las responsabilidades que a él le hubiesen correspondido".

El asesinato alevoso no ha sido una responsabilidad mía como comandante. Por el contrario, en los distintos cargos que asumí voluntariamente, precisamente vinculados a los derechos humanos en el Gobierno Militar, mi conducta fue orientada, por cierto, a evitarlos y de ello hay constancia en la historia reciente del país. Por todo eso, esta frase, en las circunstancias que se vivían en Arica, resulta incomprensible, puesto que "sí" había otras responsabilidades que atender y no eran menores y en nadie hice recaer "responsabilidades que me hubiesen correspondido". En cambio, sí hice cumplir las que me correspondían con la responsabilidad, oportunidad y entereza de un soldado.

Mis preocupaciones estaban en otra parte; mis enemigos estaban al otro lado del límite, ya que en mi propio territorio no tuve ninguno y hay declaraciones en el proceso que avalan esta afirmación. Hubiera sido el colmo tener además que cuidar "nuestra retaguardia". Todo eso es lo que me llevó a fortalecer tempranamente la unidad cívico-militar y, por ejemplo, solicitar la colaboración de un juez letrado como auditor de guerra, que inspirara confianza en los procedimientos, y a delegar funciones principalmente administrativas, como quedó plenamente demostrado en la reunión de oficiales en que asumí, por imperio de la ley,

la suma de atribuciones, de acuerdo con mi condición de jefe de Zona en Estado de Sitio en Arica, como comandante de tropas en disposición de entrar en combate en cualquier momento. El menor error de juicio, descuido o equivocada ponderación de tan variadas como fluidas circunstancias, pudo tener repercusiones históricas imperecederas para el país, que habrían marcado un antes y un después.

El Regimiento "Rancagua", que si bien era el más potente del país, debía resistir (por MISIÓN escrita recibida de mis superiores) por lo menos durante siete días la potencia arrolladora y sorpresiva de las Fuerzas Armadas peruanas (entre Arequipa y Tacna había 450 tanques en maniobras), unido al hecho no menor de que la defensa forzosamente debía ejecutarse en un limitadísimo espacio de terreno, lo que imposibilita cualquier tipo de operaciones elusivas y movimientos de reservas que pudieran evitar un aniquilamiento prematuro. En la práctica, todos sabíamos que habríamos sido fatalmente aniquilados antes de cuarenta y ocho horas por una poderosa ofensiva blindada peruana con ilimitado apoyo aéreo, principalmente desde la Base Aérea de La Joya y que hasta podía contar con el apoyo de la artillería de su escuadra.

En razón de eso es que propuse un cambio radical en la estrategia defensiva de ARICA y obtuve su aprobación en las muchas reuniones sostenidas con el presidente de la República y el alto mando de las FF. AA. para que la ciudad de ARICA, en su conjunto, fuera considerada también un "área de fortificación" más (esta idea se venía gestando desde el paso de Prats por la Dirección de Operaciones del Ejército), para así obligar a los peruanos a enfrentar un "combate en localidades", lo que produce un gran desgaste y demanda ingentes esfuerzos especiales. Marginarla anticipadamente del esfuerzo de guerra era perderla para siempre. Estoy seguro de que esta medida debe haber trascendido necesariamente al Perú y debe haber constituido un poderoso elemento disuasivo. Una cosa es combatir con fuerzas milita-

res y otra distinta es decidirse a arrasar una población civil, prácticamente inerme. Cualquier soldado debe apreciar debidamente esta dolorosa contingencia. Los efectos perduran hasta la eternidad, como lo recuerda la historia.

En el diario *El Mercurio* del 31 de enero de 2010, con el título de "Las razones de la depresión de Arica y los planes para su reconstrucción", se lee: "La política del General Pinochet fue convertir a Arica, en una potencia militar, dice Raúl Castro, Presidente de Desarrollo Regional de Arica. En Perú estaba el General Velasco Alvarado con los tanques listos. El Ejército tuvo una conducta fuerte: Suprimió la Junta de Adelanto y convirtió a Arica en un frente de batalla". La supresión de la Junta de Adelanto, creada con mucha sabiduría por el presidente Carlos Ibáñez del Campo, en mi opinión, fue un error y así lo representé al Gobierno; era la única palanca de progreso de Arica y su eficacia era evidente. En cuanto a lo segundo, fue cierto. Fue una decisión difícil, porque arriesgaba muchos sufrimientos y posiblemente su destrucción, pero después podríamos reconstruirla. Si la perdíamos, jamás la podríamos recuperar.

Del triple homicidio en que se presume yo habría participado me enteré muchos años más tarde, cuando se publicó el llamado Informe Rettig. Si hubiera sabido antes de su existencia y hubiera tenido la más leve sospecha de una eventual responsabilidad mía en él, durante los años en que fui director de la Central Nacional de Informaciones habría podido encargar una discreta investigación al respecto, reuniendo las pruebas indispensables para demostrar mi inocencia, llegado el caso. Es lo mínimo que se espera de un hombre bien informado y razonablemente prudente. Como digo, tuve el tiempo y los recursos para hacerlo; pero estaba tan cierto de ser absolutamente ajeno a la muerte de esas personas que ni siquiera me planteé dicha posibilidad. Nunca imaginé que una vez cumplida la misión restauradora asumida por las Fuerzas Armadas y Carabineros de

Chile en 1973, los tribunales de justicia –escarnecidos como ninguna otra institución fundamental del Estado durante el Gobierno de la Unidad Popular– se prestarían tan dócilmente a la tarea que les encomendó el presidente Aylwin: venganza en la medida de lo posible. ¿Qué otra intención –expresada melifluamente, por cierto– podría haber detrás de los cargos que formuló a los jueces reunidos en Pucón (no haberse empeñado activamente en la creación del santuario legal que la subversión necesitaba en su lucha armada para derribar al Gobierno Militar); humillante propósito ratificado por escrito a la Corte Suprema al instruirle sobre cómo habrían de aplicar la amnistía, a objeto de hacer inoperante esa clásica y sabia institución jurídica, decisiva a la hora de alcanzar la paz social después de una época convulsionada, como la que soportó nuestra nación entre 1967 y 1973?

Los llamados constitucionalmente a representar a las autoridades esa gravísima transgresión al orden institucional –porque sentarse en el principio democrático de separación de los poderes fue un torpedo al Estado de Derecho– callaron inexplicablemente. Y como el que calla, otorga, se abrió de inmediato la temporada de caza. Algunos jueces –no la mayoría ni mucho menos, sino los indispensables al efecto–, quizá para ponerse al día en esta deuda histórica, se aplicaron a la tarea como diosecillos encarnados –fue el ministro Chaigneau quien tuvo el descaro de afirmar públicamente que ellos eran como dioses, porque no respondían ante nadie, de manera que presentar recursos de revisión era ridículo, dado que ellos mismos los resolvían–. Así, lograr llegar a encarcelar a un general se convirtió en una presa mayor (supe de uno que se jactaba de ello) y tampoco faltaron los jueces que convirtieron su celo en una obsesión que les impulsó a participar en este exclusivo safari, camino seguro a la fama y a los premios internacionales, aunque no necesariamente coronado por el ascenso. Se entiende: después de haberles robado el honor, ¿por qué habrían de aceptarlos como iguales? No tengo forma de saber,

por ejemplo, si don Juan Guzmán era comunista antes de presentarse como candidato a senador por esa fuerza política internacional o descubrió de súbito su filiación política cuando, luego de ser usado *ad nauseam*, fue separado del escalafón judicial antes de recibir el bien ganado premio. Cosas de la política, supongo. Pienso en estas cosas y confieso que si no he perdido el respeto a los jueces es porque naturalmente en todo conglomerado humano hay personas muy distintas; hay jueces virtuosos que no temen emitir fallos contrarios a la presión de mayorías ideológicas que amedrentan y porque soy un soldado chapado a la antigua y creo en el valor de las instituciones.

Pero hay otros hechos más que hablan por sí solos. El señor Sankan, presunta víctima en el crimen o eventual participante activo en los hechos, en una entrevista al diario *La Segunda* (23 de julio de 2010), sostuvo su absoluta "presunción de inocencia con respecto a mí y que «no solo él tenía una buena impresión de mí, sino también gran parte de los habitantes antiguos de Arica»". Y por si esto fuera poco para acreditar mi inocencia, el día 22 de septiembre de 2010 recibí una solicitud de antecedentes del suboficial mayor (r) René Bravo Ramos, ex cabo segundo, que me escribió desde Punta Peuco –él, como se sabe, es sindicado como uno de los otros dos autores materiales de los hechos–, en la que me dice, entre otras cosas: "Por intermedio de la presente tengo el agrado de saludarlo, esperando que se encuentre mejor de salud y pronto recupere la libertad a través del indulto, sabiendo que es inocente en este caso judicial". Y termina diciendo: "Sin otro particular y agradeciendo de antemano su ayuda, me despido de usted, deseándole con especial afecto su pronta libertad". Es decir, una cuasi víctima y uno de los eventuales ejecutores descartan mi participación en el homicidio y el otro implicado dice que "su superior, mayor Aguayo «le habría dicho» que yo «habría» dado la orden". El jefe de Inteligencia no dependía de mí reglamentariamente. Por la forma verbal, el informe de Carrera es de terceros; luego, de oídas.

Pareciera que con todos los antecedentes ya expuestos, quizás habría que remitirse a un artículo de prensa, en el que la señora Clara Szczaranski cita la predeterminación de Procusto: "en quien deben reconocerse los jueces que, para hacer calzar los hechos en determinadas normas los fuerzan hasta el absurdo". Pienso que de ninguna manera ha habido una intención deliberada para condenarme, sino más bien una apreciación errónea de las circunstancias en que los hechos se desarrollaron, porque en su contexto han coincidido con otros muchos ocurridos en la misma época a lo largo del país y sus protagonistas han sido representantes del Gobierno Militar.

Dos años de mando en el glorioso Regimiento "Rancagua", en la situación tan gravitante para la seguridad nacional que se vivía, compensan los injustos avatares en que me encuentro y que atribuyo a la aparente necesidad de establecer "responsabilidad de mando", en circunstancias que en materia judicial las responsabilidades son personales y nada me vincula directamente con los hechos y, lo que es más, los argumentos para incriminarme carecen de sustento, como lo he demostrado con los numerosos hechos que he mencionado.

Dada la gran cantidad de antecedentes expuestos, extraídos directamente de los análisis y fundamentos que hace el juez sentenciador, de su propio reconocimiento de las dificultades para obtener "la verdad material", como él llama a lo que debieran constituir "pruebas irrefutables que formen convicción" o siquiera "presunciones legales", se ha conformado con "indicios", que por cierto son vagos y circunstanciales. Sobre este terreno inestable se construyó todo el proceso que fue fallado por los tribunales superiores, no pudiéndose descartar, a priori, la eventual influencia de una "opinión pública" abierta y mayoritariamente antagónica al Gobierno Militar, circunstancia que la distinguida jurista citada destaca como posible.

Con absoluta firmeza declaro que soy absolutamente inocente de la comisión de los delitos que se me imputaron. Es más, no tuve siquiera conocimiento de ellos durante mi mando. No sé quién, por qué ni para qué tomó esa trágica y descabellada decisión. Pero, me encontraba situado en el "callejón de los tornados", precisamente en el segundo momento histórico más importante de nuestro país, después de la declaración de nuestra Independencia, y fui irremediablemente arrastrado por sus poderosos vientos, que me trajeron, por cierto, sin delicadeza, hasta este enrejado y custodiado recinto. Afortunadamente, vengo de un árbol de buena madera, por lo que doy las gracias a mis padres y, fuera de magulladuras menores, he estado siempre de pie, resistiendo todos los temporales.

"JUSTICIA: virtud de dar a cada uno lo suyo. Imparcialidad, rectitud, es sinónimo de RAZÓN". Recientemente, en numerosos fallos por asesinatos múltiples, se han aprobado sanciones menores que permiten conceder penas remitidas. Dos señores ministros del máximo tribunal han sostenido invariablemente que las causas están prescritas. En una causa fallada en 2011, un juez de primera instancia estableció una condena de 35 años para un presunto culpable por la muerte de once personas. La sala penal de la Corte de Apelaciones rebajó la condena a once años y la Corte Suprema lo condenó a cinco años, con pena remitida. "Al que Dios dé, San Pedro que lo bendiga".

DIRECCIÓN DE INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO (12 de febrero de 1975 al 25 de septiembre de 1975)

El 12 de febrero de 1975, al llegar a Santiago, me presenté al jefe de Estado Mayor General del Ejército, general Gustavo Álvarez Ávila, quien me comunicó que había sido nombrado director de Inteligencia en calidad de subrogante (porque aún no había ascendido al grado de general). Le dije que aceptaba el cargo siempre que se cumpliera una condición: "por ningún motivo y bajo ninguna circunstancia debería relacionarme con el director de la DINA, coronel Manuel Contreras Sepúlveda". No fueron necesarias mayores explicaciones, porque él conocía mi actitud profesional en materias de inteligencia militar. Le pedí, además, que consultara con el comandante en jefe del Ejército si aceptaba esta condición, para mí irrenunciable, o bien me permitiera hablar directamente con él.

Me dio el pase y le dije al general Pinochet que mi condición para asumir aquella función no obedecía solo al juicio personal que tenía de Contreras, sino a factores tan objetivos como el daño al prestigio del Ejército, y por tanto al Gobierno, que causaban los procedimientos brutales y arbitrarios que este empleaba, su olímpico desdén por las normas constitucionales, legales y reglamentarias; su carácter prepotente y avasallador que no respetaba rangos ni jerarquías; el uso constante de la intriga como forma de incrementar su poder sobre otros órganos del Estado… Estas anomalías –para decirlo en suave– eran conocidas dentro de la Institución y ya habían trascendido a la opinión pública. Aquello terminaría mal… El comandante en jefe del Ejército y jefe del Estado no se sorprendió por la dureza de mis objeciones. Me escuchó con atención y, con el rostro ceñudo, aceptó mi punto de vista. Me dijo entonces que se había empeñado en terminar con esos abusos, que ya se los había hecho notar, pero él se los atribuía a sus subalternos, se sentía sobrepasado y no había logrado establecer respon-

sabilidades porque se encubrían entre ellos. Me aseguró que insistiría para evitar que el asunto se le escapara de las manos, pero por el momento no le era posible prescindir de su persona. Mucho después intuí que los motivos que le hacían indispensable tenían relación con la "Operación Cóndor", que por esas fechas se echaba a andar.

Las responsabilidades de un comandante militar, cualquiera sea su jerarquía, desde el comandante en jefe del Ejército, los comandantes de grandes Unidades Operativas y de Unidades Independientes, pueden resumirse en cuatro funciones primarias, todas vitales, interdependientes y recíprocamente condicionantes las unas de las otras; ellas son: Operaciones, Informaciones (Inteligencia), Personal y Logística. Todas ellas (y muchas otras) se reúnen en organismos asesores llamados Estados Mayores, según la jerarquía de la unidad que atienden, o Planas Mayores. Los oficiales titulados en la Academia de Guerra del Ejército tienen en general la aptitud para cumplir funciones en tres de ellas. Para cumplir funciones de Inteligencia se requiere además hacer cursos especiales y obtener los títulos correspondientes, ojalá en el país y en el extranjero, poseer condiciones especiales morales y de idoneidad, porque se desempeñarán en áreas de difícil control y de gran sensibilidad para la seguridad nacional.

El proceso indelegable de toma de resolución de los comandantes genera un trabajo permanente de elaboración de apreciaciones estratégicas o tácticas y de constante actualización de la planificación de guerra y de orden interior, trabajo que no debiera interrumpirse jamás y que tendría que ser el resultado del análisis serio, profesional, de los organismos militares especializados. Y, naturalmente, debe estar siempre actualizado.

Coyunturas de coincidencias ideológicas transitorias entre gobiernos, donde pueden primar erróneamente intereses y consideraciones temporales de amistad, no deben

afectar el análisis frío de los responsables de la Seguridad Nacional. En el momento que menos se piensa pueden aparecer elementos alarmantes que echen por la borda acuerdos o tratados suscritos con solemnidad para afianzar el buen estado de nuestras relaciones recíprocas, sin importar las repercusiones que estos actos puedan generar. De un plumazo se firman documentos expropiatorios o se dejan inutilizadas costosas inversiones para traer gas, obligándonos a desarrollar precipitadamente otras fuentes para no afectar a nuestro desarrollo inmediato y futuro.

Pero hay algo más grave: El general Jorge Rafael Videla, comandante en jefe del Ejército argentino y presidente de la Junta de Gobierno, declaró recientemente que en el año 1978, ayer nada más en sentido histórico: "El Plan de la dictadura (sic) no era recuperar las islas en disputa, sino por el contrario, lanzar una ofensiva a la mitad de Chile y ganarla para después imponer condiciones de la paz" (diario *La Tercera*, 14 de abril de 2012). Sobre este tema, por ser tan importante para la defensa nacional, volveremos más tarde con otros antecedentes.

Después de definidos los Objetivos Políticos por el Gobierno y los Objetivos Político-Estratégicos con la asesoría de las Fuerzas Armadas, corresponde a estas, "exclusivamente", definir las Hipótesis de Guerra y elaborar la Planificación Primaria. Siempre será un oficial general el que afrontará la victoria o la derrota en el campo de batalla. Los "cucalones" fueron curiosas reliquias de nuestro pasado.

El que un ministro de Defensa acapare permanentemente funciones de vocería, de representación y mando de todas y cada una de las instituciones que dependen administrativamente de él, terminará por inhibir a los mandos jerárquicos e incapacitarlos para el ejercicio de las funciones que les corresponden, especialmente ahora que se ha modificado sustancialmente la estructura superior de las instituciones de la Defensa Nacional. Particularmente cuando resulta

difícil desentrañar algo tan elemental: cómo se articulan y funcionan las diferentes jerarquías involucradas en los altos mandos. Cabe expresar una duda razonable que con tanta exhibición pública habrá tenido tiempo para actualizar la planificación de su responsabilidad.

Ahora bien, de todas las especialidades del Ejército, la de Inteligencia Militar es la que más me ha interesado siempre, por varias razones. Es una tarea que se realiza con bastante independencia, discreta, y que obliga a un trabajo constante de búsqueda de informaciones sobre una cuestión determinada que, tras someterlas a un análisis prolijo, riguroso y objetivo, se traducen en un aporte realmente útil para las otras funciones del mando. Además, puede y debe evitar imprevistos de todo orden; tanto es así, que debe poder planificar sobre terreno seguro, disponiendo lo necesario para el óptimo empleo de los medios.

Si la función Inteligencia no se realiza cabalmente, el ejército más potente no pasa de ser un poderoso animal ciego, sin olfato y además sordo. El oficial de inteligencia debe ser, a fin de cuentas, un hombre ponderado y estudioso, capaz de pensar con independencia de criterio, distinguiendo claramente los propios deseos de la cruda realidad. Los mejores están dotados de cierta imaginación y de la dosis de sutileza psicológica que se requiere para ponerse en el lugar del adversario. No está mal, tampoco, tener cierto escepticismo sobre las características de la naturaleza humana. Así, los crédulos y los fanáticos están fuera de lugar en este ámbito, pero el tipo más peligroso es sin duda el *yes man*, pues preferirá engañar a sus superiores antes de poner frente a sus ojos situaciones que, a veces, son francamente desagradables… y ponen en peligro la preciosa carrera del mensajero de las malas noticias. Exige constante investigación, buena memoria y estudio. Lecturas adecuadas enriquecen el acervo cultural especializado. Obliga a fijar la atención de múltiples detalles sin perderse en ellos y deteniéndose tan solo en lo esencial, que rara vez es fácil de captar. Con todo,

una vez que ha adquirido suficiente experiencia es posible deducir reacciones y preparar las contramedidas que la situación requiera. Por sí misma y a veces con el empleo de una sola persona o de un pequeño grupo de ellas, es capaz de producir efectos decisivos en el adversario; basta leer unos pocos casos, como el de "Sorge" o de Rudolf Abel, por ejemplo. Es cierto que suelen pasar muchos años para tener pruebas concluyentes de los aciertos y fracasos de los servicios de inteligencia, pero es igualmente estimulante saber que, acertadamente o quizás no tanto, se obró oportunamente en bien de los intereses superiores de la Patria. En esto, y no en el vano reconocimiento, estriba el sano orgullo de la especialidad de Inteligencia.

Al igual que ocurre con cualquier saber profesional, el golpe de vista se acrecienta con el tiempo. Así, por ejemplo, no es raro que baste la lectura de un trabajo para reconocer su autoría y fijar su grado de autenticidad.

Recordaré un caso real: en 1978, patrullas avanzadas en la región fronteriza de cierto lugar cordillerano, de mucho tránsito con Argentina, encontraron numerosos documentos de planificación, sellados con firmas y timbres probablemente originales, los que tenían señales de que "habrían sido abandonados precipitadamente". Canales subalternos los hicieron llegar apresuradamente al Estado Mayor General del Ejército y fueron expuestos como una primicia en una reunión del Consejo Superior de Seguridad, convocado precipitadamente con este propósito. Por las condiciones en que fueron encontrados y la jerarquía de la planificación estratégica que involucraban, resultaba casi obvio que se trataba de una estratagema destinada a provocar un despliegue de propias tropas que favoreciera las verdaderas intenciones argentinas. Tanto más cuando en realidad parecía que se trataba de documentos auténticos, pero al parecer "truchos". Esto obligó a un exhaustivo trabajo de inteligencia de búsqueda de informaciones para comprobar los antecedentes que ahí se exponían. No podía entenderse que documentos

estratégicos de planificación propios del uso de Cuarteles Generales de Unidades Operativas estuvieran en manos de elementos tan adelantados en la frontera. Después de comprobarse la veracidad de muchas de las informaciones establecidas, hubo que darlos por auténticos y corroboraban la apreciación general sobre los reales objetivos de la guerra que Argentina preparaba en contra de Chile. Más adelante volveremos a este tema. En todo caso, cabe señalar que en la historia de las operaciones de inteligencia hay registrados casos que por su espectacularidad han llegado al cine.

Dada la situación vecinal, como director de Inteligencia del Ejército (DINE), debí seguir focalizando la búsqueda de informaciones respecto al extremo norte del territorio nacional, sin descuidar la posibilidad de que Bolivia y Argentina pudieran sumarse a la hipótesis de conflicto. Paulatinamente, este último país fue adquiriendo un grado mayor de peligrosidad.

Con anterioridad había intuido que esta sería mi última destinación en el Ejército. Antes ya había estado en dos ocasiones en la Dirección de Inteligencia, haciendo cursos primero como profesor y después como jefe de departamento, bajo el mando del general Mario Sepúlveda Squella, quien profesaba una declarada simpatía por el Gobierno de la Unidad Popular, y con el cual, obviamente, no tuve buenas relaciones. Él ocultaba deliberadamente al general Prats –ya lo he dicho– el profundo malestar que entonces había en el Ejército y que se manifestaba en constantes reuniones de deliberación que, de no mediar el Pronunciamiento Militar, pudo provocar un levantamiento dirigido por coroneles comandantes de unidades y directores de escuelas, lo que a no dudar pudo generar la división del Ejército y, con ello, fatalmente, la tan temida guerra civil.

El general Prats, que tenía mucha confianza con él, cuando la situación fue insostenible y como una medida desesperada, sacó a Sepúlveda de la Dirección de Inteligencia y

le dio el mando de la Guarnición General de Santiago, para asegurarse, en teoría, un fuerte mando de tropas, y dejó al general Augusto Lutz a cargo de la DINE, que desconocía absolutamente todo lo referente a la especialidad y a lo que ocurría al interior de la institución.

La actividad de los Servicios de Inteligencia está siempre rodeada de misterio, de verdades a medias, de distorsiones y de mitos. En general, si actúan bien, no debe notarse; adquiere notoriedad en sus fracasos, en sus abusos, y en sus errores y estos, desgraciadamente, no son pocos. Algunos de ellos hasta inexplicables y sus repercusiones muchas veces tienen proyecciones históricas.

El Sha de Irán, ejemplo clásico, fue elevado por los norteamericanos a la altura de los dioses del Olimpo y debió firmar a cambio suculentos contratos con sus benefactores; pero su fatuidad, desmesura y la corrupción que generó, llevaron a los organismos de inteligencia que lo habían encumbrado a quitarle el piso, facilitando así su reemplazo por un religioso inicialmente oscuro y desconocido, pero iluminado y carismático. Sin miramientos, este lo sacó violentamente del trono persa y, acompañado de un pequeño séquito, debió arrancar precipitadamente, recalando finalmente, sin destino, en la isla Contadora de Panamá. Irán es nuevamente una amenaza para Israel y todo Occidente, desarrollando un inmenso proyecto para convertirse en potencia nuclear. Será difícil que Israel pueda repetir la hazaña de Osirack. Pero, llegado el caso, por necesidad de sobrevivencia de su pueblo, no dudo que nuevamente lo hará con buen éxito.

La caída del símbolo de la tiranía marxista, el Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, y la posterior reunificación de Alemania, se produjo sin que ningún servicio de inteligencia ni nadie lo advirtiese, ni siquiera el de la propia Alemania comunista, algunos de cuyos líderes exhortaban a sus ciudadanos a salir por Hungría o Polonia, sin saber

que ya se estaba produciendo una avalancha incontenible ante sus propias narices. Lo lamentable es que solo cayó un símbolo, pero sus efectos quedaron impresos en el disco duro de generaciones. Pero ha sido aquí en Chile, curiosamente, donde sus efectos han sido más constantes en el tiempo y las divisiones generadas más dañinas y han generado en nuestra población una polarización devastadora y perjudicial que entorpece el desarrollo armónico del país y que alimenta enconos, que se traducen en la facilidad para el PC de movilizar sus cuadros, que de tanto en tanto arrasan los objetivos que se proponen con bestial salvajismo. Esa, y solamente esa, será la obra que esta doctrina perversa podrá mostrar al cumplirse casi un centenario de su aparición en la escena político-social de nuestro país. Hay que oponerse a ella con perseverancia, fuerza e inteligencia.

Proclamar a Bachelet será, en consecuencia, marchar en contra de los intereses de nuestro país, porque ella sigue siendo devota de sus principios y hábil diseminadora de las ideas tutelares del marxismo renovado. No por nada ella se ha erigido en la esperanza de los que no soportan estar más tiempo sin seguirse alimentando de las arcas fiscales o promoviendo aberrantes donaciones territoriales a Bolivia; si no, ver declaraciones de Gutiérrez, de Ominami y de otros, que aparecen de tanto en tanto. No debemos permitirle que concrete el Nº 13 de sus tratativas con Bolivia. Antes quizás fue posible ofrecer compensaciones territoriales, un corredor al norte de Arica; ahora, con la demanda que –fraternalmente– interpuso Perú, y que estoy cierto ganaremos, ese mecanismo desapareció para siempre.

Preguntada recientemente sobre su interpretación de los graves disturbios de hace un año –¿causas del malestar?– contestó: "La cadena de protestas evidencia la importante deuda social que enfrentamos, además de los justos reclamos por más democracia y ciudadanía". Eso no será letra chica de un contrato, será el costo por pagar a las fuerzas de izquierda que la apoyan, pero no hay que olvidar lo que

dijo un dirigente estudiantil, en relación a que ellos permitirán o no que haya gobernabilidad.

Deben votar por alguien que tenga capacidad para gobernar con firmeza, condiciones de liderazgo, representatividad, independencia de criterio, un pasado transparente y alejado de resabios oscurantistas propios de la Guerra Fría que marcaron todo el período de Bachelet. Recuerden el video del 27-F y elijan a alguien lo más opuesto posible a esa triste figura que con vergüenza vimos todos en la primera magistratura del país. 125 desaparecidos, la imagen de ladrones de 4 x 4 que asaltaban locales comerciales que se proyectaron al mundo entero son de su responsabilidad, así como también la inactividad de las FF. AA. para concurrir inmediatamente en auxilio de sus semejantes.

Las Torres Gemelas también son una demostración de la incapacidad de los Servicios de Inteligencia para adelantarse a los hechos. Se sabe que hubo mucha información sobre la preparación de un atentado terrorista contra EE. UU., pero la información no se valorizó adecuadamente por descoordinación entre las agencias. La violenta invasión a Kuwait fue otra y, así, ha habido muchas. No obstante, ninguno de los países involucrados ha disuelto sus servicios; los han reorientado, reorganizado y perfeccionado continuamente para evitar nuevos errores, pero no disuelto, lo que equivaldría a vender el sofá, lo que sí se hizo acá.

Aquí en Chile, el trauma nacional que se produjo por los excesos cometidos por el jefe de la DINA revirtió, como era lógico, en un descrédito absoluto a la especialidad de Inteligencia, en circunstancias que él, en el fondo, ejecutó, mala y torpemente, una dura acción policial y nada de inteligencia. Sus absurdos e inexplicables desaciertos darían para otro libro.

Solo por citar algunos: Contrató como agente operativo a un muchacho norteamericano, que hablaba castellano pero con inconfundible acento yanqui y era, a no dudar ya, un experimentado agente de la CIA, tanto por sus conocimien-

tos en materias electrónicas especializadas de inteligencia, de procedimientos y expresiones propias del área y, básicamente, por su acceso a exclusivas instalaciones de la agencia en Miami, donde hacía frecuentes adquisiciones que quedaban detalladas en facturas que cancelaba con fondos, naturalmente, de la DINA o algunas de las empresas satélites creadas por ella, por lo que era muy conocido.

No obstante eso, Contreras le asignaba, sin más, la responsabilidad de una increíble gama de múltiples funciones diferentes (pienso que algunas fueron sugeridas por el propio Townley, que como doble agente trabajaba también para la CIA), desde la falsificación de documentos, ejecución personal de graves operaciones criminales dentro y fuera del país, algunas de ellas, como el asesinato del señor Letelier (posiblemente, sin advertirlo, en concomitancia con la CIA, que al parecer era la principal interesada en deshacerse de este personaje por sus relaciones con la inteligencia cubana y centro de financiación de grupos subversivos de otras nacionalidades), atentado en Italia contra la familia del señor Leighton, intento de atentado en México –con su esposa Mariana Callejas–, asesinato del general Prats y señora en Buenos Aires, colaboración en la preparación de armas químicas y bacteriológicas y, sin tener la más mínima conciencia del grado de vulnerabilidad que representaba para todo el organismo, el que una misma persona planificara, dirigiera y realizara personalmente esa amplia gama de operaciones criminales, de evidentes implicancias nacionales e internacionales, y, además, que absurdamente le diera un rango militar. Por si todo esto fuera poco, tenía libre acceso –no controlado– a todas las dependencias e instalaciones de la DINA; incluso más, para aumentar la larga cadena de situaciones aberrantes, le dio mando de agentes chilenos y de personal administrativo.

Para mantener grato a este singular agente estelar de inteligencia de tan enorme versatilidad y competencias, Contreras ordenó adquirir, para él y su familia, una espaciosa casa

en Lo Curro, que se canceló con un cheque de una cuenta que él mismo manejaba y estableció en ella un verdadero cuartel-sucursal de la propia DINA. Esa casa fue adquirida por un oficial de Ejército en servicio activo usando una "chapa" para firmar la escritura pública, con un nombre que por supuesto no existía en el Registro Civil. Pero los empleados de la notaría, como era natural, lo identificaron. En dicha instalación, siguiendo el principio de – "dos en uno" pero ampliando el concepto a "mucho más en uno"– se organizaron y funcionaron laboratorios especializados para procedimientos de guerra química y bacteriológica, junto con talleres de producción de elementos de inteligencia y, peor, al parecer en ella, a juzgar por declaraciones de testigos en procesos, se ejecutaron operaciones "clandestinas" y experimentos macabros –y en todo esto se actuaba, por supuesto, sin la menor medida de "compartimentaje"– sin siquiera la más mínima discreción, porque, como además era casa habitación de la familia, en ella se hacían, paralelamente, reuniones sociales y celebraciones de cumpleaños de niños y otros eventos, como tertulias literarias a las que la dueña de casa era muy aficionada. Como es natural, a ellas concurrían numerosos invitados civiles, seguramente no advertidos "del otro uso" de la propiedad. El conjunto, tanto por los ocupantes permanentes como por la misma propiedad, con sus variados y singulares usos, constituía una bomba de tiempo próxima a estallar, como ocurrió.

La actividad a cargo de este organismo fue desde un primer momento febril y alucinante. Sin terminar de recibirme de ella, ya tenía que hacer cambios radicales, conformar una nueva organización más especializada, impedir el entorpecimiento de exfuncionarios del régimen anterior que "atornillaran al revés" y que continuaran con el despojo de sus archivos. Aun con poco personal adecuadamente adiestrado, debí asignar prioridades y responsabilidades en una vasta gama de funciones y tratar de ir progresando, simultáneamente, en las tres tareas principales que me fueron entregadas. En

mi propia casa habitación tenía cinco teléfonos que me conectaban directamente con el presidente de la República, el ministro del Interior y cada área de acción que me había impuesto. Las preocupaciones eran, en orden de urgencia, terminar inmediatamente todos los excesos de derechos humanos, averiguar qué pasaba en Argentina y determinar responsabilidades de la DINA en la muerte de Letelier.

Una de las tres órdenes que me dio Pinochet al aceptar yo hacerme cargo de la CNI fue averiguar posibles implicancias de la DINA en el asesinato de Letelier. Como resultado de mis indagaciones e informes que me entregó el FBI sobre las especializadas adquisiciones realizadas en Miami por Townley, cité a Contreras a mi oficina y le pregunté si Townley (o Wilson, o Enyahrt) era informante o agente de la institución que comandaba y me contestó rotundamente que "no", que no lo conocía, que jamás había trabajado o se había vinculado con esa organización. Aún no se había abierto la caja de Pandora que he detallado más arriba. Como no creyera lo que él me afirmaba, llamé por el teléfono directo a Pinochet –en presencia de Contreras, a quien había hecho sentar frente a mí–. Le dije que lo había interrogado a fondo sobre el caso y que ninguna de sus respuestas me satisfacía y le pedí que dada la gravedad de la situación y la amenaza de EE. UU. de romper relaciones con Chile si no se le entregaba a los autores del homicidio, me recibiera de inmediato con la Junta de Gobierno reunida. "Véngase ahora mismo y que venga Contreras". Nos fuimos, por supuesto, en autos separados.

Al llegar a su oficina estaban reunidos, como le había solicitado, los otros integrantes de la Junta de Gobierno (el almirante Merino, el general Leigh y el general Mendoza). Informé sobre los antecedentes que portaba y el resultado de mis indagaciones. Pinochet le preguntó a Contreras, por tres veces, si confirmaba lo que yo había dicho o no. Él se mantuvo en sus dichos, que nunca lo había visto, que jamás había trabajado para la DINA, ni como informante y menos como

agente. Entonces propuse la expulsión inmediata de Townley del país. Yo lo había hecho detener el día anterior y lo había entregado a Investigaciones. Fue en esa ocasión cuando Contreras dio la demostración más palpable de su falta de raciocinio, porque él sí sabía de todos los peligrosos vínculos que lo unían a Townley y la organización que comandaba y que, necesariamente, iban a quedar al descubierto. Quizás por su inveterada megalomanía pudo pensar que esto podría afectar a algunos de sus subalternos, pero no a él. En los hechos, fue tan absurda la planificación de este crimen, que a los oficiales que iban a suplantar a los ejecutores reales se les hizo viajar a EE. UU. a través de Paraguay, donde el embajador George Walter Landau era a la vez el superior máximo de la CIA para América del Sur, quien hizo fotocopiar los pasaportes elaborados por los técnicos del propio Townley.

Los manejos de Contreras sobrepasaban con creces los absurdos que se muestran en las películas del *Súper Agente 86*, pero mueven, más que a la risa, a la incredulidad y a la vergüenza, porque eran reales, afectaban a personal y dependencias que formaban parte de la más importante agencia del Estado en materia de Inteligencia Nacional y fueron el origen de crímenes insensatos e innecesarios.

Otro más de entre sus muchos graves desatinos fue el haber incorporado, mediante la extorsión, la presión psicológica e incluso la tortura, como agentes de planta a tres jóvenes e inteligentes muchachas del MIR, detenidas por su servicio, facilitándoles, como no, también libre acceso a todas las instalaciones e incluso, aunque parezca increíble, hasta su propio domicilio particular (ver libro *Desde el infierno*, de Luz Arce).

Como es natural, esto permitió el desarrollo de situaciones muy irregulares, posiblemente filtraciones, relaciones absolutamente impropias e inconvenientes desde todo punto de vista, y atentó gravemente contra todas las exigencias de seguridad connaturales a estos organismos. Él

jugó con la vida y el destino de las personas que podía usar en su beneficio, sin importarle para nada la consecuencia de sus actos.

Como colofón de estos aberrantes procedimientos, huérfanos de todo atisbo de inteligencia de cualquier forma, en 1975 se discurrió una operación ficticia, aún más absurda, la "Operación Colombo" (paradojalmente, ejecutada el mismo año en que me retiré del Ejército, por lo que bien pudo evitarse, al igual que la muerte de Letelier, que fue al año siguiente), por la cual una gran cantidad de personas fueron asesinadas en distintos procedimientos en Chile, haciendo aparecer que habían muerto en Argentina, en una imaginaria reyerta entre fracciones subversivas. Para darle más realismo, se imprimieron supuestos periódicos en Argentina y Brasil que pretendían dar fe de ellos y que fueron impresos y distribuidos un solo día, sin registrarse editor ni dirección responsable. Naturalmente, nunca y en ninguna parte se encontraron siquiera vestigios de los supuestos enfrentamientos.

Su dilatado desempeño a cargo de la DINA dejó como saldo una larga serie de hechos aberrantes que comprometieron a muchos de sus subalternos que –por culpa suya– se han visto implicados en numerosos procesos por derechos humanos ocurridos, especialmente, en la llamada "época dura" de la DINA, 1974-1978. Pero no ha sido todo, incluso después, ya detenido por sus propias responsabilidades, periódicamente ha sido autor de otras descabelladas iniciativas que tienden a dificultar, por una parte, la acción de la justicia y, por otra, a sindicar, arbitrariamente, a otras agencias del Estado como responsables de hechos promovidos por él mismo, como fue un recurso de revisión que presentó ante la Ilustrísima Corte Suprema de Justicia, pretendiendo inculpar a Pinochet y a mí en numerosos delitos de su propia responsabilidad.

Cabe citar, además, por ejemplo, que por escritura notarial del 10 de mayo de 2005, entregó a la Ilustrísima Corte

Suprema de Justicia un documento llamado "Listado de personas desaparecidas con indicación de su destino final", incluyendo los nombres de más de quinientas personas, en el cual con todo desparpajo y sin un ápice de veracidad, señalaba: nombres de los afectados, la institución responsable, causa de la muerte, en combate u otros antecedentes, fecha, destino inicial y destino final. Es obvio que alguna de esa información la ha extraído de los archivos sustraídos a la CNI, ya que no es posible que haya podido tener información veraz de todos y cada uno de los episodios relatados, a menos que haya participado directamente en ellos.

En ese documento se atribuye a la DINA haberle dado muerte solo a un pequeño número de personas, pero siempre en enfrentamientos; a la CNI, en cambio, entonces bajo mi mando, se atribuye su muerte y su exhumación ilegal, existiendo evidentes absurdos en el relato, como personas que habrían sido sepultadas en fechas anteriores a su muerte.

Entiendo que algunos señores magistrados pretendieron investigar seriamente esta arista, pero cuando se le preguntaba cómo había obtenido esta información, decía que con él "habían colaborado en su elaboración muchos aviadores, marinos y militares, sin poder identificar a nadie en forma específica". La falta de seriedad y prolijidad en este nuevo intento de desviar la acción de la justicia se desprende del hecho insólito de que –repito–varias personas aparecen sepultadas en fechas anteriores a su muerte. Es que el informe está mal hecho, por eso estas aberraciones.

Todo lo anterior configura una caricatura irracional de un servicio de inteligencia y desacredita ferozmente esta actividad; pero de un caso específico tan singular no se pueden derivar conclusiones generales. Es necesario contar con ellos, son parte fundamental de uno de los brazos que mueven al país, que deben ser equilibradamente potenciados porque su influencia es recíproca, interdependiente y complementaria: Desarrollo y Seguridad, no es otro el binomio conceptual de la acción nacional.

La razón de ser de la función de seguridad es reducir el grado de incertidumbre, a fin de que las decisiones que se adopten por las autoridades sean lo más racionales posibles. Al efecto, analiza permanentemente una gran cantidad de variables que están en constantes procesos de cambios, ponderando cada uno de sus factores en su propio mérito y calculando su influencia en el cuadro general. Este trabajo es permanente, porque se trata de evitar sorpresas, precisamente lo que el presunto adversario pretende usar en su favor. Un ejemplo histórico de antología lo encontramos en el ataque japonés a la flota norteamericana del Pacífico en Pearl Harbor, distante a seis mil kilómetros, mientras en Washington los representantes de las dos potencias conversaban de paz.

En el fondo, representa la capacidad de que el gobierno pueda ejercer libremente la soberanía nacional, independiente de otros factores externos o internos que, por medio de amenazas o de la violencia, puedan interferir nuestra plena capacidad de cumplimiento integral de la Constitución y nuestras leyes o inhibir a nuestras autoridades en el libre ejercicio de sus atribuciones. Esto se potenciaría enormemente con un servicio de inteligencia tecnificado, profesional, con sólidos valores morales, de alta calidad intelectual, discreto y eficiente. Su preparación no se puede improvisar, su perfeccionamiento es lento, gradual, progresivo y tecnificado, no se pueden saltar etapas. Para evitar desvíos o excesos, hay que normar estrictamente sus controles.

A veces su operatoria puede llevar a bordear los límites de la legalidad y tienen la particularidad de que actúan con mucha independencia y sigilo por razones de seguridad y compartimentaje, por lo que es necesario ejercer constantemente un severo control sobre su desempeño dentro de la legalidad, balance costo-beneficio, planes alternativos, etc. Entiendo que algunos servicios incorporan ahora una unidad especial, preeminente del cumplimiento de normas constitucionales, con mucho poder de decisión. Cada uno de sus integrantes debe ser un hombre o mujer probo, con

sólida formación moral, y sus identidades deben ser protegidas. En Estados Unidos es un delito federal identificar públicamente a un agente, cualquiera sea el rango del infractor.

Acá las cosas se hacían de otro modo, los instintos del jefe, y me parece que hasta su humor, determinaban el trabajo de toda la organización, la que se conducía en forma unipersonal, despóticamente. Los planes de trabajo, si los había, se implementaban sobre la marcha, asignando prioridades arbitrariamente. Supe que la mayor parte de las veces o no leía los informes de su Estado Mayor o los desechaba como documentos burocráticos que tendían a entrabar el trabajo siempre acuciante de dar respuesta, de inmediato, a los desafíos de la acción terrorista. De ahí el apremio para obtener respuesta rápidamente, en los interrogatorios, lo que, naturalmente, conducía al empleo de métodos abusivos.

Siempre se carecía del tiempo necesario para reflexionar, ponderar, evaluar, buscar alternativas más eficaces, etc. Es evidente que ante tanto apremio –porque el adversario no daba ni pedía cuartel–, la violencia y la brutalidad aparecían como los procedimientos más expeditos para alcanzar los fines necesarios, sin darse cuenta de que se entraba a un círculo vicioso, como el perro girando enloquecido para morderse la cola.

Pocos días pasaron para que mi sempiterno antagonista iniciara campañas de desestabilización en mi contra. Hacía detener arbitrariamente a agentes bajo mi mando, hasta que la institución lograba ubicarlos para exigir su inmediata devolución. Pasaba tiempo y había que dedicar esfuerzos; me distraía, en consecuencia, de mis obligaciones. Mandaba sustraer Tarjetas de Identidad Militar de personal de la DINE y las hacía dejar como olvidadas en lugares donde actuaban sus medios, como una forma de comprometerme en sus fechorías. Originaba rumores, en fin, semanalmente debía preocuparme de uno o más intentos de entrabar mi desempeño.

Los días viernes de cada semana, Pinochet almorzaba con el jefe de Estado Mayor y con nosotros, los directores de

las cuatro funciones del mando (Operaciones, Inteligencia, Personal y Logística), para orientarse sobre el andar institucional. Yo, además de entregar mi informe institucional, entregaba un memorando en detalle de las interferencias ocurridas, que él guardaba sin comentarios. Más de alguna vez pedí hablar a solas con él y le expliqué que la situación se hacía progresivamente insoportable, porque su permanente repetición significaba un motivo especial de preocupación que entrababa sin ninguna justificación la atención de las materias que me eran propias. Sin duda, para poner término a estas reiteradas expresiones de molestia que tendían a agravarse con el tiempo, Pinochet ordenó la dictación de una orden ministerial, cuyos párrafos pertinentes transcribo:

ORDEN Ministerial (que subordina a todos los servicios de inteligencia de las FF. AA. y Carabineros a la DINA): El 22 de septiembre de 1975, mediante el Of. S 35-F-330, los ministros del Interior y de Defensa Nacional difundieron la siguiente Orden Ministerial: "Instrucciones Referentes a Detenciones que se Practiquen en el Territorio Nacional". En el N° 4, dice: "La Dirección de Inteligencia Nacional tendrá la tuición de Inteligencia y Seguridad que el Decreto N° 521 le establece para los campos de acción interno, externo y económico y eventualmente cuando le sea requerido por el Ministro de Defensa Nacional, o los señores Jefes de Estados Mayores Institucionales, podrá actuar dentro del Campo de Acción de la Defensa Nacional". En otras palabras, se subordinaba a todos los servicios de inteligencia de las FF. AA., Carabineros e Investigaciones a la DINA". Nota: este es un documento de cuatro páginas donde se detallan los alcances y forma de ejecución de estas disposiciones.

A la sazón, hacía siete meses que había ascendido al grado de general. Me presenté al jefe del Estado Mayor General del Ejército y le dije que en ese momento hacía abandono de mi cargo de director de la DINE y me retiraba de la institución, con efecto inmediato. Que no iba a redactar mi renuncia formal, aunque el mando debía considerar irrevocable mi

decisión. Ya estaba hastiado de las constantes interferencias de Contreras en el ámbito que era de mi exclusiva responsabilidad y esta orden ministerial las consagraba administrativamente. Me pidió que hablara con los ministros firmantes del documento y le contesté que nada tenía que hablar con ellos, que yo no modificaría mi resolución aunque anularan ese decreto o modificaran su redacción. La verdad era que ni siquiera estaba en sus manos la suerte del documento de marras, pues, como es obvio, el origen de él había sido una orden presidencial que obedecía a una petición de la DINA, como lo comprobé 35 años más tarde, mientras estoy cumpliendo condena en el Penal Cordillera, mismo lugar en que Contreras y sus oficiales cumplen las suyas.

Retomando el hilo de la narración, debo señalar que entonces, en 1975, yo estaba completamente seguro de que se había sentado un funesto precedente, contrario a normas básicas de unas instituciones jerarquizadas, como son las Fuerzas Armadas, al subordinar a un coronel las direcciones de inteligencia de todas las instituciones de la Defensa Nacional, siempre a cargo de un oficial general y orgánicamente encuadradas en el estado mayor respectivo. No obstante mis objeciones de hablar con los ministros firmantes, el general Gustavo Álvarez, jefe del Estado Mayor del Ejército, procuró que las mencionadas autoridades políticas me recibieran y concurrí a ellas. Las reuniones fueron bastante ásperas, entre otros motivos porque ambos cargos eran servidos por oficiales generales mucho más antiguos que yo. Quizás tomándole el peso a las nefastas consecuencias de lo que habían firmado –habían legitimado las actividades arbitrarias de un monstruo del que ellos mismos, al igual que eventualmente cualquier chileno y algunos extranjeros, podían ser víctimas-, ambos me ofrecieron retirar el documento, lo que no acepté porque no era esa la solución. Tampoco lo era cambiar el mando de la DINA, porque a esas alturas se había degradado al punto de conformar un cuerpo unido por la fidelidad a la persona de Contreras, de forma que

desde el puesto a que él fuera destinado seguiría moviendo sus redes. Lo que había que modificar, y de inmediato, era el concepto, retrotrayendo a la DINA a las funciones clásicas del órgano de inteligencia nacional de un país civilizado. Pero no advertí la menor intención de mover un dedo en ese sentido. Y como la realidad insoslayable en ese momento era que tal orden, nefasta e inconcebible en un gobierno militar de carácter institucional y, por ende, impersonal, como se suponía era el nuestro, ya había trascendido institucionalmente mi renuncia, había que resignarse al efecto buscado por esa maniobra. El presidente Pinochet, supongo que como una manera de señalar que aceptaba mi alejamiento del servicio activo, pero seguía contando con su confianza, me pidió que aceptara ser embajador en Panamá... ya me referiré a eso.

Siempre me extrañó que se me hubiese puesto en la forzada disyuntiva de subordinarme a un inferior o dejar el Ejército. Muchos años más tarde tuve la respuesta y no dejaba de ser importante: coincidía con la reunión que inició el denominado "Plan u Operación Cóndor", de acuerdo con lo descubierto en la República del Paraguay, en lo que se denominó el "Archivo del Horror". Seguramente él pensaba que era conformar un organismo de coordinación en materias generales de inteligencia, no de planificación y ejecución de operaciones. Aclaro que ese nombre fue una invención comunista. La inmensa mayoría de los documentos policiales encontrados eran antiquísimos antecedentes históricos paraguayos. Muchos de la Guerra de La Triple Alianza. Solo un par de delgadas carpetas se referían a la coordinación de los Estados del Cono Sur en su lucha contra la subversión marxista, por cierto ilegítima, ilegal, violenta y perfectamente equipada, entrenada y financiada en países satélites de la órbita soviética.

Como es sabido y está ampliamente documentado -por ejemplo, en el concluyente *Libro negro del comunismo*, publicado originalmente en Francia-, los marxistas basan su

relato ideológico y práctico en las mentiras, por aberrantes que ellas sean, como fue, por ejemplo, el fusilamiento del prisionero cuerpo de oficiales del ejército polaco en Katyn (1940), atribuida descaradamente a los alemanes; o el "asesinato" de Allende, propalado incansablemente por Fidel Castro y sus cadenas de transmisión en Latinoamérica desde la tarde misma de aquel 11 de septiembre; y qué decir de las "Memorias" del general Prats, dadas a la publicidad por sus hijas y escritas por el comunista Eduardo Labarca por encargo de Volodia Teitelboim –sin duda, el chileno que más daño hizo a su patria durante el siglo XX, sembrando el odio fratricida y enviando a tantos jóvenes ingenuos a una muerte inútil, mientras él permanecía a salvo, cobijado por sus patrones, en Moscú–. Así son ellos. Y no es que sean necesariamente solo malas personas, lo que ocurre es algo mucho más grave.

En efecto, la degradación moral del comunismo tiene por causa la violencia revolucionaria que propicia bajo una u otra forma, de acuerdo con las circunstancias. Dicho con mayor exactitud, los comunistas, según la correlación objetiva de fuerzas existente, optarán por la vía insurreccional para alcanzar el poder total y someter la sociedad a sus designios, o participarán al menos formalmente en el ritual democrático. El fondo de esta cuestión moral esencial la abordó Solzhenitsyn con la lucidez intelectual que lo caracterizaba: "No olvidemos que la violencia no existe ni puede existir por sí sola: está infaliblemente entrelazada con la mentira. Unen a ambas los lazos más familiares y más profundamente naturales: la violencia no puede encubrirse con nada, salvo con la mentira; y el único sostén de la mentira es la violencia. Todo aquél que una vez ha proclamado como método la violencia, inexorablemente deberá elegir como principio la mentira"[4]. Así las cosas, a los profesionales de la revolución no les queda, pues, otro camino que asumir la condición de mentirosos profesionales. Nada de

4 Alexandr Solzhenitsyn, *Alerta a Occidente*, Ediciones Acervo, Barcelona, 1978, p. 26.

esto es novedad ni un misterioso arcano. Menos aún, difamación de sus opositores, como la CIA. Por el contrario, la mentira elevada a la categoría de principio político ha sido formulada por los teóricos marxistas y aplicada sin concesiones al sentido común como necesidad ineludible, de manera que nadie medianamente informado de las cosas de este mundo puede alegar ignorancia. Un ejemplo doméstico puede resultar útil para ilustrar mejor la situación de entonces... ¡y la de ahora! El 8 de abril de 1971, al inaugurar el Primer Congreso Nacional de Periodistas de Izquierda, el presidente Allende ofreció esta perla a la posteridad: "La objetividad no debería existir en el periodismo... el deber supremo del periodista de izquierda no es servir a la verdad, sino a la revolución"[5].

Con el tiempo he llegado a la convicción de que la coordinación de los servicios de inteligencia del Cono Sur para controlar la subversión armada de inspiración leninista -que efectivamente era por entonces una amenaza tanto para la estabilidad gubernamental como para la normalidad de las actividades de la sociedad civil en las naciones bajo ataque- se acordó en una reunión convocada por iniciativa del director de la DINA y realizada en Santiago el 25 de noviembre de 1975, apenas dos meses después de que me retiré del Ejército. Quizás esta operación, seguramente larvada durante cierto tiempo, dada su envergadura y connotaciones, haya sido el motivo por el cual Contreras se empeñó en alejarme del área de inteligencia, que él consideraba coto propio y, me temo, privado. Lo afirmo porque siendo yo el oficial más antiguo de los jefes de Inteligencia en Chile -más antiguo que Contreras, desde luego-, resultaba incomprensible que se me mantuviera al margen de una acción de ese calado. La pregunta obvia frente a esa extraña situación no puede ser otra que el motivo por el cual él me quería fuera de la comunidad de inteligencia del Cono Sur.

5 El episodio, a disposición del público en cualquier hemeroteca, está recogido en Suzanne Labin, *Chili, le crime de resistir*, Nouvelles Editions Debresse, Paris, 1980, p. 212.

Mi respuesta es doble. Por una parte, yo estaba y estoy convencido de la legitimidad de contrarrestar la violencia revolucionaria, venga de donde venga. La sociedad tiene derecho a ser defendida de esa agresión injusta mediante la aplicación de la justa fuerza del Estado, cuyo brazo armado son las instituciones castrenses. El problema de la lucha antisubversiva no gira, pues, en la órbita de los fines, sino exclusivamente en la de los medios.

En mi concepto, fue y es posible controlar eficazmente a las bandas terroristas aplicando las normas jurídicas que la institucionalidad contemplaba y contempla al efecto. En buen romance, no era ni es necesario violar los derechos humanos ni afectar el honor militar de nadie para desarmar, detener, enjuiciar y castigar a los responsables de acciones subversivas. Situar a los bomberos en el mismo plano moral de los incendiarios constituye un error estúpido, incomprensible. Nada es más desmoralizante para un soldado que descender hasta el empleo de los métodos propios del revolucionario profesional. Yo me atrevo a decir que fue Contreras quien convenció al jefe del Estado de lo contrario. Y esa es la segunda parte de mi respuesta. No juzgo intenciones, pero todo indica que él llegó a considerarse la única persona dotada de la lucidez y agallas que se requieren para llevar a cabo esa tarea esencial para asegurar el bien común de la sociedad, pero sin duda ingrata y carente de brillo. Algo de vanidad, probablemente, y un apetito desmedido por el poder.

En su favor, reconozco que la amenaza violentista sobre el Cono Sur era un fenómeno real: dirigido desde una potencia animada por un afán imperial –desde Afganistán a Chile, pasando por Angola, combatía la misma guerra–, de ahí que los enfrentamientos "de verdad" librados por los ejércitos latinoamericanos en esa época fueron exclusivamente contra los combatientes salidos de sus caballos de Troya, al interior de las murallas de la ciudad. Dada la magnitud de los espacios y la topografía americana, los sub-

versivos gozaban de gran movilidad y cruzaban fácilmente las fronteras nacionales para evadirse de seguimientos y para transportar fondos y armamentos, asegurándose así la ventaja decisiva que proporciona escoger el blanco y actuar por sorpresa. Pienso que esa particularidad llevó a crear este organismo de coordinación, suerte de Interpol militar, bajo el principio de *Simila similibus curantur*. Fue una reacción defensiva casi instintiva, pero los equipos encargados de la tarea fallaron groseramente en la dosificación de las pócimas y terminaron por matar o, literalmente, hacer desaparecer a los pacientes (que nunca fueron tales, porque en su totalidad eran más bien impacientes), obsesionados en recurrir al terror como argumento didáctico para doblegar la voluntad de lucha de… los terroristas.

También es cierto que en ese momento la población chilena yacía indefensa ante el terrorismo porque los gobiernos anteriores a la Unidad Popular no se habían ocupado de la función inteligencia. El general Prats, en sus *Memorias,* se refiere a este incumplimiento de un deber gubernamental esencial respecto a la Democracia Cristiana. También en este ámbito de la actividad nacional fue preciso improvisar y terminaron poniendo el pecho los oficiales y el personal de planta destinados a esa misión sin haber sido entrenados en la lucha clandestina. Los mismos que fueron felicitados en su día por el éxito alcanzado –porque ellos hicieron posible que la población no comprometida con la revolución armada pudiera llevar durante esos años de enfrentamientos clandestinos una vida de estudio, trabajo y familia perfectamente normal–, son los que hoy purgan su victoria en la cárcel.

Retomando esta narración de la historia que vi pasar ante mis ojos, me parece conveniente recordar al lector que en 1978 yo ya no era un oficial en servicio activo (me había retirado voluntariamente en 1975) empeñado en cumplir una responsabilidad de importancia en el orden militar, a saber: proporcionar al mando un conjunto razonado de elementos de juicio sobre las posibilidades del eventual ad-

versario exterior. En términos absolutos, la lucha antisubversiva solo me competía en tanto factor capaz de afectar la defensa nacional. Pues bien, ocurrió que en los mismos días en que me recibí de la Central Nacional de Informaciones (CNI) comenzaron a soplar fuertes vientos de guerra desde Argentina. Ya nos hemos referido a esta grave contingencia internacional y volveremos a ella citando declaraciones de altas autoridades militares argentinas responsables de esta monstruosa iniquidad. Esta circunstancia, como es obvio, paralizó cualquier intento de coordinación de inteligencia frente al común enemigo interno.

Como se ha visto, no era yo un oficial ajeno a la Inteligencia Militar y ya había servido en la Dirección de Inteligencia del Ejército en dos momentos diferentes de mi carrera. En ambos períodos, el ámbito de mi trabajo se había circunscrito a Perú, Bolivia y Argentina, países cuya realidad militar llegué a conocer cabalmente. Incluso cimenté lazos de amistad con muchos integrantes de los servicios correspondientes, como ocurre entre colegas de oficio.

Estando en esa función propuse la realización de Conferencias Bilaterales de Inteligencia con los países americanos, a fin de crear un clima de confianza y hacer trascender nuestra posición clara y rotundamente defensiva, actitud estratégica que se correspondía con la política internacional de Chile. De ahí que la doctrina y preparación de nuestras Fuerzas Armadas fuera, como efectivamente lo era, estrictamente disuasiva. De hecho, un siglo largo sin necesidad de librar guerras exteriores para sostener el honor y los intereses nacionales constituyen el auténtico ramo de laurel a la capacidad de nuestro instrumento bélico.

Como resultado de esta inquietud personal, que el mando hizo suya, durante el breve tiempo en que encabecé la Dirección de Inteligencia del Ejército fui invitado a Uruguay. Ahí me reencontré con muchos de mis amigos y conocí al director de Inteligencia del Ejército de EE. UU., a

quien invité a Chile, y aquí estuvo en un viaje relámpago. Era un general de dos estrellas -que hablaba fluidamente el castellano- con quien hice muy buenas relaciones. Él tenía estrechas vinculaciones con Vernon Walters, subdirector de la CIA y embajador itinerante del Departamento de Estado.

También participé en una conferencia bilateral en Lima, donde tuve el privilegio de visitar al general Francisco Morales Bermúdez, presidente de la República, en el Palacio de Torre Tagle. Durante una larga conversación a solas con él, me quedó palmariamente claro que, tal como se le había informado oportuna y responsablemente al presidente Pinochet, había sido un error designar como embajador en Lima a don Francisco Bulnes Sanfuentes, descendiente directo del vencedor en Yungay. Su presencia era recibida con fuerte reluctancia por un sector de las Fuerzas Armadas peruanas, especialmente en ciertos ámbitos del Ejército aún vinculados a Velasco Alvarado y sus nostálgicos sueños reivindicacionistas, lo que era materia conocida. Pero cuando se le designó en Lima, lo que no sabíamos en la DINE era que la familia de Morales Bermúdez había sido propietaria de tierras en Pica y para él eso representaba una herida no cicatrizada.

En una comida en casa del embajador Bulnes, en la noche de mi reunión con Morales Bermúdez, le comenté la larga conversación que había tenido con él esa mañana. Algunos meses más tarde, en la decisión de declararlo inopinadamente persona non grata, pudo haber gravitado dicha circunstancia. No obstante, el hecho que la gatilló fue una torpe acción ejecutada por un funcionario de la FACh, sin autorización ni conocimiento de sus superiores, en la cual al señor Bulnes no le cupo ni siquiera conocimiento y, por ende, ninguna responsabilidad.

Creo, sinceramente, que don Pancho Bulnes habría sido un eminentísimo embajador en cualquier otro país, especialmente europeo, por su cultura, talante, señorío y una gran red de contactos políticos en todo el mundo; pero, en Perú había muchos anticuerpos para su persona.

Tanto es así, que en un reciente libro del ex jefe de inteligencia de Fujimori,[6] una fotografía muestra al embajador Bulnes sobre una escueta y malintencionada leyenda: "La prepotencia de Bulnes". La verdad de las cosas es que él fue declarado persona non grata y expulsado al establecerse que el suboficial Vargas Garayar, de la Fuerza Aérea peruana, acudía a la embajada de Chile para entregar secretos de la Base Aérea de La Joya, ubicada en Arequipa. El señor Bulnes fue un chivo expiatorio en una situación embarazosa y, a pesar de las intensas gestiones realizadas personalmente por el canciller Hernán Cubillos, y bajo su dirección por otras personas, entre ellas yo mismo, no se pudo evitar el injusto desenlace. Por otra parte, en el intertanto ya se había producido el fusilamiento del suboficial, quien fue ejecutado por el delito de traición a la patria el 20 de enero de 1979… aniversario de la batalla de Yungay.

En dicho libro, el ex jefe del servicio de inteligencia de Fujimori sostiene, en algunas de las casi treinta citas en que me nombra, sandeces como las siguientes:

"¿Pero quién fue el principal hombre de Manuel Contreras Sepúlveda en el Perú, cuando estaba en proceso de germinación de la DINA?

"Veamos: Fue el Coronel chileno Odlanier Mena Salinas, otro de los oficiales integrantes del equipo que laboró en la Escuela Militar para el Golpe del 11 de septiembre de 1973", dice en sus insólitas afirmaciones.

Sigue: "Dicho coronel no sólo fue un amigo personal de Contreras, sino que entre sus respectivas familias había una estrecha relación (nada más lejos; advierto, en todos y cada uno de ellos, una marcada aversión natural a su persona). Este hecho fue determinante para que Contreras lo propusiera ante el Comandante en Jefe del Ejército, a fin de que sea designado Agregado Militar del Ejército chileno acreditado a la embajada de su país en Perú".

---

6 Vladimiro Montesinos Torres, *Espionaje Chileno. Operaciones especiales de inteligencia contra el Estado peruano*, EZER Editores, Lima, año 2010, p. 124.

Parece obvio, hasta para el menos advertido, que nunca tuve relación alguna -de ninguna clase-, menos de amistad, con el susodicho. Montesinos, a falta de otras fuentes de información más sofisticadas, pudo saber quién era el agregado militar en Lima a través de las páginas sociales de los diarios limeños. No obstante, para mayor precisión, debe advertirse que en el Perú, como en casi todos los países, los agregados militares se relacionan con los ejércitos, justamente, a través de los canales de inteligencia.

Más adelante, Montesinos insiste: "el Presidente de la República General Juan Velasco Alvarado, en los años 1973-1974, época en que llegó al Perú como Agregado Militar el Coronel Odlanier Mena Salinas" (durante esos años de gloria yo estaba al mando del Regimiento "Rancagua", cosa que, como dirían los jueces de derechos humanos, "él no podía no saber"). Más aún todavía cuando yo gozaba de fluidos contactos con las principales autoridades peruanas, tanto en Tacna, en Lima como en Arequipa y, desde luego, en Arica, habiendo tenido el honor de recibir una de las más altas preseas del Ejército de Perú.

Acto seguido, se permite reproducir una imaginaria conversación conmigo -que por supuesto nunca tuvo lugar, ya que no conocí a ese siniestro personaje-; luego, es inventada de principio a fin. En parte de ella, dice: "En el mes de septiembre de 1974 llegó al Ministerio de Guerra una invitación para asistir a la recepción diplomática, que con motivo del Aniversario Patrio daba el Embajador chileno en el local de su residencia. Fuimos recibidos por el mismo Embajador y el Agregado Militar Coronel Odlanier Mena Salinas". Pues bien, para que se dimensione la magnitud de este absurdo infundio, en esa misma ocasión yo -como comandante de la tropas, comandante del regimiento y gobernador de Arica- presidía en Putre las ceremonias con motivo de nuestro Aniversario Patrio; me acompañaban todas las autoridades militares y civiles de Arica, mi hijo mayor Hernán y como invitado excepcionalísimo el general

peruano Artemio García Vargas, comandante de la Región Militar de Tacna. Montesinos, con su afiebrada imaginación, me ha concedido el don de la ubicuidad.

Con absoluta ignorancia o vaya a saber uno con qué otro propósito, dice que "en la noche del 28 de Agosto de 1975 estaba de visita en la guarnición de Tacna. Allí el general García, acompañado por el Comandante General de la Tercera Región Militar, general Luis de la Vera Velarde, (comandante en jefe de las tropas a cargo de la operación ofensiva contra nuestro país), conociendo la debilidad del visitante, lo hizo beber en demasía. En ese estado lo convencieron para que relevara del cargo al general Velasco y asumiera la presidencia de la República". "Morales Bermúdez aceptó la proposición y en la madrugada del 29 de Agosto el general García Vargas comenzó los preparativos del relevo". En los dos primeros puntos se refiere a aspectos internos, luego dice: "en tercer lugar, llamó por teléfono a Arica y se comunicó con el Comandante del Regimiento Rancagua, coronel Odlanier Mena Salinas, a quien le comunicó los preparativos para el relevo del Presidente Velasco, en retribución del llamado que yo hice al General (P) Artemio García el 11 de Septiembre de 1973, esa conversación también fue intervenida por el Servicio de Inteligencia Nacional" (peruano, se entiende).

En este párrafo festina una histórica resolución que cambió brutalmente el rumbo de la historia del Perú –y de Chile– porque de seguir Velasco en el poder el enfrentamiento armado con Chile era prácticamente inevitable. Y se falta a la verdad porque en la citada reunión hubo un numeroso grupo de generales y yo a la sazón era director de Inteligencia del Ejército, DINE (Santiago, 1975), e iba precisamente en automóvil, camino a mi oficina, cuando me llamó el general Artemio García Vargas, información que ratificó de inmediato, al tomarle el teléfono el propio general Francisco Morales Bermúdez, quien me dijo más o menos:

–Odlanier te ratifico todo lo que te ha contado Artemio, estoy preparando mi viaje a Lima –en Tacna no había aviones disponibles– para ir a hacerme cargo del Gobierno.

Lo felicité con sinceridad y le deseé toda clase de éxitos en su gestión.

Este y muchos otros episodios de contemporáneos están registrados en detalle en el libro *Los años que vivimos en peligro*, de José Rodríguez Elizondo, que como historiador responsable comprobó la veracidad de estos hechos, consultando fuentes oficiales en Lima y en nuestro país.

Recomendación: Revisa tus "fuentes", Montesinos, ya que te has convertido en el rey de los cretinos.

CENTRAL NACIONAL DE INFORMACIONES (30 de enero de 1978 al 24 de julio de 1980)

El año 1978, recuerdo que don Gonzalo Vial lo denominó *annus horribilis* en su biografía de Pinochet, parodiando a la reina Isabel, puede ser considerado el año en que terminó la fase más dura del Gobierno Militar, entendiendo por tal el reordenamiento y pacificación del país, dislocado por las oleadas revolucionarias que precedieron a la intervención militar. El frente externo, durante los años siguientes, fue copado por las relaciones con Argentina, país con el que estuvimos a horas de entrar en guerra. En el frente interno, en adelante y hasta el término de su gestión de gobierno -pues era su culminación lógica, dada su propia naturaleza extraordinaria, surgida de una emergencia y por ende transitorio–, el acento estuvo puesto en la creación de una nueva institucionalidad, basada en la concepción cristiana del hombre y orientada hacia el logro de una sociedad de libertades, cuyos instrumentos serían la democracia política y la economía de mercado. Al cabo, como es reconocido con mayor franqueza en el exterior que en la propia patria, el cumplimiento exacto del itinerario fijado en la Constitución de 1980 tuvo éxito: las Fuerzas Armadas y de Orden devolvieron el poder soberano a su titular justamente el día señalado al efecto y el dinámico funcionamiento de la institucionalidad entonces creada ha proporcionado a la nación chilena varias décadas de estabilidad y progreso, aunque todavía no se ha logrado sanar por completo el daño producido por excesos de ideologismo y demagogia[7]. En ese contexto, a petición expresa y reiterada del presidente Augusto Pinochet, acepté uno de los puestos más difíciles y controvertidos del Gobierno Militar, ser director de la Central Nacional de Informaciones (CNI), cargo que desempeñé desde el 30 de enero de 1978 (Decreto N° 50, del 17 de enero de 1978) al 24 de julio de 1980 (Decreto Supremo del 23 de julio de 1980),

7 Nota sobre la situación económico-social antes de 1973 y al entregar el gobierno. Fuente: Carlos Cáceres y Sergio de Castro, y también Hernán Büchi.

esto es, faltando pocos días para que se llevara a cabo el plebiscito que ratificó popularmente la nueva Constitución Política de la República de Chile.

¿Por qué acepté abandonar voluntariamente, y no sin nostalgia, el tranquilo y estimulante cargo de embajador de Chile en la República Oriental del Uruguay? Pude rechazar el presente griego que se me ofrecía y regresar definitivamente a mi casa a descansar.

Razones morales derivadas de mi formación de soldado, siempre dispuesto al servicio de la Patria durante toda mi vida, habrían hecho imposible restarme a participar en el esfuerzo común. Consideré un deber seguir entregando mi pequeña cuota de sacrificio, ahora en un área especialmente sensible, puesto que compromete, simultáneamente, la seguridad interior y exterior del país, la tranquilidad ciudadana e incluso el prestigio de nuestra nación en el concierto internacional. Ninguna otra tenía entonces tan complejas aristas ni estaba tan expuesta al escrutinio público, rara vez imparcial. Así y todo, acepté.

El presidente Pinochet, tras una muy cruda descripción que me hizo del desempeño de mi antecesor, me asignó una triple misión:

1.- Poner término de inmediato a los reiterados abusos de los organismos de seguridad, especialmente de la CNI (ex DINA), porque era inaceptable la cantidad de asesinatos que se atribuía a dichos organismos y, según me expresó, cada vez que él llamaba a Contreras para pedirle explicaciones, este siempre le contestaba que daba las instrucciones correspondientes, pero que en el fondo él se sentía sobrepasado, porque sus subalternos obraban por su cuenta y no asumían responsabilidad alguna y él estaba consciente de los abusos que cometían y no lo había podido evitar.

2.- Investigar la eventual participación de ese organismo en el asesinato del señor Orlando Letelier en Estados Uni-

dos, cometido en Washington DC en septiembre de 1976, casi justo un año después de que yo me retiré del Ejército; luego, se puede inferir que este crimen pudo y debió evitarse. Ya me referí a este tema.

3.- Buscar, reunir, procesar y exponer toda la información posible referida al inminente conflicto bélico ahora con Argentina.

Como se puede advertir, las tres misiones eran en extremo complicadas, de gran responsabilidad y se debían cumplir simultáneamente. Además, por si fuera poco, debía reorganizar, aceleradamente, y desde sus cimientos, al órgano existente, porque de otro modo se habrían mantenido los vicios que yo debía erradicar de inmediato.

Al mirar atrás y recordar, veo que hice mía una misión imposible. De hecho, en el acto de aceptarla, le expliqué al general Pinochet que me proponía transformar el servicio en una organización de inteligencia en el sentido más técnico de la expresión, es decir, separando tajantemente la actividad de búsqueda y análisis de la información recogida en los diferentes campos de acción nacional, con el propósito de nutrir la toma de decisiones del Gobierno de las acciones ejecutivas a que aquella diera lugar, tarea que en sana doctrina corresponde a un servicio igualmente necesario, pero de otra índole. Además, atendidas las circunstancias, prescindiría del personal en servicio activo de las Fuerzas Armadas y de Orden. La CNI a mis órdenes estaría, pues, integrada exclusivamente por funcionarios civiles y su cometido sería el recién enunciado. Lo que acabo de indicar lo hice público en una larga entrevista que otorgué a una destacada periodista, la señora Raquel Correa.

Sobre mi desempeño durante este período, el periodista Mauricio Carvallo produjo un reportaje del diario *El Mercurio* sobre la CNI y de lo obrado en relación con los derechos humanos que se publicó el domingo 8 de junio de 2003, en una extensa entrevista sobre esta materia, bajo el título "La

Propuesta de la CNI". En ella me refiero precisamente a todos los aspectos de atención preferente, inmediata, que involucraban las funciones en que me iba a desempeñar. Transcribo algunos de los párrafos más importantes:

Pregunta: Sin embargo, ¿se atentó o no contra los derechos humanos durante el régimen militar? Respuesta: Debo reconocer, con vergüenza, que hubo atentados contra los derechos humanos, pero que habría que determinar por qué se produjo esta reacción tan tremenda, a veces desproporcionada.

Nadie ponderó el grado de rencor que se fue incubando y que posteriormente se expresó cruelmente (esta reflexión motivó el hecho de que me concentrara en escudriñar en el pasado las circunstancias que nos llevaron a nuestro propio "Destino Manifiesto". De esta vieja preocupación se fue gestando en mi mente la idea de hacer este trabajo alguna vez).

Pregunta: ¿Hizo algo en esa época a favor de los derechos humanos? Respuesta: Primero, reestructurar el servicio de inmediato y prohibir enérgicamente cualquier exceso que se cometiera contra las personas, los que se investigarían exhaustivamente y a los responsables se les llevaría a la justicia. Luego, antes de un mes en el cargo, invité a almorzar a mi oficina de la CNI a los obispos que aparecían con mayor visibilidad como defensores de los derechos humanos y contrarios al gobierno militar. Concurrieron cinco obispos muy importantes, todos aún vivos (año 2003); tampoco puedo revelar sus nombres, uno se excusó con una tarjeta que aún guardo. Me presenté, soy agnóstico, pero respetuoso de los credos religiosos. Les dije que quería buscar caminos de entendimiento; que les daba la seguridad, bajo mi palabra de honor, que en ese tiempo (enero o febrero de 1978), no había detenidos-desaparecidos en ningún cuartel de la CNI, tampoco en los de las fuerzas armadas y policiales (me lo habían asegurado por escrito los organismos de mi propia dependencia, y –con firmas responsables– y los representantes de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile).

Les agregué que no sabía dónde estaban y que tampoco tenía tiempo ni oportunidad de investigar lo que había sucedido al respecto, porque el boicot internacional, los problemas con Argentina y dilucidar la eventual participación de Chile en el caso Letelier y otros, me obligaban a centralizar ahí mis esfuerzos. Pero que el Gobierno, al ponerme a mí a cargo de la CNI, quería demostrar que había cambiado el rumbo en 180º, porque –si esta situación se había originado con la DINA, al mando de Contreras, quien aparecía públicamente fomentando este tipo de políticas– Pinochet demostraba en forma transparente su intención de cambiar, instalando en ese cargo a su *archienemigo*, como era llamado en los medios de prensa, y que entendieran que eso no le había resultado fácil, porque aún guardaba relaciones de amistad y aprecio a Contreras.

Pregunta: ¿Qué respuesta recibió? Respuesta: Desgraciadamente solo recibí recriminaciones, adjetivos muy dolorosos. Lo entendí, lamenté no haber tenido la elocuencia al tratar de tender un puente. Quedé con la sensación de que había fracasado.

Pregunta: ¿Allí terminó su intento? Respuesta: No, un tiempo después invité a mi oficina a muchas personalidades. Influyeron en mí especialmente Jaime Guzmán, Miguel Kast y Patricio Mekis S. (con quien conversé tres o cuatro horas durante una recepción en casa de Sergio Fernández, la noche anterior a que muriera en un accidente). Hablábamos de los resortes que había que accionar para recomponer el tejido social. A muchos nos preocupaban sinceramente los derechos humanos. Coincidieron conmigo en que debía crearse una comisión, que no tuviera participantes de la política contingente, capaz de mediar entre las familias de los detenidos-desaparecidos y el gobierno.

Pregunta: ¿Qué pasó entonces? Respuesta: Promoví la constitución de una comisión, formada por personalidades que no voy a nombrar. Su propósito era que mediara en-

tre el Gobierno y los familiares afectados por los abusos de los derechos humanos para buscar de esa forma la ansiada reconciliación nacional. Funcionó en forma autónoma a la CNI. Yo recibía sugerencias y proposiciones. Sostuvieron varias reuniones. En una de ellas pareció conveniente que se dictara una "Ley de Muerte Presunta", con el objeto de ayudar a todos quienes tenían problemas derivados de la desaparición de familiares. Entonces no tenían las organizaciones que existen ahora. Les ofrecí pensiones de gracia, resolver problemas conyugales y dar pensiones de reparación a los niños, becas escolares, planes habitacionales, todas esas cosas. Con mucha rapidez llegaron proposiciones bien concretas y lógicas.

Pregunta: ¿Se lo dijo a Pinochet? Respuesta: Solo le informé cuando había que dictar algunas leyes. Me ofreció su apoyo porque encontró muy buena la iniciativa. Me dijo que vislumbraba que con esto se podía obtener la paz social. Llamó a varios ministros y les pidió que propusieran ideas sobre cómo ayudar a las familias de los detenidos-desaparecidos, porque la mayor parte provenía de hogares muy pobres. Esta comisión cesó porque el representante de la Iglesia me hizo saber que el cardenal, don Raúl Silva Henríquez, por ningún motivo daba el patrocinio de la Iglesia Católica. De inmediato retiró a su representante y exigió que hubiera investigación caso a caso.

El cardenal siempre tuvo una clara simpatía por la izquierda, como lo demostró su rol en el manejo de los problemas de Universidad Católica durante la crisis de 1967. Posteriormente supe que de algún modo se había filtrado mi iniciativa y que la influencia negativa que obró sobre el señor cardenal habría provenido fundamentalmente de dirigentes democratacristianos, partido que estaba infiltrado hasta los tuétanos por los marxistas, y que también había tenido un rol muy principal en esta postura el señor Enrique Iglesias, presidente del Banco Interamericano de Desarrollo no sé a título de qué. Es penoso que se haya perdido esa

oportunidad de abrir caminos de cohesión moral y social del país. Nunca, antes ni después, hubo un esfuerzo tan amplio de reconciliación nacional que desgraciadamente terminó en un completo fracaso, prematuramente, por la intransigencia de la máxima autoridad de la Iglesia Católica.

A raíz de esta larga entrevista en el diario *El Mercurio*, en que me he limitado ahora a transcribir solo los aspectos más atingentes a este trabajo, me llamaron muchas personas en su oportunidad, para manifestarme su apoyo y expresarme que la materialización de esas iniciativas pudo ayudar a resolver, desde hace mucho tiempo, en un clima de equidad, los problemas más graves que vivía la sociedad de nuestro país (entre esas personas descollantes, recuerdo especialmente a Arturo Fontaine A., Álvaro Bardón, Gonzalo Vial y Jaime Guzmán, con quien había conversado en detalle esta iniciativa y me había impulsado a realizarla).

Como el presidente Pinochet me pidió (6 de noviembre de 1976) que diera de inmediato algunas orientaciones para cambiar el rumbo de la institución cuanto antes, hablé en muchas ocasiones con el coronel Jerónimo Pantoja, a la sazón director subrogante, y se las impartí en forma perentoria. Durante un período de tiempo no menor, viajé desde Montevideo a Santiago para comprobar los cambios, hasta que regresé a Uruguay para entregar la misión y despedirme de las autoridades y cuerpo diplomático residente. Mientras tanto, se desempeñó como director subrogante el subdirector, coronel Jerónimo Pantoja H., cuya remoción yo solicité el mismo día de recibirme de mi cargo, sin éxito. Yo sabía que era incondicional de Contreras y, por ende, un serio obstáculo para el cumplimiento de lo que el general Pinochet me había encargado, pero él mismo me dijo que no lo podía remover porque tenía compromisos adquiridos al respecto. Ignoro el motivo de tal grado de protección.

La defensa de los incondicionales a Contreras, amenazados por mis claras intenciones, fue convertir la estructura

de la CNI en una muñeca rusa. Así, desde el primer momento, debí enfrentar las acciones de sabotaje con que dichos elementos, desde el interior del servicio pretendieron entorpecer mi desempeño. Las zancadillas más innobles y el hostigamiento al personal que no seguía su doble o triple juego se hicieron pan de cada día. Al cabo, me vi obligado a prohibir el acceso de los ex DINA a las instalaciones del servicio, lo que provocó una tormenta que me permitió advertir hasta dónde llegaban los tentáculos de la ex DINA[8].

Aquella muestra del trastoque de los valores castrenses no fue, sin embargo, lo más alarmante. Aunque parezca increíble, Manuel Contreras, antes de entregar el mando del órgano de inteligencia nacional, ordenó sustraer ilegalmente el archivo de la DINA. Así me encontré con una situación insólita, pues al no haber archivo no había antecedente alguno sobre el trabajo realizado desde su creación, hacía un lustro, ni elementos sobre los que basar las tareas en curso y las que les seguirían. Gracias a su oscura maniobra, Contreras había logrado convertir a la inteligencia nacional en un animal amnésico... Nunca fue posible conocer la orientación de los esfuerzos de búsqueda de informaciones, ni los nombres del personal involucrado, ni siquiera los objetivos perseguidos; era como realizar el relevo en una posta con los ojos vendados. Pacientemente, y sobre la marcha, debimos poner en ejecución un plan de contingencia para ir rehaciéndolo, solicitando informaciones a otras agencias, entre otras medidas.

El daño efectuado no lo habría podido realizar, ni en sueños, un agente de alguna potencia enemiga. En mi concepto, se consumó entonces un delito de traición a la Patria. Más tarde se comprobó que en dicho delito estuvo directamente implicado el propio exsubdirector, cuyo traslado a otras funciones –como he dicho– había solicitado personalmente al general Pinochet.

8 Resolución Ministerial de 31 de mayo de 1979, sobre la prohibición de acceso a dependencias de la CNI al personal que cumplió funciones en ella.

El destino final de ese archivo nunca se ha aclarado fehacientemente; no obstante, dado a que él ha elaborado muchos documentos con antecedentes pormenorizados sobre hechos ocurridos en esa época, como el informe protocolizado notarialmente (10 de mayo de 2005) que elevó a la Corte Suprema de Justicia con una lista de 21 páginas sobre más de 500 personas desaparecidas, es lógico pensar que aún obra en su poder.

En el momento de recibirme del cargo de director de la Central Nacional de Informaciones, separé de sus funciones a alrededor del cincuenta por ciento del personal de oficiales que me fue presentado y que yo podía identificar como incondicionales de Contreras y, por consiguiente, responsables directos de sus excesos. Posteriormente, con nuevas informaciones, agregué otros nombres de personas que tenían esas mismas características.

El Ministro de Defensa Nacional, teniente general Raúl Benavides Escobar, con fecha 31 de mayo de 1979, me envió el Oficio Secreto Dpto. II/1 Nº 241019, de dos párrafos. El primero de los cuales dice que ha tomado conocimiento (obviamente por Contreras) de que yo he prohibido el acceso a las dependencias de la Central Nacional de Informaciones a personal de las Fuerzas Armadas que ha cumplido funciones en ese organismo.

En el segundo dice, textualmente: "Como esta medida afecta a personal de las Instituciones dependientes de esta Secretaría de Estado, y con el propósito de conocer el verdadero alcance y motivos que originaron esta disposición, agradeceré a US se sirva tener a bien informar a la brevedad al suscrito sobre el particular".

RESOLUCIÓN MINISTERIAL del 31 de mayo de 1979. Este documento dio origen al oficio SSG- DPTO. II Nº 2410/9, del Ministro de Defensa Nacional, "Sobre la prohibición de acceso a dependencias de la CNI al personal que cumplió funciones en ella". Contesté con un largo y



fundamentado oficio, el 11 de junio de 1979, por el cual di a conocer las facultades que se me otorgaron y algunas de las muchas razones tenidas a la vista para proceder de esa manera. Por ejemplo:

"Al recibirme del cargo se me dio la misión de modificar, drástica y urgentemente, los desacreditados procedimientos de operación de ese organismo, interna e internacionalmente criticado".

"Tuve amplias facultades para reorganizar completamente el servicio (con excepción del Sub Director ya mencionado), adecuando sus sistemas de trabajo a la idea fundamental de una política de seguridad racional, equilibrada y limpia".

"Por otra parte, con la modalidad del mando anterior, se habían creado asociaciones personales, relaciones de mando distorsionadas, protecciones recíprocas, políticas paternalistas, pagos de servicios, etc., que constituían un serio atentado a los conceptos tradicionales de jerarquía, respeto y ética en las Instituciones Armadas".

"Que el nexo entre el ex Jefe de la DINA, y sus ex subalternos no se cortó con el cambio de mando de CNI como debió ocurrir. El General (R) Manuel Contreras «continuaba ejerciendo control directo, sobre muchos de los que fueron ex subalternos, por sobre los mandos Institucionales, como lo podría verificar usía» en cualquier momento".

"El 26 de enero de 1979. La Unidad de Contrainteligencia de CNI detectó que una funcionaria de CNI, había recibido orden del General Contreras de sustraer timbres de goma-sellos oficiales de la CNI- para entregárselos a él, sin duda para usarlos en actividades delictivas que podrían derivar en situaciones imprevisibles".

A los pocos días de haberme recibido del cargo, desde un vehículo en marcha, sus pasajeros pasaron reiteradamente frente a las oficinas de la jefatura, profiriendo gritos y groseros insultos y, expresando, además, amenazas contra mi persona y mi familia. La guardia detuvo al vehículo e hizo identificarse a los pasajeros, que resultaron ser dos agentes de inteligencia y dos damas, vinculados directamente a la Jefatura del Servicio saliente y todos en evidente estado de ebriedad. Dispuse su registro en el Libro de Guardia y su inmediata libertad. Sobre el particular informé por escrito, en detalle a Pinochet incluso con los nombres de las personas involucradas.

Al final de una larga enumeración de hechos anormales, generados por Contreras (incluso su intento de asesinarme), entre numerosas conclusiones, destaco: "Cabe indicar que la existencia de un organismo similar, paralelo a la CNI, es lamentablemente una cruda realidad, con la gran diferencia que sirve a una persona y no al Estado, por lo que se solicita a usía adoptar las medidas necesarias para neutralizar la actividad de las personas que integran el mismo. Los peligrosos alcances de esta situación pueden ser claramente visualizados cuando se trata de personalidades que no han vacilado en exponer al país en situaciones como las conocidas y que bien pudieran crear cismas institucionales de incalculables proyecciones".

Entre otras de sus aberrantes decisiones, presentó una querella judicial por "traición a la Patria" contra tres Ministros de Estado: Sergio Fernández, del Interior; Hernán Cubillos, de RR. EE. y Gonzalo Vial C., de Educación (y se rumoreó que también pensó en incluirme a mí). Con este

gesto, ya se había puesto en abierta oposición y beligerancia con el propio jefe de Estado, quizás como una forma de amedrentarlo sobre las capacidades que se había arrogado, quien habría comentado: "se permite dirigirse a mí de igual a igual".

Este documento está fechado en junio de 1979, pero las interferencias se iniciaron conjuntamente con haberme recibido del cargo, más de un año antes, y no terminaron hasta que hice entrega de él. Me asiste la total seguridad de que este documento no produjo ninguna reacción y las interferencias se siguieron produciendo.

Como director Nacional de Informaciones debía hacer síntesis escrita diariamente de la situación de seguridad interna y externa para el Gobierno; iniciar con una breve exposición todas las reuniones del Consejo de Seguridad Nacional, que, por razones obvias, dada la situación que se vivía con Argentina (1978), eran muy frecuentes y se comunicaban sin aviso previo; y además presentar una Apreciación Anual de Inteligencia que comprendía los cuatro campos de acción nacional, a saber: Interior, Exterior, Económico y Defensa.

A mediados de 1980 ya estaba en condiciones de concretar lo que había planificado al hacerme cargo de la CNI, el cambio radical de sus misiones y de su estructura, pero el jefe del Estado estimó que aún debía mantenerse al ente como estaba, razón por la cual, una vez más, tomé la determinación de poner término voluntario a mis funciones, expresándole al general Pinochet que me iba con la conciencia tranquila porque había dado cabal cumplimiento a todo lo que me había solicitado.

Lamentablemente, esta situación fue coincidente con el asesinato del coronel Roger Vergara, director de la Escuela de Inteligencia del Ejército, por parte de un grupo terrorista, y que al parecer iba dirigido contra la persona del coronel Pedro Espinoza Bravo, vecino de Roger Vergara y

ambos tenían automóviles de características similares y salían a la misma hora de sus respectivos domicilios (casas pareadas). Una periodista que se identificó como del diario *El Mercurio*, al parecer de apellido Undurraga, hizo indagaciones en el domicilio de dicho oficial, quien dio cuenta al vicecomandante en jefe del Ejército con fecha 21 de julio de 1980. Ahora bien, con la intervención de Contreras y de un periodista que este tenía infiltrado en el diario *La Tercera*, se vinculó mi alejamiento de la CNI como una consecuencia de mi supuesto "fracaso al no proteger a un funcionario del Ejército", en circunstancias que tanto el uno como el otro pertenecían al Ejército, que obviamente tenía su propia protección y ninguna relación con el servicio que yo mandaba.

Tal fue el efecto de esta perversa desinformación, fríamente calculada, que en el libro del ex ministro del Interior Sergio Fernández, *Mi lucha por la Democracia*, pág. 143, se lee: "En su momento, sin embargo, el asesinato del Comandante Vergara tuvo una repercusión costosa para el equipo de gobierno proclive a la institucionalización. El atentado contribuyó a precipitar la renuncia del Director de la Central Nacional de Información General (r) Odlanier Mena, probablemente ya alcanzado por el episodio filipino" (nuevo error, presenté con un mes de anticipación un informe contrario al viaje de Pinochet y él lo tuvo en sus manos cuando en el Edificio Portales reunió a todo el Gobierno para establecer responsabilidades y yo públicamente, ante todo el auditorio, en él refuté al general Brady, ministro de Defensa Nacional por sus aventureros juicios sobre el desempeño de la CNI). Sigue Fernández: "Este oficial, de sagaz inteligencia, e integra corrección, había sido en el seno de la ASEP un invariable sostenedor de la nueva Constitución. Su claridad en el análisis, su entusiasmo en el apoyo y frialdad en las dificultades, su oposición a cualquier exceso habían representado una ayuda inapreciable en la normalización. Quien quiera fuese su sucesor, el alejamiento de Mena era una pérdida importante". Obsérvese que entonces la función de Inteligencia era requerida por las más altas autoridades del Estado, lo que en principio debe ocurrir siempre.

Sobre las demás misiones originales encomendadas, estimo haber dado cabal cumplimiento a todas ellas. Hasta donde recuerdo, solo en una oportunidad la CNI bajo mi mando fue requerido por la justicia, con respecto a una persona que fue sorprendida por Carabineros poniendo una bomba bajo un bus de esa Institución, con personal a bordo, a quien por ese hecho golpearon en la cabeza y lo entregaron a agentes de la CNI, quienes lo condujeron a la Asistencia Pública, sin advertir que presentaba un TEC, falleciendo por esa causa.

Con respecto al asesinato del excanciller y ex ministro de Defensa Nacional de Allende, Orlando Letelier, a un mes de haberme recibido del cargo informé –oficialmente– que había fundadas sospechas de participación de personal de la ex DINA en dicho homicidio. El documento fue el Parte Cabeza de Proceso de la investigación judicial respectiva.

El excanciller de Allende y ex ministro de Defensa Nacional de Allende, Orlando Letelier del Solar, fue asesinado en Washington DC el 21 de septiembre de 1976 por un grupo de agentes chilenos, dirigidos por un evidente infiltrado de la CIA, Michael Vernon Townley, y agentes cubanos. Sin duda, era un hombre de personalidad multifacética. Al poco tiempo de radicarse en EE. UU., entró a dirigir el Instituto de Estudios Políticos, de clara orientación marxista-leninista, en la capital norteamericana. Tengo entendido que el hijo de un funcionario comunista que trabajaba en esa institución, pero opuesto a las ideas de su padre, escribió (en inglés) un libro titulado *Covert Cadre* u *Operaciones encubiertas*, detallando el enorme volumen de diversas actividades que ahí se desarrollaban. Cito algunas:

1.- Se elaborarían estudios sociales de diferentes partes del mundo que se entregarían a congresistas liberales de USA.

2.- Serviría de centro de contactos para agentes soviéticos, de Europa oriental y cubanos.

3.- Un departamento a cargo de un pakistaní distribuiría fondos a grupos extremistas a nivel mundial. Posterior-

mente esta oficina habría estado a cargo de Letelier y, a su muerte, lo habría reemplazado su esposa, Margarita Morel de Letelier, pariente de la esposa del actual presidente Señora Cecilia Morel.

4.- Se dice que el maletín que al momento de su muerte llevaba Letelier, y que fue incautado por el FBI, habría contenido antecedentes de redes de agentes soviéticos y cubanos castristas, chapas y códigos secretos (EE. UU. nunca permitió el conocimiento de su contenido).

Finalmente, que tan pronto se habría hecho cargo de su puesto, Letelier habría empezado a realizar una serie de viajes por Europa buscando financiamiento para operaciones subversivas, especialmente en Alemania, Holanda y Dinamarca.

En la caja de seguridad de Allende en La Moneda figuran varios documentos donde el expresidente le encarga a Letelier que le cotice precio de armas muy especializadas y costosas en EE. UU. y que se las mande por valija diplomática. Se sabe, además, que siempre estuvo sujeto a investigación por el FBI y la CIA. También se conoce que, paradojalmente, cuando Townley era un niño y vivía con sus padres en un condominio de Santiago (cercano a la calle O´Brien), eran vecinos con la familia Letelier y que este en las tardes se reunía con amigos para entretenerse tocando guitarra.

Con mi aceptación del cargo de director de la Central Nacional de Informaciones no solo se extinguió el Plan Cóndor. También se acabaron, inmediatamente, los excesos de esa institución y la Colonia Dignidad dejó de ser una empresa subsidiaria de los servicios de seguridad. La sola desactivación de estas dos poderosas entidades vinculadas a sórdidas operaciones antisubversivas representaron un cambio radical en el empleo de los mal llamados organismos de inteligencia.

Innecesario es recordar que por entonces las relaciones con Argentina estaban tensionadas al extremo de encon-

trarnos en la antesala del estado de guerra externa y no cabía, por consiguiente, un entendimiento internacional en materia de inteligencia. Esta grave situación fue, además, otra de las razones que el general Pinochet tuvo para solicitarme que asumiera la dirección de la CNI.

Tan pronto me recibí de la CNI, hice una completa apreciación sobre el organismo entregado a mi responsabilidad, las instrucciones que legalmente le correspondían, su forma de ejecución y los múltiples excesos en que, a todas luces, había incurrido. Por no corresponderme, y por falta de tiempo, era imposible que me dedicara a investigar cada uno de ellos y las responsabilidades inherentes. Además, me informé de las interrelaciones con los otros servicios con responsabilidad en el control del orden público y de las superposiciones y rivalidades existentes. La DINA había absorbido, por disposiciones legales –y otras autootorgadas–, la mayor parte de ellas, con el apoyo implícito del presidente de la República y de las autoridades de su área de trabajo. Las acciones eran encubiertas, de modo que la mayor parte de las veces solo había presunciones de participación. Para contrarrestar la especie de hegemonía del accionar de la DINA, la FACh constituyó "otro organismo afín", el Comando Conjunto –que fue tanto o más eficaz que su oponente–, pero que por razones que no alcanzo a comprender, son los organismos tripulados esencialmente por el Ejército los que acaparan siempre los titulares en estas materias, ya que entiendo no hay condenados con penas aflictivas por parte de ellos.

En otro orden de cosas, Sergio Fernández, por entonces ministro del Interior, como ya lo he señalado, puso en marcha lo que actualmente se conoce como Comité Político de Ministros, que él denominó Asesoría al Presidente de la República (ASEP). Nos reuníamos diariamente a las 8:30 horas y en él participaban los ministros del Interior, de Relaciones Exteriores y de Hacienda, más el subsecretario del Interior y el director de Inteligencia Nacional. A menudo se pedía la con-

currencia de otros ministros. Por disposición de Fernández, como era natural, yo hacía una síntesis inicial de la situación interna y externa del país. Luego los demás intervenían por turno y Sergio era el encargado de exponer al presidente las conclusiones a que arribáramos. Creo que el rol que desempeñó este pequeño grupo contribuyó en forma muy importante a la coordinación de las actividades del Gobierno.

Nuestras relaciones interpersonales fueron siempre muy amistosas, francas, y constructivas. Dado el ambiente relajado, tranquilo, pese a la seriedad, tensiones y complejidades de los temas que tratábamos, llegamos a conformar un equipo sólido, coordinado, complementario, de profundo conocimiento interdisciplinario y eficaz, donde jamás hubo discrepancias o personalismos.

Reconozco que quizás alguna vez cruzó por mi mente la ingenua esperanza de que estas relaciones perdurarían en el tiempo, porque fueron tres años de duro bregar, diariamente, durante largas horas. En ellas desnudábamos nuestros más íntimos pensamientos, opiniones, dudas que pudieran ir en servicio de la causa que nos convocaba: nuestro país. Pero estas relaciones terminaron abruptamente el mismo día en que abandoné mi cargo. Tan pronto hice entrega de él, nunca más hubo contacto alguno con mis apreciados colegas. En lo personal, hago una clara distinción de Hernán Cubillos, con quien seguí en contacto periódico, aunque fuera telefónicamente, hasta su lamentable muerte prematura.

Por la característica de mi trabajo, mis contactos permanentes, más allá de estas reuniones diarias, obligatorias, eran naturalmente con el ministro del Interior y el subsecretario de la cartera, puesto que las funciones eran totalmente interdependientes. Permanentemente intercambiábamos informaciones de trabajo y nada de lo que yo hacía les era desconocido. Del mismo modo, yo también conocía lo que ellos hacían en lo que me era pertinente. Agradezco a Sergio Fernández haberme citado en su libro.

Aquí en el penal me he informado que quienes ocuparon ese puesto posteriormente tuvieron experiencias similares. Todos sus enlaces civiles del gobierno interior conocieron todo lo que ocurría, cualquiera fuera su gravedad, y cultivaron con ellos una gran amistad. Todo eso terminó bruscamente también al momento de dejar sus cargos. Ya no eran útiles y sus proximidades podían complicarlos. Todos ellos sufrieron a una suerte de amnesia colectiva.

Al finalizar el Gobierno Militar, muy diferentes fueron los destinos de civiles de los distintos gabinetes comparados con los de los militares: los civiles, con quienes compartimos durante años en esas delicadas funciones, por su excelencia profesional, encontraron pronto cabida en el Parlamento o en empresas privadas, muchas de las cuales ellos mismos formaron gracias a sus enormes capacidades y, de alguna forma, al conocimiento que habían obtenido en sus importantes áreas de trabajo, actividades que les han permitido seguir reencauzando muy exitosamente sus vidas. Esta visión de futuro a muy largo plazo, quizás, ha sido uno de los factores claves que han llevado a nuestro país a la cumbre, acercándonos al mundo desarrollado.

Nuestro destino fue diferente. Los uniformados, inmediatamente, empezamos a ser juzgados al bulto, con o sin razones, como una forma de execrar a todo el Gobierno Militar, con normas que no se compadecen con el estado de derecho que presuntamente existe en el país. Somos perseguidos con constante hostigamiento y descalificaciones denigrantes por la prensa. Pero desde estos olvidados rincones donde nos arrojó el destino, vemos con orgullo que también contribuimos a este notable milagro de crear, con ellos, un nuevo país, en el que sobresalen muchas personas con que compartimos afanes. Se lo merecen, sus capacidades ayudaron a hacerlo grande.

Quizás en su grandeza algunos de ellos pudieran todavía ayudar a hacer conocer el contexto real en que cumplimos

nuestros afanes; no hacerlo es permitir que impunemente la izquierda ideologizada siga pervirtiendo la historia y que se arrope, como si le perteneciera, con la bandera de los derechos humanos, la misma que humillan cuando son gobierno; no hacerlo es permitir que se atropelle el derecho y se nos acomode el "lecho de Procusto" arbitrariamente, empleando ficciones jurídicas que no resisten análisis, como es considerar vivos a todos los detenidos-desaparecidos para no aplicar la amnistía, pero que sí se respetó liberando a más de 1.200 terroristas. No hacerlo es proceder como muchos exsubversivos –especialmente del MAPU–, que han escalado posiciones políticas, sociales, económicas, de poder, en el país y en el extranjero por sus esclarecidos dones personales, sin haberse arrepentido jamás –ni haber reparado el mal causado–, pudiendo llamar desde sus muy señeras posiciones a la verdadera unidad y cohesión nacional y, principalmente, a descalificar la violencia callejera insensata que excita aspiraciones imposibles de satisfacer sin afectar al desarrollo armónico del país, violencia que ellos mismos inspiraron y enseñaron con sus escritos subversivos. No hacerlo también es dar las condiciones para el regreso de la expresidenta Bachelet –como ya ocurrió– y que se sigan repitiendo ciclos históricos que han marcado tristemente a nuestro país. Finalmente, no hacerlo es no advertir a esas facciones que existen en casi todos los partidos que son delicuescentes a la acción de los marxistas y de esos parlamentarios de la UDI o RN, supuestamente de la centroderecha, como dicen llamarse, y que al mismo tiempo son impúdicos admiradores de Allende y que se ofrecen para liderar la campaña presidencial. ¿Qué diría Jaime Guzmán del posible futuro de su hijo predilecto? El otro representa una ambición desmedida, ya que antes de un mes de irse del Gobierno lo atacó en su lado más sensible.

Un ejemplo de la variada cantidad de materias que se discutía en el seno de la ASEP y de la importancia de ellas ocurrió cuando apareció la entrevista del diario italiano *Il Corrie-*

re Della Sera realizada al general Gustavo Leigh G. Su texto se estudió detenidamente y se elaboró el borrador de una carta firmada por todos los ministros, que fue la que en definitiva determinó su salida del Gobierno (19 de julio de 1978).

Paralelamente, a mí, como director de la CNI, me tocó determinar eventuales riesgos para la seguridad nacional que podían derivarse de este acto y de la extraña y masiva renuncia de distinguidos generales de la Fuerza Aérea, que se produjo en tan críticas circunstancias, y recibir además casi simultáneamente a la Alta Comisión de Naciones Unidas que investigaba presuntas violaciones a los derechos humanos en Chile.

Al no ser aceptado mi plan de transformar completamente a la organización a mi mando, por conveniencias políticas transitorias, tuve la sensación de haber fracasado en un emprendimiento justo, necesario, oportuno y diferente. Mi desilusión y sentimiento tuvo efectos similares a lo que había experimentado en septiembre de 1975, cuando renuncié al Ejército a raíz de la arbitraria resolución de hacer depender de la DINA a todos los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas y policiales. Perdía yo, también el país, sin falsa modestia. En aquella oportunidad, también los hechos posteriores ocurridos me dieron, lamentablemente, la razón. Fue así como, ya lo he dicho, al año siguiente, en septiembre de 1976, asesinaron en Washington al excanciller Letelier y después de 1980 hubo muchos muertos por ambos lados al recrudecer la lucha fratricida, producto del "Plan Retorno" y porque Contreras seguía manteniendo cuotas de poder y no se desarrollaron políticas efectivas de pacificación nacional. Por el contrario, los partidos políticos y hasta la Iglesia contribuyeron a enervar la situación, procurando adelantar, a como diera lugar, la transferencia del poder, que era lo único que les interesaba.

La comisión impulsada por la CNI, antes de disolverse ya había obtenido notables avances en su tarea de apaci-

guar los espíritus. Lamentablemente, muchos muertos y abusos han quedado en el camino, por no haber podido pasar la valla que pudo detenerlos a tiempo. ¿A quién habría que cargarlos? Forzosamente, vuelve a mi memoria el rol tan diferente desempeñado en Sudáfrica por el obispo Desmond Tutu, valiente defensor real de sus hermanos de raza sometidos a un régimen verdaderamente expoliador y arbitrario. Sin embargo, recurriendo a diversas estratagemas, hablando en todos los foros que lo escucharon pregonando la paz, la comprensión, la fraternidad y las virtudes cristianas, logró encumbrarse sobre montañas de prejuicios, leyes y reglamentos discriminatorios para alcanzar la paz social acorde con los altos objetivos de su ministerio. Su estatura moral, su comprensión sobre el rol superior que le correspondía como obispo; su modestia en no asegurarse para él un sitial histórico que lo exaltara en la solución de los grandes problemas de injusticia social que afectaban a su país, le merecieron la gratitud general de su nación y el justo reconocimiento del mundo entero.

Paradoja: aquí tuvimos en Allende a un presidente que reconocía no serlo de todos los chilenos y a un cardenal que nunca fue un cuidadoso pastor de todo su rebaño, justificándose en ser "la voz de los que no tienen voz", con lo que en mi opinión faltaba a la verdad. Porque sí la tenían y la expresaban constante y violentamente, como ha quedado demostrado en numerosas publicaciones de absoluto rigor histórico, pero de escasa difusión porque ha sido sistemáticamente aplastada por la poderosa maquinaria ideológica de la izquierda marxista. En su libro *Mi lucha por la democracia*, edición 1994, el ex ministro del Interior Sergio Fernández, ya mencionado, dice: "La propaganda de izquierda borró todo el recuerdo de la violencia anterior a 1973, así como la inserción de tales extralimitaciones en el marco de una guerra contra la subversión terrorista que todavía continuaba y amenaza recrudecer". Todo esto de más lo saben todos los políticos comprometidos con el Gobierno Militar, pero nadie recuerda y permiten que solo se nos ataque a nosotros.

Vale la pena recordar que ellos se expresaban a través de actos terroristas, internación constante de armas y elementos subversivos, secuestros, publicaciones autorizadas y clandestinas, actos de desobediencia civil, asaltos a bancos para financiar a sus múltiples organizaciones, instigaciones al boicot internacional y al aislamiento comercial y diplomático, permanente obstrucción política contra todos los actos de gobierno, marchas no autorizadas y *sittings* con los que desafiaban constantemente a las autoridades. Nunca dejó de emplearse ningún elemento de presión y, a pesar de eso, al país avanzó y consolidó las bases para cimentar su futuro.

Después de que entregué el cargo en 1980, ya lo dije, por la presión descrita anteriormente, potenciada por el Plan Retorno, nuevamente continuaron los excesos, justo lo que se había querido evitar. A sagradas instituciones, a altos dignatarios políticos de izquierda, a subversivos contumaces e inmorales que recorrían el mundo pidiendo dineros y armas habría que responsabilizar por este tardío e inútil recrudecimiento de la violencia.

Los excesos –de los organismos de seguridad– necesariamente creaban anticuerpos genéricos contra estos servicios, porque se les vio actuar, básicamente, como elementos represivos al margen de ley, violando a menudo los derechos humanos. Deliberadamente, los elementos subversivos aumentaban su presión, como invitándolos a reaccionar con mayor dureza en una especie de competencia fatal que retroalimentaba la confrontación social, por lo que a menudo estos utilizaban expedientes inaceptables e incluso carentes de toda lógica. Eran tiempos borrascosos en los que no se pedía ni daba cuartel, pero siempre iniciados y generados por provocadores de izquierda que presionaban sin descanso al Gobierno Militar, dentro del país y en el extranjero, obstaculizando concretar su obra en beneficio del país. Por citar solo algunos casos: En 1998 hubo cerca de diez casos de ataques con poderosos artefactos explosivos, contra bancos, buses con pasajeros, el edificio del diario *El Mercu-*

rio, el consulado norteamericano y la Caja de Empleados Públicos y otros. Estos hechos describen un crudo contexto de violencia que los magistrados jamás han querido reconocer, ni en los procesos a que han debido avocarse, ni siquiera en entrevistas de prensa que eventualmente conceden, donde el tema, solamente, es la brutalidad militar.

En 1969, su número aumentó considerablemente, diversificándose la variedad y gravedad de los delitos terroristas. Cabe destacar la violenta "toma" de un terreno en Puerto Montt –Pampa Irigoin–, dirigida por un diputado socialista, que dejó un saldo de 8 muertos y cuarenta y siete heridos, entre ellos más de veinte carabineros. Luciano Cruz, a la cabeza de numerosos extremistas del MIR, asaltó el National City Bank, el diario *La Patria* y la firma Wagner Stein de Concepción y posteriormente secuestraron y torturaron al director del diario *Las Noticias de la Tarde*, señor Hernán Osses Santa María. Ese mismo año personal de Investigaciones allanó una casa ubicada en El Nocedal, Cajón del Maipo, encontrándose en ella la primera escuela de guerrillas y un enorme arsenal terrorista. Seis meses más tarde se encontraron campamentos similares en Corral, Guayacán, Lampa, Casablanca, Molina, Loncoche y Valdivia, con nombres como Ho Chi Minh, Fidel, Lo Hermida, La Habana, Asalto al Cuartel Moncada y otros. Sería muy largo enumerar los actos terroristas realizados durante la Unidad Popular y ello escapa al interés de este trabajo, pero el país vivía en estado de completa anarquía auspiciada y estimulada por el propio Gobierno de Allende, quien, simultáneamente, hacía uso indiscriminado de decretos presidenciales para indultar a los secuaces de los numerosos movimientos subversivos que asolaban al país.

En parte fue, quizás sin querer, la propia autoridad la que dio margen a este estado de cosas al crear la DINA. Si su justificación hubiera sido no mezclar a las FF. AA. en actividades de carácter fundamentalmente policiales, ello se contradecía por el hecho de que la casi totalidad de sus

puestos estaban cubiertos por oficiales que las integraban. Luego, porque en la propia creación de la DINA se mezclaron, indebidamente, aspectos totalmente disímiles, como facultades de detención por simple sospecha y, a la vez, facultades para desarrollar inteligencia. Todo junto, solo que la última tuvo un desarrollo embrionario, si lo hubo. Y para aumentar este error, su inspirador carecía de toda competencia para el cargo, lo que lo llevaba a menospreciar el trabajo de una asesoría especializada, como pudo ser su Estado Mayor, y no basarse directamente en sus propios agentes o informantes, que le entregaban, como es natural, información parcial, no procesada, la que hacía llegar directamente a Pinochet en sus encuentros matinales, al ir a buscarlo diariamente a su casa para acompañarlo a la oficina, y que mezclaba antojadiza y perversamente con invenciones que él discurría para mantenerlo, tanto a él como al país, en un estado de permanente recelo y desconfianza.

Solo a partir de cierto tiempo empezó a realizarse algún trabajo de inteligencia, a menudo incompleto por las exigencias que él imponía de apremio, al extremo de que tardíamente se estructuró una orgánica reglamentada y jamás se asignaron responsabilidades y controles. No podía hacerlo, porque algunas brigadas, equipos, agentes o informante secretos dependían personalmente de él, que asignaba misiones y proveía los fondos de operaciones –que administraba personalmente; por supuesto, sin ningún control–. Él no dirigió una institución sino un feudo, no siendo caballero ni señor.

Los tiempos obviamente han cambiado; llegó el momento de pagar cuentas. La paridad parlamentaria actual obliga a buscar concesiones, que tienen un costo y que naturalmente se carga a la cuenta de quienes tienen menos influencias. De paso, se debilitan sus instituciones fundamentales, ya que se introducen subordinaciones y se adoptan métodos profesionales que llevan a dudar de futuras eficiencias. Así, se dio la increíble paradoja de que se movilizó más rápidamente a un equipo para una misión extraterritorial en Haití que para

concurrir en apoyo de connacionales ubicados a pocas cuadras de distancia de los cuarteles, por falta de decisión de la presidenta Bachelet. Las imágenes de desconcierto, abulia e incompetencia del Gobierno no se borran con reclamos de evitar comparaciones porque las catástrofes han sido diferentes (basta recordar la prontitud y firmeza como se reaccionó con los mineros). El Gobierno, en aquel momento, no estuvo a la altura de las circunstancias y no pudo con las responsabilidades que debió asumir. El costo de esta experiencia fue demasiado alto y debiera ser atribuido duramente a las autoridades de entonces, cosa que no ha ocurrido hasta hoy.

En los procesos de derechos humanos ha quedado flotando en el aire si ha habido una correcta aplicación de la justicia en todos los casos. Si ha habido estrictamente "debido proceso" o si los "procesos han sido los debidos", como lo han señalado con mucha erudición el señor Schweitzer, la señora Raquel Camposano, la señora Szczaranski y la *Carta a los Soldados del 73* del Centro de Generales en Retiro, entre otros, con fundamentos jurídicos que parecen inobjetables.

Queridos nietos: Gracias a la visión pionera del Gobierno Militar, afortunadamente continuada por los gobiernos que siguieron, como resultado del plebiscito convocado por él, y que entregó constitucionalmente el poder, el país ha tomado ahora por fin un camino algo más alejado de consignas ideológicas y va en pos de un progreso sostenido que es necesario mantener a toda costa; para conseguirlo, es necesario evitar que los aventureros accedan a posiciones rectoras del quehacer nacional en cargos de representación pública. Para ello, hay una sola receta: VOTAR en todas las elecciones por los candidatos que mejor los interpreten, que ostenten los mismos valores de ustedes; pero ¡cuidado!, se ven nubes negras en el horizonte. Hay que evitar consensos, como se proclama por ahí; es decir, hay que conseguir todo lo que se exige. "Ni un paso atrás", se dijo antes.

Como la acción de las autoridades, en general, y de los políticos, específicamente, cada vez es más transparentada

por la acción de los medios, puesto que ya no es posible la censura o el ocultamiento, porque debe primar la transparencia, cabe orientarse permanentemente mediante una frecuente lectura de los diarios y observar con atención a aquellos que yerran en forma reiterada, como un senador y efímero autocandidato a la presidencia de la República que propuso salida al mar a Bolivia, con proyectos inauditos que hasta el señor Choquehuanca se encarga de rechazar, aún nonatos, recurriendo a La Haya. O bien de aquellos que han estado veinte años representando una zona en permanente conflicto étnico, avalando múltiples proyectos de distintos gobiernos concertacionistas, que han empeorado, progresivamente, todas la soluciones viables, llegando al extremo de "degradar físicamente grandes extensiones de tierra de lo que alguna vez fue el granero de Chile", sin que ellos se percataran siquiera.

Las "semanas distritales" no deberían ser solamente para captar o mantener adherentes (y ahora son bien remuneradas), sino servir para determinar necesidades de las zonas representadas, favoreciéndolas en su desarrollo, de tal forma que vayan a la par con el resto del país. Pinochet también pensó en eso y hubo un "Plan de Fronteras Interiores" que está en alguna parte olvidado.

▾ Las dificultades internas y externas del régimen motivaron la disminución de la presencia de los militares en el Gobierno. En la foto, Pinochet preside un Consejo de Gabinete.
Documentación El Mercurio



Presidente Pinochet en Consejo de Gabinete.

¿GUERRA CON ARGENTINA?

Una mañana de agosto de 1978 recibí en mi casa un llamado desde Buenos Aires. Se trataba, nada menos, que del aguerrido general Carlos Guillermo Suárez Mason, con quien mantenía una cordial relación profesional. Él mandaba el III Cuerpo, la unidad más poderosa del Ejército argentino. Me solicitó reunirse conmigo al día siguiente, en Santiago, y de ser posible, que también asistieran los ministros de Relaciones Exteriores y de Defensa Nacional, el vicecomandante en jefe del Ejército y el jefe de Estado Mayor del Ejército. Quedé de contestarle en el curso de la tarde.

Al participarles tan insólita cuestión, tanto Hernán Cubillos como los generales Raúl Benavides, Carlos Forestier y Washington Carrasco compartieron mi sorpresa, pero se manifestaron dispuestos a saltarse el protocolo y reunirse con quien fuera a fin de preservar la paz con los vecinos. El jefe del Estado se manifestó en el mismo sentido y el general Forestier incluso ofreció su casa para recibirlo en una comida.

Le informé entonces a Suárez Mason que todo estaba resuelto. Me agradeció y quedamos en que él llegaría a las 21 horas en un automóvil de su embajada. Un compromiso me impidió recogerlo en el aeropuerto, como habría sido mi deseo, pero lo mandé a buscar y quedó instalado en el Sheraton. A la hora convenida, no apareció. Media hora después comencé a llamarlo al hotel, pero resultó inubicable. A las 22.00 lo llamé a la embajada y tampoco lo encontré. En la espera, el ambiente se descompuso un poco y durante dos corridas de aperitivos concentré sobre mí las insistentes pero amables preguntas de incertidumbre de los asistentes. Pasaban las 22:30 horas cuando sonó el timbre e hizo su esperada entrada quien había provocado esa reunión. Me adelanté a recibirlo y lo presenté, siendo saludado con ostensible frialdad. Sin más, pasamos a la mesa.

Suárez no dio ninguna explicación por su retraso y sacando una hoja de libreta, seguramente borroneada duran-

te el vuelo, nos dijo que venía autorizado por el general Jorge Rafael Videla y los otros comandantes en jefe para comunicarnos –así de enfático– lo siguiente:

• La guerra entre nuestros países, a esta altura de los acontecimientos, ya es un hecho inevitable.

• Queremos que ella no implique la destrucción total de nuestras ciudades, centros económicos, medios de comunicación, transporte, etc.

• En consecuencia, los hechos de armas deben limitarse solo al extremo austral. Digamos, al sur de Puerto Montt...

Escuchamos en silencio de plomo, dado que por una información "A-1" –quiere decir que tanto la "fuente" como el contenido de la "información" son absolutamente confiables–, todos sabíamos que eso era falso: Argentina había planificado bombardear blancos incluso en nuestra capital y marcaba un claro centro de gravedad en su maniobra ofensiva por el paso Puyehue, ahora Samoré.

En ese momento de tan singular conversación, Hernán Cubillos levantó la mano y dijo:

–Debemos entender, general, que usted nos está declarando la guerra y, además, indicándonos cómo debemos hacerla. ¡Esto es inaudito!

Suárez Mason replicó más o menos:

–La verdad, ministro, es que yo vengo a hablar básicamente con Odlanier, porque él es mi amigo y está muy próximo al general Pinochet –otra equivocación de sus servicios de inteligencia– y he querido que ustedes estén presentes como testigos, dada la gravedad de estas materias.

–Mira, Carlos Guillermo (siempre le gustó que le mencionaran los dos nombres) –le dije–, en comparación con las personas aquí presentes, yo no tengo ninguna representación. Ellas son autoridades de Gobierno y tú les estás faltando el respeto si pretendes que nos acompañen como

observadores mudos. Se alzaron varias manos y se escucharon varias voces a la vez. Yo aproveché que estaba al lado del invitado y le dije: debo ausentarme un minuto, me requieren con urgencia en el teléfono; préstame tu memorando para no perderme ningún tema. Sin más, lo tomé y salí del comedor. En alguna parte de mi archivo tengo copia de ese papelito histórico, el que en los hechos, a pesar de su presentación, ciertamente curiosa, constituye una verdadera Declaración de Guerra.

Al regresar a mi puesto me di cuenta de que, como era de esperar, el ambiente estaba bastante espeso. Escuché que alguien decía:

–Si ustedes nos quieren invadir, aténganse después a las consecuencias, vamos a ver una repetición de la Guerra de los Cien Años. Nosotros la aguantaremos y ustedes… Nos vamos a ir con todo, ustedes no nos van a imponer la forma de hacer la guerra".

Nos levantamos en un ominoso silencio y, por supuesto, no hubo bajativos. Los apretones de manos fueron corteses, pero tensos. Yo lo acompañé hasta la puerta y le ofrecí que fuéramos a mi casa a tomar un bajativo, pero se disculpó y no aceptó. Añadiré que con la trifulca verbal, él no me pidió el original del memorando de marras… ¡y a mí se me olvidó devolvérselo!

En reunión de la ASEP hice un análisis pormenorizado de este insólito episodio en nuestras delicadas relaciones con Argentina. Posteriormente, en reunión de la Junta de Gobierno, Pinochet me ordenó que comentara este tema.

El último capítulo de nuestra relación la vivimos varios años más tarde, cuando me fue a visitar, sin aviso previo, a la capital de Paraguay. Apareció durante una recepción que yo ofrecía al ministro de Relaciones Exteriores y al Cuerpo Diplomático. Lo conduje al escritorio y ahí hablamos sobre las Malvinas y otros temas igualmente interesantes.

Más adelante regresaremos para ver la segunda parte de esta "novela por entrega", donde se confirma la decisión argentina de atacar a Chile en 1978, lo que me hizo ser doblemente testigo en muy distintos escenarios, pero con el mismo "en ese entonces poderoso" personaje trasandino. De la obsesión bélica de nuestros hermanos de allende –al parecer, tengo una fijación psicológica con esta palabra– los Andes. Curiosamente, ella implica un concepto de separación, un más allá de… Y además también, en ambos casos, hubo un trasfondo de amenaza. Afortunadamente ya venimos de vuelta. Por ahora… nadie puede asegurar hasta cuándo.

PINOCHET

¡Pinochet! Nuestra historia contemporánea está marcada a fuego por este sonoro apellido. Si la figura de Arturo Alessandri Palma, con sus luces y sombras, encarnó a la república durante la primera mitad del siglo XX, la de Augusto Pinochet Ugarte hizo lo propio, en forma más potente, durante la segunda. Hoy, frente al costado sur de La Moneda, la estatua del padre de la Constitución de 1925 luce en solitario; no me extrañaría que mis nietos vieran alzarse, acompañándole, la del padre de la Constitución de 1980. En ese momento, habiendo superado los efectos del envenenamiento por odio a la vena que nos intoxicó durante la Guerra Fría, los chilenos se habrán reconciliado con su propia historia[9].

Sobre el sitio que le corresponderá al general Pinochet en la historia, nadie puede decirlo. Siempre es imprudente oficiar de vidente... sobre todo cuando se trata del futuro, acotaría un chusco. Sin embargo, me aventuraré a decir que el tamaño de su pedestal estará en directa proporción con su contribución al rasgo más notable de la evolución cívica nacional, a saber: la estabilidad democrática de su órgano político. La estabilidad de la institucionalidad chilena, de la que tan orgullosos estamos, ha sido excepcional no solo en el entorno latinoamericano, sino respecto a la mayoría de las naciones europeas. En esa línea, tanto Alessandri como Pinochet marcan el término de unas épocas decadentes, tensadas al máximo por el desbordamiento de las expectativas insatisfechas de la masa ciudadana, mientras el estrato dirigente se solazaba en experimentos ideológicos bastante ajenos a las necesidades reales del país y su gente. Esto es tan

9 El punto no es menor, y lo enunció con precisión Ralph Daharendorf, quien fuera rector del St. Anthony´s College de Oxford: "Es necesario que determinados vínculos estén presentes en los Estados Nacionales. Y han de ser mejores cuanto menos artificiosos y exagerados sean. Y lo serán en países que, al menos respecto a su propia historia, se sientan en paz con su conciencia.". La cuestión esencial es, pues: ¿Estamos los chilenos en paz con nuestra conciencia? Ralf Dahrendorf, "El futuro del Estado Nacional", en Leviatán N° 61, Madrid, 1995, pp. 27-37. La cita en p. 34.

cierto que, demostrando olfato y sentido de la propaganda, la consigna destinada a restar méritos a Pinochet frente a la historia fue y sigue siendo ¡Pinochet nos divide! Repetida incansablemente por sus enemigos, y coreada inconscientemente por los tontos útiles de siempre, el estribillo alcanzó consistencia y se convirtió en un lugar común. Pero es falso.

En efecto, consideradas las cosas *sine ira et studio*, resulta evidente que la división de los chilenos ocurrió *antes* de la intervención militar de 1973. El 11 de septiembre fue la respuesta del brazo armado de la nación ante un orden de cosas inaceptables para la abrumadora mayoría de la población, a saber: estar divididos al punto de ser inminente la guerra civil. De hecho, y contrariando al ¡Pinochet nos divide!, si por entonces alguien permaneció fiel a la autoridad constituida más allá de lo razonable fue, precisamente, el estamento militar. Entendámonos: el paro nacional de octubre de 1972 dejó *knockout* a la revolución marxista con empanadas y vino tinto… hallables solo en el mercado negro a esas alturas del proceso. En adelante, esta se sostuvo únicamente porque fue apuntalada por las Fuerzas Armadas y de Orden, las que a petición del presidente Allende ingresaron al Gobierno, abandonando así su tradicional rol de prescindencia política –base en que se asienta la estabilidad de cualquier régimen democrático–.

Tampoco hay que olvidar, en este orden de consideraciones, que el general Pinochet no era un aparecido, ni mucho menos, en 1973. Fue Allende quien lo designó comandante en jefe del Ejército el 23 de agosto de ese año, por expresa recomendación de su antecesor, el general Carlos Prats, y en atención, justamente, a su probado apoliticismo[10]. Pero desde ese momento y hasta el wagneriano final, "todos sabíamos que era un asunto táctico ganar tiempo, organizar, armar y coordinar las formaciones militares de los partidos

10 En el sentido de ajeno a la política de partidos, se entiende. En realidad, un general de las Fuerzas Armadas no puede ser químicamente apolítico; no tiene derecho a serlo. Las responsabilidades que recaen sobre su rango militar son tan importantes que no puede serle indiferente el destino de la patria que sirve.

que componían la Unidad Popular y su gobierno. Era una carrera contra el tiempo"[11]. Dicho en otras palabras, la empresa política cuyo rostro público era Allende –cosa distinta es quién la comandaba realmente– se fue a pique cuando los uniformados le quitaron su apoyo. Siendo esta la realidad, ¿se puede seguir sosteniendo seriamente que fue Pinochet quien dividió a los chilenos?

La verdad desnuda, insisto, es que a lo largo de la llamada década revolucionaria (1964-1973), todas las fuerzas políticas empujaron alegremente el carro hacia el despeñadero. Todos querían la revolución[12]. Todos, menos los militares. Nosotros veíamos con preocupación cómo el país se iba anarquizando a pasos agigantados por la obra demoledora del Gobierno de la UP y nuestras propias instituciones se iban descomponiendo irremediablemente por el veneno ideológico que se les estaba inoculando desde las propias esferas del Gobierno y que ciertos parlamentarios públicamente se jactaban de infiltrarlas con la aquiescencia del general Prats y de otros pocos generales ubicados en puestos claves. Así fue como se produjeron hechos casi incomprensibles y dolorosos, como el "Tacnazo" el 21 de octubre de 1969 y el "Tanquetazo" el 29 de junio de 1973.

Como suele ocurrir cuando la demagogia abre las puertas a un proceso de descomposición moral que, de no mediar amenaza con arrastrar a la nación hacia esa trágica ordalía que es la guerra civil, o desnuda las vergüenzas de un orden político fracasado, no queda más que *aplicar el cauterio*, según la pintoresca expresión del mayor Carlos Ibáñez en 1924. Así las cosas, guste o no –porque esto es algo extremadamente serio, no una cuestión de gustos–, tiene razón Toynbee cuando afirma que, en la historia de la humanidad, "el presunto salvador de una sociedad que se desinte-

11 Régis Debray a *Le Nouvel Observateur*, tras visitar al presidente Allende en agosto de 1973. Citado en: Robert Moss, *El experimento marxista chileno*, Editora Gabriela Mistral, Santiago, 1974, p. 18.

12 Es el título de un libro sobre la década revolucionaria escrito por Arturo Fontaine Aldunate,

gra es, necesariamente, un redentor armado de espada (...) que solo se empuña con la esperanza de poder usarla para fines tan excelentes que eventualmente no tenga para qué emplearse más"[13].

Veamos otra cosa. ¿Hay alguien que todavía sostenga de buena fe que el caos imperante a mediados de 1973 se podía haber solucionado de otro modo? Recuerdo un seminario realizado en el aula magna de la Escuela Militar el año 2004, donde en presencia de la familiares de los detenidos-desaparecidos el senador socialista Ricardo Núñez tuvo la hombría de afirmar que la intervención militar había sido un hecho inevitable. Insistir en que aún había espacio para un diálogo fructífero entre socialistas y democristianos, como lo intentó el cardenal Raúl Silva, suena ridículo después de conocer el testimonio de Régis Debray. Y qué decir de la postrera maniobra de la muñeca de Allende: convocar a un plebiscito. La idea se la expuso a Carlos Prats, ya en retiro, mientras almorzaban en la casa presidencial de Tomás Moro, unos días antes del pronunciamiento. Prats quedó atónito al oírlo y no se pudo contener:

–Presidente –le dijo–, usted está nadando en un mar de ilusiones.[14]

Queriendo a mi Patria como la quiero, y conociendo a sus hombres de armas como los conozco, no abrigo dudas sobre la legitimidad del Pronunciamiento Militar, como no las tengo sobre la ninguna ambición política de sus gestores y conductores. Los *Soldados del 73* cumplimos con nuestro deber y algunos estamos pagando las consecuencias, es decir, el efecto de la venganza de los vencidos de entonces. Y los oficiales generales que ese día tuvieron el coraje moral de encabezar a sus instituciones en un momento tan crucial, por ese solo hecho, ya tienen ganado un lugar señero en la historia de Chile.

13 Arnold J. Toynbee, *Guerra y civilización*, Emecé, Buenos Aires, 1959, pp. 172-175.

14 Carlos Prats González, *Memorias*, Pehuén

Me parece escuchar las irritadas protestas que esta verdad del tamaño del Kremlin provoca en quienes desearían ver la figura del general Augusto Pinochet en el basurero de la historia... Pero, ¿no son acaso los mismos cuya conducta, por acción u omisión, hizo inevitable el 11? ¡Vaya coincidencia!

Una pregunta que con variantes me han hecho varias veces puede formularse así: ¿Por qué triunfó el general Pinochet donde tantos fracasaron? Lo que yo he comprobado es que basta que se inicie en alguna parte del mundo un proceso de descomposición similar al que conocimos durante la década revolucionaria para que, espontáneamente, alguien clame por la aparición milagrosa de una persona de su talla. Diríase que su apellido aglutina las cualidades substantivas propias de un estadista y de un soldado. ¿Cuáles son ellas? La respuesta no es difícil para quienes tuvimos la suerte de ser formados por las reflexiones de André Gavet en *El arte de mandar*. Mandar es gobernar, nos dice, y los primeros elementos morales del jefe son inteligencia, carácter y, sobre todo, abnegación. En su contexto original, y por referirse a las condiciones exigidas esencialmente a un comandante militar para la conducción de personas que están obligadas a prestar obediencia, pareciera que hay una distorsión, una exageración injustificable al extenderlo a otras áreas, ya sea de gobierno o simplemente a sectores civiles, y se recurre de inmediato a la descalificación, señalando con tono patético que tal o cual entidad *no es un regimiento*. Esta expresión, de uso frecuente en círculos parlamentarios –y no es precisamente un sitio que congregue a quienes saben de regimientos– es donde se usa con sentido más peyorativo esta muletilla.

Pues bien, el general Pinochet que yo conocí poseía en alto grado aquellas cualidades. Durante mi desempeño en los diferentes cargos que serví, me pareció que escuchaba mucho y atentamente, escudriñando con atención las distintas alternativas que se presentaban para resolver cualquier problema y al final de su proceso de reflexión personal resolvía con claridad y sencillez, muy apegado al

sentido común. Esta manera de enfrentar y resolver le permitió conducir su Gobierno con el virtuosismo del maestro de una orquesta bien afinada. Sabía mandar, para decirlo en breve, y esa fue su contribución al proceso de toma de decisiones que constituyen el sustrato de los logros en su gestión de gobierno. Base, a la vez, del grado de desarrollo alcanzado por el país en las últimas décadas. Cuando pienso en cómo estaba el país del que se hizo cargo en 1973 y lo que ese mismo país era en 1990, cuando entregó las insignias del mando a su sucesor...

La obra maciza de Pinochet, a pesar de toda la carga de descrédito que se ha volcado en su contra por el desafortunado manejo de los derechos humanos, se ha prolongado en el tiempo, con el sello indiscutible de su capacidad creadora. Él no redactó el articulado de la Constitución que nos rige, pero fue su obra -aunque Lagos haya pretendido hacerla suya-. Él no hizo la Carretera Austral, pero la discurrió, la decidió, la ordenó y la inspeccionó en repetidas oportunidades. Él decidió trascendentes cambios en aspectos previsionales; él abrió mercados y a Chile a la libre competencia; él pasó por arriba de viejas y anquilosadas concepciones cepalianas; él evitó dos guerras vecinales y potenció a sus Fuerzas Armadas; él confió en la capacidad de cada chilena y chileno para labrarse sus propios destinos; él amplió el restringido campo de seis universidades sumidas en la anarquía; él se hizo cargo en serio, por primera vez, del tema más grave, en mi opinión, a saber: la superación de la extrema pobreza, es decir, sacar del barro a los cientos de miles de compatriotas abandonados a su suerte por el sistema económico-social que se desintegró en 1973.

Al contemplar no hace mucho una panorámica del histórico edificio de la Universidad de Chile, convertido en basurero, exhibiendo en su frontis la egregia figura de Andrés Bello "encapuchado", y al ver a las autoridades rectoras encabezando marchas cuyos propósitos finales no se inscriben en el plano educacional, me parecía que nuevamente se tira-

ría por la borda el sacrificio de varias generaciones. Afortunadamente, el Ejecutivo y algunos parlamentarios pusieron vallas para seguir canalizando el proceso y ahora es posible que, a pesar de los comunistas, que no quieren negociar y alcanzar consensos –lo que es la negación de la democracia, y por tanto, un procedimiento completamente ajeno al *centralismo democrático* o "ley del gallinero" que ellos practican–, es posible, repito, que la educación en el país alcance el nivel que la juventud de nuestro país se merece.

No obstante pertenecer a la misma arma, Infantería, conocí a Pinochet ya tarde en la carrera militar. Él era comandante en jefe de la VI División de Ejército, en Iquique, y yo coronel en la Dirección de Inteligencia del Estado Mayor General del Ejército. Nunca antes lo había visto. De hecho, nos encontramos casualmente en el ascensor del Estado Mayor y fui presentado por el general Ramón Valdés, jefe del Estado Mayor General, a quien acompañaba. Subíamos los tres y en ese momento, a propósito de una observación maliciosa que se le había enviado sobre el acuartelamiento del Regimiento Tacna, el "Tacnazo", me formuló una dura observación que yo encontré indebida y que afectaba mi dignidad personal. De ahí me fui directamente a mi oficina y presenté un reclamo escrito en su contra por considerarme insultado. Mi jefe, el general Kurt von Hagen Schleiden, con el objeto de solucionar el incordio, me llevó a hablar con ambos generales. Expuse mis razones, Pinochet borró de su libreta las anotaciones que había hecho y "fumamos la pipa de la paz", si cabe, con un apretón de manos. Ese fortuito y áspero comienzo de nuestras relaciones marcó el rumbo que ellas habrían de tomar en el transcurso del tiempo, enmarcadas siempre, estrictamente, en las formalidades propias de nuestra estructura militar.

Conmigo su actitud fue siempre así, directa, sin circunloquios. Pero no estoy tan seguro si nuestras lealtades eran recíprocamente equivalentes. Sé que Contreras hizo cuanto pudo para desacreditarme. En alguna ocasión llegó a de-

cir que yo tenía tratos con la DC; en otra inventó que el MIR había elaborado un plan para sustituir una solera por una bomba que estallaría al paso de Pinochet, y le dijo a un amigo suyo, el ministro secretario general de la Presidencia, general Sinclair, que "Mena por ningún motivo debía saberlo, porque ¡yo era informante del MIR!". En más de alguna oportunidad le representé a Pinochet, directamente y con bastante acritud, su desconfianza lo que me producía molestia y desencanto.

Salvo excepciones, las personas que conformaban su círculo áulico mostraron a menudo ser ambiciosas, trepadoras y oportunistas; lo alejaban del contacto directo con los gobernados enmascarándole situaciones controversiales que él debía conocer. Particularmente notorio fue el caso de algunos intendentes que acarreaban participantes -inflando las concentraciones-, lo que le daba una imagen falsa de popularidad. Conocedor de estos engaños frecuentes, de aduladores profesionales, yo se los advertía, pero generalmente optaba por darles crédito a ellos y después ya era tarde para rectificar errores y porfiadamente volvía a escuchar cantos de sirena llevado por su optimista personalidad. Este autoengaño quedó palmariamente demostrado en el Plebiscito de 1988.

Sin embargo, conmigo tuvo demostraciones contradictorias de respeto en lo netamente profesional. Por ejemplo, durante mi mando del Regimiento "Rancagua", pude entenderme directamente con las más altas peruanas sin cortapisas y como gobernador departamental me autorizó lo mismo con las autoridades superiores del Estado, como por ejemplo con el general Óscar Bonilla, ministro del Interior, en materias de orden interior para los nombramientos de alcalde y jefes administrativos; con otros ministros de Estado, con el presidente de la CORFO y con distintas entidades para el mejor cumplimiento de mis obligaciones, envío de maquinaria pesadas y otros. Incluso, más significativo aún, en el aspecto netamente militar fui autorizado para entenderme, en algunos casos, directamente con el jefe del

Estado Mayor General del Ejército, sin seguir el conducto regular del comandante en jefe de la División, lo que fue muy excepcional y, para mí, extremadamente importante porque aceleraba comunicaciones que me eran imprescindibles. En todo caso, yo informaba a mi superior inmediato, el general Forestier, y nunca tuve con él fricciones; por el contrario, siempre acogió de buen grado las iniciativas que fui desarrollando en el transcurso del tiempo, contando siempre con su tácito apoyo.

Tanto fue así, que con Forestier, con el transcurso de los años, construimos una sincera amistad. Él me distinguía haciéndome partícipe privilegiado, junto con el general Raúl Contreras, su compañero de curso y mi gran amigo, de sus numerosas cuitas, derivadas tanto de los procesos que le afectaban, reactivados al comenzar la primera década del año 2000, como también por abruptas e incomprensibles declaraciones públicas institucionales, cuya génesis y desarrollo, para su desazón, conoció en detalle y con vergüenza, conturbando además, gravemente, la tranquilidad de su espíritu, ya afectado profundamente por la dolorosa enfermedad que lo llevó a la muerte y que afrontó con singular valentía y estoicismo.

Sin embargo, la actitud de Pinochet –de él hablábamos– hacia mí fue oscilante; por ejemplo, cuando me recibí de la Dirección de Inteligencia del Ejército, puse como condición *sine qua non* no tener ninguna relación con Contreras. Pese a haberla aceptado tanto el jefe del Estado Mayor General del Ejército, general Gustavo Álvarez Águila (como Pinochet), este nunca dejó de fastidiarme, lo que era tema permanente en mis conversaciones con el general Álvarez, que no quiso intervenir jamás con suficiente energía para ponerle término a esta desagradable situación profesional. Privadamente, él lo llamaba "Mamo" o Manuelito, ambos eran del arma de Ingenieros y deben haberse conocido antes. Solo siete meses después de haberme recibido del cargo, y de haber ascendido al grado de general, sorpresivamente Pinochet

ordenó dictar una disposición que, en la práctica, me subordinaba a la DINA, lo que me llevó a decidir abandonar mi puesto inmediatamente, no volviendo más a mi oficina, y renunciar a mi carrera, pese a que me ofrecieron retirar el documento que oficializaba esta monstruosidad.

He resuelto transcribir parte de este extenso documento porque él da una idea de las tensiones y molestias impropias que debí soportar en función de lo que estimaba mi deber profesional para servir a mi institución y, por ende, a mi país. Pinochet, por otra parte, se negó a mi solicitud de sacar al subdirector de la Central Nacional de Informaciones, coronel Jerónimo Pantoja, del arma de Artillería (no obstante que yo le recordé una denuncia de ilicitud en la venta de un automóvil adquirido a Uruguay y, lo más grave, por saberlo con estrechas relaciones de amistad con Contreras, aceptando desde luego su particular forma de desempeño profesional). Siempre tuve además el presentimiento de que lo había dejado además como su informante, para mantenerse orientado de lo que yo hacía en un área para él tan sensible.

Como anécdota de mis relaciones con Pinochet recuerdo que en una exposición sobre delicados problemas vecinales que yo hacía ante generales y almirantes, Pinochet me formuló directamente varias preguntas consecutivas, que yo contestaba en la medida que tenía antecedentes, pero finalmente llegó a una que, verdaderamente, era imposible contestar. Me agaché y desde mi maletín saqué una bola de cristal para estudios meteorológicos que, momentos antes de entrar a la sala de conferencias, alguien me había regalado.

–¿Qué hace, señor Mena? –me dijo–.

–Voy a ver si encuentro aquí la respuesta, mi general –le contesté–.

Naturalmente, hubo una carcajada general y él también se rió.

–Así es que ahora le está haciendo la competencia a la señora Zulma, señor… –fue todo lo que dijo–.

Especial significación tuvo esta relación con ocasión del bochornoso viaje a Filipinas. Él reconoció hidalgamente el hecho de que la CNI –bajo mi mando– le había sugerido que no lo hiciera. Siendo esto así, yo seguí en el cargo. Cuando el presidente resolvió la salida de Cubillos, me ausenté de la reunión de la ASEP y subí a hablar con respeto, pero en duros términos, con él, por el error de haber sacrificado al canciller Cubillos, toda vez que no tuvo ninguna participación en la organización del viaje y además con ese gesto asumía que el error de programar el viaje había sido de su Gobierno.

Sergio Fernández, en su libro ya citado, *Mi lucha por la democracia,* dice: "Como muchos otros personeros, había precedido al Presidente desde su trayecto del aeropuerto (del fracasado viaje a Filipinas). Bastante antes que él llegara al edificio gubernamental pude reunirme en mi despacho con algunos miembros de la Asesoría Política, el general Mena, Director de la Central de Informaciones, entre otros. Tras entrar por el subterráneo, hasta ahí llegó también Cubillos". Más adelante, y sobre el mismo tema, dice: "En mi despacho me reuní con miembros de la Asesoría Política. La ASEP, alcanzada una vez más en uno de sus principales integrantes, estaba en trance de debilitamiento. Tras algunos minutos de deliberación, el Director de la CNI subió a las oficinas del Presidente, para intentar, a su vez, disuadirlo, pero tampoco pudo conseguirlo"... Como argumento final, reconoció privadamente conmigo que la posición de su familia hacía imposible que continuara en el cargo "por lo que había ocurrido en el avión", donde al parecer, hubo serias recriminaciones.

Recuerdo que un día convocó a una urgente reunión de gabinete, a una hora inusual, me parece a las 20:00 horas, en el edificio Diego Portales. La reunión por los temas tratados fue muy larga, probablemente hasta las diez u once de la noche. Para redondear temas pendientes, al final me quedé conversando con el jefe del Estado Mayor Presidencial, general René Escauriaza Alvarado. Durante la noche me comunicaron que, al llegar a su casa, este había fallecido por un infarto al corazón (16 de octubre de 1979).

Fue velado en la Escuela Militar y por azar quedé muy próximo a Pinochet y vi, de reojo, que a ratos se le nublaba la vista. Al término de la triste ceremonia, sorpresivamente me ordenó que lo acompañara en el auto. Fue la única vez que lo hizo. Sin preámbulos, me dijo:

–Lo noté muy concentrado. ¿En qué pensaba?.

–Mire, mi general –le dije–, mis pensamientos vagaban por dos direcciones divergentes. Por una parte, en el enorme vacío que va a dejar en el Gobierno la menuda figura de este gran general. El país nunca conocerá la gigantesca labor desarrollada por René en beneficio de su reconstrucción institucional. Él fue uno de los oficiales subalternos que tuve mientras fui capitán en Valdivia y ya destacaba como un oficial excepcional. En el tiempo que llevo en el Gobierno he visto cómo fue el gran articulador en las más complejas y difíciles resoluciones que se han debido adoptar. Silenciosamente, anónimamente, si se quiere, fue una pieza fundamental en el rodaje de toda la máquina del Estado. Además –le dije–, sin darme cuenta, recordaba que hace solo algunas horas, usted se despidió de nosotros dos y nos dijo que nos fuéramos a la casa, que ya era muy tarde y que mañana había mucho trabajo… Y pensé también: ¿Qué pasaría en el país si hubiese sido usted quien hubiera tenido este terrible desenlace? No hay nada previsto para un caso así con respecto a una eventual sucesión.

Acto seguido le planteé directamente una idea que se me había cruzado repetidamente, dado el desgaste del Gobierno, y que era, precisamente, su persona la que capitalizaba toda la oposición nacional e internacional al Gobierno Militar:

–Cree usted, mi general –le sugerí–, la figura de un primer ministro ejecutivo y resérvese las grandes resoluciones, para que no se convierta en una mera figura decorativa; pero que alguien, no usted, asuma la contingencia.

–Y, ¿a quién vería usted en ese cargo?

–Al propio Sergio Fernández, mi general. Ha sido un excelente ministro del Interior y jefe del Gabinete. Fue, además, contralor general de la República, conoce íntimamente todo el rodaje del Gobierno.

–Conversaremos sobre el tema más adelante –me dijo–.

Pero eso no ocurrió.

Sergio Covarrubias y René Escauriaza fueron los generales que ocuparon ese alto cargo con más sabiduría, discreción, independencia de criterio y eficiencia, haciendo propia la frase enseña del Estado Mayor General del Ejército: "Ser más que parecer". Ellos también se la jugaron para sacar a Contreras del lado de Pinochet.

En cuanto al grado de conocimiento o autoría de Pinochet en los abusos cometidos con respecto a los derechos humanos, estoy convencido de que todos en Chile, incluido él, sabíamos parte de lo que ocurría, puesto que la TV, la prensa, hablada y escrita, informaban en detalle, oportunamente, sobre lo que sucedía a lo largo del país. ¡Paradoja, en una dictadura feroz no había censura de prensa! Pero creo que en ningún caso dio alguna orden expresa sobre el particular. Ni conoció detalles de cosas extremas que pasaron. No disponer investigar, lo que era lógico presumir, sí fue de su responsabilidad, pero también de aquellos que lo rodeaban en el área de política interior y no arbitraron medidas de contención oportunas.

Cabe mencionar que en la llamada época dura de la DINA (1973/78), que también lo fue del terrorismo, la participación del ciudadano norteamericano agente de la CIA Michael Townley, sus enlaces con grupos anticastristas, fascistas italianos y algunos elementos croatas (que nunca al parecer han figurado en procesos), es posible presumir que en muchos casos hubo concomitancia con elementos encubiertos norteamericanos, porque encuentro difícil que el organismo nacional haya desarrollado por sí solo esos contactos. Esta es una arista que nunca se ha investigado seriamente.



General Pinochet llega a Arica, 17 de octubre de 1973.

Volvamos al tema del conocimiento previo. Cuando la comitiva del general Arellano llegó a Arica, todo el país sabía lo que había ocurrido en cada una de las guarniciones que había tocado. Por ello, hice acordonar preventivamente la cárcel pública y me negué rotundamente a entregarle ningún antecedente referido a los detenidos. En último término, yo era el superior máximo en mi jurisdicción; por ello, no compartí en absoluto la actitud del general Joaquín Lagos en Antofagasta, que dijo no saber lo que estaba ocurriendo, lo que era imposible, con el agravante de que, a diferencia mía, Lagos era general y más antiguo que Arellano. Las masacres de Antofagasta y Calama, unidades dependientes de su jefatura, debió haberlas impedido, particularmente la de Calama, puesto que tuvo el tiempo para hacerlo mientras Arellano volaba desde Antofagasta y él ya tenía conocimiento de lo que había ocurrido en su propia Guarnición.

El denominado "Caso Caravana" involucra numerosos casos específicos. Hacia el sur, Curicó, Linares, Cauquenes, Concepción, Temuco y Valdivia. Hacia el norte: La Serena, Copiapó, Antofagasta, Calama, nuevamente Antofagasta, Iquique y Arica. A la guarnición bajo mi mando la comitiva llegó el 22 de octubre de 1973 y la acepté solo como visita. Ni siquiera le di acceso al general Arellano de imponerse de la relación de los procesos, como ya lo he mencionado, y, curiosamente, este ha sido el único episodio donde, bajo el nombre de "Caso Caravana" (que no le corresponde), se ha dictado sentencia definitiva. Las investigaciones de todos los otros episodios, que sí deberían estar comprendidos en ella, están, entiendo, aún en primera instancia, no habiendo sido ninguno de ellos fallado aún. Singular privilegio con que salí sorteado en esta especie de ruleta de la suerte. "Yo no creo en brujos, Garay, pero que los hay, los hay". Pareciera que hubiera habido apuro por cerrar al menos un caso y, casualmente, fue mi caso, que arbitraria y deliberadamente se caratuló en la forma como se hizo.

Pinochet, en suma, fue un gobernante que modernizó el país; como comandante en jefe del Ejército veló equilibradamente por su desarrollo y su seguridad en muy difíciles condiciones. El país económicamente estaba cercado, la AFL-CIO había logrado boicotear su comercio exterior, el senador Kennedy había impedido el equipamiento militar y dos veces estuvimos a las puertas de dos conflictos internacionales. Durante mis escasos dos años de mando en Arica, Pinochet estuvo muchas veces revistando la planificación de combate; personalmente, lo guié en intensos recorridos por las obras de defensa en Arica y estuvimos en los límites de los extensos campos minados cuya ubicación nos era vital para encauzar la entonces inminente invasión peruana. En esa época, el minado era aceptado por los convenios internacionales y, se quiera o no, seguirán proliferando en operaciones de guerra irregular.

El reemplazo de Contreras en la CNI -por mí- y el retiro forzado del general Mendoza por el "Caso Degollados" y su reemplazo por mi exconscripto general Stange, muestran inequívocamente su propósito de poner atajo a los excesos sobre los derechos humanos. Si sus asesores más directos e influyentes hubieran hecho oír sus voces en estas materias, él se habría visto obligado a sancionar y rectificar conductas. Solo hubo unos pocos que se atrevieron en hacerlo.

Así las cosas, una autoridad rectoral, recalcitrante opositor al Gobierno Militar -clavar una lanza a moro muerto, llaman los españoles a esa actitud-, se ha permitido sostener públicamente, con motivo de constatarse la presencia en un organismo público de un oficial ya en retiro: "No se puede haber formado parte de un órgano represivo en una dictadura y pretender, en democracia, que ese sea un dato indiferente", sentenció. Hay algo en ese razonamiento que a todas luces anda mal. Casi en la totalidad de los casos -habiendo sido probablemente yo la única excepción- el personal que los integró fue por "resolución superior", es decir, "Por Orden de...". No lo hizo espontáneamente. Y no solamente ellos eran reluctantes, principalmente lo eran sus familiares, que procuraban disuadirlos de aceptarlos por razones naturales de seguridad y el descrédito que a veces implicaba pertenecer a ellos. La mayor parte fue forzada a desempeñarse en esos organismos, que, en sentido estricto, no eran institucionales, participando en procedimientos que debían ser propiamente policiales, como detenciones e interrogatorios, aspectos cuyas técnicas, por razones obvias, desconocían por completo.

Ya no hay ya nada de qué asombrarse en materias políticas y jurídicas. Han aparecido conceptos novedosos, como por ejemplo "la nueva derecha", que se parece en algo a esas prendas de vestir "reversibles", doblemente útiles, porque sirven por ambos lados o que, como lo he dicho, más bien debiera llamarse "la casi derecha". Otro es el que se da a entender en el artículo -que comento- es que se está

oficializando el "delito de pertenencia", como alguien astutamente expresó en el Parlamento. Lo que no sé es cómo se compatibilizará eso, con lo que antes creo que se llamaba "presunción de inocencia".

En el ámbito político, especialmente de izquierda, prima la volubilidad de cálculos efímeros, de ausencia de principios, de oportunismo. Un día después de que el presidente de la DC dice no tener problemas para hablar con RN y con el PC, este da un giro con el PR y el PPD y declaran la muerte súbita de la Concertación.

El único partido que mantiene su identidad, como un cáncer encapsulado, es el PC. Impertérrito, se jacta de haber sobrevivido sin cambios desde hace casi cien años, no obstante que una institución de más de dos mil años la ha calificado de "ideología perversa". Nunca han aparecido testimonios de la obra realizada en este largo período en que el país ha debido soportarlo. ¿Dónde están? ¿Cuáles son? Nada. Pero sí quedan las graves y costosas secuelas de sus periódicas asonadas callejeras. Moderno mobiliario urbano, quioscos de diarios donde personas modestas se ganan laboriosamente la vida, vehículos destrozados que las hordas citadinas transforman en basura, esa es la cara fea, llena de frustraciones, odio e iracundia que muestran como logotipo de su resentida identidad.

"Crispación social" es la expresión caritativa que ahora se usa para describir las violentas asonadas callejeras organizadas y promovidas por los exaltados marxistas. Los mismos que movilizaron a los concertacionistas para destituir a un ministro de Educación destacado tanto dentro como fuera del país. Los mismos que inspiran a Bachelet con un plan basado casi exclusivamente en nuevas exigencias tributarias (ellos no participan del proceso económico, se van directamente a las cajas registradoras –"inclusión" se llama este descubrimiento–); en fin, los mismos marxistas que ahora usan ideológicamente, desde el propio Gobier-

no (Quisling se llamaron históricamente) a la justicia para mantenernos recluidos o procesados, aplicando, a su amaño, antiguas normas jurídicas, como el Tratado de Roma, legalizado solo a partir del año 2009.

Extraña es la política o cómo se ejerce aquí, a veces, esa noble e irreemplazable actividad en nuestra Patria. Un conocido senador expone desafiante sus preferencias ecológicas en sus calcetines…, para que nadie dude dónde pisa. O bien, para tener un mayor abarcamiento, difunde masivamente sus mensajes por el medio postal, que es muy expedito y, en su caso, barato. Cada cierto tiempo, para hacerse notar, recurre a cinematográficas escenas de choques o da cuenta públicamente, con impactantes imágenes, de graves enfermedades cerebrales. Finalmente, como presidente del Senado, segunda autoridad nacional de nuestro sistema republicano –¿qué será eso?–, permite estoicamente que un grupo de estudiantes revoltosos baile encima del escritorio donde el ministro de Educación (y ex de Justicia, para mis pesares, y, peor aún, al parecer quedó atraído por el "servicio público". ¡Lo que nos espera!) se esfuerza por encontrar salida urgente a los veinte años de problemas educacionales que se han acumulado durante cuatro períodos de la difunta Concertación (Q. E. P. N. D.). En fin, para terminar el corto período donde sus emolumentos habían aumentado apenas a más de $30.000.000 de pesos mensuales, por la presidencia del SENADO que ejerció en forma tan bizarra; antes de apagar la luz y cerrar las puertas de sus espaciosas oficinas, firmó un documento que le permitirá recibir $2.000.000 mensuales más, para que su sueldo pueda ir sin fastidiosos descuentos, enteramente, a llenar sus ya bien provistas faltriqueras.

Otro señor senador, seguramente algo lateado de buscar temas para hacerse notar, recurre con frecuencia a la inagotable fuente de inspiración que es la internet y así escribe enjundiosos tratados sobre la increíble ciencia de la nanotecnología, en reemplazo de esas inútiles antiguas preocu-

paciones como calcular cuántos ángeles caben en la cabeza de un alfiler.

Declaro que no logro entender la frase rectoral: "los jóvenes sabrán, así que lo que decidan hoy tendrá repercusiones y podrá serles reprochado mañana"... Ojalá el autor hubiese sido más explícito para saber cómo se logra eso. No hay oráculos, los horóscopos no son de fiar, los futurólogos, me parece, estudian cosas más importantes; en realidad, mi ignorancia en este aspecto me complica. *¿Qué les puedo decir a mis nietos? Atrévanse de todos modos, hijitos, a tratar de sacar de los rieles a una persona que un tren pueda atropellar; o, pensándolo de otra forma, al llegar a una bifurcación en el camino de sus vidas, elijan siempre la mejor dirección, la que lleva a la felicidad y al buen éxito –no tiene sentido elegir voluntariamente la otra–; así, a futuro, no se lamentarán. El problema será cómo hacerlo. Habría que informarse en la rectoría.*

Así como él extraña los ascensos de los distinguidos oficiales, cuestionados solo por haber sido destinados a ciertas organizaciones en su juventud, a mí también no deja de sorprenderme cómo una personalidad tan inteligente y culta se ufane de exponer tan rígidas e intolerantes posiciones doctrinarias, con un sesgo claramente ideológico, estando a cargo de una institución asociada por excelencia al conocimiento, a la tolerancia y a la comprensión.

Bruscamente, las modestas reflexiones epistolares destinadas principalmente a mis nietos, que se refieren precisamente al grado de conocimiento de estas delicadas materias, se cruzaron con una carta dirigida por un general en retiro al presidente de la República. Un diputado excomunista, ahora destacado PPD, le contesta con un folleto que pretende ser apabullante y que está, como es natural, impregnado hasta los tuétanos de conceptos que delatan claramente su origen ideológico. Como el tema incide directamente en lo que yo he tratado de explicar a través de este trabajo y aceptando lo que él, Patricio Hales D., dice en la página 59 de

su libro *El perdón sin memoria*: "Quizás pasaremos muchos años revisando nuestros errores políticos en el tema militar. De esa responsabilidad deberemos reflexionar más, escribir más, dialogar y actuar". Con mi modesta experiencia en este tema, puntualizaré algunas afirmaciones del diputado excomunista:

"Tu carta (dice), igual que ciertos políticos, no reconocen que en la izquierda, en Chile y en el mundo, hemos asumido grandes cambios". Evidentemente esto es cierto, antes, durante y hasta después de Allende eran devotos representantes del marxismo de Lenin, Stalin, Pol–Pot, Hoenecker, Kim il Sung, Gaddafi y otros. Es evidente que lo siguen siendo, a juzgar por el apoyo espiritual que le han enviado recientemente al monstruo sirio para que siga matando indiscriminadamente a sus heroicos ciudadanos, como un calígula redivivo. En tanto, él y los suyos, con el advenimiento de Antonio Gramsci, han cambiado la cruda brutalidad de sus intervenciones por recursos persuasivos más sofisticados, como la anestesia, que evita la violencia y el dolor, aunque aún siguen admirando a regímenes que persisten en sus medidas de abusos contra los derechos de la personas, encarcelamiento por discrepancias ideológicas, control a la libertad de expresión y al libre movimiento de las personas. En la misma página, dice: "hemos llenado bibliotecas y librerías promoviendo la renovación (prueba que les ha costado convencerse), expresando discrepancia y hasta vergüenza (menos mal) por ciertas materias doctrinarias que predicábamos y por teorías y programas políticos que adorábamos. Hemos cambiado en el pensamiento y la acción. A veces más de lo que a mí me gustaría" (lástima que no haya explicado en qué ocasiones). Efectivamente, experimentar idolatría ha sido una característica ideológica de los marxistas. Tienden a mitificar a sus figuras, ocultando sus debilidades, sus aberraciones morales y sus vicios (basta leer el discurso de Allende con ocasión de la muerte de Stalin).

Echo de menos que, en esta profusa documentación, no se vea nada relacionado con una solicitud de perdón por

el mal causado y de claro arrepentimiento, sino solo su satisfacción por los cambios. ¿Qué otra cosa les quedaba? Tenían que adecuarse, después del profundo fracaso mundial de sus tutores, iniciado este precisamente en Chile. Ellos se han adaptado, pero siguen manteniendo sus odiosos discursos llenos de descalificaciones y de odios.

Hay una frase que me llama la atención: "Con Allende, Chile no sufrió nada similar a lo que vino desde el gobierno con el Golpe del 73". Es difícil homologar los sufrimientos. El Gobierno de Allende, precisamente, debió ser acortado en la mitad del período, para evitar que se cometieran más excesos y para evitar que irremediablemente el país se convirtiera en otra dictadura comunista, empobrecedora, retrógrada, oscurantista. El otro camino era la guerra civil que el propio Allende propiciaba como última forma de mantenerse en el poder ("si el pueblo necesita armas, armas tendrá el pueblo").

Para algunos puede resultar envidiable el dispendioso turismo desarrollado por el señor diputado, ocupando muchos medios e implementos militares. Él mismo señala: dos viajes a la Antártica, recorrió en barco, avión, helicóptero y a pie las bases Pedro Aguirre Cerda, O'Higgins y Frei, "apoyando su funcionamiento y exigiendo reabrir Prats". Fue a Pozo Almonte a conocer el cañón M–109 para la formación de brigadas acorazadas, disparando como artillero de tanque en experiencia táctica. En Haití, viajando para "apoyar" a las tropas chilenas; en Iquique, "practicando" en los simuladores de combate *Leopard*; "me sumergí bajo el mar en el submarino Carrera para inspeccionar su estado". ¡Qué tranquilidad debe haber sentido la tripulación después de ese esforzado acto de supervisión y arrojo! Podría decirse que quizás, a la postre, habrá logrado llenar muchos álbumes de pintorescas fotografías para los recuerdos familiares, de costosas, originales y variadas experiencias de sus numerosos viajes; pero no se ve en ello utilidad práctica alguna ni que haya habido beneficios institucionales, salvo constatar que

los buques navegan, los submarinos se sumergen, los aviones vuelan y las armas disparan. Al contrario, seguramente después de compartir amables reuniones en cámaras y casinos, se han recargado las pilas para tener nuevos argumentos con los cuales continuar liderando una campaña que marcha implacable en dirección contraria a la reconciliación.

Sobre la valorización de las Fuerzas Armadas por parte de políticos, ellos han sido, en general, críticos. En el prólogo mencioné la expresión *poderes fácticos* que citó Allamand, refiriéndose precisamente a ellas (además de las empresas y la prensa). Su gesto como ministro de Defensa Nacional, de posar, con ocasión de un homenaje en Argentina, sonriente y dando la espalda, casi encima de los estandartes institucionales, fue desafortunado. A los estandartes se les saluda con respeto, siempre de frente. Si ellos hubieran estado solos, habría sido un hermoso documento histórico, por la ocasión y el escenario en que se mostraban. El agregado militar o su ayudante debieron informarle. En la misma página hay otro título que llama la atención: "Hay una clara conducción civil sobre las Fuerzas Armadas". Cabe expresar serias reservas sobre si esta reestructuración es adecuada y ha sido prolijamente concebida para que dé las mayores garantías de eficiencia. A simple vista, se aprecia que no existen misiones de orden interior y de eventual protección social, que fueron connaturales a sus funciones de garantizar la integridad territorial, la seguridad del Estado y el apoyo a la población en caso de catástrofes. Faltó prolijidad en afinar detalles de mando y funciones, y todo esto debe determinar, seguramente, la peligrosa ausencia de una acabada planificación que debe mantenerse de modo permanente y actualizada responsablemente.

En la revista UNOFAR, año 17, Nº 23, el señor Gabriel Gaspar Tapia, con una larga experiencia en la materia, bajo el título "¿A DÓNDE VA LA DEFENSA NACIONAL?", dice, entre otras cosas: "A un año del gobierno, desgraciadamente, no se ven frutos en este ámbito, la estratégica Sub-

secretaría de Defensa carece de personal y presupuesto. El Estado Mayor Conjunto no logra instarse en plenitud, y ha demorado en definir su nivel dentro de la estructura". Más adelante, agrega: "El ministerio es el órgano político estratégico por excelencia de nuestra Defensa; sus prioridades son la elaboración de nuestra política de defensa y su implementación. La elaboración minuciosa de nuestra planificación primaria y secundaria. Para ello la autoridad debe asumir que la defensa es por esencia nacional". Es tan evidente esta anomalía, que en la increíble tragedia de Juan Fernández aparecen al mando directo de esa verdadera "Fuerza de Tarea" el ministro de Defensa Nacional, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea y el comandante en jefe de la Armada, sin que aparezca para nada el Comando Conjunto.

Todo Chile y el mundo han presenciado el magnífico desempeño profesional espontáneo, masivo, altamente eficiente y autocoordinado instantáneamente de todos los medios uniformados, lo que ha ocurrido así porque son rasgos connaturales derivados de años de trabajos en conjunto, propios de la enjundia de su profesionalismo, porque no se refleja en él ni un atisbo de la reestructuración de mando precipitadamente impuesta por la Concertación, que al fin no tuvo otro propósito que sojuzgar a los altos mandos establecidos tradicionalmente, sin antes haber hecho estudios responsables sobre la forma y conveniencia de imponerlos. Es posible que en las circunstancias actuales no existan respaldos legales de facultades jurisdiccionales, ya que pueden generarse casos de accidentes y complejos problemas para determinación de responsabilidades que pudieran ocurrir.

Cabe, en todo caso, destacar la oportunidad y forma ejemplar de las operaciones de rescate y cómo se ha hecho la vocería diaria del desarrollo de los acontecimientos y el empeño y determinación del Gobierno para afrontar la inmensa y delicada tarea de mitigar, en parte, el inmenso dolor del país y de tantas familias directamente afectadas por la sensible pérdida de los mejores exponentes del espíritu

de solidaridad de nuestra raza. Fue valioso y necesario el reconocimiento del ministro sobre el profesionalismo y eficiencia de las FF. AA.

En este caso, pareciera que los misteriosos caminos del destino se han empeñado en reunir, curiosamente en su beneficio, a los mismos denostados poderes fácticos que él fustigó. Respetando el derecho a la duda, a lo mejor sin que el interesado se diera cuenta. Ellos, precisamente, podrían promoverlo a otras alturas del poder que, de otro modo, le resultaría más difícil de alcanzar: Las Fuerzas Armadas (afortunadamente, no subordinadas a la ONEMI), la prensa, con impecable oportunidad, acierto, ponderación y respeto y, finalmente, los empresarios, representados en sus más excelsas virtudes por Felipe Cubillos S.

Todos los fallecidos son mártires del valioso voluntariado que se constituyó en el país para asumir la empresa de hacer de Chile un país mejor. Las catástrofes, que nos sacuden de tanto en tanto, hacen aflorar las vetas de los más valiosos metales con que están hechos algunos hombres y mujeres que dedican sus empeños y sus esfuerzos en beneficio de un país que agradece acongojado.

Por mi mayor conocimiento, necesito dedicarle algunas líneas más a Felipe Cubillos, impelido por un ineludible compromiso de gratitud con dos esclarecidos personajes de la historia de Chile que tuve oportunidad de conocer durante el Gobierno Militar y que me brindaron generosamente su amistad, uno, y apoyo, los dos. Para este propósito, hago enteramente mías las históricas palabras de uno de ellos para recordar al otro. En el diario *La Segunda* del martes 17 de abril de 2001, página 9, don Gonzalo Vial Correa rinde un elocuente homenaje a otra persona eminentísima. El título de su artículo es: "En la muerte de Hernán Cubillos". Extracto algunos párrafos:

– "Hacía muchos años que dolencias físicas y espirituales lo habían apartado de la vida pública, llevándolo a absorberse en sus dos grandes aficiones y placeres: Chiloé y el mar".

– "En 1970, Hernán Cubillos (34 años), por mandato del dueño de la cadena El Mercurio, tomó sobre sus hombros enfrentar mediante ella, clara y vigorosamente, el «Proyecto Chile» que había trazado la Unidad Popular y Salvador Allende, y que alentaban la Cuba de Castro y la URSS de Brezhnev. La revolución «con olor a empanadas y vino tinto» y que tenía estos siniestros padrinos como ejemplo y modelo" ("NO PASARÁN", era la consigna.)

– "Cinco años después de derrumbarse la Unidad Popular era llamado al Ministerio de Relaciones Exteriores".

– "El país enfrentaba la inminencia de una guerra con Argentina por las islas del Beagle, próxima y aparentemente inevitable".

– "De manera simultánea, en el norte amenazaba otra guerra, la del Centenario de 1879, con Perú, y no hubiera sido extraño que, en caso de conflicto, Bolivia –defraudada en su eterna aspiración marítima– se les hubiese unido".

– "Su estilo de actuar rápido, audaz y directo. Su principal cruz como Canciller –en esa tarea de ganar y recuperar amigos externos– fue el tema de los derechos humanos. Pugnaba para que fuera solucionado internamente. Pero en ello no lo guiaron solo pragmatismos diplomáticos, sino un sincero rechazo ético de tales abusos".

– "Luego vino el fiasco filipino, al que se había opuesto pero que le fue imputado". (Me consta que fue así e hice personalmente todo lo posible por hacer prevalecer la verdad histórica, discutiendo duramente con Pinochet sobre su inexplicable, inconveniente y absurda resolución, tal como lo revela el libro *Mi lucha por la Democracia,* de Sergio Fernández, página 132).

– "Dejó el Gobierno. Mas, para entonces ya Chile y los chilenos le debíamos el segundo y gran servicio que nos prestó, impedir la guerra con Argentina a través de la mediación con Juan Pablo II. Después muchos se han arroga-

do el mérito de la mediación, sin duda no faltaron quienes, efectivamente, cooperaron en tornarla realidad.

– "Pero su gran artífice fue Hernán Cubillos. (También me constan sus desvelos al respecto y ellos fueron tema de muchas de nuestras conversaciones. Relaciones Exteriores y el Servicio de Inteligencia Nacional debían, como es natural, trabajar de consuno, este último para satisfacer las urgencias del primero. Tal es así que al iniciarse las muchas reuniones que el presidente convocaba del CSSN, debía yo exponer un análisis pormenorizado de la apreciación de la situación).

Don Gonzalo Vial recuerda que elegido el papa Juan Pablo II (habían fallecido inesperadamente antes el papa Pablo VI y el papa Juan Pablo I), "Hernán Cubillos, vía Cardenal Casaroli, desde un hotel chino, consiguió que lo recibiera con urgencia". Finaliza este homenaje con el siguiente párrafo: "A menudo se le tentó con la política. Nunca quiso dedicarse a ella". Más adelante señala: "Su vocación era el servicio público… del gran funcionario capaz, sin ambiciones de imagen, lucro ni poder. Es un llamado singular el servicio público, pero más antiguo y común entre nosotros de lo que se cree". Premonitoriamente, dice: "Ojalá en sus diversos ámbitos de vida lo escuchen también los hijos de Hernán Cubillos y continúen la tradición paterna. Les será muy difícil emular lo que este hizo por Chile, pero lo sentirán como un acicate de constante superación". Hasta aquí la transcripción. Es de dominio público que todos sus hijos lo han hecho con innegable éxito, vocación y generosidad; ellos destacan y son líderes en las actividades que desempeñan.

Felipe: Incluyendo cariñosamente a Marcela, tu mamá y toda tu distinguida familia, te rindo un emocionado reconocimiento, inspirado en mi invariable afecto, gratitud y admiración por tu padre. Tengo nítidas en mis recuerdos largas y amenas conversaciones en los atiborrados pasillos de su enorme biblioteca mientras fumaba alguna de sus incansables pipas. A medida que avanzábamos, comentábamos tí-

tulos o me mostraba fotografías enmarcadas de su querida familia; la mayor parte tenían en común que eran escenas de mar y tú estabas en casi todas, a menudo también tus hermanos. En otras ocasiones, después de degustar deliciosos manjares, con parsimonia sacaba un imponente puro del humidificador para continuar nuestras tranquilas charlas.

Dondequiera que estés en tu viaje hacia la eternidad, volando siempre sobre el mar, como el albatros que te guió como un tótem, debo confiarte un secreto: Dada mi condición de "habitante permanente del módulo 4" (como dicen aquí los formularios), yo también viajé contigo, participé integralmente de tu aventura (también me gusta el mar), pero no pasé frío, ni me mojé, ni tuve que manejar cuerdas, velas o tapar goteras inoportunas; fui un pasajero invisible en tu proeza y también me emocioné cuando tu querida familia fue a saludarte allá lejos, donde casi se acaba la tierra. No obstante, ahora me entra la duda de si era yo el que te acompañaba, porque tú ni sabías de mi existencia, o eras tú el que lo hacía, haciéndome saltar los barrotes de mi enrejado dormitorio.

Hernán Felipe Errázuriz, otro destacado exembajador y ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Militar, ha propuesto que la Cancillería lleve el nombre de don Gabriel Valdés S., por el brillo que supo darle al servicio exterior de Chile. Concuerdo en que lo merecería por sus extraordinarias dotes y, aún más, soy de los que piensan que debió ser presidente de Chile, y lo habría sido de no mediar el vergonzoso episodio llamado "Carmengate".

Pero, dadas las dificultades que a Cubillos le correspondió afrontar en el ministerio, la forma exitosa como sorteó todos los obstáculos (contribuyó a evitar dos guerras que habrían sido cruentas, y que pudieron ocasionar la mutilación de nuestro patrimonio nacional y evitó el aislamiento político y el boicot comercial), creo que ese ministerio, con más pergaminos y propiedad, merecería llevar su enaltecido nombre: "Hernán Cubillos Sallato". Se dirá a priori que hay que descartarlo porque fue canciller durante el período

del Gobierno Militar. Eso sería una doble falacia. El primero que propuso el nombre del señor Valdés fue también un destacadísimo excanciller de dicho Gobierno. Y Cubillos demostró ser un duro defensor de los derechos humanos, tanto más cuanto que ellos constituyeron una seria dificultad en el engranaje de sus especializados emprendimientos. El país vivía en una situación de casi constante zozobra al perfilarse en el horizonte la figura temible de una Hipótesis Vecinal Tres (HV3) y, por último, Pinochet, su superior directo y que como tal tenía la última palabra en todos los asuntos de Estado, también, paralela y torpemente, accionaba otros resortes que entrababan considerablemente su trabajo, como ocurrió precisamente con el desgraciado episodio de Filipinas, donde hasta a mí, como jefe de Inteligencia del Estado, trató de mantenerme desinformado. Y, también lo hizo en el caso vecinal, encomendándole misiones a Contreras, naturalmente desafortunadas, que, por supuesto, salieron mal.

Siéndome imposible escaparme del trazado sinuoso de este trabajo en que me he empeñado, que me lleva invariablemente a seguir dando vueltas y vueltas, mientras trato de avanzar hay muchas otras observaciones del libro de Hales que resultan sin fundamento y odiosas, como por ejemplo suponernos ineptos, incapaces de interpretar los hechos, asegurando que "la derecha elaboró a los militares (¡) las tesis para que el atropello a la Constitución pareciera una defensa de la Constitución". ¿Qué debía parecer? ¿Acaso la constante violación de la doncella debía considerarse un acto de respeto y de adoración? Las ruedas de carreta servían para el transporte, ¡no para comulgar, señor diputado! Debiera recordar que el Gobierno de Allende antes fue denunciado por la propia Cámara de Diputados, la Corte Suprema y la Contraloría, por haber perdido su legitimidad de origen. Y su distinguida hija senadora atenta violentamente contra la verdad cuando dice que su padre "respetaba las instituciones". Si esta afirmación no fuera tan grave,

parecería un chiste. ¿Quedará esto consignado en la investigación que lleva un señor ministro?

Las regiones extremas se verían gratificadas si los parlamentarios se reunieran periódicamente con las universidades locales residentes, con profesionales preocupados en temas de interés regional, periodistas especializados y otras entidades como centros de estudio o integraran seminarios para potenciar sus desarrollos, en lugar de hacer turismo a costa del Estado, que, desde luego, financia sus viajes. Ojalá se aprovecharan estas ocasiones para conocer a fondo las características regionales y que sus conclusiones terminen en estudios fundamentados y no, las más de la veces, en inocuas y esporádicas "Cartas al Director".

Los representantes de los partidos de la Alianza debieron haber sido más críticos cuando la Concertación, precipitadamente, propició el desmantelamiento de los altos mandos y estudiar más a fondo las reformas en las estructuras de las instituciones fundamentales del Estado, que pueden generar problemas de conducción durante un conflicto, por complejidades en los roles de mando, ya que alteran sustancialmente esquemas tradicionales, largamente probados a través de la historia. Hay cambios que por su trascendencia pudieron readecuarse por etapas para que no ocurra con ellos el desastre del Transantiago. En mi modesta opinión, es tan complejo este cambio de estructuras, que modificará aspectos tan trascendentes de la gestión conjunta, que antes de implementarse los reglamentos para fijarlas definitivamente bien debieran llevar a un nuevo estudio de la ley que las establece. Ya nos referimos de nuevo a este tema; por su importancia, debemos insistir.

Un trabajo de gran trascendencia pudo ser motivo de estudio en la Academia Superior de la Defensa Nacional, de Juegos de Guerra, de trabajos de simulación. Realizado por etapas, jamás impulsado y urgido por razones políticas como pareció serlo, lo que es irresponsable. Voy a arries-

gar otra opinión personal. El mando debe considerar –de acuerdo con nuestras tradiciones castrenses– que la jefatura del Estado Mayor Conjunto debería estar a cargo de un general de cinco estrellas, por sobre los comandantes institucionales; las razones no corresponden a este trabajo. En una estructura militar, el mando debe ser claramente vertical, lo que no significa que no sea obediente al poder civil. El ejemplo del general MacArthur tiene validez universal.

Para que se vea un aspecto de la premura en promover modernizaciones, hay unidades tradicionales que creo han cambiado dos y hasta tres veces la ubicación física de sus cuarteles, con todo lo que eso significa en eficiencia, traslados, familias y costos económicos. En otro orden de cosas, es posible que los altos mandos a veces pueden sentirse inhibidos de actuar con más fuerza, para que no les digan que las fuerzas armadas deben ser eminentemente obedientes del poder civil, pero ningún argumento debe impedir representar con firmeza las mejores opciones para las instituciones que ellos mandan transitoriamente.

Pero volvamos al punto desde donde partimos. Fue en el "correlato" del libro de un destacado parlamentario de la Alianza donde me encontré con más sorpresas. Muchos colaboradores civiles en áreas vinculadas a los derechos humanos en el Gobierno Militar, tan pronto este terminó, se sumergieron en un mutismo total; se desvanecieron, más bien. Reconozco que en los primeros años hubo algunas voces valientes. Recuerdo importantes reuniones en el pasado presididas por ex ministros del Interior y ex subsecretarios de esa cartera, con gran asistencia atenta y esperanzada. Eso se terminó; pienso que después, naturalmente, nadie quería ser vinculado a situaciones escabrosas y estos esfuerzos de acción conjunta se abandonaron.

El caso es que el Ejecutivo no es solo la persona del primer mandatario, es una entidad. Desde algunos cargos con injerencia en el tema en el pasado se pudo y se debió inten-

tar evitar la ejecución de actos inmorales e ilegales y, especialmente, su repetición en el tiempo. Lo que se esperaba (y se espera) no es que no haya juzgamiento, sino la correcta aplicación de la ley y ahí debieron quebrarse lanzas, desde el momento mismo en que Aylwin, como presidente de la República, arrogándose facultades que no tenía, solo inspirado en la permanente desafección de la DC por las Fuerzas Armadas y Carabineros, "dio pautas" a la Corte Suprema de cómo interpretar la Ley de Amnistía.

También pudieron fijar su atención en la inflexible y antojadiza interpretación del "secuestro permanente", que hizo inevitable la prolongación indefinida de los procesos y donde, creo, hay casos paradojales en que los secuestrados han sobrevivido a sus propios secuestradores. Igualmente en la aplicación de leyes o tratados aprobados recientemente, muy posteriores a la comisión de los delitos que castigan, lo que no parece justo ni es legal. Para qué decir nada de prescripción o del principio *pro reo*. En fin, hay muchos aspectos en que les cupo y les debe caber todavía intervenir para evitar lo se aprecia más como una revancha y una venganza que como el sano interés de hacer justicia.

Uno de los aspectos más controvertidos, y más perjudiciales, de los derechos humanos fue la numerosa determinación de exilios y la incomprensiblemente larga negativa para ponerles fin. Sin embargo, toda esta materia no fue producto de resoluciones de autoridades militares del Gobierno, sino de civiles. Sus efectos negativos fueron y siguen siendo muy perjudiciales y aún más cuando pretenden ser aprovechados permitiéndoles votar, sin tener ningún compromiso con el país de proveniencia de sus ancestros, sino recuerdos necesariamente condicionados por experiencias traumáticas que seguramente ya han mitificado.

Recordemos algunos hechos obvios. Las nuevas autoridades de Gobierno que asumieron el 11 de septiembre de 1973 tenían como meta iniciar la reconstrucción del país

desde sus cimientos y, naturalmente, eso conllevaba adentrarse rápidamente en el conocimiento de todas las áreas de funcionamiento del Estado y en implementar su readecuación, de acuerdo con las nuevas orientaciones que el Gobierno quería imprimirles, lo que obligaba a desarrollar un trabajo extremadamente absorbente, desconocido, muchas veces inédito (solo por citar uno: la regionalización), las reformas económicas estructurales, de distintos órdenes; todo lo que necesariamente dificultaba la visión panorámica de la acción general de los distintos órganos del Estado, orientándose cada uno a lo que era su función específica, lo cual puede explicar, en alguna medida, el descuido de otras responsabilidades que no eran atingentes directamente a sus propias obligaciones.

No obstante, para quienes tenían responsabilidades políticas civiles de gobierno, particularmente después de la "época dura" de la DINA (1973/78), y especialmente al entrar a la última etapa del Gobierno Militar, era quizás posible saber en muchos casos lo que estaba ocurriendo en el país, si se tiene en cuenta que hubo hechos que tuvieron gran connotación pública. En veinte años se ha abandonado a su suerte a los representantes del Ejército que servimos durante el Gobierno Militar y son muy pocos los que se han atrevido responsabilizar con pruebas a los verdaderos causantes del desastre, menos aún para poner término al acoso permanente que hemos debido afrontar. Es común llamar al Gobierno Militar como dictadura; en tal caso, al Gobierno de Allende, por las mismas razones, debe llamársele tiranía, porque de hecho, por definición, lo fue. Este, al ser depuesto, dejó al país en el suelo; el Gobierno Militar lo levantó "desde las cenizas", como lo demostró el destacado escritor y periodista James Whelan. En mi propio caso, reconozco con algo de pesadumbre que hubo varios testigos prominentes de mis empeños por el respeto a los derechos humanos que nunca levantaron la voz para defenderme, pero comprendo que es muy difícil atreverse a desafiar la

descalificación que brotaría de inmediato con una incómoda exposición mediática.

Los comandantes en jefe que sucedieron a Pinochet y estuvieron hasta el Gobierno de Lagos pudieron y debieron convocar al Consejo Superior de Seguridad Nacional, para discutir la defensa de la última instancia de la presencia de las Fuerzas Armadas en un rol vinculante del poder político, pero renunciaron voluntaria y dócilmente a ejercerlo y condenaron a hacer desaparecer una instancia fundamental de la nomenclatura político-estratégica, lo que ha llevado a la masiva intromisión civil en perjuicio del rol permanente y probadamente eficaz, como fue su empleo en la declaración de Zona en Estado de Emergencia; en materias de orden interior, dirigir modificaciones atolondradas de sus estructuras de mando; en la total inhibición de sus funciones de Inteligencia, lo que ha permitido que el Partido Comunista se enseñoree en los estallidos de agitación ciudadana y obtenga claros dividendos políticos y que, desde el Gobierno de Bachelet y su factótum Juan Carvajal, con elementos de las FARC, se haya profesionalizado la resistencia mapuche, hasta que recién el 24 de diciembre de 2012, en *El Mercurio*, el ministro del Interior, Andrés Chadwick, reconozca: "En La Araucanía tenemos una situación extremista".

Hace dos años nos visitó en "Cordillera" el general Óscar Izurieta M., entonces comandante en jefe del Ejército, ahora subsecretario de Defensa. Le planteé el tema y cómo preveía su peligroso desarrollo futuro. Con sorna, hizo comentarios baladíes y pretendió ridiculizarme.

Ni las instituciones funcionan, a pesar de que se las ha desnaturalizado, suprimiéndoles funciones vitales, ni estamos –todo el país– en estado de derecho. Los dueños de quioscos y pequeños negocios, los simples transeúntes que quieren circular sin peligro, los propietarios de la "zona mapuche" que pierden en horas sus casas quizás heredadas de familias laboriosas, no podrán rehacer jamás la vida

que les han quitado. En el seno del propio Gobierno se anidan fuertes contradicciones probablemente concebidas por Hinzpeter y su nueva derecha. Mientras la inefable Karla, admiradora de Allende y protectora de minorías, se trata de autoempoderar voluntariosamente de una ex candidatura presidencial que por fortuna se vio súbitamente terminada.

Agradezco sinceramente a quienes, a pesar de todo, se han empeñado infructuosamente en ayudarme, a los muchos que me han expresado públicamente su solidaridad, su apoyo, y que han creído en mi inocencia, aun cuando con algunos de ellos nunca compartimos funciones ni conocieron mis desvelos y tribulaciones. Gracias a mi exconscripto y exsenador Barra, por sus generosas expresiones de apoyo.

Los resultados no han prosperado porque padecemos desde hace un largo tiempo de una cierta "insoportable levedad del ser". Pero, no hay que equivocarse, llegará el momento, entre los que hemos sido constantemente agredidos, de desterrar caudillismos internos (¿los hay? Quizás no, solo se advierte una vergonzosa apatía) y de enfrentar, con las armas de la democracia ahora, como no pudo ser en el pasado, porque claramente está demostrado en este trabajo que, literalmente, no había otras opciones, lo que se ha constituido en un agravio permanente. Más allá de la búsqueda de justicia, hay un plan de venganza en plena ejecución.

Nuestra fortaleza como soldados radica en la verdad de nuestra demanda: que se nos ha juzgado sin considerar el contexto en que se desarrollaron los hechos y en la permanente inducción a que los fallos se ajusten a un criterio político determinado. Nuestra unidad debería ser real, monolítica, sin que por ello se pretendan justificar hechos deleznables. Sustentada en la gran multiplicidad de nuestras organizaciones, en nuestra identidad y valores comunes; en nuestra presencia a lo largo y ancho de nuestro país. Las instituciones tienen la obligación de fomentar su desarrollo y la convicción de sus valores porque, a la larga, serán las bases que, al movilizarse, refuercen sus filas y reemplacen sus bajas. Ellas solo

deben ser iluminadas, exclusivamente, por el estricto cumplimiento de las virtudes militares que deben encarnarse en todos y cada uno de nosotros, como los Diez Mandamientos. André Gavet, en *El arte de mandar*, dice: "El Ejército es un organismo vivo que lleva en sí mismo, en toda la extensión de su masa, sus fuentes de energía. Las fuerzas vitales: el espíritu militar, el espíritu de cuerpo y, sobre todo, la disciplina y el honor". Obviamente, el autor se refiere al Ejército en actividad, pero el espíritu de estas premisas, como es natural, se proyecta a los que estamos en retiro, donde el concepto de disciplina deviene en respeto, consideración y amistad y lealtad, que no pueden perderse al abandonar el uniforme. Tomen nota, señores coroneles del COE, que se hacen los lesos para no saludar a un viejo general.

Resulta curiosa, y a la vez gratificante, la sensación de ver a menudo cómo y con gran valor se levantan voces ajenas a nuestros límites para tratar de contener una interminable campaña de acoso en contra nuestra. Uno de ellos fue una de las figuras cumbres de las letras del siglo XX, candidato al premio más significativo de literatura y determinó que el Nobel se perdiera de tener a Jorge Luis Borges entre sus galardonados, por recibir el Doctorado Honoris Causa de manos del propio general Augusto Pinochet. Quizá ningún otro texto de Borges haya sido tan debatido en Estocolmo como su discurso en la Universidad de Chile aquel 22 de septiembre, al recibir el reconocimiento:

Yo declaro preferir la espada, la clara espada,
a la furtiva dinamita […]
Mi país está emergiendo de la ciénaga, creo con felicidad […].
Ya estamos saliendo, por obra de las espadas, precisamente.
Y aquí ya han emergido de esa ciénaga.
Y aquí tenemos: Chile esa región, esa patria,
que es a la vez una larga patria y una honrosa espada.

Tras el encuentro con Pinochet, Borges declaró: "Yo soy una persona muy tímida, pero él (el general Pinochet) se encargó de que mi timidez desapareciera, y todo resultó muy fácil. Él es una excelente persona, su cordialidad, su bondad... Estoy muy satisfecho... del hecho de que aquí, también en mi patria, y en Uruguay, se esté salvando la libertad y el orden, sobre todo en un continente anarquizado, en un continente socavado por el comunismo. Yo expresé mi satisfacción, como argentino, de que tuviéramos aquí al lado un país de orden y paz que no es anárquico ni está comunizado".

A Borges, nunca lo había intimidado navegar contra la corriente, contra la voz oficial, contra el pensamiento políticamente correcto, contra los lugares comunes. Terminó diciendo: "Lo importante es la hombría de bien, ser un caballero que no sacrifica lo que piensa por un premio" (del libro de E. Rodríguez, *Borges, una biografía literaria).*

En contrapunto, PABLO NERUDA, nuestro vate que sí recibió el galardón, escribió: "CAMARADA STALIN, yo estaba junto al mar en Isla Negra, descansando de luchas y de viajes cuando llegó la noticia de tu muerte, llegó como un golpe de océano (...)". Más adelante, dice: "Cambió la tierra, el hombre, la vida. El aire libre revolucionario trastornó los papeles manchados. Nació una Patria, que no ha dejado de crecer" (claro que a costillas de sus vecinos). Y sigue: "Junto a Lenin. Stalin avanzaba acompañado de Lenin y del viento, entró a la Historia. (....) Stalin construía. Nacieron de sus manos cereales, tractores, enseñanzas, caminos, y él allí, sencillo como tú y como yo. Si tú y yo consiguiéramos ser sencillos como él. Pero aprenderemos. Su sencillez, su sabiduría, su estructura, de bondadoso pan (¡Dios me libre!) y de acero inflexible". Y continúa (seguramente mirando ahora hacia lo alto, hacia la eternidad): "STALIN es mediodía, la madurez del hombre y de los pueblos...; cada día nos ayuda a ser hombres..." (me atrevo a pensar que fue al revés. Con más facilidad ayudaba a hombres y mujeres de su desventurado país a... no serlo más, asesinando

a más de veinte millones de sus sufridos compatriotas después de hacerlos padecer penurias y abusos inenarrables que fueron denunciados por Nikita S. Jruschov, uno de sus histriónicos sucesores y que ustedes, señores comunistas nacionales, silenciaron púdicamente en sus siempre bien informados medios de comunicación locales).

Nuestro insigne vate sigue así, en un largo e inspirado texto, prodigando elogios desmesurados a uno de los mayores carniceros de la historia de la humanidad. ¡Pero era comunista!; luego, no había razón alguna que impidiera otorgarle el Premio Nobel.

La reconciliación es una palabra que en Chile carece de significado, a menos que se la entienda como la victoria vociferante de los que perdieron y la derrota humillante de los militares, quienes tuvimos el honor de ganarla para el bien de Chile. Los funcionarios civiles del Gobierno de las áreas que conciernen tenían regularmente mayor información, independencia y autoridad para constituirse en diques de contención que los propios militares. Todos eran más influyentes por su propia condición y estaban en diferentes condiciones de voluntariedad para aceptar sus cargos. Todos eran profesionales y podían volver a sus actividades. Podría sostenerse, en cambio, que los militares tenían absolutamente una mayor dependencia y subordinación.

Se dice que un general no se había podido negar a presenciar un fusilamiento porque su vida habría podido correr peligro. Sinceramente, no lo creo, nunca supe nada parecido a eso; me atrevería a afirmar que eso es falso. Claramente, eso habría sido un caso de cobardía moral. Si alguien enfrentó esa disyuntiva y no se opuso, se equivocó de carrera y sus superiores en permitir que alcanzara ese grado; a lo que más podría haber quedado expuesto pudo ser a una destinación no esperada o al término anticipado de su carrera. Tuve experiencia personal al respecto y sin dudar ni un minuto tomé las determinaciones que se ajustaban a mis principios, siempre, en todos los grados y circunstancias.

No es relevante ahora una exculpación tardía aprovechándose de circunstancias que quitan prestancia y carecen de oportunidad. Menos rasgar vestiduras horrorizándose por cosas que pasaron, que seguramente conocieron y que se silenciaron, en circunstancias que el propio líder y fundador del partido –Jaime Guzmán– que ellos integraban, se empeñaba públicamente en remover a quien personificaba esos deplorables excesos. Ellos, los conmovidos y avergonzados críticos actuales, debieron sumarse entonces a dichos esfuerzos reivindicatorios y no integrar ahora los coros de las plañideras, para aparecer como sorprendidos de tanta iniquidad que, al igual que yo, no conocíamos en detalle, pero al menos podíamos columbrar.

Pero hay más, se dice que todo esto "ayudará a colaborar en que se ejerza la justicia". Eso es precisamente lo que se ha debido hacer todos estos años. Que se aplique la verdadera acción de la justicia, la que demandó la inserción de "Los Soldados del 73", las notas de Miguel Álex Schweitzer, de la señora Raquel Camposano, del señor William Thayer, del almirante M. A. Arteaga, del general Gastón Frez, del general Luis Danús, por citar a algunos. El problema es que no se quiso participar en iniciativas que despertaran la furia de las aguerridas damas de negro, de sus ahora colegas comunistas en el Parlamento y de tantas fuerzas dormidas que esperan un indicio de debilidad para fortalecerse descargando su ira.

Ante mi petición pública de ayuda para iniciar la reconciliación al recibirme de la CNI, no hubo demostración alguna de apoyo, de nadie, de ninguna parte, ni de lo que podría llamarse genéricamente "las propias tropas", las personas con quienes tuve el honor de trabajar en el Gobierno. Ningún comentario ha habido tampoco contra Bachelet por su rencoroso y descarado parcialismo, quizás para no herir susceptibilidades; pero gracias a ello, a este cómplice silencio, un connotado senador siempre atento a hacer noticia por sus originalidades y ahora sí rimbombantes declaraciones,

a quien hemos debido citar antes –de la UDI–, dice: "ella se erige con mucha fuerza para elecciones futuras". Cómo no, mientras ella avasalla e impone sus criterios, se encubren olímpicamente enfermedades hereditarias que dejó a su paso por el Gobierno, entre ellas el hoyo negro del Transantiago, que succiona cuantiosos recursos del Estado, que ya costó la cabeza de un destacado profesional. En esos casos, ese honorable parlamentario ha guardado un respetuoso silencio contribuyendo con su indiferencia a consolidar los índices de la inmerecida popularidad de la exmandataria.

Pero estábamos hablando de Pinochet, no lo olvidemos. No hay duda de que faltaron a su alrededor y dentro del primer círculo de poder político, de los que en masa lo acompañaban a Bucalemu, elementos valiosos que lo aconsejaran optar por la dirección correcta, como Cubillos, que hizo público su malestar por intervención ajena en funciones que le eran propias, y que junto con Ernesto Videla pudieron conducir con éxito negociaciones extremadamente difíciles; u otros que lo persuadieron de aceptar un plan de ruta para desembocar en la democracia, como lo hicieron Fernández, Rillón, Julio Philippi y algunos cuyos nombres ahora se me escapan; en fin, para qué citar de nuevo al equipo de jóvenes economistas liderados en sus comienzos por Roberto Kelly, que luchó contra fuertes resistencias, incluso desde dentro del Gobierno, para desembocar en una política económica que él sabía que iba a ser resistida, pero que impuso con férrea voluntad y que ha sido admirada en el mundo entero.

Pese a su carácter en general adusto y autoritario, aceptaba razones y generalmente enmendaba rumbos. Nunca se negaba a conceder entrevistas privadas y en ellas se le podía plantear cualquier tema con la energía que cada uno era capaz para defender sus planteamientos, incluso en términos coloquiales. Solo los timoratos, obsequiosos y los que formaban sus coros de aduladores se restaban a este esfuerzo común de ayudar, con lealtad y sin oportu-

nismos, a construir un país mejor. Entre mis colegas militares contemporáneos, con mayor cercanía y en funciones de Gobierno, recuerdo con especial afecto y admiración al general Óscar Bonilla B., prematuramente fallecido. Poseía grandes condiciones de liderazgo personal y calidez en su trato. Por su natural ascendiente sobre Pinochet, pudo ser una figura muy influyente en el Gobierno Militar, morigerando resoluciones, visualizando efectos a futuro de políticas adoptadas, proyectando una imagen más compatible con las circunstancias y estableciendo contactos políticos que facilitaran la aceptación del sistema. Lástima que haya muerto tempranamente: el Gobierno ganaba con su prestancia y desempeño.

Los líderes civiles con los cuales tuve relación con distintos grados de proximidad, y que dejaron una profunda huella en la impronta de los primeros años del Gobierno Militar, empeñados en restaurar y renovar la institucionalidad en el país, fueron muchos, destacando entre ellos a Jaime Guzmán, Miguel Kast, Sergio Fernández, Ernesto Silva B., Pablo Baraona, Sergio de Castro, Álvaro Bardón, Alfonso Márquez de la Plata, Julio Philippi, Gonzalo Vial Correa y seguramente otros que ahora lamentablemente olvido.

Pinochet tuvo la serenidad y la habilidad de manejar con inteligencia las relaciones internacionales, donde Cubillos tuvo un rol preeminente e indiscutible, evitando dos conflictos bélicos y participando en forma protagónica en un intento de solución de la mediterraneidad de Bolivia, que ha quedado en los anales de nuestras relaciones exteriores. Como conductor militar, inició la preparación del país para que saliera cuanto antes de la situación de total indefensión militar en que nos encontrábamos y alcanzar, pese a ello, a empujar los expectantes niveles de desarrollo y progreso logrados.

Quiérase o no, es un referente forzoso que permanecerá con rasgos indelebles en la historia del país, el cual indis-

cutiblemente tiene el mérito de haberlo sacado de la órbita marxista, a donde se le conducía en forma irremediable, y además proyectarlo a los niveles de desarrollo que deberemos alcanzar gracias a su impulso. Como muchas personalidades importantes, no está libre de sombras que en algunas áreas opacan su figura.

A continuación transcribo la carta que me envió Jaime Guzmán Errázuriz en 1980:

«Santiago, 25-VII-80

Muy estimado Odlanier:

En la imposibilidad de obtener tu dirección o teléfono particulares para comunicarme personalmente contigo, he recurrido a nuestro común amigo Sergio Fernández a fin de hacerte llegar estas líneas.

Ellas sólo tienen por objeto manifestarte mi más profunda adhesión en estos momentos ciertamente duros para ti. Creo estar en mejores condiciones que muchos para apreciar la magnitud y naturaleza del desafío que para ti representó la conducción de la Central Nacional de Informaciones, y la valentía, la rectitud moral y la capacidad profesional con que supiste enfrentarlo.

Cuando la lucha por ideales, jugada abiertamente y sin claudicaciones, tropieza con escollos de la infamia y de la incomprensión, las oscuras fuerzas de la amoralidad pueden aparecer obteniendo sus propósitos. Pero en la medida en que se ha dejado un testimonio ético como el tuyo, y en que la voluntad de seguir luchando no desmaya, estoy cierto de son muchos quienes nos sentimos incentivados para redoblar nuestros esfuerzos al servicio de la causa que nos es común, para tratar de responde al ejemplo que tu actitud nos ha señalado, e imponer en definitiva los sanos principios y criterios.

Mucho me interesaría poder conversar contigo, lo que dejo a tus posibilidades de tiempo e iniciativa, tan pronto lo estimes del caso.

Entretanto, recibe un fuerte abrazo con toda mi admiración y amistad.

Jaime Guzmán»

VOLVAMOS A LA HUELLA

Por casi veinte años, la Concertación ha distorsionado la esencia de la historia de Chile contemporáneo. Se han usado todos los elementos agraviantes a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile –no escribo a nombre de ellas y no pretendo representarlas, solo expongo mi opinión personal–, en particular sobre el Ejército, que es el que más conozco.

La alta condecoración nacional otorgada por Bachelet –indebidamente–, a nombre del país, al senador Edward Kennedy fue otra demostración calculada de humillación a las FF. AA. y Carabineros de Chile, toda vez que él fue el gestor de la enmienda que lleva su nombre, que prohibió vender, solo a nuestro país, armamentos y repuestos y no a la República Argentina, que declaró nulo al arbitraje y que ilegal y voluntariosamente cerró la frontera con Chile y cuyas autoridades se expresaban amenazantes, además de exhibir un récord de más de treinta mil muertos. Esta "Enmienda Kennedy" nos dejó en tan peligrosa indefensión, que bien pudo significar una derrota en caso de haberse llegado a la guerra, que parecía inminente. Eso es lo que premió Bachelet con el aplauso de la izquierda marxista, que tiene muy débiles sentimientos de nacionalidad, si es que tiene alguno, y con el agravio hacia los que nos sentimos chilenos por sobre todas las cosas.

Sin pretender incursionar en el campo de la psicología, que me interesa profundamente pero que ignoro absolutamente, reconociendo que para el ejercicio de mi especialidad me habría sido de inmensa utilidad aproximarme a ella, en este viaje al interior de mis recuerdos y en las reflexiones que afloran espontáneamente como corolario natural, tratemos de meternos en la mente de la señora presidenta y en la de algunos de sus prominentes asesores marxistas que inspiraron muchas iniciativas y acciones de su Gobierno, porque ellos también llevan un uniforme por dentro, en el

alma; la diferencia es que el nuestro representa a la Patria entera, no a una corriente ideológica retardataria que borra las fronteras solo para permitir la entronización de su ideología y que pretendió alienarnos al bloque opuesto, donde la democracia es una máscara para ocultar el despotismo de los líderes sobre todo el resto de la población. Su línea de pensamiento es indeleble, por eso son previsibles.

Al terminar su período de gobierno, necesariamente alguien de su círculo más íntimo tiene que haber pensado que la triste y larga agonía del destacado político norteamericano podía ser "aprovechada" (duele la palabra, pero cualquier otra tendría las mismas connotaciones) para poner otra banderilla en el flanco de los militares (r) y en este caso, por la notoriedad del personaje, en el irrepetible marco de una enorme y gratuita publicidad mundial. Pese a la actitud claramente sesgada del senador Kennedy en contra de nuestro Gobierno Militar, a la fecha todos los países del Cono Sur eran gobernados también por militares, como consecuencia de la Guerra Fría, pero la furia del senador (Q. E. P. D.) se descargó solo contra Chile, cuya soberanía e integridad territorial podía ser severamente lesionada. Sin embargo, esas consideraciones eran menores a juicio de los asesores, ya que antes primaba la posibilidad de perseguir sin descanso a los representantes que hemos sobrevivido porfiadamente a su incansable obsesión.

Contrariamente, sin que adviertan algún atisbo de contradicciones conductuales entre sus condicionantes ideológicas y el amor que deben profesarle a su Patria como Nación, la nuestra, la que debe ser de todos los chilenos, se empeñan en hacer oír su voz como marxistas en defensa de Cuba, su admirado paraíso de virtudes democráticas y que casi pudimos alcanzar..., de no mediar el "Golpe del 11 de Septiembre". Es así que un destacado exponente de esa cultura, el diputado del Partido Comunista Hugo Gutiérrez, en el diario *La Tercera* del 25 de marzo de 2010, con el título "Un Discurso Rentable para el Poder", hace una ardorosa

defensa del régimen marxista "que se ha visto acosado por la comunidad internacional", por el martirologio de uno de los presos de conciencia en la más larga dictadura del mundo. Auténticamente, ellos sí han sido perseguidos solo por sus ideas; de haber tenido otras responsabilidades, los habrían puesto sin duda ante el paredón.

El Gobierno de la presidenta Bachelet fue "coherente" (como Gladys Marín, hay que recordar), persistió constantemente en el apoyo incondicional a Cuba, la misma que descarada y reiteradamente ha interferido en nuestra soberanía. Estableciendo, como siempre, un doble estándar con respecto a los derechos humanos. Basta recordar su alborozada y poco digna precipitación para retirarse –como una adolescente *fan* enajenada– de una solemne reunión internacional, porque el dictador cubano, en último instante, le había hecho el honor de concederle una entrevista. Con ello, rebajó significativamente la alta investidura que ostentaba. Para rematar la humillación de su obsecuente conducta, no bien salió de la entrevista, Castro públicamente defendió la posición boliviana de salir soberanamente al Pacífico. Así manejaba Bachelet la política internacional. Pero conociendo el rol que ella aún parece atribuirle, por sus deformaciones ideológicas, al aislado dictador caribeño, no sería imposible pensar que ella misma lo hubiera sugerido para "respaldar" el punto número 13 de su misteriosa agenda bilateral, puesto que son de su sector principalmente los avispados comentaristas políticos que periódicamente vuelven a la cantinela de que "ahora sería oportuno...", con lo terminarían comprando una enfermedad incurable en nuestras relaciones internacionales.

El señor Edmundo Pérez Yoma aportó recientemente valiosos y originales comentarios al respecto. Su rápido contradictor no refutó ninguno de sus sólidos argumentos y encuentro grave sostener que "nuestro deber es encontrar caminos de entendimientos y beneficio mutuo para abordar la salida al Pacífico de Bolivia". ¿De dónde salió eso?, menos aún cuando no se conoce el fallo de La Haya.

Los frecuentes gestos de íntima familiaridad de Bachelet con Chávez –el energúmeno venezolano–, al inicio de su Gobierno, también fueron inadecuados, ya que debió rechazarlos con la dignidad a que la obligaba su cargo, actitud muy distinta a la de la canciller alemana, Ángela Merkel, cuando un mandatario europeo se atrevió a ponerle solo una mano en el hombro. Para qué decir las reacciones que hubieran tenido una Margaret Thatcher, una Indira Gandhi o una Golda Meir.

En 1992 estuvimos en Cuba con mi esposa. Por casi dos semanas nos encontramos con una realidad distinta a la que ven los visitantes con anteojeras ideológicas (fue una sorpresa que me permitieran entrar, dados los cargos que tuve en el Gobierno Militar). La cruda realidad que vimos nadie la menciona, ni siquiera los turistas, menos aún los camaradas que se refugiaron, vivieron, fortalecieron sus convicciones ideológicas e incluso siguieron cursos de entrenamiento militar para combatir en sus países de origen contra los "oligarcas y las dictaduras fascistas".

Definitivamente, a diferencia de todos los otros países que estuvieron detrás de la Cortina de Hierro, que literalmente permanecieron cerrados al turismo y a la curiosidad e interés de extranjeros, como ahora sucede con Corea del Norte. En Cuba se incentiva el turismo internacional y en gran parte del país se sostienen económicamente de esa actividad. Esto genera una situación incongruente, donde claramente subsisten dos países completamente distintos, en un mismo territorio (y hasta un tercero: Guantánamo, la cárcel extraterritorial de EE. UU.).

Una es la Cuba de los jerarcas e invitados especiales del régimen. Casas del Gobierno, cuidadosamente aisladas por murallas, puestos y cámaras de vigilancia, con muchas habitaciones y bien cuidados parques y piscinas, que fueron arrebatadas a sus legítimos dueños y que se facilitan a los que el régimen quiere halagar.

Separadas están las zonas hoteleras de grandes cadenas internacionales. Instalaciones extremadamente lujosas, en escenarios diseñados con gran esmero, con bien cuidados jardines de bellas y extrañas plantas tropicales. Su población habitual es mayoritariamente rubia, algunos cuerpos esculturales y otros ya con mórbidas redondeces que se mecen ondulantes al ritmo de sus pasos y que tardan en estabilizarse cuando se desparraman perezosamente en reposeras, brillando bajo capas de aceites protectores y cremas. Hacia ellos o ellas se dirigen, como en un rito, jóvenes de ambos sexos, de livianos uniformes, llevando bandejas con variadas delicias. En este caso ya no se trata de blancos, sino de negritos y negritas, que a pesar de su condición, sonríen con cálida simpatía. Todos ellos son locales, por supuesto.

La otra Cuba es la de los cubanos, la de los verdaderos dueños del país, donde nacieron y tienen a sus muertos en los cementerios. Esa Cuba está fuera de esos recintos privilegiados. Ellos son meros ocupantes de los exiguos sitios que se les asignan, sin derechos. Esta es la Cuba real, la que el marxismo-leninismo, con su economía planificada, ha llevado a que se caiga a pedazos. Es la de quienes viven en casas que en su mayoría no son propias, sino del Gobierno, sin vidrios, desconchadas, sin pinturas, con techos de latas oxidadas. Sin jardines, ni plazas, ni de juegos infantiles. Es la Cuba de los que reciben cupos miserables para comprar alimentos o algunas especies de vestuario. La Cuba de quienes no pueden entrar a los hoteles y restaurantes de lujo, a menos que sean camareras, porteros o prostitutas. En el Meliá de La Habana vimos, a las 8 de la mañana, salir de una suite a dos niñitas de entre 8 y 10 años de edad, morenitas, de rizos ensortijados, que "habían pasado la noche con un caballero americano muy viejo y gordo que les había dado una buena propina".

Esa es la Cuba de los cubanos que no pueden entrar a las mejores playas de su país, a menos que sea escondiéndose de los guardias, entre la vegetación exuberante, para ofrecer

caracoles o pequeñas artesanías. Esa es la Cuba de los que no pueden libremente abandonar su país cuando les venga en gana, sino con permiso especial del Gobierno, si accede a otorgárselos. Es la Cuba donde al decir de Yoani Sánchez atiende a sus enfermos en hospitales inmundos. Donde los pacientes deben llevar desde sábanas hasta jeringas hipodérmicas. Donde profesores escamotean los alimentos que las madres entregan para sus hijos. Es la Cuba que tiene dos monedas que todavía los confunden. Es donde las camareras prefieren que les regalen cosas (cepillos, dentífricos, jabones, ropa interior, etc.) antes de que les den propinas en dólares, porque se los cambian a precio vil. Es la Cuba de los comités de vigilancia, de las arbitrariedades policiales y la que condena a presos de conciencia por veinte o más años y que protestan hasta llegar a morir de hambre. Es la que prohíbe el acceso a Internet para que sus habitantes no tengan contacto con el mundo exterior. Esa es la Cuba sojuzgada por generaciones, donde se les ha cambiado la mentalidad, de tal manera que ni siquiera tienen propósitos de rebelarse colectivamente, aceptando con sumisión lo que el destino les depare.

¿Cuál de estos dos países tan distintos es el que ven los admiradores ideológicos del régimen cubano? No puede ser ninguno de los dos países reales arriba descritos, porque no podrían dejar de advertir las aberrantes contradicciones entre ambos. El solo hecho de que coexistan revela una monstruosa inmoralidad que tratan de ocultar hacia los que vienen de afuera. Los que conforman la nación originaria, los que debieran tener más derechos y no tienen ninguno, son esclavos de sus gobernantes, van a las concentraciones porque los obligan y los controlan, al igual que aquí en la Unidad Popular, los manejan por el hambre, con exiguas cuotas de alimentos y de ropa, con la excusa de que todo se debe al bloqueo norteamericano. La frase "Territorio Libre de América" es un sarcasmo brutal. Con los comités de vigilancia de los barrios, la imposibilidad de viajar fue-

ra del país, la fuga de los balseros, que se atreven a cruzar las 90 millas arriesgando sus vidas, el temor de acercarse a extranjeros simplemente para conversar, el no poder hacer públicas sus opiniones sobre el régimen o ser severamente castigados y mil otros detalles del diario vivir, son prueba de que esta autorreferencia es claramente mentirosa.

Este es el modelo a donde nos quiso llevar Allende; aún mas, era peor entonces, cuando él la idealizaba, porque coincidió en esos años con la Ofensiva Revolucionaria de 1968, época en que se suprimió todo vestigio de libertad e incluso de propiedad y de libre empresa, considerándose en esta categoría hasta a los humildes lustrabotas y los conocidos "paladares", que eran modestas casas particulares que ofrecían comida a forasteros, que también tenían que pagar el costo de alimentación de los dueños de casa y de sus siempre numerosos familiares.

Es indudable que en un régimen rígidamente policial, donde no existe el derecho a huelga, donde los parlamentarios, según el decir de Yoani, "tendrán, durante los próximos cinco años, la aburrida tarea de asentir, unánimemente, ante cada proyecto de ley. El ejercicio de levantar la mano en señal de conformidad les ocupará una buena parte del tiempo de las sesiones", mientras que la mordaza impuesta por la modificación Constitucional de 2002 les recordará que el socialismo es irrevocable. Más adelante, ella dice: "Ustedes ya saben que me obsesionan las palabras y su significado (manías de filóloga), de ahí que me propongo no seguir llamando a esto un Parlamento, digámosle lo que es realmente, un abultado (614 parlamentarios) grupo de oyentes, un selecto, respetuoso y obediente auditorio".

"Socialismo o Muerte". Sobre la primera, la historia ha demostrado que es una quimera; pareciera, luego, que al paso que van está predominando esta última. La última efeméride celebrada fue una penosa demostración de decrepitud, figuras desgastadas, probadamente ineptas, ante monumen-

tos y edificios gravemente deteriorados por la incuria y el paso del tiempo. Y el mensaje transmitido fue el vergonzoso reconocimiento de que se ha condenado, a lo menos, a dos generaciones de cubanos a la infelicidad, por sus inagotables carencias y sufrimientos. Quizás en esa sociedad podría comprobarse en forma irredargüible la tesis sustentada en el brillante ensayo *El temor y la felicidad*, del Dr. profesor Sergio Peña y Lillo.

Mientras aquí son duros e incansables persecutores de los violadores a los derechos humanos, lo que estaría bien si se aplicara correctamente la justicia vigente, hacen la vista gorda de lo que ocurre en los países que son sus modelos ideológicos. Esa Cuba, supuestamente de los cubanos, fue la que la presidenta Bachelet no quiso ver por razones políticas. Tampoco pudo visitar a don Guillermo Patiño, que agonizaba después de una huelga de hambre de más de cien días, para conseguir su libertad y la de sus numerosos compañeros abusivamente encarcelados; quizás prejuzgó y fueron consideraciones de otro orden las que le impidieron hacerlo, a lo mejor muy alejadas elucubraciones éticas complicadas, difíciles de justificar dadas las circunstancias. Es posible que la explicación haya sido más pedestre, fundamentada en simples razones estéticas. No recuerdo haber oído ninguna crítica de la Alianza, con excepción, me parece, del presidente de Renovación Nacional sobre esta desaprensiva (llamémosla así) actitud de Bachelet.

Esta indiferencia, mantenida a lo largo de veinte años, sobre la sesgada actitud de la Concertación en materia de derechos humanos, ha conducido a que sea la única que impere en el escenario nacional. Ahora el nuevo Gobierno, asesorado por los abogados comunistas que siguen trabajando en Interior, cortó el nudo gordiano de los indultos. No tiene sentido decir que "el debate amenazaba dividir aún más al país y había que escuchar a 17 millones de habitantes", lo que parece claramente una exageración caricaturesca. De hecho, gran parte del país, habitualmente, no es-

cucha a nadie. Ni lo uno ni lo otro tenían bases reales. Todo terminó como era obvio: voces aisladas no podían competir con la vocinglera, amenazante y monolítica expresión marxista. La Iglesia Católica salió perjudicada; su propuesta de cuidada redacción contrastó radicalmente con severos discursos pasados, cuando defendía intereses opuestos, y en esta demostración de clara debilidad todos escuchamos la respuesta, categórica y nítida, que sonó como cuando el viento cierra de golpe una puerta. En suma, claramente fue un portazo, donde no se guardaron ni las formas.

Quizás en este inesperado desenlace hayan influido de algún modo visiones, recuerdos y tal vez experiencias familiares de niñez que se grabaron profundamente en la mente de algunos de los integrantes del gabinete y han perturbado el análisis equilibrado y sereno de una situación que alteró profundamente la vida nacional y que se ha mantenido inalterable en el tiempo, solo para sacar dividendos políticos.

Quiérase o no, hay que reconocer que Gramsci ha tenido discípulos destacados en nuestro país. Recomponer el alma nacional es una tarea que exige conocimiento objetivo de situaciones pasadas, esfuerzo y mucho valor. Una emblemática y distinguida senadora de izquierda dijo: "Valoramos la prudente decisión que refrenda los derechos humanos y sobre todo respeta la decisión de los tribunales" (olvidó que su padre fue duramente reconvenido en dos oportunidades por el más alto tribunal de justicia, lo que constituyó precisamente uno de los principales fundamentos para calificar a su Gobierno de ilegitimidad de hecho), y más adelante agrega, casi como un sarcasmo: "Esperamos un nuevo impulso para la búsqueda de la verdad, para mitigar en parte (¿cuanto costaría el total...?) el dolor de las víctimas". ¿Se ha preguntado alguien cómo se ha aplicado la ley a los ex-militares? ¿Qué posibilidades tienen para ejercer su propio derecho a la defensa y a un debido proceso, que vaya más allá de los aspectos formales?

Nunca he visto expresiones de verdadero dolor entre las damas de negro, sino que siempre gestos de odio, de venganza y amenaza. Mientras revisaba este texto apareció, como un milagro, en el diario *El Mercurio* del 17 de diciembre de 2010, la inserción "A los Soldados Olvidados del 73 en el Bicentenario de la Nación Chilena", firmada por el general Jaime Núñez Cabrera, presidente del Centro de Generales de Ejército en Retiro. Tuve la suerte de estar enterado, por uno de sus autores, de que su gestación fue difícil y que, como en otras experiencias similares, no faltaron voces discrepantes. Pero pudo más la decisión de llevarla a feliz término. Luego vino la carta de la exministra señora Raquel Camposano E. y otras muy importantes, hasta que hoy, 6 de enero de 2011, en un artículo de opinión, "Estado de Derecho y los Soldados del 73", el destacado abogado y profesor William Thayer Arteaga plantea, con la erudición y firmeza que lo caracterizaba, afirmaciones que creo responden, legítimamente, a las dudas que yo señalaba en el párrafo anterior. Estos argumentos abren muchas perspectivas de distinta naturaleza y confiamos en que haya luz al final de este largo túnel. Si es que existe un sincero interés de arribar a una decisión justa.

Creo que esos argumentos han sido, en el fondo, los mismos que han empleado muchas veces abogados que han defendido algunos de nuestros casos, pero los obstáculos para que haya una decisión favorable parecen infranqueables. El Estado, a través de su Consejo de Defensa, con una prerrogativa que se le otorgó no hace demasiados años, a la que se le sumó en tiempos de Bachelet una facultad adicional al Ministerio del Interior, que opera con dos organismos que refuerzan a la parte querellante, agregándose a ellos las facultades concedidas a la Fundación de los Derechos Humanos y la interesada interpretación de disposiciones jurídicas seculares, debiendo fallar, finalmente, un Poder Judicial cuyo origen han sido los numerosos nombramientos hechos durante estos últimos 20 años, de modo que se

configura una suerte de muralla donde la posición de los querellados se estrella inexorablemente.

En el Parlamento, con un equilibrio inestable por falta de mayoría aliancista y por el pánico de sus integrantes de que sean asociados con el Gobierno Militar, no parece haber disposición alguna para actuar seriamente en el tema. A veces encubren su temor con imágenes como cartas a los diarios o se dicen frases ambiguas en algunas entrevistas "para hacer un gesto" que, eventualmente, pueda redundar además en agregarles algunos votos.

Un ex comandante en jefe del Ejército dice en su artículo "Ejército de Chile, fin de una visión": "por ello mis palabras no deben entenderse como una morigeración de lo ocurrido, sino como un esfuerzo más en la búsqueda de la verdad completa y entendida siempre en el contexto histórico en que ocurrieron los hechos. En nuestro caso, unas circunstancias excepcionales, anormales y de odiosidad muy amplia que nos dividieron y profundamente" (volveremos al tema).

Precisamente, este viaje al pasado al que me he atrevido a invitarlos para que me acompañen, tiene el propósito de hacerles recordar algunos y dar a conocer otros, parte del contexto en que se desarrollaron los hechos que han dado origen a los procesos que se centralizan en los que fuimos miembros del Ejército. Deliberadamente no he hecho descripciones dramáticas sobre lo que ellos significaron, sus abusos, su cobardía para actuar desde las sombras y actuar impunemente contra personas a veces inocentes, ajenas a las circunstancias políticas, solo para hacer más objetivos los razonamientos (con respecto al contenido completo del artículo en comento, tengo profundas discrepancias doctrinarias basadas en mi larga experiencia en los cargos tan específicos en que me tocó desempeñarme).

Pero no solo se ha desconocido sistemáticamente el contexto, las circunstancias de extrema polarización y beligerancia en que se encontraba el país, sino que los procesos

se han iniciado a treinta años de distancia. Al respecto, cabe recordar que el señor presidente de la Ilma. Corte Suprema de Justicia, el 8 de abril de 2010, en el Caso Degollados, respondió en una entrevista de prensa:

Pregunta: Pero, más que como Presidente de la Corte Suprema, queríamos preguntarle como instructor del Caso Degollados.

Respuesta: "Lo de Ministro Instructor terminó hace más de 15 años, así que no tengo mucho recuerdo y no podría responder responsablemente. Si no, tengo que revisar el expediente".

Más adelante le pregunta el periodista:

Pero el que haya estado inculpado y no haya sido condenado.

Respuesta: "No sé si estuvo o no inculpado. Yo tampoco recuerdo, tengo la situación en general. Ha pasado mucho tiempo" (diario *La Segunda*, 8 de abril de 2010).

Los procesos que se siguen por los derechos humanos, en general, provienen de una data muchísimo más lejana y las excusas por no recordar se atribuyen al intento de ocultar la verdad. Y ha pasado el doble del tiempo en que los hechos ocurrieron.

Pero aún hay más, en el diario *El Mercurio* del domingo 9 de mayo de 2010, el prestigioso abogado Miguel Álex Schweitzer –ya mencionado–, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Finis Terrae, dice, en un artículo con el título de "Situación del Juez Garzón": "Un magistrado trabajador y acucioso, también le eran características su preocupación mediática y sin duda, su clara orientación política. No hay que olvidar que, siendo magistrado, fue elegido diputado por el Partido Socialista, donde, después de renunciar al cargo, vuelve a ser nominado en la judicatura, donde no se le conocieron indagaciones en contra de dirigentes de regímenes claramente violatorios de derechos humanos, como

Cuba, por ejemplo". Más adelante agrega: "es básico reiterar que la base del Estado de Derecho consiste en el respeto irrestricto de principios jurídicos esenciales, entre los que se encuentran, en el ámbito penal: El de la legalidad, *nullum crimen sine lege proevia*, no hay delito sin que previamente una ley los haya descrito y sancionado. El de la irretroactividad de la ley penal, según el cual no se puede aplicar una ley posterior a los hechos ocurridos antes, salvo que ella sea más beneficiosa para el inculpado, y el de la certeza jurídica, en virtud del que situaciones de hecho, justas o injustas, pasado un cierto tiempo se legitiman por efecto de la prescripción". Nadie hizo comentario alguno, ¡nadie!, pese a la incontrarrestable verdad jurídica que encierran los principios citados. A todo el mundo parece serle indiferente lo que le ocurre a los milicos procesados por derechos humanos.

Terminado el Gobierno Militar, se trató de borrar todo vestigio de su existencia, comenzando vergonzosamente en ámbitos del propio Ejército, lo que es inexplicable. Como en esas antiguas civilizaciones que convirtieron en ruinas creaciones monumentales de las anteriores. Una sola resolución personal borró diecisiete años de nuestra cronología histórica; ojalá el tiempo permita superar estas vergonzantes debilidades y se restablezca la verdad histórica en toda su plenitud, si es que esas reliquias no se han destruido, como los inmensos budas esculpidos en la roca. Pero no se pueden borrar los progresos alcanzados gracias a él. Eso hizo posible que alcanzáramos ahora el nivel de modernización que mañosamente se trata de identificar como la obra exclusiva de la Concertación y que, de hecho, no lo es.

Con el persistente afán de menoscabar y confinar a las instituciones fundamentales de la República, se les han asignado roles ínfimos, para sacarlas de la imagen pública y para que no se sintieran tentadas a nuevas aventuras... se les quitó el rol de garantes de la institucionalidad; se castró al Consejo Superior de Seguridad Nacional, que era una instancia de comunicación y diálogo entre autorida-

des políticas y militares. Nunca se le utilizó como medio de presión, lo que habría sido de inmediato denunciado en el nivel estratégico que le corresponde. Después, entiendo, simplemente se le suprimió. En una resolución incomprensible, entre Lagos y la ministra de Defensa Bachelet, se les quitó toda participación en materias de orden interior; nunca más se nombraron jefes de Zona en Estado de Emergencia ni jefes de plaza para, finalmente, subordinar sus medios de transporte a la ONEMI. No sería extraño que en este paranoico esfuerzo de suprimir la presencia militar en las ciudades se hubiera impulsado sacar a las unidades para llevarlas fuera de la vista de los ciudadanos.

No hace mucho escuché la frase "ordené que dejaran los fusiles y tomaran las palas". Me parece una expresión inapropiada para referirse a una de las instituciones fundamentales de la República. Se menoscaba el mando, es como repetir de otro modo "el Ejército es una máquina prevista por un artículo", que habría dicho un destacado científico. Las instituciones deben ser tratadas con respeto para que mantengan su bizarría y su grandeza y puedan hacer cumplir con honor las responsabilidades constitucionales que les corresponden. Para los altos mandos es una obligación moral mantener el legado que recibieron, acrecentándolo si es posible, pero jamás permitiendo que se deteriore. Por supuesto que esto podrá exigir sacrificios personales y riesgos; son los gajes naturales que se aceptaron al recibirse del cargo.

Las autoridades civiles pueden ser originarias de las zonas donde se desempeñan, pero por su propio carácter de tales, civiles, orientados a determinadas actividades profesionales y, debido a la especificidad y la transitoriedad de sus funciones administrativas que se les ha entregado temporalmente en situaciones de emergencia, no tienen capacidad ni entrenamiento para manejar situaciones complejas, coordinando organismos diferentes en casos específicos, lo que no es el caso de las autoridades militares, que deben estar siempre en aptitud de resolver, simultáneamente, tan-

to problemas de orden interior como los derivados de un eventual conflicto externo.

Son circunstancias de algún modo coincidentes con el análisis anterior. A mí (soy autorreferente porque esta es la historia de mi vida) me correspondió el mando del Regimiento "Rancagua" en Arica, paralelamente con un grave e inminente peligro de guerra externa con el Perú (1973-74), por lo que debí abocarme a resolver los problemas derivados del Pronunciamiento Militar y poner de pie, simultáneamente, a todos los servicios públicos y normalizar la vida de toda la población.

La Academia de Guerra del Ejército nos prepara para el ejercicio de distintos mandos durante la carrera, como el desempeño eventual como jefes de Zona en Estado de Emergencia, para prestar auxilio a la población en casos de catástrofes y esto nos da la alguna aptitud necesaria para enfrentarlos simultáneamente. Esa diversidad de funciones ayuda a formar verdaderos comandantes de tropas, en el más amplio sentido de la expresión, con condiciones de carácter firme, con la capacidad de formarse un juicio adecuado de la situación, con una rápida evaluación de los factores principales, prescindiendo de detalles superfluos, y con la aptitud de tomar resoluciones trascendentes con la urgencia que el caso requiera. Esas son las cualidades que deben estimularse, porque se van a transmitir como ejemplo a los subalternos y a toda la institución.

Los legendarios "coroneles blancos", que destacan a veces en ámbitos sociales o de otro orden, tienden a permanecer alejados del mando directo de las tropas y terminan por convertirse en burócratas incompetentes para el manejo de crisis. Lamentablemente, la presencia a veces de autoridades civiles transitorias, con rasgos muy acentuados de carácter autoritario, pueden tender a fomentar la proliferación de esta clase de oficiales que, por su obsecuencia, podrían prestarse para ir diluyendo progresivamente el patrimonio profesional inmanente de la institución.

Las autoridades civiles deben tener la confianza suficiente en sus fuerzas armadas, porque ellas jamás han buscado competir por el poder y siguen siendo netamente constitucionalistas. El país gana si se respeta la majestad de las Fuerzas Armadas y en la historia de Chile está impresa su contribución a la formación de nuestra Patria. Tampoco es bueno empujarlas a convertirse en "compartimientos estanco", puesto que su labor siempre estará firmemente imbricada con la población civil, que le sirve de sustento. Naturalmente, como todo órgano del Estado, no pueden ser entes autárquicos y al margen de los controles y de la debida transparencia en todo aquello que no atente contra la Seguridad Nacional.

La Concertación ha actuado con miopía y espíritu revanchista con relación a las fuerzas armadas, ya que no solo ha indultado "a todos" los terroristas sino que aquí se les dio tribuna, permitiendo que se jacten de sus hazañas en el propio Parlamento de la República, humillando a los afectados por sus actos subversivos. Nadie parece haber advertido esta incongruencia en la sesgada defensa de los derechos humanos, que se ha hecho con estridencia y sarcasmos, más allá del propósito de hacer justicia.

La balanza de la justicia ahora claramente parece inclinarse al otro lado. Un señor presidente de la Corte Suprema criticó duramente a sus pares que ejercían en el máximo tribunal durante el Gobierno Militar. En el libro *Crimen en una calle de Palermo*" (Prats), página 414, se señala: "expertos en derechos humanos, miembros de la Comisión de la OEA, opinaron más tarde que la tardanza en fallar los recursos presentados fue una de las razones que permitieron la desaparición de personas después de su arresto", en referencia a un caso de una persona comprobadamente con vida al momento de presentarse el recurso y que al contestarse dicho recurso, varios meses después, había desaparecido. Y, ciertamente, hubo muchos casos similares. Cabe preguntarse si esta evidente denegación de justicia no implicó, al menos, algún alto grado de responsabilidad moral por no representarla con energía, más allá de una censura tardía.

Un presidente del altísimo tribunal dijo, con un dejo de ironía, por no llamarlo de otro modo: "No, don Patricio (Aylwin, naturalmente), deje que primero los militares hagan la parte sucia de este asunto, después entramos nosotros". Y no hay duda de que entraron; nosotros también, solo que nosotros a la cárcel. Me parece advertir una lejana semejanza de lo ocurrido en la Revolución Francesa con lo que puede ocurrir en Chile, si todos somos iguales ante la ley.

Incluso, mirada a la distancia, no parece comprensible la actitud de tan alto tribunal de justicia, en cuanto a renunciar voluntariamente al ejercicio de sus potestades, cualquiera hubiera sido el agravio eventual que pudieran eventualmente haber recibido. Tampoco parecen suficientes las explicaciones, "dado el singular y curioso espíritu de institucionalidad y de convivencia", como dice el profesor Villalobos, y yo me permito agregar "formalmente legalista chileno", que alcanza ribetes cómicos y paradojales, si no simplemente ridículos, cuando, por ejemplo, durante el "Tanquetazo", esos pesados vehículos se fueron deteniendo en todas las esquinas cuando se encontraban con luces rojas en los semáforos. Reflejos condicionados, quizás, pero así funciona nuestra mente nacional. Por otra parte, el Gobierno Militar duró 17 años y me parece recordar que nunca en ese dilatado lapso hubo un llamado de atención o censura convincente para poner término a los excesos que era fáciles de advertir.

Un prestigioso ex presidente de la Corte Suprema dijo, antes de asumir: "que los secuestros permanentes eran una ficción jurídica inaceptable, ya que no parece razonable que puedan permanecer vivos después de tantos años". El señor Gonzalo Vial Correa (Q. E. P. D.) publicó hace años, en el diario *La Segunda*: "que habiendo transcurrido ya tantos años después de esos luctuosos episodios, período en que seguramente han muerto tanto algunos responsables de esos hechos como familiares afectados".

Ni siquiera algunos fallos judiciales parecen estar exentos de la influencia perniciosa y latente de la Guerra Fría, porque

necesariamente algunos magistrados tienen que haber sido influidos por las propias convicciones íntimas o incluso pueden haber sido afectados familiarmente por la vorágine que vivió el país y que aún demuestra vestigios y cicatrices no sanadas.

El primer gobierno democrático pretendió impulsar esfuerzos tendientes a la verdad y reconciliación. Lo primero se hizo tratando de establecerla efectivamente, pero básicamente desde un solo punto de vista; y en cuanto a lo segundo, la reconciliación, es evidente que no se hizo ningún esfuerzo por lograrla. Fue una palabra de adorno para mejorar la venta del producto, acción típicamente democratacristiana.

Sigamos nuestro viaje virtual por los caminos de la memoria. Cada día descubro nuevos elementos que suscitan mi interés y que, pese a estar confinado en un lugar de reclusión, el solo hecho de saber que soy inocente me da la tranquilidad de conciencia de no solo no encontrar algo de qué arrepentirme, sino, más aún, la satisfacción de haber hecho todo lo humanamente posible por evitar excesos.

Volvamos al entorno inmediato. Este es un lugar apacible, dada nuestra edad y condición. Hay viejos y hermosos árboles, lamentablemente todos afectados por diversas plagas que terminarán acabando con ellos. Atraídos por la vegetación y la tranquilidad, llegan muchos pájaros, como tórtolas, zorzales, loicas, chercanes, chincoles, tencas, mirlos, loros argentinos y diucas, poniendo una nota de color y de vida. Resulta extraño observar que siendo todos ellos entusiastas y aventajados cantores por naturaleza, aquí son en extremo silentes. Ocasionalmente, y solo en época de apareo, se escucha cantar a las tencas. A lo mejor la presencia de las rejas y del ambiente, que necesariamente trasuntan la finalidad del recinto, enmudece a quienes en otras partes alegran con sus trinos.

Pese a todo lo que significa estar en la cárcel, no siento haber perdido –completamente– ya cuatro años de mi vida, que a esta edad hasta los minutos cuentan. Sin duda, la he

vivido en forma muy distinta y muchas veces precaria. La falta de libertad obliga a "irse hacia adentro", callar tantas cosas que solo interesan y entienden familiares y amigos que constituyen compañía aún con sus silencios. El saber que hay problemas afuera que afectan a nuestros familiares, instantáneamente resucita sentimientos de impotencia y rebeldía contra la increíble injusticia que se ha cometido en mi caso y quizás en cuantos otros más.

He tenido la suerte de que me han hecho llegar muchos libros de variada índole; buenos, regulares y malos; estos últimos se amontonan por ahí, porque da pena echarlos al lugar que se merecen. Sigo con interés las noticias en los diarios; natural y, desgraciadamente, no tenemos acceso a Internet. Marco artículos sobre materias que me interesan y con Pedro hacemos seguimiento a algunas noticias e intercambiamos apreciaciones. Muchas veces acertamos en nuestros vaticinios y nos quedamos con la alegre sensación de haber leído los diarios del día siguiente, porque en muchos casos en nuestras conversaciones habíamos adelantado consecuencias y repercusiones.

No obstante, al final del día y en la soledad de mi cuarto, acuden, naturalmente con nostalgia, recuerdos de Nana, de mis hijos, de mis nietas y nietos, de los miembros de mi familia y de mis amigos más íntimos y siempre quedo con un dejo de tristeza, una sensación de pérdida; al mismo tiempo, por suerte, acuden recuerdos venturosos que siempre son los más. No obstante, persiste el sentimiento de despojo abusivo de oportunidades que me fueron arrebatadas injustamente. Ahí llega el momento de lamer heridas, evocar cimas alcanzadas en nuestra vida errante por los caminos que nos trazó el destino y pasar por arriba las cimas de recuerdos dolorosos, que sabiamente la naturaleza humana ha ido cubriendo piadosamente con sedimentos, como quien transforma un inmundo vertedero en un risueño parque lleno de árboles majestuosos, de césped, de flores y de niños persiguiendo pajaritos, inconscientes de lo que les deparará

el destino. Con el milagro de cada mañana, vuelven a florecer esperanzas para continuar explorando con curiosidad otras materias de interés que nos alejen de la idea de estar hibernando. La "grasa" acumulada nos mantiene y nos permite continuar viviendo en espera de tener la oportunidad de volver a asomarnos de nuevo a la vida plena.

La TV, al menos para mí, realmente no ha sido compañía. Los noticiarios nacionales, excepto el Canal 24, son una interminable descripción de los mismos delitos que se repiten una y otra vez, de la misma forma. Lamentablemente, estas mismas señales se envían al exterior y son las que ven aquí los turistas cuando, cansados de las aventuras diarias, llegan a sus hospedajes a recargar energías (comprendo las razones; lógicamente, la esclavitud de los ratings es lo que a la gente le gusta... Una nieta muy querida, María Cristina, me habla de esas cosas, pero no puedo dejar de preguntarme: ¿No habrá la posibilidad de hacer huequitos para educar sin aburrir y no solo entretener con programas de farándula?).

En pleno e irreversible proceso de globalización se informa muy someramente de lo que ocurre en otros países, sin indicar en qué parte del mundo están ubicados, lo que parece necesario, toda vez que el término de la Guerra Fría desarticuló súbita y radicalmente el mapa del mundo, y porque muchos de nuestros compatriotas deben seguir sintiéndose vivir en el último rincón del mundo y seguramente no pueden imaginar la cantidad de lazos que nos conectan económica, política y culturalmente con los más lejanos lugares de la tierra, como que ya estamos explorando la posibilidad de extraer minerales en Pakistán y Afganistán, a pesar de la distancia y la tremenda inestabilidad de esas apartadas regiones.

Empresas familiares como las de los Luksic (todo el país debe haber lamentado la temprana desaparición de uno de sus destacados miembros), los Matte, los Von Appen, los Claro, los Ureta y tantos otros, expanden nuestras fronteras y

nos recuerdan a nuestros pioneros del salitre. Este fue el espíritu pionero que en el pasado hizo crecer a nuestro pequeño país. Las fronteras económicas alcanzan distancias enormes.

Siempre resultan escasos los buenos comentaristas internacionales y hay algunos audaces aventureros de las noticias con ideas francamente equivocadas. Hace solo algunos meses dos o tres de ellos, como si estuvieran sincronizados, abogaban por darle pronto salida al mar a Bolivia, sin reparar en el costo que ello tendría para nuestro país. Otros cometieron el error de considerar que Chávez era simplemente un bufón, cuando no ha dejado de extender su influencia malsana muy lejos de su territorio y ha tenido el descaro de asumir, casi oficialmente, como protector de Bolivia, repartiendo cuantiosas sumas en dólares a comandantes de regimientos y punzándolos para endurecer su posición contra nuestro país, armando a sus fuerzas armadas, hacerlas declararse marxistas–leninistas y ahora dándoles patentes de corso para entrar a robar de uniforme en nuestro territorio.

Si ahora, aun teniendo la llave de limitadas entradas internacionales desde ese país, se ha incrementado considerablemente el tráfico de narcóticos, vale pensar qué ocurriría si ellos obtuvieran un enclave: no podría controlarse ni el contrabando de esas sustancias, ni siquiera el de personas buscando mejores expectativas de vida.

DIPLOMÁTICO "A LA CARRERA"
(1 de abril de 1976 al 20 de diciembre de 1976)

Al retirarme voluntariamente del Ejército, como lo he dicho, en 1975, Pinochet me preguntó si acaso, más adelante, cuando él precisara de mis servicios, podía contar conmigo. Por supuesto, mi general; no pido nada, pero si cree que puedo servir en algo, cuente conmigo. Soy un soldado.

Al cabo de cierto tiempo me hizo llamar por teléfono (al retén de Carabineros de Mehuín, Región de los Ríos, porque no había teléfono público) y me preguntó si aceptaba la embajada en Perú, dado que aquí había un general como embajador y que yo conocía a mucha gente en las Fuerzas Armadas peruanas. Le pedí que me diera unas horas para pensarlo. Cuando regresé a mi casa y le conté a mi familia el ofrecimiento, mi hija Marisol, por entonces adolescente, me dijo:

–No, papi, te vas a ir a Panamá y no a Perú.

Es de no creerlo, pero me llamó de nuevo y me pidió que viajara a Santiago. En su oficina me preguntó si, en vez de ir al Perú, estaba dispuesto a servir en Panamá, "porque sé que usted conoce mucho de Torrijos y eso sería muy conveniente para nuestro país". Acepté de inmediato. Era verdad que tiempo atrás había conocido al general Omar Torrijos en la Escuela de las Américas. Ahora era el comandante de la Guardia Nacional e indiscutido jefe Supremo de Panamá. No obstante, había ahí un presidente de la República en ejercicio, pero ese era un cargo decorativo. Todas las decisiones las tomaba Torrijos. Por eso, al aterrizar en Panamá pedí audiencia con quien mandaba y después de hablar con él presenté mis cartas credenciales al presidente de la República en el Palacio de las Garzas. En la televisión local se destacó mi visita a Torrijos. Lo otro, repito, era pura formalidad.

Pronto inicié la ronda de visitas protocolares a los embajadores acreditados en el país. Tema de conversación obligada era cómo yo, recién llegado, había podido obtener una entre-

vista, casi inmediata, con el general y todavía con tanta publicidad; en cambio, varios de ellos llevaban años en Panamá y nunca habían sido recibidos por él. Contestaba solamente que desde hacía mucho tiempo teníamos una buena amistad. Además de reconfortante para mí en lo personal, porque Torrijos era un personaje excepcional. Generoso, simpático, gran conversador, trabajador infatigable, de un acendrado patriotismo, visionario y muy sencillo en su trato. Dada su gran admiración por Chile, de hecho varios oficiales de la Guardia Nacional se educaban en nuestro país y el hijo del subjefe de esa institución era cadete de nuestra Escuela Militar. El general estaba siempre presto para facilitarme ayuda en mi cometido. Por ejemplo, la Esmeralda hizo una visita oficial a Panamá. Él me facilitó la organización de los actos de recepción y permanencia en sus aguas jurisdiccionales, lo que permitió que tuvieran así el realce y distinción adecuados.

En una ocasión se hundió un gran buque de transporte de carga marítimo a la entrada del canal. El Ministerio de Relaciones Exteriores de mi país me ordenó que buscara la forma de facilitar cuanto antes el paso de tres buques chilenos que estaban cargados con fruta. A pesar del corto tiempo transcurrido desde el hundimiento del citado buque, ya había 120 otras naves a la gira esperando pasar. Gracias a sus buenos oficios pude poner los buques encabezando el paso y evitando así que la fruta se dañara.

Torrijos era un hombre singular -bueno, en realidad todos lo somos de alguna manera-, pero él, como gobernante, salía de lo común. Normalmente no daba entrevistas de trabajo, y menos a la prensa. Su imagen no salía permanentemente en los diarios. De las muchas veces que estuve en su oficina, jamás lo vi firmar documentos, pero era un hecho que supervigilaba todas las acciones de gobierno. Nada escapaba a su atención, era infatigable en su devoción por servir a su país. Negoció con firmeza, astucia y perseverancia la entrega del canal, que no sé si lleva su nombre, pero lo merecería.

Le disgustaba lo meramente convencional y especialmente las ceremonias protocolares. Abordaba los temas de gobierno en cualquier parte y prefería el contacto personal, casi informal, antes que abocarse a leer largos escritos. Era un gran sibarita y gran gozador de la vida. En Farallón tenía una amplia mansión para recibir visitas especiales, con más intimidad. En cierta ocasión llegó a Panamá un elenco peruano que interpretaba una teleserie de gran audiencia y con una música que se escuchaba en todas partes (por el calor, las ventanas y puertas siempre estaban abiertas en todas las casas y, especialmente, por el gusto alegre y tropical de escuchar música con el máximo volumen). Parecía que todo el país se detenía para ver las aventuras de la popular comedia. No obstante, lo más destacado era, sin ninguna duda, la protagonista, la "Simplemente María", de una belleza y simpatía espectaculares.

Tuve la suerte de ser invitado por el general a un viaje en avión hacia la frontera con Costa Rica, donde vi paisajes y lugares maravillosos entonces casi desconocidos. En el aeropuerto, al abordar el avión en Ciudad de Panamá, para sorpresa nuestra, nos encontramos que también estaba invitado parte del elenco. Pese a que el general viajaba con su esposa, una distinguida y hermosa dama. La "Simplemente María", guiada por su gran profesionalismo, se impuso seguir interpretando su rol en la comedia, fuera del escenario, a como diera lugar. Después de un corto vuelo llegamos Bocas del Toro, un lugar de abundante vegetación tropical y grandes extensiones de cultivo de plátanos y caña de azúcar. Nos alojamos en una antigua mansión colonial magníficamente conservada y muy elegantemente alhajada. El comedor era un gran salón central al cual desembocaban todas las puertas de los dormitorios y, como en los hospitales modernos, un largo pasillo los unía por detrás, donde circulaba el personal de servicio. La apuesta que circulaba en las mesas de los invitados era determinar por qué puerta iba a aparecer el general a la hora del desayuno, porque al parecer el corredor

posterior también se usaba subrepticiamente para otros propósitos. Pero Saby, que así se llamaba, sí sabía lo que quería; tanto, que cierta mañana apareció coquetamente abrigada con una chaqueta con estrellas y presillas. Justamente ese día, Raquel, la hermosa y distinguida anfitriona, esposa del general, hizo su aparición en el comedor. Un súbito silencio llenó el espacioso lugar. Los tenedores con manjares que se levantaban buscando saciar apetitos quedaron suspendidos en el aire; un informe meteorológico inaudible bruscamente empezó a transmitir alarma de tormenta, pese a que por las ventanas se apreciaba un sol radiante. Un embajador amigo, ubicado frente a mí, súbitamente empezó a ponerse morado, se había atragantado el pobre y no se atrevía a toser, le hice señas a un mozo para que lo llevara a un baño.

Con toda dignidad, la esposa ofendida se acercó a la dama improvisadamente uniformada. Previendo lo que podía suceder, Omar, en un estratégico y sorpresivo golpe de timón, en voz alta, dijo:

–Ayudante, acompañe a mi señora al avión, que se regresa a Ciudad de Panamá ahora mismo.

Y, así, el viaje continuó sin mayores incidencias.

Algún tiempo después de nuestro placentero viaje, en el principal diario panameño apareció una nota oficial que transmitía el Ministerio de Relaciones Exteriores a Torre Tagle, expresando, más o menos, que, la señorita en cuestión había causado tanto impacto en el país, que a nombre del Gobierno le pedía oficialmente se le nombrara agregada cultural del Perú en Panamá. Nunca se publicó la respuesta a este requerimiento; no obstante, sí se hacía evidente que la impresión causada había sido muy grande.

Una exguerrillera centroamericana, ahora destacada novelista en su país, cuenta con mucha gracia que a raíz de una invitación a Farallón, precisamente, el general se esforzaba por tomar la fortaleza, que ella tuvo que defender con singular esfuerzo.

En otra oportunidad, el embajador de Bolivia, Sr. Vaca Diez, que entiendo después fue presidente del Senado de ese país, me dijo que estaba por llegar en visita oficial el presidente de su país, el Sr. general Banzer, y deseaba tener una entrevista con el general Torrijos y que él, a pesar del tiempo que llevaba acreditado allá, aún no había tenido ocasión de conocerlo. Consulté una libreta y llamé en su presencia por teléfono al general, que me dijo que fuera de inmediato a cierta dirección. Días después el embajador me contó que desde mi casa se había ido directamente a la dirección que yo le señalara. Tocó largamente el timbre y, como nadie abriera, empujó suavemente la puerta, que cedió, abriéndose. Frente a él había un gran salón y un largo pasillo a oscuras. Desde el fondo de dicho pasadizo apareció el general Torrijos, vistiéndose, con el pantalón y las botas en la mano, y le dijo:

–¡Hola, chico!, ¿tú eres el embajador que quiere hablar conmigo?… –y siguió tranquilamente en su cometido, colocándose una prenda tras otra, parsimoniosamente–.

Así de sencillo era mi distinguido amigo, pero nadie se podía equivocar con esta actitud aparentemente desprejuiciada; conocía todos los problemas de su pequeño pero bullente y dinámico país y en él siempre encontraban solución gracias a su gran capacidad y a su brillante inteligencia.

Las negociaciones para el traspaso de la administración del canal fueron arduas. En la colonia diplomática se corrió el rumor de que Torrijos estaba dispuesto a sabotear al canal si llegaba a fracasar en el intento, lo que habría motivado a Carter para agilizar las negociaciones. El ministro de Relaciones Exteriores, don Aquilino Boyd, una persona de jerarquía superior, muy culto, de finas maneras, tuvo un gran desempeño en las difíciles negociaciones con la mayor potencia del mundo, logrando condiciones muy favorables para su país.

Mi súbito traslado a Uruguay impidió la realización de algunos proyectos que había pergeñado realizar al año si-

guiente. Pero sigamos con el relato. En otra ocasión, el embajador de Francia me llamó preguntándome si podía venir a conversar conmigo a mi casa.

–Por supuesto, vente mañana a tomar té.

Me explicó que el buque escuela de su país, el *Jean D'arc*, visitaría Panamá en una fecha próxima, y como la recepción de *La Esmerald*a había resultado tan lucida, me preguntaba cómo la había organizado. Le expliqué en detalle los contactos que había que hacer, pero que, al informar a su gobierno, cualquiera que fuera el resultado de sus conversaciones y documentos suscritos, dijera destacadamente: "no obstante lo anterior, todo el programa puede sufrir modificaciones de última hora, imposibles de prever".

Llegó el magnífico buque en la fecha y horas indicadas. A diferencia del buque nuestro, este está al mando de un almirante. Por televisión se vio que subieron a bordo los representantes locales a darle la bienvenida. Después se ven, por el mismo medio, al almirante de impecable tenida blanca, espada y, creo recordar, condecoraciones, con el embajador y unos ayudantes con "cordones" que desembarcaron y caminaron airosos hasta la entrada del Palacio Presidencial de las Garzas, seguidos de periodistas y un pequeño número de curiosos. Los grandes portones de hierro, elegantemente forjados con hermosas volutas de acantos y arabescos, estaban cerrados, con cadena y candado, como si fueran las trancas de un fundo. Uno de los ayudantes se adelanta y enérgicamente saluda a su almirante –al cortarle la proa– pasando por delante y, nerviosamente, toca un timbre. Desde adentro sale un funcionario que estaba barriendo y se oye que dice en voz alta y clara:

– Lo siento, el señor presidente está de viaje en el interior, no va a venir hoy día.

Había ocurrido el imprevisto ya advertido. La flamante delegación, seguramente un tanto ofuscada, pero con la

postura y los semblantes imperturbables, regresó a bordo, sin cumplir su cometido.

De mis muchos viajes por el interior del país, por rincones remotos y especialmente en mis constantes traslados de Ciudad de Panamá a Colón, y viceversa, guardo en mis retinas la belleza superior de sus paisajes, de selvas exuberantes y de grandes plantaciones de plátanos. Muy temprano en las mañanas grupos de niñitos y niñitas, impecablemente limpios, con sus blusas blancas recién almidonadas, concurrían de distintas direcciones a sus pequeños colegios. A veces el sol lucía radiante, pero, por precaución, muchos portaban en sus brazos paraguas de colores, porque sin aviso previo el cielo se cubría de grandes nubes negras y el agua caía a raudales; tanto, que los limpiaparabrisas eran incapaces de despejar los vidrios para permitir el mínimo de visibilidad y había que detenerse en las bermas, si las había.

La embajada chilena ayudaba a sostener una escuela de educación básica y era notable el profesionalismo y capacidad de sus profesores. Los niños extranjeros tenían serias dificultades para alcanzar el nivel de excelencia en sus clases. En la mayor parte de las oficinas públicas y privadas las mujeres usaban uniformes diseñados por grandes modistos y sus modales y presentación eran impecables.

Panamá no es solamente el canal, con el tiempo será un destino turístico de primer nivel. Sus playas, campiñas y, especialmente, las islas San Blas, con sus acogedores habitantes y sus costumbres ancestrales que mantienen intactas y sus coloridos vestuarios, resultan inolvidables. Panamá, para Chile, por su dependencia del tráfico marítimo, reviste una importancia capital. Otro aspecto poco conocido es la amplitud y capacidad de negocios de la Zona Libre de Colón. Muchos comerciantes de *retail* en América del Sur se abastecen en ella, especialmente de mercaderías procedentes del Oriente, pero también de otros continentes. Panamá constituye, así, un centro de negocios de primer nivel.

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY
(1 de enero de 1977 al 30 de enero de 1978)

Apenas llevábamos algunos meses en Panamá, cuando recibí una larga y elegante carta manuscrita del Sr. ministro de Relaciones Exteriores de Chile, almirante don Patricio Carvajal Prado, en la que, a nombre del presidente de la República, me pedía con muchos circunloquios "que si lo tenía a bien, por razones de fuerza mayor, aceptara el traslado, cuanto antes, a Uruguay". Para abreviar el trámite, lo llamé por teléfono, aceptando, naturalmente –qué otra me quedaba–. Liamos nuestros bártulos, nos despedimos con mucho sentimiento de las autoridades y representantes del Cuerpo Diplomático y partimos en vuelo directo hacia nuestro nuevo destino. Nunca supe cuáles habían sido las razones tan poderosas para generar este cambio. Yo reemplazaba a un almirante que regresó a Chile.

No obstante que lamentamos nuestra súbita partida de las tierras de "merengues" y "polleras", con mi esposa quedamos pronto encantados con nuestro nuevo destino, la recepción cariñosa de sus autoridades, la comunidad diplomática en que nos insertábamos y la mayor proximidad a nuestro país, donde habían quedado dos de nuestros hijos, sumándose a ello que nuestra hija, que ingresó a la Universidad en Montevideo, mitigaba lo perdido.

Se vivían años tensos en Chile en la relación con Argentina, que eran el preámbulo de lo que vendría más tarde, en 1978. En las reuniones sociales eran el tema obligado, especialmente en los corrillos diplomáticos. La influencia argentina era omnipresente en todas las actividades del país e impregnaba todos sus usos y costumbres; había una gran población, permanente o transitoria, de ciudadanos de esa nacionalidad; el hecho de que su principal balneario, Punta del Este, está fuertemente colonizado por sus vecinos de gran capacidad económica, y otros múltiples aspectos

de gran significación, además del hecho que Brasil, su otro poderoso vecino, estaba también presente como una fuerza tutelar, aunque sin las estridencias de los de la otra orilla, saturaban todo el ambiente. Había, así, que darse maña para hacer sentir de algún modo la presencia de nuestro pequeño país. En el área cultural veía la posibilidad de incursionar resaltando valores que nos conectaran, cuales vasos comunicantes, como en la poesía, donde emergía la figura rutilante de Juana de Ibarbourou (quise visitarla, pero estaba restableciéndose de una larga enfermedad).

En la primera comida que dimos al ministro de Relaciones Exteriores y a las principales autoridades del país, sorpresivamente, uno de los dignatarios, dirigiéndose a mí, me dijo más o menos:

–Usted no sabe, señor embajador, lo que significó para nuestro país dejar de ser provincia argentina. Fue un error a todas luces.

Y acto seguido hizo una larga y elocuente enumeración de lo perdido. Mientras cavilaba sobre lo que había escuchado recién, otro de los asistentes tomó la palabra y retrucó en un tono un poco más alto y enérgico y dijo:

–No, no concuerdo en absoluto con… (cuidado, me dije a mí mismo, estamos entrando en una zona de peligrosas turbulencias. Pero no, no hubo ninguna reacción de nacionalismo exacerbado).

Con tono tranquilo y afable, dijo:

–Nuestro destino era haber seguido perteneciendo definitivamente a Brasil. A su vez, fundamentó sus propias apreciaciones, enumerando una serie de ventajas.

Es posible colegir, entonces, que este dilema aún persiste, pese a que con el tiempo se ha consolidado una cultura que los distingue, puesto que son naturalmente rioplatenses, con algunas incrustaciones africanas que no figuran en estadísticas. Ambos se disputan ser la patria de Carlos Gar-

del y rivalizan en la calidad de sus exquisitas parrilladas, destacando las orientales en su mayor variedad de condumios y unos "asados con cuero" que son impresionantes.

En este ambiente nacional entre tan corpulentos competidores, por así decir, nuestra presencia como país era muy escasa y nos propusimos ir dando pequeños pasos que no implicaran competencia sino solo acreditar presencia y hacer contactos útiles para nuestro país. Fue así como obtuve la donación, por parte del Ejército, de un hermoso busto de O'Higgins y, por parte de la Armada, de un equivalente busto de Prat; alcancé a dejar instalado el primero en un lugar de gran preeminencia. El segundo, por falta de tiempo, quedó en la bodega de la embajada. Por azar di con un par de hermanos de origen italiano, muy ancianos, eximios escultores en piedra. Con una fotografía de la Carta de Pedro de Valdivia situada en el cerro Santa Lucía, hice tallar una estela, similar en tamaño y forma a la original, en granito negro. Al costado izquierdo hice poner el mapa de Chile y al derecho el inmortal verso de Alonso de Ercilla y Zúñiga:

Chile, fértil provincia señalada
en la región Antártica famosa (...)
que no ha sido por rey jamás regido
ni a extranjero dominio sometida

Autorizado por los maestros escultores, me di la íntima y vanidosa satisfacción de inmortalizar personalmente las tres islas en disputa en el canal de Beagle. El monumento quedó ubicado en la rambla, frente al río, y mirando más allá, a la Argentina, enorme y amenazante espada de Damocles que se cernía sobre nuestras cabezas, y se inauguró en una solemne ceremonia en presencia de las principales autoridades del país, representantes del Cuerpo Diplomático y establecimientos educacionales.

Uno de los aspectos muy gratificantes en Montevideo son sus costumbres sociales. Gente culta, transparente, cordial y afable, y de gran señorío. Recién llegado me invitaron a participar en un círculo integrado por el Sr. ministro de Relaciones Exteriores, el ministro de Defensa Nacional, algunos profesionales y empresarios destacados, los que nos juntábamos en un café de Pocitos todos los sábados a conversar un par de horas sobre los más diversos temas de actualidad. Por supuesto, mi familia no compartía mi satisfacción y agrado por estas tertulias.

La Iglesia Católica tiene escasa presencia, siendo el país agnóstico en su gran mayoría, a tal punto que la Semana Santa allá se llama "Semana del Turismo" y la gente se prepara con mucha anticipación, precisamente, para viajar; los avisos necrológicos se ponen (o ponían) sin cruz y hasta la palabra Dios la leí escrita alguna vez con minúscula. Se cuenta que esta falta de religiosidad se habría originado en un eminente presidente de la República, del que aquí en Santiago hay un tramo de una calle muy importante que lleva su nombre. Este caballero habría vivido largos años con una dama y, presionado porque la alta sociedad local no veía con buenos ojos esta situación, entonces muy irregular, le habría solicitado al obispo que los casara por la Iglesia. Este, fuera de negarse, con el dedo índice de puntero (parece que fue el primero en hacerlo), lo habría increpado duramente, diciéndole que después de tantos años de concubinato era una vergüenza nacional y ahora que era presidente de la República, por conveniencias sociales, se atrevía a pedirle regularizar su situación. Antes tendrá que expiar sus pecados. La verdad es que nunca se supo en concreto cómo debía hacerlo. El presidente, naturalmente muy ofuscado, le habría dicho, más o menos:

–Sabe qué más, señor obispo (imagino que en ese momento habrá levantado el mentón, apretado los dientes y enarcado las cejas, para contrarrestar lo del dedo), a partir de ahora me empeñaré en hacer desaparecer a la Iglesia Católica del país.

Por lo visto, fue más allá que Enrique VIII (lo cuento como lo escuché). Lo cierto es que en ninguna ceremonia pública divisé entre los asistentes a algún prelado. En cambio, con mi esposa nos tocó asistir a una recepción en casa de un connotado descendiente de la diáspora, cuyo singular y próspero negocio era la fabricación de los sellos postales del país (y de varios otros más), y usaba, a guisa de bar, un hermosamente tallado mueble muy antiguo, con símbolos cristianos, y que habría sido alguna vez, nada menos, que el altar mayor de la Iglesia Catedral. Hay una pequeña minoría racial de origen africano que cada tanto se expresa recorriendo las calles en carnavales con bailes y disfraces.

La ciudad de Montevideo tiene una gran cantidad de hermosos monumentos, que no puede dejar de compararse con algunos de los nuestros, los que, en mi modesta opinión, son unos verdaderos adefesios. Al respecto, pienso que una gran contribución a la "histórica reparación" al pueblo mapuche debería empezar por reemplazar la horrenda caricatura que pretende representarlo en nuestra Plaza de Armas.

La colonia chilena, más que numerosa, era de una enorme capacidad de colaboración. Algunas damas y caballeros trabajaron generosamente –ad honórem– en actividades relacionadas con la embajada, como, agregados comerciales o culturales, ayudando establecer contactos y a difundir los valores de nuestro país, lo que nos permitió tener cierta presencia a pesar de la exigua cantidad del personal de la misión.

Si nuestra salida de Panamá fue extraña, por decirlo de alguna manera, nuestra partida de Montevideo fue muchísimo más. Con poco más de un año, cuando recién empezaba a obtener resultados en un ambiente que si bien presentaba muchas simpatías hacia Chile, en que de cierto modo había que "competir" con presencias ciclópeas que desbordaban todos los espacios disponibles., inesperadamente –un día cualquiera– recibí un llamado telefónico del propio presidente de la República:

–¡¡¡Aló, Menaaaa!!!, habla Pinochet. ¿Cómo está la familia? –no alcancé a contestar–. Necesito que venga a hablar conmigo cuanto antes.

–Viajo mañana, mi general.

–Avise en qué vuelo, lo estarán esperando en el aeropuerto.

–Muy bien, mi general, y eso sería todo...

En casa le conté a mi esposa y le expresé mi preocupación por este llamado, y tenía razón. Hasta ahí iba a llegar nuestra tranquila vida familiar. Que el propio general me hubiera llamado no dejaba de ser inusual. Ciertamente, iba a viajar para poner la cabeza en el dogal; no sabía cómo, pero sí lo presumía. Siempre he procurado estar informado de todo y la situación en Santiago era inquietante, a juzgar por lo que publicaba la prensa y los comentarios de amigos que llegaban a disfrutar de las muchas facilidades que ofrece este hermoso país. Haría lo posible por escapar de mi destino. Ya contaré detalles de las consecuencias de este infortunado llamado. Mientras tanto, acompáñenme, por favor, a viajar a Paraguay.

REPÚBLICA DEL PARAGUAY
(10 de febrero de 1981 al 15 de octubre de 1983)

Después del largo y muy estresante período al mando de la CNI (parecía que Pinochet me tenía cociéndome en el caldero o me metía por temporadas en el congelador. Esto, naturalmente, en sentido figurado, porque Panamá ni tampoco habitualmente Paraguay pueden calificarse precisamente como lugares fríos), me ofreció hacerme cargo de otra misión en el extranjero. Acepté Asunción porque no conocía Paraguay. Me pareció interesante conocerlo bajo el punto de vista militar y quedaba cerca de Santiago, lo que nos permitía a mi esposa o a mí viajar con más frecuencia a ver a nuestros hijos. Les pido, entonces, que me sigan acompañando. Nos vamos a las tierras intensamente rojas de los grandes ríos, del "tereré", cuyo disfrute es siempre una sencilla lección de protocolo y sociabilidad; de los surubí y de los "dorados" que rivalizan por atrapar los encantos de las coquetas y movedizas "morenitas", hasta… que pican el anzuelo, como también les sucede a tantos otros, por tentados, que andan sueltos por ahí; de los delicados "pacúes", que en los inmensos ríos se alimentan… de frutas y de la curiosa sopa paraguaya que se sirve con tenedor; de las canciones románticas que se graban en la memoria y que dicen que siempre evocan, con nostalgia, amores furtivos imposibles de olvidar. De la extraordinaria sonoridad y majestuosidad de sus características arpas, que se esmeran por imitar a los "chouís" y a los "pájaros campana", que sorprenden en los grandes bosques por la armonía y la potencia inigualable de sus cantos.

Acerquémonos a un pueblo aguerrido y valiente como el que más, que lucha casi a diario contra un clima a veces inclemente y, que por azares del destino, debió enfrentarse, pese a su tamaño enteco y enclenque, a una alianza que parecía aplastarlo dejando caer sobre él la mórbida obesidad de dos colosos con el refuerzo lejano de su pariente toponímico

y llave de sus conexiones marítimas, y que debido a ella (la primera triple A) casi eliminó por completo la simiente bizarra de su raza. A un país donde algunas de sus cimbreantes y hermosas mujeres bailan, quizás para desafiar a sus hombres, encumbrándose hileras de botellas sobre la cabeza, para obligarlos a acercárseles con la delicadeza de un requiebro.

Paraguay es el mero corazón de nuestro continente. El único país americano prácticamente bilingüe, con un idioma impronunciable que le es propio –el guaraní–, que alguna vez se extendió desde el Chaco hasta Panamá.

Paraguay es muy poco conocido en nuestro país, porque es un destino de término, no queda al paso de nada, hay que ir derechamente allá o no ir, simplemente; pero recomiendo de todas formas hacer el viaje. Es un hermoso país que está a la vuelta de la esquina. Por su forma de riñón (derecho, para ser más preciso), en el centro del continente, y tendido, como Chile, de norte a sur, tiene variados paisajes aunque sin montañas; y, siendo mediterráneo (cualidad que ha asumido históricamente, sin reclamos históricos ni complejos), también como el nuestro, tiene una mentalidad insular. Sus límites son dos de los más grandes ríos americanos. Un paraíso de la pesca de variadas especies, algunas de las cuales he mencionado en el preámbulo. Está destinado a ser un lugar de grandes conexiones terrestres entre el Pacífico y el Atlántico y seguramente no faltará mucho tiempo para "aquello", como decía con frecuencia un caballero de gesto adusto y frecuentes catilinarias, y que después recibiría una dama como contagio, como parte del legado presidencial, como el virus del Transantiago y otros agentes patógenos, como el hanta, que llegaron para quedarse quizás para siempre o hasta que, a costa de muchos desvelos, logren erradicar corrigiendo planificaciones erradas y vicios de gestión, que con miopía no se cargan a sus verdaderos responsables, los que se aprovechan de seguir recibiendo impúdicamente inmerecidos reconocimientos. Genera más rendimiento –hasta para integrantes de la UDI (no vaya a ser cosa que los relacionen con el Gobierno

Militar)- concentrar el fuego de todas las baterías contra los milicos, que no pueden defenderse.

¿Se han dado cuenta de que la mayor parte de los esfuerzos de las nuevas autoridades han estado enfocados en deshacer entuertos de las anteriores, y todas ellas han salido, desde Bachelet para abajo, sin siquiera rasmilladuras? ¿Quién paga estos costosos errores, estas iniciativas atolondradas destinadas a lucimientos personales más que a resolver problemas? Moya, o sea, nosotros. Cómo habríamos avanzado si el camino no hubiera estado tan lleno de abrojos.

Volvamos a Paraguay. Inicialmente viajé solo, porque mi esposa debió quedarse en Santiago para organizar a los hijos que estudiaban en la universidad. Antes de presentar credenciales, me reuní con la colonia chilena residente. Al igual que en Uruguay, tuve en muchos de ellos una gran colaboración en mi cometido (los matrimonios Donoso, Sáez, Santamaría, González, los Píes y muchos más). El rol que pueden desempeñar las colonias chilenas residentes en el extranjero es extremadamente valioso. Como son personas radicadas en los distintos países, tienen conexiones que facilitan en alto grado las funciones de los jefes de misiones.

En una solemne ceremonia, presenté mis cartas credenciales al presidente, general Alfredo Stroessner, iniciando mi ronda de saludos a las autoridades locales y al Cuerpo Diplomático. Tanto el presidente como la mayor parte de sus ministros tenían la condición de venerables ancianos. El ministro de Defensa llevaba, por ejemplo, veintinueve años en la cartera; el del Interior, creo, algo más. Don Alberto Nogués, gran señor, ministro de Relaciones Exteriores, con muchos lazos de amistad y parentesco con Chile, con su gran cultura, prestancia y buena predisposición, facilitaba el cotidiano quehacer de nuestra misión.

Stroessner era un hombre imponente y un gran trabajador. Cuando se le solicitaba una entrevista, a veces las daba

a las cinco o, a más tardar, a las seis de la mañana. No era de extrañar que una ceremonia –anual, por suerte– de asistencia obligatoria era concurrir a las festividades de la Virgen de "Caacupé", localidad situada a más de treinta kilómetros de Asunción ,y el acto principal empezaba a las cuatro de la mañana. Generalmente, con un grupo de embajadores amigos, organizábamos una comida y desde ahí partíamos al lugar, para no tener que levantarnos en la mitad de la noche.

En Paraguay el poder radicaba en el omnipresente Partido Colorado, que no era solo un partido político común, era una forma de vida; además, se pertenecía a él y se era alguien o se estaba afuera y se era nadie. Los excluidos carecían de futuro y sus presentes estaban marcados por la precariedad de sus monótonas existencias. Nunca supe si estaba conformado por "adeptos" o "adoptados", porque con excepción de sus longevos dirigentes, los demás integrantes debían limitarse a hacer de bulliciosa coreografía. Grandes y vistosos pañuelos rojos, anudados en esquina, adornaban los cuellos de los correligionarios. Fue el Partido Colorado el que primero tuvo acceso a la informática en el país, después el Banco Central.

Ciertamente, había un culto por la exaltación personal: Aeropuerto Presidente Stroessner, Ciudad Presidente Stroessner (ahora Ciudad del Este), calles Presidente Stroessner; en fin, su nombre estaba en los más variados lugares. Un tema de conversación recurrente entre los embajadores era preguntarse si el poderoso Partido Colorado iba a terminar con el mandato de Stroessner o iba a ser su consuegro, el general Rodríguez, sempiterno comandante de la poderosa División de Caballería. Al final fue este el que le quitó el mando. Hacía mucho tiempo que se advertía una lucha soterrada entre ambos. Deliberadamente, llegaba atrasado a las recepciones después del presidente y notoriamente no se acercaba a saludarlo, se iba al rincón opuesto, donde lo seguían sus incondicionales. Luego, ostentosamente, se retiraba antes que él y, sencillamente, lo ignoraba.

El fútbol en Paraguay es especialmente más que una pasión de multitudes, es casi como una enfermedad. Estuve en el Estadio Defensores del Chaco cuando Chile, mediante el "Pato" Yáñez, metió un golazo. Daba tales zancadas, precisamente, por el lado de las tribunas oficiales; para peor, parecía que las piernas le salían directamente desde el cuello. Hasta minutos antes conversábamos en amable charla con los ministros que rodeaban al presidente. Con el gol se produjo una clara paralogización instantánea; hasta me parece que bajó misteriosamente la temperatura y sobre el estadio se posó un manto de muerte. Ni los pájaros se atrevieron a volar; los jerjenes y zancudos, en cambio, aprovechando nuestra sorpresa, que nos mantenía en una rigidez cataléptica, nos atacaron sin piedad. Para no provocar resentimientos en mis importantes vecinos, que guardaban un doloroso silencio, no podía exteriorizar la tremenda alegría que me embargaba, era como alegrarse de la desgracia ajena. El ¡CHI-CHI-CHI-LE-LE-LE! no llegué a gritarlo y casi me atoré para contenerlo, ya me veía ser declarado persona non grata. Me pareció ver muchos gestos y mohines de desagrado cuando las altas autoridades, agobiadas por sus fúnebres pensamientos, se retiraron, sin hablar, ni tampoco despedirse.

Como soldado, nunca he dejado de admirar la historia militar de ese aguerrido país. Sus largas y devastadoras guerras han diezmado su población, particularmente la masculina. Ello ha dejado huellas indelebles en sus costumbres. Como durante las campañas los varones estaban lejos o morían en el frente, las mujeres se agrupaban en torno a muchachos adolescentes que por edad no habían podido ir con los mayores. Con el tiempo, a medida que la situación se prolongaba, los hombres adquirieron un valor agregado y se convirtieron en valoradas "soluciones" de algunos "problemas" de género que parecían contagiosos. Fue tal su efecto sociológico, que en el tiempo su práctica se fue prolongando quizás como necesidad, en previsión posible-

mente de futuros conflictos armados... Entonces, por esas tierras, era de frecuente ocurrencia que se conociera, en recepciones oficiales, a alguna "otra" señora de algún señor.

Las piadosas atenciones personalizadas del exobispo, actualmente presidente, de sus feligresas, han creado muchos procesos de legitimidad. Este pastor no agrupaba a sus ovejas descarriadas; muy por el contrario, se empeñaba cuidadosamente en separarlas, para descarriarlas individualmente, una tras otra. Estas interesantes costumbres son un remanente de experiencias vitales para la supervivencia de la raza.

La práctica de la caza y la pesca me permitió recorrer de un extremo al otro el terrible desierto verde del Chaco paraguayo. En ese tiempo no había mucha preocupación por la ecología y los recursos naturales, de modo que las excursiones de caza eran muy gratificantes. Estos viajes me hicieron dimensionar las terribles dificultades que afrontaron los soldados para alcanzar sus objetivos: Planicies inconmensurables cubiertas de matorrales espinosos, con escasas lagunas, charcos más bien, normalmente de agua salada, con gran variedad de serpientes, arañas, mosquitos y toda clase de bichos venenosos. Calores y fríos extremos se alternaban con tormentas tropicales que, por la falta de pendientes, inundaban enormes extensiones de terreno, transformándolas rápidamente en lagunas o en extensos lodazales.

Ese fue el duro escenario de la Guerra del Chaco que sostuvieron Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935. Las tropas bolivianas fueron comandadas por el general -alemán- Hans Kundt, que las condujo torpemente, significando la pérdida de miles de kilómetros cuadrados, miles de muertos y prisioneros de guerra. Por ambos lados combatieron soldados chilenos, que habían sido licenciados por razones económicas y otros con motivo de la renuncia del presidente, general Carlos Ibáñez del Campo.

El héroe paraguayo es el mariscal José Félix Estigarribia, vencedor en las batallas de Nanawa y Campo Vía. Hay in-

formación de que habría sido oficial del Regimiento –chileno– "Buin" (del libro *Por una patria ajena*, del brigadier Juan de D. Barriga Muñoz). Por el Ejército de Bolivia combatió el teniente coronel Ricardo Contreras Macaya, como jefe de Estado Mayor de la 2ª División de Caballería en Villa Montes. Tuve el honor y la suerte de conocerlo, fue el padre de mi gran amigo, general de brigada (r) Raúl Contreras Fischer.

La vida en Asunción discurría plácidamente, pero llegó el 2 de abril de 1982. Argentina invade las islas Malvinas. La tranquilidad desapareció de la otrora bucólica vida pueblerina asunceña. Las radios de todas las casas transmitían a gran volumen los comunicados del Gobierno argentino, las gestiones americanas para detener el conflicto, los llamados a reconocer cuartel, el término de los permisos en las Fuerzas Armadas, incursiones aéreas, ejercicios de oscurecimiento, etc.

El primer embajador en visitarme fue el de Bolivia, el general –FAB– Fernando Sartori, ex comandante en jefe de su institución, de quien era muy amigo. Llegó eufórico, exultante.

–¿Qué te parece, Odlanier, la hazaña de los argentinos?

–No veo ninguna hazaña, Fernando, esto ha sido una estupidez, un error gigantesco.

–¿Pero, cómo? –me dijo–, Argentina tiene esta guerra ganada.

–Imposible, Fernando, no solo se ha metido en una guerra contra una potencia mundial, sino, además, esta tendrá todo el apoyo norteamericano. ¿Has olvidado quién es la señora Thatcher?, ¿Has olvidado, Fernando, que la Dama de Hierro es una mujer enérgica, decidida y tenaz, de ahí su apodo, y jamás renunciará a castigar a Argentina por esta aventura descabellada? Deberías saber que recién hubo 11 extremistas del IRA en huelga de hambre y ella dijo: "es cosa de ellos, el Estado no va intervenir, que se mueran si quieren"... y varios murieron. Por otra parte, estamos a inicios del invierno y eso traerá penurias y demandas logísticas imposibles. Es verdad que los ingleses están muy lejos.

Ya armarán una fuerza adecuada, pero en ningún caso permitirán esta humillación.

Varios otros embajadores me pidieron entrevistas, para hablar sobre lo mismo. Las postergué y pedí hablar con el embajador de EE. UU., Arthur Davies, que había estado en Chile. Me recibió inmediatamente y, entrando sin preámbulos al asunto, le dije:

–Creo que ustedes, los americanos, facilitaron las condiciones para que se produjera esta locura. Tu país hizo caer al ya debilitado, pero inofensivo, general Viola, que era presidente de Argentina. Ustedes invitaron a Galtieri, que era solo el jefe del Cuerpo de Gendarmería, a una visita oficial. Ahí un funcionario de alto rango del Departamento de Estado dijo "hemos recibido a un general argentino «majestuoso»" y lo llenaron de atenciones oficiales con gran publicidad. Olvidaron que Galtieri, sin tener atribuciones para ello, motu proprio, ordenó el cierre de la frontera con Chile por un incidente menor. Al llegar de regreso a su país, ya traía *in pectore* su designación presidencial *made in USA*, obligando a Viola a irse para su casa.

Mientras ellos ensalzaban a un belicoso general argentino, se empeñaban en dejar en ridículo a Pinochet con el viaje a Filipinas, después de tratar de distorsionar la economía de nuestro país, con el caso, fabricado por ellos, de las uvas envenenadas, haciendo que Japón se plegara al boicot. La señora Bachelet se perdió la posibilidad de condecorar al embajador Barnes por este récord.

Como ahora las informaciones se transmiten en el momento en que los hechos se producen, tuve oportunidad de decirle al embajador:

–Reagan llamó por teléfono a Galtieri, intentando, al parecer, hacerlo recapacitar, pero sin la energía suficiente. La prueba está en que el conflicto siguió en desarrollo. Todo el mundo fue espectador de los numerosos viajes del secreta-

rio de Estado, general Alexander Haig, entre Buenos Aires y Londres, intentando intermediar, sin conseguir absolutamente nada. ¿Ustedes habrían hecho lo mismo si Argentina hubiese invadido Chile, como lo intentaron en 1978?

En el diario *El Mercurio* del 28 de diciembre de 2012 aparece un artículo de media página, "El insólito Plan de Thatcher para impedir que Argentina obtuviera misiles en la guerra de 1982", y en él se lee: "Si llega a saberse, como ciertamente ocurrirá, que Francia está entregando armas a Perú, las que serán traspasadas a Argentina para que las use contra nosotros, una aliada de Francia, eso tendrá efectos devastadores en nuestras relaciones..." (naturalmente, debemos pensar que Perú las había adquirido para emplearlas contra nosotros), pero en lo referente a mi conversación con el embajador A. Davies, yo no estaba muy equivocado, porque en el mismo artículo se lee: "Luego que Thatcher increpara a Mitterrand, tuvo que hacer un desaire al presidente Reagan y su diplomacia no solicitada. El presidente estadounidense cuya relación con Thatcher es considerada un punto alto en la relación anglo-estadounidense. Un memo de John Cole, secretario privado de Thatcher, a quien ella contó el episodio, muestra que la premier tuvo que rechazar tres veces la sugerencia de Reagan de lanzar conversaciones con Argentina"...

Alguien dijo que "los países no tienen amigos sino intereses"; y otro agregó: "relaciones exteriores sin armas es como una orquesta sin instrumentos". Si me hubiera equivocado en mi apreciación, no habría sido menor, puesto que estaba representando a mi país. El embajador no me contestó directamente, se limitó a decir que iba a informar de mis planteamientos.

El desarrollo del conflicto determinó que la preparación militar de las Fuerzas Armadas argentinas era un *bluff*. La conducción de las tropas fue desastrosa; al parecer, carecían de un plan de empleo de los medios. Apresuradamente se

movilizaban unidades y se enviaban a las islas, casi sin aviso al comandante en jefe de las tropas argentinas. Los problemas logísticos fueron insubsanables, como era fácil de presumir. El general Balza, en el libro *Mi testimonio*, relata que "el caos era el elemento predominante en el accionar de los argentinos, al extremo que se dio el caso de que un oficial de la Armada tuviera el mando de una unidad del Ejército, en pleno combate terrestre". Estoy convencido de que si se hubiese materializado la invasión argentina en 1978, después de cierto tiempo y con ingentes sacrificios, habríamos ganado la guerra, no obstante que ellos pudieran haber tenido importantes éxitos iniciales. Pero habríamos perdido la paz, que es el objetivo político de cualquier guerra. De hecho, habríamos reeditado en el Cono Sur de América la Guerra de los 30 años.

La complacencia de EE. UU. hacia Argentina viene de los años de la Guerra Fría, cuando numerosos militares argentinos combatieron con los "Contra" en Centroamérica. A tal punto llegó esta participación -mercenaria-, que hasta se pensó en designar a un general de ese país para que comandara todos los movimientos que actuaban en los distintos países de la zona y que él administrara los fondos que demandaba esa aventura. No por nada se le concedió la condición de "Aliado extra OTAN", como pago por su colaboración. El presidente Menem llegó a hablar de la cercanía carnal de esas repúblicas. Es un logro inmenso, facilitado por los coqueteos izquierdistas kirchneristas y los sucios manejos económicos descubiertos, que la situación se haya volcado claramente a nuestro favor.

Ahora, en estas curiosas vueltas que la vida me ha hecho dar, retomo la conversación que en agosto de 1978 tuvimos en casa del vicecomandante en jefe del Ejército, general Carlos Forestier H. (Q. E. P. D.). Había pasado casi un año del término de ese absurdo conflicto bélico.

Un día ofrecíamos con Nana una importante recepción en la embajada en Paraguay, cuando el secretario de la mi-

sión me dice que en la puerta se había presentado el general argentino Carlos Guillermo Suárez Mason con un grupo de altos oficiales, todos de uniforme. Naturalmente, los hice entrar, fui a saludarlo y le dije:

–Mira, Carlos, en estos momentos ofrezco una recepción a autoridades, embajadores, en fin a mucha gente. Si quieres, te presento.

–Te agradezco, Odlanier, debo tener ahí muchos amigos. Iré a saludarlos, si no te parece mal –me dijo– y después te rogaría que me dieras unos momentos.

Súbitamente, en el salón terminaron las conversaciones cuando entré con tan numerosa como inesperada y vistosa comitiva. A medida que pasamos saludando, escuchaba murmullos de sorpresa y especulaciones apenas disimuladas. Ni los invitados ni yo entendíamos nada de la que pasaba. Luego de dar vuelta al salón con las presentaciones de acuerdo con sus deseos, lo llevé a la biblioteca de la embajada para conversar los dos solos.

De sus primeras palabras, de que solo quería saludarme, sin siquiera anunciarse por teléfono, pensé que mi amigo podía depararme otra sorpresa, como la que tuve en Santiago, pero no había tal. Mi esposa siguió haciendo los honores de la casa, mientras los dos conversábamos, lo que en lenguaje diplomático podría entenderse como que nos interrogábamos mutuamente.

Cuando él pretendía llevarme a comentar la realidad paraguaya actual, yo recordaba haber leído que estaba a cargo de la YPF y que seguramente estaba negociando la venta de crudo, porque en Paraguay había racionamiento extremo de combustible. Seguramente se proponía obtener alguna información sobre esta materia. Aproveché un instante, mientras él tomaba aliento, y le pregunté directamente:

–¿Cómo es posible que ustedes, Carlos Guillermo, hayan ido a la guerra en contra de Inglaterra, una potencia mundial, que sin lugar a dudas iba a contar con el apoyo directo

o encubierto de EE. UU., al comienzo de invierno y trasladando tropas recién acuarteladas, casi sin instrucción, desde el territorio de Misiones, en plena zona tropical, con equipamiento completamente inadecuado, como se escucha en las radios locales? ¿Qué pasó?, porque en realidad nada parecía planificado ¿Es que creyeron que la señora Thatcher no iba a reaccionar? Hablemos como soldados, Carlos Guillermo.

–Tienes razón Odlanier, nuestra intención fue siempre ir a la guerra en contra de ustedes (¡exijo una explicación!, habría dicho de nuevo Condorito), pero no pudimos –recordaba muy bien lo que él mismo había dicho años atrás en casa del general Forestier y las diversas alternativas de los hechos cuando él me contactó telefónicamente (yo era entonces director de la CNI) y me cupo algún protagonismo que ya he comentado–.

–Nosotros –me dijo–, con respecto a Inglaterra habíamos solo planificado un "Ejercicio de demostración de fuerza", que es algo así como "gruñir y mostrar los dientes". Desembarcar una fuerza de tarea, apresar a las autoridades inglesas, izar el pabellón argentino (seguramente habrá agregado: ¡viste!), decir un discurso y chao, nos volvíamos… pero no pensamos en Galtieri. Este se asomó al balcón de la Casa Rosada y dijo, ante una enorme y enfervorizada multitud: "Hemos ido a las Malvinas que son nuestras, para quedarnos…. Al fin recuperamos Las Malvinas Argentinas". Y bueno… solo permanecimos hasta que nos echaron… resultó que ellos sí eran muy buenos… seguramente por pudor no mencionó la curiosa invitación "al principito".

Después de un largo diálogo a solas con él, me pidió hacer llamar a sus acompañantes y, luego, con gran dignidad, se despidió de mí con un fuerte abrazo. Me imagino las conjeturas que habrán hecho los demás invitados, al tiempo que agregaban aliño a las muchas veces aburridas reuniones diplomáticas.

A todo esto, durante el conflicto, el embajador de Inglaterra nos invitó a un pequeño grupo de colegas a la exhi-

bición de una película en su casa. La película era un video que se había filmado in situ sobre la guerra, muy poco tiempo atrás. Con gran realismo, se exhibían mapas de la zona, disposición de las tropas, exposición de planes de los comandantes, acciones de fuego de artillería contra posiciones argentinas, combates cuerpo a cuerpo y, lo que hasta ahora me sorprende: desembarco de unidades argentinas enviadas desde el continente hacía muy pocos días e incluso la perplejidad de ver un jefe argentino, al recibirlas, con expresión de asombro reflejada en su cara –porque no habían sido anunciadas previamente– y, lo que fue aún más increíble, hasta exposiciones en sala de mapas de comandantes argentinos dentro de sus propios cuarteles generales, con preguntas de algunos asistentes y explicaciones de expositores. ¿Cómo fueron filmadas? Es un misterio…

Casi al finalizar mi tercer año como embajador, pedí a Pinochet me autorizara dejar mi cargo en el mes de octubre. Ya le había presentado renuncias antes por diversos motivos, como DINE, como CNI y ahora lo hacía como embajador.

Mi familia estaba transitoriamente repartida por el mundo; mis tres hijos casados estaban en las antípodas, siguiendo sus destinos, y yo quería que nuestra casa de calle Capitán Crosbie 741 siguiera representando para ellos un refugio si lo necesitaban. Pero había algo más, las autoridades paraguayas tenían para con Chile una posición invariablemente ambigua. La obvia dependencia de sus colosos vecinos, Argentina y Brasil, los impulsaba a retraerse en sus demostraciones hacia Chile, hasta el punto de que, pese a existir un riguroso control de prensa, permitían que esta atacara permanentemente a nuestro país, que se aprovechaba así, oblicuamente, en mandarle mensajes al propio Gobierno guaraní. Sospecho que también detrás de esta campaña en contra nuestra operaba la embajada de EE. UU. Porque era público y notorio que allá tenía su cuartel general la CIA para América Latina.

Las razones por las que Paraguay ahora apoya a Bolivia en sus exigencias de salir al mar con soberanía hay que buscarlas en las complejas coyunturas diplomáticas circunstanciales y en resabios de circunstancias históricas que provienen de pasados distantes.

En una de mis largas y apasionantes excursiones de caza mayor y de pesca por el Chaco paraguayo, en medio de la nada, observé una enorme pista de aterrizaje, en perfecto estado de mantenimiento, donde no observé a personal de custodia ni de operación. El "baqueano" que me acompañaba me contó que la habían construido los americanos hacía muchos años, por si se veían en la necesidad de transportar desde ahí tropas con urgencia a cualquier país del continente. Entiendo que ahora esta base de operaciones en Mariscal Estigarribia está nuevamente en operaciones. Así se debe pensar en materias de seguridad nacional, con sentido de planificación a largo plazo. Es claro, si los medios lo permiten, pero las previsiones deben hacerse en todo caso.

Pero salgamos un momento de estas reflexiones y volvamos al escenario donde nos encontrábamos. Algo notable que se desconoce de Paraguay son las "Colonias Menonitas", compuestas de esforzados ciudadanos de origen alemán; muchos de sus antepasados emigraron de Rusia en tiempos de Catalina la Grande y hablan un dialecto que ya no se usa en Alemania moderna. Ellos viven en áreas desperdigadas en lo más profundo del Chaco paraguayo, hacia la frontera con Bolivia, son autosuficientes y sacrificados hasta lo increíble; su vida es un ejemplo heroico de tenacidad, austeridad y religiosidad, sin caer en fundamentalismos. Los hombres visten cómodos overoles con pecheras de género de *jeans* y las mujeres faldas largas hasta los tobillos. Practican un estricto régimen comunitario, orientado por normas religiosas y morales que se cumplen a cabalidad.

Durante la sangrienta Guerra del Chaco (1932-35), la más cruenta que haya habido en nuestro continente, pres-

taron valiosa ayuda humanitaria a los combatientes de uno y otro lado. Algunas colonias, más abiertas, acogen y dan apoyo a muchas tribus indígenas de variadas razas que habitan ese durísimo y vasto territorio, compensando así el abandono en que se encuentran. Otros de esos indios y algunos nativos provenientes de Bolivia, en cambio, han sido sorprendidos trabajando como esclavos en grandes estancias del interior.

En Asunción encontré que hay numerosas calles con nombres de ciudadanos chilenos eminentes, pero ninguno de los transeúntes preguntados sabía qué personajes eran y a qué país pertenecieron, de modo que dispuse hacer mosaicos en cerámica con un logotipo distintivo de nuestro país y algunos detalles biográficos de la persona que se homenajeaba. Y así, con la autorización de las autoridades edilicias, se dio con esas placas un signo colorido y de presencia nacional a los lugares donde fueron adosadas.

Estudiando la historia y nuestras relaciones, encontré a un destacado militar paraguayo, coronel don José Félix Bogado, que integró la Expedición Libertadora al Perú. Mandé a tallar una estela de piedra con los títulos militares paraguayos, chilenos y peruanos del prócer y pedí también autorización a la municipalidad para erigirla y que nos señalara un lugar para instalarla. En razón de un viaje a Santiago, no pude ir antes a conocer el lugar asignado. Llegué poco antes de la inauguración del monumento y me encontré con que se nos había asignado un pequeño y estrecho triángulo de jardín en una avenida de mucho tránsito por ambos lados y, lo que era peor, en el mismo espacio ya había un pequeñísimo monumento alegórico erigido muchos años antes por la embajada de Perú en honor a tan relevante personaje, lo que me significó recibir algunas pullas de parte de mi amigo embajador de ese país, que lo atribuyo al hecho de que alguna vez yo le observé que detrás de su escritorio exhibía un enorme retrato al óleo del general San Martín, como Libertador del Perú, lo que me llevó a recor-

darle que esa empresa multinacional se había organizado y financiado en Chile, actuando bajo nuestro pabellón patrio, todo ello gracias a los desvelos de nuestro héroe nacional, general Bernardo O´Higgins.

Finalmente, Pinochet aceptó mi solicitud de regresar a casa. Alcancé así a estar dos años ocho meses en misión diplomática en Paraguay, regresando a mi país en la fecha que me había propuesto.

Antes de dar vuelta la hoja en cuanto a responsabilidades de carácter diplomático que accidentalmente me cupo desempeñar, quiero aquí dejar constancia brevemente de otros hechos en que tuve participación y que de alguna forma corresponden a materias de esta índole.

BREVE REGRESO AL COMIENZO DEL VIAJE

Por azar del destino, después de un largo periplo por otras latitudes y circunstancias, hemos llegado de nuevo a un punto que ha sido preocupación inicial de estas inquietudes: la propagación marxista, que ha afectado e infestado la vida de nuestros pueblos y, naturalmente, la de cada uno de nosotros, transportada por múltiples vectores que se resisten a desaparecer.

Porfiadamente, se mantiene en la isla caribeña a costa del sufrimiento de generaciones de cubanos. Raúl Castro reconoce públicamente su fracaso, pero, como muchos cojos, ¡le echa la culpa al empedrado! Ellos dicen que "no han sabido interpretar la inmensa sabiduría de su... comandante (iba a poner vetusto, pero me doy cuenta, a tiempo, que yo soy más viejo que él). El marxismo salta después al continente y se potencia con el narcoterrorismo de las FARC de Colombia, apoyadas por Venezuela en alguna ocasión, y sigue bajando hacia el Sur, aumentando su agresividad con factores indigenistas, reales (o creados artificialmente, como en el caso nuestro). Se apodera de Bolivia, que se debate sumida en un mar, pero de complejidades étnicas y de todo orden, espléndido ambiente para que se desarrollen organismos infecciosos.

El Ejército de ese país, como si nada, se proclama marxista. Recién hubo que prohibir por ley el descuartizamiento de alcaldes (un método un poco más extremo que la lapidación de ciertos grupos musulmanes). Chávez realiza abiertos y efectivos esfuerzos de penetración económica, política y militar, que en cierto modo es claramente un esfuerzo de colonización, de donde resulta que el binomio Castro-Chávez o Chávez-Castro, no lo sé, han corrido sus límites hasta colindar con nosotros, en nuestro extremo más débil. Hay que tener presente esta nueva realidad al negociar cualquier cosa con el Gobierno boliviano.

Nunca lo que se les ofrezca, si alguien tuviera la debilidad de hacerlo; será para ellos suficiente, presionados ahora,

además, por la cuña que los empuja desde el Norte. La solidez de los tratados está en su forzado e inalterable respeto.

Pero hay que considerar otro factor de fondo, y que por lo mismo no puede pasar inadvertido, particularmente para un comentarista de política internacional que procede del ámbito de nuestra propia institución. ¿Cuál ha sido la tradicional posición del Perú ante nuestros intentos de ceder a las presiones bolivianas concediéndoles una solución a su mediterraneidad? La iniciativa de 1975 fracasó por las destempladas exigencias de ese país.

Posteriormente, en forma invariable, los peruanos han insistido en que no tienen inconveniente en que Chile solucione el problema boliviano, pero por territorios que antes de la guerra hayan pertenecido a ese país. Si bien esta posición carece de toda lógica, ella se funda además en la invariable exigencia de las Fuerzas Armadas de ese país, que se conocieron por la revista *Kausachum* el 4 de mayo de 1987, que hizo públicos los oficios estrictamente secretos remitidos el año 1976 "A LA SECRETARÍA DE DEFENSA NACIONAL POR LOS COMANDANTES GENERALES de la Iª; de la IIª; de la IIIª, de la IVª y de la Vª REGIONES MILITARES DEL PERÚ, EXPRESÁNDOLE QUE, PARA LOS OFICIALES DEL EJÉRCITO DESTACADOS EN LAS MISMAS, CHILE DEBE DAR UNA SALIDA AL MAR A BOLIVIA POR LOS TERRITORIOS QUE LE PERTENECIERON A ESTE PAÍS ANTES DE LA GUERRA DEL PACÍFICO Y QUE, MILITARMENTE, NO DEBE ACEPTAR QUE BOLIVIA RETORNE AL OCÉANO PACÍFICO POR UN CORREDOR EN ARICA".

Se adjunta en anexo copia del oficio del comandante de la Vª R. M., por ser el más pormenorizado, ya que agrega, además: "En razón de estar condicionada la Soberanía de la Provincia de Arica entre los Gobiernos de Perú y Chile en virtud del artículo 1º del Protocolo Complementario". Es sorprendente que el comentarista en cuestión haya igno-

rado este lógico impedimento en la actitud peruana, en circunstancias de que fue comandante del Regimiento "Rancagua" en el período 1987/88, es decir, fue contemporáneo a la publicación mencionada y, posteriormente tuvo mando sobre la Dirección de Inteligencia del Ejército.

Una cesión de terreno ahora es más inviable después de que Perú recurrió a La Haya, y un enclave terminaría generando un problema de Seguridad Nacional grave que nadie puede asumir, menos si se proviene de las filas institucionales.

Al Gobierno argentino adviene un matrimonio claramente proclive a esas tendencias y con una ministra de Defensa experimentada en luchas impulsadas por la Guerra Fría seduce con cantos de sirena. Sus palabras se recogen en órganos de difusión institucional y se instalan, como verdades inmutables, las "Medidas de Confianza Mutua" entre Chile y Argentina y, yo creo, volvemos a engañarnos… con la misma reiterada "ingenuidad" con que la Democracia Cristiana confía en los comunistas.

Nos olvidamos rápidamente de tantos agravios. Entre muchos otros: Palena, Laguna del Desierto, el Héroe de Carabineros de Chile, el teniente Merino, rechazo del Laudo Arbitral británico, guerra abortada a última hora en 1978, corte del suministro de gas y ahora… ¡Apablaza! Los argentinos bruscamente se enojaron –por quítame estas pajas– y se negaron a participar en el "Ejercicio de Cooperación I – Anticatástrofes" y nosotros solo postergamos, por algunos días, una reunión internacional. Pienso que de una vez por todas las políticas de Seguridad Nacional y Defensa Nacional deben abordarse como políticas de Estado y muy lejos de concepciones ideológicas alienantes.

En la nueva estructura de defensa observo, no sin sorpresa, que las materias de inteligencia están a la par de la Dirección de Actividades Internacionales y de la Academia Conjunta y que la Junta de Comandantes en Jefe está "fortalecida" (léanlo bien) por ser asesora directamente del mi-

nistro de Defensa Nacional, de acuerdo con un comentarista militar, ya que puede emitir opinión en el Nº 3, sobre la asignación de medios terrestres, navales, aéreos o conjuntos que se lleven a cabo en situaciones de guerra externa o crisis internacional que afecte la seguridad exterior, así como sobre la asignación de medios a misiones de paz". Por otra parte, no menor, nada se dice sobre seguridad interior del Estado. ¡Nada! ¿Y qué pasa si no le piden la opinión? Lástima que no hay seguridad alguna de que aparezca un nuevo ministro Sotomayor y no es deseable la autogeneración de "cucalones". Menos aún en quienes reconocen públicamente haber cometido "imbecilidades", como fue la subordinación a la ONEMI, en conjunto con Pérez Yoma, ministro del Interior, imaginativo creador de La Mesa de Diálogo con dos patas altas y dos muy bajas, por lo que no servía ni de mesa ni para ningún diálogo.

No alcanza, seguramente, a ponerse en práctica la nueva organización que un iluso dijo sería la última, cuando con estridencia propia de una campaña presidencial se lanzó la Estrategia Ampliada, que obligaría, por cierto, a una nueva organización completa de los mandos institucionales. ¡Por favor, tratemos con respeto a las que alguna vez fueron instituciones fundamentales de la Patria!

El Gobierno de Allende afectó gravemente la seguridad interior y, a la vez, la seguridad exterior del Estado (Perú 1973-76; Argentina 1978). En ambos casos con la posibilidad de triple intercomunicación de intereses de nuestros vecinos. Las condiciones geopolíticas fundamentales, para preocupación nuestra, han cambiado con signo negativo para nosotros. El sur del Perú se ha convertido en un pujante centro de desarrollo y las carencias hídricas nuestras han aumentado, en el norte nuestro, los signos de pauperización y despoblación progresiva. Por suerte, el nuevo Gobierno asumió la responsabilidad de potenciar esa importantísima región de nuestra Patria y se abren nuevas expectativas de desarrollo sustentables en el tiempo.

Durante el gobierno de Bachelet empezaron las manifestaciones reales de interés expansivo: de elementos subversivos desde el norte continental: viajes, instrucciones, capacitaciones, financiamientos, en suma, un eficiente "Programa de Ayuda para el Progreso Subversivo". Quizás desde miles de kilómetros de distancia se preparó la emboscada al bus del fiscal por las FARC, vaya uno a saberlo; si hasta pudieron participar la ETA y algunos nostálgicos del IRA. No hace mucho tiempo el embajador de Perú advirtió el peligro, para todo el Cono Sur, de que en nuestra capital se haya desarrollado un Congreso de Sendero Luminoso, el más sanguinario movimiento terrorista de nuestro continente.

En uno de los últimos números de la revista *Qué pasa* sale un interesante artículo titulado "Inteligencia Mapuche", efecto previsible del mal manejo del problema por parte de la Concertación. Cito algunos aspectos destacados mencionados por su inteligente portavoz:

El conocimiento *winka* es una herramienta para sus fines, no quieren chilenizarse.

La iglesia, a través del obispo Manuel Camilo Vial y el misionero Fernando Díaz, tiene más presencia.

El periódico *Azkintuwe* difunde sus ideas.

Nuestra generación sigue el ejemplo de Lautaro, que vivió con los españoles y luego, con ese conocimiento integral, regresó para "hacerles la guerra". ¿Con la universidad nos pasa lo mismo...?

Nuestros héroes no son Prat, no O'Higgins; son Lautaro, Galvarino, Curiñenco.

Muchos sueñan con formar pareja solo con otro mapuche.

En resumen, aspiran a "nacionalismo mapuche".

Aquí parece que hubiese remembranzas de "El Grito de Dolores", "El Grito de Ipiranga" y muchas otras manifes-

taciones libertarias, pero un ex comandante en jefe y ahora alto funcionario de Defensa se ríe de estos temores infundados (ver editorial de *El Mercurio* del 26 de diciembre de 2012, "La Araucanía, una situación extremista", y más abajo, en Columna de Opinión, un artículo del profesor Gonzalo Rojas: "Movilizaciones, del 2011 al 2013"). No, la situación no es para la risa.

Durante el Gobierno de Bachalet y en los tres primeros años del presente, siempre se ocultó esta terrible realidad. Dice en parte el documento que cito: "Chile no puede quedar físicamente cortado por extremistas en cualquier momento, haciendo inviable zonas enteras y todo el Gobierno tiene la obligación constitucional de hacer valer los derechos elementales de la población".

Esto es resultado de haber quitado a las instituciones de la Defensa Nacional funciones y tareas fundamentales.

Supuestamente, el senador Espina, que por veinte años ha sido el más conocido representante del Senado en esa zona, debió darse cuenta antes de que lo ocurrido era inevitable; pero, tanto él como el Gobierno, han minimizado el peligro, atribuyéndolo a pequeñas minorías, sin entender que de eso se trata, de minorías que operan por sorpresa, en el terreno que ellos eligen, amparados en el temor de que los denuncien a los organismos internacionales de derechos humanos, los que, previsoramente, sus estrategas se han encargado de tripular con gente de su misma ideología.

¡Menos mal que los señores fiscales les están cortando las alas y denunciando la intromisión extranjera!

INVITACIÓN AL PERÚ

Entre el mes de enero, en que ascendí a general, hasta el 25 de septiembre de 1975, en que me retiré por propia decisión, como ya lo he señalado, fui director de Inteligencia del Ejército, habiendo sido antes integrante de dicha alta repartición durante muchos años. Desde esos cargos había propiciado la realización de Conferencias Bilaterales de Inteligencia entre los ejércitos del continente, como una forma de hacer conciencia entre los países vecinos, especialmente porque nuestros propósitos militares están orientados, exclusivamente, a la conservación de todo nuestro patrimonio nacional y no nos guía ningún espíritu ofensivo, ni siquiera a título preventivo, única forma de trabajar sin recelos mutuos para alcanzar en conjunto el grado de desarrollo que nos corresponde.

Es así que organizamos aquí en Chile varias conferencias bilaterales de esa índole y con esos propósitos. En reciprocidad, casi al sorpresivo término de mi gestión, el director de Inteligencia peruano nos invitó –junto con mi señora– a visitarlos oficialmente para realizar reuniones de trabajo y de conocimiento mutuo. En el programa, muy gentilmente, me consideró una visita al ya entonces presidente de la República –mi amigo–, general de División don Francisco Morales Bermúdez en el Palacio Pizarro, donde tuvimos una larga e interesante conversación con preocupantes matices sobre sus antiguas heredades familiares en Pica, a las cuales ya me he referido.

Al día siguiente de nuestra llegada se consideró un viaje al Callejón de Huaylas. Salimos temprano hacia la sierra y viajando a una velocidad endemoniada por un camino con muchas pendientes y lleno de curvas. Sorpresivamente, después de pasar una estrecha garganta característica de esos ciclópeos breñales, se abría a nuestros pies un amplísimo valle verde, salpicado de pequeños boscajes, cruzado en toda su largura por un angosto torrente que saltaba

entre las piedras; este lugar es impresionante, en él alguna vez estuvo ahí el pueblecito de Yungay, cuya canción recuerda una de las más gloriosas gestas de nuestro Ejército, cuando el general Manuel Bulnes derrotó a las fuerzas peruano-bolivianas en 1839 y que dio origen, por muchos años, a la que fue nuestra marcha de guerra, una especie de segunda canción nacional, que por su marcialidad fue llevada a Alemania por los instructores de nuestro Ejército, donde se le interpretó durante la Primera Guerra Mundial. Como tantas otras cosas del viejo Chile, ha sido olvidada por la ciudadanía, aunque todavía se la utiliza al rendir los honores de reglamento al ministro de Defensa Nacional.

El espectáculo fue de imborrable memoria. El 31 de mayo de 1970, esa zona sufrió un fuerte terremoto, considerado la mayor catástrofe natural en la historia del Perú. De un macizo que limita el costado este del poblado, se desprendió parte de la cumbre, cayendo sobre el caserío y sepultándolo completamente. En ese ancho valle, limitado por altísimas montañas que hemos descrito, ahora todo es desolación. Se ven imágenes desgarradoras, un microbús semienterrado por el lodo ya reseco, el campanario de la Iglesia asoma como mudo testigo de tantas oraciones que no fueron capaces de sostenerlo en sus alturas originales, algunos techos de las que fueron altas construcciones; y el resto, solo cruces, patéticas cruces de madera desperdigadas donde alguna vez hubo casas y vivieron familias; hubo escuelitas, pequeños huertos, animales domésticos y todo lo que significa un asentamiento humano. Es un lugar sobrecogedor que llama a meditar sobre la precariedad de la vida y seguramente obliga espontáneamente a rezar a los que tienen fe. En el largo silencio que se produjo al término de la detallada explicación que nos dieron, era imposible no volcarse hacia adentro, contrastando el grandioso paisaje en que estábamos inmersos con la insignificante presencia de nuestras propias vidas. Quizás como un recurso psicológico para evadirme y dejar de tratar de interpretar esa ho-

rrorosa tragedia, recordé haber leído algo de Horacio y su famosa frase *Carpe Diem*. Cada día debe dejar una huella en nuestro espíritu en que se note que sí, hemos vivido; jamás hemos sido espectadores indiferentes. La naturaleza allí en ese valle de muerte, quizás "arrepentida del mal causado", ha llenado este vasto espacio de dolor con humildes flores multicolores de semillas arrastradas por el viento.

Almorzábamos en casa de mi hijo mayor, Hernán, aquí en Santiago –él estuvo en Lima como ministro consejero–. Estaban hospedados con ellos sus íntimos amigos, el almirante de la Armada peruana señor José Acha y su bella esposa, y yo conté que al ver ese espectáculo desgarrador me sentí transportado a otras dimensiones espirituales. No dije que en realidad vi desplomarse la gigantesca montaña con sus horrísonos retumbos; familias que intentaban agruparse y expresiones de pánico ante lo inevitable, que seguramente habrán quedado para siempre petrificadas en sus rostros, como los muertos en Pompeya, y que hasta me pareció escuchar mil veces el grito desolado de Munch repitiéndose en ecos en los cerros circundantes.

Pero si conté que algo similar me había ocurrido solamente una vez antes. Al visitar Belén en Tierra Santa con mi esposa y mi hija María Soledad y familia. Mi yerno Juan Pablo, a la sazón, era secretario de la embajada de Chile en Egipto. Entramos a la capilla junto con una gran delegación de afroamericanos. Imperceptiblemente, se fueron reagrupando en el interior que estaba en penumbras. De pronto, en el total silencio de nuestro recogimiento, decenas de voces se alzaron en un coro maravilloso, sobrecogedor, interpretando magistralmente el Ave María y varias otras piezas religiosas. A veces da la impresión de que el espíritu, naturalmente intangible, sale del envoltorio corporal y se eleva independiente a alturas donde solo llega la imaginación.

Del poblado –como una tremenda paradoja de la gigantesca avalancha– solo se salvaron las pocas personas que

habían ido a visitar las tumbas de sus muertos. En la parte central del cementerio hay un pequeño cerrito donde subieron aterrorizados los pocos visitantes que advirtieron el cataclismo. Solo ellos quedaron vivos. No sepultaron a sus muertos porque de ellos se había encargado la naturaleza y ahí quedarán hasta la eternidad y, si acaso, algunos parientes o amigos vivos, desde lugares lejanos, los visitaran a ellos mismos, ya que allí quedó sepultada la historia de sus vidas.

Este viaje también estuvo marcado por una circunstancia de otro jaez, diría alguien por ahí. En un pequeño caserío de la sierra, puede haber sido Huaraz, nos ofrecieron un muy bien servido almuerzo campestre; era un día luminoso y había una gran asistencia de autoridades locales, representantes de todas las entidades importantes de la zona y militares de distintas jerarquías. La mesa principal, muy larga, tal vez con unas cuarenta personas, estaba orientada frente a un extenso potrero de pasto bien cuidado y con un gran espaldón de cerros que limitaban a la distancia, en forma magnífica, el horizonte. Hileras de álamos se veían a la distancia demarcando grandes corrales, donde pastaban grupos de animales vacunos, de ovejas o tropillas de llamas y alpacas que se movían en piños separados. Desde detrás de un pequeño bosquecillo cercano, surgieron docenas de muchachos: hombres y niñas, vestidos con coloridos atuendos incaicos, representaron variadas y hermosas ceremonias de su rica historia vernácula.

–Todos son estudiantes universitarios –me dijo al oído el general–.

Al finalizar sus magníficas representaciones, el general volvió a hablarme y me dijo:

–La chica que representa a una princesa incaica –vestida con un corpiño y una falda de plumas blancas y con una enorme corona también de plumas de diferentes colores– quiere venir a saludarte a nombre del grupo.

–Por supuesto –le dije–, será un honor.

Se adelantó, con ese paso tranquilo y ondulante propio de las bellezas peruanas de alcurnia, se detuvo a unos diez pasos de la mesa. En voz alta, para ser escuchada por todos los que compartíamos el almuerzo, me dijo más o menos:

–Ha sido un honor para nosotros haber actuado ante usted, señor general del Ejército de Chile, y mostrarle algo de nuestro pasado.

La verdad es que yo no podía dejar de admirar también el presente que, derramando lisura, se acercaba.

–Quiero, a nombre de mis compañeras y compañeros, pedirle un favor –esperé que siguiera en su improvisación, pero no, ella esperó mi respuesta, que por cierto fue afirmativa–.

Cuando la hube dado, me dijo:

–Deseamos rogarle, señor general, que la próxima vez que Chile invada Perú, sus soldados se limiten a la costa, nomás ¡No hay para qué subir hasta la sierra! ¿Qué van a encontrar por acá?

La verdad es que, en su caso, la respuesta era demasiado evidente, si hasta llegué a pensar que lo había dicho a propósito, como coqueta y orgullosa ostentación de su feminidad y donosura –¡Recórcholis!, volvería a decir Condorito–. Luego, otra vez hizo una pausa, guardando un ominoso silencio, esperando sin duda mi respuesta. Estrujé el magín, improvisando que esas eran historias pasadas, que los tiempos cambian, etc. Que hay que mirar siempre el futuro; en fin, cualquier cosa, para salir del paso, y como se acercara a la mesa, me levanté para darle un beso mientras las rizadas y largas plumas de su corona tapaban mi bochorno, pero no el de mis generosos anfitriones, aunque intuyo que los motivos pudieron ser diferentes.

El viaje me sirvió también para dimensionar las increíbles proezas de nuestro Ejército en esas tierras ignotas. Su largo deambular por riscos de vértigo y quebradas imposibles,

soportando inenarrables privaciones mientras perseguían a los fantasmas de don José Avelino Cáceres, seguramente habituados a estas difíciles condiciones, quienes aumentaban continuamente sus sufrimientos haciendo rodar sobre ellos peñascos a su paso por desfiladeros de miedo. Pero estos hechos obligan a reflexionar: cómo acontecimientos tan lejanos en el tiempo se graban en el disco duro de las generaciones y afloran cada vez que las circunstancias son propicias. Es posible que esa chica no supiera en qué coyunturas históricas se produjo la presencia chilena en tan espectaculares alturas, pero en la memoria de los pueblos quedan cicatrices que se prolongan en el tiempo, muchas veces distorsionando las causas que las generaron.

Siendo comandante del Regimiento "Rancagua", en Arica, tuve un gran amigo que era un médico peruano, quien me contó que por tradición familiar heredada, muchos de sus parientes eran eximios pianistas y que entre ellos circulaba un comentario que él llamó caricaturesco, pero más bien parecía una expresión de humor negro. "Durante la ocupación chilena" habrían oído decir a algunos connacionales que "los mejores asados eran los que se hacían con madera de piano", porque ¡la madera estaba más seca! Los recuerdos se distorsionan con el tiempo y fantasías inventadas con propósitos difamatorios adquieren verosimilitud, credibilidad y algunas veces son fundamento de resentimientos y fuentes de nacimiento de mitos. Como las que adornan biografías inventadas de detenciones y torturas, cosa que ha ocurrido con varias personas que podemos recordar.

INVITACIÓN DEL PRESIDENTE BANZER

Ese mismo año de 1975, siendo aún director de Inteligencia del Ejército, fui invitado junto con el general Sergio Arellano S. y el embajador Mario Silva, director del Protocolo de nuestra Cancillería, a los festejos del sesquicentenario de La Paz, junto con nuestras esposas.

Llegando al aeropuerto El Alto –de uniforme, naturalmente– fuimos recibidos por una unidad de formación. Después de instalarnos en el hotel, nos recibió en su casa el Sr. general (r) don David Toro, que había sido vicepresidente de la República y héroe del Chaco (aunque hay historiadores que discrepan de esta calificación y señalan que fue un error que él apoyara al general alemán Kundt, comandante en jefe del Ejército boliviano, y no al general Peñaranda). A la sazón tendría no menos de 90 años, erguido (como la vara de un ajo, diría alguien por ahí) y con una lucidez admirable. Guardaba hermosos recuerdos de nuestro país, a donde había viajado mucho, ya que tuvo un hijo estudiando en nuestra Escuela Militar. En un inspirado brindis, hizo emocionados recuerdos de la colaboración de oficiales chilenos en Estados Mayores del Ejército y de Unidades Operativas, durante la Guerra del Chaco, en páginas casi desconocidas de la historia de su Patria.

Asistimos a varias ceremonias y siempre nos prodigaron muchas muestras de afecto al reconocer nuestra nacionalidad, lo que nos sorprendió muy agradablemente. La ceremonia principal fue en Sucre, a donde nos trasladamos en avión. En el histórico Palacio Legislativo se reunieron las principales autoridades del país y las delegaciones internacionales invitadas, descollando la señora Imelda Marcos por su belleza y sus singulares vestidos que evocaban inmensas alas de coloridas mariposas tropicales, en representación de su esposo, Ferdinand Marcos, presidente de Filipinas, y Carlos Andrés Pérez, presidente de Venezuela.

Por culpa de un tráfico imposible y del general don Francisco Morales Bermúdez, presidente del Perú, que nos retuvo conversando entretenidos en su habitación, llegamos casi al inicio de la solemne ceremonia.

Nuestros puestos estaban en un lugar destacado, en primera fila. Primero habló el dueño de casa, que pronunció un inspirado discurso, haciendo muchas y gentiles alusiones a Chile, sin mencionar ni indirectamente la mediterraneidad de su país; después habló otra autoridad boliviana, siguiendo la misma línea anterior, y el acto terminó con un largo e increíblemente ofensivo discurso en contra nuestra por parte de Andrés Pérez, que nos acusó de golpistas, arrogantes, belicosos e imperialistas. "Esos rotos del Sur -fueron sus palabras-, abusando del poder de sus armas han condenado a Bolivia a una mediterraneidad asfixiante que representa una herida abierta en el corazón de nuestro continente". Toda esta larga diatriba la tuvimos que escuchar con un doloroso y fatigante estoicismo, mientras sentíamos que todas las miradas apuntaban hacia nosotros.

Como reflexión, pienso que Venezuela, por el rol histórico que le correspondió en la creación de ese país, cuyo propio nombre se origina en el Libertador, siempre mirará a Bolivia en forma paternalista y, en contraposición, jamás sentirá simpatía por el nuestro.

EN EL PENAL CORDILLERA

En esta descripción general de mi deambular por las vueltas de la vida, no puedo menos que tocar una experiencia más radical de mis recurrentes períodos de vida "interno" en alguna parte.

En los recovecos de mi vida, ya he señalado que he tenido experiencias peculiares e imprevisibles. Bastó ahora una decisión judicial para poner mi vida en reversa, rebobinar y retroceder bruscamente, treinta años, a la época en que vivía acuciado por graves tribulaciones: Aceptar o rechazar ciertos cargos profesionales que implicaban peligros, riesgos y, cómo no, sacrificios de todo orden. También incomprensiones, deslealtades, falta de apoyo e incluso traiciones y rechazos, lo que implicaba el dilema moral de: hacerse el leso y mirar para el lado y restarme a contribuir, en la medida de mis posibilidades, o torcerle la nariz al destino para ayudar a conducir al país a un futuro más promisorio. Opté por esto último y me hice de un enemigo poderoso que se empeñó en destruirme y, como un sarcasmo, por azar del destino, ahora legalmente, de nuevo interno, comparto con él un enclaustramiento que jamás habría imaginado.

Paradojalmente, los marxistas –que fueron el verdadero blanco de sus excesos y desvaríos y a quienes yo también combatí pero con las armas de la ley–, sin consideraciones, en la obcecación de sus conductas inveteradas, se constituyeron también en mis enemigos y contribuyeron a empujar la acción de la justicia, en una resolución incomprensible que me privó de libertad e hizo que me reuniera con quien nunca, jamás, hubiera querido compartir. Desde luego, con él no tengo nada en común, aparte del estigma de que se me ha condenado por un delito similar a las decenas de condenas por las cuales él está aquí. Pero, como no hay mal que por bien no venga, me he encontrado con un pequeño grupo muy agradable de personas y algunos buenos amigos. Jorge, Pedro, Rolf (ya de regreso en su casa) Hugo, Luis y David.

Aquí, al C. C. P. Cordillera, llegué desde el Hospital Penitenciario, el 20 de enero de 2009, después de pasar diez días en un calabozo, de 2 x 2 metros, donde había una cama y dos sillas, ocupadas día y noche por dos gendarmes. Ciertos días me llevaban a un patio parcialmente pavimentado, cuyo mobiliario eran unos tachos que decían, bajo la figura de una calavera: "CUIDADO, productos biológicos y químicos de desecho". A esas mismas horas y días, una gendarme sacaba a un grupo de reclusas, trastornadas psicológicamente, en sucias camisas de dormir, que en sus horas de esparcimiento peinaban y arrullaban, cariñosamente, monos de peluche. Allí, mis primeras visitas fueron mis familiares y también mis muy apreciados amigos Raúl Contreras y el padre Raúl Hasbún.

Muchas veces recordé una apresurada e intencionada entrevista que me hizo un periodista de *El Mercurio*, que ya traía diseñada -si no escrita-, donde puso énfasis a lo que él se había propuesto destacar, lo que llevó al ministro sentenciador a tomar especiales medidas para mi "propia protección". La expresión de ejecutar lo que había planeado tenía alcances menos espectaculares que los que él interesadamente interpretó. En mi caso, para ese propósito, solo habría bastado no tomar algunos de los innumerables medicamentos que debo ingerir cada día. No entiendo por qué no se me condujo al Hospital Militar con los mismos vigilantes que me custodiaban. A lo mejor se me consideraba peligroso. En algunas de las interminables horas de esos días y noches, recordaba con obsesión los *gulags* descritos por el insigne escritor ruso. Las noches eran interrumpidas cada tanto por los gritos dementes de mis compañeras del "patio de esparcimiento", vecinas a mi celda. Al otro lado, dos enfermos terminales de sida agonizaban, sin esperanza, en un oscuro calabozo sin ventanas. Entre los reos civiles sin destino ni compasión hay un enfermo terminal de alzheimer, que, por supuesto, no sabe quién es ni se da cuenta de dónde está.

El primer día fui recibido aquí en el penal por el personal de Gendarmería con cortesía, pero, naturalmente, con el rigor de un recinto de reclusión. Me instalaron en el Módulo (cabaña) Nº 4. Me recomendaron que no usara el grado para mis comunicaciones, porque como el jefe del penal era solo capitán, podía sentirse menoscabado. La verdad es que no he tenido por costumbre usar el grado. Siempre contesté el teléfono diciendo, directamente: habla Odlanier. Algunos de mis colegas en el pasado me llamaron la atención por eso, insinuando que me creía por sobre el grado. Naturalmente que no: *sic transit gloria mundi*. Soy el mismo que he sido siempre. Un soldado más. Todo lo demás ha sido accidental. Ahora lo he puesto deliberadamente, porque soy el más antiguo y más viejo que todos mis compañeros presos y, aún más, porque estos apuntes son un recuento más o menos pormenorizado de mi carrera militar, carrera que me siento feliz de haber elegido y me siento muy honrado por haber alcanzado el grado de general. Con todo, lo que verdaderamente me satisface es la íntima satisfacción del deber cumplido.

Llegué –afortunadamente– a compartir cabaña con Pedro Espinoza Bravo, con quien he trabado una muy buena amistad, pese a que en el pasado estuvimos en trincheras opuestas. Me ha ayudado mucho cuando he sufrido crisis por mis problemas de salud. Solemos mantener largas conversaciones, es ameno, culto y caballeroso. Nunca fue subdirector de la DINA, como "informaron" los periodistas hace unos años, cuando él fue noticia. En más de una ocasión, incluso, nos hemos reído recordando episodios de nuestras diferentes experiencias en el Ejército. Ha tenido dificultades con algunos residentes, las que atribuye al hecho de apegarse a la verdad en sus declaraciones. Lo entiendo. Han pasado varias décadas y muchísima agua bajo los puentes, pero las distancias marcadas entre algunos oficiales por diferentes concepciones de la vida, del deber y del honor militar, no se han desvanecido, ni mucho menos.

Yo también fui invisible para algunos internos durante los primeros meses y me desconcertaba estar con ellos compartiendo espacios sin que me saludaran. ¿Cómo no me iba a extrañar? Si hay un ambiente donde el protocolo se respira entre la diana y el toque de queda, es el militar. Por eso me conforta comprobar cómo se ha ido distendiendo el ambiente y ahora comparto amigablemente, o al menos como personas civilizadas, con muchos de ellos.

Aquí, en el Penal Cordillera, los aspectos puntuales de las condenas no son motivo de conversación. Quienes sirvieron en la DINA, sin excepción, tienen muy claro que Contreras fue el causante de sus infortunados destinos y a mí no me cabe duda de que así es. El Ejército los destinó a esa organización, sin posibilidad de elección y a petición de Contreras, que influía en forma incontrarrestable y prepotente, porque contaba con la anuencia de Pinochet. Un ejemplo mínimo, pero significativo: cuando yo estaba en Arica, él dispuso sin mi consentimiento que trasladaran a la DINA a mi ayudante y a mi chofer. Y eso que yo era más antiguo que Contreras. Desde el mismo instante en que oficiales y personal de planta de las cuatro instituciones uniformadas fue destinados a la DINA, su suerte quedó sellada. Y hasta el día de hoy. Lo digo porque entre las extravagancias jurídicas que nos ha tocado ver no ha faltado la invocación a un tipo penal inédito, el delito de destinación. De hecho, la mera circunstancia de haber formado parte de ese órgano del Estado es un hecho punible –y otra curiosidad legal ha sido plantear su existencia como asociación ilícita–, se ha convertido en un factor inhabilitante no solo para aspirar a legítimos ascensos, sino incluso para llevar una vida normal en el mundo civil.

Ahora, enorgullecerse de los excesos en que se incurrió o, quizá peor, negarlos simplemente, no es un criterio de personas en su sano juicio. Excepto, quizás, respecto a una sola persona. Pero nadie puede, tampoco, escudarse en la edad o el grado para eludir su responsabilidad personal.

Ocurre que desde hace muchísimo tiempo la fuerza legítima del Estado –que en cuanto tal exige para sí el monopolio de la violencia– actúa en forma muy distinta a las legiones romanas. Las Fuerzas Armadas contemporáneas se dispersan en el terreno y las operaciones –en tierra, mar y aire– son la suma de acciones menores comandadas por mandos subalternos que, al resolver sus problemas, asumen sus propias responsabilidades. Algunos uniformados eran bastante jóvenes cuando ocurrieron los hechos por los que se les ha condenado, hechos que se fueron desgranando a lo largo de dos décadas, no hay que olvidarlo; pero todos ellos estaban preparados para participar en una acción de guerra. Sostener lo contrario no solo es mirar muy en menos la formación recibida en las escuelas matrices, sino tirar por la borda una tradición de heroísmo y gloria en donde abundan los héroes adolescentes, como lo fue el subteniente Luis Cruz Martínez en La Concepción. Por lo demás, los chilenos que en esta lucha trágica militaban en la otra trinchera –MIR y FPMR, por nombrar solo a las más eficaces en el combate– también solían ser muchachones.

Dicho lo anterior, tampoco me atrevo a descartar que en alguna oportunidad alguien haya actuado por su cuenta, sin informar de ello a sus superiores. Hasta es posible que algún perturbado haya procedido con personal vesania, jactándose de ello en privado y mostrando después afligido arrepentimiento en público, para obtener alguna prebenda. O podría haber otro que se arrepiente de un crimen especialmente atroz porque lo pillaron, pero oculta y miente en otros donde no se le ha podido comprobar participación. Ahora se habla mucho de la obediencia "forzada" y "feroz". El propósito último es caricaturizar las cosas: subalternos buenos, superiores malos. Pobres buenos, ricos malos. Volveremos sobre el tema porque merece otras reflexiones.

Debo resaltar que todo el personal de Gendarmería, de uniforme o de civil, hombres y mujeres que he tenido aquí la oportunidad de conocer, son personas de gran calidad

profesional y humana, siempre con un trato diligente y amable. Naturalmente, por la índole de sus funciones, no pueden ni deben confraternizar. Quienes se desempeñan en el área médica, tanto el doctor Luis Reyes (lamentablemente por ahora alejado del cargo), como el paramédico y las paramédicas, son muy preparados y diligentes en su cometido. El funcionario administrativo a cargo de los contactos externos en el área, suboficial Moisés Cuevas, merece una mención de especial de gratitud por su trato deferente y gran eficiencia. Varios gendarmes tienen títulos profesionales o están siguiendo estudios superiores, especialmente de psicología, que es muy útil para sus funciones. La institución les da facilidades para hacerlo.

Creo que todos los internos, debido a nuestras edades y patologías, contamos con ellos, como en todo el resto del personal, con un gran apoyo, dadas nuestra condiciones. El personal de guardia y las señoras psicóloga y asistente social nos han tratado con mucho profesionalismo, calidez y deferencia.

A no dudar, soy el preso más viejo de Chile, con 87 años y con mayor número de patologías crónicas, pero aún parece considerárseme un "peligro para la sociedad". Paradojalmente, debí renunciar, motu proprio, a los beneficios de "salidas diarias" por no encontrarme capaz de soportar el esfuerzo físico que ello me demandaría.

LO QUE DESNUDÓ NUESTRAS MISERIAS (Sábado 27 de febrero de 2010, 3:40 horas)

En la fecha señalada en el título, el país sufrió uno de los mayores cataclismos que han afectado a la humanidad. Muertes, desapariciones, heridos e inmensos daños materiales sembraron el dolor, la desesperanza y la angustia en miles de familias e involucró un costo gigantesco para el país. Tal fue el efecto de esta catástrofe, que cambió el eje del planeta y la propia ubicación del continente y de las ciudades, en distancias variables, e incluso la altura sobre el nivel de mar en las zonas costeras y en parte del territorio insular. Pese a la magnitud de los efectos que impactaron a nivel mundial y que debieron, como mínimo, concitar la unidad de todos los sectores para acudir en ayuda de los más afectados, pudo más el imperio de ideologías fracasadas, para que de inmediato salieran voces que, con sorna y mezquindad, hicieron comentarios cargados de torpes ironías. Así, un conocido columnista llegó a decir, más o menos, que este terremoto había "convenido a Piñera", ya que le iba a permitir mostrarse en sus condiciones más evidentes. Era al revés, qué bueno que haya habido un mandatario de esas condiciones para el país, ya que de este modo se iba a poder obtener resultados mejores, en unos menores plazos, concitando apoyos en los sectores más influyentes, como a la postre así sucedió.

La exmandataria reemplazada tuvo una actitud vergonzosa, pusilánime, incapaz de tomar resoluciones. La misma que siempre hacía discursos enérgicos, cargados de ideología y con voz tonante en ese momento crucial, solo expresaba confusión y abatimiento. El video que recogió esos momentos es un documento histórico que refleja la antítesis de un líder; a ratos daba la impresión de querer escapar para no asumir responsabilidades y, erráticamente, pedía un helicóptero, quizás para comprobar que no era cierto lo que veía y sustraerse a su obligación de adoptar resolucio-

nes. Ninguno de los presentes tuvo una actitud definida, ni civiles ni uniformados. Los hechos, claramente, los habían sobrepasado y durante doce horas el país quedó sin gobierno porque las autoridades se hundían en consideraciones ideológicas. Y eso que era un instante crucial en la vida de millones de personas.

En el diario *La Tercera*, en la sección de reportajes del domingo 7 de marzo de 2010, con el título "Terremoto y Tsunami en Chile", se desmenuza, minuto a minuto, la agonía en que el Gobierno se debatió, entre sacar o no a las fuerzas armadas a la calle, para contener los desbordes. A las 10.30 horas, "a Bachelet no le gustaba la figura de jefes militares en el terreno"; y Bitar afirmaría: "para una coalición que ha gobernado el país por veinte años y luchó contra la dictadura militar, la idea de tener a los militares en la calle no fue fácil". Está claro que no lo fue, recién el domingo (más de veinticuatro horas después), a las 15:15 horas, la presidenta firmó el "Decreto de Estado de Catástrofe". La carga ideológica inicial y su generalizado cultivo durante su mandato, pudieron más que sus obligaciones elementales en servicio del país.

La indecisión, la falta de liderazgo, el incumplimiento de sus obligaciones fundamentales, debieran determinar que el Gobierno fue responsable jurídicamente por los daños causados, tanto a las personas, porque hubo muertos hasta en los propios saqueadores, como en los cuantiosos daños a la propiedad pública y privada; y en forma importante, en la proyección del país, ya que las imágenes se difundieron instantáneamente por el mundo, para vergüenza nacional. Ellas estarán permanentemente asociadas al recuerdo de estos hechos. Pero se editarán muchos libros, se harán muchos reportajes y se escribirá infinito número de artículos de prensa para encubrir la verdad vergonzosa de la verdadera actuación del Gobierno de Bachelet en esos momentos aciagos y la total inacción inicial de las Fuerzas Armadas para atender, de inmediato, las necesidades de la

población, cualquiera que fuera la responsabilidad que después los mandos pudieran afrontar. Prestar ayuda en esa situación jamás pudo considerarse un uso indebido de los medios, era simplemente obedecer a un impulso propio de nuestra condición humana. Culminará así la historia mentirosa iniciada con la Unidad Popular y los líderes falsos que se han inventado durante tantos años. De hecho, así ocurrió con un muy bien ilustrado libro del Ejército que minimiza púdicamente el incalificable desconcierto gubernamental.

En el diario *La Tercera* del 17 de septiembre de 2011, pág. 9, hay un artículo cuyo título es "Historia de Saqueos", que se refiere a un caso, dice: "Pero el ataque que el supermercado sufrió el sábado, no fue un caso aislado. Desde el 27 de febrero de 2010, el día del terremoto, ha sido saqueado en seis oportunidades por grupo de vándalos del sector". Bachelet actuó siempre con marcada pusilanimidad en el ejercicio de su cargo y ahí estuvo en el origen de esta enfermedad, que es una lacra social que se ha extendido demasiado en el tiempo, para el sufrimiento y angustia de miles de personas y para vergüenza de nuestro país. Pérdida del respeto a la autoridad, carabineros atacados por grupos de cobardes, golpeados en el suelo, sangrantes, son imágenes que hieren nuestros sentimientos y la dignidad de una noble institución. La delincuencia, consciente de esta progresiva incapacidad de la justicia y algunos servicios públicos para combatirla, potencia su agresividad y suben los índices de la impunidad. Esta lacra social la heredamos de Bachelet y de los Gobiernos de la Concertación que la antecedieron. El ministro del Interior se equivocó al decir que iba a ser capaz de liberarnos de ese estigma. En la zona mapuche siguen los ataques terroristas, incendian camiones, casas, bodegas y maquinarias. Los testigos protegidos son blancos preferidos de sus venganzas. Son ultrajados monumentos donde se "custodian" restos sagrados de nuestros héroes nacionales y son atacadas iglesias que forman parte de nuestro patrimonio histórico. ¿Hasta dónde vamos a llegar?

Pero volvamos al pasado. Con ocasión del maremoto, llamó la atención una fotografía del diario *La Nación* que muestra a la propia presidenta inspeccionando algunas de las miles de especies sustraídas por los saqueadores. ¿Por qué lo hizo?, ¿Estaba cuantificando el monto de sus desatinos? Todas ellas deben contabilizarse a la ineficacia del propio Gobierno. Los motivos que se esgrimieron para claudicar de sus responsabilidades fueron indecentes e inaceptables.

En el diario *El Mercurio*, bajo el título de "División en el Gobierno", aparece nuevamente la figura inefable de Juan Carvajal, exiliado político en la República Democrática Alemana, que pudo más que el buen criterio y la opinión responsable de las Fuerzas Armadas, seguramente avalada por el ministro de Defensa (Vidal), dada a conocer en una reunión en la ONEMI. Más adelante se lee: "Un grupo de asesores presidenciales –entre ellos, el Jefe de la Secretaría de Comunicaciones, Juan Carvajal, y el Jefe del Gabinete presidencial, Rodrigo Peñailillo, resentía que la medida podía afectar la imagen presidencial". ¿Por qué no se pensó, inmediatamente, en la conformación de un comité de crisis? ¿Por qué este no está formado y normado? Hubo autoridades que se trasladaron a La Moneda, otros a la ONEMI y, por supuesto, no se encontraron. ¿Por qué fallaron todas las comunicaciones?

Es curioso que, a pesar de estas muestras reiteradas de incompetencia de personas que se han declarado como autores confesos de estas aberraciones, pretendan volver al Gobierno, llevando nuevamente como buque insignia a quien precipitó al país a un proceso de creciente anarquía, casi al borde de la desobediencia civil. Hacer eso sería un suicidio, particularmente cuando Camilita ha confesado con orgullo que han perfeccionado su escuela de cuadros, cuando un subversivo como Pascal Allende, por la prensa, proclama orgulloso sus fechorías, con la insospechada compañía de figuras estelares del izquierdismo criollo, como

doña Hortensia de Allende y la de nuestro controvertido embajador en la OEA. *No se engañen, muchachitos, cuenta una fábula de lobos cubiertos con pieles de ovejas.*

Atrás hay veinte años de la demolición lenta, progresiva, infatigable, de desarme de los organismos de defensa del Estado; entre otros, del rol de las Fuerzas Armadas en el país. Por venganza y miopía se les excluyó de ser garantía de la constitucionalidad. Era un honor demasiado alto para sus pergaminos. Luego, lo que es extremadamente grave, se les quitó toda injerencia en materia de Orden Interior, el que radicó, exclusivamente, en Carabineros e Investigaciones, estimándose que jamás serían sobrepasadas (¡); simultáneamente, a estos se les quitaron sus armas de servicio y hasta sus bastones, permitiéndoseles apenas usar sus escudos. Curiosamente, salían a la calle, solo... para defenderse ellos mismos, escondidos detrás de quioscos, en los vanos de las puertas, en cualquier lugar que les ofreciera una mínima protección... y la culpa no era de ellos. Esas eran las imágenes que llenaban los noticieros de la TV.

Es posible que a futuro, alguna vez, se necesite y reclame la presencia de las Fuerzas Armadas en el cumplimiento de sus altas e irreemplazables funciones al servicio de la Patria; ahí estarán, no me cabe duda. Con eficiencia y oportunidad se presentarán para cumplir con sus obligaciones constitucionales y con el sagrado juramento que prestaron a su bandera: "HASTA RENDIR LA VIDA, SI FUESE NECESARIO...".

Es posible que en esos instantes, si llegan, en los momentos de preparación de sus equipos, en la intimidad de sus sentimientos y recuerdos, algunos guarden con nostalgia en sus mochilas viejos y arrugados retratos de sus padres u otros familiares que el destino llevó a integrar las filas de "Los Soldados del 73". Otros recordarán a compañeros o superiores que los formaron y, si acaso, los aportes concretos que les entregaron y que les servirán de armadura para sus propios desempeños. Entonces nadie pensará en errores

judiciales, en ofensas o en agravios, primarán en sus espíritus, con largueza, las condicionantes vocacionales que los llevaron a elegir las inspiraciones superiores del espíritu, por sobre concretas y respetables aspiraciones materiales. Pero no lo duden, si las personas que esas fotografías representan aún están con vida, los apoyarán espiritualmente y, por cierto, recordarán con nostalgia sus años de servicio. Compartirán con ustedes el honor de ser reclamados al servicio de la Patria. De cumplirse este presagio: honor y gloria a esas futuras generaciones.

El señor Fernando Villegas, un destacado sociólogo nacional que no necesita presentación, en una síntesis magistral publicada en el diario *La Segunda*, nos habla de Chile como una sociedad enferma y se pregunta: "¿De qué extrañarse respecto a esto último? Por veinte años la Concertación no hizo sino debilitar el concepto de orden público, expresión que, a oídos de su gente, suena a cavernaria opresión del pueblo. Todo acto de autoridad rigurosa se convirtió, en ese período, en tabú". Más adelante, agrega: "¿A qué asombrarse, entonces, que grupos masivos de ciudadanos se crean con derecho al pillaje, si se les da la oportunidad?". Un forajido de Concepción, al ser sorprendido saqueando, dijo: "la culpa la tiene el Estado, que no cuidó los supermercados". Otro le espetó a carabineros: "Ustedes no tienen por qué andar cuidándole la plata a los ricos...".

Todo esto demuestra que la acción demoledora de nuestra sociedad, realizada por el marxismo gramsciano, está patente. El delincuente registrado por la acción del periodista es el triste resultado de la obra de descomposición social que se ha generado con gobiernos permisibles. De ahí la enorme necesidad de contar con uno que ponga atajo a tanta desmesura.

Teniendo presente la impactante denuncia del Sr. Villegas, leamos lo que dice José Antonio Quinteros M. en su libro *La inseguridad chilena*: "aquellos hombres que en estos

países predicaron la cultura de la violencia, para conquistar el poder, hoy se dicen renovados y la han mutado por un pacífico trabajo de zapa, que pretende reformar nuestras conciencias, hacer predominar antivalores, destruir las tradiciones, reescribir la historia, modificar la idiosincrasia y pulverizar los valores morales y espirituales de individuos y organizaciones de la sociedad, con el fin de subordinarlos y ponerlos al servicio de una voluntad colectiva".

Uno de estos mesías –Antonio Gramsci– descubrió que se podía conquistar la sociedad sin usar la fuerza, envenenando el alma de la masa, única forma con la que estimó se podrían cambiar los valores de la sociedad occidental, para esclavizarla sin retorno; él predicó a la masa proletaria que la hegemonía se puede lograr sin usar la fuerza bruta, operando en conjunto para provocar un cambio estructural que previamente se apodere del derecho, del arte, de la cultura y de la moral, hasta lograr una reforma de todas las manifestaciones de la vida individual y colectiva. Creo que al respecto cabe hacer una reflexión general: El futuro del país nos compromete a todos los chilenos, en especial a quienes tienen mayor gravitación espiritual, política, económica, social y, por sobre todo, a los que pertenecen a las instituciones fundamentales de la República. Sus opiniones, quiéranlo o no, modelan o encauzan a las de muchos otros y, con ello, al destino del país; eso debe obligar a no caer en panegíricos o exaltadas demostraciones de gratitud por hechos puntuales, consustanciales de la responsabilidad de todos los gobiernos.

A veces –desde altísimas tribunas– se emiten desusadas expresiones de halago que no se condicen con las formas de ser de nuestro carácter nacional, ni, en esencia, con los méritos reales de los receptores de tales alabanzas. Un "adorado presidente", fue el estratega de dos planes, que, fuera de haber provocado inmensos sufrimientos a millones de personas, han sido el "hoyo negro" de millones de dólares dilapidados, que pudieron haber tenido un destino mas rentable o menos oneroso para el país. También pagó

abusiva e ilegalmente sobresueldos a los paniaguados de siempre que, por décadas, se han surtido abundantemente de las faltriqueras del Estado. Junto con eso, se dejaron contratos "amarrados" con cientos de operadores y con el Administrador Financiero del Transantiago. Aún recordamos verlo exultante, como el maquinista inaugurando el tren a Puerto Montt. ¿Qué queda?: "Estos –Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora. Campos de soledad mustio collado". Esas desmedidas alabanzas pueden resultar un doloroso sarcasmo para quienes sufren los infortunios y las terribles consecuencias de políticas públicas inadecuadamente estudiadas e irresponsablemente ejecutadas. Siempre ha habido sucesores de Potemkin, amo de las apariencias y fachadas que harían palidecer al maestro.

En el diario *El Mercurio*, del mismo día 5 de mayo de 2010, se publica un artículo en la página editorial, "Qué hacer con EFE". Sin duda, el autor, por sus atinados juicios, debió participar en la consabida comisión de trabajo. Lo que la Concertación logró en este campo es grave per se. Ello ha sido posible por la inadvertida atención de nuestros legisladores, que han aprobado todas las leyes que debilitan progresivamente al Estado, relajan nuestras costumbres y no han estado lo suficientemente vigilantes en cautelar sus intereses superiores, permitiendo que se desmantelen estructuras en forma apresurada, sin los estudios adecuados.

En el Ejército que yo recuerdo, los "jefes de plaza" estaban nombrados por boletines oficiales, que se reactualizaban cada vez que era necesario. Sus funciones estaban previamente determinadas y eran de conocimiento obligatorio. Estos tenían bajo su responsabilidad los "Planes de Emergencia Permanentes". El mando era, como debe ser, siempre centralizado, libre de injerencias. Sus facultades y responsabilidades eran múltiples y estaban prolijamente detalladas. Entre otras, designar a los Comandantes de Áreas Jurisdiccionales de Seguridad Interior o CAJSIS, que tenían que conocer en detalle todas las características de sus zonas de empleo.

Con mucho interés leo un artículo en el diario *La Tercera,* bajo el título de "Un cimiento sólido para reconstruir", escrito por un ex comandante en jefe del Ejército: "Las Fuerzas Armadas tendrían que ser consideradas en roles diferentes a los que actualmente se les otorga, que incluyan tanto tareas de seguridad como de apoyo de emergencia". Sigue el texto: "Resulta irracional e incomprensible que instituciones dotadas de medios humanos y materiales de sus características se encuentran al mismo o menor nivel que organismos de apoyo comunitario carentes de estas capacidades". ¿Alguien podría explicar cómo llegamos a este grado de desatino?, ¿Quiénes lo hicieron posible? Podrá sostenerse que en otros países las Fuerzas Armadas tienen prohibido hacerlo, pero… son otros países.

No comprendo qué ha hecho posible la desmedrada situación que vivimos. En el plano político, no me cabe duda de que, deliberadamente, por razones inconfesables de complejos ideológicos, se ha despreciado así una instalada y experimentada capacidad de ayuda en épocas de crisis. ¿Es que se pensó que nunca más íbamos a tener terremotos, avalanchas, inundaciones? ¿Es eso pensar con sentido de estadista? Pienso que quizás por este mismo complejo se impulsó a trasladar unidades de sus guarniciones centrales a confines extremos, para que no se sientan tentadas de intervenir en " la cosa pública" o quizás, peor aún, porque los ciudadanos donde había guarniciones militares las sentían suyas y se identificaban con ellas; eran, sin pregonarlo, su escudo protector. Sabían que, llegado el momento, podían contar irrestrictamente con su apoyo y eran, además, fuentes de vitalidad económica. No desconozco el valor de operar en maniobras de paz, en los mismos presuntos escenarios de conflicto. Quizás mis pensamientos envuelvan críticas sin fundamento; solo pienso que los actuales comandantes de buques no necesitan ver el mar para resolver las operaciones; han cambiado también, considerablemente, los medios de transportes. Las unidades helitranspor-

tadas pueden resolver problemas geográficos que de otra manera serían insolubles. Los bosques de Malleco, Cautín, no son impenetrables ni extensiones demasiado grandes, de modo que el principal control de la subversión mapuche debe ser la inteligencia de todos los organismos que deben desarrollarla, incluso de las Fuerzas Amadas, puesto que se está cerca de cortar al país, aprovechando que por ahí existen obras de arte y muy vulnerables. Por supuesto, las informaciones recabadas deben entregarse a los organismos competentes; no se trata de reeditar a la DINA.

Los países deben sacar tanto experiencia de sus propias vivencias como de lo que ocurre en otras partes del mundo, facilitado ahora por el conocimiento instantáneo a través de los medios de comunicación. Katrina y el ataque a las Torres Gemelas demostraron la impavidez de un mandatario que se quedó pasmado, indeciso, abrumado y que, por lo mismo, no estuvo a la altura de sus responsabilidades.

Volvamos a recordar brevemente esas manadas de ciervos alemanes fantasmales, gráciles, que se esfuman en la bruma ante repentinos temores imaginarios y escapan atolondrados. Fieles a sus instintos heredados, e impulsados por misteriosos mecanismos, convergen así cada año casi mecánicamente y se detienen ante muros ya inexistentes, pero que igual no pueden cruzar para fundirse en una sola gran familia que alguna vez fueron. Tristemente, regresan confundidos, para cada año repetir por generaciones esas citas fracasadas. Ellos, con toda su belleza, son irracionales y están condenados a actuar así por fuerzas desconocidas propias de sus atávicas condiciones primigenias.

Allá se derribaron los muros hace casi una generación. Tanto los físicos como los del espíritu. Aquí, tozudamente, con porfía, se levantaron cada día otros y otros… con diferentes expresiones: museos, memoriales, condecoraciones, monumentos. Nombres augustos que se cambian para reemplazarlos por figuras opacas que solo se visten

con ropajes ideológicos, sin méritos que los justifiquen; carnavales, exposiciones, cantantes, titiriteros y faranduleros comprometidos que se ensalzan más allá del buen gusto y del criterio. En una suerte de concurso, a un mismo nivel Arturo Prat y Víctor Jara; y, por encima de todo, la egregia figura de Salvador Allende, engrandecido y transfigurado por una especie de botox que han infiltrado a su imagen, para disimular sus numerosos defectos y carencias. Todo, naturalmente, de la mano de un Ministerio de Cultura que tendió normalmente a lo chabacano, a lo ramplón y a lo caricaturesco, sin pretender elevar el bueno gusto, la belleza o siquiera un poco más de sofisticación que no solo exalten reacciones primitivas sino que hagan crecer el alma a niveles más elevados de excelencia.

Los "rencores de cien años" que menciona un destacado periodista, desde siempre mutaron en venganza por haber fracasado el primer experimento en el mundo de llegar al socialismo marxista en democracia, en la forma que ellos la entienden, y se potenciaron durante los largos gobiernos concertacionistas, especialmente en el de Bachelet; quedaron incrustados con la presencia de más de veinte abogados comunistas, dirigidos por Rosy Lamas con Hinzpeter, y pretenden volver a potenciarse con un nuevo gobierno de Bachelet, pactando con la expresión sonriente de Tellier para que pueda llegar al Senado y aumentar, al mismo tiempo, el número de diputados con Camila y otros, que podrán firmar todos los compromisos que se les soliciten, de apoyo a Bachelet, pero manteniendo sus esfuerzos de ingobernabilidad, a cuyo amparo se movilizan vándalos y anárquicos. Quizás si con los años de este artero e inveterado maniobrar se den los elementos para reiniciar, con un pelaje a la moda, las condiciones de otro fatídico "nunca más".

Si están conscientes en alguna medida de que este tenebroso proceso podría concretarse, jamás voten por Bachelet, que fue la fuerza poderosa que hizo brotar hacia arriba la placa tectónica de nuestra polarización social y que este Gobierno ha mantenido al renunciar voluntariosamente a la reconciliación nacional.



Para qué decir de las expresiones de fría determinación envasada en rostros inescrutables, expuestas con la tranquilidad de quien expone un meditado e inflexible programa de acción social que se ejecutará sí o sí, a que son tan dados los comunistas. Primero promueven reclamos sociales, que luego buscan la ya bien dispuesta solidaridad de otros grupos. Obtienen espacios con facilidad en los medios para publicitar sus planteamientos, bajo el temor de que los puedan llamar "reaccionarios"; y ya, todo preparado, se lanzan en sus marchas convergentes, advirtiendo previamente que llegarán hasta "las últimas consecuencias" y... desgraciadamente, es así. Al día siguiente, personal municipal retira camionadas de escombros que no alcanzó a sacar a tiempo. Después de sus marchas, se botan a la basura millones y millones de pesos del mobiliario urbano. Los particulares afectados por la pérdida de años de trabajo nuevamente se lamentan de haber estado una vez más al paso de la iracundia "vandálica", resentida, sin destino. Los tacos de las botas que rompen vitrinas, corresponden a los mismos rostros de energúmenos de izquierda, de los que arrebatan lo que sea, quizás solo para tener un recuerdo de sus fechorías y comentarlas mientras pintan sus esperpénticos grafitis. Seguramente los ejecutores de estos actos no sean comunistas,

habrá también marxistas de otros pelos, anarquistas o enfermos drogadictos, pero ellos sí inspiran todas las protestas y los resultados son siempre previsibles. Saben a lo que van y lo obtienen al precio que sea. Total, ellos no construyen ni trabajan, solo les atrae la "distribución". "No al lucro", dicen sus banderas y, como los asaltantes especializados, van, como dijimos, directamente a... las cajas registradoras y a los productos de más valor, saltándose todo el proceso económico, ya que es la única parte que conocen: La repartija. Ellos, no se equivoquen, buscan la gratuidad de la educación, para, una vez graduados, dedicar todo su empeño al bienhechor lucro personal; entonces, contarán como anécdota el uso premeditado de estas hordas salvajes.

En las "manifestaciones", los comunistas son como los cometas: a la cabeza los altos dirigentes portando lienzos y exhibiendo sonrisas plenas de satisfacción, seguramente imaginando ya lo que vendrá después; al centro, la chusma vocinglera y enardecida, con puños en alto gritando consignas; y detrás, la cola infaltable de rufianes. Como sus símiles, son visibles especialmente de noche, en la oscuridad, bajo las sombras. Aunque ahora la oscuridad ya no es



Patrulla militar protegiendo saqueos tardíamente, por culpa de la renuencia política para impedirlo.

necesaria, han perdido totalmente el respeto a la autoridad. También operan de día claro, apoyados por padres y hasta abuelos que se han endeudado con los plasmas y los celulares de última generación que adquirieron, para no ser menos que los vecinos. Dentro de los que reclaman con los métodos de "los hunos", de campos arrasados, seguramente hay alumnos "profesionales" de los que toman uno o dos ramos por años y repiten y repiten, conscientemente, solo para... seguir siendo "estudiantes".

Los indignados locales son diferentes a todos los otros de diferentes latitudes; aquí actúan conducidos políticamente en casi diarios "*city tours* de la canalla", con exigencias desmedidas y con una agresividad demencial que sobrepasa todo entendimiento. Ellos, los cobardes encapuchados, continuarán apoderándose de los espacios públicos usando las tácticas mapuches de desgaste y asolando también todo lo que encuentren a su paso, dejando, además, múltiples testimonios visuales que degradan las fachadas de nobles edificios y monumentos, lo que, al parecer, a nadie importa. Recuerdo que hace algún tiempo un chileno fue detenido en Canadá y no pudo regresar al país, solo por empujar a un policía. Igual que aquí...

En el diario *La Segunda* del 7 de octubre de 2011, bajo el título "El Poder de la 'JOTA' que refresca al PC", la dulce Camila señala: "Más allá de los libros de Marx, Lenin, Engels y Gramsci, este año hemos aprendido mucho del proceso de movilización y esto va a cambiar el curso de nuestra política y nos va a permitir una amplitud mayor. La experiencia ha sido nuestra principal escuela de cuadros". Durante las marchas de 2011 y 2012, nunca se identificó a sus responsables intelectuales ni materiales y nadie los relacionó con los dichos de Camila. ¿ES QUE HABÍA DUDAS? ¿Alguien todavía duda de la gravedad del momento histórico que vivimos? Sí, los políticos, por supuesto, que entre otras importantísimas materias buscan aumentar al número de parlamentarios... y adquirir las últimas innovaciones tecnológicas para entretenerse en tan tediosas reuniones.



El senador Girardi, incumpliendo, naturalmente, su compromiso de buena conducta, previsoramente permite llenar las tribunas de exaltados comunistas que cometen toda clase de desmanes. El templo de nuestra democracia republicana, el Parlamento, fue violado con una bandera manchada groseramente que se exhibió como testimonio de la pérdida de la virginidad de la doncella, tal como se practica en ciertas razas, y usaron gorras policiales, para animar, de cotillón. Lamentablemente, una mujer embarazada, al parecer secretaria de un parlamentario PC, perdió a su guagüita en la trifulca y, cómo no, le echó la culpa a un diputado de derecha, por forcejear con ella para impedirle que mancillara al Congreso y, especialmente, al propio símbolo de la Patria. Tan agitada estuvo la fiesta, que el parlamentario Ascencio le dio empujones a un correcto suboficial de carabineros, el que estoicamente no reaccionó. ¡Es que no son lo mismo!

La actitud de "mi amigo", el diputado Carmona, secretario General del Partido Comunista (creo poder llamarlo así, porque lo recibí en el Módulo 4, del que soy habitante, y si bien con sus acompañantes no me pudieron aceptar una taza de té –porque estaban apurados–, compartimos un largo rato en amena charla), se salió de todos los moldes de la estereotipada conducta de los viejos comunistas, muy alejada por cierto de los "mayonesos" del PS, empujando del cuello a una joven funcionaria de Carabineros. El inexpresivo pimpollo comunista, por su lado, saliéndose de su habitual impasibilidad, premió con un besito (piquito, creo, le llaman en alguna parte), a su generoso anfitrión del Senado.

Todo esto, aunque parezca mentira, ha sido consecuencia de la lejana Guerra Fría y de solo tres años de Gobierno de

la Unidad Popular. ¿Cuál sería nuestro destino si Allende hubiese completado el período? Inexorablemente, seríamos ahora una Cuba meridional o Corea del Norte, pero más sólida que ambas, más desafiante y con mayor poder de irradiación exportadora. Sin subversión y terrorismo, no hubiera habido torturas ni exilio. Sin Allende, no hubiera habido un Pinochet en la historia de Chile; pero sin él, hubieran continuado los gobiernos mediocres y Chile no estaría en la antesala de los países desarrollados. Curiosa paradoja.

Resulta interesante constatar que, al terminar el ciclo de la Concertación, la mandataria se haya ido con tan alto nivel de aprobación, que ha perdurado porque nadie se atreve a desenmascararla, a enrostrarle sus responsabilidades y, desde el extranjero, cada vez que puede, achaca a la derecha no haberle permitido cumplir con sus metas; a pesar de eso, para algunos irradiaba simpatía, pero ella, de verdad, se expresaba solo como un rictus, no como un gesto que iluminara la cara y que reflejara alegría que saliera del corazón, los ojos no reían, mantenían los brillos metálicos de una voluntad de acero. ¡Ya verán hasta dónde llego!, parecía decir con su 84% de aprobación, de ella y para ella, no para sus seguidores ni menos para el país; ambos, pareciera que quedaron vacíos. Los de derecha nunca se manifiestan, no están, cuidan su individualismo y se muestran indiferentes a los intereses políticos tan desacreditados. Los de izquierda, en forma prepotente, usan los "recursos discursivos" mencionados por el rector sin perder el rumbo ni desorientarse; pero, sintiéndose en peligro de extinción, retomaron sus viejas banderas de aspiraciones no satisfechas, de estatizaciones, de reivindicaciones que nunca exigieron durante veinte años.

Hay que reconstruir el alma de la Nación, reforzando el orgullo se sentirse chileno, denunciando la acción disociadora del marxismo que se oculta detrás de exigencias cada vez más exacerbadas. Hay que reclamar con fuerza de todas las herencias malsanas que se taparon para no molestar al gobierno anterior.

Hay que recrear al alma nacional desde las instituciones preescolares. Será un proceso lento, pero valdrá la pena. Ustedes, queridos nietos, no deben marginarse de participar en la reconstrucción moral de nuestro país. Elijan autoridades que se la jueguen por el destino de nuestro querido Chile y no solo para encumbrarse ellos mismos a posiciones cada vez más importantes, levantando banderas populistas que entregan solo beneficios ilusorios. Sigan atentos el movimiento social–político del joven KAST. Por ahí puede estar la hebra que depure a la política partidista, que ya no da para más. Conocí al árbol de donde proviene esa tabla.

A cualquier costo, fortalecemos la identidad mapuche y, a la vez, como contrasentido, difuminamos los propios valores nacionales separándolos de nuestro ser, no obstante que ellos son tan chilenos como nosotros; cambiamos símbolos, restando prestancia a honrosas instituciones, hasta el extremo increíble de intentar subordinarlas a entidades menores. Monstruosidad sobre la cual, naturalmente, nadie dijo nada. No se alzó ninguna voz para denunciar el hecho. Con la misma facilidad con que se demuelen hermosos edificios, elegantes residencias llenas de historia y abolengos, barrios enteros que en otras partes se considerarían un tesoro por su valor histórico, así también se abandonan tradiciones que conformaron nuestro carácter como Nación.

La roja guinda de la torta de los gobiernos concertacionistas que ejemplifica este progresivo abandono del orgullo nacional culminó con la negación a emplear a las tropas para no darle "visibilidad a las Fuerzas Armadas, justo al término de su Gobierno, por recomendaciones del fatídico segundo piso", las que significaron US$ 3.000.000 en especies robadas, la vida a algunos saqueadores y una pérdida inconmensurable en la imagen del país. Esto, unido a la incomprensible tardanza de reconocer el maremoto. Es lamentable que una concepción ideológica, caduca y obsoleta, entrabe el sentido común de un gobernante a la hora de asumir sus graves responsabilidades.

Un ministro de Defensa de las características del que aprobó esas medidas, llegado el momento, se disfrazaría de general o almirante y conduciría directamente operaciones de combate mirando mapas que no entendería, escuchando explicaciones que, por cierto, lo aburrirían soberanamente, mientras que, con seguridad, su mente vagaría por los titulares de los diarios de los días siguientes con su imagen. Él se aseguraría de "aquello" con una nutrida corte de periodistas y profesionales hacedores de imagen.

Pero hay más, aunque parezca imposible. En el diario *La Segunda*, el editorial del día 10 de marzo de 2010 recoge esta desmesura con un título anodino, "Ilusiones acerca de la ONEMI", sin mencionar el desvarío y el profundo agravio a las instituciones armadas, a la propia Patria, aparte de reflejar también absoluta ignorancia de la Constitución y una que otra disposición legal. Este es el broche de oro de un mandato y de un largo período de gobierno.

Sistemáticamente, y en forma legal, se les han quitado funciones relevantes probadamente eficaces, por temor a injerencias indebidas en planos que no les corresponden; con ello, por una parte, se ha alejado al estamento militar y de su íntima conexión y conocimiento permanente de problemas de la población, atingente a sus capacidades y, en consecuencia, se ha inhibido a los mandos de actuar con iniciativa, decisión y prontitud a acudir, oportunamente, para afrontar emergencias, y, por otro, se puede dar paso a instalar mandos pusilánimes y obsecuentes que, por temor a ser reconvenidos, puedan perder, progresivamente, el ascendiente indispensable para mandar a sus tropas en las más exigentes situaciones que puede afrontar el país.

El material se puede adquirir. La formación moral, el espíritu aguerrido, la disciplina, el sentido riguroso de la propia responsabilidad, la aceptación de sacrificios extremos, no se pueden improvisan. Por ello, cabe respeto del Ejecutivo por las funciones de las Fuerzas Armadas, que

no se reduce a paradas y desfiles o a mediáticos paseos en tanque. No se puede llamar públicamente la atención a los comandantes en jefe porque se reúnen a almorzar. A su vez, las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile, simplemente, no pueden aceptar tratos vejatorios.

Pareció una suerte para el país que, en estas circunstancias, asumieran el gobierno personas jóvenes; exitosas por sus méritos y sus virtudes morales ejemplares; honestas, auténticos líderes de la juventud. De ellas se esperaba que conducirían al país sin las trancas ideológicas y con su acción esperábamos también que se derribaran los muros que durante décadas se han ido construyendo y que nos impiden desarrollarnos con igualdad, no con una justicia condicionada, y en absoluta libertad. Para ello, debieran estar conscientes de que deben conformar un equipo cohesionado dispuesto a actuar en conjunto, sin rivalizar para convertirse en estrellas individuales y afrontar, así, todas las zancadillas que, por cierto, de todos modos, les harán.

Por la distancia que al parecer siempre han tenido con la contingencia política, me preocupa que no estén suficientemente advertidos de la mezquindad y capacidad de intriga que muchas veces orienta los actos de los que ahora son oposición; muchos han hecho de su ejercicio su forma de ganarse la vida, pasando por alto valores inspirados en la moral y en la ética.

Seguramente todos los integrantes del Gobierno, por su formación familiar y educacional, por sus principios, valorizan la palabra empeñada, como una suerte de contrato definitivo. Allende, al firmar el "Pacto de Garantías Constitucionales" y al decir, posteriormente, que "había firmado cualquier cosa, con tal de obtener la Primera Magistratura", dio una clase magistral de maquiavelismo político. Ese será el clima en el que, de ahora en más, se van a tener que desenvolver los altos representantes del Gobierno. Peor aún, muy pocos deben conocer el accionar solapado del marxismo gramsciano, que, im-

perturbablemente, perseguirá sus propios objetivos, aunque estos sean opuestos al interés general. Desde posiciones menores, incrustados en la extensa burocracia que se ha ido consolidando con los años, remarán en contra o, lisa y llanamente, sabotearán los proyectos del Gobierno, creando dificultades desde su interior. Cuando se advierta su proceder desleal, puede ser tarde para enmendar lo que deliberadamente ellos perjudicaron. La DC, al aceptar las promesas de Girardi por segunda vez, se creyó el cuento que quiso escuchar.

Mucho se habló de la "dignidad" en que había ejercido el Gobierno Bachelet. No se conocían los decretos firmados a última hora, los contratos, los fondos generosamente asignados. Aunque el candidato Frei ya había dicho: ¿Para qué dejarle plata al próximo Gobierno? Esto, claro, lo hizo antes de que él mismo fuera nominado para comandar la derrota del bloque que representaba.

Parece increíble la miopía de algunos políticos profesionales, como un destacado senador de la Alianza (del que ya hemos mencionado otros dichos) que resentía no haber sido nombrado ministro, ojalá de Relaciones Exteriores, para posicionarse mejor en una futura campaña presidencial, arrebatando protagonismos. Dice, con respecto a las elecciones del 2012: "hay una persona muy bien evaluada: Michelle Bachelet" ¿Por qué está bien evaluada, señor senador? Porque no ha habido la entereza moral para denunciar sus abusos, sus excesos, sus prácticas políticas, las hipotecas que dejó al nuevo gobierno, la forma, ciertamente no muy digna ni profesional, más bien emocional, en como manejó las relaciones internacionales, su empeño en gastar sumas siderales en contra de "Los Soldados del 73" (generación a la cuál también, igual que tantos, tengo el honor de pertenecer) y de la cual usted es contemporáneo y, alguna vez, fue entusiasta admirador, llevando a que todo un poder del Estado pueda quedar en una situación deslegitimada a futuro. Usted ha sido veinte años colegislador y antes yo creo haberlo visto subir a Chacarillas, figurando como invitado preferente

a Bucalemu. Pero a pesar de eso, y para sepultar definitivamente esas vinculaciones que ahora parecen avergonzarlo, no hace mucho usted dijo: "Ni con motivo del Bicentenario se justifican los indultos, son una muestra de debilidad". Así toma distancia de lo sucedido, pese a que no pudo menos que intuirlos y, por consiguiente, debió moralmente denunciarlos. No hay que pintar al "cuco", hay que identificarlo y desenmascararlo. Si la señora Bachelet tuviera posibilidades de regresar –a sacrificarse por el país– usted será uno de los responsables de haberle pavimentado el camino.

La mentalidad que ese bloque exhibió durante veinte años, pero especialmente en este último período presidencial, con poderosos ideólogos urdiendo intrigas y maniobras, pone fin a la era de Allende y posibilita reconstruir nuestro país y que vuelva a cultivar sus tradiciones y valores, donde la familia vuelva a ser el núcleo fundamental de la sociedad, donde se ponga coto al relativismo moral que quedó al desnudo y expuso vergonzosamente, ante la faz de mundo, en las veinticuatro horas de *happy hours* que la señora presidenta facilitó a vándalos y rufianes de 4 x 4 para que saquearan supermercados aprovechándose del terremoto y tsunamis, con la inaudita excusa, urdida otra vez, cómo no, por el Segundo Piso: "no exhibir a los militares en las postrimerías del Gobierno concertacionista", inexcusable retraso que, además de facilitar robos, provocó incendios y la propia muerte de algunos de esos forajidos, todo lo cual parece constituir delito, al menos, por omisión.

No va a ser una tarea fácil, porque la señora presidenta deja su sello persecutorio más allá de su Gobierno, en varias instancias, que, previsora y cuidadosamente, ha legalizado, para continuar imponiendo sus criterios, más allá de su período legal, tratando de que el nuevo gobierno no pueda apartarse del camino que ella ha trazado y, más aún, dándole un carácter de justificación moral inevitable. De ahí un Museo de la Memoria encuadrado en un solo bando y en un período preciso, desarraigado de la realidad de la épo-

ca, levitando sobre el tiempo para seguir evadiendo unas responsabilidades históricas del tamaño de las pirámides.

Para dimensionar adecuadamente la distancia que existe entre las apariencias que se quieren mostrar, de irrestricto respeto por las normas republicanas, de transparencia, de *fair play* y hasta de generosidad, si se quiere, en los actos de entrega del gobierno, hubo invitaciones, discursos y muchas palabras de buena crianza; pero en la sombra, detrás de las puertas, se estaba ejecutando un plan magistral de sigiloso desmantelamiento, como se señala en la página 6 de Reportajes de *El Mercurio* del 2 de mayo de 2010, con el título "La compleja herencia que dejó la administración Bachelet" y donde a toda página se detallan algunas partidas con los siguientes títulos:

CHAITÉN: "La Presidenta Bachelet dijo que Nueva Chaitén estaría constituida por 170 hectáreas. Se han invertido US$ 100.000.000, y el proceso está paralizado".

MILLONARIO DESORDEN EN CENABAST: "El gran dolor de cabeza que afronta el Ministro Mañalich". "El no pago a laboratorios por la adquisición de medicamentos es la gran deuda que le heredó la administración de Bachelet al nuevo gobierno, un monto que asciende a más de 24 mil millones de pesos".

HACIENDA: "Déficit estructural de US$ 2.376 millones, que equivalen a 1,2% del PIB".

LA SEGPRES Y LOS MIL PROYECTOS PERDIDOS: "No había ni una sola página de archivo donde debían estar guardadas todas las minutas y tramitaciones de más de mil proyectos de ley de los últimos años...".

LARGA LISTA DE "CONTRATADOS" EN TODOS LOS MINISTERIOS: "Los ministerios: Secretaría General de Gobierno, Justicia, Trabajo, MIDEPLAN, Obras Públicas, Salud, Bienes Nacionales, Educación, Medio Ambiente, Agricultura y SERNAM ya han informado acerca de irregularidades en

aspectos que tienen que ver con el personal en los últimos meses de servicio de la administración bacheletista".

LA SEGCOM SIN ARCHIVOS DE PRENSA: "Dirigida por uno de los asesores claves de la Mandataria, Juan Carvajal, la repartición sumaba a varias decenas de colaboradores a honorarios". "No existía un centro de documentación ni menos registro de las publicaciones de medios nacionales" (es decir, se los robaron).

EL COMPLEJO DEBUT DE CRUZ-COKE: "El Consejo de la Cultura y las Artes ha sido una de las carteras que más han sufrido en el proceso de instalación del gobierno de Piñera.

Cuando el nuevo ministro Luciano Cruz-Coke tomó posesión, tuvo que asumir además los mil cuatrocientos millones de pesos en deudas de la administración anterior".

LOS FONDOS PERDIDOS DE LA CANCILLERÍA: "Se descubrió que la administración anterior había contratado o designado a varias decenas de colaboradores. Es el caso de Marcos Robledos, director de la sede chilena de FLACSO". "No obstante, lo más grave había ocurrido al saberse que en el presupuesto del ministerio no estaban asignados los fondos para financiar los primeros gastos de los nuevos embajadores, como arriendos de casas, pasajes de avión o mudanzas".

LAS ENCUESTAS POLÍTICAS QUE DESAPARECIERON: En 2009 la Subdere, en ese entonces liderada por Mahmud Aleuy, ahora rector de la Universidad de Tarapacá, encargó una encuesta llamada «Barómetro Regional», donde se hacían preguntas de carácter político-regional, que aun cuando fue solicitada por la Contraloría, no ha aparecido. ¿Cuánto más de esto podría pasar con un nuevo gobierno suyo?

Este magnífico ejemplo de investigación periodística es fruto, sin duda, de un cuidadoso trabajo de búsqueda de antecedentes y está ilustrado con algunas fotografías. La primera de ellas es muy representativa y, quizás por simple coincidencia, es un hermoso y casi bucólico paisaje de

Chaitén. En primer plano se ven una pintoresca casita, un jardín y un grupo de árboles; podría ser la imagen plácida, transparente y perfecta, como se dijo, como la que se ha querido dar en los actos de cambio de gobierno. Normalidad, tranquilidad, esperanzas satisfechas. Pero más atrás es posible ver el volcán, quizás en el comienzo de la erupción, que puede representar, perfectamente, las fuerzas ocultas detrás de esta imagen engañosa.

En forma destacada aparecen las fotografías de dos personas que han gravitado con enorme influencia en el estilo de Gobierno de la presidenta Bachelet, don Antonio Viera-Gallo, extitular de la SEGPRES (ver su rol en el problema mapuche) y, cómo no, Juan Carvajal. El primero de los nombrados del Gobierno de la señora Bachelet pasó, inmediatamente, a un organismo rector en el andamiaje jurídico del país; obviamente, le sobran méritos y experiencias para ocupar tan alto cargo; entiendo que siendo subsecretario de Justicia de Allende habría hecho detener a un juez en ejercicio. Y el segundo, a uno de los más vigorosos y prestigiados *lobbys* del país. En suma, ambos quedan en capacidad de continuar operando con gran eficiencia, a nivel nacional y en una posición de defensa del Gobierno Bachelet. El señor Viera-Gallo pasó su exilio en Italia, una simple coincidencia que a lo mejor le permitió la ocasión de leer las cartas originales de Gramsci, cuando editaba con gran acierto la revista Chile–América, con punzantes críticas al Gobierno Militar. El señor Carvajal, como es sabido, estuvo en Alemania Democrática, domicilio temporal de la señora Bachelet y su privilegiado y poderoso asesor.

Recientemente, en la revista *Sábado* del diario *El Mercurio*, del 19 de marzo de 2011, Carvajal, refutando a sus críticos, "se defiende y dice que el 84% de aprobación con que la ex Mandataria dejó el poder es el mejor antídoto contra sus detractores". Atribuyéndose él solo, implícitamente, el resultado de la popularidad de la exmandataria, no obstante hay que pensar que algún atributo habrá tenido ella personalmente y, quizás, de algunos otros colaboradores. Cabe

aquí hacer algunas reflexiones sobre por qué razón parte de este apoyo no se volcó a la Concertación. Sin ser experto en manipulaciones políticas, podría pensarse que él tuvo la habilidad de blindarla, de manera que ella solo cosechara buenos éxitos, y la alejó de situaciones controversiales, donde los funcionarios y dirigentes políticos tuvieron que poner la cara y hacer el trabajo sucio. De ahí que la Concertación (yo pienso que solo fue un contubernio) quedara muy a la zaga en las encuestas.

Pero hay algo más: como él cuidó tan celosamente que nadie le hiciera sombra a ella, no hubo más líderes capacitados y como coalición cayó en la atomización y en rencillas que la han dejado peligrosamente, para suerte del país, desarticulada, al extremo de que –literalmente– constituyen una familia desavenida.

Como un aspecto pintoresco, pero que no deja de ser interesante para ver quiénes eran las huestes que integraban estos grupos subversivos, él cuenta con orgullo que de vuelta a Santiago deambuló "por distintas casas de seguridad tratando de rearticular al PS, hasta que en diciembre de 1975 cayó detenido, fruto de la 'traición' de uno de sus compañeros de partido, Jaime López, pareja por esos días –¿qué debe inferirse de ese comentario?– de una joven Michelle Bachelet. Poco más adelante niega, no muy enfáticamente, haber sido informante de la STASI" (tenebrosa policía secreta de Alemania del Este. El comentario es mío). Y siguiendo el relato de su poco tranquila existencia, hace algunos alcances sobre la muerte del asesino lautarista Marco Ariel Antonioletti, sin aclarar algo muy importante: ¿por qué este eligió precisamente esconderse en su casa? Posteriormente, trata de justificarse por haberlo, a su vez, denunciado a la policía, es decir, traicionado. Ahora, como todos ellos, disfruta de un estatus privilegiado, se acabaron los sobresaltos y vivir a salto de mata. La subversión en la juventud, con su secuela de crímenes y fechorías, es una profesión muy bien rentada en la adultez.

Es obvio que algunos de los partícipes de estos escabrosos sucesos son ejemplares prototipo de la desadaptación social que nutrió a los grupos subversivos que se alzaron en armas para defender primero al Gobierno de Allende y luego se empeñaron en actos terroristas durante el Gobierno Militar. Con esta formación a temprana edad integrando cuadros violentistas, no parece lógico que la exmandataria ostente el cargo de máximo liderazgo mundial en cuestiones de género, porque hablar de mujer es hablar, necesariamente, de familia. Es obvio que el concepto suyo es diferente. "Las mujeres no volverán a la cocina", dijo en África, lo que es un despropósito, porque, en lo que yo recuerde, sería equivalente a decir "no volverán a sus casas", ya que de hecho, viven en ellas. No tienen otras piezas.

Queridos nietos: Como contrapartida, ustedes como yo y todo el país, tuvimos ocasión de ver al hombre con más poder en el mundo, el presidente de EE. UU., Sr. Barack Obama, que pasó escasas 24 horas en nuestro país. Estuvo aquí y simultáneamente estuvo conectado con el mundo entero, la intervención en Libia, los problemas de los otros países musulmanes en crisis y el agravamiento de la situación nuclear en Japón; y por si esto no fuera suficiente, las tensiones en su propio país por ausentarse ante este cuadro mundial. De todos lados se hacen apreciaciones del beneficio para nuestro país de esta visita; sin duda, solo que nos haya elegido ya marca un hecho tremendamente positivo. Pero no llegó solo, vino con su esposa y sus hijitas y, como familia, proyectaron poderosamente la imagen de esta institución, fundamento de la sociedad y que nos hace sentirnos plenamente humanos, trascendiendo a nuestro débil envoltorio puramente material, y nos obliga a elevarnos un poco y a pensar en escenarios superiores a la física, ya que no son posibles percibir con los sentidos. En este caso particular, la ilustre familia que nos visitó debió superar inmensos obstáculos derivados de su origen humilde y principalmente de su condición de afroamericanos, y vean dónde están, en el centro del poder mundial. Les sugiero, con humildad, que si tienen algo de tiempo –siempre lo hay–, olvídense un momento de consolas,

pantallas y carretes, "pinchen" por curiosidad a qué se refiere eso que se llama la metafísica y asómense a paisajes espirituales que describe, lo que les dejará huellas profundas en el corazón.

La "herencia" de la presidenta Bachelet no fue, evidentemente, un producto del azar, aquí se han aplicado científicamente las teorías del italiano Antonio Gramsci. El país importa en la medida que es la base para crear una estructura de poder político. El Partido Demócrata Cristiano parece siempre tangencial a la Concertación, debatiéndose entre convicciones cristianas y devaneos marxistoides y así ha alimentado -desde sus orígenes-, con nutridos contingentes, a sus aliados izquierdistas: Al Mapu con su polo extremista Obrero-Campesino, tan virulento y siniestro como el MIR; la Izquierda Cristiana, para finalmente reforzar a Allende en masa en el Parlamento, con Tomic negociando secretamente con Allende y dejando al presidente Eduardo Frei Montalva huérfano de apoyos, es decir, hay lazos de parentesco carnal con fuerzas centrífugas que lo impulsan marcadamente hacia la izquierda, sacándolo del centro. Recientemente creyeron en las promesas de buena conducta de Girardi; ojalá que el tiempo no les demuestre que otra vez se equivocaron.

Hace poco el patriarca DC dijo: "yo no le hago asco a ningún partido...". Más que un problema gástrico, don Patricio, la DC en masa sufre un problema oftalmológico: miopía. Vea en qué andan los "diputaditos comunistas" -como dijo, hace poco, el historiador e ideólogo Salazar, artífice del renacimiento comunista gramsciano: desde mancillar el templo del poder republicano del Congreso, colgándole irrespetuosamente una pintarrajeada bandera chilena, hasta, probablemente, dirigir estratégicamente el empleo magistral del "poder popular", en vandálicas marchas que se usan como entrenamiento para asolar constantemente a nuestras sufridas ciudades-. ¿Ha relacionado usted, don Patricio, estos hechos? ¿Y ha evaluado hasta dónde podemos llegar en la anarquía que ya ha tomado cuerpo? Con

todo respeto, me permito pedirle un momento de reflexión, antes de que sea demasiado tarde. En el caso suyo, en particular, es cuestión de que recuerde algunos episodios de su propia vida. Le bastaría con releer algunos de sus propios discursos y declaraciones. Como muchas grandes figuras de nuestro país, usted ya ha dejado una huella en nuestra historia, con muchas luces, pero no exenta tampoco de un gran "pedacito" muy oscuro, al que solo faltó ponerle una cinta de regalo. Además, está un vergonzoso episodio de la más repudiable maquinación política que le ayudó sensiblemente en el resultado de la elección interna. A lo mejor una nueva visión suya, como patriarca, podría evitar que el país vuelva a tropezar con la misma piedra. Los resultados ya los conocemos.

La señora Bachelet dijo en Berkeley: "siempre tratamos de poner a la gente en el centro de las políticas públicas". El 1° de mayo, esa misma "gente" no demostró precisamente reconocimiento; si no, que lo digan la señora Tohá y todos los dirigentes de su colectividad que asistieron a la escuálida celebración. El PC, siempre oportunista, en un acto en la Presidencia, se apresura a declarar, a través de uno de sus dirigentes: "no tenemos nada con la Concertación; si nos quieren decir algo, traten con nosotros directamente". Y así se constituyen en árbitros, como lo han hecho siempre.

Queridas nietas y queridos nietos: lamentablemente esta forma de actuar en política, avanzando siempre por las vías laterales de los resquicios legales, eludiendo peajes, no es posible conocer en las universidades privilegiadas donde estudiaron y ya se graduaron varios de ustedes o están por hacerlo. Este conocimiento, desgraciadamente, tampoco se adquiere vinculándose transitoriamente con la pobreza, como lo han hecho todos ustedes, sacrificando comodidades, vacaciones o descanso; no obstante, eso sí, fue necesario para sentir en carne propia los sufrimientos de los más desvalidos. Este conocimiento se adquiere en un proceso prolongado. Me remito a repetir los comentarios de Pierre Guillard, tutor del zarevich Alexei: "Está privado del principio básico que

permite el desarrollo del juicio. Sentirá siempre la falta de ese saber que no depende del estudio sino de la vida misma, obteniendo a través de las relaciones libres con sus pares, de la diversidad de influencias, a veces contrapuestas a las opiniones que habitualmente lo rodean y de la posibilidad de un contacto asiduo y una observación directa en lo referente a las personas y las cosas. En una palabra, será privado de todo aquello que, a lo largo del tiempo, desarrolla los horizontes intelectuales y profesionales al conocimiento esencial". Hasta aquí la cita.

No es necesario estudiar marxismo para entenderlos, es necesario, sí, que se comprometan políticamente, para defender sus valores, sus principios morales y los traspasen a sus hijos y, para ello, es indispensable que se inscriban y voten por las personas que más los identifiquen con sus anhelos y formas de vida a que aspiran y estén atentos, además, a los que usan la dialéctica marxista, la "lucha de clases no es el motor de la historia".

La juventud no es una profesión ni es el final de un camino. No dura toda la vida, es apenas una senda de penetración que se hace con mucho esfuerzo para desbrozar la maraña de los bosques, secar pantanos o eliminar obstáculos. Y así irán construyendo, paso a paso, el camino definitivo que los conduzca a las metas que se han trazado y que alivien, de paso, a futuro, el andar de sus hijos y de los hijos de ellos. Si cometen la equivocación de hacerlo demasiado rápido, sin prolijidad (son tantas las tentaciones), podrán fallar en la durabilidad de la obra que se proponen y los resultados serán negativos. Para "aterrizar" estos conceptos un poco abstractos, citemos un ejemplo memorable, recuerden la pavimentación de la Alameda. ¡Cumplimos!, decían unas camisetas alegóricas exhibidas con muestras de desaforada exaltación, dando por finalizada una tarea emblemática, iniciada hace cientos de años y que... duró poco más de un mes.... a un costo sideral, que, como de costumbre, en esos gobiernos, pagó Moya (nosotros).

Dejemos hasta aquí estas reflexiones, muchas de las cuales pretenden descubrir la metamorfosis marxista para seguir infestando el cuadro político del país, apropiándose, con buenas o malas artes, más de estas últimas que de las primeras, de centros de poder y elementos de difusión y desinformación. La posición de FLACSO no deja de ser interesante como centro de irradiación claramente de políticas de izquierda, y siempre con adecuado financiamiento. En esta especial tribuna, una alta autoridad militar hizo una inusitada exposición, debiendo previamente escuchar comentarios opuestos al quehacer institucional. Ellos se caracterizan porque tienen capacidad de reflexión, una voluntad inquebrantable en la consecución de sus metas, sigilo próximo al secretismo y una inagotable paciencia, esperando que tranquilamente la fruta madure lo suficiente para recogerla. Si esto no resulta así, el caso del señor Andrusco (seguramente ya olvidado) fue aleccionador. 1° Estridente denuncia del diputado Gutiérrez (mi abogado querellante que, siendo yo absolutamente inocente, logró hacerme culpar). Él también recurrió al mismo expediente con que se perjudicó al destacado general Aldunate, que estaba en misión en Haití, a quien se le quiso imputar una especie de "delito de pertenencia", que ahora nuevamente se ha aplicado a otros dos distinguidos oficiales en retiro, como si fuera un axioma reconocido jurídicamente, ¡habrase visto!, por haber cumplido misiones en un servicio de inteligencia. 2° Opera la mano oculta, que envía *e-mails,* llama por teléfono sin identificarse y recurre a todo tipo de presión. 3° Otros personajes luego se hacen cargo de continuar la ofensiva. El epílogo, no pudo ser más esclarecedor y desafiante: Gutiérrez con la soberbia que lo caracteriza dijo: "Gané yo, no importa lo que diga". No la justicia, ganó él.

CONCLUSIONES

Mientras aquí, en importantes sectores centroizquierdistas, particularmente democristianos, se vanaglorian de la incansable persecución a los soldados que cumplieron su deber, en Brasil, la enérgica y monolítica postura de las Fuerzas Armadas los ha llevado a mantener sellados los hechos que provocaron tantas desventuras. El reconocimiento de la política de derechos humanos que ha llevado nuestro país tiene indiscutiblemente una valorización moral per se, pero nada vale cuando los halagos proceden de países como los EE. UU., porque ellos son un mal ejemplo. Basta recordar: Guantánamo, las cárceles secretas establecidas en distintos países, la agresión a países amigos para detener ilegal y brutalmente a perseguidos por sus tribunales, como ocurrió en Panamá, Grenada, Guatemala y otras, además de las incontables operaciones de inteligencia para deponer a gobiernos soberanos y, aquí mismo, en Chile, como en el caso Schneider, seguramente en los de Prats y Letelier, en los que, probadamente, emplearon dineros y seguramente agentes profesionales.

Incluso en España se juzga al juez Garzón por prevaricación y se le prohibió investigar los crímenes de la Guerra Civil. Y en Roma, cuna del derecho, el señor Podlech salió en libertad después de dos años de injusto cautiverio. Aquí estaría preso de por vida.

En ninguna parte del mundo hay un encarnizamiento tan grande contra los representantes de un régimen que derrotó al marxismo y entregó voluntariamente el poder después de un plebiscito, con un acto impecablemente democrático. Aún más, después de haber sacado al país del abismo, de haberlo restaurado económica, moral y políticamente. Aquí se juzga solamente a los que actuaron al otro lado de la controversia, a solicitud de los otros poderes del Estado e impulsados por las grandes mayorías nacionales. La

constante persecución política a las fuerzas armadas puede tener efectos potencialmente muy negativos a largo plazo: Formar mandos timoratos incapaces de actuar con resolución en los casos en que se requiera temple, personalidad y decisión. Además, acumular nuevamente resentimientos profundos que obnubilen el sano raciocinio y que desaten reacciones incontroladas.

Hay que tener presente historias recientes y, antiguas, como en al año 321 a. C., en la "Batalla de las Horcas Caudinas". Los gobiernos de la Concertación, y en especial el de Bachelet, con su alienante manía persecutoria, se encaminaban irresponsablemente en esa dirección e hizo de la constante humillación un arma de efectos morales difíciles de predecir y que en un futuro lejano, que nadie puede predecir, pueden tener efectos no deseados. El suyo fue un ejemplo odioso y parcial de acción netamente proselitista, envuelto a medias en posturas de derechos humanos y de democracia, concebidas en términos político-ideológicos. Prueba de ello fueron sus peregrinajes por Alemania Democrática, evocando recuerdos de su agitada juventud, y la obsecuente pleitesía que rindió a su ídolo Fidel, que, desde su olimpo, le concedió la gracia de recibirla, así como "al pasar", mientras seguramente redactaba sus sesudas "reflexiones", justamente cuando varios detenidos en sus cárceles agonizaban exigiendo justicia por opinar en forma diferente del amo de la isla.

Resulta evidente y lamentable constatar que, poco a poco, se fue cediendo a la presión constante, masiva e imperiosa, y se fueron perdiendo valiosas características que aunaban a la "familia militar": nobles tradiciones cimentadas a través del tiempo, la acendrada mística de nuestra profesión, esencialmente vocacional, y ciertos principios y valores que constituían un acervo moral imponderable.

Junto con ello, como es natural, soterradamente proliferaban duras críticas contra quienes aparecían cediendo más

allá de lo prudente y necesario, obligados por el carácter fuerte de autoridades civiles superiores impregnadas de condicionantes ideológicas o, quizás, por la conveniencia de evitar eventuales responsabilidades en la "caza de brujas" desatada, que inventó hasta un supuesto "delito de pertenencia", porque "nadie que haya pertenecido en su juventud a... podrá quedar exento de responsabilidades". Dudas y sospechas corroen sentimientos de identidad, impregnando sólidas estructuras con agentes de debilidad que hieren sus fortalezas fundamentales. A los ex Mapu no se les acusa de ese tal "delito de pertenencia"; ellos se ufanan de él para disfrutar de sus actuales estatus.

Hasta aquí he soslayado con mucho esfuerzo mayores referencias a mi institución en el período pos Gobierno Militar, pero al enfrentar ahora la última curva del sinuoso trazado de mi trabajo, sería inexplicable e injusto con ella si no dejo constancia de algunas reflexiones derivadas de mi propia experiencia, tanto en el Gobierno Militar como en los años posteriores, cuando me limité a ser un observador atento del devenir de ella, y aquí en la cárcel, puesto que aquí también he debido enfrentar algunas indagaciones en casi medio centenar de procesos (en un gran número de ellos por denuncias interesadas de personas relacionadas con el residente del Módulo l), la inmensa mayoría de ellos en calidad de testigo. Y, en uno o dos restantes, a excepción del que me mantiene entre rejas, solo se me interrogó una vez.

Ya hemos mencionado en el texto los sólidos argumentos jurídicos de prestigiados profesionales que critican la no aplicación de fórmulas y disposiciones legales elementales vigentes, que debieron considerarse legítimamente en nuestros procesos.

La diferencia entre culpables o inocentes en casi todos los procesos es demasiado tenue, imperceptible o inexistente, toda vez que muchos fallos se han dictado sin pruebas, por presunciones e incluso por simples indicios, como fue

mi caso. Hubo algunos en que la ausencia, voluntaria o involuntaria, de una diligencia pudo determinar resultados completamente diferentes.

El futuro de ciertas personas pudo depender hasta del azar o quizás oportunas "movidas" tendientes a ocultar evidencias, ingeniosas correspondencias o sugestiva participación en instancias investigativas, como una forma de alejar presuntas implicancias personales: testigos que se mantuvieron herméticamente en silencio o no fueron requeridos por misterios del destino o, eventualmente, en forma interesada; declaraciones concretas de hechos relevantes a las que no les dio credibilidad; ausencia de reconstitución de escenas o factores imponderables, como en el caso de constitución de salas, participación de abogados integrantes o mayorías circunstanciales, eventualmente por carencia de objetividad por algunas de las consideraciones expresadas por la señora decana que he mencionado. Todos estos elementos han condicionado algunos fallos que necesariamente pudieron tener resultados aleatorios.

Aparentemente, tampoco ha habido coordinación en el Poder Judicial, contrastando declaraciones de personas involucradas en distintos procesos o se verificaron responsabilidades institucionales estudiando los reglamentos orgánicos de unidades y reparticiones. Tampoco se verificaron lugares físicos de trabajo que podrían haber dado luz para esclarecer ubicaciones probables de eventuales participantes, como ocurrió, por ejemplo, con las oficinas y dependencias de la segunda comandancia del regimiento.

Por otra parte, quienes llegaron a la cúspide de la carrera ya integraban la institución durante el Gobierno Militar, que duró 17 años, y fueron ascendiendo progresivamente a los diferentes grados, hasta llegar a jefes u oficiales superiores (coroneles). Dados sus incuestionables y numerosos méritos personales, ocuparon puestos de grandes responsabilidades, íntimamente relacionados con el alto mando,

como comandantes de importantes unidades independientes, gobernadores o intendentes y, por consiguiente, fueron también protagonistas de la historia. Luego, cabe preguntarse: ¿Cómo no supieron, entonces, que las responsabilidades eran institucionales? A mi entender, en su inmensa mayoría, no lo fueron. Personalmente, yo denuncié de manera oficial a quien propiciaba los excesos y se erigía como árbitro entre el bien y el mal. Sacrifiqué mi carrera en defensa de mis principios. Ya en retiro, acepté nuevamente el cargo de mayor conflictividad del Gobierno para seguir sirviendo a mi institución y, a través de ella, al país.

Encuentro oportuno citar aquí un sugerente párrafo del libro *La elegancia del erizo*, de Muriel Barbery: "por primera vez en mi vida, he sentido el significado de la palabra *nunca*. Pues bien, es horrible. Pronunciamos esa palabra cien veces al día, pero no sabemos lo que decimos, antes de habernos enfrentado a un verdadero *nunca más*" (se refiere a la muerte, naturalmente. Lo subrayado es mío).

Ciertamente, fue a nosotros, al Ejército, a quienes nos cupo mayor responsabilidad en restaurar la institucionalidad del país. Tal vez debido a ello, nos enfrentamos a un mayor número de situaciones confrontacionales y, a veces, sin lugar a dudas, se cometieron excesos injustificados y hasta vergonzosos.

Vino después el momento de pagar la deuda contraída con el país y nuestros estilos institucionales fueron diferentes; para unas, hubo estricto cumplimiento de las virtudes cardinales, como la templanza. Lamentablemente, en nuestro caso hubo innecesarias y fortísimas declaraciones, algunas con dudosas fundamentaciones filosóficas, como la señalada más arriba, y otras, siendo ajenas a la realidad y empleando maniobras inmorales, dañaron profundamente el alma institucional.

El efecto de esta diferente forma de actuar institucional ha quedado objetivamente plasmado en dos hechos: En la

inmensa tragedia de Juan Fernández vimos incansablemente navegar un buque de guerra de nuestra Armada Nacional, luciendo orgulloso su nombre: Almirante Merino. Solo hace algunos días falleció el señor almirante Jorge Martínez Busch, a quien tuve el alto honor de conocer personalmente. Un destacado colega suyo, que siempre ha estado dispuesto a jugársela en cuanta causa él estima de interés nacional, dijo en una Carta al Director: "Le correspondió la compleja tarea de hacer la transición de una Marina que fue parte del Gobierno Militar a una que debía convivir con las reglas de la democracia". Y al final, a modo de despedida: "Muchas gracias, mi Almirante, por haber sido quien fue".

Pienso que nuestra institución, pos Gobierno Militar, no podía naturalmente avalar conductas inmorales y delictuales, que son exclusivamente de responsabilidad individual, pero, al no considerar el contexto histórico en que se desarrollaron y nadie sabía más de eso que sus componentes o sus ideologizados antagonistas, habría sido prudente, por una parte, representar la necesidad de una correcta aplicación de la justicia y, además, denunciar las implacables presiones políticas y mediáticas que han llevado a condicionar el desempeño del Poder Judicial.

En el diario *El Mercurio* del 5 de octubre de 2011, don Gonzalo Rojas, dice: "Por qué no ha logrado la clase política que haya igualdad de derechos, ya que para los militares en retiro no existen, no ha conseguido que los terroristas paguen por sus culpas...". Hay que reconocer que nunca es demasiado tarde para reconocer un error y nadie tiene clavada la rueda de la fortuna.

Nuestras eventuales responsabilidades se derivan del hecho de que involuntariamente participamos en el segundo hito más importante de nuestra historia nacional, después de nuestra Independencia en 1810. Estábamos en la primera fila de combate.

"Este ejército que ves
Vago al yelo y al calor
la república mejor
y más política es
del mundo, en que nadie espere
que ser preferido pueda
por la nobleza que hereda,
sino por la que él adquiere.

Soldado de infantería española
Pedro Calderón de la Barca

Quienes salieron de la adolescencia y llegaron a la madurez durante el Gobierno Militar se encontraron con un país que ya había dejado atrás la catástrofe social vivida en tiempos de Allende y que marchaba con esfuerzos redoblados para rectificar la anarquía, el desorden y encauzar el desarrollo, debiendo afrontar, simultáneamente, episodios de enconada lucha subversiva, lo que generaba algunos excesos. Así, muchos civiles y militares fuimos reconstruyendo aceleradamente nuestro país, reemplazando la deteriorada maquinaria del Estado, envilecida por orientaciones ideológicas, y restituyendo la confianza en la capacidad individual de cada uno, para cumplir las metas que se había fijado en la vida.

Seguramente muy pocos, si acaso algunos, recuerdan que el Gobierno Militar transfirió voluntariamente el poder, en un acto de gran significación republicana, después de haber perdido un plebiscito espontáneamente resuelto y hacer honor a la palabra empeñada. Les recuerdo que a quienes estábamos en el Gobierno se nos dividió antojadizamente entre "los duros" que no aceptaban plazos para la entrega del Gobierno sino metas, es decir, se podía entregar o no según se estimara si se habían cumplido o no; en cambio, los "blandos", entre los cuales estaba yo, queríamos que hubiera plazos definidos, única forma de fijarnos un límite preciso.

Durante veinte años, la Concertación tuvo la habilidad de no cambiar las condiciones impuestas por la Constitución aprobada durante el Gobierno de Pinochet (privadamente, el candidato Piñera también lo reconoció así), salvo modificaciones cosméticas intrascendentes, no obstante lo cual, vistiéndose con ropa ajena, fue hecha suya abusivamente por Lagos. En las sumas y restas, el país ha progresado y con ello ha alcanzado un lugar importante en el concierto de las naciones. Lo citamos en la introducción. Paralelamente, la Concertación orientó todos sus esfuerzos en borrar la imagen de lo obrado durante el período militar, exacerbando los aspectos negativos y exaltando a la condición de héroes nacionales a figuras propias, que más bien debieran recibir repulsa por su empeño contumaz de llevar a nuestro país a la vertiente marxista-leninista en que entonces se dividía el mundo. Si viajan algún día a Varadero (Cuba), deténganse unos días en La Habana y verán un reflejo de lo que Allende quería para Chile, pero estén atentos, ya que les dirán que la culpa es del imperio.

Ahora bien, este Gobierno actual -lamentablemente- no tiene mayorías parlamentarias y hará cuanto crea necesario por captar apoyos de las vecindades políticas. Nada mejor para eso que, aunque no se identifique demasiado doctrinariamente con ellos, hacer suyos sus objetivos, ya que nada da más dividendos que seguir denostando y persiguiendo a los militares, lo que resulta a todas luces injusto e inmoral. Se borró toda culpa de los responsables del drama y, aun a costa de dividir, desacreditar y debilitar a las Fuerzas Armadas, se les continúa agraviando.

NIETAS Y NIETOS: Cuando hayan resuelto participar en las periódicas fiestas democráticas de las elecciones, elijan cuidadosamente candidatos con sólidos principios morales, que "no se vendan por un plato de lentejas"; hombres y mujeres con aspiraciones auténticas de servidores públicos y con visiones de largo plazo.

Vean, por favor, los desesperados esfuerzos que hacen los contrarios para volver a juntarse bajos sus mismas banderas de anta-

ño, para ganar las elecciones municipales del próximo año, para presentarse, con nuevos bríos, en las futuras elecciones presidenciales. Hay que oponerse con todas las fuerzas a que eso ocurra. ¿Cuánto más habríamos progresado si todos los políticos fueran sanos, honestos, capaces, con visión de estadistas?, como, por cierto, hay muchos.

Por otra parte, tomen nota por favor de las declaraciones del diputado comunista Carmona, por el "brillante desempeño del fenómeno de Camila", que ha sobrepasado lejos a su maestro; ella, siempre impertérrita, inmutable, sin demostrar jamás ningún sentimiento, su destacada pupila que, a no dudar, seguirá arrastrando consigo a multitudes de jóvenes comunistas y a elementos más radicales que la presionarán para avanzar más rápido. Ellos, que volverán a desfilar avanzando en ondulantes coreografías de cuerpos semidesnudos para terminar imponiendo, por la fuerza de sus convicciones ideológicas, la destrucción, en horas, de lo que el país ha construido con mucho esfuerzo a través de los años, lo que han hecho contradiciendo a una importante figura femenina del Gobierno, que las calificó "de pataletas de adolescentes". Este "asunto" es muchísimo más serio. Los avestruces corren muchísimo riesgo al ocultarse como lo hacen. Los comunistas dicen: seguiremos teniendo un pie en el Parlamento y otro en la calle. Pero no declaran que también lo tienen en el Gobierno, con los abogados comunistas que persiguen judicialmente a los militares, el Instituto de Derechos Humanos que desacredita y trata de inhibir la función policial y los miles de millones de pesos para financiar sus fundaciones y organismos de difusión de su ideología. Ellos están llamando a la violencia en forma más efectiva y descarada, como lo hizo el Congreso del Partido Socialista en Chillán.

El diario *El Mercurio*, del 12 de octubre de 2011, titula su editorial: "FALSOS EXONERADOS: ABUSO BOCHORNOSO". Como subtítulo, se lee: "La honra de la clase política está aquí comprometida e interesa a oficialistas y opositores por igual que ella sea limpiada, con rigor y convincentemente". En el texto se mencionan, de acuerdo con la denuncia de Canal 13, como responsables: Al diputado Sergio

Ojeda (DC) y a los senadores Navarro (MAS), Isabel Allende (de nuevo aparece ella, parece no ser casualidad) y Juan Pablo Letelier (PS), como firmantes de los certificados que supuestamente facilitaron la entrega de beneficios a falsos exonerados. Entre ellos hay militares que fueron repudiados por su institución. Uno de esos por implementar la búsqueda de antecedentes personales de sus compañeros para entregarlos a sus mandantes ideológicos de izquierda. Otro dio la orden de disparar contra la Escuela de Blindados a su batería de artillería del Regimiento Tacna, cumpliendo instrucciones de Prats, provocando la muerte de once soldados, gracias a que solo un cañón hizo fuego, las otras tres piezas se negaron a hacerlo.

Al parecer, estos hechos, claramente delictuales, nunca han sido investigados. La clase política está inmune al accionar de la justicia y los ejemplos de corrupción campean en sus territorios llenos de prebendas, franquicias y regalías.

Nadie de las Fuerzas Armadas desea ni independencia del poder civil, ni abrogarse facultades que no les corresponden. Las estructuras jurídicas adoptadas durante su Gobierno fueron necesarias para sacarlas rápidamente de la situación de postración en que el gobierno DC, y posteriormente la UP, las habían dejado, comprometiendo gravemente la seguridad de la nación.

Ya hemos mencionado que el constante manejo de la opinión pública ha influido necesariamente en la obligación de juzgar con imparcialidad, con ecuanimidad. ¿Cómo puede un juez sustraerse a la presión de la opinión pública? Nadie está ajeno a condicionantes de empatía y antipatía que se generan en el tiempo. Lo dice con mucha sapiencia la señora decana ya citada. La fijación en la memoria colectiva de hechos ocurridos en el pasado no puede estar determinada, arbitrariamente encuadrada por fechas que interesan solo a un lado del conflicto. Es como si de antemano se obligara a los jueces a escuchar a una sola parte. Entonces, ¿dónde queda la justicia?

En muchos casos -ya lo citamos- no habría necesidad de recurrir a este expediente -del indulto ni de disposiciones legales especiales- si se considerara que "la base del Estado de Derecho consiste en el respeto irrestricto de principios jurídicos esenciales. Entre los que se encuentran, en el ámbito penal de la legalidad, *nullum crimen sine lege proevia* (no hay crimen sin una ley previa). No se puede aplicar una ley posterior a hechos ocurridos antes por la irretroactividad de la ley. Salvo que ella sea más beneficiosa para el inculpado. Y el de la certeza jurídica en virtud de las situaciones de hecho justas o injustas, pasado un cierto tiempo, se legitiman por efecto de la prescripción" (Miguel Álex Schweitzer, decano Facultad de Derecho de la Universidad Finis Terrae).

En el diario *La Segunda*, del 26 de julio de 2010, con el título "Hinzpeter precisa que no habrá indulto para ningún condenado por DDHH y genera críticas en la Alianza", se dice: "Requerido en cuanto a si están rechazados de antemano los indultos a Carlos Herrera Jiménez y Odlanier Mena, respondió: «el presidente dijo claramente que en materia de indulto particular, no van a ser beneficiados con el indulto aquellas personas condenadas por crímenes de lesa humanidad y, por lo tanto, de ahí la respuesta que han obtenido... o los rechazos que han ocurrido respecto de estas peticiones»". Cabe hacer algunas reflexiones: No es equivalente decir delitos de lesa humanidad que delitos contra los derechos humanos. El decreto que rechazó mi indulto fue elaborado materialmente el 11 de marzo de 2010, es decir, el mismo día en que asumió la actual administración y el ministro resolvió sin tiempo para imponerse del abultado y esclarecedor contenido de mi solicitud, de lo que se infiere que antes de asumir el mando el Gobierno entrante ya había descartado la posibilidad de concederlos. Ergo, cuando se realizó la reunión en el Centro Español, donde el candidato señor Piñera ofreció a los integrantes de las Fuerzas Armadas en retiro y a sus familiares terminar con estas injusticias, sabía que su posición iba a ser de rechazo.

No entiendo el argumento de que los "indultos a los militares tienen que ser muy restrictivos, para no dar una mala señal a los otros delincuentes y narcotraficantes". ¿Hay alguna relación entre los unos y los otros? Ninguna, solo insultarlas haciendo comentarios odiosos sin ninguna racionalidad. Lo que sí fue una señal muy clara de lo que venía es el hecho de haber dejado en el Ministerio del Interior a veinte abogados comunistas, los que, entre otras cosas, pusieron en tela de juicio al ex comandante en jefe del Ejército y a un embajador en funciones.

Pero hay más. No puedo cerrar este tema sin dejar constancia de que me causa dolor y una profunda violencia psicológica aparecer en tándem con una persona que me provoca una especial aversión por su autoría personal en horrendos crímenes y que ha procurado involucrarme antojadizamente en actos deleznables. A un fallo evidentemente injusto y erróneo se me agregan intencionalmente insultos degradantes inaceptables.

En un reciente foro sobre "Gestión Pública Eficaz" en Colombia, Bachelet dijo: "Es fundamental cerrar heridas, pero, para que una herida cierre tiene que estar limpia; si la herida está infectada, no va a sanar; por lo tanto, la verdad de lo ocurrido es esencial, aunque sea dolorosa, porque con ocultar la verdad el dolor reaparece con conflictividad", hasta aquí sus palabras. Pero ella, como médico, sabe que hay que "eliminar" todos los agentes patógenos. Su memoria, obstinadamente, se limita a la duración del Gobierno Militar y de este, a lo que ocurrió en un solo lado. El otro, lo encubre pertinazmente. Su parcialidad e intención de humillar y degradar a las Fuerzas Armadas, ya lo dijimos, pero hay que recalcarlo, llegó al extremo de haber firmado, siendo ministra de Defensa Nacional, el "Plan Nacional de Protección Civil "(12 de marzo de 2009), para alejar a las instituciones armadas de su rol central en las catástrofes, lo que dejó criminalmente a la población civil desamparada, demorando deliberadamente después su empleo, por más

de veinticuatro horas. Fue una burla macabra que se le llamara de "Protección Civil". Esto no se condice para nada con sus afanes por proyectar sus políticas de "protección social" con que quiere ser reconocida.

Escudriñando cuidadosamente en el pasado, he tratado de buscar objetivamente respuestas para descubrir a qué factores pudo deberse la dureza de la respuesta militar. Pienso que ella puede estar en los siguientes hechos. Como militares, vivimos enteramente, desde nuestra lejana juventud, las vicisitudes derivadas de la Guerra Fría, que en Chile fueron seriamente potenciadas por los herederos de Luis Emilio Recabarren, Elías Laferte, Salvador Barra, entre muchos otros, que siempre, desde los inicios del PC, en sus postulados de "lucha de clases", nos instalaron como los "defensores de la oligarquía"; luego, sus enemigos. Nosotros solo debíamos contribuir a restablecer el orden alterado por ellos y defender el libre ejercicio de la democracia y sus instituciones. La Constitución y las leyes nos señalan misiones precisas, excluyentes totalmente de otros ámbitos: Proteger la integridad territorial y nuestra soberanía.

El diputado comunista Gutiérrez y el alcalde de Huara, arrogándose atribuciones que no les corresponden y atentando gravemente contra los intereses del país, le ofrecen al cónsul de Bolivia en Chile una salida al mar para su país por ese territorio (28 de abril de 2011). Un solo parlamentario de la UDI hizo presente esta monstruosidad, pero se refirió solamente al alcalde (mencionar al diputado podría traerle consecuencias indeseables). Esta ha sido siempre la actitud de los integrantes de esa ideología, contraria a los intereses nacionales. ¿Podrá compatibilizarse esta actitud con la misión de las fuerzas armadas? ¿Está en las facultades de un cónsul extranjero participar públicamente en estas maniobras contrarias al interés de nuestro país, cuando es el Ejecutivo su interlocutor válido? ¿Por qué ante esta iniquidad se levantó, a medias, solo una voz aislada en el Parlamento? Estos personajes son los que nos han perse-

guido y condenado. Ellos son los que mantienen vivos los odios y los resentimientos. Y así ha sido la actitud pasiva y tolerante de quienes debían oponerse decididamente a sus perversos designios. Nadie dice nada, poco a poco van formando conciencia de que hay que entregar algo sin compensación territorial. ¿Por qué?

Hombres y mujeres, niños y ancianos, civiles y militares, en Arica, habríamos dado la vida gustosos por defender un metro de nuestro territorio. En cambio, ellos, con absoluta irresponsabilidad, se permiten ofrecer gratuitamente un enclave que a la larga puede terminar por dividir definitivamente a nuestro país.

Parece indudable que el marxismo se ha clavado definitivamente en nuestro continente, empujado por los Castro, Chávez, Morales, y hace denodados esfuerzos de penetración en nuestro país con el apoyo de los comunistas nacionales, que por todos los medios pretenden desgarrar un pedazo de nuestro suelo, sin importarles la iniquidad de su ofrecimiento inmoral ni considerar los evidentes efectos de futuras perturbaciones que estos actos irresponsables pueden generar. Paralelamente, inyectan ánimos belicosos e intransigentes en minorías mapuches ya preparadas ideológicamente y fuertemente financiadas y, además, en su renovada expresión "verde" movilizan enormes grupos de personas y vándalos vociferantes que no entienden que ellos mismos serán los beneficiados por las políticas energéticas que los gobiernos de la Concertación, irresponsablemente, evitaron asumir.

No nos extrañemos, esta es la simiente sembrada en el gobierno de Bachelet, con el manejo de la "Agenda de Trece Puntos" y la concentración multitudinaria en el estadio gritando "mar para Boliviiiaaa". La actitud de los comunistas, Huilcamán y connotados grupos musicales creados bajo inspiración gramsciana, fue de inmediato aprovechada por Evo, que dijo "no perder las esperanzas en el gobierno chileno para resolver todos los problemas que tenemos", pero

"tengo mayor confianza en el pueblo chileno, sus fuerzas sociales, sus trabajadores, sus artistas, sus movimientos indígenas, que serán el puntal para que Bolivia –rápidamente– vuelva al Pacífico con soberanía". ¿Qué les parece este descarado desplante?

Poco después Evo (aquí hay otro nombre digno de citar en mi antología de nombres extraños), en un acto de miopía incompresible, termina unilateralmente las negociaciones, exponiéndose a postergar, por generaciones, cualquier solución civilizada, a menos que espere que nuevamente le caiga del cielo (o quizás de dónde) una nueva Bachelet de la mano de sus desconcertados concertacionistas.

Queridos nietos y nietas: En resumen, no voten por ellos, porque, exagerando un poco, podemos terminar con un país soberano, con fronteras diferentes a las de nuestra heredad histórica. Voten por Chile y por quienes defienden sus convicciones con energía, a cualquier costo y aunque las encuestas no aseguren votos. Tengo la íntima convicción de que hay que votar positivamente, en todas las elecciones, por los que tienen nuestros valores. Tiene que seguir imperando el principio de autoridad, sin autoritarismo. Alguien que vea el interés del país por sobre sus propias aspiraciones y por concejales que piensen de la misma manera.

Paradojas que me ocurren, sorpresivamente (mientras escribía estas líneas, cuando hoy, 2 de mayo de 2011, por la fecha podrán apreciar que doy saltos sin ton ni son, pero la soledad de este ambiente me obliga a estar ocupado y esto se conjura para fastidiar a mi querido hijo Patricio y a mi nieto Nicolás, que, ciertamente, deben estar –chatos– fastidiados de leer tantas veces el mismo tema por los remiendos que constantemente introduzco), aparecen a la puerta de mi cabaña cuatro destacados personeros de izquierda: El diputado comunista Lautaro Carmona Soto, Sergio Aguiló Melo (ex MIR y exsocialista), la abogada comunista señora Julia Urquieta, de los derechos humanos, y el abogado comunista Fernando Magalla, también hombre muy preocu-

pado por los derechos humanos. El capitán Acevedo me preguntó si podían entrar. Por supuesto, y me adelanté a recibirlos. Me vieron el computador y me preguntaron si estaba trabajando.

–Sí, contesté; por supuesto, no tengo internet.

–¿Está escribiendo sus memorias? (como habitualmente son muy informados, estoy seguro de que ya lo sabían).

–Efectivamente, en eso estoy. Estuve en lugares sensibles del Gobierno Militar y quiero dejar constancia de mis experiencias.

–Vamos a leerla con mucho interés, me dijeron.

–Qué bueno, así me aseguraré de vender algunos ejemplares al menos –contesté–.

Acto seguido, uno de ellos, me parece que fue el diputado Carmona, me dijo:

–Usted sabe de los casos de… –y pronunció dos nombres de personas afectadas por los derechos humanos– que presuntamente ocurrieron en su regimiento.

–No señor, nada me dicen esos apellidos.

Deduzco, como dicen en el campo, que "ahí estaba la madre del cordero". Fue una amenaza no muy velada y no me cabe duda de que harán lo posible por implicarme. Acto seguido, me dijo que él era el secretario general del PC.

–Sí, señor, lo sé y por mi oficio conozco la historia del Partido Comunista. En lo judicial, las responsabilidades son personales –le recordé–, a menos que sea como el caso por el que estoy condenado. Yo, filosófica e ideológicamente, estoy en la vereda del frente de ustedes, pero no los considero mis enemigos; la prueba está que en el proceso varios de sus camaradas declaran a favor mío.

–¿Cómo quiénes, por ejemplo? –me preguntaron–.

–El expediente es público, ustedes lo pueden consultar –les respondí–. Nunca tuve necesidad de andar con escoltas, añadí.

Me referí luego, sucintamente, a mis propósitos de pacificación mientras estuve en la CNI.

La señora Urquieta me dijo, como al pasar:

–Hay mil y tantos procesos y vamos a encontrar a los responsables.

–Difícil –le contesté–, por la forma en que supongo se produjeron los hechos.

Varias generaciones futuras, no me cabe duda, quedarán así indefectiblemente ligadas a hechos de nuestro pasado casi remoto, que se ha juzgado con un prisma ideológico polarizado. Ya se acepta como un hecho inconmovible que los milicos debemos estar presos sin importar por qué, ni qué leyes ni qué interpretación se haya hecho de ellas. Nuestro supuesto pecado original es haber sido de la "Generación del 73".

Pienso que de las tres opciones posibles para salir del atolladero en que dejó al país Allende, la que se eligió fue de todas formas la menos onerosa, de acuerdo con los antecedentes que he entregado en este trabajo. En fin, fue una conversación dura, franca, civilizada y abierta. Pero nunca se sabe. El señor Aguiló, casi al salir, dijo que tenía informaciones muy recientes y positivas mías en un caso. Naturalmente, no me dio más detalles ni le pregunté. Luego se despidieron educadamente y siguieron la visita por los otros módulos.

Pese al tono de nuestra conversación, "una lámpara encendida…". No, no es el hermoso verso del poeta Juan Guzmán Cruchaga, que me trae recuerdos muy controvertidos, el que quería citar, sino solamente decir que una visita de personas tan conspicuas no podía ser casualidad y se prendió una lámpara. Es más, creo que sabían que estaba

escribiendo un libro y de paso me dejaron un mensaje recordándome indirectamente aquel mito de la "Espada de Damocles". De paso, también, como que no quiere la cosa, sacaron fotos de la pieza que "gracias a ellos" ocupo desde hace casi tres años. Por supuesto que lo hicieron "a la mala", ya que está prohibido entrar con cámaras fotográficas y teléfonos celulares, pero igual lo hicieron, está en su naturaleza. Es la verdad de los *icebergs*, muestran una parte mínima, la otra es parte de su conformación mental, siempre oculta, llena de secretismos y acciones encubiertas, pero esa es la parte peligrosa, la que hundió hasta al Titanic, la que ha destruido partidos políticos que se creían fortalezas, la que hará lo posible por perjudicar la acción del actual Gobierno, que parece no dimensionar la peligrosidad de su oponente.

Cabe hacer algunas reflexiones sobre el uso que le dieron a esta y otras fotos que sacaron de esta instalación y de Punta Peuco. Su propósito fue evidente en el reportaje que hoy jueves 18 de mayo de 2011 se pasó por TVN: comparar las condiciones en que nosotros estamos y las de los reos comunes. El ministro de Justicia, con bastante firmeza, dijo que esto databa de 1995 y que no lo iba a cambiar, sino a mejorar el resto de los recintos penales (trabajo inconcluso de la Concertación). Luego el señor jefe de Seguridad de Gendarmería dijo, con toda propiedad, que éramos uniformados igual que ellos y que teníamos derecho a estar en estas instalaciones. ¿Por qué estos señores parlamentarios y periodistas de TVN no compararon –años atrás– los recintos de reclusión con el famoso Capuchinos? Además, en ninguna cárcel hay detenido algún integrante de los organismos subversivos que ellos organizaron, dirigieron y apoyaron económicamente, proveyéndolos además de las armas necesarias que "Sebastián Larraín", el hoy diputado Tellier, se encargaba eficientemente de obtener.

Con el correr del tiempo, forzosamente se fueron instalando imágenes en nuestras mentes, que se acrecentaron en la medida que la polarización social aumentaba. Natural-

mente, el advenimiento de la Unidad Popular generó un punto de inflexión en nuestra vida republicana. Claramente, Allende, con una minoría electoral, con todo desparpajo, quiso imponer por la fuerza sus designios; los que ni siquiera se preocupaba de ocultar, usando resquicios de la Constitución y las leyes, denegando la acción policial y burlándose de la justicia. Ellos, los marxistas, instalaron los primeros "horrores" con sus escuadrones de asalto de las instituciones republicanas; basta leer el nutrido inventario de los actos de terrorismo que las organizaciones subversivas ejecutaron en nuestro país. Ellos querían imponer la "dictadura del proletariado"; pensar lo contrario sería suponer que las FARC en Colombia y sus ramificaciones, que ya se han tratado de establecer en nuestro país, buscan perfeccionar la democracia que conocemos.

Otro hecho que a mi juicio, seguramente, condicionó una respuesta marcada por la dureza, fue la imagen repetida muchas veces del bombardeo aéreo a La Moneda. Este, claramente, fue un acto de guerra brutal, que marcó una pauta de conducta, para muchos, amplificada por la publicación de numerosos bandos de la Junta de Gobierno, que daban cuenta de la rigurosidad con que se debía a responder a todo asomo de violencia civil. Seguramente como resultado de informaciones que entonces se manejaban en el centro del poder militar.

Los pilotos se limitaron a cumplir –con eficiencia– las órdenes que recibieron de su mandos, tal vez impartidas para evitar la posibilidad de una cruenta reacción marxista que pudo llevar al país a una mayor pérdida de vidas y quizás a la Guerra Civil, con la que el propio jefe de Estado amenazaba. La determinación de suicidarse la tomó Allende en pleno uso de sus facultades mentales, como lo demostró en su publicitada declaración pública.

Como por las circunstancias en que se produjo el Pronunciamiento Militar nada se había planificado previamen-

te, la constante improvisación, sumada al imperativo de la diversidad de funciones que se debían realizar simultáneamente, generaba fuertes tensiones personales, agobio de trabajo y constante irritación, lo que puede haber ofuscado la razón de algunos, impidiéndoles dimensionar la gravedad de actos reñidos con la ley. Como militares, fuimos formados para la guerra; no existía la experiencia policial de lidiar con ningún tipo de delincuentes.

Otros casos, por su propia naturaleza, no pueden de ningún modo quedar comprendidos en las explicaciones anteriores. Hubo, ciertamente, actos vesánicos incivilizados que tampoco pueden interpretarse ahora adecuadamente, dado el tiempo transcurrido.

Al llegar casi al final del camino que me he impuesto, me encuentro en la misma situación del que se ha extraviado en el bosque y tiende a andar en círculos. En esta aventura literaria que inicié hace mucho tiempo, ya muy tarde en el camino de la vida y sin más equipo que mi empeño por evitar que prevalezca una imagen sesgada y mentirosa de lo ocurrido hace 39 años, una y otra vez, casi por azar, me encuentro con la figura del que ha sido, en propiedad, el verdadero protagonista de esta historia, don Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús Allende Gossens, quien evidentemente, a pesar de todos sus piadosos nombres, no despedía olor a sacristías, sino a delicadas fragancias parisienses.

A lo largo de este desordenado trabajo, es posible que haya pasado por varios géneros literarios menores, si acaso por alguno; solo he querido dejar constancia de algunos antecedentes curiosos, poco conocidos, y de ciertos hechos y circunstancias que se han cruzado en mi vida y en mi carrera como oficial de Ejército, involucrándome, como a muchos otros, en involuntarios protagonismos derivados del Gobierno Militar.

He puesto mucho esfuerzo en presentarlos desnudos, tal como ocurrieron, sin marcar tintas que los distorsionen; no

obstante, en cada caso, he citado fuentes y agregado algunas reflexiones personales que ayuden a su comprensión por parte de personas alejadas de vivencias tan singulares y especializadas. Como ellas marcaron profundamente una época de nuestra historia como país y, lo que es peor, lo siguen haciendo, a juzgar por el libro que se acaba de publicar en España, *Las conexiones de la ETA, en América*, referente a un caso de secuestro fallido, encargado al MIR, en 1990, es necesario vencer la reluctancia natural y asomarse al vertedero donde se generan estas excrecencias sociales. El MIR, que se daba por desaparecido en 1974, vuelve a reaparecer en gloria y majestad, amparado por el clima de facilismo de la Concertación, lo mismo que el Movimiento "Lautaro" y, cómo no, las FARC, con un representante instalado en el segundo piso de La Moneda durante el Gobierno de Bachelet, protegido por Juan Carvajal. Es posible que se me acuse de uso indebido de expresiones repetidas o tautológicas, o bien de padecer una avanzada paranoia; pero, en realidad, no me importa. Lo que no se ha querido ver en veinte años es necesario recalcar para que, al menos por la crítica, se advierta la gravedad de nuestros males sociales y el origen de la enfermedad que afecta a nuestra sociedad.

En este somero recuento, queda en evidencia que el país sufrió en carne propia, como pocos, el impacto permanente de la Guerra Fría, la que aún marca muchas actividades nacionales, porque ha dejado su impronta de polarización social, particularmente en sectores progresistas, que si bien aceptaron el liberalismo y el sistema capitalista impulsados exitosamente por el Gobierno Militar, actúan asumiendo características propias del marxismo gramsciano, destruyendo tradiciones, reescribiendo la historia, conquistando sus objetivos incluso con el uso de la fuerza. Prevaliéndose del arte, la cultura, el derecho y modificando la moral burguesa o valorizando tendencias como el "internacionalismo", opuesto al nacionalismo, entendiéndolo como un sano sentimiento de amor a la Patria, sin excesos chovinis-

tas exacerbados, pero conscientes de que estamos insertos en un cuadro vecinal complejo, con intereses contrarios a los nuestros, marcados por constantes pulsaciones reivindicativas que ven, seguramente con algo de envidia, nuestro ordenado funcionamiento institucional, que ellos no han podido alcanzar. A esto se une el hecho de que en algunos de ellos se percibe la aceptación y fidelidad a vestigios arqueológicos degradados por el tiempo, como los hermanos Castro, que desde hace más de cincuenta años sojuzgan a su pueblo, conculcándole sus libertades y manteniéndolo, desde siempre, atrasado y hambriento, destino que evidentemente, sin temor a ser contradicho, quiso imitar Allende para nosotros, no obstante, que no pudo desconocer la íntima realidad que sufría y sigue sufriendo ese país, ejemplo del comunismo en el continente.

HIPÓTESIS DEL CONFLICTO

Si se revisan algunos antecedentes expuestos con objetividad y sin ideas preconcebidas, se podrá llegar a la conclusión de que las alternativas (o "posibilidades", en lenguaje militar) que se presentaron al país durante los mil días de Allende eran tres:

1.- Que las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile no atendieran el clamor de la inmensa mayoría ciudadana y la inédita decisión de los otros poderes del Estado declarando al Gobierno en ejercicio como ilegítimo. El destino irremediable habría sido convertirnos en una Cuba meridional. Hacia allá íbamos en forma irreversible y a pasos agigantados. El costo de haberse materializado esta posibilidad, para el futuro del país, y del continente, habría sido incalculable. Dado que estamos asentados en el continente y somos enormemente más preeminentes y con capacidad de irradiación que Cuba en el concierto de las naciones, nuestra nefasta influencia en ese caso habría descompaginado todo el cuadro político, económico y social de gran parte de nuestro hemisferio, si no del mundo entero. Somos soberanos de una ruta internacional de gran importancia geopolítica y de un enorme espacio marítimo donde, no por casualidad, quiso instalarse una base soviética.

Aquí nunca hubo equiparidad alguna entre las posiciones de los unos y de los otros. De hecho, no hubo dos bandos, como se ha dicho erradamente; ellos, cuando más, fueron una banda ilegal e ilegítima. Ellos iniciaron coordinadamente acciones terroristas y subversivas para imponer por la fuerza sus designios: la dictadura del proletariado, convertir a Chile en un país marxista-leninista. Los más, eran delincuentes que conformaban asociaciones ilícitas. Las Fuerzas Armadas y Carabineros cumplieron la misión que les asignan la Constitución y las leyes; lamentablemente, sin duda, hubo excesos en las respuestas. Pero se las injuria si se dice que eran "bandos contrarios"; no había tal.

2.- Retardar el empleo militar hasta lo indecible para evitar el estigma de ser llamados "golpistas". Eso, sin duda, habría llevado a una guerra civil. Había altas autoridades civiles y militares comprometidas en maquinaciones tenebrosas. La Armada, el Ejército y la Fuerza Aérea habían sido infiltradas, como lo reconoció en el primer caso públicamente un exaltado político socialista. Algunas de ellas desde las bases de los cuadros permanentes. El caso del Ejército fue peor y más grave, porque estaba inoculado en el más alto nivel del mando. Había múltiples organizaciones subversivas operando, expertas en el manejo de armas, emboscadas y atentados explosivos. Desde la propia Presidencia de la República se reunía gran cantidad de ellas y otras eran proveídas incluso por el Ejército, bajo la tácita anuencia del comandante en jefe. Este hecho pudo dar tiempo para que se distribuyera gran cantidad de ellas, acumuladas en casas de seguridad y "barretines". Los cordones industriales, y también las escuelas de guerrillas campesinas en formación, estaban preparados para recibirlas.

En todos los buques de la Armada, en instalaciones de la Fuerza Aérea y del Ejército, los mandos subalternos deliberaban abiertamente. Los servicios de contrainteligencia informaban, pero los mandos superiores no actuaban. La situación había llegado a un punto prácticamente de no retorno. El país se habría sumido en la anarquía. Nuevamente los costos habrían sido invaluables. "No a la guerra civil" decían, precisamente, cuando ellos mismos se preparaban para desencadenarla, trayendo guerrilleros y acopiando un inmenso parque de material de guerra. Era cuestión de días para que eso sucediera y el destino de nuestro país habría cambiado substancialmente. Cuando gritaban esas consignas lo hacían pensando: No a la guerra civil... todavía.

3.- El Pronunciamiento Militar quedaba como última opción viable, ya que jamás trascendió una idea formal de llamar a plebiscito. Sin duda, a pesar de todo, el costo fue infinitamente inferior al que hubiese resultado con alguna

de las dos posibilidades anteriores. No fuimos nosotros, los militares, los que generamos las condiciones para que ello ocurriera. Todos los verdaderamente responsables han sido exculpados de una u otra forma.

Los hechos se generaron aquí por decisiones concebidas, dirigidas y amparadas por el gobernante y los partidos políticos que lo apoyaban, siendo contrarrestados con dureza, muchas veces excesiva. El Gobierno Militar anuló un esfuerzo del marxismo mundial para imponer, en este extremo del mundo, un santuario para expandirse hacia el norte del continente, desde un lugar privilegiado.

Por esa estrepitosa sensación de fracaso, de ridículo y de vergüenza es que no perdonarán jamás a nuestro pequeño país y a sus Fuerzas Armadas. Es por ello que en ninguna parte en el mundo se ve tanta odiosidad, tanto espíritu de venganza, tanta saña y encarnizamiento para hacer pagar a estas instituciones que les hayan arrebatado sus incomprensibles aspiraciones y el logro de sus metas aberrantes. Cuba, después de cincuenta años de una forma de gobierno como la que quería Allende, sigue siendo una dictadura retrógrada, draconiana y que se mantiene tanto por el temor como porque parecen ser víctimas de un síndrome de Estocolmo colectivo. La falta de libertades y la infinita capacidad de provocar penurias a su población esporádicamente se denuncian con huelgas de hambre que algunos gobiernos acogen. Si se quiere aplicar la justicia a la historia reciente, debe aplicarse a todos los actores. Pero, cómo hacerlo, si la mandataria anterior hacía peregrinaciones a Cuba para rendir homenaje a la figura tutelar de Allende y el primer jefe de Gabinete también anterior se fotografía orgulloso bajo su efigie, resarciéndose quizás de imágenes familiares que pudieron haberle resultado muy dolorosas, al no poder comprender el contexto en que ellas seguramente tuvieron lugar, e inconscientemente culpar de todos los excesos solamente a los militares. Cómo hacerlo si el ministro de Justicia ha podido sentirse personalmente agraviado,

si se ha atribuido también a los mismos militares la humillación de la noble figura de su abuelo por el lamentable episodio de Lima. Cómo hacerlo, además, si cualquier gesto va a desatar una inmediata y demoledora campaña contra el Gobierno, que se mantiene en permanente e inestable equilibrio, restándole votos a su ya esmirriada cuenta corriente. Cómo hacerlo, por fin, si la mayor parte de la magistratura fue elegida por gobiernos concertacionistas. Solo un milagro puede cambiar este statu quo. Pero debería intentarse, si todos somos iguales ante la ley.

PALABRAS FINALES

Un amigo me hizo llegar el libro *Los documentos secretos de Salvador Allende – La caja de fondos en La Moneda*, cuyo autor es el profesor doctor Víctor Farías. En la contratapa se hace una somera descripción del contenido de una carpeta guardada en la caja de seguridad del primer mandatario, que con el bombardeo a La Moneda quedó sepultada bajo escombros y que ahora se guarda en el Archivo Nacional. En ella aparecen "documentos financieros de Allende con Óscar Squella Avendaño, el mayor traficante de drogas de América en los años sesenta, otros dan testimonio de actos homicidas del GAP, la guardia pretoriana de Allende. Se encuentra también la correspondencia secreta suya con Orlando Letelier, embajador de Chile en EE. UU., para organizar un envío de armamento, así como informes de agentes del MIR acerca de las enormes cantidades de armamento y munición, incluso de artillería, en poder de Salvador Allende. El volumen y tipo dejan en evidencia que provenían de arsenales del Ejército. Se encuentra también el original manuscrito de la carta de Darío Sainte-Marie a Allende sobre la apropiación del periódico *Clarín* y un vasto informe secreto de Luis Corvalán (PC, héroe de la URSS) sobre los turbios negociados del Partido Comunista chileno con grandes redes financieras del PC francés. El escrito lleva una nota de Allende en su frontis "Papeles Secretos – Nadie debe leer esto" y el párrafo se alarga con otras citas. Al final. Después de un punto aparte, dice: "Y muchas otras cosas". Esta frase final, me recordó de inmediato la que puso el juez sentenciador en su fallo, al despreciar toda mi argumentación con la frase: "Porque no se comprobó que tenía otras cosas que atender" y, paradojas de la historia, ambas frases se refieren al mismo hecho histórico (lo subrayado es mío).

- En el caso de los "Documentos de Allende", lo principal "de esas cosas" es un informe secreto de Alfredo Cruz Rojas, subprefecto jefe de la Dirección General de Investigaciones

de Antofagasta a la Dirección General de Investigaciones en Santiago, sobre preparativos militares antichilenos en Perú (15 de junio de 1973). Y dice: "4.- El Regimiento de Arequipa habríase trasladado al sur, quedando ubicado varios kilómetros antes de llegar a Tacna.- Asimismo, 200 tanques de fabricación europea llegados hace unos tres meses al Perú los tendrían disponibles al sur de Lima; todo esto, con el único objeto de aprovechar debilidades internas de Chile, causadas por paros, movimientos huelguísticos u otros, para poner en acción a las Fuerzas Armadas Peruanas y recuperar la Provincia de Tarapacá y, naturalmente, tendrían que estar en concomitancia con el Gobierno de Bolivia a fin de operar en conjunto". Esas, precisamente, eran "las otras cosas" que el señor magistrado no juzgó importantes.

El documento que guardaba Allende y que ahora está en el Archivo Nacional, en el último párrafo, dice: "Cabe señalar que todo lo trascrito precedentemente en forma verbal fue dado a conocer al señor Gobernador Departamental y por instrucciones de esta Autoridad, en reunión privada, se comunicó al señor Coronel de Ejército y Comandante del Regimiento Rancagua de Arica Sr. Odlanier… (¡Nada más!). Es cuanto puedo informar, Alfredo Cruz Rojas".

Empecé este desordenado relato con comentarios sobre la extraña singularidad de mi nombre, que con desparpajo se ha permitido empujar mis apellidos a la sombra, llegando ahora al extremo de que el acucioso funcionario de Investigaciones, en una comunicación oficial, simplemente, terminó por ignorarlos y, así, la última palabra que registra en su pormenorizado informe, antes de la firma, es, simplemente: ¡Odlanier!

Curiosamente, la misma información que para el señor ministro sentenciador carecía de importancia, el primer mandatario la guardaba en su caja de seguridad personal, en el palacio de La Moneda. Para mí, en cambio, y para cualquier soldado, es la razón de ser de su vida entera y la justificación de toda nuestra carrera. El "lecho de Procusto"

que recordó la distinguida jurista cumplió una vez más su designio de inflexibilidad.

Antes de disgregarme irremediablemente en otras dimensiones –por simples circunstancias biológicas–, expongo en el papel algunas ideas a futuro, sabiendo lo efímero que ese término es para mí, cuando ya todo es pasado y el presente se reduce apenas a simples sensaciones, a una miríada de estrellas fugaces de recuerdos felices, matizados por algunas circunstancias adversas como las que ahora vivo. Pero también, con mucha firmeza y optimismo, en la esperanza de tiempos mejores, porque "algún día, se hará justicia". Sé que así será para mí y seguramente para algunos otros de mis compañeros, que también lo merecen y que, como yo, están condenados solo por haber sido parte de un sistema, que en el fondo fue significativamente un punto de inflexión en el camino de la historia de nuestro país, desgraciadamente con un alto costo de sufrimientos, pero que, a no dudarlo, lo proyectó en dirección definitivamente opuesta a la que lo llevaba.

Nuestro país, el 27 de febrero 2010, vivió el peor cataclismo de su historia. Afortunadamente, la catástrofe ocurrió justo cuando asumía un gobierno distinto, joven, cargado de credenciales de eficiencia, de virtudes morales, de patriotismo, porque todos sus integrantes hacen sacrificios personales al cambiar generosamente de actividad. Son ejemplos de un vigoroso voluntariado de selección, jamás visto en nuestra historia patria. Ojalá que tengan el carácter suficiente para no doblegarse ante las críticas que la mezquindad política y su afán de recuperar perdidas posiciones tramarán constantemente en contra. Si superan los costalazos y las heridas que el abrupto camino que han elegido puede dejar en ellos, el destino del país será diferente. Así lo espero, por mis nietos y por todas las generaciones futuras.

Mucho me temo que la mezquindad política, la total falta de escrúpulos de las huestes de la izquierda dura, pondrá

obstáculos mayores a sus empeños políticos que los que les ha presentado hasta ahora nuestra chúcara geografía, con el solo propósito de que ustedes fracasen y ellos vuelvan al poder con sus apetitos insaciables.

El pavoroso cataclismo que observé en esta forzada soledad, pero que es una privilegiada atalaya, me permitió ver la realidad del país: Cuando la física se derrumba por todos los costados, los valores intangibles deben mostrarse cada vez más vigorosos para sostener el alma de nuestros sufridos compatriotas, que es en esencia lo que vale.

Con la emoción de un viejo soldado, agnóstico por añadidura, veo la bondad, el bien, la inteligencia, el esfuerzo, la generosidad y tantos otros conceptos abstractos, materializarse y hacerse carne a hombros de muchísimas personas. Creo que todo esto puede presentar una oportunidad irrepetible para ir a la reconstrucción no solo material, sino también moral y cultural, de nuestro pueblo, aprovechándolo como una catarsis de reflexión para revalorizar, como sociedad, los conceptos inmanentes que preconizó Romano Guardini.

El espíritu emprendedor que emana de una pléyade de caras nuevas, de hombres y mujeres, funcionarios y particulares, que con entusiasmo, mucha iniciativa y originalidad –como "Levantemos Chile", ofreciendo treinta modelos de viviendas, sin costo, a elección de los usuarios, o llevando a clases, en solo cuarenta y cinco días, a ochocientos mil niños sin escuelas y convirtiendo aspiraciones en milagros o, para asombro del mundo, sacando del fondo de la tierra a un puñado de compatriotas que nos maravillaron no solo por estar vivos sino porque llevaron siempre en sí, como un ejemplo, la esencia de nuestra raza admirable–, espero releguen pronto al pasado los hábitos burocráticos y a las legiones de operadores políticos que corrompieron a la administración pública y desnaturalizaron la acción del Estado.

Con todo el dolor que el 27-F infligió a millones de compatriotas, puede ser, quizás, una oportunidad única para

inducir, desde la acción planificada del Gobierno, a través de las municipalidades, a la formación de comunidades entre vecinos que repitan, en todo el país, la mentalidad de las "mingas" chilotas, aunando esfuerzos para obtener beneficios colectivos, facilitándose lazos de confraternización, de autoauxilio, de protección común, pudiéndose establecer incentivos para premiar las mejores iniciativas y los resultados más destacados, de modo que ellos adquieran una relación de pertenencia con el lugar en que habitan. Quizás exponer públicamente esto es un signo de avanzada senilidad –que no han detectado mis médicos–, pero recordando una biografía notable, tengo derecho a decir que yo también, y con gran emoción, "Anoche tuve un sueño".

Tenemos que esforzarnos en rehacer todo lo que el marxismo gramsciano ha destruido, en cuanto a valores espirituales, en estos largos y azarosos años. Levantémonos como un país de verdad, unido, ordenado, sin murallas cubiertas de grafitis, ni rincones y playas atiborrados de basuras. Cuidemos lo que es nuestro. Impongamos la honradez, el valor de la palabra empeñada. Reforcemos el concepto, unívoco, sin interpretaciones, de matrimonio y familia, y apoyémoslo con todas nuestras fuerzas.

Pero hay que tener atenta la mirada para evitar que se mantengan herencias no deseadas. La actividad política está claramente desacreditada, lo que es lamentable en una democracia, pues funciona basada en ella. Su rol es irreemplazable. Siempre queda instalada la duda sobre cómo desarrollan sus actividades, en qué consisten realmente los períodos distritales, si solo son para atender clientelas políticas o también se aprovechan para estudiar las zonas de su jurisdicción, generando ideas que propendan a su desarrollo. Los viajes al extranjero también muchas veces generan desconfianzas, particularmente cuando son a lejanos lugares exóticos o de turismo y cuando eventualmente son motivados por negocios particulares y se repiten con cierta periodicidad a costa del Estado. Imagino que al Estado le

genera un alto costo en sueldos, viáticos, prebendas, jubilaciones y otras garantías mantener a este importante Poder del Estado. Dado que nuestro régimen político es netamente presidencialista, no se ve la razón para aumentar el número de integrantes en ambas cámaras.

Pero no se descuiden, los mismos que procedieron con audacia y trapacería para diseñar la herencia del gobierno anterior, sintetizada por *El Mercurio*, ahora están en el lado opuesto y urdirán toda clase de maniobras para no perder vigencia: encabezarán movimientos de apoyo a trabajadores, maestros y estudiantes y pondrán toda clase de obstáculos para que las ideas de ustedes no prosperen, para que el Gobierno no tenga el éxito que el país merece. Gracias a ustedes, Chile ha entrado por fin en la forja de los mejores herreros, pero eso no se logra en un período presidencial, requiere de mayor permanencia y hay que trabajar duramente, teniendo ese propósito como meta, no se engañen.

Me abruma reconocer algunos componentes negativos de nuestra raza e ignorar si mediante alguna reingeniería social pudieran enmendarse, como la muy generalizada falta de honradez ejemplificada desde el caso de La Polar, las inmorales negociaciones de las cadenas de farmacias, hasta la sinvergüenzura cotidiana que dejó instalada Lagos de no pago del transporte público por la mala gestión de su ambicioso proyecto. Hay actitudes comunes que no se condicen con lo que uno esperaría de las personas normalmente; por ejemplo, el sentimiento de dignidad personal, del valor de la palabra empeñada, de decencia, unido al de gratitud (reconocimiento, obligación).

Todo el mundo fue testigo del esfuerzo personal del presidente Piñera, del Gobierno y de algunas connotadas personalidades en la epopeya del rescate de los mineros; ellos se expusieron públicamente en una empresa gigantesca de resultados aleatorios. Y, por suerte, sus empeños fueron coronados por el buen éxito, para alegría de millones de per-

sonas en todos los confines del mundo. Pero aquí viene lo paradójico que se oculta en la enjundia de nuestra raza: la mayoría de los afectados presentó después una cuantiosa demanda al Estado de Chile.

Respecto a Prats, las "Hijas del General" lucharon incansablemente por esclarecer el crimen que las dejó huérfanas. Bien por ellas, no esperaba menos. Los tribunales, en sentencias cuya argumentación se contradice, establecieron una verdad judicial en Chile y otra en Argentina. Hubo severas sanciones y generosas reparaciones económicas. Nada que objetar. Pero la institución que comandó reivindicó su gestión actuando sin antecedentes suficientes y con ruin oportunismo, lo que dejó una triste impresión en el cuerpo de oficiales y fue duramente criticado en amplios círculos de la sociedad. Esa curiosa transacción, pues el mando insiste en que actuó a cambio de nada, constituye una vergüenza. ¿Puede haber algo más desmoralizador para un joven oficial que un general, que en su día actuó como lo hizo frente a la mayor amenaza que ha sufrido su nación, sea reivindicado porque sí?

Para no entrar a detallar otras características negativas propias de nuestros genes, no puedo dejar de citar la falta de moralidad que se ha ido entronizando progresivamente, desde el "mechero" que escamotea especies en el comercio hasta "honorables" que patrocinan beneficios a presuntos exonerados, es decir, para pagar con fondos del Estado a su clientela política, se autoarriendan propiedades o incorporan a sus cónyuges en planillas de sueldos. Esta lacra debe terminar de una vez por todas. El caso MIR es el epítome: la Contraloría General de la República, mediante dictamen 45431, de 10 de octubre de 2007, reconoció la calidad de exonerado político –estamos hablando de dinero, y mucho– a quienes perteneciendo al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, debieron poner término a su trabajo con motivo del 11 de septiembre de 1973…

Para ustedes, queridos nietos y "señores políticos", vaya finalmente, como recuerdo, un verso de Martín Fierro:

Los hermanos sean unidos
esta es la ley primera
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea
porque si no lo hicieran,
se los comen los de afuera.

Martín Fierro

POST SCRIPTUM

P. S. 1.- Cuando ya divisaba por fin cercano el puerto de destino y preparaba los aparejos para desembarcar al término de esta larga travesía, el temporal que por años nos ha sacudido en forma inclemente adquirió nuevo brío y debí interrumpir la faena para ponerme a la gira.

Más de 1.165 nuevos casos entraron en escena, lo que asegurará años de nuevos procesos, citaciones, declaraciones de testigos o imputados, muchos de los cuales no podrán hacerlo, porque ya estarán muertos o sobrevivirán difícilmente en asilos, hospitales o confinados en sus lechos o en sillas de ruedas. Ya no será problema solo de este Gobierno sino de varios más a futuro. Una nueva versión de *Un mundo sin fin*, de Ken Follet, ha ingresado a la historia judicial de nuestro país. Lamentablemente, sin el atractivo de la novedad; los argumentos y personajes se repetirán incansablemente y, lo que es peor, ya conocemos de antemano el epílogo.

En este largo tiempo transcurrido desde que se originaron los hechos, los marxistas han logrado fijaciones psicológicas que conformaron sinónimos: Gobierno Militar = dictadura, Pinochet = dictador, Militares = genocidas.

En su defensa, mencionemos someramente algunos rasgos de su Gobierno: Asumió su cargo a requerimiento de los otros poderes del Estado y de las principales figuras políticas del país, especialmente de la DC; no atentó contra el Poder Judicial, que pudo y debió ejercer plenamente su facultad jurisdiccional; se estimuló la iniciativa personal; no hubo censura de prensa, se elaboró un nuevo texto constitucional que fue votado mayoritariamente y que ha tenido una permanencia increíble en el tiempo, dada la fuerza y equilibrio de sus contenidos; no hubo restricciones para entrar o salir del país, salvo muy escasas excepciones; impulsó en forma pionera el libre mercado y abrió la economía

al mundo entero; jamás recurrió a problemas de relaciones exteriores, enarbolando banderas nacionalistas, para cubrir asuntos internos que afectaran su popularidad (y caramba que hubo ocasiones para hacerlo, legítimamente); mantuvo férreamente unidas a las fuerzas armadas y ajenas a los problemas políticos. Entregó el Gobierno, después de perder un plebiscito llamado por él mismo, en forma ejemplarmente republicana y manteniendo un enorme apoyo popular.

Aspectos negativos: Presionado por la necesidad de enfrentar a la subversión desatada, creó la DINA, que luego transformó en CNI, lográndose por un tiempo terminar con los abusos en el ámbito de los derechos humanos, donde se cometieron, sin duda, excesos. Después, con el "retorno", se repitieron ante el recrudecimiento de la hostilidad terrorista; hubo que contabilizar poco más de tres mil muertos y desaparecidos por responsabilidad de agentes del Gobierno y una enorme cantidad de militares, carabineros y civiles asesinados por la subversión (lo que nunca se recuerda y, por lo tanto, se olvida). Todos los responsables de izquierda fueron amnistiados, indultados o recibieron penas de extrañamiento. Los militares, en cambio, están encarcelados.

Para tener un padrón de comparación con lo ocurrido durante la Guerra Fría, que fue el escenario de estos fenómenos político-sociales, citemos dos casos:

– En Argentina hubo más de 30.000 muertos y desaparecidos.

– Alemania Oriental es considerado el país emblema de este período histórico por la construcción del ominoso Muro de Berlín, que literalmente encerró arbitrariamente a más de 16.000.000 de habitantes, separando a familias y poblaciones enteras de una misma nación, manteniéndolas sojuzgadas bajo leyes draconianas, sumidas en la pobreza y en el atraso. En el libro *Traficante de espías*, de Craig Whitney, se señala: "Los archivos mostraban con escalofriante detalle cómo la *Stasi* había utilizado todos los medios a su

alcance: el chantaje, la coerción, el miedo, el soborno y la subversión, con el fin de evitar que los alemanes orientales fuesen seducidos por el Oeste.

Al arquitecto de esta monstruosidad, Erich Hoenecker, se le llama a veces "Líder de Alemania Oriental" o "Doctor", jamás tirano ni dictador. El Muro se mantuvo durante más de 28 años. Él, premunido de todos los poderes, actuó con despotismo y arbitrariedad, sin contrapesos, por casi cuarenta años.

Cientos de ciudadanos murieron al tratar de cruzarlo, pero más de 250.000 personas pudieron cumplir sus sueños de pasar a Occidente gracias a la gigantesca operación de tráfico "de carne humana" desarrollada por la *Stasi*, abreviación de *Staatssicherheit*, literalmente "Seguridad del Estado", dependiente directamente del "líder" (ver libro ya citado). Para salir, debían vender a precio vil sus propiedades, sus muebles y sus joyas a miembros de las Fuerzas Armadas o de la propia *Stasi*.

El noventa por ciento del esfuerzo de inteligencia de esta poderosa organización estaba dirigido exclusivamente al control de la propia población, llevando a tal extremo el amedrentamiento, que los padres desconfiaban de sus hijos, los cónyuges de sus parejas y los amigos entre ellos, sumiéndose en un estado de constante paranoia. Hoenecker dejó a su país sumergido en la pobreza y en el atraso, llegando a ser expulsado de su propio partido. Los horrores del nazismo anterior, en esta porción del país original, prolongaron por décadas los sufrimientos de la vapuleada población bajo el tiránico gobierno comunista instaurado por la URSS. A ese país, bajo ese régimen –que nunca los concertacionistas han criticado–, voluntariamente viajaron Altamirano (el agente propulsor del 11 de septiembre de 1973), Bachelet –buque insignia de la Fuerza de Tarea de esta corriente ideológica–, Escalona, Carvajal, Núñez y muchos más, protagonistas de la vindicta interminable en contra de los restauradores de la democracia en Chile.

Hoenecker, para escapar de la justicia, curiosamente la de sus propios antiguos partidarios, se refugió en la embajada de Chile en Moscú durante el Gobierno DC de Aylwin. Su viuda, Margot, mucho más dura que su esposo, vive en Chile y entiendo ha sido recibida varias veces en La Moneda.

P. S. 2.- En este afán de "buscar más y más verdad", o menos eufemísticamente: "más y más responsables", nos encontramos de bruces con una noticia que nos dejó completamente descolocados. En *La Tercera* del 23 abril de 2011, bajo la severa mirada de Isabel Allende, senadora socialista, se lee un título que dice: "El Juez debe fijar el contexto de la confabulación en torno a la muerte de mi padre". Hay un subtítulo que dice Verdad Histórica: "El Juez está obligado a señalar las circunstancias que rodearon a la muerte y establecer una verdad histórica, oficial". Más abajo: "«Verdad Oficial» sobre el golpe militar y todo el contexto del quiebre de Septiembre de 1973". Lo he leído dos veces, no creo que su propósito haya sido hacerle publicidad anticipada a mi modesto trabajo. Para establecer el contexto del quiebre del 73, el señor magistrado debería quizás comenzar por el Acuerdo de la Cámara de Diputados, el contenido de los acuerdos de la Corte Suprema de Justicia y el oficio de la Contraloría General de la República, citar las declaraciones del PS y detallar muchos aspectos que aquí he tratado de reseñar.

Si las cosas son como yo las entiendo, las órdenes de ejecutar las operaciones o acciones debieron derivarse de una "Apreciación de la Situación", es decir de la adecuada ponderación de todos los factores en juego, porque, siguiendo el análisis de la señora senadora, "nadie debe haber amanecido con el deseo de cambiar el gobierno de un día para otro".

La profunda alteración de la vida institucional del país ha sido, sin duda, el resultado de algo más grave que una "depresión pasajera" y creo que, en efecto, sí había un contexto de violencia.

Surgen algunas reflexiones de esta nueva embestida persecutoria. ¿Será la justicia la que deba indagar la verdad

histórica? ¿Podrá sinceramente ella, la señora senadora, desconocer las responsabilidades personales de su padre, que están plenamente demostradas en la catástrofe en que su Gobierno sumió al país y, en ese caso, persistirá en sus empeños reivindicatorios? Mucho me temo que se equivocó medio a medio y, sin reconocerlo, procurará dejar que su insólita iniciativa vaya desvaneciéndose sin que nadie lo note o lo recuerde. Espero que eso no ocurra y, precisamente para lograr "aquello", como repite con tanta frecuencia quien ustedes ya saben, me he esforzado en dejar a mis nietos un testimonio veraz de lo ocurrido, tratando de derribar el Muro que, perseverantemente, ellos han construido para ocultar la otra parte de la verdad.

P. S. 3.- Para refutar un mito que se ha divulgado interesadamente, en forma constante y a través de importantes voces, normalmente bien informadas, como son las de una destacada señora abogada que ha ocupado durante muchos años altísimos cargos en su especialidad; de un sacerdote que por varias décadas ha defendido polémicas posturas eclesiales, como por ejemplo la reciente defensa de un sacerdote que se ha caracterizado por sus ríspidas y apasionadas críticas a su propia jerarquía, y otras más recientes; por el más tenaz, conspicuo, y ocurrente dirigente de la Alianza, que habla de obediencia forzada, feroz, y este último de "jóvenes oficiales sujetos a una cadena de «obediencia implacable»", me permito transcribir un documento que tuve ocasión de leer:

"A C T A"

XXXXXXXX

En Santiago........., a veintiún días del mes de Agosto de mil novecientos setenta y tres, los Jefes y Oficiales de.............. más abajo firmantes, se han reunido para ex-

presar al Sr. D......... Coronel...... de su "adhesión incondicional" a las resoluciones que adopte en el ejercicio de su mando. (Lo subrayado es mío).

Firman sobre sus nombres y grados

Tenientes Coroneles	2
Mayores	3
Capitanes	19
Tenientes	25

En ese ahora lejano período de nuestra historia, con un comandante en jefe que a todas luces no interpretaba ni el sentir de su institución ni sus propias obligaciones constitucionales, donde la presión de la ciudadanía sobre sus Fuerzas Armadas para que actuaran de inmediato y no siguieran contemplando indiferentes la destrucción de nuestra Patria y se expresaba con insultos y toda clase de agravios, eran las presiones de los propios subalternos y subordinados las más perturbadoras y peligrosas, como la que señalé con el acta citada y se daban en casi todas las unidades y reparticiones del Ejército, incluso especialmente en el propio estado Mayor del Ejército, que veían que el país era destruido desde sus cimientos y que el Ejército, la única institución que podía evitarlo, se mantenía como ajeno a la hecatombe que se avistaba a la vuelta de la esquina. Prácticamente en todas las unidades había un clima de gran efervescencia, al extremo que se descubrieron planes para provocar actos de sabotaje que, de haberse cometido, habrían causado un increíble daño al patrimonio nacional.

Este documento, espontáneamente elaborado por sus adherentes, se firmó cuando trascendió que dicho coronel iba a ser depuesto por el alto mando por su posición contraria al Gobierno de Allende. Solo que esta posición era coincidente con más del 99% de las escuelas y unidades del

Ejército. (Entre los firmantes, muchos de ellos llegaron al generalato. Un joven teniente llegó incluso a ser comandante en jefe del Ejército no hace mucho tiempo; luego, hay que pensar que vivió en carne propia todos los avatares institucionales. De ello puede inferirse que, en alguna medida, las presiones no provenían del mando precisamente, sino eran el resultado de la ebullición incontenible, desde abajo, del magma del volcán que estaba a punto de explotar. Al sostener lo contrario se falta deliberadamente a la verdad).

Lo mismo sucedió en la Armada y guardo copia de la carta dirigida al almirante Merino por los oficiales que la firman. Él todavía no era comandante en jefe de la Armada, pero los oficiales ya lo consideraban como tal.

En este trabajo he dado muchos otros antecedentes referidos al clima que se vivía institucionalmente, relatando incluso experiencias personales inéditas que precisamente se refieren a la autonomía con que se ejercía el mando. En las "coordenadas de la acción", del "hexámetro de Quintiliano", el "cómo" era de resolución de los mandos que recibían la misión. Nadie lo impuso.

Toda esta campaña, evidentemente tendenciosa y masiva, tiene su origen al parecer en una persona que procura defenderse esparciendo esta especie que ya ha tomado inusitado cuerpo; probablemente, con el propósito de eludir sus propias responsabilidades, ha desplegado una constante y masiva red de apoyos y relaciones.

En sí mismo, esto no sería tan objetable, salvo por el hecho de que con ella se pervierte gravemente la verdad histórica. El ofrecimiento de "adhesión incondicional" es impropio y redundante ("Obedecer con prontitud y oportunidad...", sin duda, constituía un elemento de presión indirecto).

Hiere la dignidad de una gran cantidad de oficiales, en ese tiempo subalternos, que no han trepidado en afrontar graves responsabilidades judiciales personales sin recurrir

a adosarla gratuitamente a sus superiores, seguramente resistiéndose hasta a sugerencias de algunos magistrados que buscaban siempre subir las responsabilidades en la escala de mando. Otros, temerosos de los problemas que a ellos eso pudiera significar, sin escrúpulos morales, miraron hacia los costados, preferentemente hacia arriba, para deslindar sus propias responsabilidades.

Diferente es el caso de la mayor parte de los suboficiales, porque ellos normalmente dependieron de algún oficial y, por su jerarquía y la confianza que depositaban en sus superiores, les era difícil, si no imposible, negarse a lo que se les demandaba, generalmente en nombre de la Patria, porque en el fondo era a ella a la que se agredía. Ellos, muchas veces, tuvieron próximos a sus superiores directos, oficiales, de los cuales recibían necesariamente órdenes completas, incluyendo respuestas a todas las preguntas que hemos mencionado antes y que, además, vigilaban cercanamente su cumplimiento, por lo cual ellos sí merecen un trato más benévolo. Normalmente, ellos no podían discriminar sobre las órdenes que supuestamente recibían sus superiores directamente, ni siquiera saber si era verdad como se las presentaban, solo asumían que podía serlo.

Tampoco se podía saber si ellos informaban toda la verdad y solamente la verdad, o si algunas veces obraban por su cuenta, aunque eran, en su mayoría, simples ejecutores inmersos en complejas situaciones que, de seguro, se les presentaban sorpresivamente y sobre las cuales no tenían experiencia previa ni entrenamiento alguno. Después, para eludir responsabilidades, seguramente no se daba cuenta oficial, por lo que no quedaba registro alguno. De este modo, la mentada "confabulación del silencio" quedaba reducida al ámbito de unidades pequeñas, no institucionales. De ningún modo, estas apreciaciones generales pueden significar que en algunos casos, muy puntuales, pequeñas fracciones no puedan haber obrado sin conocimiento de sus superiores.

P. S. 4.- Miremos un poco más, objetivamente, los escombros de nuestro propio "Sandy" electoral del 28 de octubre de 2012.

A simple vista se ve en esa masa informe que ellos se componen de destrozados restos de lo que aparentemente eran pedazos de *amor al servicio público* con que disfrazan sus ambiciones muchos parlamentarios y otros gestores políticos profesionales, que medran de la ignorancia e indiferencia de electores potenciales que parece que ya no encuentran motivación alguna para marcar preferencias. Desde tiempos de la Concertación se dejó de impartir enseñanza de "educación cívica". ¿Para qué la han necesitado los hermanos Castro, con más de medio siglo de tiranía monárquica hereditaria sobre los sufridos y pacientes habitantes de la isla?

Hay también en ellos abundantes cadáveres de algunas esperanzas frustradas de un armónico desarrollo, unido a la seguridad de un gobierno que partía con un símbolo inequívoco de modernidad y, a la vez, de previsión. Por primera vez se convocaba a un equipo de elite intelectual, moral y desinteresado económicamente, que se juntaba *para hacer un trabajo voluntario*, supuestamente en todas las áreas del quehacer nacional. Todo estaba estudiado en los famosos *pendrives*, epítomes de sabiduría. Nada quedaba al azar. En Tantauco solo quedaban cenizas de sabrosos asados. Ahí estaban los planes encapsulados, era cuestión de ejecutar la obra largamente estudiada.

Pero no se contaba con que algunos diseñadores y ejecutores partían con una carga ideológica genética heredada que tendía, persistentemente, casi sin conocimiento de toda la tripulación, a *escorar la nave a estribor*. Particularmente, ella es mucho más notoria en *Il Consiglieri*, "el propio ministro Varas redivivo". El amigo del alma, el incondicional que nunca pudo situarse en la perspectiva de cuáles eran realmente sus obligaciones como tales y el gobierno del buque quedó, entonces, con una tendencia que no marcaron los

instrumentos de alarma, pero que no lo llevaba ciertamente en la dirección adecuada preestablecida; se generó así un cambio de rumbo, de un giro hacia la izquierda, y se dejaron de cumplir tareas esenciales que implicaban gobernar para todo el país.

Él jamás pudo deshacerse de ese lastre que palpita en su seno, coordinar y cumplir con lo planificado. Perceptiblemente se seguía navegando con muchos elementos de navegación usados en el larguísimo crucero de veinte años concertacionistas anteriores. Le bastó agregar al nombre de su ministerio la palabra mágica de "seguridad", creyendo que esta iba a caer y materializarse por su propio peso. Pero no lo fue, no podía autogenerarse espontáneamente, como los órganos de un batracio, y cundió *el descrédito y la apatía.* Al fin, por falta de dirección, cada ministro se sintió autónomo e hizo buenamente lo que le dictaban su conciencia y sus enormes capacidades y prestigios bien logrados. Muchos electores entraron en la incertidumbre: ¿Para qué sacrificar horas de descanso si todos los políticos son iguales…?

Las marchas estudiantiles, promovidas y agitadas por los que todos conocemos, precedidas por llamativas coreografías y seguidas por disciplinados organizadores, "casualmente", siempre terminan en pillaje y vandalismo. Autorizadas o no, eran inatacables y habían horadado todos los diques de contención, más aparentes que reales, que se improvisaban como reacciones tardías de nerviosas apreciaciones de última hora y así acabaron con la poca imagen que quedaba del Gobierno en cuanto a seguridad. Los comunistas, posicionados en el propio Ministerio del Interior, entrababan las medidas de protección y seguridad de la ciudadanía. Este se limitaba a tapar con el plástico de *enérgicas declaraciones "post"* los restos de otras mal construidas casas COPEVA, inmoralidades en las que ya teníamos muchas experiencias. Nadie valoraba la inmensa labor positiva del Gobierno generada en otros ministerios;

todo quedaba manchado por el desenfreno y la violencia profesional, cínicamente preparada por los que han dedicado su vida a esta siniestra actividad.

Periodistas de todo el mundo venían a ver qué ocurría en Chile y a hacer interpretaciones de este fenómeno sociológico tan singular (también tan dolorosamente lamentable para nuestro país), especulando con hipótesis de las más variadas. No parecían advertir el cansancio y la progresiva desmoralización que ocasionaba tanta violencia y destrucción, que nunca pagaba costos. Esta apatía se reflejó en el desierto de las urnas. Los termiteros se construyen hacia arriba, se ven a simple vista, sus materiales son de notable dureza y resisten las inclemencias del tiempo. Los índices de desarrollo se grafican. ¿Cuántas personas los leen y los entienden? Pero sí sufren cuando los agreden, violentan y despojan, cuando les destruyen en minutos lo que han construido durante toda su vida, cuando no están seguros ni siquiera en sus hogares, cuando no se cumplen promesas mínimas de seguridad. Recién, después de veinte años del desarrollo del cáncer marxista, un ministro arrepentido tardíamente y un abrumado senador reconocen que en La Araucanía están en desarrollo planes extremistas. Y, con su conocido desparpajo, CAMILA dice: "El tema es que cómo somos un canal que permita (sic) dar lugar al movimiento social en la determinación de la política nacional. El 2013 vamos a abrir ese camino, ese va a ser el debate, cómo nosotros, como dirigentes, representando un programa de transformación, irrumpimos en el Parlamento (irrumpir: entrar violentamente, invadir súbitamente) *La Tercera*, lunes 31 de diciembre de 2012. "FELIZ AÑO NUEVO", aún es tiempo de que el Gobierno regrese sobre sus pasos y se sacuda de la carga ideológica que equivocadamente hizo suya. Todo lo que ellos hagan irá en contra de los planes de desarrollo que magistralmente se han ido cumpliendo en los tres primeros años. Lo más grave es que este rasgo gubernamental lo transformó en un híbrido y, genéticamente, estos no se

reproducen. *No pueden apoyar a alguien que firme pactos con ellos, que representan la antítesis de lo que debe ser el Parlamento.* ¿Habrá herederos? ¿Será posible continuar el camino de progreso, que sin duda ha sido espectacular? ¿Cuál será el costo? ¿Se seguirán llenando cárceles con militares detenidos, acomodándose las leyes por 5, 10 o 15 años más, hasta que aparezcan los detenidos-desaparecidos?

Lo peor fue que, buscándole una especie de refugio seguro a este insigne ausente singular, se optó por lo más fácil, darle recalada. Cómo no, a la cabeza del Ministerio de Defensa Nacional, donde no necesita coordinar nada. Solo es cuestión de estrujar el magín, inventar cambios radicales de estructuras de mando; improvisar estrategias diferentes; suprimir, qué importa, de una plumada, sesudos estudios de gran complicación derivados de condiciones geopolíticas permanentes; de características de gobiernos vecinos mantenidas porfiadamente en el tiempo; de apetencias que pueden surgir por recursos geográficos (¿agua?); de equilibrios inestables, etc., y voluntariosamente terminar de una vez por todas con algunas anquilosadas "hipótesis de guerra", sin considerar que el gobierno allende los Andes, al que se le hace objeto de estas desusadas como peligrosas atenciones, económicamente nos ataca y está, literalmente, "barriendo carboneras" para encontrar apoyos por sus reiterados fracasos y abusos, tanto internamente como en el manejo de sus asuntos exteriores.

Con las fuerzas armadas no se necesita coordinar, él es el hombre, ordena. ¿No son organismos obedientes? Claramente, Allamand las puso rápida y públicamente en cintura, como se jactaba con frecuencia. Nadie parece recordar que el general Schneider siempre recalcó que las Fuerzas Armadas, ante todo, eran fundamentalmente obedientes a la Constitución de la República y a las leyes.

Pero, otra vez, en la urgencia de no desairar al amigo en un momento tan crítico, pese a haberse convertido des-

de hacía tiempo en un lastre, se volvió a olvidar la carga ideológica que este lleva consigo y con la cual, sin duda, el gobernante ha simpatizado siempre, pero esta vez el costo en ese cargo puede ser aún mayor. Mucho mayor. ¿Llevará la imagen de Allende a su oficina y se fotografiará bajo ella?

Los candidatos, ya en el ruedo, se *sacrificarán* por el país, buscarán empeñosamente electores dondequiera que ellos estén. Algunos hasta mirarán de nuevo hacia esos que en estas lides actúan casi siempre como niños faltos de malicia, las Fuerzas Armadas, que se emocionan con algo que parecen ser los únicos en entender: la Patria. Otros, más pragmáticos, se refieren a ella como una entelequia.

¿No se estará jugando demasiado ligeramente con la capacidad de resiliencia de las FF. AA.? ¿No se estará exponiendo inconvenientemente a sus mandos a que haya reacciones de fastidio de estamentos inferiores por violarse, casi cotidianamente, sus códigos morales, doctrinales, sus propias dignidades, sus condiciones de liderazgo, indispensables para imponer, incluso autoinmolándose, el patrimonio moral establecido en el inventario de virtudes militares que heredaron, junto con ese pasado cargado de glorias de las instituciones que mandan y que juraron respetar al aceptar sus responsabilidades?

Sigamos un instante buscando cachivaches entre los despojos acarreados a la orilla, como en el fatídico 27-F. Claramente, no hay nada allí que nos trate de advertir específicamente de la inconveniencia de "atacar a la Bachelet". Ese es un fantasma disuasivo que se levanta como tótem, para sembrar dudas y desviar propósitos que alguien pudiera estar incubando. Ya lo hicieron con muy buen éxito en el pasado. Nada de seguir buscándole responsabilidades por el abandono de sus obligaciones elementales, como mandataria, ese aciago día por "despreciables consideraciones ideológicas ni cálculos políticos de poca monta". ¿Qué son 25 desaparecidos en esa fecha, además de 120 muertos,

comparados con los que inequívocamente fueron responsabilidad de los del Gobierno Militar?

Nada tampoco de escamotear los cuantiosos despilfarros de última hora, contratos de trabajo para comprar lealtades; inauguraciones destinadas solo a mantener odios y divisiones y, cómo no, empeñarse en reestructurar rápidamente los mandos de las instituciones armadas, sin alcanzar a hacer estudios responsables, pero claramente subordinándolos a escalones civiles que se improvisaron peligrosamente para dejarlos donde debían estar siempre... allá abajo. No vaya a ser cosa que por ahí se esconda un Pinochet que después muestre rasgos de megalomanía. Pues bien, eso es lo que habría que hacer. Hay muchos antecedentes sobre ellos.

A tanto llegó el delirio que en el pasado reciente se gestó en esta área, que el propio ministro de Defensa Nacional de entonces, un personaje que se hizo famoso por su verborreica ubicuidad y sus declaraciones rimbombantes, con su firma junto con la del ministro del Interior Pérez Yoma, irresponsablemente transformaron un servicio vital del Ejército en una simple compañía de transportes.

Lo extraño es que nadie dentro de esa institución fundamental de la Patria, al parecer, dijo ni pío. Pero no fue lo único. Lo más grave es que don Pancho, que por la fuerza de las circunstancias debía abandonar su cargo, ni tonto ni perezoso, rápidamente se recreó otro para sí, naturalmente con el visto bueno de uniformados, quizás como pago de favores, y se impuso como asesor ministerial y profesor de sus más calificadas academias, sin perder, por supuesto, su rol principal de máximo articulador político partidista de una colectividad que, claramente, se identifica con los promotores de los que obligaron a intervenir a las FF. AA. en el histórico 11 de septiembre de 1973.

La política no debe entrar en los cuarteles, se afirma; pero, claro, nada se dice si esto vale lo mismo para las más altas organizaciones de mando. ¿O ellas quedan al margen de esta doctrina?

Aunque duela, debe señalarse la notoria turbación y casi inexplicable indiferencia, la actitud cercana al escapismo que mostraron algunos altos mandos en momentos cruciales del 27-F, que con estupor y asombro vimos por televisión. Esas son indicaciones serias que la capacidad de reacción y la mística por asumir responsabilidades y demostrar liderazgos se ha ido diluyendo severamente en dichas estructuras, influidas constantemente por las condiciones de limitación impuestas por elementos civiles que las sojuzgan e inhiben.

Sería deseable que ellos, en la intimidad de sus conciencias, en un profundo momento de reflexión introspectiva, sean quienes aprecien que sus desempeños no han correspondido a lo que de ellos se esperaba. Deberían proceder con la hidalguía que sus cargos les demandan.

La gran tarea ahora es determinar qué dicen los signos de los tiempos sobre nuestro futuro inmediato como país; ya no hay más cabida para nuevos de actos de indiferencia; no podemos seguir actuando con fatalismo, hay que reaccionar con extraordinaria rapidez y fuerza para no dejar nuevamente a nuestro país en manos de los que debilitaron su institucionalidad y conspiraron provocando el irrespeto a las fuerzas de orden y seguridad; ni defendieron con energía el derecho de propiedad, ni en las ciudades ni en los campos.

Hay que poner término ya al uso gansteril del "poder popular", estimulando apetitos que ellos nunca satisficieron. Hay que terminar de dividir al país polarizándolo con consignas ideológicas; por el contrario, con todas las fuerzas, busquemos nuestra cohesión como país; solo ello nos hará fuertes y felices. "La humildad" no forma parte de esas herramientas, hay que manejar con firmeza el timón cuando se advierten amenazas que pongan en peligro la gobernabilidad.

BIBLIOGRAFÍA

- *El laberinto de la soledad* (1950), Octavio Paz.
- *Introducción a la estrategia* (1965), André Beaufre.
- *El día que ardió la Moneda* (1983), Emilio de la Cruz Hermosilla.
- *Borges, una biografía literaria* (1985), Emir Rodríguez Monegal.
- *Bomba en una calle de Palermo* (1987), Edwin Harrington y Mónica González.
- *Crónica de las ideas para comprender un fin de siglo* (1989), Jaime Antúnez Aldunate.
- *Informe de la Comisión Rettig* (1991), Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación.
- *Traficante de espías* (1995), Craig R. Whitney.
- *El arte de mandar* (1996), André Gavet.
- *Memorias - Testimonio de un soldado* (1996), Carlos Prats González.
- *The Rise and Fall of the Soviet Empire* (1999), Brian Crozier.
- *Dejo constancia: Memorias de un general argentino* (2001), Martín Antonio Balza.
- *El país bajo mi piel, memorias de amor y de guerra* (2001), Gioconda Belli.
- *Nunca más* (2003), José Piñera Echenique.
- *Pinochet, las incómodas verdades* (2003), Mario Spataro.
- *Los años que vivimos en peligro* (2004), José Rodríguez Elizondo.
- *Informe de la Comisión Valech* (2004), Comisión Nacional Sobre Prisión Política y Tortura.
- *El temor y la felicidad* (2004), Sergio Peña y Lillo.

- *Por una patria ajena* (2004), Juan de D. Barriga Muñoz.
- *Ejército de Chile, el fin de una visión* (2004), Emilio Cheyre.
- *El Ejército de los chilenos: 1540–1920* (2007), Patricia Arancibia Clavel.
- *Luz Arce, después del infierno* (2008), Michael Lazzara.
- *Terapia para cerebros lavados* (2008), Hermógenes Pérez de Arce.
- *El sari rojo*, (2008), Javier Moro.
- *La verdad olvidada del terrorismo en Chile: 1968–1996* (2008), Arturo Castillo.
- *La inseguridad chilena, una histórica debilidad* (2009), José Antonio Quinteros M.
- *Volver a matar* (2009), Juan Bautista Cofré.
- *La muerte del camaleón* (2009), Víctor Farías.
- *Cuba libre* (2009), Yoani Sánchez.
- *Las conexiones de ETA en América* (2010), Florencio Domínguez.
- *La infiltración en la Armada* 1973 (2010), Germán Bravo Valdivieso.
- *Los soldados olvidados del 73 en el Bicentenario de la nación chilena* (2010), Patricio Núñez C.
- *La estrella y el arco iris* (2010), Andrés Allamand y Marcela Cubillos.
- *Los documentos secretos de Salvador Allende. La caja de fondos en La Moneda* (2010), Víctor Farías.
- *Espionaje chileno* (2010), Vladimiro Montesinos T.
- *El perdón sin memoria - Respuesta a un general* (2011), Patricio Hales.

ÍNDICE

LIBROS PUBLICADOS POR EDITORIAL MAYE LTDA.

Víctor Farías

1. *Salvador Allende: Antisemitismo y eutanasia*
Publicado en el año 2005.
Publicado en el año 2006 en Francia, España y Brasil.
2. *Salvador Allende: El fin del mito*
Publicado en el año 2006. Tres ediciones. Agotado.
Publicado el año 2007 en Italia.
3. *Santa María de Iquique. La realidad de un mito*
Publicado en el año 2007.
4. *La muerte del camaleón*
Publicado en el año 2008.
5. *Los documentos secretos de Salvador Allende*
Publicado en el año 2010. Agotado.

Paula Afani

1. *Las redes del poder*
Publicado en el año 2005.
2. *Carrizal, 20 años después*
Publicado en el año 2006.
3. *La nuera del general*
Publicado en el año 2006. Tres ediciones.

Alfonso Márquez de la Plata

1. *Cinco presidentes y el poder*
Publicado en el año 2006.

Mario Spataro

1. *Pinochet, las incómodas verdades*
Publicado en el año 2006. Tres ediciones. Uno de los diez libros más vendidos el año 2006, según la *Revista de Libros* del diario *El Mercurio.*

Rodrigo García Pinochet

1. *La persecución final a Pinochet. Caso Riggs*
Publicado en el año 2007.
2. *El fin de la Concertación*
Publicado en el año 2007.

3. *El progresismo*
Publicado en el año 2009.

Hermógenes Pérez de Arce
1. *Está temblando* (novela)
Publicado en el año 2007. Dos ediciones.
2. *El rescate de Pinochet*
Publicado en el año 2012.
3. *Confieso que creo en los ovnis*
Publicado en el año 2013.

Arturo Castillo (Editor)
1. *La verdad olvidada del terrorismo en Chile*
Publicado en el año 2007.

Gisela Silva Encina
1. *Miguel Krasnoff, Prisionero por servir a Chile*
Publicado en el año 2007. Seis ediciones.
2. *Miguel Krasnov Prisoner for Serving Chile*
Publicado en el año 2008. Edición en inglés.

Philippe Chesnay
1. *Pinochet, la otra verdad*
Publicado en el año 2007. Dos ediciones. Agotado.

Axel Kaiser
1. *El Chile que viene*
Publicado en el año 2007. Agotado.

Alvaro Puga (Alexis)
1. *El mosaico de la memoria*
Publicado en el año 2008.

Guillermo Baltra Aedo
1- *Nuestros sueños son posibles*
Publicado el año 2008

Manuel Valdés Valdés
1. *Reencantar el tiempo*
Publicado el año 2008

Musia Rosa Lobo
1. Lucía Pinochet, una mujer valiente
Publicado en el año 2008

Patricio Reynolds
1. La mujer en combate
Publicado en el año 2008

Varios Autores
1. Concertación del Humor
Publicado en el año 2008

Julio Sáenz López
1. Jauría Roja
Publicado en el año 2008

Flor María Aninat
1. Coroney
Publicado en el año 2009

Nena Ossa
1. Allende Thank you!...
Publicado en el año 2009. Dos ediciones.

Eduardo Iturriaga Neumann
1. En las alas del cóndor
Publicado en el año 2009. Agotado.

Mauricio Schiappacasse Ardiles
1. Augusto Pinochet. Un Soldado de la Paz
Publicado en el año 2009.

Francisco Sánchez Urra
1. Los "Soldados del Mar" en acción
Publicado en el año 2009.

José Antonio Quinteros Masdeu
1. La inseguridad chilena
Publicado en el año 2009.

Humberto Julio Reyes
1. En la estrategia y en la política
Publicado en el año 2009.

Julio Bazán Álvarez
1. *Lo derrocó el pueblo*
Publicado en el año 2009.
2. *¿Es mapuche el conflicto?*
Publicado en el año 2011.

Francisco Balart Paez
1. *Juan de Dios Carmona*
Publicado en el año 2009.

Fernando Márquez de la Plata Echenique
1. Arqueología del Antiguo Reino de Chile
Publicado en el año 2009.

Nicolás Márquez
1. *La verdadera biografía del Che Guevara*
Publicado en el año 2010.

Francisco Sánchez Urra y Mauricio Schiappacasse Ardiles
Augusto Pinochet, el reconstructor de Chile
Publicado en el año 2010.

Renán Ballas S.
1. Vivencias de un capitán "díscolo" y "rebelde" (1973)
Publicado en el año 2011.

Jorge López Bain
1. Testigo presencial. Chile 1940-2012
Publicado en el año 2012.

Francisco Sánchez, Mauricio Schiappacasse y Ernesto Medalla
1. Allende y Pinochet. Las verdades olvidadas
Publicado en el año 2012.

Pese a las muy difíciles condiciones de su mando, por su desempeño tuvo el honor de recibir la "Cruz Peruana al Mérito Militar", en el grado de Comendador, con motivo de su iniciativa del "Abrazo de la Concordia", y ser declarado además "Hijo Ilustre de Arica", ambos reconocimientos realizados en emotivas y multitudinarias ceremonias públicas.

• Director de Inteligencia del Ejército, cargo que aceptó voluntariamente y exigiendo que se cumplieran ciertas condiciones especiales. Al no ser ellas respetadas, se retiró de inmediato, voluntariamente, de la institución.

• Ya en retiro, aceptó ser director de la Central Nacional de Informaciones, para poner término de inmediato a los excesos de la DINA-CNI, investigar la participación de miembros de esos organismos en el asesinato de Orlando Letelier y enfrentar los desafíos de una inminente guerra con Argentina en 1978.

• Fue embajador de Chile en Panamá, en Uruguay y en Paraguay.

Ha sido citado en numerosos libros:

La historia oculta del Régimen Militar, de Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Óscar Sepúlveda; *Mi lucha por la democracia*, de Sergio Fernández; *Chile-Perú. El siglo que vivimos en peligro*, de José Rodríguez Elizondo; *El infierno*, de Luz Arce; *Asesinato en Washington*, de John Dinges y Saul Landau; *Los documentos secretos de Salvador Allende*, de Víctor Farías; y *Espionaje chileno. Operaciones de Inteligencia contra el Estado peruano*, de Vladimiro Montesinos Torres.

Al encuentro de la verdad es un libro que relata lo que ocurrió en Chile en los últimos cuarenta años.

Su vida forma parte de dicho proceso y las anécdotas que él cuenta, en gran parte ignoradas por la mayoría de los chilenos, sirven para comprender mejor dicho período histórico.

Nadie puede imaginarse que siendo un joven oficial de ejército es designado por el presidente Allende en delicadas funciones políticas.

Tampoco se conoce la labor del general Mena en la defensa de nuestra frontera norte con Perú, cuando él era comandante del regimiento de Arica y cómo impide una agresión, en difíciles momentos para Chile, con su buen manejo con las autoridades peruanas.

Su delicada función en las labores de Inteligencia del Ejército es otro capítulo clave para entender lo que pasó en Chile en esos años.


ISBN: 978-956-8433-40-6
9 789568 433406

EDITORIAL MAYE LTDA.